

EL HOMBRE MARCADO

PETER V. BRETTE

La saga de los demonios. Libro I

Lectulandia

1º de la serie Los Demonios

Cada noche, cuando la oscuridad se cierne sobre el mundo, los abismales, demonios a los que no se puede herir con armas corrientes, emergen de la tierra para alimentarse de los humanos. Cuando al sol se pone, la gente debe refugiarse tras símbolos mágicos y rezar por que su protección dure una noche más. Durante cientos de años los demonios han sido dueños de la noche.

Aunque no siempre fue así. Hubo un tiempo en que, bajo el mando del legendario Liberador y armados con poderosos símbolos, los hombres presentaron batalla a los demonios... y frenaron su avance.

Ahora, una vez más, ha llegado el momento de enfrentarse a la noche y luchar para recuperar la libertad.

Lectulandia

Peter V. Brett

El hombre marcado

1º de la saga de Los Demonios

ePUB v1.0

jubosu 01.10.11

más libros en lectulandia.com

El hombre marcado

La saga de los demonios libro I

Autor/es: Brett, Peter V.

Título original: The painted man

Editorial: Minotauro

Colección: Fantasía

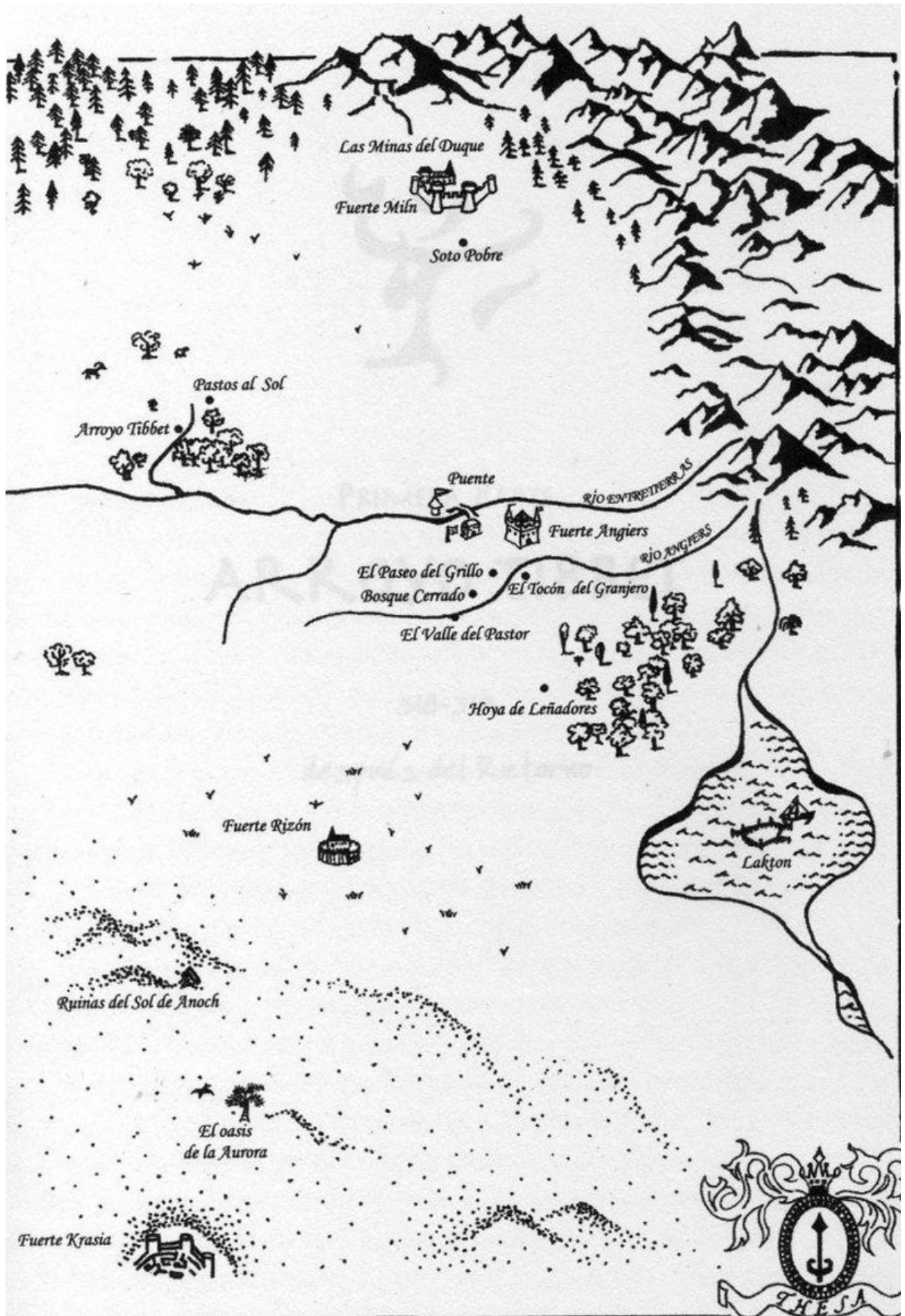
Fecha de publicación: 23/11/2010

ISBN: 978-84-450-7804-4

Para Otzi, el verdadero Protector

Agradecimientos

Mi especial agradecimiento a quienes leyeron el borrador de este libro: Dani, Myke, Amelia, Neil, Matt, Joshua, Steve, mamá, papá, Trisha, Netta y Cobie. Vuestros ánimos y consejos hicieron posible que mi pasatiempo se convirtiera en algo más. Y también para mis editoras, Liz y Emma, que dieron una oportunidad a un autor novel y me desafiaron a superar el listón tan alto que me había marcado. No podría haberlo logrado sin vosotras.



PRIMERA PARTE

ARROYO TIBBET

318 - 319

Después del Retorno

1

La secuela

319 d.R.

Sonó un cuerno de los grandes.

Arlen hizo una pausa en su trabajo y alzó la mirada hacia el suave color lavanda del cielo del amanecer, donde todavía se percibía la niebla suspendida en el aire, con ese sabor húmedo y acre que le resultaba tan familiar. Sintió crecer lentamente en sus entrañas el miedo mientras se quedaba allí inmóvil, en la tranquilidad del alba, con la esperanza de que fuera cosa de su imaginación. Tenía once años.

Hubo un silencio e inmediatamente después el cuerno sonó dos veces seguidas. Un toque largo y dos cortos querían decir que era al sur y al este, es decir, en la Aldea de los Bosques. Su padre tenía amigos entre los Cutter. La puerta de la casa se abrió detrás de Arlen y él reparó en la presencia de su madre, que se cubría la boca con ambas manos.

Arlen volvió a su tarea sin necesidad de que nadie le dijera que debía apresurarse. Algunos quehaceres podían aguardar hasta el día siguiente, pero había que alimentar al ganado y ordeñar las vacas. Llevó los animales a los establos y abrió el lugar donde almacenaba el heno, dejó salir a los cerdos y corrió a buscar un cubo de madera para la leche. Su madre ya estaba agachada bajo la primera de las vacas. Cogió el otro taburete y establecieron una cadencia en su trabajo, haciendo que el sonido de la leche al impactar contra la madera resonara como una marcha fúnebre.

Mientras se pasaban a la siguiente pareja de la fila, Arlen observó que su padre comenzaba a uncir al carro su caballo más fuerte, una yegua de cinco años de color castaño llamada Missy. Su rostro mostraba una expresión sombría mientras lo hacía.

¿Qué se encontrarían esta vez?

Poco después se subieron al carro y avanzaron lentamente hacia la aldehuela lindante con el bosque. Era una zona peligrosa, a más de una hora de la fortificación más cercana, pero la leña era necesaria. La madre de Arlen, envuelta en un chal usado, lo abrazó con fuerza mientras viajaban.

—Ya soy mayor para esto, mamá —se quejó Arlen—. No hace falta que me abrace como si fuera un bebé. No tengo miedo.

Eso no era del todo verdad, pero no era bueno que los demás chicos le vieran aferrado a su madre mientras montaban en el carro. Ya se burlaban bastante de él.

—Soy yo la que tiene miedo —replicó su madre—. ¿Pasa algo si necesito

abrazarte?

Con un repentino arrebató de orgullo, el chico se apretó contra su madre mientras continuaban por el camino. No es que lo engañara, sino que sabía siempre qué debía decirle.

Mucho antes de llegar a su destino se toparon con una columna de humo grasiento que les dijo más de lo que habrían querido saber. Estaban quemando a los muertos, y el hecho de que hubieran comenzado tan pronto, sin esperar a que llegaran los demás para rezar, quería decir que había muchos, demasiados para orar por cada uno de ellos si querían finalizar la tarea antes de que cayera la noche.

Había más de siete kilómetros desde la granja del padre de Arlen hasta la Aldea de los Bosques y los incendios de las cabañas habían cesado cuando llegaron, aunque también era cierto que el fuego lo había consumido casi todo. Quince casas habían quedado reducidas a escombros y cenizas.

—Han ardidó hasta los montones de leña... —comentó el padre de Arlen, y escupió a un lado del carro. Hizo un gesto con la barbilla hacia las ruinas ennegrecidas que habían quedado de la tala de la temporada.

Arlen puso mala cara ante la perspectiva de que la valla destartalada que encerraba los animales tuviera que durarles un año más, aunque se sintió inmediatamente culpable. Después de todo, sólo era leña.

La Portavoz de la ciudad se acercó al carro en cuanto se detuvieron. Selia, a quien la madre de Arlen solía referirse a veces como Selia la Yerma, era una mujer endurecida, alta y delgada, con la piel curtida como el cuero. Tenía el pelo largo y gris recogido en un moño apretado y llevaba el chal como una especie de insignia de su cargo. No toleraba las chanzas, bien lo sabía Arlen, pues ella se lo había demostrado con la punta del bastón en más de una ocasión, pero ese día le consoló su presencia. Había algo en ella que le hacía sentirse seguro, al igual que su padre. Aunque nunca había tenido hijos, Selia actuaba como si fuera la madre de todos en Arroyo Tibbet. Pocos podían superarla en sabiduría, y menos aún en tozudez. Si estabas de su lado, ése te parecía el lugar más seguro del mundo.

—Es estupendo que hayas venido, Jeph —le dijo Selia al padre de Arlen—, y también Silvy y el chico —añadió con un asentimiento—. Necesitamos todas las manos, y el niño puede ayudar.

El padre de Arlen gruñó al bajarse del carro.

—He traído mis herramientas —comentó—. Sólo tienes que decirme dónde somos de más utilidad.

El chico recogió las preciosas herramientas de la parte trasera del carro. El metal escaseaba en el Arroyo, y su progenitor se enorgullecía de sus dos palas, su pico y su sierra. Todas las herramientas iban a sufrir un desgaste intensivo a lo largo del día.

—¿A cuántos hemos perdido? —preguntó Jeph, aunque en realidad no parecía

querer saberlo.

—Veintisiete —contestó Selia. Silvy soltó un grito ahogado y se cubrió la boca, con las lágrimas brillando en los ojos. Jeph escupió de nuevo.

—¿Hay algún superviviente? —inquirió.

—Unos cuantos —respondió la mujer—. Manie —dijo mientras señalaba con el bastón a un niño que permanecía en pie mirando la pira funeraria— corrió a oscuras hasta llegar a mi casa.

Silvy lanzó una exclamación ahogada, pues nadie había corrido tan lejos y había sobrevivido.

—Las protecciones mágicas grabadas en la casa de Brine Cutter resistieron la mayor parte de la noche —continuó Selia—. Él y su familia lo vieron todo. Se refugiaron en ella los pocos que habían logrado huir de los abismales, aguantaron hasta que el fuego se extendió y prendió el tejado. Esperaron dentro de la casa en llamas hasta que se quebraron las vigas y después probaron suerte y salieron pocos minutos antes del amanecer. Los abismales mataron a la mujer de Brine, Meena, y a su hijo Poul, pero los demás lo consiguieron. Las quemaduras se curarán y los chicos lo superarán con el tiempo, pero los otros...

No hizo falta que terminara la frase. Los supervivientes de un ataque de los demonios solían morir poco después. No todos, ni siquiera la mayoría, pero sí bastantes. Algunos de ellos se suicidaban, pero otros se quedaban con la mirada perdida, negándose a comer o beber, hasta que se consumían. Solía decirse que no se había sobrevivido en realidad a un ataque hasta que no habían pasado al menos un año y un día.

—Queda al menos una docena de personas sin localizar —explicó Selia, con poca esperanza en la voz.

—Los sacaremos de donde estén —convino Jeph con voz sombría, mirando hacia las casas derruidas, algunas de ellas aún en llamas.

Los Cutter solían construir sus hogares principalmente en piedra para protegerse del fuego, pero incluso la piedra ardía si las protecciones mágicas fallaban y se reunían suficientes demonios de las llamas en un mismo lugar.

Jeph se reunió con los demás hombres y unas cuantas de las mujeres más fuertes para limpiar los escombros y llevar los muertos a la pira. Nadie cuestionaba lo de incinerar los cuerpos: nadie quería ser enterrado en la misma tierra de la cual surgían los demonios cada noche. El Pastor Herral, con las mangas de la ropa enrolladas hasta descubrir sus gruesos brazos, los levantaba uno por uno hasta depositarlos en el fuego, murmurando oraciones y dibujando protecciones en el aire cuando prendían las llamas en ellos.

Silvy se unió a las otras mujeres para cuidar de los niños más pequeños y atender a los heridos bajo el ojo vigilante de la Herborista del Arroyo, Coline Trigg, pero no

había hierbas capaces de sanar el dolor de los supervivientes. Brine Cutter, a quien también llamaban «el de las anchas espaldas», era un hombre con el aspecto de un gran oso y una risa atronadora, que solía lanzar a Arlen al aire cuando venían a comprar leña. Ahora Brine estaba sentado entre las cenizas, al lado de su casa destruida, golpeándose la cabeza lentamente contra la pared ennegrecida. Mascullaba algo y se abrazaba fuertemente, como si tuviera frío.

Arlen y los otros chicos se encargaron de acarrear agua y de rebuscar entre los montones de leña para reunir toda cuanta pudiera salvarse. Todavía restaban unos cuantos meses cálidos en el año, pero ya no quedaba tiempo para cortar leña suficiente para todo el invierno. Ese año tendrían que quemar estiércol y la casa apestaría otra vez.

Arlen volvió a sentirse abrumado por la culpa. Al fin y al cabo, él no ardía en la pira ni sacudía la cabeza de un lado a otro, roto por la impresión de haberlo perdido todo. Había destinos peores que habitar una casa que hediera a boñigas.

Conforme avanzó la mañana fueron llegando cada vez más aldeanos. Venían con sus familias y todas las provisiones de las que podían desprenderse desde Hoya de Pescadores o Ciudad Central, y también desde la Colina de la Turba o Pantano Llano. Algunos incluso habían recorrido todo el camino desde Centinela Meridional. Selia los recibía uno por uno con aquellas tristes noticias y los ponía a trabajar.

Los hombres redoblaron sus esfuerzos al ver que contaban con la ayuda de más de cien manos, y la mitad de ellos continuaron cavando mientras los demás trabajaban en la única estructura que había quedado medio en pie en la Aldea, la casa de Brine Cutter. Selia se llevó consigo al hombre, soportando su peso a duras penas, ya que avanzaba a trompicones, mientras los trabajadores retiraban los escombros y comenzaban a transportar piedras nuevas. Unos cuantos sacaron los instrumentos para grabar y pintar unos nuevos grafos protectores mientras los niños preparaban la paja para el techo. La casa debía estar completamente reparada antes del crepúsculo.

Cobie Fisher ayudó a Arlen en la tarea de reunir leña. Los chicos habían conseguido una pila de tamaño considerable, aunque apenas era una pequeña parte de toda la que se había perdido. Cobie era un chaval alto, de constitución recia, rizos oscuros y brazos cubiertos de vello. Era bastante popular entre los demás niños, pero había conseguido esa popularidad a expensas de otros. Pocos se atrevían a enfrentarse a sus insultos y menos aún a sus golpes.

Cobie había torturado a Arlen durante años ante la indiferencia de todos los demás. La granja de Jeph era la más septentrional de Arroyo, estaba muy lejos de Ciudad Central, donde solían reunirse los chavales, así que Arlen se pasaba la mayor parte de su tiempo libre vagabundeando solo por Arroyo. Por eso, a los demás niños no les parecía mal negocio sacrificarlo a la ira de Cobie.

Cobie y sus amigos parecían saber cuándo Arlen iba a pescar o pasaba por Hoya

de Pescadores, camino de Ciudad Central, pues al regresar a casa lo esperaban siempre en el mismo lugar del camino. Alguna vez simplemente lo insultaban o lo empujaban, pero otras llegaba a su hogar vapuleado y ensangrentado, y su madre lo reñía por haberse peleado.

Arlen acabó por hartarse y escondió un buen palo en aquel sitio. Simuló huir la siguiente vez que lo asaltaron Cobie y sus amigos, sólo para hacerse con el arma como si la hubiera sacado del aire, y luego regresó blandiendo la estaca.

Cobie fue el primero en recibir un fuerte golpe que lo dejó llorando en el suelo, sangrando por una oreja, le rompió un dedo a Willum y Gart cojeó durante más de una semana. Eso no sirvió para mejorar la popularidad de Arlen entre los demás chicos, y su padre le pegó después con una vara, pero los demás chavales no volvieron a molestarlo. Incluso Cobie lo rehuía ahora y daba un respingo si Arlen hacía un movimiento súbito, aunque era bastante más grande que él.

—¡Supervivientes! —gritó repentinamente Bill Baker, de pie ante una casa derruida en el límite de la Aldea—. ¡Los oigo removerse en la bodega!

Todos dejaron lo que estaban haciendo de forma inmediata y se apresuraron hacia allí. Apartar los escombros les iba a llevar demasiado tiempo, así que los hombres comenzaron a cavar, doblando las espaldas en silencio y con energía. Muy poco después, abrieron uno de los lados de la bodega y empezaron a sacar de ella a los afectados: tres mujeres, seis niños y un hombre. Estaban sucios y aterrorizados, pero indemnes.

—¡Tío Cholie! —gritó Arlen, y la madre de éste apareció allí al instante para abrazar a su hermano, que se tambaleaba como si estuviera borracho. Arlen corrió hacia ellos, deslizándose bajo su otro brazo para sostenerlo.

—Cholie, ¿qué estabas haciendo ahí? —preguntó Silvy. El hombre rara vez abandonaba su taller en Ciudad Central. La madre de Arlen le había contado mil veces la historia de cómo ella y su hermano habían llevado juntos la herrería antes de que Jeph comenzara a romper las herraduras de sus caballos a propósito, buscando excusas para cortejarla.

—Vine a cortejar a Ana Cutter —masculló Cholie. Se pasó la mano por el pelo, aunque ya se había arrancado unos cuantos mechones revueltos—. Acabábamos de abrir el refugio cuando forzaron las protecciones mágicas.

Era un hombre pesado y cuando le fallaron las rodillas arrastró a Arlen y Silvy en su caída. Cholie quedó arrodillado en el suelo y se puso a sollozar.

El chico contempló a los otros supervivientes, pero entre ellos no estaba Ana Cutter. Se le hizo un nudo en la garganta cuando pasaron los niños. Conocía a todos y cada uno de ellos, a sus familias, cómo eran sus casas tanto por dentro como por fuera, y los nombres de sus animales. Buscó sus ojos durante un segundo mientras pasaban y en ese momento, vivió el ataque a través de sus miradas. Se vio a sí mismo

aplastado en un agujero atestado en el suelo mientras quienes no cabían dentro volvían a enfrentarse a los abismales y el fuego. Comenzó a jadear de pronto, y fue incapaz de parar hasta que Jeph le dio una palmada en la espalda y lo devolvió a la realidad.

Estaban terminando un almuerzo frío cuando un cuerno sonó en la parte más lejana de Arroyo.

—¿Cómo va a haber dos en un mismo día? —jadeó Silvy, cubriéndose la boca.

—Bah —gruñó Selia—. ¿Al mediodía? ¡Pero usa la cabeza, chica!

—Entonces, ¿qué...?

Selia la ignoró, se levantó y alzó otro cuerno para responder a la señal. Keven Marsh tenía su cuerno preparado, al igual que todos sus paisanos de Pantano Llano, pues era muy fácil perderse en las ciénagas y nadie quería vagabundear desorientado por ahí cuando surgían los demonios. Las mejillas de Keven se inflaron como el cuello de un sapo mientras emitía una serie de notas.

—Es el cuerno del Enviado —advirtió Coran Marsh a Silvy. Ese hombre de barba gris era Portavoz de Pantano Llano y el padre de Keven—. Probablemente han visto el humo. Keven les está contando lo sucedido y el paradero de todos.

—¿Un Enviado en primavera? —inquirió Arlen—. Pensaba que solían venir en otoño, después de la cosecha. ¡Si apenas hemos terminado de plantar la luna pasada...!

—En otoño no vino ninguno —repuso Coran, y escupió por el hueco de los dientes que le faltaban un jugo espumoso de color marrón producido por la raíz que mascaba—. Nos preocupaba que se hubieran ido al carajo y que no hubiera ningún Enviado que nos trajera la sal. También podía ser que los abismales hubieran tomado las Ciudades Libres y nos hubiéramos quedado solos.

—Los abismales jamás se harán con las Ciudades Libres —comentó Arlen.

—¡Arlen, cierra el pico! —siseó Silvy—. ¡Es un anciano!

—Deja que hable el chico —replicó Coran—. ¿Has estado alguna vez en una Ciudad Libre, chaval? —le preguntó a Arlen.

—No —admitió éste.

—¿Y has conocido a alguien que haya estado alguna vez?

—No —repitió el niño.

—Entonces, ¿qué te hace un experto en el tema? —inquirió Coran—. Allí no va nadie, salvo los Enviados. Son los únicos capaces de llegar tan lejos enfrentándose a la noche. ¿Quién te dice a ti que no sean un lugar como Arroyo? Y si los abismales pueden con nosotros, también podrán con ellos.

—El viejo Jabalí procede de las Ciudades Libres —contestó Arlen. Rusco el Jabalí era el hombre más rico de los alrededores y llevaba el almacén, que era el punto clave de todo el comercio de Arroyo Tibbet.

—Ay —exclamó Coran—. El viejo Jabalí me confesó hace años que un solo viaje había sido más que suficiente para él. Pretendía regresar al cabo de unos cuantos años, pero admitió que el riesgo no merecía la pena. Así que pregúntale si las Ciudades Libres le parecen más seguras que cualquier otro sitio.

El muchacho no quería pensar eso. Debía haber lugares más seguros en el mundo, pero de nuevo se le pasó por la cabeza como un relámpago aquella imagen de sí mismo arrojado de cualquier modo a la bodega y comprendió que no había ningún lugar del todo seguro cuando caía la noche.

El Enviado llegó una hora más tarde. Era un hombre alto, de poco más de treinta años, con el pelo castaño muy corto y una barba recortada y espesa. Una cota de malla le envolvía los anchos hombros y vestía una capa larga y oscura, con gruesas calzas de cuero y botas. Su yegua era un elegante corcel castaño. Atados a la montura llevaba un arnés con unas cuantas lanzas de diferente longitud. Su rostro tenía un aspecto sombrío mientras avanzaba, pero a la vez erguido y orgulloso. Escrutó a la multitud y descubrió a la Portavoz con facilidad, ya que andaba por allí repartiendo órdenes, de modo que dirigió el caballo hacia ella.

Detrás de él, venía el Juglar, conduciendo un carro cargado hasta los topes y tirado por un par de yeguas color castaño oscuro. Llevaba un traje hecho de trozos de tela de brillantes colores, y un laúd descansaba a su lado en el asiento. Su cabello era de un color que Arlen jamás había visto en su vida, como el de una zanahoria, pero más pálido, y tenía la piel tan blanca que parecía que nunca le hubiera rozado el sol. Sus hombros hundidos corroboraban su aspecto de absoluto cansancio.

El Enviado siempre venía en compañía de un Juglar y él era el más importante de los dos para los niños, e incluso para algunos de los adultos. Desde que Arlen podía recordar, siempre había venido el mismo hombre, uno con el pelo gris, pero lleno de vida y alegría. Éste que llegaba ahora era más joven, pero parecía resentido. Los chicos corrieron hacia él al instante y el joven Juglar se reanimó, y la frustración desapareció de su semblante con tanta rapidez que Arlen dudó de si no habría sido una falsa apreciación por su parte. Al momento, saltó del carro e hizo juegos malabares con sus bolas de colores entre los aplausos de los chicos.

Muchos se olvidaron del trabajo y se encaminaron hacia los recién llegados. Selia andaba de un lado para otro sin que nadie le hiciera caso.

—¡El día no va a durar más porque haya venido el Enviado! —ladraba—. ¡Volved al trabajo!

Se oyeron gruñidos, pero todo el mundo regresó a sus quehaceres.

—¡Tú no, Arlen! —dijo la mujer—. Ven aquí. —El chico apartó los ojos del Juglar y se dirigió hacia ella y el Enviado.

—¿Selia Yerma? —preguntó éste.

—Con Selia, vale —repuso ella remilgadamente. Los ojos del Enviado se

dilataron, y enrojeció, de modo que la parte superior de sus pálidas mejillas se tornó de un intenso rojo justo por encima de la barba. Saltó del caballo e hizo una profunda reverencia.

—Mis disculpas —comentó—. No he sabido medir mis palabras. Graig, el Enviado que suele venir por aquí, me dijo que era así como os llamaban.

—Es estupendo saber qué piensa Graig de mí después de todos estos años —replicó Selia, y su voz sonó de todo menos agradecida.

—Pensaba —la corrigió el Enviado—. Ha muerto, señora.

—¿Muerto? —preguntó la mujer con un aspecto repentinamente triste—. ¿Cómo fue...?

El Enviado sacudió la cabeza.

—Se lo llevó un resfriado, no los abismales. Soy Ragen, vuestro Enviado de este año, y acudo como un favor a su viuda. El gremio seleccionará un nuevo Enviado para ustedes al comienzo del próximo otoño.

—¿Pasaré otro año y medio antes de que vuelva un Enviado? —inquirió Selia, cuya voz sonó como si lo estuviera riñendo—. Apenas pudimos sobrevivir el pasado invierno sin la sal del otoño —le contestó—. Ya sé que eso carece de importancia en Miln, pero la mitad de nuestra carne y nuestro pescado se pudrieron debido a que no pudimos curarlos apropiadamente. ¿Y qué hay de nuestras cartas?

—Lo siento, señora —repuso Ragen—, pero vuestros pueblos caen muy lejos de los itinerarios habituales y pagar a un Enviado para que cumpla una misión que lleva más de un mes de viaje cada año sale muy caro. El gremio de Enviados anda escaso de efectivos y más aún después del resfriado de Graig —repuso; se echó a reír entre dientes y sacudió la cabeza, pero le dio tiempo a ver como el rostro de Selia se ensombrecía ante la respuesta—. No pretendo ofenderla, señora —intervino de nuevo—. También era mi amigo. Es sólo que... lo corriente no es que nosotros, los Enviados, muramos con un techo sobre nuestras cabezas, una cama debajo y una joven esposa al lado. Lo normal es que la noche se nos lleve antes, ¿se da cuenta?

—Sí —respondió Selia—. ¿Y usted también tiene una esposa? —le preguntó.

—Ay —repuso el Enviado—. Por su bien y para mi pena, creo que veo más a mi yegua que a mi novia. —Se echó a reír de nuevo, lo que confundió a Arlen, que no se podía creer que tener una esposa que no te echara de menos tuviera alguna gracia.

La mujer no pareció darse cuenta.

—¿Y qué pasaría si no la volviera a ver nunca? —preguntó—. ¿Qué pasaría si todo lo que tuviera para mantenerse en contacto con ella fueran las cartas que llegan una vez al año? Hay alguna gente aquí con parentela en las Ciudades Libres. Llegaron aquí en compañía de un Enviado u otro, pero hace ya de eso más de dos generaciones, y esa gente no va a volver a casa. Las cartas son lo único que nos queda de ellos, y a ellos de nosotros.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, señora —replicó él—, pero la decisión no es mía, y el duque...

—Sin embargo, usted va a hablar de este tema con el duque a su vuelta, ¿no? —le preguntó Selia.

—Así es —contestó él.

—Entonces, ¿debo ponerle este mensaje por escrito? —preguntó ella de nuevo.

El Enviado sonrió.

—Creo que lo recordaré sin problemas, señora.

—Será mejor que así sea.

El Enviado se inclinó de nuevo, realizando una profunda reverencia.

—Mis disculpas de nuevo por aparecer en un día tan aciago —comentó él, cuando sus ojos se dirigieron hacia la pira funeraria.

—No le podemos decir a la lluvia que venga cuando queremos, ni al viento, ni tampoco al frío —replicó Selia—. Supongo que mucho menos a los abismales. Así que la vida debe continuar a pesar de todo.

—La vida sigue —admitió el Enviado—, pero si hay algo que mi Juglar o yo podamos hacer para ayudar... Tengo las espaldas fuertes y he tratado heridas de los abismales muchas veces.

—Vuestro Juglar ya está ayudando —repuso la mujer al tiempo que cabeceaba en dirección al joven, que cantaba y hacía sus trucos—, distrayendo a los jóvenes mientras sus parientes hacen el trabajo. Y en cuanto a usted, tenemos mucho que hacer en los próximos días, cuando nos recuperemos de esta pérdida. No tengo tiempo bastante para distribuir el correo y leérselo a quienes no han aprendido a leer.

—Puedo leer a los que no saben, señora —repuso el Enviado—, pero no conozco la ciudad lo bastante bien para repartirlo.

—No importa —respondió Selia, empujando al chico hacia delante—. Arlen, este muchacho, le llevará a los grandes almacenes de Ciudad Central. Déle las cartas y los paquetes a Rusco Jabalí cuando descargue la sal. La mayoría de la gente acudirá corriendo ahora que usted ha llegado, y Rusco es uno de los pocos que sabe leer y contar en la ciudad. El viejo sinvergüenza se quejará e insistirá en que le pague por ello, pero dígame que éstos son tiempos difíciles, y debe volcarse toda la ciudad, y dígame también que reparta las cartas y que se las lea a aquellos que no sepan, o no moveré un dedo la próxima vez que la gente de por aquí quiera ponerle una soga al cuello.

El Enviado miró a la mujer con detenimiento, quizás intentando adivinar si estaba de broma, pero la expresión pétrea de su rostro no daba pista alguna, así que se inclinó de nuevo.

—Démonos prisa, entonces —dijo Selia—, cuanto antes se muevan, antes regresará, que aquí todo el mundo se prepara para marcharse antes de que caiga la

noche. Si usted y su Juglar no tienen con qué pagarle a Rusco por una habitación donde dormir, todos los aquí presentes estarán más que contentos de ofrecerles sus casas.

Azuzó a los dos para que se fuesen y se volvió para increpar a quienes estaban remoloneando en sus tareas para mirar a los recién llegados.

—¿Siempre es tan... enérgica? —le preguntó el Enviado a Arlen mientras caminaban hacia el lugar donde el Juglar hacía mímica a los niños más pequeños, ya que los demás habían regresado al trabajo.

El muchacho resopló.

—Pues tendríais que oírla cuando se dirige a los Ancianos. Habéis tenido suerte de marcharos con la piel entera después de llamarla «Yerma».

—Graig me dijo que era así como la llamaba todo el mundo —replicó el Enviado.

—Y así es —admitió—, pero nadie lo hace en su cara, a menos que se sientan capaces de agarrar a un abismal por los cuernos. Todo el mundo pega un salto cuando ella habla.

El hombre se echó a reír entre dientes.

—Y eso que sólo es una Moza vieja, después de todo —reflexionó—. De donde yo vengo sólo se espera que uno dé un respingo de esa manera cuando oye una orden de una Madre.

—¿Y eso qué cambia? —inquirió el chico.

El Enviado se encogió de hombros.

—No lo sé, sólo estoy haciendo suposiciones —concedió—. Simplemente, así son las cosas en Miln. La gente hace que el mundo funcione, pero las Madres son las que «hacen» a la gente, luego ellas dirigen el baile.

—Pues las cosas aquí no funcionan igual —comentó Arlen.

—No suele serlo en las ciudades pequeñas —repuso el milnés—, ya que no se puede prescindir de la gente así como así, pero las Ciudades Libres son distintas. Salvo en Miln, las mujeres no tienen protagonismo alguno en las demás.

—Vaya estupidez —masculló el muchacho entre dientes.

—Lo es —admitió el Enviado.

Éste se detuvo y le ofreció a Arlen las riendas de su corcel.

—Espera aquí un minuto —le dijo, y se dirigió hacia el Juglar.

Los dos hombres se apartaron a un lado para hablar y Arlen observó de nuevo la transformación del rostro del Juglar: primero se mostró enfadado; luego, irascible; y finalmente resignado mientras intentaba argumentar con el Enviado, cuya expresión se mantuvo pétrea todo el rato.

Sin apartar la mirada en ningún momento del Juglar, el Enviado le hizo señas con

una mano al chico para que le trajera el caballo.

—... y no me importa lo cansado que estés —estaba diciendo en ese momento, con la voz transformada en un susurro áspero—, esta gente tiene una tarea enorme por delante y si debes tirarte toda la tarde saltando y bailando para mantener a sus niños entretenidos mientras la hacen, pues te fastidias, ¡pero hazlo! ¡Así que colócate la máscara de nuevo y ponte a ello!

Agarró las riendas tomándolas de la mano de Arlen y se las arrojó al Juglar.

El chico le echó una buena ojeada al rostro del joven Juglar, lleno de miedo e indignación, antes de que éste se diera cuenta de que estaba allí. En cuanto se supo observado, el rostro del hombre se contrajo y un momento más tarde reapareció el alegre y brillante muchacho que bailaba para los niños.

El Enviado llevó a Arlen hacia el carro y ambos se subieron, después aferró las riendas y se volvieron hacia el camino polvoriento que desembocaba en la vía principal.

—¿Por qué discutíais? —le preguntó el chaval mientras el carro traqueteaba.

El milnés lo miró durante un momento y después se encogió de hombros.

—Es la primera vez que Keerin se aventura tan lejos de la ciudad —comentó—. Se hacía el valiente cuando íbamos en grupo y teníamos un vagón cubierto donde dormir, pero después de que dejáramos al resto de nuestra caravana allá, en Angiers, no se las ha apañado ni la mitad de bien. Está asustado por culpa de los abismales y eso lo convierte en una compañía poco agradable.

—Pues cualquiera lo diría —comentó Arlen, volviéndose para mirar al hombre, que en ese momento estaba dando volteretas.

—Los Juglares tienen sus trucos de actores —replicó el Enviado—. Se afanan tanto por simular algo que no son que llega un momento en que se convencen de ello. Keerin pretende ser valiente. El gremio le hizo un examen para viajar y lo pasó, pero nunca se puede saber cómo reaccionará la gente después de dos semanas por esos caminos hasta que lo hacen de verdad.

—¿Cómo os las apañáis para sobrevivir al aire libre por la noche? —preguntó el chico—. Mi padre dice que trazar protecciones mágicas en el suelo trae problemas.

—Y tiene mucha razón —comentó el Enviado—. Mira en ese compartimiento que tienes a los pies.

Así lo hizo y sacó de allí una bolsa grande de piel suave. Dentro, había una cuerda anudada de la que colgaban placas de madera lacada de un tamaño más grande que su mano. Se le dilataron los ojos cuando vio los grafos tallados y pintados en la madera.

Casi de forma inmediata, Arlen comprendió que sostenía un círculo portátil de protección mágica, tan grande que podía rodear el carro y algo más de terreno.

—Nunca había visto nada como esto —comentó.

—No son nada fáciles de hacer. La mayoría de los Enviados se pasan casi todo su aprendizaje estudiando el arte de realizarlos. Ni el viento ni la lluvia pueden borrarlos, pero aun así, no es lo mismo que tener unas paredes protegidas con su puerta.

»¿Alguna vez has visto a un demonio cara a cara, chaval? —le preguntó el hombre, volviéndose hacia el muchacho y mirándolo con dureza—. ¿Lo has visto intentar alcanzarte sin tener ningún sitio adonde huir y nada que te proteja, excepto una magia imposible de ver? —Sacudió la cabeza—. Tal vez sea demasiado duro con Keerin, ya que después de todo pasó su examen sin problemas. Gritó un poco, pero qué se puede esperar. Sin embargo, verse noche tras noche en la misma situación, ése es otro cantar. A algunos hombres les suele costar muy caro, preocupados como están por si una hoja se cae sobre una protección y entonces...

Siseó de repente y lanzó súbitamente una mano en forma de garra hacia el muchacho, echándose a reír cuando éste dio un respingo del susto.

Arlen deslizó el pulgar sobre cada una de las suaves protecciones lacadas, sintiendo su fuerza. Había una placa por cada treinta centímetros de cuerda, tal como debía haber en una red de protección, y contó más de cuarenta.

—¿Y los demonios del viento no pueden volar hasta entrar en un círculo de este tamaño? —inquirió—. Papá levanta postes de protección para evitar que puedan aterrizar en los campos.

El hombre se volvió para mirarlo, algo sorprendido.

—Pues probablemente tu padre esté perdiendo el tiempo —repuso—. Los demonios del viento son voladores resistentes, pero necesitan espacio abierto para coger carrerilla, o algo adonde subirse y saltar para poder elevarse. No hay mucho de eso en un campo de maíz, así que no se mueren por aterrizar, a menos que perciban un desafío imposible de resistir, como un chico que se haya quedado dormido en el campo.

Se lo quedó mirando del mismo modo que hacía Jeph cuando advertía a Arlen de que los abismales eran un asunto muy serio. Como si él no lo supiera.

—Los demonios del viento necesitan también mucho espacio para dar la vuelta —continuó el Enviado—, y la mayoría de ellos tienen unas alas con una envergadura mayor que la de este círculo. Tal vez alguno pueda meterse dentro, pero jamás he visto que eso ocurriera. Sin embargo, si lo hiciera... —El hombre hizo un gesto en dirección a la larga y gruesa lanza que mantenía muy cerca de él.

—¿Es posible matar a un abismal con una lanza? —preguntó el muchacho.

—Creo que no —replicó el milnés—, pero he oído que puedes aturdir— los inmovilizándolos contra tus protecciones. —Se echó a reír—. Espero no tener que averiguarlo nunca.

Arlen se lo quedó mirando con los ojos abiertos como platos. El hombre le

devolvió la mirada, con el rostro repentinamente serio.

—El de Enviado es un trabajo bastante peligroso, chico.

El niño lo observó durante un buen rato y al final terminó diciendo:

—Debe merecer la pena ver las Ciudades Libres. Dime la verdad, ¿qué aspecto tiene Fuerte Miln?

—Es la ciudad más rica y hermosa del mundo —repuso Ragen, alzando la cota de malla para mostrar el tatuaje en el antebrazo de una ciudad anidada entre dos montañas—. Las Minas del Duque son muy ricas en sal, metales y carbón. Sus murallas y tejados están tan bien protegidos que resulta muy raro que los grafos hayan sido puestos a prueba. Cuando el sol brilla en las murallas, hace que se avergüencen las montañas.

—No he visto jamás una montaña —contestó Arlen, maravillado, mientras reseguía el tatuaje con el dedo—. Mi padre dice que son sólo colinas grandes.

—¿Ves ésa de ahí? —preguntó el hombre, señalando al norte del camino.

El chico asintió.

—Es la Colina de la Turba. Puede verse todo Arroyo Tibbet desde arriba.

El Enviado movió la cabeza afirmativamente.

—¿Sabes lo que significa la palabra «cien», Arlen? —inquirió.

El muchacho asintió de nuevo.

—Como diez pares de manos.

—Bueno, pues la montaña más pequeña es más grande que cien de tus Colinas de la Turba apiladas una sobre otra, y las montañas de Miln no son precisamente de las pequeñas.

Los ojos de Arlen se dilataron mientras intentaba hacerse la idea de una altura semejante.

—Deben tocar casi el cielo —comentó.

—Algunas llegan incluso más lejos. Desde su cima, puedes ver cómo se extienden las nubes debajo de ti.

—Me gustaría verlas algún día —repuso el chico.

—Puedes unirte al gremio de los Enviados cuando tengas la edad apropiada.

Arlen sacudió la cabeza.

—Padre dice que los que se marchan son desertores y escupe al decirlo.

—Tu padre no sabe de lo que habla —afirmó el hombre—, y escupir no va a cambiar las cosas. Sin los Enviados, hasta las Ciudades Libres se vendrían abajo.

—Pues yo pensaba que las Ciudades Libres estaban a salvo —repuso él.

—Nadie está a salvo, Arlen, al menos no del todo. Miln tiene más población y puede soportar mejor los muertos que un sitio como Arroyo Tibbet, pero los abismales se cobran su cuota de vidas todos los años.

—¿Cuánta gente vive en Miln? —preguntó el chico—. En Arroyo Tibbet somos

unos novecientos y allí arriba en Pastos al Sol se supone que casi los mismos.

—En Miln viven unas treinta mil personas —replicó el hombre con orgullo.

Arlen se lo quedó mirando, confuso.

—Mil son diez centenas —le ayudó el Enviado.

El chico se lo pensó durante un momento y luego sacudió la cabeza.

—No sabía que pudiera haber tanta gente por ahí —comentó.

—Pues la hay, e incluso más. Hay todo un mundo enorme ahí fuera para quienes no temen enfrentarse a la oscuridad.

Arlen no contestó y viajaron en silencio durante un buen rato.

El traqueteante carro necesitó casi una hora y media para recorrer el camino hasta Ciudad Central. Se encontraba justo en el medio del Arroyo y la formaban unas cuantas docenas de casas de madera protegidas por grafos y ocupadas por aquellos cuyos negocios no los obligaban a trabajar

en los campos ni en los arrozales ni en la pesca ni cortando leña. Allí era donde uno iba cuando necesitaba un sastre, un panadero, un herrero, un tonelero o cosas por el estilo.

En el centro había una plaza donde la gente solía reunirse y también era donde se hallaba el edificio más grande de Arroyo Tibbet, el almacén. Tenía una habitación muy grande que daba a la fachada, donde estaban las mesas y la taberna y una tienda incluso más grande en la parte trasera. También había un sótano lleno de todas las cosas de valor que podían encontrarse en Arroyo.

La cocina estaba a cargo de las hijas de Rusco, Dasy y Catrín. Era posible comer hasta el hartazgo por dos créditos, pero Silvy decía que el viejo Rusco era un timador porque con dos créditos podías comprar grano suficiente para una semana. Aun así, había un montón de solteros dispuestos a pagar el precio, y no sólo por la comida. Dasy era una chica muy de su casa y Catrín, gorda, pero el tío Cholie solía decir que quien se casase con una de ellas tenía la vida arreglada.

Todo el mundo en Arroyo le llevaba a Rusco el Jabalí sus productos, fueran trigo, carne o pieles, cerámica o telas, muebles o herramientas. Él los recogía, los valoraba y les daba a los clientes créditos para poder comprar otras cosas en la tienda.

Pero las cosas siempre parecían costar mucho más de lo que el negociante pagaba por ellas. Arlen sabía lo suficiente de números para verlo. Había algunas discusiones terribles cuando la gente iba a vender, pero era Rusco el Jabalí el que marcaba los precios y generalmente solía salirse con la suya. Casi todo el mundo lo odiaba, pero en la misma medida lo necesitaban, y solían inclinarse más a sacudirle el polvo del abrigo y abrirle la puerta que a escupir cuando pasaba.

Todo el mundo en Arroyo trabajaba de sol a sol y, a pesar de ello, rara vez tenía

sus necesidades cubiertas. Sin embargo, Rusco el Jabalí y sus hijas siempre mostraban las mejillas carnosas, los vientres bien llenos y ropas nuevas y limpias. Arlen debía envolverse en un tapete cuando su madre se las quitaba para lavarlas.

El Enviado y el muchacho ataron las monturas delante del almacén y entraron dentro. La cantina estaba vacía. El aire dentro de la taberna solía estar saturado del olor a panceta, pero hoy no salía ningún olor de la cocina.

Arlen se apresuró a adelantar al Enviado nada más entrar. Rusco había colocado allí una pequeña campana de bronce que se había traído de las Ciudades Libres. Arlen adoraba esa campana, así que la sacudió con la palma de la mano y sonrió al oír su sonido nítido.

Se oyó un golpe sordo en la parte trasera y Rusco surgió de entre las cortinas situadas detrás de la taberna. Era un hombre grande, todavía fuerte y con la espalda erguida a pesar de sus sesenta años, aunque le colgaba una barriga algo fofa del tronco y el pelo del color gris acerado se le iba retirando de la arrugada frente. Calzaba zapatos de cuero y vestía unos pantalones de tela ligera y una limpia camisa blanca de algodón con las mangas enrolladas hasta la mitad de sus gruesos antebrazos. Como siempre, no había ni una mancha en su delantal blanco.

—Arlen Bales —dijo con sonrisa paciente, al ver al chico—. ¿Has venido sólo a jugar con la campana o te trae algún asunto?

—El que tiene un asunto soy yo —dijo el Enviado, adelantando un paso—. ¿Eres Rusco Jabalí?

—Con Rusco basta —comentó el viejo—. Los de la ciudad me encasquetaron lo de «Jabalí», aunque nadie me lo suele decir a la cara. Está claro que no soportan que un hombre prospere.

—Ya va la segunda —musitó el Enviado entre dientes.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Rusco.

—Que ya van dos veces que el tocón de viaje de Graig me ha llevado por mal camino. Le he llamado a Selia «Yerma» en su cara esta mañana.

—Ja, ja! —rió el tabernero—. ¿De verdad lo hizo? Bueno, eso bien merece que echemos un trago a cuenta de la casa, ya lo creo que sí. ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Ragen —contestó el milnés, dejando caer su pesada cartera y tomando asiento en la tasca. El tabernero abrió un barril y cogió una jarra de madera de un gancho.

La espesa cerveza de color miel mostraba una espuma blanca en la parte superior de la jarra. Rusco le llenó una a Ragen y sirvió otra para sí mismo. Después le echó una ojeada a Arlen y le puso una jarra más pequeña.

—Llévate eso a una mesa y deja que los mayores hablemos en la barra —le dijo—. Y si sabes lo que te conviene, no le digas a tu madre que te la he dado.

El chico mostró una sonrisa resplandeciente y salió disparado con su trofeo antes de que el tabernero tuviera oportunidad de arrepentirse. Le había dado algún tiento a

hurtadillas a la jarra de su padre en alguna feria, pero nunca había tenido una para él solo.

—Empezaba a preocuparme que ya no viniera ningún Enviado —escuchó que le decía Rusco a Ragen.

—Graig pescó un resfriado justo antes de partir el otoño pasado —le contó el forastero, dando un largo trago—. Su Herborista le dijo que pospusiera el viaje hasta que se sintiera mejor, pero se echó encima el invierno y cada vez se ponía peor. Al final, me pidió que me hiciera cargo de su ruta hasta que el gremio encontrara un sustituto. Debía llevar una caravana de sal a Angiers de todas formas, así que añadí un carro más y di un giro en esta dirección antes de ir más hacia el norte.

El tabernero cogió su jarra y la llenó de nuevo.

—Por Graig —dijo—, un gran Enviado y un peligroso regateador.

Ragen asintió, los dos hombres chocaron las jarras y bebieron.

—¿Otra? —preguntó Rusco, cuando el hombre soltó la suya de golpe sobre la barra.

—Graig escribió en su tocón que usted también tenía peligro a la hora de regatear —comentó Ragen—, y que intentaría emborracharme primero.

El tabernero se echó a reír entre dientes y le volvió a llenar la jarra.

—Puede que después del tira y afloja no tenga necesidad de seguir sirviendo esto —repuso, ofreciéndosela con descaro.

—Seguirá haciéndolo si quiere que su correo llegue a Miln —replicó Ragen con una gran sonrisa, y aceptó la jarra.

—Ya veo que va a ser tan duro de pelar como lo fue Graig —gruñó entre dientes el viejo, escanciando más cerveza en su propia jarra—. Por eso —añadió, mientras se derramaba la espuma—, ambos podemos regatear borrachos. —Se echaron a reír, y chocaron de nuevo las jarras.

—¿Hay alguna noticia de interés en las Ciudades Libres? —preguntó Rusco—. ¿Los krasianos siguen decididos a autodestruirse?

El milnés se encogió de hombros.

—De todas todas. Dejé de ir por Krasia hace unos años. Está demasiado lejos y es un viaje muy peligroso.

—¿Y el hecho de que tapen a sus mujeres con mantas no tiene nada que ver? —inquirió Rusco.

El hombre se echó a reír.

—Tampoco es que ayude —convino—, pero sobre todo es porque piensan que todos los norteños, incluidos los Enviados, somos unos cobardes por no pasarnos las noches intentando que nos descuarticen.

—Quizá tendrían menos ganas de luchar si se dedicaran a mirar un poco más a sus mujeres —reflexionó el viejo—. ¿Y cómo van las cosas en Angiers y Miln?

¿Siguen peleándose los duques?

—Igual que siempre —comentó Ragen—. Euchor necesita la madera de Angiers para mantener sus refinerías en marcha y grano para alimentar a su gente, y Rhinebeck necesita el metal y la sal de Miln. Deben comerciar para sobrevivir; pero, en vez de ponérselo fácil el uno al otro, se pasan el tiempo intentando engañarse mutuamente, en especial cuando pierden un envío en el camino por culpa de los abismales. El pasado verano los abismales atacaron una caravana de acero y sal. Mataron a los conductores, pero dejaron la mayor parte de la mercancía intacta. Rhinebeck la rescató y rehusó pagar por ella, alegando derechos de salvamento.

—El duque Euchor debió ponerse furioso —comentó Rusco.

—Se quedó lívido —admitió el Enviado—. Fui yo quien le llevó las noticias. Luego, se le enrojeció la cara y juró que los de Angiers no volverían a ver ni un gramo más de sal hasta que Rhinebeck pagara.

—¿Y lo hizo? —inquirió el tabernero, inclinándose hacia delante, interesado.

Ragen sacudió la cabeza.

—Se las apañaron para matarse de hambre el uno al otro durante unos cuantos meses y entonces el gremio de los Mercaderes pagó, simplemente para poder sacar las mercancías antes de que llegara el invierno y se les pudrieran en los almacenes. Ahora Rhinebeck también se ha enfadado con ellos por haberle concedido el tanto a Euchor, pero ha salvado la cara y los cargamentos están de nuevo en movimiento, que es lo que les importa a todos menos a ese par de perros.

—Sería inteligente por su parte cuidar las formas cuando habla de los duques —le advirtió Rusco—, incluso estando tan lejos como nos encontramos.

—¿Y quién se lo va a decir? —le preguntó el hombre—. ¿Usted? ¿El niño? —Hizo un gesto en dirección a Arlen y ambos hombres se echaron a reír—. Y ahora tendré que llevarle a Euchor noticias sobre lo del Pontón, y eso lo empeora todo —añadió.

—La ciudad fronteriza de Miln —comentó el tabernero—, ésa que está a menos de un día de Angiers. Tengo algunos contactos allí.

—Creo que ya no —dijo Ragen, con una clara indirecta, y ambos hombres se quedaron callados durante un rato—. Ya está bien de malas noticias —continuó, colocando el talego sobre la barra del bar. Rusco lo examinó con cierto recelo.

—Eso no tiene pinta de ser sal —repuso—, y dudo que haya tanto correo.

—Tiene seis cartas y una docena de paquetes —le expuso el Enviado, ofreciéndole una hoja de papel doblado—. Está todo anotado aquí, junto con todas las demás cartas que hay en el talego y la lista de los paquetes que hay para repartir en el carro. Le he dado a Selia una copia de la lista —le advirtió.

—¿Y qué quiere que haga con esa lista o con el correo? —inquirió el tabernero.

—La Portavoz está ocupada y no puede distribuir el correo ni leérselo a los que

no saben. Me ha dicho que lo harías tú —lo tuteó.

—¿Y cómo me van a compensar de las horas que voy a perder de atender a mi negocio por ponerme a leerle sus cosas a los ciudadanos? —preguntó Rusco.

—¿Por la satisfacción de hacer algo bueno por tus vecinos? —replicó Ragen.

El viejo resopló.

—No me vine a Arroyo Tibbet para hacer amigos —le espetó—. Soy un hombre de negocios y hago muchas cosas por esta ciudad.

—¿Ah, sí?

—Maldita sea —continuó Rusco—, antes de que yo viniera a esta ciudad, todo se basaba en el trueque. —Hizo sonar la palabra como una maldición y escupió en el suelo—. Recogían los frutos de su trabajo y se reunían en la plaza cada Séptimo. Se pasaban discutiendo todo el tiempo cuántas judías valían una espiga de trigo o cuánto arroz debía recibir el tonelero para que te hiciera un barril donde meterlo. Y si no había forma de que consiguieras lo que necesitabas ese día, debías esperar hasta la siguiente semana o ir de puerta en puerta. Ahora todo el mundo puede venir aquí cualquier día y a cualquier hora, desde el amanecer hasta la puesta de sol, para comprar con créditos cualquier cosa que pueda necesitar.

—Eres el salvador de la ciudad —comentó el Enviado con ironía—, y supongo que sin ganar nada a cambio.

—Nada, salvo un pequeño beneficio —replicó el tabernero con una gran sonrisa.

—¿Y cuántas veces han intentado los aldeanos colgarte por timarlos? —preguntó Ragen.

Rusco entrecerró los ojos.

—Pues muchas veces, considerando que la mitad de ellos apenas saben contar con los dedos y la otra mitad sólo puede hacerlo añadiendo los dedos de los pies.

—Selia me dijo que vas a tener que buscarte la vida la próxima vez que eso ocurra a menos que cumplas con tu parte —le espetó; la voz amable del hombre se endureció repentinamente—. Hay un montón de gente en la parte más lejana de Arroyo sufriendo mucho más que si estuvieran leyendo el correo.

El viejo torció el gesto, pero cogió el listado y acarreó la pesada bolsa hacia el almacén.

—Pero ¿tan mal ha ido, de verdad? —preguntó cuando regresó.

—Muy mal —contestó Ragen—, Lo menos veintisiete muertos y unos cuantos más todavía en paradero desconocido.

—Por el Creador —juró Rusco, dibujando una protección mágica en el aire—. Había pensado que afectaba a una familia como mucho.

—Ojalá hubiera sido así.

Ambos se quedaron en silencio durante un momento, como correspondía en atención a las víctimas, y después se miraron.

—¿Has traído la sal de este año?

—¿Y tienes tú el arroz del duque? —replicó el Enviado.

—Lleva aquí almacenado todo el invierno, pero claro, como has tardado tanto...

—Ragen entornó los ojos—. ¡Oh, pero aún está en buen estado! —añadió Rusco, alzando las manos repentinamente, como si suplicara—. Lo he mantenido bien cerrado y seco y ¡no hay ningún tipo de alimañas en mi bodega!

—Tendré que asegurarme, supongo que lo comprendes.

—Claro, claro —admitió el tabernero—, ¡Arlen, tráeme esa lámpara! —le ordenó al chico, que se encontraba en la esquina.

Arlen correteó hacia la linterna y levantó la tapa. Prendió la mecha y luego bajó el cristal con ademán reverente. Nunca le habían dejado tocar ningún cristal hasta ese momento. Tenía un tacto más frío de lo que había imaginado, pero se fue caldeando conforme se avivaba la llama.

—Llévalo en alto y ve por delante hasta la bodega —volvió a ordenarle Rusco.

El muchacho intentó refrenar su excitación. Él siempre había querido entrar en la parte de atrás de la barra. Todos decían que si cualquiera de los habitantes de Arroyo apilaba todas sus posesiones, no podría rivalizar ni de lejos con las maravillas acumuladas en la bodega de Jabalí.

Observó que el tabernero tiraba de una anilla del suelo y que abría una trampilla grande. Arlen avanzó con rapidez, preocupado por si el viejo cambiaba de idea. Descendió por los chirriantes escalones con la linterna en alto a fin de iluminar el camino y mientras andaba, la luz rozaba las pilas de cajones y barriles apilados desde el suelo hasta el techo, colocados en filas uniformes que se extendían más allá de los límites de la luz. El suelo estaba entarimado para prevenir que los abismales entraran directamente en la bodega procedentes del Abismo, pero aun así, había grafos grabados en los estantes alineados en las paredes. El viejo Jabalí cuidaba bien de sus tesoros.

El tabernero encabezó la marcha a través de los pasillos hacia los toneles sellados en la parte trasera.

—Tienen aspecto de estar intactos —admitió Ragen mientras inspeccionaba la madera. Se detuvo a pensar un momento, y luego escogió uno al azar—. Ése —dijo, y señaló un barril con el dedo.

Rusco gruñó y tiró del tonel en cuestión. Alguna gente consideraba su trabajo fácil, pero tenía los brazos tan duros y gruesos como cualquiera que portara un hacha o una cimitarra. Rompió el sello y saltó la tapa del barril, derramando el arroz en una cazuela plana para que el Enviado pudiera inspeccionarlo.

—Un magnífico arroz de las Ciénagas —le comentó al hombre—, no se le ve un gorgojo ni un signo de podredumbre. Esto alcanzará un alto precio en Miln, especialmente después de tanto tiempo.

Ragen gruñó y asintió, de modo que resellaron el tonel y volvieron a subir las escaleras.

Discutieron durante un buen rato cuántos barriles de arroz costaban los pesados sacos de sal depositados en el carro. Al final, ninguno de los dos tenía un aspecto muy feliz, pero chocaron las manos para sellar el trato.

Rusco llamó a sus hijas y todos salieron hacia el carro para comenzar a descargar la sal. Arlen intentó levantar un saco, pero pesaba demasiado para él y trastabilló y besó el suelo, dejándolo caer.

—¡Ten cuidado! —le gritó Dasy, dándole una colleja.

—Sujeta la puerta si no puedes levantarlos —le espetó Catrin, mientras llevaba un saco sobre el hombro y otro debajo de su carnoso brazo. El muchacho se levantó como pudo y se apresuró a sujetarle la puerta abierta.

—Vete a por Ferd Millar y dile que le pagaremos cinco... Bueno, no, cuatro créditos por cada saco que lleve —le dijo el tabernero a Arlen. La mayoría de la gente en Arroyo trabajaba para Jabalí de un modo u otro, pero principalmente sus conciudadanos—. Dile que serán cinco si lo mete en los barriles con arroz para mantenerla seca.

—Ferd está en la Aldea —contestó el chico—. Casi todo el mundo está allí.

Rusco gruñó, pero no replicó. El carro se vació pronto, a excepción de unas cuantas cajas y sacos que no contenían sal. Las hijas del viejo los miraron con ojos ansiosos, pero no dijeron nada.

—Esta noche subiremos el arroz de la bodega y lo dejaremos en la habitación trasera hasta que estés preparado para regresar a Miln —afirmó Rusco, cuando terminaron de transportar el último saco.

—Gracias —dijo Ragen.

—Entonces, ¿ya hemos terminado con los negocios del duque? —preguntó el viejo con una gran sonrisa, y los ojos le titilaron al dirigirse con gesto cómplice hacia el resto de objetos del carro.

—Los negocios del duque, sí —repuso el hombre con otra sonrisa a modo de respuesta.

Arlen esperaba que le dieran otra cerveza mientras regateaban de nuevo. Le hacía sentirse un poco mareado, como si hubiera cogido un resfriado, pero sin la tos, los estornudos y el dolor. A él le gustaba la sensación y quería sentirla de nuevo.

Ayudó a acarrear los objetos que quedaban en la taberna y Catrin trajo una bandeja de bocadillos bien rellenos de carne. Al muchacho le dieron una segunda pequeña jarra de cerveza para bajarlos y el viejo Jabalí le dijo que le apuntaría dos créditos en el libro por su trabajo.

—No se lo diré a tus padres —le comentó el tabernero—, pero si te los gastas en cerveza y te pillan, te haré pagar todo el mal rato que me va a hacer pasar tu madre.

Arlen asintió con entusiasmo, pues nunca había tenido créditos de su propiedad para poder gastar en la tienda.

Rusco y Ragen pasaron al otro lado de la barra después del almuerzo y abrieron los otros objetos que había traído el Enviado. Los ojos del muchacho flamearon conforme aparecía cada uno de los tesoros. Había piezas de la tela más fina que había visto en su vida, instrumentos de metal y broches, cerámica y especias exóticas. Había incluso unas cuantas copas realizadas en un cristal brillante y lleno de reflejos.

Jabalí pareció menos impresionado.

—Graig trajo un surtido de más calidad el año pasado. Te daré... cien créditos por todo el lote.

A Arlen se le descolgó la mandíbula. ¡Cien créditos! Ragen podría poseer la mitad de Arroyo por esa cantidad, pero al milnés no le sentó nada bien la oferta. Se le endureció la mirada y dio una gran palmada en la mesa. Dasy y Catrin levantaron la mirada de la limpieza al oír el sonido.

—¡Vete al Abismo con tus créditos! —rugió—. Yo no soy uno de tus paletos y, a menos que quieras que le haga llegar al gremio la acusación de que has intentado timarme, no vuelvas a confundirme con uno.

—¡No te lo tomes tan a pecho! —Rusco se echó a reír, palmeando el aire con esa forma tan peculiar que tenía de aplacar a sus interlocutores—. Debía intentarlo... comprende. ¿Todavía les gusta el oro, allá en Miln? —preguntó con una sonrisa taimada.

—Como en todas partes —contestó Ragen, que aún tenía gesto de contrariedad, aunque la ira había desaparecido de su voz.

—Aquí no —comentó el tabernero, pasando al otro lado de la cortina, y pudieron oírle hurgando—. Aquí carece de valor lo que no puedas comerte, llevar puesto o usar para cultivar el campo o para pintar un grafo. —Regresó un momento más tarde con un gran saco de tela que depositó en la barra con un tintineo.

»Aquí la gente ha olvidado que el oro mueve el mundo —continuó él, rebuscando dentro del saco y sacando dos pesadas monedas amarillas que agitó ante la cara del hombre—. ¡Los chavales del molinero los estaban usando para jugar! ¡Piezas de un juego! Les dije que les cambiaba el oro por un juego de madera tallada que tenía aquí en la tienda y ¡pensaron que les estaba haciendo un favor! ¡Ferd incluso vino al día siguiente para darme las gracias! —Se echó a reír con un sonido que salía de lo más hondo de su barriga.

Arlen pensó que debía sentirse ofendido por esas risas, pero no estaba muy seguro del motivo. Había jugado al juego de los Millar muchas veces y le parecía que valía mucho más de dos piezas de metal, por muy brillantes que fueran.

—He traído un lote que vale mucho más de dos soles —observó Ragen, que asintió en dirección a las monedas y después devolvió la mirada al saco.

Rusco sonrió.

—No hay que preocuparse —añadió, desatando el saco por completo. Mientras la tela se vaciaba en el mostrador, se fueron apilando cada vez más monedas, junto con cadenas, anillos e hilos de piedras relumbrantes. Todo era muy bonito, supuso Arlen, pero se quedó sorprendido cuando los ojos del Enviado casi se le salieron de las órbitas y adquirieron un brillo codicioso.

Nuevamente comenzaron a regatear, Ragen alzaba las piedras a la luz y mordía las monedas, y el viejo tanteaba la tela y probaba las especias. El muchacho lo veía todo borroso, ya que la cabeza le daba vueltas debido a la cerveza. Catrín traía una jarra tras otra a los hombres en la barra, pero ellos no dieron muestra alguna de verse afectados como Arlen.

—Doscientos veinte soles de oro, dos lunas de plata, una cadena y tres anillos de plata —resumió Rusco al final—. Y ni un solo cobre más.

—No me extraña que hayáis terminado en este lugar perdido y atrasado —comentó el Enviado—. Deben haberos echado de la ciudad por timador.

—Los insultos jamás han hecho rico a nadie —comentó Jabalí, confiado en llevar la mejor mano en el juego.

—Esta vez no me voy a hacer rico —dijo Ragen—, salvo los costes del viaje, hasta el último cobre irá a parar a la viuda de Graig.

—Ah, Jenya —dijo Rusco con gesto de añoranza—. Solía escribir las cartas de todos los analfabetos de Miln, el idiota de mi sobrino entre ellos. ¿Qué va a ser de ella?

El hombre sacudió la cabeza.

—El gremio no le pagó nada en compensación por la muerte de su esposo, ya que Graig falleció en su cama —y luego añadió—, y como no es una Madre, le han denegado una gran cantidad de trabajos.

—Siento oír eso —comentó el tabernero.

—Graig le dejó algo de dinero, aunque nunca tuvo mucho, y el gremio todavía le seguirá pagando por escribir. Con el dinero de este viaje, tendrá suficiente para tirar un tiempo. De todas formas, es joven y en algún momento se le acabará si no vuelve a casarse o encuentra un trabajo mejor.

—¿Y si no...? —preguntó Rusco.

Ragen se encogió de hombros.

—Le costará mucho encontrar un nuevo marido porque ha estado casada ya y no ha tenido hijos, pero no se convertirá en una Mendiga. Mis camaradas del gremio y yo hemos jurado que no permitiremos eso. Uno de nosotros la tomará como Sierva antes de que eso ocurra.

El viejo sacudió la cabeza.

—Aun así, descender de la categoría de Mercader a la de Sierva... —Metió la

mano dentro de una bolsita y sacó un anillo con una piedra transparente y relumbrante engastada—. Hazle llegar esto —añadió, haciendo el ademán de entregársela.

Cuando Ragen alargó la mano hacia ella, Rusco la retiró repentinamente.

—Quiero que ella me envíe luego un mensaje de confirmación —comentó—, y conozco bien cómo traza sus letras. —Ragen se lo quedó mirando un momento y el viejo añadió con rapidez—: No pretendo insultarte.

El Enviado sonrió.

—Tu generosidad compensa el insulto —repuso, cogiendo el anillo—. Esto le mantendrá la barriga llena durante meses.

—Sí, eso creo —replicó el tabernero con gesto hosco, recogiendo lo que quedaba de la bolsa—, pero que no lo oiga ninguno de mis conciudadanos o perderé mi reputación de estafador.

—Tu secreto está a salvo conmigo —repuso Ragen con una carcajada.

—Quizá le puedas hacer ganar un poco más.

—¿Sí?

—Las cartas que tenemos debían haber llegado a Miln hace seis meses. Tú andarás por aquí unos cuantos días mientras escribimos y recogemos más, y quizá puedas ayudar a escribir incluso unas cuantas. Te compensaré por ello, pero no con más oro —aclaró—, ya que a Jenya seguramente le vendrá bien un barril de arroz, algo de pescado o carne curada.

—Seguro que sí —comentó Ragen.

—También puedo encontrarle trabajo a tu Juglar —añadió Rusco—. Tendrá más clientes aquí, en Ciudad Central, que yendo de granja en granja.

—De acuerdo, sin embargo, Keerin sí necesitará oro —le advirtió.

El viejo le dedicó una mirada llena de sarcasmo y el hombre se echó a reír.

—Bueno, tenía que intentarlo, lo entiendes, ¿no?, bien, entonces en plata.

El tabernero asintió.

—Le pagaré una luna por cada actuación y por cada luna, guardaré una estrella y le daré las otras tres.

—Creía que habíais dicho que la gente de la ciudad no tenía dinero —acotó Ragen.

—La mayoría, no —repuso el viejo—. Yo les venderé las lunas... digamos a cinco créditos cada una.

—Así, Rusco Jabalí, obtiene algo del trato, ¿no? —preguntó Ragen.

El mesonero sonrió.

Arlen se sintió muy emocionado durante el viaje de vuelta. El viejo Jabalí le

había prometido dejarle ver al Juglar gratis si corría la voz de que Keerin actuaría en la plaza al mediodía del día siguiente por cinco créditos o una luna milnesa de plata. No le quedaba mucho tiempo, ya que sus padres estarían preparándose para marcharse justo cuando llegaran él y Ragen, pero estaba seguro de que podría correr la voz antes de que lo montaran en el carro.

—Háblame de las Ciudades Libres —suplicó el muchacho mientras se dirigían hacia allí—. ¿Cuántas habéis visto?

—Cinco. Miln, Angiers, Lakton, Rizón y Krasia. Tal vez haya otras más allá de las montañas o el desierto, pero no conozco a nadie que las haya visto.

—¿Y cómo son?

—Está Fuerte Angiers, la Fortaleza del Bosque, situada al sur de Miln, al otro lado del río Entrettierras. Abastece de madera a las otras ciudades. Más al sur está el gran lago, en cuya superficie se ubica Lakton.

—¿Los lagos son parecidos a estanques?

—Un lago se parece a un estanque lo mismo que una montaña a una colina —explicó Ragen, dándole al chico un momento para digerir la idea—. Al estar sobre el agua, los laktonianos están a salvo de los demonios de las llamas, las rocas y del bosque. Su red de protección es a prueba de demonios del viento, y nadie sabe defenderse mejor que ellos de los demonios del agua. Son pescadores y miles de personas en las ciudades del sur dependen de sus capturas.

»Al oeste de Lakton se encuentra Fuerte Rizón, que en realidad no es un fuerte, ya que prácticamente puedes saltar sobre sus murallas, pero protege las más extensas tierras de labranza que hayas visto en tu vida. Sin Rizón, las demás Ciudades Libres se morirían de hambre.

—¿Y Krasia? —preguntó Arlen.

—He visitado Fuerte Krasia una sola vez —comentó el hombre—. Los krasianos no ven con buenos ojos a los forasteros y necesitas semanas de viaje por el desierto para llegar allí.

—¿Desierto...?

—Los desiertos de arena —le explicó Ragen—. Sólo se ven kilómetros y kilómetros de arena en todas direcciones. No hay comida ni agua, salvo la que puedas llevar contigo, y no hay nada bajo lo que guarecerse del sol abrasador.

—¿Y hay gente capaz de vivir allí? —inquirió el muchacho.

—Sí, claro, los krasianos, que en su momento llegaron a ser incluso más numerosos que los milneses, pero ahora se están extinguiendo.

—¿Por qué?

—Porque luchan contra los abismales —repuso el Enviado.

Los ojos del chico se abrieron por el asombro.

—¿Tú puedes luchar contra los abismales?

—Se puede pelear contra cualquier cosa, Arlen —afirmó el hombre—. El problema al enfrentarse a los demonios es que es más frecuente que pierdas. Los krasianos se cargan a los suyos, pero los abismales dan más de lo que reciben. Así que cada año van quedando menos krasianos.

—Mi padre dice que los abismales te devoran el alma cuando te cogen.

—¡Bah! —Ragen escupió por encima de un lado del carro—. Eso son supersticiones sin sentido.

Habían dado la vuelta a una curva no lejos de la Aldea cuando el chico se dio cuenta de que había algo colgando del árbol que tenían justo delante.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando el bulto.

—¡Por la Noche! —maldijo Ragen y sacudió las riendas, haciendo que el tiro arrancara al galope. Arlen se vio arrojado hacia atrás en su asiento y le llevó un momento enderezarse de nuevo. Cuando lo hizo se quedó mirando al árbol que se le acercaba con mucha rapidez.

—¡Tío Cholie! —chilló, viendo que el hombre pateaba mientras arañaba la cuerda que tenía alrededor del cuello.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó el muchacho, que, saltando del carro en movimiento, se dio un fuerte golpe contra el suelo, pero se enderezó y salió disparado hacia Cholie. Se puso debajo del hombre, pero uno de los pies bamboleantes le impactó en la boca, derribándolo. Sintió de pronto el sabor a sangre, pero no sintió dolor alguno, lo cual era extraño. Se levantó de nuevo, aferrándose a las piernas de Cholie e intentando subirlo con la idea de liberarlo de la cuerda, pero como él era muy bajo y además Cholie pesaba mucho, el hombre continuó ahogándose y sacudiéndose.

—¡Ayúdalo! —le gritó al Enviado—. ¡Se está asfixiando! ¡Que alguien lo ayude!

Alzó la mirada para ver cómo Ragen tomaba una lanza de la parte trasera del carro. El hombre se inclinó hacia atrás y la lanzó sin tomarse ni un solo momento para apuntar, aunque lo hizo con gran tino, cortando la soga y haciendo que el pobre Cholie cayera sobre Arlen. Ambos se derrumbaron sobre el suelo.

El milnés acudió al instante y le quitó la cuerda a Cholie de la garganta, pero no pareció haber mucha diferencia, el hombre todavía jadeaba y se arañaba la garganta. Le sobresalían los ojos tanto que parecía como si se le fueran a salir de las órbitas, y el intenso color rojo de su rostro tenía un matiz morado. El chico gritó cuando dio una gran sacudida y después se quedó quieto.

El hombre golpeó el pecho de Cholie y le insufló aire, pero no tuvo efecto alguno. Llegó un momento en que el Enviado se rindió, desplomándose contra el suelo y maldiciendo.

A Arlen no le resultaba extraña la muerte, porque su espectro visitaba Arroyo Tibbet con asiduidad, pero era diferente morir a consecuencia de los abismales que de

un resfriado. Era muy distinto.

—¿Por qué? —le preguntó a Ragen—. ¿Por qué luchó con tanta dureza para sobrevivir a la pasada noche sólo para suicidarse ahora?

—Pero ¿peleó? —inquirió el Enviado—, ¿Alguno de ellos luchó de verdad o más bien lo que hicieron fue correr y esconderse?

—Yo no... —dijo el chico.

—Esconderse no siempre basta, Arlen —le explicó el hombre—. Algunas veces ocultarse mata algo dentro de ti, así que sobrevives a los demonios, pero no del todo.

—¿Y qué otra cosa podría haber hecho? —preguntó el muchacho—. No se puede luchar contra un demonio.

—Es mejor pelear contra un oso en su propia cueva —replicó Ragen—, pero es posible.

—Sin embargo, dijiste que los krasianos estaban extinguiéndose a causa de ello —protestó el muchacho.

—Lo están, pero siguen el mandato de su corazón. Sé que suena a locura, Arlen, pero en su interior, cualquier hombre quiere luchar, como lo hicieron en los cuentos de otras épocas. Quieren proteger a sus mujeres y sus niños como lo hace un hombre de verdad; pero no pueden, porque los grandes grafos del pasado se han perdido, así que se acurrucan como liebres enjauladas, ocultándose aterrorizadas cuando cae la noche. Por eso, algunas veces, especialmente cuando ves morir a tus seres queridos, la tensión se eleva hasta tal punto que te quiebras.

Le puso una mano en el hombro.

—Siento que hayas tenido que ver esto, chico —comentó—. Sé que en estos momentos nada de lo que te he dicho tiene mucho sentido para ti...

—No, sí lo tiene.

Y era verdad, comprendió Arlen, ya que él entendía la necesidad de luchar. No había esperado ganar cuando atacó a Cobie y sus amigos aquel día. Si acaso, había esperado que lo golpearan más que nunca, pero en el momento en que aferró el palo, no se había preocupado más. Simplemente sabía que estaba cansado de tener que soportar aquellos abusos y quería que acabara de una vez, de un modo u otro.

Era un consuelo saber que no estaba solo.

Se quedó mirando a su tío, allí, tirado en el suelo, con los ojos dilatados por el miedo. Se arrodilló y alargó la mano, cerrándole los párpados con las yemas de los dedos. Ya no había nada que Cholie tuviera que temer.

—¿Habéis matado algún abismal alguna vez? —preguntó al Enviado.

—No —afirmó Ragen, sacudiendo la cabeza—, pero he luchado con unos cuantos y conservo algunas cicatrices que lo prueban. He tenido siempre más interés en huir de ellos o en apartarlos de alguien que en matarlos.

El muchacho pensó sobre ese asunto mientras envolvían a Cholie en una lona y lo

ponían en la parte trasera del carro, apresurándose a regresar hacia la Aldea. Jeph y Silvy habían recogido todo ya en el suyo y aguardaban impacientes por marcharse, pero el enfado que sentían por el tardío regreso de Arlen se disipó en cuanto vieron el cuerpo.

La madre se puso a gemir y se arrojó sobre su hermano, pero no había tiempo que desperdiciar, si querían estar de vuelta en la granja a la caída de la tarde. Jeph la sostuvo mientras el Pastor Harral pintaba una protección sobre la lona y entonaba una oración tras arrojar el cuerpo a la pira.

Los supervivientes que no iban a quedarse en la casa de Brine Cutter fueron divididos y enviados a casa con los demás. Jeph y Silvy habían ofrecido alojamiento a dos mujeres. Norine Cutter debía pasar ya de los cincuenta veranos. Su marido había muerto hacía ya algunos años y había perdido a su hija y su nieto en el ataque. Marea Bales era mayor también, pues tenía casi cuarenta. Su marido se había quedado fuera cuando se echaron a suertes la entrada a la bodega. Al igual que Silvy, ambas se dejaron caer en la parte de atrás del carro de Jeph, con la mirada fija en sus rodillas. Arlen hizo un gesto de despedida a Ragen mientras su padre chasqueaba el látigo.

La Aldea de los Bosques desapareció de la vista en el momento en que Arlen se dio cuenta de que no le había dicho a nadie que acudieran a ver al Juglar.

Si te ocurriera a ti

319 d.R.

Tuvieron el tiempo justo de poner el carro a buen recaudo y comprobar las protecciones antes de que llegaran los abismales. A Silvy le quedaban pocas fuerzas para ponerse a cocinar, así que despacharon con poco entusiasmo una cena fría de pan, queso y salchichas. Los demonios pusieron a prueba los grafos muy poco después del crepúsculo. Norine gritaba cada vez que la magia chisporroteaba al rechazarlos y Marea ni siquiera tocó la comida, sentada en su camastro con los brazos fuertemente apretados en torno a sus rodillas, gimiendo y balanceándose con cada chispazo. Silvy lavó los platos, pero no volvió de la cocina, donde su hijo la oyó llorar.

El chico intentó ir con ella, pero Jeph le cogió del brazo.

—Ven, quiero que hablemos, Arlen.

Se dirigieron hacia la pequeña habitación donde el muchacho tenía su camastro, la colección de cantos rodados del arroyo y huesos, y todas las plumas. Jeph seleccionó una pluma brillantemente coloreada de unos treinta centímetros de largo, y jugueteó con ella antes de empezar, evitando mirar a su hijo a los ojos.

El muchacho conocía los signos. Cuando su padre no lo miraba directamente, eso quería decir que quería hablarle de algo incómodo.

—Respecto a lo que viste en el camino con el Enviado... —comenzó.

—Ragen ya me lo explicó —repuso Arlen—. El tío Cholie ya estaba muerto, aunque ni él mismo lo supiera. Alguna gente sobrevive a los ataques, pero termina muriendo de todos modos.

Jeph puso cara de pocos amigos.

—Yo no lo habría expuesto de esa manera, aunque reconozco que hay algo de verdad en ello, supongo. Cholie...—... era un cobarde —finalizó el chico por él.

Su padre se lo quedó mirando, sorprendido.

—¿Por qué dices eso?

—Se escondió en la bodega porque tenía miedo a morir y después se suicidó porque tenía miedo de vivir —replicó Arlen—. Mejor habría sido que cogiera un hacha y muriera luchando.

—No quiero oírte decir esas cosas. No puedes pelear contra los demonios, Arlen. Nadie puede. No se gana nada haciendo que te maten.

El chico sacudió la cabeza.

—Se comportan como matones. Nos atacan porque estamos demasiado asustados para responderles. Cuando les di a Cobie y a los otros con aquel palo dejaron de molestarme.

—Cobie no es un demonio de las rocas —replicó Jeph—, y a éstos no hay palo que les asuste.

—Ha de haber alguna manera —insistió Arlen—. La gente lo hacía antes, o al menos eso cuentan las viejas historias.

—Esas historias también hablan de protecciones mágicas con las que era posible pelear, pero se han perdido esos grafos de combate.

—Ragen dice que hay sitios en los que aún se lucha contra los demonios y que puede hacerse.

—Voy a tener unas palabritas con ese Enviado —masculló Jeph—. No debería estar llenándote la cabeza con esas ideas.

—¿Por qué no? —repuso el chico—. Anoche podrían haber sobrevivido más personas si todos los hombres hubieran cogido hachas y lanzas...

—Sólo habrían conseguido morir. Hay otras maneras de protegerte a ti mismo y a tu familia, Arlen. Con sabiduría, prudencia y humildad. Pelear una batalla que vas a perder no es de valientes.

»¿Quién se preocuparía de las mujeres y los niños si todos los hombres se hicieran descuartizar en un intento de matarlos cuando eso resulta imposible? —continuó—. ¿Quién cortaría la leña y construiría las casas? ¿Quién cazaría, pastorearía, plantaría y sacrificaría a los animales? ¿Quién fertilizaría a las mujeres para que pudieran tener hijos? Si todos los hombres murieran, son los abismales los que ganarían.

—Ya están ganando —murmuró el niño—. Tú no dejas de repetir que la ciudad cada año es más pequeña. Los matones no dejan de venir hasta que no les paras los pies. —Alzó la mirada hacia su padre—. ¿Acaso no te das cuenta? ¿No sientes deseos de luchar alguna vez?

—Pues claro que sí, Arlen —repuso Jeph—, pero no me gustaría hacerlo de cualquier modo. Cuando conviene, cuando realmente conviene, todos los hombres desean ir a la lucha. Los animales huyen cuando pueden, y luchan cuando no tienen otro remedio, y la gente no es diferente de ellos. Ese ánimo sólo aparece cuando se necesita.

»Pero si tú estuvieras ahí fuera frente a los abismales —continuó—, o tu madre, juro que lucharía como un loco antes de dejar que se os acercaran. ¿Comprendes la diferencia?

Arlen asintió.

—Creo que sí.

—Buen chico —exclamó Jeph, y luego le pasó la mano por el hombro.

Esa noche, los sueños de Arlen se llenaron de colinas que rozaban el cielo y grandes estanques capaces de albergar a toda una ciudad en su superficie. Vio un espacio de arena amarilla que se extendía hasta donde llegaba la mirada y una fortaleza amurallada escondida entre árboles.

Pero lo vio todo entre dos piernas que se balanceaban perezosamente ante sus ojos. Alzó la mirada y vio su propio rostro tornarse morado por encima de la soga.

Se despertó sobresaltado, con el camastro empapado en sudor. Todavía estaba oscuro, pero había un ligero resplandor en el horizonte, donde el cielo color índigo tenía un matiz rojizo. Encendió un par de velas, se puso el peto y salió trastabillando hacia la sala principal. Encontró un mendrugo para mascar mientras cogía la cesta de los huevos y las jarras para la leche. Luego las puso al lado de la puerta.

—Te has levantado temprano —dijo una voz a sus espaldas. Se volvió, sorprendido y se encontró con Norine, que lo miraba fijamente. Marea aún ocupaba su catre, aunque daba vueltas en sueños.

—Los días no se alargan cuando te quedas dormido —repuso Arlen.

Norine asintió.

—Eso era lo que solía decir mi marido —admitió—. Y también solía decir: «Los Bales y los Cutter no pueden trabajar a la luz de las velas, como los Square.»

—Tengo mucho que hacer —comentó el muchacho, mirando a través de los postigos para ver cuánto tiempo le quedaba hasta poder cruzar las protecciones—. Se supone que el Juglar actuará al mediodía.

—Claro —mostró su acuerdo—. El Juglar también era la cosa más importante del mundo para mí cuando yo tenía tu edad. Te ayudaré con tus tareas.

—No tienes por qué hacerlo —repuso Arlen—. Papá dice que debes descansar.

Norine negó con la cabeza.

—Descansar para lo único que me sirve es para pensar en todo lo que no debo —le contestó—. Si debo quedarme con vosotros, mejor será que me gane el sustento. Después de haber estado cortando leña en la Aldea, ¿cómo me va a resultar duro chapotear con los cerdos y plantar maíz?

Arlen se encogió de hombros y le alargó la cesta de los huevos.

Terminó mucho antes sus tareas con la ayuda de Norine. Ésta aprendía con rapidez y estaba acostumbrada a trabajar duro y levantar cosas pesadas. Todos los animales estaban alimentados, recogidos los huevos y ordeñadas las vacas a la hora en la que el olor de los huevos y el beicon salía en oleadas de la casa.

—Deja de removerte en el banco —le dijo Silvy al niño mientras comían.

—El pequeño Arlen no puede esperar para ver al Juglar —anunció Norine.

—Quizá mañana —comentó Jeph, y el rostro del chico mostró a las claras su decepción.

—¿Cómo? —exclamó—, pero...

—Sin peros —cortó el padre—. Ayer se quedó un montón de trabajo sin hacer y le prometí a Selia que me dejaría caer por la Aldea después de comer para echar una mano.

Arlen apartó su plato y salió dando zapatazos de la habitación.

—Deja que el chico vaya —intercedió Norine cuando salió—. Marea y yo ayudaremos. —La mujer alzó la cabeza al oír su nombre, pero al momento volvió de nuevo a jugar con la comida de su plato.

—Arlen pasó ayer un mal día —comentó Silvy y se mordió el labio—. Todos lo pasamos. Deja que el Juglar le ponga una sonrisa en la cara. Seguramente no hay nada que no pueda esperar.

Jeph asintió después de un momento.

—¡Arlen! —le llamó y cuando apareció el rostro resentido del chico, le preguntó—: ¿Cuánto cobra el viejo Jabalí por ver al Juglar?

—Nada —replicó el chico, no queriendo darle a su padre ninguna excusa para negarse—. Va todo a cuenta de que ayer los ayudé a descargar el carro del Enviado.

Lo cual no era del todo cierto, y el viejo tendría una buena ocasión para enfadarse cuando supiera que se había olvidado de decírselo a la gente, aunque si corría la voz de camino hacia allá, quizá pudiera atraer suficiente gente a la tienda.

—El viejo Jabalí siempre actúa de forma generosa cuando viene el Enviado —comentó Norine.

—Ya debe, después de todo lo que nos ha desplumado a lo largo del invierno —replicó Silvy.

—De acuerdo, Arlen, puedes ir —contestó Jeph—. Luego, ven a la Aldea.

El viaje a Ciudad Central requería unas dos horas de caminata si se seguía la calzada, pero también podía optarse por la pista que Jeph y otros lugareños mantenían limpia de maleza. Esta alternativa se apartaba bastante del camino y conducía hasta un vado, situado en la parte menos profunda del arroyo, por donde Arlen podía reducir a la mitad el viaje, saltando con agilidad y rapidez por las piedras resbaladizas que emergían del agua.

Ese día, necesitaba todo el tiempo que pudiera conseguir, pues debía ir haciendo paradas por el camino. Corrió a través del banco fangoso a una velocidad de vértigo, esquivando raíces y arbustos traicioneros con el pie seguro y confiado del que ha seguido el mismo sendero incontables veces.

Salía del bosque conforme pasaba por las granjas que le pillaban de camino, pero

no pudo encontrar a nadie. Todo el mundo estaba o en los campos o en la Aldea, echando una mano.

Se acercaba ya el mediodía cuando llegó a Hoya de Pescadores. Unos cuantos de los Fisher tenían sus botes en el pequeño estanque, así que Arlen no vio que sirviera de nada gritarles. De cualquier modo, el pueblo parecía también desierto.

Estaba bastante cabizbajo cuando llegó a Ciudad Central. Tal vez el Jabalí se hubiera comportado con más amabilidad de lo habitual el día anterior, pero Arlen ya había visto otras veces cómo se ponía cuando alguien le costaba algo. Desde luego no iba a haber forma de que dejara que viera al Juglar. Podía darse por contento si el tabernero no le daba un palo.

Pero cuando llegó a la plaza, se encontró a unas trescientas personas reunidas procedentes de todas partes del Arroyo. Había gente de los Fisher, Marsh, Boggin y Bales. Eso sin mencionar a los lugareños, los Square, Taylor, Millar, Baker, y muchos más. Por supuesto, no había venido nadie de Centinela Meridional, ya que a éstos no les caían bien los Juglares.

—¡Arlen, querido muchacho! —le llamó Jabalí, al verle acercarse—. ¡Te he guardado un sitio en la primera fila y esta noche te irás a casa con un saco de sal! ¡Bien hecho!

El chico se lo quedó mirando con cara de curiosidad, hasta que vio a Ragen, que se encontraba a su lado. El Enviado le dedicó un guiño.

—Gracias —le dijo cuando Jabalí se marchó a apuntar otro espectador en su libro de contabilidad. Dasy y Catrín vendían comida y cerveza a los asistentes.

—La gente se merece esto —le comentó el hombre con un encogimiento de hombros—, pero no sin aclarar los términos antes con vuestro Pastor, parece ser.

Y señaló a Keerin, que estaba inmerso en una conversación con el Pastor Harral.

—¡Ni se le ocurra contarle esas tonterías de la Plaga a mi rebaño! —decía Harral, clavándole un dedo en el pecho. Pesaba el doble que el Juglar y nada de ese sobrepeso era grasa.

—¿Tonterías? —preguntó Keerin, palideciendo—. ¡En Miln, los Pastores estrangulaban a cualquier Juglar que no hablase de la Plaga!

—Me da igual lo que hagan en las Ciudades Libres. Esta buena gente ya tiene bastante encima como para que ahora venga usted a decirles que las están pasando canutas porque no son lo bastante piadosos.

—¿Qué...? —intervino Arlen, pero Keerin salió disparado, encaminándose hacia el centro de la plaza.

—Mejor si cogemos rápido un asiento —le advirtió Ragen.

Tal como le había prometido Jabalí, Arlen tuvo un asiento justo en primera fila,

en un área que generalmente se reservaba para los chicos más jóvenes. Los otros lo miraban con envidia, y el muchacho se sintió como si fuera alguien muy especial. Era raro que alguien lo envidiase.

El Juglar era muy alto, como todos los milneses. Vestía un traje de colores brillantes con pinta de haber sido robado del cubo de la basura de un tintorero. Tenía una rala barbita de chivo, del mismo color de zanahoria que su pelo, y un bigote tan escaso que no se llegaba a reunir con la barba. Daba la impresión de que bastaría un buen fregoteo para borrarlo todo. Pero todos, especialmente las mujeres, hablaban maravillas de su pelo brillante y sus ojos verdes.

Keerin iba de un lado para otro mientras la gente se acomodaba. Hacía malabarismos con las pelotas de madera pintada y contaba chistes para ir calentando a la multitud. Tomó el laúd a una señal del Jabalí y comenzó a tocar, cantando con una voz fuerte y aguda. La gente seguía con palmadas el ritmo de las canciones desconocidas y rompía a cantar en cuanto tocaba alguna que sonara en el Arroyo, ahogando la voz del Juglar y sin que pareciera importarles mucho el hecho. A Arlen tampoco. También él cantaba igual de alto que los demás.

Después de la música vinieron las acrobacias y los trucos de magia, salpicados con chistes sobre maridos que hacían que las mujeres chillaran entre risotadas mientras los hombres ponían mala cara, y unos cuantos sobre esposas, que hicieron que los hombres se palmearan los costados de la risa mientras las mujeres los miraban con malos ojos.

Al final, el Juglar hizo una pausa y alzó las manos pidiendo silencio. Se extendió un murmullo entre la multitud y los padres levantaron a sus hijos más pequeños porque querían que oyeran bien. La pequeña Jessi Boggie, de tan sólo cinco años, se subió encima del regazo de Arlen para ver mejor. Él le había dado a su familia unos cuantos cachorros de uno de los perros de su padre hacía unas semanas y ahora ella se le pegaba en cuanto lo veía cerca. La sostuvo mientras Keerin comenzaba *El cuento del Regreso*, y su voz aguda se transformó en un profundo retumbar que llegaba hasta el final del gentío.

—El mundo no siempre fue como lo veis ahora —contaba el Juglar a los niños—. Oh, no. Hubo un tiempo en el que la humanidad vivía en igualdad con los demonios. Aquellos viejos tiempos los llamamos la Edad de la Ignorancia. ¿Sabe alguien por qué? —Miró hacia todos los niños de la primera fila y varios alzaron las manos.

—¿Por qué entonces no había ningún grafo? —preguntó una niña, cuando Keerin la señaló para que hablara.

—¡Así es! —replicó el Juglar, dando una voltereta que arrancó chillidos de júbilo entre los pequeños—. La Edad de la Ignorancia fue una época pavorosa para nosotros, pero como entonces no había tantos demonios, no podían matar a todo el mundo. Era muy parecido a lo de ahora, ya que los humanos construían lo que podían

durante el día y los demonios lo destruían cada noche.

«Luchamos para sobrevivir —continuó Keerin—, nos adaptamos, aprendimos el modo de evitar a los demonios y a esconderles la comida y el ganado. Miró a su alrededor fingiendo con el rostro una expresión de terror y después echó a correr hacia un niño, agachado—. Vivíamos en agujeros en el suelo a fin de que no pudieran encontrarnos.

—¿Como los conejitos? —preguntó Jessi, riéndose.

—¡Igual! —exclamó Keerin, que se puso un dedo detrás de cada oreja para alzarlas e imitó al animal, dando saltitos y moviendo la nariz.

«Vivimos como mejor pudimos hasta que descubrimos la escritura. No mucho después de ese momento descubrimos que ciertos signos escritos rechazaban a los abismales. ¿Cuáles son? —preguntó, acunando una oreja en la mano.

—¡Los grafos! —gritaron todos a una.

—¡Correcto! —El Juglar los felicitó dando un gran salto—. Éramos capaces de protegernos de los demonios gracias a los grafos, y los trazamos, y nos salieron cada vez mejor, y descubrimos más y mejores protecciones hasta que alguien aprendió una capaz de hacer algo más que rechazar a los demonios: ésta los hería.

Los chiquillos dieron un grito sofocado y Arlen, aunque había asistido a esta misma actuación todos los años desde que tuvo uso de razón, se encontró conteniendo el aliento como ellos. ¡Cómo habría deseado él conocer un grafo como ése!

—Los demonios no se tomaron nada bien esos progresos —relató Keerin con una gran sonrisa—. Huíamos y nos escondíamos, y se habían acostumbrado a eso, pero cuando nos revolvimos y luchamos, ellos también pelearon y con mucha dureza. De este modo empezó la Primera Guerra de los Demonios, y justo después advino la Era del Liberador.

»El Liberador fue un hombre llamado por el Creador para liderar a nuestros ejércitos y con él al frente, ¡volvimos a ganar! —Lanzó su puño al aire y los niños aplaudieron. Era algo contagioso y Arlen le hizo cosquillas a Jessi—. Conforme mejoraban nuestras tácticas y nuestra magia —continuó el Juglar—, los hombres vivieron más años y su número aumentó, y de igual modo, se incrementó el tamaño de nuestros ejércitos y menguó la cantidad de demonios. Por eso concebimos la esperanza de conseguir que los abismales se desvanecieran de una vez por todas.

El Juglar hizo aquí una pausa y su rostro adquirió una expresión solemne.

—Entonces, de pronto, los demonios dejaron de acudir. Nunca jamás había existido una noche en el mundo sin abismales. Ahora las noches pasaban una detrás de otra sin señal de ellos, y nos desconcertamos. —Se rascó exageradamente la cabeza para simular confusión—. Muchos creyeron que las pérdidas de los demonios en la guerra habían sido tan grandes que se habían rendido, refugiándose acobardados

en el Abismo.

Se alejó de los niños, siseando como un gato y temblando como si tuviera miedo. Algunos de los niños se dejaron llevar por la actuación, gruñéndole de forma amenazadora.

—El Liberador desconfió de lo que estaba pasando, pues había visto luchar a los demonios impávidos cada noche, pero sus ejércitos comenzaron a disolverse cuando pasaron los meses sin que hubiera rastro alguno de las criaturas.

«La humanidad se regocijó por su victoria sobre los abismales durante años —continuó Keerin. Alzó su laúd y tocó una viva melodía, bailando a la vez—. Pero como los años pasaron y el enemigo común seguía desaparecido, la hermandad de los humanos se fue resintiendo hasta que al fin desapareció. Por primera vez, peleamos unos contra los otros. —La voz del Juglar se tornó ominosa—. Cuando se desencadenó la guerra, solicitaban al Liberador de todos los bandos para que los liderara, pero él gritaba: "¡No lucharé contra los hombres mientras quede un solo demonio en el Abismo!", así que les dio la espalda y abandonó las tierras recorridas por los ejércitos y todo el mundo se sumió en el caos.

»De estas grandes guerras emergieron poderosas naciones —relató, haciendo evolucionar la melodía a un ritmo animado—, y la humanidad se extendió a lo ancho y lo largo, cubriendo todo el mundo. La Era del Liberador se cerró y comenzó la Edad de la Ciencia.

»La Edad de la Ciencia fue nuestro momento álgido —explicó el Juglar—, pero en el fondo de toda aquella grandeza se encontraba nuestro peor error. ¿Puede decirme alguien cuál era?

Los niños más mayores lo sabían, pero Keerin los señaló para que se quedaran quietos y dejaran responder a los más pequeños.

—Porque habíamos olvidado la magia —respondió Gim Cutter, limpiándose la nariz con el dorso de la mano.

—¡Lleváis razón! —exclamó, chasqueando los dedos—. Habíamos aprendido mucho sobre cómo funcionaba el mundo, sobre medicina y máquinas, pero habíamos olvidado la magia y, peor aún, nos olvidamos de los demonios. Después de tres mil años, nadie creía incluso que existieran.

»Y ése fue el motivo por el cual —anunció con voz lúgubre— su regreso nos pilló desprevenidos.

«Mientras el mundo se olvidaba de ellos, los demonios se fueron multiplicando a lo largo de los siglos. Después, de esto hace ahora trescientos años, una noche volvieron a surgir del Abismo en número incalculable para recobrar su lugar.

«Aquella primera noche fueron destruidas ciudades enteras, mientras los abismales celebraban su regreso. Los hombres respondieron al ataque, pero incluso las grandes armas de la Edad de la Ciencia eran pobres defensas contra ellos. De este

modo finalizó la Edad de la Ciencia y comenzó la Edad de la Destrucción.

«Había empezado la Segunda Guerra de los Demonios.

En su mente, Arlen contempló las escenas de aquella noche. Vio arder las ciudades de las que la gente huía para perecer bajo el salvaje ataque de los abismales, que los estaban esperando. Contempló cómo los hombres se sacrificaban para ganar tiempo y permitir que escaparan sus familias, vio cómo las madres recibían zarpazos destinados a sus hijos. Y por encima de todo, vio a los abismales bailar y retozar con las fauces y las garras chorreantes de sangre, extasiados en un júbilo bestial.

Keerin avanzó lentamente mientras los niños se retiraban asustados.

—La guerra duró años y los hombres fueron masacrados de forma continua, pues no tenían posibilidad alguna frente a los abismales sin el liderazgo del Liberador. Las grandes naciones cayeron de la noche a la mañana y el conocimiento acumulado de la Edad de la Ciencia se consumió por culpa de las correrías de los demonios de las llamas.

»Los eruditos registraron desesperadamente los restos de bibliotecas a la búsqueda de respuestas. La vieja ciencia no ofrecía ninguna ayuda, pero al final encontraron la salvación en las historias que alguna vez habían considerado fantasías y supersticiones. Los hombres comenzaron a trazar torpes símbolos en el suelo para impedir el acceso a los abismales. Los antiguos grafos aún tenían bastante poder, pero las manos vacilantes que los dibujaban, a menudo cometían errores y los pagaron con la muerte.

»Los supervivientes reunieron a la gente a su alrededor, protegiéndolos durante las largas noches. Aquellos hombres fueron los primeros Protectores, que nos han guardado hasta el día de hoy. —El Juglar señaló hacia la multitud—. Así que la próxima vez que veáis un Protector, agradecédselo, porque les debéis la vida.

Ésta era una variación de la historia que Arlen nunca había oído antes. ¿Protectores? En Arroyo Tibbet, todo el mundo aprendía los grafos en cuanto tenía edad suficiente para saber dibujar con un palo. Muchos carecían de capacidad para ello, pero él no se podía imaginar que hubiera alguien que no se tomara el tiempo necesario para aprender los grafos básicos contra los demonios de las llamas, las rocas, las ciénagas, el agua, el viento y el bosque.

—Y por ello estamos a salvo tras nuestras protecciones —narró Keerin—, dejando que los demonios disfruten de su vida fuera. Los Enviados —dijo, y señaló hacia Ragen—, los más valientes de entre los hombres, viajan de una ciudad a otra por nosotros, llevando y trayendo noticias, y escoltando tanto a hombres como bienes.

Anduvo de un lado a otro, con una expresión dura en los ojos mientras se enfrentaba a las miradas asustadas de los niños.

—Pero somos fuertes, ¿o no?

Los chicos asintieron, pero sus ojos seguían abiertos de par en par de puro miedo.

—¿Qué? —les preguntó, poniéndose una mano detrás de la oreja.

—¡Sí! —chilló la multitud.

—Cuando el Liberador venga de nuevo, ¿estaremos preparados? —inquirió—. ¿Aprenderán de nuevo los demonios a temernos una vez más?

—¡Sí! —rugió el gentío.

—¡No os oigo! —gritó el Juglar.

—¡Sí! —chilló la gente, alzando los puños al cielo, Arlen más que los demás. Jessi lo imitó, alzando su puñito al aire y chillando como si ella misma fuera un demonio. El Juglar se inclinó y cuando la multitud se calmó, alzó su laúd y los deleitó con una nueva canción.

Tal como le habían prometido, Arlen se marchó de Ciudad Central con un saco de sal. Bastaría para unas cuantas semanas, incluso aunque hubiera que alimentar a Norine y Marea. Todavía no estaba molida, pero él sabía que sus padres estarían contentos de machacar la sal ellos mismos en vez de tener que pagar a Jabalí por el servicio. La mayoría lo prefería, en realidad, pero el viejo tendero jamás les daba una oportunidad, moliendo la sal en cuanto llegaba y cobrándoles el coste extra.

Arlen anduvo a paso vivo por el camino a la Aldea y su ánimo no decayó hasta que no pasó junto al árbol donde Cholie se había colgado. Volvió a pensar en las palabras de Ragen sobre la lucha contra los abismales y en la reflexión de su progenitor sobre la necesidad de actuar con prudencia.

Pensó que su padre probablemente tenía razón: era mejor esconderse cuando se podía y luchar cuando no quedaba otro remedio. Incluso el milnés parecía estar de acuerdo en lo esencial con esa filosofía, pero el chico no podía desprenderse del sentimiento de que huir también hacía daño a la gente de algún modo, de maneras que no eran evidentes a simple vista.

Se encontró con su padre en la Aldea y se ganó una palmada en la espalda cuando le mostró el trofeo. Se pasó el resto de la tarde de un lado para otro, ayudando en la reconstrucción. Habían terminado de reparar otra casa para entonces y estaría protegida con grafos antes del anochecer. La Aldea estaría completamente reconstruida en cuestión de unas cuantas semanas más y eso afectaba a los intereses de todos, si querían tener suficiente leña para todo el invierno.

—Le prometí a Selia que me pasaría por aquí durante unos cuantos días —le comentó Jeph mientras cargaban el carro al marcharse—. Tú te convertirás en el hombre de la granja en mi ausencia. Tendrás que comprobar los postes de protección y quitar las malas hierbas de los campos. Vi cómo le enseñabas a Norine a hacer tus tareas esta mañana. Ella puede apañarse en el corral y Marea puede ayudar a tu madre

en la casa.

—Vale —respondió Arlen. Desbrozar los campos y comprobar los postes era un trabajo duro, pero la confianza que ponía su padre en él le hizo sentirse orgulloso.

—Cuento contigo, Arlen —le dijo su padre.

—No te defraudaré —le prometió él.

No ocurrió nada digno de mención durante los dos días siguientes. Silvy todavía lloraba a veces, pero había mucho trabajo pendiente y no se quejó ni una sola vez de que hubiera más bocas que alimentar. Norine se hizo cargo de los animales sin necesidad de planteárselo e incluso Marea salió un poco de la concha en la que se había encerrado para ayudar en la cocina y barrer, además de trabajar en el telar después de la cena. Pronto comenzó a turnarse con Norine en el corral. Ambas mujeres parecían decididas a hacer su parte, aunque sus rostros traslucían dolor y nostalgia cuando hacían una pausa en el trabajo.

Las manos de Arlen se llenaron de ampollas debido a las malas hierbas y al finalizar el día le dolían la espalda y los hombros, pero nunca se quejó por ello. La única satisfacción obtenida a raíz de sus nuevas responsabilidades era el trabajo en los postes de protección, pues Arlen siempre había sido un apasionado de los grafos: había dominado los símbolos defensivos básicos antes de que los demás chicos terminaran de aprenderlos y enseguida se había puesto a realizar redes de protección más complejas. Jeph no debía comprobar su trabajo, porque la mano de Arlen era ya incluso más diestra que la de su padre. Dibujar grafos no era igual que atacar a un demonio con una lanza, pero al fin y al cabo, era también una forma de luchar a su manera.

Su padre llegaba todos los días a la hora del crepúsculo y Silvy le tenía preparada agua del pozo para que pudiera lavarse. Arlen ayudaba a Norine y a Marea a encerrar los animales y después cenaban.

A última hora de la tarde del quinto día se levantó un fuerte viento que levantó remolinos de polvo en el corral y provocó un continuo golpeteo de la puerta del establo. El muchacho olió la llegada de la lluvia y se lo confirmó el rápido encapotamiento del cielo. Esperó que su padre advirtiera también esas señales y regresara pronto o bien que se quedara a pernoctar en la Aldea. Las nubes oscuras significaban también un crepúsculo temprano y eso podía hacer que los abismales salieran antes de que el sol se pusiera por completo.

Arlen abandonó los campos y comenzó a ayudar a las mujeres a reunir a los animales asustados para ponerlos a salvo en el establo. Silvy también estaba fuera, cerrando las puertas del sótano y asegurándose de que los postes de protección de los corrales estuvieran bien sujetos. No quedaba ya mucho para la noche cuando apareció

a la vista el carro de Jeph. El día se oscurecía con mucha rapidez y ya no se veía el sol. Los abismales surgirían de un momento a otro.

—No tenemos tiempo para desuncir el carro —gritó Jeph, chasqueando el látigo para dirigir a *Missy* directamente hacia el establo—. Ya lo haremos mañana por la mañana. ¡Todo el mundo a la casa, venga! —*Silvy* y las otras mujeres acataron la orden, dirigiéndose hacia el interior.

—Podemos hacerlo si nos apresuramos —gritó el chico por encima del rugido del viento, mientras corría tras su padre. *Missy* estaría de un humor de perros durante un montón de días si se le dejaba el arnés puesto durante toda la noche.

Su padre sacudió la cabeza.

—¡Está ya demasiado oscuro! Una noche así no la va a matar.

—Déjame entonces encerrado en el establo —ofreció él—. La desunciré y esperaré a que se pase la tormenta con los animales.

—¡Haz lo que te digo, *Arlen*! —gritó su padre. Saltó del carro y cogió al chico del brazo y prácticamente lo sacó a rastras del establo.

Ambos empujaron las puertas hasta cerrarlas y colocaron la barra cuando el primer relámpago cruzó el cielo. Los grafos de protección pintados en las puertas del establo relumbraron durante un momento como anticipo de lo que se avecinaba. El aire estaba impregnado de la promesa de lluvia.

Corrieron hacia la casa, vigilando el camino que tenían por delante a fin de detectar uno de los característicos velos de niebla que precedían a la aparición de los abismales. El camino estaba expedito por el momento. *Marea* sostuvo la puerta abierta y ellos se precipitaron al interior en el preciso momento en que las primeras gotas de lluvia caían en el polvo del patio.

Marea estaba empujando la puerta para cerrarla cuando sonó un aullido procedente del corral. Todos se quedaron helados.

—¡El perro! —gritó la mujer, cubriéndose la boca—. ¡Lo he dejado atado a la valla!

—Déjalo —repuso *Jeph*—. Cierra la puerta.

—¿Qué? —gritó el muchacho, incrédulo, y se volvió para enfrentarse a su padre.

—¡El camino todavía está despejado! —chilló ella y salió disparada hacia el exterior de la casa.

—¡No, *Marea*! —gritó *Silvy* a su vez, y salió corriendo detrás.

Arlen también salió disparado hacia la puerta, pero *Jeph* lo sujetó por los tirantes del peto y le hizo retroceder de un tirón.

—¡Quédate dentro! —le ordenó, acercándose a la puerta.

El muchacho se tambaleó hacia atrás durante unos instantes, pero después salió a la carrera y se cruzó con el can en el porche, donde éste le rebasó para meterse corriendo en la casa, llevando a rastras la cuerda del cuello. *Jeph* y *Norine* también

salieron a la entrada, pero se quedaron tras la línea de las protecciones exteriores.

En el patio, el viento aullaba y convertía las gotas de lluvia en picaduras de insectos. Arlen vio a su madre y a Marea correr hacia la casa justo cuando comenzaban a alzarse los demonios. Los demonios de las llamas aparecieron primero, como siempre, y sus formas nebulosas empezaron a filtrarse desde el suelo. Eran los más pequeños de los abismales, ya que apenas llegaban a los cuarenta y cinco centímetros de altura cuando se agazapaban a cuatro patas. Sus ojos, las ventanas de su nariz y sus fauces relucían con una luz neblinosa.

—¡Corre, Silvy! —gritó Jeph—. ¡Corre!

Parecía que lo iban a conseguir, pero entonces Marea tropezó y cayó al suelo. Silvy se volvió para ayudarla y en ese momento se solidificó el primer abismal. El chico se adelantó para correr en dirección a su madre, pero la mano de Norine cayó con dureza sobre su brazo, sujetándole con firmeza.

—No seas estúpido —siseó la mujer.

—¡Levántate! —le exigió Silvy a Marea, tirándole del brazo.

—¡Mi tobillo! —gritó ella en respuesta—. ¡No puedo! ¡Vete sin mí!

—¡Ya lo creo que podemos! —gruñó la madre del muchacho—. ¡Jeph! —gritó—. ¡Ayúdanos!

Su esposo se quedó helado cuando los abismales se corporeizaron por todo el patio y gritaron de placer al descubrir a las mujeres antes de lanzarse a por ellas.

—¡Vamos! —rugió el hijo antes de darle un pisotón a Norine. Ésta aulló de dolor y aflojó la presa, permitiéndole liberar el brazo de un tirón. Agarró el primer arma que pilló a mano, un cubo de madera para la leche, y corrió hacia el patio.

—¡Arlen, no! —gritó Jeph, pero el chico ya no atendía.

Un demonio de las llamas, de tamaño no muy superior al de un gato, saltó sobre la espalda de Silvy; ella gritó cuando las garras trazaron unas líneas profundas en su carne, convirtiendo la parte trasera de su espalda en un harapo sangriento. Desde su posición, el abismal escupió fuego en el rostro de Marea. La mujer chilló cuando se le derritió la piel y se le incendió el pelo.

Arlen llegó apenas un momento más tarde, balanceó el balde con todas sus fuerzas y lo lanzó contra el demonio. El cubo se rompió al impactar contra el abismal, pero consiguió apartarlo de la espalda de su madre. Ésta vaciló, pero el chico consiguió sostenerla. Se les acercaron más demonios de las llamas mientras sus congéneres del viento empezaban a batir sus alas y, a unos cien metros, comenzaba a formarse un demonio de las rocas.

Silvy gimió, pero se mantuvo en pie. Arlen la apartó de Marea y sus aullidos agonizantes, pero más demonios de las llamas bloqueaban el camino de regreso a la casa. El demonio de las rocas los había visto y avanzó en su dirección. Unos cuantos demonios del viento se cruzaron en el camino de la bestia gigantesca cuando estaban

levantando el vuelo y aquélla los apartó con las garras con tanta facilidad como una guadaña corta los tallos del maíz, haciéndoles caer muy malparados al suelo, donde se les echaron encima los demonios de las llamas y los hicieron trizas.

Arlen aprovechó el breve momento de distracción para apartar a su madre de la casa. El acceso al establo estaba bloqueado también, pero el camino hacia el corral seguía libre si podían mantenerse apartados de los abismales. Silvy lloraba, pero el muchacho no sabía si era de miedo o de dolor; aun así, siguió andando a trompicones y mantuvo el paso regular a pesar de sus largas faldas.

Cuando él comenzó a correr, también lo hicieron los abismales que medio los rodeaban. La lluvia comenzó a caer con más fuerza y el viento siguió aullando. Los relámpagos quebraban el cielo, iluminando a sus perseguidores y el corral, que parecía aún muy lejano a pesar de estar cerca.

El suelo se había vuelto resbaladizo por la humedad, pero el miedo les prestó agilidad y no dejaron de correr. Los pisotones de los demonios de las rocas sonaban con tanta fuerza como truenos al embestir, acercándose cada vez más y haciendo que la tierra se estremeciera con sus zancadas.

Arlen se detuvo ante la puerta del corral y empezó a buscar el pestillo. Ese instante dio pie a que los demonios de las llamas llegaran a tiempo para usar su arma más mortífera: les escupieron una llamarada. Ésta alcanzó tanto a la madre como al hijo. Sin embargo, el impacto llegó amortiguado por la distancia, aunque consiguió prender en sus ropas y que les oliera a pelo quemado. Él sintió un ramalazo de dolor, pero lo ignoró, consiguiendo finalmente abrir la puerta del corral. Mientras intentaba introducir dentro a su progenitora, otro abismal saltó sobre ella, clavándole profundamente las garras en el pecho. Arlen dio un tirón y la metió dentro. Silvy pasó con facilidad nada más cruzar las protecciones, pues la magia flameó, rechazando al abismal, y las garras la soltaron, rociando los alrededores de carne y sangre.

Sus ropas aún ardían. Tras envolver a Silvy en sus brazos, Arlen se arrojó con ella al suelo, procurando absorber con su cuerpo lo peor del impacto, y después se revolcó con ella en el barro, extinguiendo así las llamas.

No había forma de cruzar la valla. Los demonios rodeaban ahora el corral, poniendo a prueba la red de protección, que lanzaba destellos mágicos en cuanto rozaban la red de grafos, pero la puerta no era lo que realmente importaba, ni la misma valla. Mientras los postes de protección se mantuvieran intactos, estaban a salvo de los abismales.

Pero no del tiempo. La lluvia se transformó en un frío diluvio, azotándolos con un manto de agua que parecía cortarles con su violencia. Silvy ya no pudo ponerse en pie después de la caída. Estaba envuelta en fango y sangre, y Arlen no sabía si conseguiría sobrevivir al efecto combinado de las heridas y la lluvia.

Empujó el abrevadero caído hasta volcarlo y derramó los restos de la cena de los

cerdos para que se pudrieran en el fango. Arlen podía ver que el demonio de la roca empujaba la red de grafos, pero la magia aguantó y el monstruo no pudo pasar. Entre los destellos de luz de los relámpagos y los escupitajos de los demonios de las llamas, captó una imagen de Marea, enterrada bajo un enjambre de demonios que le arrancaban trozos de carne y se alejaban para disfrutarlos.

El demonio de las rocas se rindió poco después y se alejó dando grandes pisadas, alargó aquella enorme garra y agarró por una pierna los restos de Marea, de la misma manera que lo habría hecho un hombre cruel con un gato. Los demonios de las llamas se dispersaron cuando el de las rocas balanceó el cuerpo en el aire. A Marea se le escapó un grito sofocado y ronco, y Arlen se quedó horrorizado al descubrir que aún estaba viva. Gritó y consideró la idea de salir de la red de protección para salvarla. Sin embargo, el demonio la estampó contra el suelo y sonó un crujido escalofriante.

Arlen se dio la vuelta antes de que la criatura comenzara a comer y la lluvia que caía se llevó sus lágrimas. Arrastró el abrevadero hasta donde estaba Silvy y arrancó el forro de su falda para empaparlo en la lluvia. Con estos trapos limpió el barro de sus heridas lo mejor posible y los tapó. No estaban muy limpios, pero era mejor que el lodo de los cerdos.

Su madre temblaba, de modo que se acurrucó contra ella para darle calor, y colocó el apestoso abrevadero sobre ellos para que los protegiera del diluvio y de las ávidas miradas de los demonios.

Vio un relámpago más antes de abatir la madera. La última cosa que quedó grabada en su retina fue la imagen de su padre, aún de pie, inmóvil, en el porche.

Arlen recordó que había dicho: «Si fueras tú el que estuviera ahí fuera... o tu madre», pero a pesar de todas sus promesas, parecía que no había nada que pudiera hacer luchar a Jeph.

La noche pasó con una lentitud interminable y sin esperanza de conciliar el sueño. Las gotas de lluvia interpretaban una melodía rápida sobre el abrevadero, salpicándolos con los restos de la inmundicia que quedaba en el interior. El fango sobre el que reposaban estaba frío y hedía a excrementos de cerdo. Silvy temblaba en su delirio y Arlen la abrazaba con fuerza, intentando darle el poco calor que tenía. Él también tenía los pies y las manos ateridos.

Se sentía cada vez más lleno de desesperación y sollozó sobre el hombro de su madre, pero ella gimió y le dio unas palmaditas en la mano, y ese gesto simple e instintivo lo liberó del terror, la decepción y el dolor.

Había luchado contra un demonio y había sobrevivido. Estaba en un patio lleno de ellos y seguía viviendo. Los abismales podrían ser inmortales, pero se podía ser más hábil que ellos y también superarlos en velocidad.

Y como el demonio de las rocas había demostrado cuando apartó de un golpe al otro abismal, se les podía herir.

Pero ¿de qué podía servir eso en un mundo donde los hombres como Jeph no se enfrentaban a los abismales ni siquiera para proteger a sus propias familias? ¿Qué esperanza podía quedarles?

Se quedó mirando fijamente la oscuridad durante horas, pero en su mente lo único que veía era el rostro de su padre, observándolos desde una posición segura, detrás de los grafos.

La lluvia cesó antes del amanecer. Arlen aprovechó la interrupción para subir el abrevadero, pero se arrepintió inmediatamente porque le pareció que se perdía el poco calor que se había almacenado bajo la madera. Lo bajó con rapidez otra vez, pero echó una ojeada cuando el cielo comenzó a iluminarse.

La mayoría de los abismales se habían desvanecido a la hora en que había suficiente luz para ver pero, cuando el cielo pasó de índigo a color lavanda, quedaban todavía unos cuantos rezagados. Arlen apartó el abrevadero y se puso en pie con dificultad, intentando desprenderse en vano del lodo y la mugre que lo cubrían.

Tenía el brazo rígido y entumecido cuando lo flexionó. Se miró y vio que tenía la piel de un tono rojo brillante allí donde había sufrido el impacto del escupitajo de fuego. «La noche en el fango al menos ha servido para algo», pensó, sabiendo que sus quemaduras y las de su madre habrían estado mucho peor si no hubieran estado envueltas en el frío estiércol toda la noche.

Cuando los últimos demonios de las llamas comenzaron a perder sustancia en el patio, el chico salió a grandes zancadas del corral, dirigiéndose hacia el establo.

—¡Arlen, no! —le llegó un grito desde el porche. Alzó la mirada y vio allí a su padre, envuelto en una manta, vigilando desde la seguridad de las protecciones del porche—. ¡Todavía no ha amanecido del todo! ¡Espera!

Él lo ignoró, caminando hacia el establo y abriendo las puertas. Missy parecía bastante incómoda, aún uncida al carro, pero podría llegar hasta Ciudad Central.

Una mano se posó en su brazo cuando sacó el caballo fuera.

—Pero ¿es que quieres que te maten? —le recriminó su padre—. ¡Qué susto me has dado, chico!

El chico se sacudió su brazo, evitando mirar a su padre a los ojos.

—Mamá necesita que la vea Coline Trigg.

—¿Está viva? —preguntó con incredulidad, volviendo bruscamente la cabeza hacia donde yacía la mujer en el fango.

—No gracias a ti —replicó él—. Voy a llevarla a Ciudad Central.

—Los dos la llevaremos —lo corrigió su padre, apresurándose a levantar a su esposa y a llevarla al carro. Dejaron a Norine a cargo de los animales y de los restos de la pobre Marea y tomaron al camino que conducía a la ciudad.

Silvy estaba bañada en sudor. Sus quemaduras no parecían peores que las de Arlen, pero las líneas profundas que las garras de los demonios de las llamas le habían dibujado aún supuraban sangre y la carne tenía un feo aspecto rojo e hinchado.

—Arlen, yo... —comenzó a decir el padre conforme avanzaban, alzando una mano temblorosa hacia su hijo. El chico se retiró, mirando hacia otro lado, y Jeph se encogió como si le hubiera quemado.

Él sabía que su padre estaba avergonzado. Como había dicho Ragen, probablemente se odiaba a sí mismo, igual que Cholie. Aun así, no podía sentir ninguna simpatía por él. Su madre había pagado el precio de su cobardía.

Hicieron el resto del viaje en silencio.

La casa de dos pisos de Coline Trigg en Ciudad Central era una de las más grandes de Arroyo y estaba llena de camas. Además de su propia familia, que vivía en el piso superior, Coline tenía siempre al menos una persona en las camas para enfermos del piso bajo.

Era una mujer de poca estatura, sin barbilla y con una nariz muy larga. Apenas llegaba a los treinta, pero seis embarazos le habían engordado la cintura. Las ropas le olían siempre a semillas quemadas, y sus curas normalmente solían implicar algún tipo de infusión de sabor nauseabundo. La gente de Arroyo Tíbet solía hacer bromas a costa de esos bebedizos, pero todos ellos se los tomaban sin chistar cuando se resfriaban.

La Herborista le echó una ojeada a Silvy e hizo que Arlen y su padre la entraran. No hizo ninguna pregunta, lo cual vino muy bien, porque ninguno de los dos sabía qué decir. El aire se impregnó de un hedor a podrido cuando comenzó a cortar las heridas, haciendo que se desprendiera de éstas un pus de un color marrón asqueroso. Limpió y secó las heridas con agua e hierbas trituradas, y después las cosió para cerrarlas. El rostro de Jeph se tornó de color verde y se llevó la mano a la boca.

—¡Vete de aquí, rápido! —le espetó Coline, haciendo salir al hombre de la habitación con un dedo acusador. Cuando Jeph se deslizó fuera de la casa ella se quedó mirando a Arlen.

—Tú también —lo pinchó, pero el chico negó con la cabeza. Coline se lo quedó mirando fijamente un momento y después asintió—. Eres más valiente que tu padre —le dijo—. Coge el mortero y el almirez, te voy a enseñar a hacer un bálsamo para las quemaduras.

Coline orientó al chico entre las incontables jarras y tarros de su farmacia sin apartar los ojos de su tarea, le indicó cada ingrediente y le explicó cómo mezclarlos. En ningún momento abandonó su truculento trabajo mientras Arlen aplicaba el bálsamo sobre las quemaduras de su madre.

Finalmente, cuando terminaron de atender las heridas de Silvy, le tocó inspeccionar las suyas. Al principio, él protestó, pero el bálsamo cumplió su función

y cuando el frescor se extendió por sus brazos se dio cuenta de cuánto le escocían las quemaduras.

—¿Se pondrá bien? —preguntó el muchacho, mirando a su madre. Parecía respirar normalmente, pero la carne alrededor de sus heridas tenía un color muy feo y el hedor a podrido aún flotaba en el aire.

—No lo sé —le dijo Coline, que no era de las que endulzan las palabras—. Nunca había visto a nadie con heridas tan graves. Generalmente, si los abismales se acercan tanto...

—Te matan —dijo Jeph desde el umbral—. Y habrían matado a Silvy también de no haber sido por Arlen. —Dio un paso entrando en la habitación, con la mirada baja—. Arlen me enseñó algo anoche, Coline. Me enseñó que el miedo es peor enemigo que los abismales.

Jeph puso las manos en los hombros de su hijo y lo miró a los ojos.

—No te fallaré de nuevo —le prometió. El chico asintió y miró hacia otro lado. Quería creerlo, pero sus pensamientos retornaban una y otra vez a la imagen de su padre en el porche, inmovilizado por el terror.

Jeph se inclinó sobre Silvy, cogiendo su mano húmeda entre las suyas. Continuaba sudando y se removía de vez en cuando en su sueño inducido por los bebedizos.

—¿Va a morir? —preguntó Jeph.

La Herborista dejó escapar un largo suspiro.

—Tengo buena mano colocando huesos —comentó—, y en traer niños al mundo. Puedo bajar una fiebre y crear grafos para curar un resfriado. Incluso puedo limpiar una herida de abismal si es reciente —repuso, y sacudió la cabeza—, pero esto es la fiebre del demonio. Le he dado hierbas para calmar el dolor y ayudarla a conciliar el sueño, pero necesitarías una Herborista mejor para curarla.

—¿Y quién puede hacerlo? —inquirió Jeph—. Aquí, en el Arroyo, sólo estás tú.

—También tienes a la mujer que me enseñó —comentó Coline—, la vieja Mey Friman. Vive en los alrededores de Pastos al Sol, a dos días de aquí. Si alguien puede curarla, es ella, pero mejor será que os apresuréis. La fiebre va a aumentar y si tardáis mucho, ni siquiera la vieja Mey será capaz de ayudaros.

—¿Cómo podemos encontrarla? —exigió Jeph.

—En realidad no os podéis perder, sólo hay un camino hacia allí. Debéis doblar en la bifurcación donde el camino se adentra en el bosque, a menos que queráis perder semanas enteras en la vía que lleva a Miln. El Enviado se marchó en esa dirección hace unas horas, pero tenía varias paradas antes en el Arroyo. Podréis alcanzarlo si corréis. Los Enviados llevan con ellos sus propias protecciones. Si lo encuentras, podréis seguir hasta el crepúsculo. Él podría conseguir que vuestro viaje se acertara a la mitad.

—Lo encontraremos —dijo Jeph—, cueste lo que cueste. Su voz tenía un tono decidido y Arlen comenzó a concebir cierta esperanza.

Un extraño sentimiento de nostalgia acometió a Arlen conforme veía desaparecer Arroyo Tibbet en la distancia desde la parte trasera del carro. Por primera vez, iba a emprender un viaje de más de un día fuera de casa. ¡Iba a ver una ciudad nueva! Hacía una semana, una aventura como ésa habría sido cumplir su sueño más acariciado, pero en ese momento únicamente se sentía capaz de desear que las cosas volvieran a ser como habían sido siempre.

Al momento en que la granja estaba a salvo.

Al momento en que su madre se encontraba bien.

Al momento en que no sabía que su padre era un cobarde.

Coline había prometido enviar a uno de sus chicos a la granja para informar a Norine de que probablemente estarían fuera una semana o más y que se encargara de atender a los animales y comprobar los grafos mientras estaban lejos. Los vecinos se quedarían con ella, porque su pérdida había sido tan dura que no podría enfrentarse sola a las noches.

La Herborista les había facilitado también un mapa tosco, cuidadosamente enrollado y metido dentro de un tubo protector. El papel era una rareza en el Arroyo y no se entregaba así como así. Arlen se sintió fascinado por el mapa y lo estudió durante horas, incluso a pesar de que no podía leer las pocas palabras que marcaban los lugares. Tanto él como su padre eran analfabetos.

El mapa señalaba el camino hacia Pastos al Sol y lo que había a lo largo de la calzada, pero las distancias eran imprecisas. Había algunas granjas situadas a lo largo del trayecto en las que podrían buscar refugio, pero era imposible averiguar lo lejos que se encontraban unas de otras.

Su madre durmió intranquila, empapada en sudor. Algunas veces hablaba o gritaba, pero sus palabras carecían de sentido. Arlen le pasaba paños húmedos y le hacía beber la infusión ácida, tal como le había instruido la Herborista, pero no parecía hacerle mucho bien.

Ya muy avanzada la tarde, se acercaron a la casa de Harl Tanner, un granjero que vivía en las afueras de Arroyo. La granja de Harl estaba apenas a un par de horas de la Aldea de los Bosques, pero Arlen y su padre no habían podido comenzar su camino hasta casi el mediodía.

El muchacho recordaba haber visto a Harl y a sus tres hijas en la feria del solsticio de verano de cada año, aunque habían dejado de ir después de que los abismales se hubieran llevado a la esposa de Harl, hacía ya dos veranos. El hombre se había convertido en un recluso al igual que sus hijas. Ni siquiera la tragedia de la Aldea de los Bosques había sido suficiente para hacerles salir.

Tres cuartas partes del los campos de los Tanner estaban ennegrecidos y

chamuscados; sólo aquellos más cercanos a la casa estaban protegidos con grafos y sembrados. Una vaca lechera descarnada rumiaba en el patio enfangado y a la cabra atada al gallinero se le marcaban con toda claridad las costillas.

La casa de los Tanner era un edificio de un solo piso de piedras compactadas con lodo y arcilla. Las piedras más grandes estaban pintadas con grafos desvaídos. A Arlen se le antojaron algo burdos, pero parecían haber aguantado hasta ese momento. El tejado tenía una forma irregular, con postes de protección cortos y rechonchos que se elevaban a través de la paja podrida. Uno de los costados de la casa estaba conectado a un pequeño establo, cuyas ventanas estaban cerradas con tablas y la puerta casi fuera de sus bisagras. En mitad del patio se encontraba el gran establo, que tenía un aspecto aún peor. Las protecciones habrían aguantado, pero parecían a punto de desaparecer si no se las reparaba.

—Nunca había visto la casa de Harl antes —comentó Jeph.

—Yo tampoco —mintió Arlen.

Poca gente aparte de los Enviados tenían motivos para emprender el camino que se alejaba de la Aldea de los Bosques, y quienes vivían más allá eran fuentes de gran especulación en Ciudad Central. El muchacho se había escapado a hurtadillas para ver la granja de Tanner el Loco más de una vez. Eso era lo más lejos que había estado nunca de casa, y regresar antes del crepúsculo le había supuesto horas de carrera.

Una vez, hacía unos meses, estuvo a punto de no conseguirlo. Había intentado echarle una ojeada a la hija mayor de Harl, Ilain. Los otros chicos decían que tenía las tetas más grandes de Arroyo y él quería verlas. Esperó un día, pero la vio salir corriendo de la casa, llorando. No obstante su tristeza, se la veía muy hermosa y Arlen habría querido consolarla, a pesar del hecho de que era ocho veranos mayor que él, pero le faltó atrevimiento, y se limitó a observarla más tiempo de lo razonable, de modo que estuvo a punto de pagar un precio muy alto cuando el sol comenzó a ponerse.

Un perro sarnoso comenzó a ladrar conforme se acercaron a la granja y una chiquilla salió al porche, observándolos con ojos tristes.

—Tendremos que refugiarnos aquí —dijo Jeph.

—Todavía quedan horas hasta que caiga la noche —dijo el muchacho, sacudiendo la cabeza—. Si no hemos alcanzado a Ragen en ese momento el mapa muestra otra granja donde el camino se bifurca hacia las Ciudades Libres.

Su padre clavó la mirada en el mapa.

—Es un camino muy largo —comentó.

—Mamá no puede esperar —replicó Arlen—. No podemos hacer hoy todo el camino, pero cada hora es una hora que nos acercamos más a su curación.

Jeph volvió el rostro hacia Silvy, bañada en sudor, y después hacia el sol y luego asintió. Saludaron a la chica que había en el porche, pero no se detuvieron.

Cubrieron una distancia muy grande en las horas siguientes, pero no encontraron rastro del Enviado ni de ninguna otra granja. Jeph volvió a alzar la mirada hacia el cielo anaranjado.

—Se hará de noche en menos de dos horas. Debemos regresar. Si nos apresuramos, puede que lleguemos a casa de Harl a tiempo.

—La granja puede estar justo a la vuelta de esa curva —argumentó Arlen—. La encontraremos.

—No lo creo —replicó su padre, escupiendo a la calzada—. El mapa no está muy claro. Nos volveremos ahora que podemos y sin discutir.

Los ojos del chico casi se le salieron de las órbitas del disgusto.

—De esa forma perderemos más de medio día, y eso por no mencionar la noche. ¡Mamá puede morir en ese espacio de tiempo! —gritó.

Jeph volvió el rostro hacia su mujer, que sudaba arrebujaada en las mantas, respirando de forma irregular. Con tristeza, miró hacia las sombras que se iban alargando y controló un estremecimiento.

—Si la noche nos pilla fuera —repuso en voz baja—, moriremos todos.

Arlen había empezado a sacudir la cabeza antes incluso de que su padre terminara de hablar, negándose a aceptar su explicación.

—Podríamos... —porfió—, podríamos dibujar los grafos en el suelo —terminó por fin—, alrededor de todo el carro.

—¿Y si se levanta un vientecillo y los emborriona? —preguntó su padre—. ¿Qué pasa entonces?

—¡La granja puede estar justo al pasar la próxima colina! —insistió Arlen.

—O también treinta kilómetros más allá —replicó su padre—, o quemada desde hace un año. ¿Quién sabe lo que puede haber pasado desde que se dibujó el mapa?

—¿Me estás diciendo que mamá no se merece que corramos el riesgo? —le acusó el chico.

—¡Tú no eres quién para decirme lo que ella se merece! —chilló Jeph, casi derribando al muchacho del carro—. ¡La he amado toda mi vida! ¡La conozco mejor que tú! ¡Pero eso no quiere decir que vaya a arriesgarnos a los tres! Ella podrá sobrevivir a la noche, ¡seguro que puede!

Con esa exclamación tiró con fuerza de las riendas, parando el carro y haciéndolo dar la vuelta. Chasqueó el látigo de cuero en los flancos de Missy y entre brincos enfiló la calzada en la otra dirección. El animal, asustado por la oscuridad creciente, respondió con un ritmo frenético.

Arlen se volvió hacia Silvy, tragándose su amarga ira. Observó a su madre rebotar a consecuencia de los saltos del carro al pasar por piedras y baches. No reaccionó. Fuera lo que fuese lo que su padre pensara, Arlen sabía que sus posibilidades se habían visto reducidas a la mitad.

El sol casi se había puesto del todo cuando llegaron a la granja solitaria. Jeph y Missy parecían compartir el mismo terror casi cercano al pánico y gritaban a una del mismo apuro. Arlen había saltado hacia la parte posterior del carro para intentar que su madre no saliera despedida por culpa de los traqueteos. La apretó con fuerza contra su cuerpo, procurando llevarse él la mayor parte de los cardenales.

Pero eso no fue todo. Pudo comprobar que los cuidadosos puntos que Coline le había dado se estaban soltando, haciendo que se le abrieran las heridas de nuevo. Si la fiebre del demonio no acababa con ella, seguro que el viaje lo haría.

Jeph condujo el carro hasta el mismo porche, gritando.

—¡Harl! ¡Necesitamos refugio!

La puerta se abrió casi inmediatamente, incluso antes de que pudieran bajarse del carro. Salió un hombre con un peto gastado y una larga horca en la mano. Harl era delgado y alto, como si fuera un trozo de carne seca. Le seguía Ilain, una robusta chica que portaba una sólida pala de metal. La última vez que Arlen la vio, lloraba y estaba aterrorizada, pero no quedaba nada de miedo en sus ojos en ese momento. Mientras se aproximaba al carro, ignoró las sombras que se arrastraban a su alrededor.

Harl asintió cuando Jeph alzó a Silvy del carro para sacarla.

—Métela dentro —le ordenó y Jeph se apresuró a hacerlo, dejando escapar un gran suspiro cuando cruzó los grafos.

—¡Abre la puerta grande del establo! —le dijo a Ilain—, Ese carro no entra en el pequeño. —Ilain se recogió las faldas y echó a correr, mientras su padre se volvía hacia Arlen—. ¡Lleva el carro al establo, chaval! ¡Rápido!

El muchacho hizo lo que le pedían.

—No hay tiempo para desuncirla —comentó el granjero—. Tendrá que apañarse así.

Era la segunda noche seguida. El chico se preguntó si alguna vez Missy volvería a verse sin el carro a cuestas. Ilain y Harl cerraron la puerta del establo con rapidez y comprobaron las protecciones.

—¿A qué estás esperando? —le rugió el hombre a Arlen—. ¡Corre a la casa! ¡Aparecerán dentro de un momento a otro!

Apenas había pronunciado las palabras cuando comenzaron a surgir los demonios. Arlen y la chica echaron a correr cuando los abismales parecieron salir directamente del suelo con sus brazos larguiruchos, terminados en garras, y las cabezas corneadas.

Esquivaron la muerte que se alzaba del suelo a izquierda y derecha, pues la adrenalina y el miedo les prestó agilidad y velocidad. Los primeros abismales que se solidificaron, un grupo de gráciles demonios de las llamas, empezaron a darles caza,

ganándose terreno. Mientras Arlen e Ilain seguían corriendo, Harl se volvió y les lanzó la horca.

El arma impactó al líder de los demonios justo en el pecho, y éste golpeó al resto de sus compañeros de rebote, pero incluso la piel del más pequeño de los demonios de las llamas era demasiado coriácea y dura para que una horca pudiera atravesarla. La criatura cogió la herramienta con las garras y le escupió una gota llameante, de modo que prendió la madera y luego la apartó.

Pero aunque el abismal no estaba herido, había sido suficiente para distraerlo. Los demonios volvieron a precipitarse hacia delante, aunque cuando Harl saltó al porche, frenaron de improviso, dándose de bruces contra una línea de grafos que los detuvo con tanta firmeza como si se hubieran estampado contra un muro de ladrillos. En ese momento la magia refulgió y los rechazó hacia el patio, de modo que Harl se precipitó hacia la casa. Cerró la puerta con un portazo, echó el cerrojo y apoyó la espalda contra ella.

—Que el Creador sea alabado —exclamó con voz débil, jadeando y pálido.

El aire dentro de la granja de Harl era denso y cálido, y apestaba a mohos y desperdicios. Los carrizos infestados de bichos que había en el suelo absorbían parte del agua que caía desde la paja del techo, y no cabía duda de que no eran nada recientes. Había en la casa además dos perros y varios gatos, lo cual forzaba a que todo el mundo tuviera que mirar bien dónde ponía el pie. Una olla de loza colgaba en la chimenea, añadiendo a aquella mezcolanza el aroma penetrante de un estofado en perpetua cocción, como si pudiera paliar el hedor. En una esquina, una cortina de retales le daba intimidad a un orinal.

Arlen recompuso las vendas de Silvy lo mejor posible, y luego Ilain y su hermana Beni la acomodaron en su habitación, mientras que la más pequeña, Renna, ponía un par de agrietados cuencos más en la mesa para Arlen y su padre.

Únicamente había tres piezas, el aposento que compartían las niñas, el dormitorio de Harl y la habitación central, donde cocinaban, comían y trabajaban. Una cortina hecha jirones hacía las particiones. En la sala común una puerta protegida con grafos daba al pequeño establo.

—Renna, llévate a Arlen y comprobad los grafos mientras los hombres hablan, y Beni y yo preparamos la cena —ordenó Ilain.

Renna asintió, le tomó de la mano a Arlen y se lo llevó consigo. Tenía casi diez años, muy cerca de los once del chico y era bonita pese a las manchas de suciedad que tenía en la cara. Llevaba un vestido suelto y liso, gastado y cuidadosamente remendado, y el pelo, castaño, recogido en la nuca con una tira de tela raída, aunque se le habían soltado muchos mechones que le caían ahora por la cara.

—Éste se ha borrado un poco —comentó la chica, señalando un grafo en uno de los alféizares—. Uno de los gatos debe haberlo pisado.

Tomó un carboncillo de una caja y dibujó cuidadosamente la línea allí donde se había interrumpido.

—Eso no sirve para nada —le dijo Arlen—. Las líneas se han debilitado y eso le quita fuerza al grafo. Debes dibujarlo de nuevo.

—No me permiten trazar uno nuevo —susurró Renna—. Se supone que debo contárselo a mi padre o a Ilain si hay alguno que no pueda arreglar.

—Yo sí puedo hacerlo —dijo Arlen, cogiendo el carboncillo. Limpió con cuidado el viejo grafo y dibujó uno nuevo, moviendo la mano con resuelta confianza. Dio un paso atrás cuando terminó y miró alrededor de la ventana, donde reemplazó otros con la misma rapidez.

Mientras trabajaba, Harl los sorprendió y comenzó a levantarse, nervioso, pero Jeph hizo un movimiento y lo tranquilizó con unas palabras de confianza, por lo que volvió a su asiento.

Arlen se detuvo un momento para echar una ojeada a su trabajo.

—Ni un demonio de las rocas podría irrumpir a través de esto —comentó con orgullo. Se volvió y encontró a Renna observándolo fijamente—. ¿Qué? —le preguntó.

—Eres más alto de lo que recordaba —dijo la niña, bajando la mirada y sonriendo con timidez.

—Bueno, han pasado un par de años —replicó Arlen, sin saber qué otra cosa decir.

Harl llamó a su hija cuando terminaron de barrer. Renna y él hablaron en voz baja, y Arlen se dio cuenta un par de veces que ella lo miraba, aunque no pudo escuchar la conversación.

La cena consistió en un potaje correoso de maíz y chirivías con una carne que el muchacho no pudo identificar, pero que al menos lo dejó bastante lleno. Mientras comían, contaron su historia.

—Mejor habría sido que nos hubierais preguntado antes —comentó Harl cuando terminaron—. Hemos ido a ver a la vieja Mey Friman montones de veces. Nos resulta más cerca que ir a Ciudad Central para ver a Trigg. Si os tomó dos horas dándole de lo lindo al látigo para regresar hasta aquí, habríais llegado mucho antes a la granja de Mack Pasture, aligerando un poco. Y la vieja Mey está apenas a una hora o así más adelante. A ella no le gusta vivir en una ciudad. Si realmente le hubieras dado fuerte a la yegua, habríais llegado allí esta misma noche.

Arlen soltó su cuchara de golpe. Todos los ojos de los que rodeaban la mesa se volvieron hacia él, pero no se dio cuenta, tan concentrado estaba en su padre.

Jeph no pudo soportar esa mirada durante mucho rato y abatió la cabeza.

—No había forma de saberlo —dijo con gran tristeza.

Ilain le tocó el hombro.

—No te culpes por ser prudente —repuso, y miró al chico, con la reprimenda claramente dibujada en los ojos—. Ya lo entenderás cuando seas mayor —le recriminó al muchacho.

Arlen se puso de pie y se alejó de la mesa con grandes pisotones. Apartó la cortina y se acodó en— una ventana, observando a los demonios a través de una tabla suelta de los postigos. Una y otra vez intentaban atravesar los grafos y fallaban, pero el muchacho no se sintió protegido por la magia. Más bien se sintió aprisionado por ella.

—Llevaos a Arlen al establo y jugad allí —le ordenó Harl a sus hijas más pequeñas después de que todos hubieran terminado de comer—. Ilain recogerá la mesa. Dejad que los mayores hablemos.

Beni y Renna se levantaron a la vez y desaparecieron detrás de la cortina de un salto. Arlen no estaba de ánimos para ponerse a jugar, pero las chicas no le dejaron decir ni una palabra, y le hicieron salir por la puerta del establo.

Beni encendió una lámpara agrietada, que bañó el establo con una luz mate. Harl tenía dos vacas, cuatro cabras, una cerda con ocho cochinitos y seis pollos. Todos estaban descarnados y huesudos, desnutridos. Incluso a la cerda se le veían las costillas. El ganado no parecía capaz de alimentar a Harl y a las niñas.

El mismo establo no ofrecía un aspecto mejor. La mitad de los postigos estaban rotos y el heno del suelo estaba podrido. Las cabras se habían comido parte de la pared de su compartimiento hasta llegar al heno de la vaca. El lodo, las inmundicias y los excrementos se habían fundido en un solo manto de estiércol en el compartimiento del cerdo.

Renna arrastró a Arlen de uno a otro.

—Papá no quiere que les pongamos nombres a los animales —le confesó—, así que lo hacemos en secreto. Éste es *Hoojy*. —Y señaló a una vaca—. Su leche sabe un poco acida, pero papá dice que es buena. La que está a su lado es *Grouchy*. Da patadas, pero sólo si tiras fuerte cuando la ordeñas o tardas en hacerlo. Las cabras son...

—A Arlen no le importan los animales —reprendió Beni a su hermana. Lo cogió del brazo y lo apartó de allí. Beni era más alta que su hermana y también mayor, pero Arlen pensó que la pequeña era más guapa. Subieron al pajar y se dejaron caer sobre el heno limpio.

—Juguemos a pedir refugio —dijo Beni, que sacó una pequeña bolsita de cuero de su bolsillo, de la que hizo rodar cuatro dados de madera. Los dados tenían unos símbolos pintados: llamas, rocas, agua, viento, un árbol y un grafo. Había muchas maneras de jugar, pero la mayoría de las reglas coincidían en que debías sacar tres grafos antes de conseguir cuatro de cualquier otra clase.

Jugaron a los dados un buen rato. Renna y Beni tenían sus propias reglas, la

mayoría de las cuales, sospechó Arlen, estaban pensadas para hacerles ganar.

—Dos grafos alineados tres veces cuenta como tres —explicó Beni, justo después de haberlo hecho ella—. Hemos ganado. —El chico estaba en desacuerdo, pero no le veía mucho sentido a ponerse a discutir.

—Como hemos ganado tienes que hacer lo que te digamos —declaró Beni.

—De eso nada —replicó el muchacho.

—¡Ya lo creo que sí! —insistió la niña y, de nuevo, Arlen sintió que discutir no le iba a llevar a ninguna parte.

—¿Y qué tengo que hacer? —preguntó, con suspicacia.

—¡Vamos a jugar a los besitos! —aplaudió Renna.

Beni le dio un manotazo en la cabeza a su hermana.

—¡Ya lo sé, atontada!

—¿Qué es eso de los besitos? —inquirió Arlen, temiendo saber la respuesta.

—Oh, ya lo verás —repuso Beni, y ambas chicas se echaron a reír—. Es un juego de mayores. Papá lo juega algunas veces con Ilain. Es jugar a que estás casado.

—¿Y qué es, como cuando haces las promesas? —preguntó el muchacho con cautela.

—No, atontado, así —dijo Beni y le pasó los brazos por los hombros y apretó su boca contra la suya.

El chico jamás había besado antes a una chica. Ella abrió la boca y él hizo lo mismo de modo que los dientes de ambos chocaron y retrocedieron—. ¡Ay! —exclamó el muchacho.

—Lo haces con demasiada fuerza, Beni —se quejó Renna—. Es mi turno.

Y era verdad, porque el beso de la pequeña fue mucho más suave, de modo que Arlen lo encontró mucho más placentero. Era como acercarse al fuego cuando tenía frío.

—Así —comentó Renna cuando separaron los labios—. Así es como hay que hacerlo.

—Como después tenemos que acostarnos juntos —dijo la chica mayor— podemos seguir practicando.

—Siento que tengáis que dejarle la cama a mi madre —repuso Arlen.

—No pasa nada —respondió Renna—, antes solíamos compartir la cama todas las noches, hasta que murió mamá, pero ahora Ilain duerme con papá.

—¿Por qué? —inquirió el muchacho.

—Se supone que no tenemos que hablar de eso —le siseó la hermana mayor a la pequeña.

Renna la ignoró, pero mantuvo la voz en un tono bajo.

—Ilain dice que ahora que mamá se ha ido, papá le ha dicho que es su deber hacerle feliz como hacen las esposas.

—¿Cosiendo, cocinando y todo eso? —volvió a preguntar.

—No, es un juego como el de los besitos —dijo la mayor—, pero se necesita a un chico para jugar. —Le tiró del peto—. Si nos muestras tu chisme, te lo enseñaremos.

—¡No os voy a enseñar mi chisme! —contestó Arlen, retrocediendo.

—¿Y por qué no? —preguntó Renna—. Beni se lo enseñó a Lucik Boggin y ahora él quiere jugar a todas horas.

—Papá y el padre de Lucik dicen que estamos prometidos —alardeó Beni—. Así que está bien. Ya que tú te vas a prometer con Renna, deberías enseñarle el tuyo. — La chica se mordió el dedo y miró hacia otro lado, pero observó a Arlen de reojo.

—¡Eso no es verdad! —exclamó el muchacho—. ¡Yo no me voy a prometer con nadie!

—¿Y de qué crees que están hablando ahí fuera los mayores, atontado. — preguntó Beni.

—¡De eso no! —gritó el niño.

—¡Asómate y lo verás! —le retó Beni.

Arlen se quedó mirando a las dos chicas, y después bajó la escalera, deslizándose lo más silenciosamente que pudo. Cuando pudo oír voces desde detrás de la cortina, se acercó arrastrándose.

—Quiero a Lucik bien lejos de aquí —decía Harl en estos momentos—, pero Fernán quiere que él haga el afrecho durante otra estación. Es muy difícil llenarnos la barriga sin que nos entre un extra de fuera, especialmente desde que los pollos dejaron de poner y la leche de una de las vacas se ha echado a perder.

—Nos llevaremos a Renna cuando regresemos de casa de Mey —dijo Jeph.

—¿No le vas a decir que están prometidos? —preguntó Harl, y Arlen contuvo el aliento.

—No hay motivo para no decírselo.

Harl gruñó.

—Te recomiendo que esperes hasta mañana —comentó—, cuando estéis a solas en el camino. Al principio algunos chicos montan una escena cuando se les dice. No está bien herir los sentimientos de una niña.

—Probablemente tienes razón —reconoció Jeph, y Arlen estuvo a punto de ponerse a gritar.

—Hazme caso —insistió el granjero—, confía en un hombre con hijas, se sobresaltan por cualquier tontería, ¿a que sí, Lainie? —Le dio un manotazo y la chica dio un grito—. Aun así, no les haces ningún daño que no se resuelva con unas cuantas horas de llanto.

Se hizo un largo silencio y el muchacho comenzó a retirarse hacia la puerta del establo.

—Me voy a la cama —gruñó Harl, y el chico se quedó paralizado—. Mira, como

Silvy está esta noche en tu cama, Lainie, vente a dormir conmigo después de que limpies los cuencos y arropes a las niñas.

Arlen se acurrucó detrás de un banco de trabajo y se quedó allí quieto, mientras Harl iba al baño a aliviarse. Después se dirigió a su habitación, cerrando la puerta. Arlen estaba a punto de deslizarse hacia el establo cuando habló Ilain:

—Yo quiero ir también —soltó de golpe, justo después que se cerrara la puerta.

—¿Qué? —preguntó Jeph.

Arlen podía verles los pies por debajo de la cortina desde donde estaba acurrucado. Ilain le dio la vuelta a la mesa para sentarse al lado de su padre.

—Llévame contigo —repitió la chica—. Por favor, Beni estará bien cuando venga Lucik, y yo necesito marcharme.

—¿Por qué? —le preguntó Jeph—, Seguramente os quedará comida suficiente para los tres.

—No es por eso —comentó Ilain—. No importa por qué. Puedo asegurarte que papá estará en el campo cuando vengas a por Renna. Yo correré hacia un lugar más adelante en el camino y me encontraré allí con vosotros. Para cuando papá se dé cuenta de que me he ido, habrá toda una noche de distancia entre nosotros y nunca me seguirá.

—Yo no estaría tan seguro de eso —comentó su padre.

—Tu granja está muy lejos de aquí —suplicó Ilain, y Arlen le vio poner su mano en la rodilla de su padre—. Puedo trabajar —prometió—, me ganaré el sustento.

—No puedo llevarte a escondidas lejos de Harl —objetó Jeph—, no tengo nada en su contra y no quiero empezar una disputa.

Ilain escupió.

—Ese viejo desgraciado puede que te haya hecho creer que tengo que compartir su cama debido a Silvy —explicó en voz baja—, pero la verdad es que me da una paliza si no me acuesto con él todas las noches después de dormir a Renna y Beni.

Jeph se quedó en silencio un rato.

—Ya veo —dijo al final. Cerró la mano en un puño y comenzó a levantarse.

—No, por favor —le pidió Ilain—. No sabes cómo es. Te matará.

—¿Y quieres que me quede quieto? —preguntó Jeph. Arlen no entendía de qué iban todas estas tonterías. ¿Qué más daba si Ilain dormía en la habitación de Harl?

Arlen vio cómo la chica se acercaba más aún a su padre.

—Necesitarás a alguien que cuide de Silvy, y si muere... —susurró, y se inclinó más aún hacia él y su mano se deslizó hacia el regazo de su padre, del mismo modo que Beni había querido hacerle a él—... yo podría ser tu esposa. Te llenaría la granja de niños —le prometió. Jeph gimió.

Arlen sintió náuseas y que se acaloraba. Tragó saliva, sintiendo el sabor a bilis en la boca. Le dieron ganas de gritar cuál era su plan a Harl. Aquel hombre se había

enfrentado a un abismal por su hija, algo que Jeph nunca había hecho. Se imaginó que Harl derribaba a su padre y la imagen no le resultó desagradable.

Jeph dudó y después empujó a Ilain hacia un lado.

—No —afirmó—, llevaremos a Silvy mañana a la Herborista y se recuperará.

—Entonces, sácame de aquí de todos modos —suplicó Ilain de nuevo, cayendo de rodillas.

—Yo... lo pensaré —repuso su padre.

Justo en ese momento, Beni y Renna entraron de forma precipitada procedentes del establo y Arlen se les unió, para dar la sensación de que entraba con ellas, justo en el momento en que Ilain se ponía en pie de forma precipitada. Comprendió que el momento de enfrentarse a ellos había pasado.

Una vez que metió a las chicas en la cama y sacó un par de mantas mugrientas para Arlen y Jeph en la sala principal, Ilain inhaló aire y se marchó hacia la habitación de su padre. No mucho después, el muchacho oyó que Harl gruñía de forma sorda y algún grito ocasional de Ilain. Hizo como que no había oído nada, pero le echó una ojeada a Jeph, que se mordía el puño.

Arlen se levantó antes de que saliera el sol a la mañana siguiente, mientras los demás dormían. Abrió la puerta unos momentos antes del amanecer y se quedó mirando con impaciencia a los pocos abismales que aún siseaban y movían las garras en el aire desde el otro lado de las protecciones mágicas. Salió de la casa en cuanto se disolvió el último demonio y se dirigió hacia el establo grande para limpiar a Missy y los otros caballos de Harl. La yegua estaba de muy mal genio y lo mordió.

—Sólo un día más —le pidió Arlen cuando le puso el morral para que comiera.

Su padre aún roncaba cuando regresó a la casa y llamó en el umbral de la habitación que compartían Renna y Beni. Beni abrió la cortina e inmediatamente el chico constató las miradas preocupadas en los rostros de las hermanas.

—No se ha despertado —explicó Renna, con voz ahogada, desde donde estaba arrodillada al lado de su madre—. Sabía que queríais marcharos en el momento en que se alzara el sol, pero cuando la he sacudido... —Hizo una serie de gestos hacia la cama, con los ojos húmedos—. Está tan pálida...

Arlen se apresuró al lado de su madre y le cogió la mano. Tenía los dedos fríos y pegajosos, pero la frente le ardía. Respiraba con cortos jadeos, y el hedor de la enfermedad de los demonios se espesaba a su alrededor. Tenía las vendas empapadas en un flujo marrón amarillento.

—¡Padre! —gritó Arlen. Un momento más tarde apareció Jeph con Ilain y Harl a la zaga.

—No tenemos tiempo que perder —comentó Jeph.

—Llévate uno de mis caballos con el tuyo —dijo Harl—. Cámbialo cuando se canse. Llegarás a casa de Mey esta tarde si les arreas de firme.

—Quedamos en deuda contigo —respondió Jeph. Pero Harl hizo un gesto de que no se preocupara en absoluto.

—De prisa, venga —dijo—. Ilain os empaquetará algo para comer en el camino. Renna le cogió del brazo cuando se volvió para marcharse.

—Ahora estamos prometidos —le susurró—. Te esperaré en el porche todas las tardes hasta que regreses.

Le dio un beso en la mejilla, y sus labios eran tan suaves que siguió sintiendo el beso cuando ella se retiró.

El carro saltaba y brincaba mientras corrían a lo largo de la calzada llena de baches. Se pararon sólo para cambiar los caballos. Arlen miraba la comida que Ilain les había empaquetado como si fuera veneno. Jeph se la comió con hambre.

Cuando Arlen cogió el pan lleno de grumos y el queso duro, de olor acre, comenzó a pensar que quizá todo no era nada más que un malentendido. A lo mejor no había oído bien lo que creía haber escuchado. Posiblemente Jeph no había dudado en rechazar a Ilain.

Era una ilusión tentadora, pero su padre la destruyó un momento más tarde.

—¿Qué opinas de la chica más pequeña de Harl? —le preguntó—. Has pasado un rato con ella. —Arlen sintió como si su padre le hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—¿Renna? —inquirió Arlen, haciéndose el inocente—. Está bien, supongo. ¿Por qué?

—He estado hablando con Harl —comentó su padre—. Se va a venir a vivir con nosotros cuando regresemos a la granja.

—¿Por qué? —volvió a preguntar.

—Para cuidar de tu madre, ayudar en la granja, y... por otros motivos.

—¿Qué otros motivos? —presionó el chico.

—Harl y yo queremos ver si a vosotros dos os va bien juntos —contestó Jeph.

—¿Y qué ocurrirá si no es así? —inquirió Arlen—. ¿Qué pasa si no quiero tener a esa chica detrás de mí todo el día pidiéndome que juegue a los besitos con ella?

—Algún día —repuso su padre—, quizá no te importe mucho jugar a los besitos.

—Pues déjala entonces que se venga —repuso Arlen, encogiéndose de hombros y simulando que no sabía a qué se estaba refiriendo su padre—. ¿Por qué tiene Harl tantas ganas de deshacerse de ella?

—Ya has visto en qué estado está su granja, apenas pueden alimentarse —contestó Jeph—. Harl quiere mucho a sus hijas y desea lo mejor para ellas. Y lo mejor es casarlas mientras son aún jóvenes, de modo que tengan hijos que puedan ayudarlo y nietos antes de que muera. Ilain tiene demasiada edad ya para casarse. Lucik Boggie va a ir a ayudar a la granja de Harl en el otoño. Van a ver si a él y a Beni les va bien juntos.

—Supongo que Lucik tampoco tiene otra opción, tampoco —masculló Arlen entre dientes.

—¡Pues él está encantado y la mar de feliz! —replicó su padre con brusquedad, perdiendo la paciencia—. Vas a tener que aprender unas cuantas lecciones duras sobre la vida, Arlen. Hay un montón más de niños que de niñas en Arroyo y no podemos desperdiciar nuestras vidas. Cada año perdemos más gente por vejez, enfermedad o por los abismales. Si no seguimos trayendo niños al mundo, ¡Arroyo Tíbet desaparecerá como cientos de otros pueblos! ¡No podemos dejar que eso ocurra!

Arlen tuvo la prudencia de callarse al ver tan furioso a su padre, que por lo general era un hombre de talante tranquilo.

Una hora más tarde, Silvy comenzó a gritar. Al volverse, vieron que intentaba incorporarse en el carro. Se golpeaba el pecho y emitía una serie de ruidosos y horripilantes jadeos. El chico saltó hacia la parte de atrás del carro, y ella lo agarró con unas manos sorprendentemente fuertes, vomitando entre toses una espesa flema en su falda. Tenía los ojos salidos e inyectados en sangre, y miraba con expresión ida los suyos, aunque no parecía reconocerlo. Arlen le gritó mientras ella se agitaba, intentando sujetarla con tanta fuerza como pudo.

Jeph paró el carro y entre ambos consiguieron obligarla a que se tumbara. Ella siguió debatiéndose, chillando con cortos gritos roncros. Y entonces, al igual que había pasado con Cholie, tuvo una convulsión final y se quedó inmóvil.

Jeph miró a su mujer y después echó la cabeza hacia atrás y gritó. Arlen casi se mordió el labio intentando contener las lágrimas, pero al final sucumbió. Ambos sollozaron sobre la mujer.

Cuando se tranquilizó, Arlen miró a su alrededor, con los ojos desprovistos de vida. Intentó enfocarlos, pero el mundo permanecía borroso, como si no fuera real.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó.

—Vamos a darnos la vuelta —respondió su padre, y las palabras hirieron al chico como si fueran cuchillos—. La llevaremos a casa y la quemaremos. Intentaremos salir adelante. Todavía nos quedan la granja y los animales, a los que tenemos que cuidar, e incluso Renna y Norine, que nos ayudarán, aunque nos vengan tiempos duros.

—¿Renna? —inquirió el chico con incredulidad—. ¿Todavía estás dispuesto a que nos la llevemos? ¿Incluso ahora?

—La vida sigue, Arlen —dijo su padre—. Eres ya casi un hombre, y un hombre necesita una esposa.

—¿Nos has buscado una a cada uno? —explotó el muchacho.

—¿Qué?

—¡Os escuché a ti y a Ilain anoche! —gritó—. ¡Tú también tienes ya otra esposa!

¿Es que te has preocupado en algún momento por mamá? ¡Ya has encontrado a alguien que se ocupe de tu chisme! ¡Al menos, hasta que también termine muerta porque tengas demasiado miedo para ayudarla!

Su padre le pegó. Le cruzó el rostro con una gran bofetada que sonó como un chasquido en el silencio de la mañana. Su ira se disipó al instante e intentó acercarse a su hijo.

—¡Lo siento, Arlen! —exclamó con voz ahogada, mas el chico se apartó y saltó del carro—. ¡Arlen! —gritó su padre.

El niño lo ignoró y echó a correr con todas sus fuerzas hacia el bosque que flanqueaba el camino.

Una noche a solas

319 d.R.

Arlen corrió a través del bosque lo más rápido que pudo, girando en repentinos ángulos agudos y escogiendo su dirección en cada momento al azar. Quería estar seguro de que su padre no podría rastrearlo, pero cuando los gritos de Jeph se perdieron en la lejanía, se dio cuenta de que su padre no lo seguiría.

«Por qué se iba molestar, de todos modos? —pensó—. Él sabe que debo regresar antes del anocheecer. ¿A qué otro sitio iba a ir?»

«A ninguna parte.» La respuesta surgió de forma espontánea, pero en su interior él sabía que era cierta.

No podía regresar a la granja y simular que todo iba bien. No podía observar cómo Ilain reclamaba el sitio de su madre en la cama. Incluso la pequeña Renna, a pesar de sus dulces besos, sería un recuerdo de todo lo que había perdido y el porqué.

Pero, ¿adónde iba a ir? Su padre tenía razón en una cosa: no podría seguir corriendo para siempre. Tendría que encontrar refugio antes de que llegara la oscuridad o la noche en ciernes sería su última noche.

Volver a Arroyo Tibbet no era una opción. Cualquiera a quien le pidiera asilo lo devolvería a casa arrastrando de la oreja al día siguiente, y la maniobra se volvería en contra suya sin sacar nada en limpio.

Entonces tendría que ir a Pastos al Sol. A menos que el viejo Jabalí pagara a alguien para que llevara algo, casi nadie de Arroyo Tibbet acudía allí nunca, a menos que fueran Enviados.

Coline le había dicho que Ragen se dirigía hacia allí antes de regresar a las Ciudades Libres. A Arlen le había gustado el hombre, el único adulto que había conocido que no le hablaba con menosprecio. El Enviado estaba a un día y poco más delante de él, y montado, pero si se apresuraba, quizá pudiera alcanzarlo y pedirle que lo llevara de pasajero hasta las Ciudades Libres.

Todavía tenía el mapa de Coline atado en torno al cuello. Mostraba el camino a Pastos al Sol y todas las granjas situadas a lo largo del camino. Estaba bastante seguro de saber en qué dirección se hallaba el norte a pesar de encontrarse en el corazón del bosque.

Localizó el camino a mediodía o más bien el camino lo encontró a él, ya que de pronto atravesó el bosque justo delante de él. Debía haber perdido el sentido de la

orientación entre los árboles.

Anduvo durante unas cuantas horas sin hallar rastro alguno de una granja o del hogar de la Herborista. Su preocupación aumentó al mirar hacia al cielo: el sol debía ponerse a su izquierda si se dirigía en dirección norte, pero no era así, ya que lo tenía justo en frente.

Se detuvo, examinó el mapa, y sus miedos se vieron confirmados. No iba camino de Pastos al Sol, sino de las Ciudades Libres. Peor aún, la vía principal se apartaba del camino hacia esa localidad y se salía directamente del borde del mapa.

La idea de volver sobre sus pasos era desalentadora, especialmente al no saber si podría encontrar refugio a tiempo. Retrocedió un paso en la dirección por la que había venido.

«No —decidió—. Volver hacia atrás es tomar el camino de mi padre. Ocurra lo que ocurra, iré hacia delante.»

Echó a andar de nuevo, dejando a sus espaldas tanto Arroyo Tibbet como Pastos al Sol. Cada paso era más vivo y ligero que los anteriores.

Continuó durante unas horas más, dejando algunas veces los árboles a su espalda e internándose en la pradera por unos campos despejados y exuberantes que no habían conocido ni arados ni pastoreo. Coronó una cima y respiró pesadamente aquel aire fresco y puro. Había una gran roca que sobresalía del suelo y Arlen la escaló a fin de observar aquel mundo tan vasto que siempre había estado fuera de su alcance. No había signo alguno de un lugar habitado ni de un sitio donde pedir refugio. Tenía miedo de la noche que se aproximaba, pero era una sensación distante, como la de saber que algún día envejecería y moriría.

Cuando la tarde avanzó, Arlen comenzó a buscar dónde pasar la noche. Había por allí un bosquecillo bastante prometedor, con poca hierba, lo cual le permitiría dibujar los grafos en el suelo, aunque un demonio del bosque podría subirse en uno de los árboles y tirarse dentro del anillo de protección desde arriba.

También había una pequeña colina pedregosa desprovista de hierba, pero cuando Arlen se subió arriba, el viento soplaba con tanta fuerza que temió que por la noche emborronara las protecciones, y de ese modo perdieran su efectividad.

Finalmente, llegó a un lugar donde los demonios de las llamas habían prendido recientemente fuego. Nuevos brotes habían empezado ya a surgir entre las cenizas, pero la suela de su zapato halló un suelo sólido justo debajo. Limpió la ceniza de un área bastante amplia y comenzó a trazar el círculo de protección. Le quedaba ya poco tiempo, así que no lo hizo muy grande, para que la prisa no le volviera descuidado.

Usando un palo aguzado, dibujó los sigilos en el suelo, soplando con suavidad las raspaduras sueltas. Trabajó durante una hora más o menos, grafo tras grafo, dando un paso atrás con frecuencia para asegurarse de que estaban apropiadamente alineados. Sus manos, como siempre, se movieron con confianza y presteza.

Cuando terminó, Arlen obtuvo un círculo de casi dos metros de diámetro. Comprobó los grafos tres veces y no encontró en ellos error alguno. Luego, se metió el palo en el bolsillo y se sentó en el centro del círculo, observando cómo se alargaban las sombras y el sol se hundía en el horizonte, dejando el cielo desprovisto de color.

A lo mejor moría esa noche. A lo mejor no. Arlen se dijo a sí mismo que le daba igual, pero conforme se desvanecía la luz, también se vino abajo su ánimo. Sintió cómo su corazón empezaba a latir con fuerza y todos sus instintos le instaban a ponerse en pie y echar a correr, pero no había ningún lugar hacia el que huir. Estaba a muchos kilómetros del sitio más cercano donde pedir socorro. Se echó a temblar, aunque no hacía frío.

«Ésta ha sido una mala idea», decía una voz bajita en el interior de su mente. Le gruñó, pero aquella valiente respuesta le sirvió de poco para relajar los músculos tensos cuando los últimos rayos de sol se desvanecieron y lo bañó la oscuridad.

«Ahí vienen», le avisó aquella vocecita asustada de su mente y los jirones de niebla comenzaron a alzarse del suelo.

La niebla se cuajó con lentitud, y los cuerpos de los demonios fueron adquiriendo sustancia conforme se deslizaban desde el suelo. Arlen se puso en pie a su vez, cerrando sus pequeños puños. Como siempre, los primeros en acudir fueron los demonios de las llamas, correteando de un lado para otro de puro júbilo, arrastrando con ellos un fuego titilante. Les seguían los demonios del viento, que inmediatamente comenzaron a correr, desplegando esas correosas alas suyas y saltando hacia el aire. Por último, llegaron los demonios de las rocas, que extraían laboriosamente sus grandes cuerpos del Abismo.

Y entonces los abismales vieron a Arlen y aullaron de pura delicia, cargando contra el chico indefenso.

El primero en atacar fue un demonio del viento que cayó en picado barriendo el aire con las garras ganchudas de sus alas con el fin de desgarrar la garganta de Arlen. Éste gritó, pero saltaron chispas cuando las garras hicieron impacto en los grafos, que rechazaron el ataque. La velocidad impulsó al demonio hacia delante, pero su cuerpo se dio un golpe contra el escudo y salió despedido hacia atrás con un cegador destello de energía. La criatura aulló cuando se estampó contra el suelo, pero rebotó, retorciéndose mientras la energía danzaba entre sus escamas.

Los siguientes en lanzarse fueron los ágiles demonios de las llamas, tan pequeños que el más grande no superaba el tamaño de un perro. Se deslizaron hacia delante, chillando y comenzaron a arañar el escudo. Arlen se estremecía cada vez que los grafos relumbraban, pero la magia no cedió. Cuando se dieron cuenta de que el muchacho había conseguido armar una red eficaz, le escupieron fuego.

Pero Arlen estaba al cabo de la calle de esa triquiñuela. Había estado trazando

grafos desde que fue bastante mayor para poder sujetar un carboncillo, y conocía las protecciones contra el escupitajo de fuego. Las llamas fueron rechazadas con tanta eficacia como las garras. Ni siquiera llegó a sentir su calor.

Los abismales se reunieron para contemplar el espectáculo, y cada llamarada de luz que arrojaban los grafos activados le mostraban cada vez más monstruos, toda una horda maligna, congregada para arrancarle la carne de los huesos.

Se lanzaron en picado más demonios del viento, pero fueron igualmente repelidos por los grafos. Los demonios de las llamas, también, comenzaron a arrojarse contra él llenos de frustración, sin importarles la escocedura de las quemaduras mágicas, con la esperanza de encontrar una brecha por donde colarse, pero la red de protección frustró esos intentos una y otra vez. Arlen dejó de estremecerse y comenzó a lanzarles maldiciones, dejando a un lado su propio pánico.

Pero su desafío sólo consiguió enrabiatar más a los demonios, poco habituados a ser retados por sus presas. Los asaltantes redoblaron sus esfuerzos para penetrar las protecciones mientras Arlen sacudía sus puños y les hacía los gestos obscenos que le había visto algunas veces hacer a Jabalí a los adultos a sus espaldas.

¿Y a eso era a lo que le había tenido tanto miedo? ¿Por eso la humanidad vivía aterrorizada? ¿De estas bestias patéticas y frustradas? Qué ridículo. Escupió y la flema chisporroteó sobre las escamas de un demonio de las llamas, triplicando su furia.

Entonces, se produjo un revuelo entre las aullantes criaturas, y a la luz titilante de los demonios de las llamas vio cómo la hueste de abismales se dividía en dos para ceder el paso a un demonio de las rocas que avanzaba dando grandes zancadas. El suelo temblaba bajo sus pasos como si fueran un terremoto.

Durante toda su vida, Arlen había visto a los abismales de lejos, desde detrás de ventanas y puertas. Antes de los hechos terroríficos de los últimos días, nunca se había visto expuesto al aire libre frente a un demonio totalmente formado y nunca se había enfrentado a él en su propio terreno. Sabía que su tamaño podía variar, pero nunca había averiguado hasta qué punto.

Aquel demonio de las rocas tenía una estatura de cuatro metros y medio.

Era enorme.

Arlen estiró la cabeza hacia arriba a medida que se acercaba el monstruo. Incluso a cierta distancia, era una descomunal masa nervuda y angulosa. Su grueso caparazón negro se veía punteado por protuberancias óseas y su cola terminaba en una punta muy aguzada que se movía de un lado para otro conforme se balanceaban sus hombros imponentes. Se alzaba sobre dos patas rematadas en garras que ocasionaban grandes hendiduras en el suelo a cada paso atronador que daba. Sus largos brazos nudosos terminaban en garras del tamaño de herramientas de carnicero, y su mandíbula abierta y babeante mostraba fila tras fila de dientes como cuchillas, al

tiempo que la lengua negra se deslizaba fuera, saboreando el miedo de Arlen.

Uno de los demonios de las llamas no se apartó lo suficientemente rápido de su camino y el demonio lo barrió con un gesto tan brusco que sus garras le abrieron grandes heridas cuando el golpe lanzó al pequeño abismal por los aires.

Aterrorizado, Arlen dio un paso atrás, y después otro. Fue sólo en el último momento cuando se dio cuenta y se detuvo antes de salirse fuera del círculo protector.

Obtuvo un consuelo muy fugaz al recordar el círculo, pues dudaba de que sus grafos fueran capaces de soportar esa prueba, más bien dudaba que hubiera alguno que pudiera lograrlo.

El demonio lo observó durante un buen rato, saboreando su terror. Los demonios de las rocas rara vez se apresuraban, aunque cuando lo decidían, se movían con una velocidad sorprendente.

Arlen perdió los nervios cuando el demonio lanzó su golpe. Gritó y se dejó caer al suelo, donde se acurrucó hasta formar una bola apretada, cubriéndose la cabeza con las manos.

Tuvo lugar una explosión ensordecedora. El fulgurante relámpago mágico de los grafos convirtió la noche en día y Arlen pudo apreciarlo incluso a pesar de haberse tapado los ojos. Oyó el chillido de frustración del demonio y se atrevió a observarlo mientras el abismal giraba para lanzar contra los grafos su pesada cola llena de cuernos.

La magia flameó de nuevo y la criatura se vio burlada.

El chico se obligó a expulsar el aire que había estado conteniendo. Observó cómo el demonio golpeaba una y otra vez las protecciones, gritando de pura rabia. Sintió bajar por sus muslos una humedad cálida.

Arlen se puso en pie, avergonzado de sí mismo, de su cobardía, y se enfrentó a los ojos del monstruo. Soltó un grito primitivo que le surgió de dentro, rechazando cuanto era el abismal y todo lo que representaba.

Recogió una piedra y la lanzó contra la criatura.

—¡Vete al Abismo al que perteneces! —gritó—. ¡Vuélvete allí y muérete!

El demonio apenas pareció sentir cómo rebotaba la piedra en su armadura, pero su rabia se multiplicó cuando embistió contra los grafos, incapaz de traspasarlos. Arlen le gritó al monstruo todas las cosas estúpidas y patéticas que había en su vocabulario, algo limitado, arañando la tierra para buscar más cosas que lanzarle.

Cuando se quedó sin piedras, comenzó a saltar moviendo los brazos y gritándole en desafío.

Entonces se resbaló y pisó un grafo.

Arlen y el monstruo gigantesco compartieron un momento largo y silencioso en el que el tiempo pareció detenerse y durante el cual la enormidad de lo ocurrido se abrió paso en sus mentes lentamente. Cuando se movieron, lo hicieron simultáneamente,

Arlen sacando su palo para grabar y apresurándose hacia el trazo mágico mientras el demonio alargaba una enorme mano rematada en garras.

Con la mente a toda velocidad, Arlen valoró cuál había sido el daño en un instante: una simple línea del sigilo se había emborronado. Aunque pudo reparar la protección con un trazo del instrumento, comprendió que era demasiado tarde. Las garras habían empezado ya a cortar su carne.

Pero la magia surtió efecto una vez más y el abismal fue rechazado hacia atrás, chillando de pura agonía. Arlen también gritaba de dolor, revolcándose e intentando arrancarse las garras de la espalda. Pudo tirarlas lejos antes de darse cuenta de lo que había sucedido.

Y entonces lo vio humear y retorcerse dentro del círculo.

El brazo del demonio.

Arlen miró al miembro amputado completamente aturdido, y se giró para ver cómo el demonio rugía y golpeaba todo a su alrededor, atacando salvajemente a cualquier abismal que se pusiera tontamente a su alcance. Y todo eso con un solo brazo.

Se quedó mirándolo, con el extremo perfectamente segado y cauterizado, emitiendo un humo hediondo. Con algo más de valor del que realmente sentía, Arlen cogió aquella cosa enorme e intentó lanzarla fuera del círculo, pero las protecciones funcionaban en las dos direcciones. Cualquier cosa procedente de los abismales no podía entrar, pero tampoco salir. El brazo rebotó en los grafos y aterrizó a los pies de Arlen.

Entonces comenzó el dolor. Arlen se tocó las heridas de la espalda y retiró las manos manchadas de sangre. Cayó de rodillas mientras le abandonaban las fuerzas, sollozando de dolor, y también por el miedo de moverse y estropear otro grafo, y llorando, sobre todo, por su madre. Ahora comprendía el dolor que había sentido.

El muchacho se pasó el resto de la noche encogido de miedo. Podía oír que los demonios daban vueltas a su alrededor, a la espera de que cometiera otro error que les permitiera acceder a él. No se atrevía a dormir, aunque tampoco se sentía muy capaz de ello, ya que el más mínimo movimiento durante el sueño podía servirles en bandeja su deseo a los abismales.

Parecía que quedaran años para que llegara el amanecer. El chico alzó muchas veces la mirada hacia el cielo, pero cada vez únicamente veía al gigantesco demonio tullido, sujetándose la herida quemada y de la que supuraba un icor mientras vigilaba el círculo con el odio retratado en los ojos.

Después de lo que pareció una eternidad, un delicado tono rojo bordeó el horizonte, seguido de un tono naranja, amarillo y después un blanco glorioso. Los demás abismales se deslizaron hacia el Abismo antes de que el amarillo tiñera el cielo, pero el gigante se quedó hasta el final, con sus filas de dientes expuestas

mientras le siseaba.

Pero incluso el odio de un demonio de las rocas lisiado no tenía parangón con el miedo que le inspiraba el sol. Cuando las últimas sombras se desvanecieron, su enorme cabeza rematada por cuernos se hundió bajo la tierra. Arlen se estiró y salió fuera del círculo, estremecido por el dolor, ya que sentía la espalda como si le hubieran prendido fuego. Las heridas habían dejado de sangrar por la noche, pero sintió que se le abrían en cuanto se estiraba.

El pensamiento le hizo volver la vista al brazo rematado por una garra que tenía allí al lado. Era como el tronco de un árbol, cubierto de duras y frías placas. Arlen alzó aquella pesada cosa y la sostuvo delante de él.

«Al menos he conseguido un trofeo», pensó, e hizo un esfuerzo por ser valiente, a pesar de que la visión de su propia sangre en aquellas zarpas negras hizo que le recorriera un escalofrío.

El astro rey empezó a subir en el firmamento y en ese preciso momento uno de sus rayos incidió en él y en su trofeo. El miembro del demonio comenzó a chisporrotear y humear, estallando como un tronco húmedo arrojado al fuego. Poco después lo consumieron las llamas y Arlen lo dejó caer asustado. Observó con fascinación cómo relucía, cada vez más brillante, mientras lo recorría la luz del sol hasta que no quedó nada, salvo un resto chamuscado. Dio un paso adelante y con cuidado, hurgó con el pie, hasta que se disolvió en el polvo.

Arlen encontró una rama que pudo usar como bastón, pues caminaba con dificultad. Tomó conciencia de cuánta suerte había tenido y también de su propia estupidez. No se podía confiar en los grafos que se trazaban en el polvo. Hasta Ragen lo había dicho así. ¿Qué habría hecho si el viento las hubiera borrado, tal como su padre le había amenazado?

«Creador, ¿qué habría pasado si se hubiera puesto a llover?»

¿Cuántas noches iba a poder sobrevivir? Arlen no tenía ni idea de lo que había al otro lado de la próxima colina, no había razón para pensar que hubiera algo entre ese lugar y las Ciudades Libres. Se mirara como se mirase, estaba a semanas de distancia.

Sintió que se le acumulaban las lágrimas en los ojos. Se las limpió con un gesto brutal, gruñendo de puro desafío. Rendirse al miedo era la solución que su padre solía dar a los problemas, y él ya sabía que eso no funcionaba.

—No tengo miedo —se dijo a sí mismo—. No lo tengo.

El muchacho continuó hacia delante, sabiendo que eso no era más que una mentira.

Alrededor del mediodía llegó hasta una corriente llena de piedras. El agua era fría y clara y se inclinó a beber. El movimiento le provocó punzadas de dolor a lo largo de

la espalda.

No había hecho nada con las heridas, ya que no podía coserlas tan apretadas como Coline habría hecho. Pensó en su madre, y en que cuando llegaba lleno de heridas y rasguños la primera cosa que hacía era lavarlas.

Se quitó la camisa, y tenía la tela rasgada y empapada en sangre, que ahora se había encostrado y endurecido. La sumergió y observó cómo la corriente limpiaba el polvo y la sangre. Colgó las ropas en las rocas para que se secaran y se deslizó en el agua fría.

El helor le hizo estremecer, pero pronto lo entumeció el dolor de la espalda. Se la frotó como mejor pudo y limpió con suavidad las heridas hasta que no pudo soportar más el escozor. Estremeciéndose, salió de la corriente y se dejó caer en las rocas, junto a sus ropas.

Se despertó un rato más tarde con un respingo. Maldiciendo, vio que el sol se había movido mucho en el cielo y que el día casi había acabado. Podía viajar un poco más, pero sabía que sería una estupidez correr el riesgo. Mejor emplear el tiempo extra en sus defensas.

No muy lejos de la corriente había un área amplia de suelo húmedo, y la tierra se desprendía con facilidad, permitiéndole limpiar un espacio. Apisonó la tierra suelta, la alisó y preparó para dibujar los grafos. Esta vez extendió el círculo un poco más y después de comprobarlo tres veces, trazó otro círculo concéntrico dentro del primero para añadir aún más seguridad. La tierra húmeda resistiría el viento, y el cielo no mostraba ninguna amenaza de lluvia.

Satisfecho, Arlen cavó un hoyo y reunió una serie de ramitas secas para poder hacer un fuego pequeño. Se sentó en el centro del círculo interior cuando el sol se hundió, intentando ignorar su hambre. Cuando el cielo rojo se tornó lavanda, y después morado, apagó el fuego, respirando profundamente para intentar serenar los latidos de su corazón. Al final, la luz se desvaneció y aparecieron los abismales.

El chico contuvo el aliento, esperando. Finalmente, un demonio de las llamas captó su olor y corrió hacia él con un chillido. En ese momento, el terror de la noche previa se abatió sobre él, y Arlen sintió que se le helaba la sangre.

Los monstruos no tuvieron conciencia de la existencia de los grafos hasta que cayeron sobre ellos. Con el primer relampagueo de la magia, respiró aliviado. Los demonios arañaron la barrera, pero no pudieron pasar.

Un demonio del viento, sobrevoló donde los grafos parecían más débiles, y consiguió traspasar el primer anillo, pero se estrelló contra el segundo cuando cayó en picado sobre él, pegándose un trompazo. Arlen luchó para mantener la calma mientras le veía arrastrarse sobre sus garras.

Era un ser bípedo, con un cuerpo alto y delgado, de extremidades larguiruchas rematadas en garras de púas de veinte centímetros. La parte interna de los brazos y la

exterior de las piernas estaban conectadas por una membrana delgada, parecida al cuero, sostenida por unos huesos flexibles que salían de los costados de la criatura. Apenas superaba en estatura a un hombre adulto, pero su envergadura era de dos veces la altura cuando desplegaba las alas por completo, haciéndole parecer inmenso en el cielo. Le sobresalía un cuerno desde la frente que se inclinaba hacia atrás y se entrelazaba con otras protuberancias igual que las extremidades hasta formar un borde que descendía por su espalda. Su morro alargado portaba varias filas de dientes de casi tres centímetros, que relucían amarillentos a la luz de la luna.

El abismal se movía con torpeza sobre el suelo, a pesar de la graciosa maestría exhibida en el aire. Vistos de cerca, los demonios del viento no eran tan impresionantes como sus primos. Los demonios de las rocas y del bosque llevaban una armadura impenetrable y una fuerza ultraterrena animaba sus grandes garras. Los demonios de las llamas eran más rápidos que cualquier hombre, y escupían fuego capaz de prender en casi cualquier cosa. Los demonios del viento... Arlen pensó que Ragen podría atravesar sus delgadas alas con un fuerte lanzazo, y destrozarlas.

«Por la Noche —pensó— estoy casi seguro de poder hacerlo yo mismo.»

Pero él no tenía una lanza, y fueran impresionantes o no, los abismales podrían matarlo igualmente, si no aguantaban sus protecciones interiores. Se tensó conforme el abismal se acercaba.

Atacó con la zarpa aguzada que tenía al extremo del ala y Arlen se encogió, pero la magia crepitó a lo largo de la red de protección y fue rechazado.

Después de unos cuantos fútiles ataques más, el abismal intentó alzar de nuevo el vuelo. Corrió y extendió las alas para captar el viento, pero se golpeó contra los grafos del círculo exterior antes de poder ganar suficiente velocidad. La magia lo devolvió de nuevo al lodo.

Arlen se echó a reír a pesar de sí mismo mientras el abismal intentaba alzarse del suelo. Sus alas enormes lo convertirían en el terror de los cielos, pero en tierra se arrastraba y perdía el equilibrio. No tenía manos con las que empujar y sus brazos larguiruchos se doblaban bajo todo aquel peso. Se debatió desesperadamente un rato antes de ser capaz de ponerse en pie de nuevo.

Atrapado, intentó una y otra vez despegar, pero el espacio entre los círculos no era lo bastante grande y falló todas las veces. Los demonios de las llamas percibieron la angustia de su congénere y chillaban de júbilo, saltando alrededor del círculo para seguir a la criatura y burlarse de su desventura.

Arlen se hinchó de orgullo. Había cometido algunos errores la noche anterior, pero no volvería a cometerlos más. Comenzó a albergar esperanzas de que iba a vivir lo suficiente para ver las Ciudades Libres, después de todo.

Los demonios de las llamas se cansaron pronto de zaherir al demonio del viento y se marcharon a la búsqueda de una presa más fácil, haciendo salir pequeños animales

de sus escondites con gotas de fuego. Una pequeña liebre atemorizada saltó dentro del círculo exterior de Arlen y el demonio que la perseguía se vio frenado por los grafos. El demonio del viento intentó cogerla con torpeza, pero la liebre lo esquivó con facilidad, atravesando el círculo hacia el lado exterior, donde volvió a encontrarse de nuevo con los abismales. Se giró y salió disparada de nuevo, para correr otra vez demasiado lejos.

Arlen deseó que hubiera una manera de poder comunicarse con la pobre criatura y hacerle saber que estaría a salvo en el círculo interior, pero lo único que podía hacer era observarla mientras cruzaba una y otra vez las protecciones.

Y entonces ocurrió lo impensable. La liebre correteó de nuevo hacia el interior del círculo y rasgó uno de los grafos. Con un aullido, los demonios de las llamas se introdujeron por el hueco detrás del animal, permitiendo a su vez que escapara el solitario demonio del viento, que saltó hacia el aire, volando lejos.

Arlen maldijo a la liebre, y maldijo también mucho más cuando se lanzó directamente en su dirección. Si dañaba las protecciones interiores, ambos estarían condenados.

Con la rapidez propia de un chico de granja, Arlen se acercó al círculo y cogió a la liebre por las orejas. Se debatió salvajemente, deseando soltarse y escapar, pero Arlen había manejado liebres en el campo de su padre muy a menudo. La balanceó en sus brazos, acunándola sobre su espalda, con los cuartos traseros sobre su cabeza. Al momento, la liebre se lo quedó mirando de forma inexpresiva, y cesó de luchar.

Estuvo tentado de arrojar a la criatura contra los demonios, pero sería mucho más seguro retenerla que arriesgarse a liberarla y que estropeará otro grafo. «¿Y por qué? —se preguntó—. Si me la hubiera encontrado a la luz del día, yo mismo me la hubiera comido.»

Aun así, comprendió que no podía hacerlo. Los demonios ya habían privado al mundo de muchas cosas, incluso a él mismo. Se juró no darles nada por voluntad propia, ni ahora ni nunca.

Ni siquiera ese ser.

Conforme pasaba la noche, Arlen siguió sosteniendo firmemente a la aterrorizada criatura, arrullándola y acariciando su piel suave. Los demonios aullaban a todo su alrededor, pero Arlen los expulsó de su mente y se concentró en el animal.

La meditación funcionó durante un rato, hasta que un rugido le devolvió a la realidad. Alzó la mirada para encontrarse con el gigantesco demonio de las rocas, ahora manco, que se cernía sobre él, su baba chisporroteaba cuando caía sobre los grafos. La herida de la criatura había cicatrizado formando un bulto nudoso al final del codo. Su ira parecía haberse incrementado desde el día anterior.

El abismal golpeó una y otra vez la barrera, ignorando el punzante relumbrar de la magia. Asestó un golpe ensordecedor tras otro, intentando introducirse por la fuerza y

cobrarse venganza. Arlen se aferró apretadamente a la liebre, con los ojos dilatados mientras lo observaba. Sabía que los grafos no se debilitarían por los impactos repetidos, pero eso le servía de poco para controlar el miedo producido por la determinación del demonio.

Cuando la luz de la mañana desterró los demonios durante otro día más, Arlen finalmente dejó escapar la liebre, que se alejó dando saltos de forma inmediata. Su estómago gruñó cuando la dejó marchar, pero después de lo que habían compartido, no se sentía capaz de mirar a aquella criatura como su comida.

Se puso en pie, pero tropezó y casi llegó a caerse cuando le asaltó una oleada de náuseas. Sentía los cortes de la espalda como lanzas de fuego. Giró el brazo hacia atrás para tocar la piel suave e hinchada, y la mano se le humedeció con aquella supuración maloliente y marrón que Coline había extraído de las heridas de Silvy. Le ardían y sintió que le subía la temperatura. Se bañó de nuevo en la charca fría, pero el agua helada sirvió de poco para rebajar su elevada temperatura.

Arlen sabía que se iba a morir. La vieja Mey Friman, si es que existía de verdad, se hallaba a un mínimo de dos días y en realidad poco importaba si realmente había contraído la fiebre del demonio. No iba a durar ni dos días.

Aun así, no estaba dispuesto a rendirse. Trastabilló por la calzada, siguiendo las rodadas de los carros.

Si tenía que morir, prefería hacerlo más cerca de las Ciudades Libres que de la prisión que dejaba atrás.

Leesha

319 d.R.

Leesha se pasó toda la noche llorando.

El hecho en sí no era nada fuera de lo habitual, pero esa noche no había llorado por culpa de su madre, sino a causa de los gritos. Habían fallado algunas protecciones, aunque era imposible saber cuáles, pues los chillidos de pánico y dolor resonaban en la oscuridad y el humo flotaba en el cielo. Toda la aldea relucía con una brumosa luz anaranjada cuando el humo reflejaba el fuego de los abismales.

Los habitantes de Hoya de Leñadores no buscarían a los supervivientes, ni siquiera se atreverían a luchar contra el fuego. Los hoyenses se limitarían a implorar al Creador que el viento no arrastrara las pavesas y se extendieran las llamas. Ese era precisamente el motivo por el cual en la aldea solían construir las casas separadas unas de otras, pero un viento fuerte podía llevar una chispa bien lejos.

Incluso aunque el fuego permaneciera controlado, las cenizas y el humo podrían oscurecer algunos grafos con sus manchurriones grasientos, y darían a los abismales el acceso que buscaban con tanta desesperación.

Ninguno de los atacantes había intentado nada contra las protecciones de la casa de Leesha. Eso era mala señal, porque quería decir que los demonios habían encontrado presas más fáciles en la oscuridad.

La indefensa y asustada muchacha únicamente podía hacer una cosa: llorar, llorar por los muertos, por los heridos, y también por sí misma. No había nadie cuya muerte no la hiriera de uno u otro modo, algo normal en un pueblo con menos de cuatrocientos habitantes.

Con apenas trece veranos, Leesha era una chica excepcionalmente hermosa, con un pelo largo y ondulado, y unos vivos ojos de un color azul claro. Aún no había madurado y por lo tanto no podía casarse, pero estaba prometida a Gared Cutter, el chico más guapo de la aldea. Gared, que no tenía más de dos veranos más que ella, era alto y musculoso. Las otras chicas rechinaban los dientes cuando ella pasaba, pero él era de Leesha y todas lo sabían. Le daría unos bebés muy fuertes.

Si es que podía sobrevivir a la noche.

Se abrió la puerta de su habitación.

Elona guardaba un gran parecido con su hija, tanto en el rostro como en la constitución, y seguía siendo hermosa a sus treinta años. La desbordante melena

negra le caía sobre sus hombros orgullosos. Su figura, muy femenina, despertaba la envidia de todos y era la única cosa que Leesha esperaba heredar de ella. No obstante, sus pechos apenas habían empezado a abultarse, y aún le quedaba un largo camino hasta alcanzar las hechuras de su madre.

—Ya está bien de lloriqueos, inútil —la increpó Elona, arrojándole a Leesha un trapo para que se secara los ojos— Llorar a solas no te lleva a ninguna parte. Llórale a un hombre, si quieres sacar algo, pero mojar la almohada no devolverá los muertos a la vida.

Cerró la puerta y dejó a Leesha sola otra vez bajo la malévola luz anaranjada que titilaba tras las tablillas de los postigos.

«¿Es que no sientes nada en absoluto?», se preguntó la muchacha.

Su madre tenía razón en lo de que las lágrimas no iban a resucitar a los muertos, pero se equivocaba en lo de que no servía para nada. Llorar siempre había sido su escape cuando las cosas se ponían difíciles. Otras chicas a lo mejor pensaban que su vida era perfecta, pero sólo porque ninguna de ellas veía la cara que Elona le ponía a su única hija cuando se encontraban a solas. No era ningún secreto que Elona quería hijos y que tanto Leesha como su padre soportaban su resentimiento por haber fallado en cumplir con sus expectativas.

Pero se secó los ojos, enfadada de todos modos. No podía esperar hasta que madurara y Gared se la llevara de allí. Los aldeanos les construirían una casa como regalo de bodas, y Gared cruzaría con ella las protecciones y la haría una mujer mientras todos aplaudían fuera. Tendría sus propios hijos y no los trataría como su madre la había tratado a ella.

Leesha estaba vestida cuando su madre llamó a la puerta con fuerza. No había dormido nada.

—Te quiero fuera cuando suene la campana del alba —dijo Elona—. ¡No quiero oír ningún murmullo acerca de que parecías cansada! No quiero que nadie vea que nuestra familia se rezaga a la hora de ayudar a los demás.

Leesha la conocía lo bastante bien para saber que la palabra clave era «ver». En realidad, Elona no se preocupaba por nadie que no fuera ella misma.

El padre de Leesha, Erny, esperaba en la puerta, bajo la mirada dura de Elona. No era un hombre grande, y decir que era enjuto y nervudo hubiera implicado atribuirle una energía de la cual carecía. Tampoco tenía fuerza de voluntad, pues era un hombre tímido que rara vez alzaba la voz. Era unos doce años mayor que Elona, y el fino pelo castaño ya le había desaparecido de la parte superior de la cabeza, además de llevar unos anteojos de aros muy finos que le había comprado a un Enviado hacía muchos años. Era el único hombre del pueblo que los usaba.

Resumiendo, no era el hombre que Elona quería que fuera, pero en las Ciudades Libres había gran demanda del fino papel que él hacía y lo que a ella sí le gustaba de él era su dinero.

A diferencia de su madre, Leesha quería ayudar de verdad a sus vecinos. Salió fuera y echó a correr hacia el fuego en cuanto desaparecieron los abismales, antes incluso de que tocara la campana.

—¡Leesha! ¡Quédate con nosotros! —gritó Elona, pero la chica la ignoró. El humo era espeso y asfixiante, pero ella se alzó el delantal para cubrirse la boca y no se detuvo.

Cuando llegó al origen del fuego varios hoyenses se habían congregado ya en el lugar. Había tres casas quemadas hasta los cimientos y dos más seguían aún ardiendo, amenazando con prender también a las de los alrededores. Leesha chilló al descubrir que una de las casas era la de Gared.

En el escenario del incendio un hombre daba órdenes a voz en grito; era Smitt, el propietario de la taberna y del almacén del pueblo, y también el Portavoz desde que Leesha tenía memoria. No le entusiasmaba dar órdenes y prefería que la gente resolviera sus propios problemas, aunque todo el mundo estaba de acuerdo en que se le daba bien.

—... nunca cogeremos agua del pozo a un ritmo lo bastante rápido —estaba diciendo cuando se acercó Leesha—. Debemos formar una fila de cubos desde el río para mojar las otras casas o ¡toda la aldea se habrá reducido a cenizas a la hora del crepúsculo!

Gared y Steave llegaron corriendo justo en ese momento, atribulados y cubiertos de hollín, pero aparte de eso, enteros. Gared, de quince años, era más grande que la mayoría de los adultos del pueblo. Steave, su padre, era casi un gigante, y se alzaba sobre todos los demás. Leesha sintió que se le deshacía el nudo del estómago cuando los vio.

Pero antes de que pudiera correr hacia él, Smitt exclamó:

—¡Gared, empuja el carro de los cubos hasta el río! —Inspeccionó a los otros—. ¡Leesha! —exclamó—. ¡Sigúelo y comienza a llenarlos!

La muchacha corrió con todas sus fuerzas, pero incluso empujando el pesado carro, Gared llegó a la vez que ella hasta la pequeña corriente que fluía desde el río Angiers, a muchos kilómetros hacia el norte. La muchacha cayó en sus brazos en cuanto él se detuvo. Había pensado que al verlo vivo se evaporarían las imágenes horribles que había en su mente, pero en realidad sólo se intensificaron. No sabía qué haría si lo perdía.

—Pensé que estabas muerto —gimió ella, sollozando contra su pecho.

—Estoy a salvo —susurró él, abrazándola con fuerza—. Estoy a salvo.

Rápidamente los dos comenzaron a descargar el carro, llenando los cubos para

formar la fila mientras los demás iban llegando. Pronto, hubo una línea bien formada de más de cien aldeanos que se extendía desde el riachuelo hasta el incendio, pasándose unos a otros cubos llenos y devolviendo los vacíos. Llamaron a Gared otra vez adonde estaba el fuego, ya que se necesitaban sus fuertes brazos para arrojar el agua.

No pasó mucho hasta que regresó el carro, esta vez empujado por el Pastor Michel, cargado de heridos. La visión de los mismos le produjo sentimientos encontrados. Ver a sus paisanos, todos amigos, quemados y tan salvajemente atacados, la impresionó profundamente, pero un asalto del que quedaran supervivientes era algo raro, y cada uno de ellos era un regalo por el que había que dar gracias al Creador.

El Hombre Santo y su acólito, el Escolano Jona, tumbaron a los heridos al lado de la corriente. Michel dejó que el joven los consolara mientras él se llevaba el carro para ir a por más.

Leesha volvió el rostro ante el espectáculo y se concentró en llenar los cubos. Los pies se le quedaron aturdidos en el agua fría y los brazos le pesaban como plomo, pero se dejó llevar por el trabajo hasta que un susurro llamó su atención.

—Viene Bruna la Bruja —anunció alguien, y Leesha alzó la cabeza. No cabía duda de que era la vieja Herborista la que venía andando por el camino, conducida por su aprendiz, Darsy.

Nadie sabía con seguridad cuántos años tenía la vieja Bruna. Se decía que ya era mayor cuando los ancianos de la aldea fueron jóvenes. Incluso que había sido ella misma la que los había traído al mundo. Había sobrevivido a su marido, sus hijos y nietos, y ya no le quedaba familia en el mundo.

Ahora era poco más que una pura arruga de piel traslúcida estirada sobre unos huesos angulosos. Estaba medio ciega, y podía caminar, aunque a paso lento, pero todavía era capaz de gritar desde la parte más lejana de la aldea y lograr que se la oyera, y movía su bastón lleno de nudos con una fuerza y una precisión sorprendentes cuando algo despertaba su cólera.

Leesha, como casi todo el mundo en el pueblo, le tenía verdadero terror.

La aprendiz de Bruna era una mujer hogareña de veinte veranos, de gruesos miembros y cara ancha. Después de que Bruna sobreviviera a su última aprendiz, le habían enviado a una serie de jovencitas para que les enseñara. Todas habían abandonado menos Darsy, después de haberse visto sometidas a todo tipo de abusos por parte de la anciana.

—Es fea como un toro e igual de fuerte —había dicho Elona una vez de Darsy, riéndose con socarronería—. ¿Qué tendría que temer de esa vieja bruja? Desde luego no será Bruna la que aparte a los pretendientes de su puerta.

La anciana se arrodilló al lado de los heridos, inspeccionándolos con manos

firmes mientras Darsy desenrollaba una lona gruesa llena de bolsillos, cada uno marcado con un símbolo, donde guardaba sus instrumentos, viales o tarros. Los aldeanos heridos gemían o gritaban mientras ella trabajaba, pero Bruna no les prestaba atención, metiendo los dedos en las heridas para olisquearlos después, ya que trabajaba dependiendo tanto del tacto y el olor como de la vista. Sin necesidad de mirar, las manos de Bruna salían disparadas hacia los bolsillos de la lona, mezclando hierbas en un mortero.

Darsy comenzó a prender un pequeño fuego, y alzó la vista en la dirección desde donde la chica se las había quedado mirando, al lado del río.

—¡Leesha! ¡Trae agua y sé rápida! —le ladró.

Mientras la chica se apresuraba a obedecer, Bruna se irguió, olisqueando las hierbas que estaba machacando.

—¡Muchacha idiota! —chilló Bruna.

Leesha dio un respingo, pensando que se refería a ella, pero Bruna le tiró el mortero y el almirez a Darsy, golpeándola con fuerza en el hombro y cubriéndola de hierbas trituradas.

Bruna rebuscó por la lona, sacando rápidamente los contenidos de cada bolsillo y olisqueándolos como un animal.

—¡Has puesto ailanto donde debía estar el apio de monte y has confundido la duranta con el opio! —La vieja bruja alzó su nudoso bastón y golpeó a Darsy entre los hombros—. ¿Estás intentando matar a esta gente o es que eres tan estúpida que no has leído los nombres?

Leesha había visto a su madre en ese estado antes, y si Elona le daba tanto miedo como un abismal, la vieja bruja Bruna era la madre de todos los demonios. Comenzó a alejarse de las dos, temiendo atraer la atención sobre ella.

—¡No voy a soportar que sigas abusando de mí, bruja mala y vieja! —chilló Darsy.

—¡Vete por ahí, entonces! —gritó Bruna—. ¡Antes borraría todos los grafos de esta ciudad que dejarte la bolsa de mis hierbas ni un momento! ¡No hay nadie peor que tú!

Darsy se echó a reír.

—¿Qué me vaya por ahí? —preguntó—. ¿Y quién te lleva todas las botellas y los trípodes, vieja? ¿Quién te encenderá el fuego, te preparará las comidas y te limpiará las babas de la cara cuando te ahogue la tos? ¿Quién llevará tus viejos huesos de un lado para otro cuando el frío y la humedad te dejen sin fuerzas? ¡Tú me necesitas más que yo a ti!

Bruna balanceó su bastón y Darsy, sabiamente, se apartó de su camino, cayendo sobre Leesha, que se las había apañado lo mejor que había podido para hacerse la invisible. Ambas tropezaron y cayeron al suelo.

La anciana aprovechó la oportunidad para poner otra vez su bastón en movimiento. Leesha rodó por el suelo para evitar los golpes, pero la puntería de Bruna era buena, y Darsy gritó de dolor, cubriéndose la cabeza con los brazos.

—¡Largo de aquí! —aulló Bruna de nuevo—. ¡Tengo enfermos que atender!

La mujerona rugió y se puso en pie. Leesha temió que agrediera a la anciana, pero en vez de eso salió huyendo. Bruna lanzó un río de maldiciones a espaldas de Darsy.

La chica contuvo el aliento y se mantuvo de rodillas, retirándose poco a poco. Justo cuando creyó que ya iba a poder escapar, Bruna se dio cuenta de su presencia.

—¡Tú, mocosa de Elona! —gritó de nuevo, señalando a Leesha con su bastón lleno de nudos—. Termina de encender el fuego y pon el trípode encima.

Bruna regresó con los heridos y Leesha no tuvo otra opción que hacer lo que le había pedido.

Durante las siguientes horas, Bruna ladró una corriente interminable de órdenes a la chica, maldiciendo su lentitud, mientras ella corría de un lado para otro haciendo lo que se le antojaba. Fue a buscar agua y la puso a hervir, machacó hierbas, destiló tinturas y mezcló bálsamos. Le parecía que apenas había conseguido llegar a la mitad de una tarea cuando la anciana Herborista le ordenaba emprender la siguiente y se vio obligada a ir cada vez más y más rápido para complacerla. Nuevos heridos comenzaron a llegar procedentes del fuego con profundas quemaduras y huesos rotos debido a los hundimientos. Llegó a temerse que la mitad de la aldea hubiera sido víctima de las llamas.

Bruna preparó infusiones para anestesiar el dolor de algunos e inducir a otros un sueño tranquilo cuando tenía que intervenirles. Trabajó incansablemente, cosiendo, poniendo cataplasmas y vendando.

Era ya muy tarde cuando Leesha se dio cuenta de que no sólo no había más heridas que atender, sino que la línea de cubos se había disuelto. Se quedó sola con Bruna y los heridos, y hasta el más despejado de ellos tenía la mirada vacía, aturdida, gracias a las hierbas de Bruna.

De repente, la abatió una ola de cansancio reprimido y cayó de rodillas, luchando por inhalar aire. Le dolía cada centímetro de su cuerpo, pero con el dolor llegó una poderosa sensación de satisfacción. Había algunos que probablemente no habrían sobrevivido, pero que quizá lo harían gracias en parte a sus esfuerzos.

Pero la heroína real, admitió para sí misma, era Bruna. Se le ocurrió en ese lapso de tiempo en el que la mujer no le había ordenado nada. Echó una ojeada alrededor y vio que la anciana estaba tirada en el suelo, jadeando.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritó la muchacha—. ¡Bruna está enferma! —Recobró de nuevo las fuerzas y acudió donde estaba la mujer, alzándola hasta dejarla sentada. Bruna era desconcertantemente ligera, y Leesha apenas podía percibir nada más que huesos debajo de sus gruesos chales y faldas de lana.

Bruna estaba retorciéndose y un fino hilo de baba se le deslizaba de la boca por las curvas infinitas de su piel arrugada. Sus ojos, oscuros detrás de una película lechosa, miraban con expresión vacía sus manos, que no dejaban de temblar.

Leesha miró frenéticamente a su alrededor, pero no había nadie cerca para ayudarla. La incorporó hasta dejarla sentada sobre el suelo y agarró una de las manos de la mujer, que se sacudían espasmódicamente, para luego frotarle los músculos agarrotados.

—¡Oh, Bruna! —le suplicó—. ¿Qué voy a hacer? ¡Por favor! ¡No sé qué hacer para ayudarte! ¡Tienes que decirme qué tengo que hacer! —Miró con impotencia a Bruna y empezó a llorar.

La mano de Bruna se sacudió de su sujeción y Leesha gritó, temiendo un nuevo ataque de espasmos, pero sus cuidados le habían dado a la vieja Herborista suficiente control para rebuscar en su propio chal, de donde sacó una bolsa que lanzó en la dirección de la chica. Su frágil cuerpo se vio sacudido por una serie de toses, y se desprendió de los brazos de la muchacha hasta darse un golpe contra el suelo, botando como un pez con cada tos. Leesha se quedó sujetando la bolsa, mirándola aterrorizada.

Bajó los ojos hacia la bolsita de lona, que toqueteó, sintiendo el crujido de las hierbas en su interior. Las olisqueó, captando un aroma como a popurrí.

Le dio las gracias al Creador. Si hubiera sido una sola hierba, no habría sido capaz de adivinar la dosis, pero había hecho suficientes tinturas e infusiones con Bruna ese día para entender lo que le había dado.

Se apresuró hacia el hervidor que humeaba en el trípode y colocó una tela delgada sobre una taza, cubriéndola con una gruesa capa de hierbas procedentes de la bolsita. Vertió lentamente agua hirviendo sobre las hierbas, filtrando sus principios y después, con un movimiento diestro, envolvió las hierbas en la tela y las introdujo en el agua.

Corrió de vuelta hacia Bruna, y derramó algo de líquido. Probablemente quemaría, pero no había tiempo de dejar enfriar la infusión. Alzó a Bruna con un brazo, presionando la copa contra sus labios manchados de saliva.

La Herborista se sacudió, derramando parte de la cura, pero Leesha la forzó a beber y el líquido amarillo siguió derramándose por las comisuras de sus labios. Continuó retorciéndose y tosiendo, pero los síntomas comenzaron a remitir. Cuando las náuseas remitieron, la chica sollozó de puro alivio.

—¡Leesha! —oyó que la llamaban. Alzó la mirada de la anciana, y vio que su madre se acercaba a la carrera, delante de un grupo de aldeanos.

—Pero ¿qué has hecho, niña inútil? —la recriminó Elona. Llegó adonde estaba la muchacha antes de que los demás se acercaran más y siseó—: Ya es bastante malo que tenga una hija que no sirva para nada y no un hijo que luche contra el fuego, pero lo que me falta es que vayas y te cargues a la vieja bruja del pueblo.

Retiró la mano hacia atrás para abofetear a su hija, pero Bruna alzó la mano y atrapó la muñeca de Elona con su garra esquelética.

—La vieja bruja está viva gracias a ella, ¡idiota! —exclamó con voz ronca. Elona se quedó pálida como el hueso y dio un paso hacia atrás como si Bruna se hubiera transformado en un abismal. La escena provocó en la muchacha una oleada de placer.

Entonces, el resto de los aldeanos se congregaron a su alrededor, preguntando qué había pasado.

—¡Mi hija le ha salvado la vida a Bruna! —gritó Elona, antes de que Leesha o la bruja pudieran decir una palabra.

El Pastor alzó su Canon protegido en alto, de modo que todos pudieran ver el libro santo mientras los restos de los muertos eran arrojados a las ruinas de la última casa incendiada. Los aldeanos permanecieron con los sombreros en la mano y las cabezas inclinadas. Jona arrojó incienso a las llamas, perfumando el hedor acre que impregnaba el aire.

—¡Hasta que el Liberador venga a eliminar la Plaga de los demonios, recordad bien que han sido los pecados de los humanos los que nos la han traído! —gritó Michel—. ¡Los adúlteros y los fornicadores! ¡Los mentirosos, los ladrones y los usureros!

—Y aquellos que aprietan demasiado el trasero —murmuró Elona, mientras alguien se reía por lo bajo.

—Aquellos que abandonan este mundo serán juzgados —continuó Michel—. Y aquellos que sirvan al Creador se les unirán en el Cielo, ¡mientras que aquellos que hayan traicionado su confianza, mancillados por los pecados de la indulgencia y la carne, arderán en el Abismo durante toda la eternidad! —Cerró el libro y los aldeanos reunidos inclinaron las cabezas en silencio—. Y aunque el llanto por nuestros muertos es bueno y apropiado —declaró el Pastor—, no debemos olvidarnos de aquellos a los que el Creador ha escogido para que vivan. Abramos los barriles y bebamos por los muertos. Contemos historias de aquellos a los que amamos de corazón y riemos, porque la vida es preciosa y no debe malgastarse. Ahorremos nuestras lágrimas para cuando nos sentemos esta noche tras nuestras protecciones.

—Ese es nuestro Pastor —masculló Elona entre dientes—, cualquier excusa es buena para abrir barriles.

—Vaya, querida —comentó Erny, dándole una palmadita en la mano—, lo hace por nuestro bien.

—Claro, el cobarde defiende al borracho —añadió Elona, apartándole la mano—. Steave se arroja dentro de casas en llamas y mi marido se encoge al lado de las mujeres.

—¡Estaba pasando cubos en la fila! —protestó Erny.

Steave y él habían rivalizado por Elona y se decía que su elección se había debido más al monedero que al corazón.

—Como una mujer —confirmó Elona, buscando al fortachón Steave entre la multitud.

Siempre era así. Leesha desearía poder taparse los oídos para no oír esas cosas. Deseaba que los abismales se hubieran llevado a su madre en vez de a siete buenas personas. Deseaba que su padre se enfrentara con ella de una vez, si no por él, al menos por su hija. Deseaba haber madurado ya para poder irse con Gared y dejarlos a ambos atrás.

Quienes eran demasiado jóvenes o mayores para luchar contra las llamas habían preparado una gran comida para la gente del pueblo, y la sirvieron mientras los demás se sentaban, demasiado exhaustos para moverse, y sin dejar de mirar hacia las cenizas humeantes.

Pero pronto los fuegos quedaron apagados, los heridos vendados y curándose, y quedaban todavía muchas horas de luz. Las palabras del Pastor apartaron la sensación de culpa de aquellos que se sentían aliviados y culpables de estar vivos, y la fuerte cerveza que hacía Smitt hizo el resto. Pronto las largas mesas se animaron con risotadas provocadas por las historias de aquellos que habían pasado a mejor vida.

Gared estaba sentado a unas cuantas mesas de distancia con sus amigos Ren y Flinn, sus esposas y Evin. Los otros chicos, todos leñadores, eran unos cuantos años mayores que Gared, pero éste los aventajaba a todos en tamaño, salvo a Ren, y parecía que le pasaría incluso a él antes de que terminara de crecer. Del grupo, sólo Evin estaba soltero y sin compromiso, y muchas chicas le habían echado el ojo a pesar de su carácter apocado.

Los chicos mayores se metían continuamente con Gared, en especial por Leesha. Ella no estaba contenta de haber tenido que sentarse con sus padres, pero sentarse con su novio mientras Ren y Flinn hacían comentarios lascivos y Evin intentaba evitar las peleas, era aún peor.

Una vez comieron sus raciones, el Pastor Michel y el Escolano Jona se levantaron de la mesa, acarreando una gran bandeja de comida al Templo, donde Darsy cuidaba de Bruna y los heridos. Leesha se disculpó con sus compañeros de mesa para ir a ayudar. Gared se dio cuenta de que se ponía en movimiento y se levantó para unirse a ella, pero tan pronto se puso en pie, la rodearon y se la llevaron Brianne, Saira y Mairy, sus mejores amigas.

—¿Es verdad lo que ha pasado? —preguntó Saira, cogiéndola del brazo izquierdo.

—¡Todo el mundo dice que tiraste al suelo a Darsy y que salvaste a la vieja bruja Bruna! —contó Mairy, enganchándose al derecho.

Leesha se volvió y dirigió hacia Gared una mirada de impotencia.

—El oso pardo no puede esperar su turno —le dijo Brianne.

La muchacha dejó que se la llevaran.

—¡Las chicas siempre estarán por encima de ti, Gared, incluso después de que te hayas casado! —le gritó Ren, dando lugar a que sus amigos rugieran a risotadas y golpearan la mesa.

Las chicas lo ignoraron y, tras extender las faldas para no arrugarlas, tomaron asiento sobre la hierba de un lugar algo alejado de la algarabía que ocasionaban sus mayores, más estrepitosa conforme vaciaban un tonel tras otro.

—A Gared le espera más de esto durante una temporadita —se rió Brianne—. Ren se ha apostado cinco klats a que no consigue besarte antes del crepúsculo, y menos, desde luego, darte un buen magreo. —A pesar de sus dieciséis años, era viuda ya desde hacía dos años, pero eso no quería decir que tuviera pocos pretendientes. Ella decía que era porque se sabía los trucos de las esposas. Vivía con su padre y dos hermanos mayores, leñadores, y era como una madre para todos.

—A diferencia de otras, yo no invito a cualquiera a que me magree —replicó Leesha, recibiendo una burlona mirada de indignación de Brianne.

—Pues yo sí dejaría que Gared me magreara si estuviéramos prometidos —comentó Saira. Tenía quince años, el pelo muy corto y castaño, y pecas en sus mejillas como las de una ardilla. Había estado prometida con un chico el año anterior, pero se lo habían llevado los abismales a él y a su padre en la misma noche.

—Me encantaría estar prometida —se quejó Mairy.

Tenía un aspecto demacrado a sus catorce años, con un rostro enjuto y una nariz prominente. Ya había madurado, pero a pesar de los esfuerzos de sus padres, aún no se había prometido. Elona la llamaba la Espantapájaros. «Ningún hombre querría poner un bebé dentro de esas caderas huesudas —se había burlado una vez—, no vaya a ser que el espantapájaros se parta en dos cuando salga el bebé.»

—Eso va a ocurrir muy pronto —señaló Leesha. Ella era la más joven del grupo con sus trece años, pero las demás parecían reunirse en torno a ella. Elona decía que era porque ella era la más bonita y la más adinerada, pero Leesha no podía creer que sus amigas fueran tan mezquinas.

—¿De verdad que le pegaste a Darsy con un palo? —preguntó Mairy.

—No ocurrió así —respondió Leesha—. Darsy cometió algún error y Bruna comenzó a pegarle con su bastón. Tropezó conmigo durante su huida y nos caímos las dos. Bruna siguió pegándole hasta que se escapó.

—Si me pegara a mí con un bastón, le devolvería los golpes —replicó Brianne—. Papá dice que Bruna es una bruja y que se pasa las noches restregando la barriga con los demonios en su cabaña.

—¡Qué estupidez más desagradable! —replicó Leesha.

—Entonces, ¿por qué vive tan lejos de la ciudad? —le increpó Saira—. ¿Y cómo es que sigue viva aunque sus nietos se hayan muerto de viejos?

—Porque es una Herborista —contestó Leesha—, y las hierbas no crecen en el centro de los pueblos. Hoy la he estado ayudando y es sorprendente. Pensé que más de la mitad de los que nos trajeron estaban demasiado heridos para que sobrevivieran, pero los salvó a todos.

—¿La viste hechizarlos? —preguntó Mairy, muy excitada.

—¡No es una bruja! —exclamó Leesha—. Todo lo hizo con hierbas, cuchillos e hilo.

—¿Le hizo cortes a la gente? —inquirió Mairy, disgustada.

—Es una bruja —insistió Brianne, y Saira asintió.

Leesha les dedicó una mirada desagradable y todas se tranquilizaron.

—No va por ahí cortando a la gente —explicó—, sino que los cura. Fue... no puedo explicarlo. Con lo vieja que es, no paró de trabajar un momento hasta que no curó a todo el mundo. Es como si únicamente la sostuviera su voluntad. Se desplomó en cuanto terminó de atender al último.

—¿Y ése fue el motivo de que la salvaras? —preguntó Mairy.

Leesha asintió.

—Me dio el medicamento un poco antes de empezar a toser. Sólo tuve que hacer la infusión, ésa es la verdad. La sostuve hasta que dejó de toser y en ese momento fue cuando acudió la gente.

—¿La tocaste? —dijo Brianne poniendo mala cara—. Te apuesto a que hiede a leche agria y malas hierbas.

—¡Por el Creador! —gritó Leesha—. ¡Bruna ha salvado hoy una docena de vidas y a ti todo lo que se te ocurre es burlarte de ella!

—¡Válgame el cielo! —bromeó Brianne—, Leesha salva a la bruja y de pronto las tetas ya no le caben en el corsé. —Leesha puso mala cara. Ella era la más joven, estaba sin desarrollar, y los pechos, o más bien la falta de los mismos, se habían convertido en un tema amargo para ella.

—Tú solías decir antes lo mismo de ella, Leesha —comentó Saira.

—A lo mejor, pero ya no —dijo Leesha—. Puede que sea una vieja mezquina, pero se merece un trato mejor.

Justo en ese momento se les acercó el Escolano Jona. Tenía diecisiete años, pero era demasiado pequeño y delgado para manejar un hacha o coger una sierra. Jona se pasaba la mayor parte de los días escribiendo y leyendo cartas para los analfabetos del pueblo, o sea, casi todo el mundo. Leesha, una de las pocas niñas que sabía leer, a menudo acudía a él para pedirle libros de la colección del Pastor Michel.

—Traigo un mensaje de Bruna —le dijo a Leesha—. Quiere...

Sus palabras quedaron inconclusas porque alguien tiró de él hacia atrás. Jona era

dos años mayor que Gared, pero éste le dio la vuelta como si fuera una muñeca de papel, agarrándolo por las ropas y acercándose tanto que sus narices se tocaron.

—Ya te he dicho cómo debes comportarte con las chicas con las que no estás prometido —rugió el muchacho.

—¡No he hecho nada! —protestó Joña, pateando en el aire, a unos cuantos centímetros del suelo—. ¡Yo sólo...!

—¡Gared! —ladró Leesha—. ¡Bájalo ahora mismo!

El muchacho se la quedó mirando y después volvió la mirada a Jona. Sus ojos se movieron primero hacia sus amigos, y luego hacia Leesha. Lo soltó y el Escolano se estampó contra el suelo. Se puso en pie precipitadamente y luego salió disparado. Brianne y Saira soltaron unas risitas, pero la muchacha las silenció con una mirada airada antes de volverse hacia Gared.

—Por todos los demonios del Abismo, ¿se puede saber qué te pasa? —le exigió la chica.

Él bajó la mirada.

—Lo siento —dijo—. Es sólo... bueno, yo no he podido charlar contigo en todo el día y supongo que se me ha ido la cabeza cuando lo he visto hablando contigo.

—¡Oh, Gared! —Leesha le acarició la mejilla—, no tienes por qué ponerte celoso. Para mí no hay nadie más que tú.

—¿De verdad? —preguntó el chico.

—¿Te disculparás con Jona? —le preguntó Leesha.

—Sí —le prometió él.

—Entonces, sí, desde luego —añadió Leesha—. Ahora volvamos a la mesa. Me reuniré contigo en un momento. —Gared esbozó una ancha sonrisa después de que ella lo besara y se marchó.

—Supongo que debe ser algo parecido a domar a un oso —reflexionó Brianne.

—Sí, pero ese oso venía tan fuera de sus casillas como si acabara de sentarse sobre unos espinos —dijo Saira.

—Dejadlo en paz —repuso Leesha—. Gared no quería hacerle ningún daño. Simplemente es demasiado fuerte para su propio bien y un poco...

—¿Torpe? —insinuó Brianne.

—¿Lento? —aportó Saira.

—¿Tonto? —sugirió Mairy.

Leesha les dio un manotazo y todas se echaron a reír.

Gared se sentó al lado de Leesha con gesto protector, ya que él y Steave se habían acercado a sentarse con la familia de Leesha. Ésta ansiaba que él la rodeara con sus brazos, pero eso no era apropiado, incluso estando prometidos, hasta que ella

tuviera una edad adecuada y su compromiso hubiera sido formalizado por el Pastor. Incluso entonces, el límite hasta su noche de bodas estaba puesto en tocarse y unos besos castos.

A pesar de ello, Leesha dejaba que Gared la besara cuando estaban a solas, pero no permitía más, a pesar de lo que pensara Brianne. Quería mantener las tradiciones y que su noche de bodas fuera una ocasión especial para recordar toda la vida.

Y claro, también estaba Klarissa, una muchacha muy aficionada a los bailes y el flirteo. Ella les había enseñado a Leesha y sus amigas a dar vueltas y trenzarse flores en el pelo. Era una chica excepcionalmente hermosa y había tenido su buena ración de pretendientes.

Su hijo dentro de poco cumpliría los tres años, y no había hombre en Hoya de Leñadores que se atreviera a reclamarlo como propio. De lo cual se deducía que el padre era un hombre casado, y a lo largo de los meses en los que su vientre se había ido hinchando, no había habido ni un solo sermón del Pastor Michel en el que no le hubiera recordado que era su pecado y el de otras como ella, el que hacía que la Plaga del Creador fuera tan grande.

—Los demonios de fuera son una réplica de los que llevamos dentro —decía.

Klarissa había sido muy querida, pero el pueblo se volvió contra ella después de aquello. Las mujeres la rechazaban, murmurando a su paso, y los hombres rehusaban mirarla a los ojos cuando sus mujeres andaban cerca, aunque hacían comentarios lascivos cuando no lo estaban.

Klarissa había terminado marchándose con un Enviado que se dirigía a Fuerte Rizón poco después de que tuviera el bebé y nunca más volvió. Leesha la echaba de menos.

—Me pregunto qué pretendía Bruna al enviar a Jona —comentó la muchacha.

—Odio a ese alfeñique —rugió Gared—. Cada vez que te mira, veo que te imagina como su esposa.

—¿Y a ti qué más te da, si al fin y al cabo no son más que imaginaciones? —le preguntó Leesha.

—No pienso compartirte con nadie, ni siquiera en los sueños de otros hombres —replicó el leñador, poniendo una mano gigante sobre las suyas por debajo de la mesa. La chica suspiró y se inclinó hacia él. Bruna podía esperar.

Justo en ese momento, Smitt se puso en pie con las piernas temblorosas por la cerveza y dio un golpe con su jarra en la mesa.

—¡Oíd todos! ¡Prestad atención, por favor!

Su mujer, Stefny, lo ayudó a ponerse en pie en el banco, enderezándolo cuando se tambaleó. La multitud se calló y Smitt se aclaró la garganta. Quizá le disgustara dar órdenes pero le gustaba bastante largar discursos.

—Es en los peores momentos cuando sale lo mejor que hay en nosotros —

comenzó—. Estamos en esa clase de tiempos en los que le mostramos al Creador nuestro templo. Es la ocasión de aclarar que nos hemos enmendado y que somos merecedores de que nos envíe al Liberador para acabar con la Plaga. Es el momento de dejar claro que la maldad de la noche no puede acabar con nuestro sentido de la familia.

»Porque eso es lo que es Hoya de Leñadores —continuó Smitt—, una familia. Oh, sí, nos peleamos, luchamos y nos enfrentamos entre nosotros, pero cuando vienen los abismales, se ve que esos lazos de familia son como los hilos de un telar, apretados, todos juntos. Sean cuales sean nuestras diferencias, no dejamos que éstas nos impidan defendernos.

»Cuatro casas perdieron sus grafos esta noche —le dijo Smitt a la gente—, debido a la saña de los abismales, pero gracias al heroísmo mostrado en mitad de la noche, sólo perdimos a siete de los nuestros.

»¡Niklas! —gritó Smitt, señalando al hombre de pelo color arena que se sentaba frente a él—. ¡Corrió hacia su casa en llamas para sacar a su madre!

»¡Jow! —Señaló hacia otro hombre, que saltó al oír su nombre—. No hace ni dos días, él y Dav estaban ante mí, discutiendo todo el tiempo, hasta llegaron a las manos, pero anoche, Jow golpeó a un demonio del bosque, ¡un demonio del bosque!, con su hacha para apartarlo mientras Dav y su familia corrían a refugiarse detrás de las protecciones.

Smitt saltó sobre la mesa, y la pasión brindó agilidad a su cuerpo bebido. Caminó a todo lo largo, llamando a cada uno por su nombre y contando sus hazañas de la noche.

—¡Pero también ha habido héroes durante el día, también! —continuó—. ¡Gared y Steave! —gritó, señalándolos—. ¡Ambos abandonaron su propia casa a las llamas para ayudar a apagar otras que tenían mejores posibilidades! Debido a ellos y a otros, sólo se han quemado ocho casas, ¡cuando lo suyo hubiera sido que hubiera sido todo el pueblo!

Smitt se volvió y repentinamente se encontró mirando directamente hacia Leesha. Elevó la mano y la señaló con un dedo que ella sintió como un puñetazo.

—¡Leesha! —la llamó—. ¡Trece años y ya ha salvado la vida de la Herborista Bruna!

»¡En cada persona de Hoya de Leñadores late el corazón de un héroe! —declaró Smitt, incluyendo a todos con un gesto de la mano—. Los abismales nos han puesto a prueba, pero la tragedia nos templea a todos, pero como el acero de Miln, ¡Hoya de Leñadores no se quebrará!

El gentío rugió aprobador. Quienes habían perdido a seres queridos fueron los que gritaron con más fuerza, con las mejillas húmedas por las lágrimas.

Smitt se mantuvo en el centro del barullo, empapándose de su poder. Después de

un rato, dio unas palmas y los aldeanos se tranquilizaron.

—El Pastor Michel ha abierto el Templo a los heridos —anunció, haciéndole gestos al hombre—, y Stefny y Darsy se han presentado voluntarias para pasar la noche atendiéndolos. Michel también ofrece la protección del Creador a todos aquellos que no tienen otro sitio adonde ir.

Smitt alzó el puño.

—¡Pero esos duros bancos no son lugares donde los héroes deban reposar la cabeza! No cuando estamos entre familia. Mi taberna puede alojar a diez con facilidad, y más si es necesario. ¿Quién más entre nosotros será capaz de compartir sus grafos y sus camas con los héroes?

Todo el mundo gritó de nuevo, esta vez más alto, y Smitt sonrió ampliamente. Dio palmas de nuevo.

—El Creador nos sonrío a todos —dijo—, pero las horas pasan deprisa y hay que asignar...

Elona se puso en pie. Se había bebido unas cuantas jarras y las palabras sonaron arrastradas.

—Emy y yo nos llevaremos a Gared y Steave —anunció, haciendo que Erny la mirara con cierta intención—. Tenemos sitio de sobra, y como Gared y Leesha están prometidos, somos prácticamente familia.

—Eso es muy generoso de tu parte, Elona —repuso Smitt, incapaz de esconder su sorpresa. Elona rara vez mostraba algún tipo de impulso generoso e incluso, entonces, siempre escondía algo.

—¿Estás segura de que eso es apropiado? —preguntó Stefny en voz alta, ocasionando que todo el mundo volviera los ojos hacia ella. Cuando no estaba trabajando en la taberna de su marido, Stefny trabajaba voluntariamente en el Templo, o estudiando el Canon. Ella odiaba a Elona —algo en su favor en la mente de Leesha—, pero ella también había sido la primera en volverse contra Klarissa cuando su estado fue evidente.

—¿Dos chicos prometidos viviendo bajo el mismo techo? —preguntó Stefny, pero sus ojos se dirigieron a Steave, no a Gared—. ¿Quién sabe qué cosas impropias pueden propiciar? Quizá sería lo mejor para ti que te llevaras a otros y que Gared y Steave se queden en la taberna.

Elona entrecerró los ojos.

—Creo que tres padres son suficientes para hacer de carabina de dos niños, Stefny —repuso con voz helada. Se volvió hacia Gared apretando sus anchos hombros—. Mi futuro yerno ha hecho hoy el trabajo de cinco hombres —explicó—, y Steave —explicó mientras alzaba una mano con ademanes de borracha y clavaba un dedo en el pecho fornido del leñador— hizo el trabajo de diez.

Se volvió hacia Leesha pero trastabilló un poco. Steave, riéndose, la cogió de la

cintura antes de que se cayera. Su mano tenía un aspecto enorme en comparación con su esbelto torso.

—Incluso mi... —Elona se tragó la palabra «inútil», pero Leesha la oyó de todas formas—, hija hizo hoy grandes hazañas. No voy a dejar que mis héroes duerman en la cama de otros.

Stefny torció el gesto, pero el resto de los aldeanos dio el tema por terminado, y comenzaron a ofrecer sus propios hogares para aquellos que los necesitaran.

Elona tropezó de nuevo, cayendo en el regazo de Steave con una risa.

—Puedes dormir en la habitación de Leesha —le dijo—. Es la que está justo al lado de la mía.

Bajó la voz cuando añadió la última parte, pero estaba borracha y todo el mundo la oyó. Gared enrojeció, Steave se echó a reír y Erny abatió la cabeza. Leesha sintió una punzada de simpatía por su padre.

—Me habría gustado que los abismales se la hubieran llevado anoche —masculló entre dientes.

Su padre alzó la mirada hacia ella.

—No digas eso nunca —dijo él—. No lo digas de nadie. —Y la miró con dureza hasta que ella asintió—. Además —añadió con tristeza—, seguramente nos la habrían devuelto.

Se les buscó alojamiento a todos y la gente estaba preparándose para marcharse cuando surgió un rumor entre la multitud, que se apartó y abrió un hueco a través del cual se acercó cojeando Bruna.

El Escolano Jona la sostenía de uno de los brazos mientras andaba. Leesha se apresuró a cogerla del otro.

—Bruna, no deberías estar en pie —la amonestó—. ¡Deberías estar descansando!

—Es por tu culpa, niña —le replicó Bruna—. Hay unos cuantos que están más enfermos que yo y necesito las hierbas que hay en mi cabaña para curarlos. Si tu guardaespaldas hubiera dejado que Jona trajera mi mensaje —dijo, y miró en ese momento con mala cara a Gared, que dio un paso atrás, asustado—, podría haberte enviado a ti con una lista, pero ahora ya es tarde y debo ir contigo. Podemos quedarnos a cubierto detrás de los grafos por la noche, y regresaremos por la mañana.

—¿Por qué yo? —preguntó Leesha.

—¡Porque ninguna de las otras atontadas de esta ciudad saben leer! —chilló Bruna—. ¡Seguro que me cambiarían las etiquetas de los tarros peor aún que esa vaca de Darsy!

—Jona sabe leer —repuso Leesha.

—Yo me ofrecí para ir —comenzó el acólito, pero Bruna le dio un golpe en el pie

con su bastón, cortando sus palabras con un grito.

—La Herboristería es trabajo de mujeres, niña —dijo Bruna—. Los Hombres Santos se tienen que dedicar a rezar mientras nosotras hacemos lo nuestro.

—Yo... —empezó a decir ella, mirando a sus padres buscando una vía de escape.

—Creo que es una buena idea —dijo Elona, soltándose finalmente del regazo de Steave—. Pasa la noche con Bruna. —Empujó a la chica hacia delante—. Mi hija estará encantada de ayudarte —aseguró con una gran sonrisa.

—¿Podría ir también Gared? —sugirió Steave mientras propinaba una patada a su hijo.

—Necesitaré una espalda fuerte para llevar las hierbas y pociones de vuelta por la mañana —accedió Elona, tirando del chico.

La anciana Herborista la miró con cara de pocos amigos y luego a Steave, pero asintió finalmente.

El viaje a la casa de Bruna fue lento, porque la bruja avanzaba arrastrando los pies, y llegaron a la cabaña justo antes del crepúsculo.

—Comprueba los grafos, chico —le dijo Bruna a Gared.

Mientras él cumplía su tarea, Leesha acompañó al interior a la anciana y la sentó en una silla con cojines antes de echarle por encima una manta acolchada. Bruna respiraba con dificultad y la muchacha se temió que comenzara a toser en cualquier momento. Llenó el hervidor y puso leña y yesca en el hogar, rebuscando con la mirada el pedernal y el acero.

—La caja que hay ahí en la repisa —dijo Bruna y la chica vio una pequeña caja de madera. La abrió, pero no había pedernal ni acero, sólo unos cortos palitos de madera con una especie de arcilla adherida en un extremo. Cogió dos e intentó frotarlos el uno contra el otro.

—¡Así no se hace, niña! —le increpó la anciana—. ¿Acaso no has visto nunca una pajueta de azufre?

Leesha sacudió la cabeza.

—Papá tiene algunas en la tienda donde mezcla los productos químicos —contestó—, pero yo no debo entrar allí.

La vieja Herborista suspiró y le hizo una seña para que se acercara. Cogió uno de los palitos y lo apoyó contra su retorcido y seco pulgar. Sacudió el dedo y en el extremo del palito brotó una llama. A la muchacha casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—La Herboristería consiste en muchas más cosas que plantas, niña —explicó, aplicando la llama a una astilla antes de que se acabara la pajueta, con la que encendió una lámpara, y le devolvió la astilla a Leesha. Ella alzó la lámpara e iluminó

una polvorienta estantería con libros que se iluminaron a la luz vacilante.

—¡Madre mía! —exclamó la chica—. ¡Tienes más libros que el Pastor Michel!

—Ésas no son historias sin sentido censuradas por los Hombres Santos, niña. Las Herboristas son las conservadoras del conocimiento del mundo antiguo, de lo que había antes del Regreso, cuando los demonios quemaron las grandes bibliotecas.

—¿Ciencia? —preguntó Leesha—. Pero ¿no fue la soberbia humana la que nos trajo la Plaga?

—Esa idea sale de los sermones de Michel —replicó la anciana—. Si hubiera sabido que ese niño se iba a convertir en el asno pomposo que ahora es, le habría dejado entre las piernas de su madre. Fue la ciencia, tanto como la magia, lo que expulsó a los abismales la primera vez. Las sagas hablan de grandes Herboristas capaces de curar heridas mortales, aseguran que podían matar a docenas de demonios gracias al fuego y al veneno, pues usaban tanto las hierbas como los minerales.

Leesha estaba a punto de preguntar algo más cuando volvió Gared. Bruna la mandó poner el hervidor en el fuego. Pronto estuvo el agua hirviendo, y la vieja rebuscó en sus bolsillos, poniendo una mezcla especial de hierbas en su taza, y té en la de los chicos. La anciana era rápida de manos, pero aun así Leesha notó que añadió algo más en la taza del chico.

Vertió el agua en la taza y todos bebieron en un silencio incómodo. Gared bebió la suya con rapidez, y pronto comenzó a frotarse el rostro. Un momento más tarde, se desplomó, completamente dormido.

—Le has puesto algo en el té —la acusó Leesha.

La vieja se rió con socarronería.

—Resina de opio y polen de durante —comentó—, cada una por separado tienen muchas aplicaciones, pero cuando se mezclan, una pizca puede dormir hasta un toro.

—Pero ¿por qué? —quiso saber Leesha

Bruna sonrió, pero lejos de mostrar alegría fue una mueca atemorizadora.

—Considéralo una forma de hacer de carabina —admitió—. Prometidos o no, no puedes confiar en un chico de quince veranos a solas con una chica por la noche.

—Entonces, ¿por qué le has dejado que venga? —insistió ella.

Bruna sacudió la cabeza.

—Le dije a tu padre que no se casara con esa arpía, pero ella le meneó las ubres ésas que tiene en mitad de la cara y él se quedó atontado —suspiró—. Bebidos como están, Steave y tu madre se van a poner al tema sin importarles quien esté en la casa, pero no quería que Gared se enterara. Ya sabes, los chicos a su edad no saben controlarse.

A Leesha los ojos casi se le salieron de las órbitas.

—¡Mi madre nunca...!

—Ten cuidado al terminar esa frase, niña —la cortó Bruna—. El Creador

aborrece a los mentirosos.

La chica se desinfló, pues sabía cómo era Elona.

—Gared no es así, de todas maneras.

Bruna resopló.

—Ya, dile eso a una que ha sido partera en un pueblo.

—Nada de esto importaría si ya hubiera madurado —dijo Leesha—. Entonces Gared y yo podríamos casarnos y podría cumplir con mi papel de esposa.

—Pareces impaciente, ¿no? —replicó Bruna con una sonrisa ladina—. Admito que no está nada mal. Los hombres sirven para algo más que balancear hachas y acarrear objetos pesados.

—¿Por qué está tardando tanto? —preguntó la muchacha—. Saira y Mairy mancharon las sábanas cuando cumplieron doce veranos y ¡éste ya va a ser mi decimotercero! ¿Qué es lo que va mal?

—No hay nada que vaya mal —comentó la vieja—. Cada chica sangra cuando le llega el momento. Quizá te quede un año o algo más.

—¡Un año! —exclamó Leesha.

—No te apresures a dejar la infancia atrás tan rápido, niña —repuso Bruna—. Ya verás que la echarás de menos cuando se haya pasado. Hay más cosas en el mundo que yacer debajo de un hombre y alumbrar a sus hijos.

—Pero ¿qué se le puede comparar?

Bruna hizo un gesto hacia la estantería.

—Coge un libro, cualquiera. Tráetelo aquí y te enseñaré qué más cosas puede ofrecer el mundo.

Un hogar atestado

319 d.R.

Leesha se despertó con un respingo cuando el viejo gallo de Bruna cacareó anunciando el alba. Se restregó la cara, sintiendo el canto del libro que se le había quedado pegado a la cara. Gared y Bruna todavía estaban profundamente dormidos. La Herborista se había amodorrado enseguida, y a pesar de la fatiga, la muchacha estuvo leyendo hasta muy avanzada la noche. Siempre había creído que el papel de la Herboristería se limitaba a componer huesos y ayudar a nacer a los bebés, pero había mucho más. Las Herboristas estudiaban todo el mundo natural, a la búsqueda de maneras de combinar los muchos dones del Creador para el beneficio de sus hijos.

Cogió el lazo con el que sujetaba su oscuro cabello y lo puso sobre la hoja para marcar la página, cerrándolo con un gesto tan reverente como cuando lo hacía con el Canon. Se puso en pie y se estiró; luego, echó más leños al fuego y atizó las brasas hasta que se convirtieron en llamas. Puso encima el hervidor y después se volvió para sacudir a Gared.

—Arriba, perezoso —le dijo, manteniendo la voz baja. El chico apenas gruñó. Desde luego, lo que fuera que le había dado Bruna, era bien fuerte. Lo sacudió con más fuerza y él le respondió con un manotazo, con los ojos aún cerrados.

—Levántate o no te haré el desayuno —se rió Leesha, dándole una patada.

El muchacho gruñó de nuevo, y abrió los párpados una rendija. Cuando la chica movió el pie otra vez, él le cogió la pierna, haciéndola caer con un grito.

Se dio la vuelta aprisionándola debajo de él y la rodeó con sus brazos musculosos, haciendo que Leesha soltara unas risitas ante sus besos.

—Para ya —le dijo, empujándolo sin muchas ganas—, vas a despertar a Bruna.

—¿Y qué si lo hago? —preguntó Gared—, Esa vieja bruja tiene cien años y está ciega como un murciélago.

—Pero los oídos de la vieja bruja están bastante bien —replicó la anciana, entreabriendo uno de esos ojos suyos de un blanco lechoso.

El chico dio un grito y prácticamente casi se cayó al suelo, poniendo distancia entre él y las mujeres.

—Guarda esas manos mientras estés en esta casa, chaval, o coceré una poción que dejará tu hombría floja durante un año —repuso Bruna. Leesha observó cómo desaparecía el color del rostro de Gared, y se mordió el labio para reprimir las risas.

Por alguna razón, ya no sentía miedo de la bruja, pero le encantaba ver cómo la anciana intimidaba a todo el mundo.

—¿Nos entendemos? —preguntó Bruna.

—Sí, claro —repuso el chico inmediatamente.

—Estupendo —contestó la anciana—. Ahora pon esos fuertes hombros tuyos a trabajar y parte leña para dejarla en la leñera. —Gared ya estaba fuera antes de que hubiera terminado de hablar y Leesha se echó a reír cuando oyó el portazo.

—Te ha gustado, ¿a que sí? —preguntó Bruna.

—Nunca había visto a nadie que hiciera poner a Gared pies en polvorosa de ese modo —comentó ella.

—Acércate, para que pueda verte —le pidió la vieja. Cuando Leesha lo hizo, ella continuó—: Ser la curandera de un pueblo es mucho más que cocer pociones. Una buena dosis de miedo es buena para el chico más grande del lugar. Tal vez eso le haga pensárselo dos veces antes de hacerle daño a alguien.

—Gared jamás le haría daño a nadie —replicó la chica.

—Como tú digas —se limitó a responder la anciana, aunque no pareció del todo convencida.

—¿De verdad puedes hacer una poción que lo despoje de su hombría? —le preguntó la chica.

Bruna se echó a reír con socarronería.

—Durante un año, no —admitió—. Al menos no con una sola dosis, pero ¿unos cuantos días o incluso una semana...? Con tanta facilidad como lo que le puse en el té.

Leesha pareció pensativa.

—¿Qué piensas, niña? —inquirió la anciana—. ¿Tienes alguna duda de que tu chico te despoje de tu don máspreciado antes de la boda?

—Pensaba más en Steave —replicó Leesha.

Bruna asintió.

—Y bien que haces —la advirtió—, pero ten cuidado. Tu madre está avisada del truco. Ella acudió muchas veces a mí cuando era joven y necesitó de las triquiñuelas de las Herboristas para cortar su flujo y de ese modo evitar tener un hijo mientras se lo pasaba bien. No me di cuenta entonces de lo que era y me entristece reconocer que le enseñé más de lo que debía.

—¿Mamá no era virgen cuando papá la llevó detrás de sus protecciones? —se sorprendió la chica.

Bruna resopló.

—Se revolcó con más de la mitad del pueblo antes de que Steave se deshiciera de todos los demás.

La mandíbula de Leesha se le quedó floja.

—Mamá condenó a Klarissa porque se quedó embarazada.

La anciana escupió en el suelo.

—Todo el mundo le dio la espalda a esa pobre chica. ¡Todos son unos hipócritas! Smitt no hace más que hablar de la familia, pero él no alzó un dedo cuando su mujer echó a todo el pueblo sobre esa chica como si fueran una manada de demonios de las llamas. La mitad de las mujeres que la señalaron y gritaron «¡pecadora!» eran culpables de la misma falta, simplemente tuvieron la suerte de casarse rápido o fueron listas y tomaron precauciones.

—¿Precauciones? —inquirió la chica.

Bruna sacudió la cabeza.

—Elona está tan impaciente de tener un nieto que te ha mantenido a oscuras respecto a todo, ¿eh? —le preguntó—. Dime, niña, ¿cómo se hacen los bebés?

Leesha se ruborizó.

—El hombre, quiero decir, tu marido... Él...

—Déjalo ya, niña —le contestó Bruna—. Estoy demasiado vieja para esperar que desaparezca el rubor de tu rostro.

—... pone su semilla dentro de ti —concluyó la muchacha, con la cara aún más roja.

Bruna se rió con sorna.

—¿Puedes curar quemaduras y heridas de demonios, pero te ruborizas cuando se habla de cómo nace la vida?

La muchacha abrió la boca para replicar, pero la anciana la cortó.

—Si haces que tu chico ponga su semilla en tu vientre, podrás yacer con él para alegría de tu corazón —dijo Bruna—, pero no se puede confiar en que los chicos no se aprovechen de ti algunas veces, como comprendió Klarissa. Las más listas acuden a mí en busca de una tisana.

—¿Tisana? —repitió la chica, pendiente de cada palabra.

—Con las hojas de balaustia, maceradas en dosis correctas con otras hierbas, se puede hacer una tisana que impedirá que la semilla de un hombre arraigue en tu vientre.

—Pero el Pastor Michel dice... —comenzó a decir la chica.

—Ahórrame el sermón del Canon —la cortó Bruna—. Es un libro escrito por hombres, y no atiende ni por un momento a la situación difícil en que a veces se encuentran las mujeres.

La muchacha cerró la boca con un crujido audible.

—Tu madre me visitó muy a menudo —continuó Bruna—, preguntándome cosas, ayudándome en la cabaña, recogiendo hierbas para mí. Pensé incluso en hacerla aprendiz mía, pero todo lo que ella quería era el secreto de la tisana. Una vez que le dije cómo se hacía, desapareció y no volvió nunca más.

—Eso es muy propio de ella —comentó Leesha.

—La tisana de balaustia es bastante segura incluso en pequeñas dosis —dijo la vieja—, pero Steave es lujurioso y tu madre tomó demasiada. Los dos deben haberse revolcado miles de veces antes de que el negocio de tu padre comenzara a prosperar y su bolsa llamara la atención de Elona. En aquel momento el útero de tu madre ya se había secado.

La chica la miró con curiosidad.

—Después de casarse con tu padre, Elona intentó durante dos años concebir sin éxito —siguió narrando Bruna—. Steave se casó con una chica joven y la dejó embarazada la primera noche, lo cual sólo hizo que tu madre se desesperara aún más. Finalmente ella acudió a mí, suplicando ayuda.

Leesha se inclinó hacia ella, sabiendo que su existencia había dependido de lo que le iba a contar Bruna.

—La tisana de balaustia hay que tomarla en pequeñas dosis —repitió Bruna—, y una vez al mes es lo mejor para detener el embarazo y hacer que regrese tu flujo. Si no respetas esa norma, te arriesgas a convertirte en estéril. Se lo avisé a Elona, pero ella no atendía más que a los deseos de sus tripas y no me hizo caso. Le di hierbas durante meses y comprobé su flujo, también le di otras para que las pusiera en la comida de tu padre, y finalmente concibió.

—A mí —dijo la muchacha— Me concibió a mí.

Bruna asintió.

—Temí por ti. El útero de tu madre era débil y ambas sabíamos que no tendría otra oportunidad. Vino a verme a diario, pidiéndome que comprobara que todo iba bien con su hijo.

—¿Hijo? —preguntó Leesha.

—Le advertí que podría no ser un chico —explicó la anciana—, pero Elona era muy testaruda. «El Creador no sería tan cruel conmigo», decía, olvidando que hablaba del mismo Creador que había hecho a los abismales.

—Entonces, ¿yo soy una especie de broma cruel del Creador? —inquirió Leesha.

Bruna le tomó la barbilla entre sus dedos huesudos y la acercó a su rostro. La chica pudo contemplar de cerca mientras hablaba los pelos grises, largos como bigotes de gato, que había sobre los labios arrugados de la vieja bruja.

—Somos lo que escogemos ser, niña —le dijo—. Estarás perdida si dejas que sean los demás quienes decidan tu valía, porque nadie quiere que los demás valgan más que uno. Elona no tiene que culpar a nadie salvo a sí misma de sus equivocaciones, pero ella es demasiado superficial para admitirlo. Es más fácil tomarla contigo y con el pobre Emy.

—Me habría gustado que la hubieran descubierto y la expulsaran del pueblo —comentó Leesha.

—¿Traicionarías a tu género por rencor? —preguntó la anciana.

—No te entiendo —contestó la chica.

—No hay ninguna culpa en que una chica quiera a un hombre entre sus piernas, Leesha —replicó la vieja—. Una Herborista no puede juzgar a la gente por hacer aquello a lo que les empuja la naturaleza cuando son jóvenes y libres. No soporto a los que rompen sus promesas. Cuando haces unos votos, niña, lo mejor que puedes hacer es tener la voluntad de respetarlos.

Leesha asintió.

Gared regresó en ese momento.

—Darsy viene a ver si estás preparada para regresar al pueblo —le dijo a Bruna.

—Pero si os juro que eché a esa vaca corta de entendederas —gruñó Bruna.

—El Concejo del pueblo se reunió ayer y me devolvieron mi puesto —anunció Darsy, entrando en la cabaña. No era tan alta como Gared, pero no le andaba muy lejos—. Es por tu culpa. Nadie más quería este trabajo.

—¡No pueden hacerme eso! —ladró Bruna.

—Oh, sí, claro que pueden —repuso Darsy—. A mí me hace tan poca gracia como a ti, pero cualquier día de estos te morirás y el pueblo necesita que alguien atienda a los heridos.

—He sobrevivido a más gente que tú —se burló Bruna—, y escogeré a quién quiero enseñar.

—Bueno, pues me quedaré hasta que lo hagas —replicó Darsy, mirando a Leesha y enseñándole los dientes.

—Entonces sé útil y pon las gachas a cocer. Gared es un chico en pleno crecimiento y necesita mantener las fuerzas.

Darsy puso cara de pocos amigos, pero se remangó y se encaminó hacia el hervidor.

—Smitt y yo vamos a tener una pequeña charla cuando regrese al pueblo —masculló Bruna entre dientes.

—¿Tan mala es Darsy de verdad? —preguntó Leesha.

Los ojos acuosos de Bruna se volvieron hacia Gared.

—Ya sé que eres más fuerte que un buey, chico, pero me imagino que todavía quedan unas cuantas cargas de leña que cortar.

Gared no necesitó que se lo dijeran dos veces. Estuvo en la puerta en un pestañeo y lo oyeron poner el hacha en movimiento de nuevo.

—Darsy es muy útil en los trabajos que hay que hacer alrededor de la cabaña —admitió Bruna—. Corta leña casi tan rápido como tu chico y hace unas gachas bastante buenas, pero esas manos rollizas son demasiado torpes para las curas, y tiene pocas aptitudes para el arte de la Herboristería. Es una partera aceptable, pero la verdad es que cualquier idiota es capaz de sacar a un bebé de la madre; y no tiene

rival a la hora de componer huesos, pero el trabajo más sutil queda fuera de su competencia. Me da escalofríos pensar qué va a ser de este pueblo con ella como Herborista.

—¡Menuda esposa serás para Gared si no eres capaz de preparar una cena en condiciones! —gritó Elona.

Leesha la miró con cara de pocos amigos. Hasta donde ella sabía, su madre no había preparado una comida en toda su vida. Habían pasado un montón de días desde que había podido dormir en condiciones, pero ni que el Creador impidiera que su madre levantara una mano para ayudar...

Se había pasado la mañana atendiendo a los enfermos con Bruna y Darsy. Había aprendido las técnicas básicas rápidamente, de modo que Bruna la usaba como ejemplo ante la otra chica, a la que esto no le importaba en absoluto.

Leesha sabía que Bruna la quería como aprendiz. La anciana no presionaba mucho, aunque había dejado claras sus intenciones, pero también debía pensar en el negocio paterno de fabricación de papel. Ella había trabajado en la tienda, un largo edificio conectado a su casa, desde que era pequeña, escribiendo mensajes para los aldeanos y fabricando hojas de papel. Erny le decía que tenía un don para ello. Sus cubiertas eran más bonitas que las de su padre, y a Leesha le gustaba incrustar pétalos de flores en las páginas, por las cuales las señoras de Lakton y Fuerte Rizón pagaban más que sus maridos por las hojas simples.

Las expectativas de Erny eran retirarse para que Leesha regentara la tienda y Gared hiciera la pulpa del papel y se encargara del trabajo pesado, pero la fabricación del papel nunca había sido de mucho interés para la chica, pues se dedicaba a ello sólo para pasar un rato en compañía de su padre, lejos del azote de la lengua de su madre.

Elona odiaba la tienda tanto como disfrutaba del dinero que proporcionaba la misma, y se quejaba continuamente del hedor de la lejía de las cubas de la pulpa del papel y el ruido del molino. Leesha y Erny a menudo tomaban la tienda como un retiro, ese lugar alegre que jamás había sido su casa.

Las retumbantes risotadas de Steave hicieron que Leesha alzara la vista de las verduras que estaba cortando para el estofado. Estaba en la habitación principal, sentado en la silla de su padre, bebiéndose su cerveza. Elona se sentó en el brazo del sillón, riéndose e inclinándose sobre él, con la mano en su hombro.

Leesha deseó en ese momento ser un demonio de las llamas para poder escupirles fuego. Nunca había sido feliz porque se había sentido atrapada en la casa con Elona, pero ahora no podía evitar pensar en las historias que le había contado Bruna. Su madre no amaba a su padre y probablemente jamás lo había amado. Pensaba que su

hija era una broma cruel del Creador. Y no había sido virgen cuando Erny la había hecho cruzar sus grafos.

Por alguna razón, eso era lo que le dolía más. Bruna dijo que no había pecado en que una mujer obtuviera placer de un hombre, pero la hipocresía de su madre le parecía carente de sentido. Había ayudado a expulsar a Klarissa del pueblo para esconder su propia indiscreción.

—Yo no voy a ser como tú —se juró la chica. Ella tendría un día de bodas como mandaba el Creador y se haría mujer en un lecho de bodas apropiado.

Elona chilló ante algún comentario que había hecho Steave, y ella comenzó a cantar para sus adentros con tal de sofocar sus voces. La suya era rica y pura, por eso el Pastor Michel no dejaba de requerirla para que lo hiciera en los servicios religiosos.

—¡Leesha! —ladró su madre un momento más tarde—. ¡Deja ya esos gorgoritos! ¡No nos oímos aquí ni los pensamientos!

—Pues no da la sensación de que estéis pensando mucho —masculló la chica entre dientes.

—¿Qué ha sido eso?

—¡Nada! —gritó ella en respuesta con una voz de lo más inocente.

Comieron justo después de la caída del sol, y Leesha observó con orgullo que Gared usaba el pan que ella había hecho para dejar bien limpio el tercer cuenco de su estofado.

—No vale mucho como cocinera, Gared —se disculpó Elona—, pero llena lo bastante si te tapas la nariz.

Steave, escupiendo cerveza súbitamente, comenzó a arrojarla también por la nariz. Gared se rió de su padre, y Elona arrancó la servilleta del regazo de Erny para secarle la cara a Steave. Leesha miró a su padre brindándole su apoyo, pero él mantuvo los ojos fijos en su cuenco. No había dicho ni una palabra desde que salió de la tienda.

Eso ya fue demasiado para la muchacha. Limpió la mesa y se retiró a su habitación, pero tampoco allí encontró refugio. Se le había olvidado que su madre le había dado la habitación a Steave durante la estancia indefinida de él y de su hijo.

El leñador gigantón había dejado un rastro de barro a través del suelo immaculado para luego depositar sus botas mugrientas sobre su libro favorito, que ella había apartado junto a la cama.

Gritó y echó a correr hacia su tesoro, pero la cubierta estaba embarrada sin remedio. Su ropa de dormir de la lana más fina, procedente de Rizón, estaba manchada sabría el Creador de qué y hedía a una mezcla asquerosa de sudor almizclado y el caro perfume angiersiano favorito de su madre.

Leesha se sintió asqueada. Apretó su preciado libro contra el pecho y salió

disparada hacia la tienda de su padre, sollozando mientras intentaba sin éxito limpiar las manchas de la portada. Allí fue donde la encontró Gared.

—Así que aquí es donde te refugias —comentó, moviéndose para envolverla en sus brazos musculosos.

La chica se apartó, frotándose los ojos e intentando recomponerse.

—Sólo necesitaba un momento a solas.

Gared la cogió de un brazo.

—¿Es por el chiste que ha hecho tu madre? —preguntó él.

Leesha sacudió la cabeza, intentando darse la vuelta, pero él la sujetó con fuerza.

—Sólo echaba unas risas con mi padre —comentó—, la verdad es que me encantó tu estofado.

—¿De verdad? —La chica sorbió por la nariz.

—De verdad —afirmó él; y la atrajo a su lado para besarla con intensidad—. Podríamos alimentar un ejército de hijos con unos guisos como éstos —murmuró con voz ronca.

Leesha se echó a reír.

—Seguramente tendré más de un problema sacando adelante un ejército de pequeños Gareds.

Él la apretó con más fuerza, y presionó los labios contra su oreja.

—Ahora mismo, estoy más interesado en meterte algo que en sacar nada.

La chica gimió, pero lo apartó con dulzura.

—Pronto estaremos casados —le recordó ella.

—Ayer ya me parecería tarde —repuso Gared, pero la dejó marchar.

Leesha yacía acurrucada entre mantas al lado del fuego de la sala principal. Steave dormía en su habitación y Gared ocupaba un catre en la tienda. El suelo estaba frío por la noche y encima había corrientes de aire; además, la alfombra de lana era basta y dura para dormir en ella. Echaba de menos su colchón, aunque nada aparte del fuego podría borrar el hedor del pecado de Steave y su madre.

Ella ni siquiera sabía por qué Elona se molestaba en inventarse estratagemas. No era que estuviera engañando a nadie, para eso lo mismo le hubiera dado poner a Erny en la habitación principal y llevarse a Steave derecho a su cama.

A Leesha no le quedaba paciencia suficiente para aguantar hasta el momento de poder marcharse con Gared.

Se quedó despierta, escuchando cómo los demonios ponían a prueba los grafos, y se imaginó llevando la tienda de fabricación de papel con Gared, con su padre retirado y su madre y Steave tristemente muertos. Su vientre estaba redondeado y lleno, y ella se ocupaba de los libros mientras Gared venía con los músculos

relucientes y sudorosos de trabajar en el molino. Él la besaba mientras sus pequeños corrían por la tienda.

La imagen la llenó de calidez, pero recordó las palabras de Bruna, y se preguntó si echaría algo de menos si dedicaba su vida a los niños y la fabricación del papel. Cerró los ojos de nuevo y se imaginó como la Herborista de Hoya de Leñadores, con todo el mundo pendiente de ella para curar sus enfermedades, traer sus hijos al mundo y curar sus heridas. Era una imagen potente, pero una en la que era difícil encajar a Gared o unos hijos. Una Herborista tenía que visitar a los enfermos y la imagen del muchacho llevando sus hierbas e instrumentos de un lugar a otro, no le parecía creíble, y menos la idea de que él le echara un ojo a los niños mientras ella trabajaba.

Bruna se las había apañado, quién sabía hacía cuantas décadas, para casarse, criar niños, y aun así atender al pueblo, mas Leesha no veía el modo. Tendría que preguntarle a la anciana.

Oyó un clic y alzó la mirada para ver cómo Gared se le acercaba con cautela procedente de la tienda. Ella se hizo la dormida hasta que él se acercó, y después se dio la vuelta súbitamente.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le susurró. Gared dio un respingo y le cubrió la boca para disimular su grito. Leesha tuvo que morderse el labio para no empezar a reírse en voz alta.

—Sólo he venido a usar el baño —le susurró el muchacho, acercándose y arrodillándose a su lado.

—Hay un servicio en la tienda —le recordó la chica.

—Sólo he venido a darte el beso de las buenas noches —dijo, inclinándose con los labios fruncidos.

—Ya te di tres cuando te fuiste a la cama —replicó Leesha, empujándolo, juguetona.

—¿Es malo que quiera otro más? —inquirió Gared.

—Supongo que no —admitió la muchacha, pasando los brazos alrededor de sus hombros.

Un rato más tarde se oyó el crujido de otra puerta. El chico se envaró, buscando en los alrededores un lugar para esconderse. La chica le señaló una de las sillas. Él era demasiado grande para que lo cubriera por completo, pero como sólo alumbraba el tenue resplandor anaranjado de la chimenea, era suficiente para ocultarlo.

Apareció poco después una luz suave, desvaneciendo cualquier esperanza de confusión. A Leesha apenas le dio tiempo a tumbarse y cerró los ojos antes de que alguien se deslizara en la habitación.

A través de las rendijas de los ojos, Leesha vio cómo su madre echaba una ojeada a la sala común. La linterna que llevaba estaba tapada en su mayor parte y arrojaba

grandes sombras, dando suficiente margen a Gared para ocultarse si ella no miraba con demasiado detenimiento.

Pero no tenían por qué preocuparse en absoluto. Después de asegurarse de que Leesha estaba dormida, Elona abrió la puerta de la habitación de Steave y desapareció dentro.

La chica se quedó mirando un buen rato. Que Elona fuera tan falsa no era ninguna gran revelación, pero hasta ese mismo momento, se había permitido el lujo de dudar de que su madre realmente estuviera tan deseosa de tirar a la basura sus votos.

Sintió la mano de Gared en su hombro.

—Leesha, lo siento —dijo, y ella enterró el rostro en su pecho, sollozando.

Él la abrazó con fuerza, sofocando sus sollozos y meciéndola. Un demonio rugió en alguna parte lejana y la muchacha sintió deseos de gritar con él. Contuvo la lengua con la vana esperanza de que su padre estuviera durmiendo, ajeno a los resoplidos de Elona, pero parecía una probabilidad remota a menos que ella hubiera usado una de las pócimas para dormir de Bruna.

—Te sacaré de aquí —anunció el chico—. No perderemos tiempo haciendo planes y tendré preparada una casa para los dos antes de la ceremonia aunque tenga que cortar y acarrear los troncos yo mismo.

—Oh, Gared —exclamó ella, besándole. Él le devolvió el abrazo y volvió a tumbarla. Los golpeteos que procedían de la habitación de Steave y el sonido de los demonios se desvanecieron ante el repiqueteo del latido de la sangre en sus oídos.

Las manos de Gared recorrieron el cuerpo de la chica sin restricciones, y Leesha le dejó acceder a lugares que sólo eran adecuados para un esposo. Ella jadeó y se arqueó contra él llevada por el placer, de modo que el chico aprovechó la oportunidad para situarse entre sus piernas. Ella sintió cómo él se despojaba de sus calzones y se dio cuenta de lo que iba a hacer. Sabía que tenía que apartarlo, pero sentía un gran vacío en su interior y Gared parecía ser la única persona en el mundo capaz de llenarlo.

Estaba a punto de dejarle continuar cuando oyó el grito de placer de su madre y se envaró. ¿Acaso era mejor que Elona, que abandonaba sus votos con tanta facilidad? Se había jurado cruzar las protecciones de su casa de casada siendo virgen. Se había jurado no ser como Elona, pero ahí estaba, desprendiéndose de todo, encelada por un chico a pocos metros de donde pecaba su madre.

«No soporto a los que rompen sus promesas», escuchó decir de nuevo a Bruna, y Leesha presionó las manos contra el pecho del muchacho.

—Gared, no por favor —le susurró. Él se quedó rígido durante un buen rato. Finalmente, rodó apartándose de ella y se abrochó de nuevo los pantalones.

—Lo siento —se excusó ella con voz débil.

—No, soy yo quien lo siente —repuso Gared y le besó la sien—. Puedo esperar.

Leesha lo abrazó con fuerza, y Gared se levantó para irse. Ella quería que él se quedara y durmiera con ella, pero ya había forzado en exceso una suerte que no la favorecía en exceso. Si los cogían juntos, Elona la castigaría severamente, a pesar de su propio pecado. O quizá debido a eso mismo.

Cuando sonó el chasquido de la puerta al cerrarse, Leesha descansó sobre su espalda con la mente llena de dulces pensamientos sobre Gared. Fuera cual fuese la pena que su madre le trajera, podría soportarla mientras lo tuviera a él.

El desayuno fue bastante desagradable. Los sonidos producidos por masticar y tragar sonaban casi como truenos en un silencio que era como si colgara sobre la mesa un paño mortuario. Parecía que no había nada que fuera conveniente poner en palabras. Leesha quitó la mesa en silencio mientras Gared y Steave cogían sus hachas.

—¿Pasarás el día en la tienda? —preguntó Gared a la chica rompiendo finalmente el silencio.

Erny alzó la mirada por primera vez esa mañana, interesado en su respuesta.

—Le prometí a Bruna que la ayudaría hoy a atender a los heridos —repuso Leesha, pero miró a su padre con aire de disculpa.

Erny asintió comprensivamente y sonrió con dulzura.

—¿Y cuánto va a durar eso? —preguntó Elona.

La chica se encogió de hombros.

—Hasta que estén mejor, supongo —replicó.

—Pasas demasiado tiempo con esa vieja bruja —la regañó Elona.

—Porque tú lo pediste —le recordó la muchacha.

Elona la miró con cara de pocos amigos.

—No te pases de lista conmigo, niña.

La ira llameó en el interior de Leesha pero le mostró su sonrisa más obsequiosa mientras se colocaba la capa sobre los hombros.

—Madre, no te preocupes —repuso—, no suelo beber su tisana.

Steave bufó y los ojos de Elona casi se le salen de las órbitas, pero la muchacha salió por la puerta antes de que ella se recuperara a tiempo para contestarle.

Gared recorrió parte del camino con ella, pero pronto llegaron al lugar donde se reunían los leñadores cada mañana.

Los amigos de Gared ya le esperaban.

—Vienes tarde, Gar —masculló Evin.

—Como tiene una mujer que le cocina ahora... —dijo Flinn—. Eso haría que cualquier hombre se retrasase.

—Seguro que ni siquiera ha dormido —bufó Ren—, juraría que le ha hecho algo

más que cocinar, aunque sea bajo la nariz de su padre.

—¿A que Ren lleva razón, Gar? —preguntó Flinn—. ¿Encontraste anoche un sitio nuevo donde colgar tu hacha?

Leesha se enfadó y abrió la boca para replicar, pero Gared le puso una mano en el hombro.

—No les hagas caso —le dijo—. Están intentando hacerte saltar.

—Podrías defender mi honor —repuso la chica. El Creador sabía que los chicos se peleaban por cualquier tontería.

—Oh, claro que lo haré —prometió el muchacho—, sólo que no quiero que lo veas. Quiero que sigas pensando que soy un buen chico.

—Eres un buen chico —replicó Leesha, poniéndose de puntillas para besarlo en la mejilla.

Los muchachos silbaron, y la chica les sacó la lengua mientras se marchaba.

—Niña tonta —masculló Bruna, cuando Leesha le dijo lo que le había respondido a Elona—. Sólo un estúpido muestra sus cartas al comienzo del juego.

—¡Esto no es un juego, es mi vida! —exclamó ella.

Bruna le agarró la cara, apretándole tanto las mejillas que los labios se le estiraron.

—Más razón todavía para mostrar una pizca de sentido común —gruñó ella, mirándola de mala manera con sus ojos lechosos.

Leesha sintió que la ira ardía en su interior. ¿Quién era esa mujer para hablarle de esa manera? Bruna parecía desdeñar a todo el pueblo, zarandeando, golpeando y amenazando a cualquiera a su gusto. ¿Es que acaso era mejor que Elona? ¿Acaso había tenido en cuenta los intereses de Leesha cuando le dijo todas aquellas horribles cosas sobre su madre, o sólo estaba mangoneándola para convertirla en su aprendiz, como Elona la presionaba para que se casara con Gared lo antes posible y que engendrara hijos? En su interior, la chica sabía que todo eso era cierto, pero estaba cansada de ser manipulada.

—Bien, bien, mira quién ha vuelto —dijo una voz procedente de la puerta—, la joven prodigio.

Leesha alzó la mirada y se encontró con Darsy de pie ante el umbral del Templo con una brazada de leña. La mujer no hizo ningún esfuerzo para esconder el disgusto que le causaba la chica, y podía ser tan intimidatoria como Bruna cuando quería. Había intentado asegurarle que no era una amenaza, pero sus intentos sólo parecían empeorar las cosas. Darsy estaba decidida a que ella no le gustara.

—No culpes a Leesha si ella ha aprendido más en dos días de lo que tú en todo un año —le espetó Bruna cuando Darsy dejó caer de golpe la leña y alzó un pesado

atizador de hierro para avivar el fuego.

La muchacha estaba segura de que nunca le iba a ir bien con Darsy mientras Bruna siguiera metiendo el dedo en la llaga, pero se apresuró a mezclar las hierbas para los emplastos. Varios de los quemados en el ataque tenían infecciones en la piel que necesitaban atención regular. Otros habían empeorado. Habían tenido que sacudir a Bruna dos veces por la noche para despertarla y atenderlos, pero no cabía duda de que ni sus hierbas ni su habilidad le habían fallado.

La anciana había asumido el control completo del Templo, dando órdenes al Pastor Michel y al resto como si fueran sirvientes milneses. Mantenía a Leesha cerca hablándole continuamente con su carraspera llena de flemas, explicándole la naturaleza de las heridas y las propiedades de las hierbas con las que solía tratarlas. La muchacha la observó sajar y cortar la carne, y descubrió que tenía un estómago bastante resistente para ese tipo de cosas.

La mañana se convirtió en tarde y Leesha tuvo que forzar a Bruna para parar y comer. Otros quizá no hubieran notado la tensión en el aliento de la anciana o el temblor de sus manos, pero ella sí que se dio cuenta.

—Ya está bien —dijo finalmente, quitándole el mortero y el almirez de las manos a la Herborista. Bruna alzó la mirada hacia ella con brusquedad.

—Vete y descansa —dijo Leesha.

—Pero quién eres tú, niña, para... —comenzó Bruna, alargando la mano hacia su bastón.

Leesha estaba alerta al movimiento y fue más rápida, cogiendo el bastón y señalando con él a la nariz ganchuda de la Herborista.

—Te va a dar un ataque si no descansas —le reprochó—. ¡Te voy a sacar de aquí y sin protestar! Stefn y Darsy pueden arreglárselas durante una hora.

—De mala manera —gruñó Bruna, pero permitió a Leesha que la ayudara a levantarse y la sacara de allí.

El sol estaba alto en el cielo y la hierba alrededor del Templo era lozana y verde, salvo por unos cuantos parches ennegrecidos por los demonios de las llamas. Leesha extendió una manta e hizo que Bruna se recostara, ofreciéndole su infusión especial y un trozo de pan suave que no pondría a prueba los pocos dientes que le quedaban.

Se sentaron en un cómodo silencio durante un rato, disfrutando del cálido día primaveral. La chica pensó que había sido una mala idea comparar a Bruna con su madre. ¿Cuándo había sido la última vez que ella y Elona habían pasado juntas un rato de tranquilo silencio al sol? ¿Lo habían hecho alguna vez?

Oyó un carraspeo y se volvió para encontrarse a Bruna roncando. Sonrió y le extendió el chal de la mujer por encima. Estiró las piernas, y descubrió a Saira y Mairy a poca distancia, cosiendo sobre la hierba. La saludaron con la mano y le hicieron señas. Se apretaron sobre la manta para hacerle sitio a Leesha.

—¿Qué tal te va con la Herboristería? —preguntó Mairy.

—Reventada —contestó Leesha—, ¿Dónde está Brianne?

Las chicas se miraron entre sí y soltaron unas risitas.

—En el bosque con Evin —repuso Saira.

Leesha chasqueó la lengua.

—Esa chica va a terminar como Klarissa.

Saira se encogió de hombros.

—Brianne dice que no puedes despreciar aquello que no hayas probado.

—¿Estás planeando intentarlo tú? —repuso la chica.

—Tú no crees que haya razones para no esperar —comentó Saira—. Yo también lo veía así, antes de que se llevaran a Jak. Ahora daría cualquier cosa por haberlo tenido al menos una vez antes de que muriera. Incluso haber tenido un hijo suyo.

—Lo siento —añadió Leesha.

—No pasa nada —respondió Saira con tristeza, y la chica la abrazó, uniéndosele también Mairy.

—¡Oh, qué bonito! —gritó alguien a sus espaldas—. ¡Yo también quiero un abrazo!

Todas alzaron la mirada justo en el momento en que Brianne cayó sobre ellas, y las derribó riendo sobre la hierba.

—Hoy estás de muy buen humor —comentó Leesha.

—Es lo que tiene un revolcón en el bosque —le dijo Brianne con un guiño, y dándole un codazo en las costillas—. Además —canturreó—, ¡Eeevinn me contó un secreettoo!

—¡Cuéntanoslo! —chillaron las tres chicas a la vez.

Brianne se echó a reír y sus ojos se dirigieron hacia Leesha.

—Quizá más tarde —dijo—. ¿Qué tal le ha ido a la aprendiz de la arpía hoy?

—Yo no soy su aprendiz, piense Bruna lo que piense —afirmó la chica—. Todavía sigo queriendo llevar la tienda de mi padre cuando Gared y yo nos casemos. Sólo estoy echando una mano con los heridos.

—Mejor tú que yo —dijo Brianne—. El de Herborista parece un trabajo bastante duro. Vaya pinta que tienes. ¿Dormiste bien anoche?

La muchacha negó con la cabeza.

—El suelo que hay al lado del hogar no es tan cómodo como una cama.

—A mí no me importaría dormir en el suelo si tuviera a Gared de camastro.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Leesha.

—No te hagas la tonta, Leesha —replicó Brianne con una pizca de irritación—. Somos amigas.

La chica se picó.

—¡Si estás insinuando...!

—Bájate del pedestal, Leesha —repuso Brianne—. Sé que Gared estuvo contigo anoche. Esperaba que fueras sincera con nosotras.

Saira y Mairy soltaron una exclamación de sorpresa y los ojos de Leesha se dilataron, mientras su rostro enrojecía.

—¡No lo hicimos! —gritó— ¿Quién te ha dicho eso?

—Evin —sonrió Brianne—. Dice que Gared ha estado fardando todo el día.

—¡Pues Gared es un mentiroso desalmado! —ladró Leesha—. Yo no soy una buscona, todo el día rondando...

El rostro de Brianne se ensombreció y ella jadeó y se tapó la boca.

—Oh, Brianne, ¡lo siento! No quería decir...

—No, ya lo creo que querías —replicó la chica—, y creo que es la única verdad que has dicho hoy.

Se puso en pie y se sacudió las faldas, y el buen humor que había traído se desvaneció.

—Vamos, chicas —dijo—. Vámonos a cualquier otro sitio donde el aire esté menos contaminado.

Saira y Mairy se miraron la una a la otra y luego a Leesha, pero Brianne ya se había puesto en marcha y se levantaron con rapidez para seguirla. La muchacha abrió la boca, pero no le salió ni una palabra, pues no sabía qué decir.

—¡Leesha! —la llamó Bruna.

Se volvió y vio a la anciana que movía el bastón en su dirección y bregaba para levantarse. Con una mirada llena de dolor hacia sus amigas, que se alejaban en ese momento, se apresuró a ayudarla.

Leesha estaba esperando cuando Gared y Steave venían paseando por el camino que llevaba hacia la casa de su padre. Bromeaban y se reían, y su jovialidad le dio a la chica la energía que necesitaba. Cerró los puños sobre las faldas hasta que los nudillos se le blanquearon cuando se dirigió hacia ellos a grandes zancadas.

—¡Leesha! —la saludó Steave con una sonrisa burlona—. ¿Qué tal está mi futura nuera? —Abrió los brazos como si fuera a abrazarla.

La chica lo ignoró y se concentró en Gared, llegando a su lado y descargándole una formidable bofetada en la cara.

—¡Ay! —gritó Gared.

—¡Oh, vaya! —se rió Steave.

Leesha lo clavó en el sitio con la mejor mirada de malas pulgas de su madre y él alzó las manos en gesto tranquilizador, para aplacarla.

—Veo que tenéis cosas de las que hablar —comentó Steave, así que mejor os dejo. —Le echó una mirada a Gared y le guiñó el ojo—. El placer tiene su precio —le

advirtió mientras se marchaba.

La muchacha se lanzó de nuevo sobre Gared, pegándole otra vez, pero en esta ocasión él tuvo tiempo de cogerla de la muñeca y retorcérsela.

—¡Leesha, para ya! —le pidió.

Pero la chica ignoró el dolor que sentía y estampó la rodilla entre sus piernas. Sus gruesas faldas suavizaron el impacto, pero bastó para que él la soltara y se cayera al suelo, sujetándose los genitales. Leesha lo pateó con ganas, pero Gared tenía una dura musculatura y protegió con las manos su parte más vulnerable.

—¡Leesha, por el Abismo!, ¿se puede saber qué te pasa? —jadeó el muchacho, pero dejó de hablar cuando ella le dio una patada en la boca.

Gared rugió, y la próxima vez que ella alzó el pie, él se lo cogió al vuelo y tiró con fuerza, haciéndola caer de espaldas. Se quedó sin aliento cuando aterrizó sobre el suelo, y antes de que pudiera recuperarse, Gared se le echó encima, sujetándola por los brazos contra el suelo.

—¿Es que te has vuelto loca? —le gritó, cuando ella continuó debatiéndose debajo de él. Se le había puesto el rostro de color morado y sus ojos derramaban lágrimas sin parar.

—¿Cómo has podido hacerlo? —chillaba Leesha—. Hijo de abismal, ¿cómo has podido ser tan cruel?

—¡Por la Noche, Leesha!, ¿qué te pasa? —graznó Gared, apresándola con su peso.

—¿Cómo has podido? —insistió ella—. ¿Cómo has podido mentir y decirle a todo el mundo que te aprovechaste de mí anoche?

Gared se la quedó mirando, desconcertado.

—¿Quién te ha dicho eso? —le exigió, y Leesha concibió la esperanza de que la mentira no procediera de él.

—Evin se lo contó a Brianne.

—Mataré a ese hijo del Abismo —gruñó Gared, levantándose de encima de ella—. Prometió mantener la boca cerrada.

—¿Así que es verdad? —chilló Leesha. Volvió a alzar la rodilla violentamente, y Gared aulló revolcándose. Ella se puso en pie y escapó fuera de su alcance antes de que él se recobrar lo bastante para cogerla de nuevo.

—¿Por qué? —le gritó—. ¿Por qué has mentido de esa manera?

—Sólo era simple parloteo entre leñadores —gimió Gared—, no significa nada.

La chica jamás le había escupido a nadie, hasta ese día.

—¿Qué no significa nada? —chilló—. ¿Has arruinado mi vida por algo que no significa nada?

Gared se levantó y Leesha retrocedió. Él alzó las manos y mantuvo las distancias.

—Tu vida no está arruinada.

—¡Brianne lo sabe! —le contestó ella a gritos—. ¡Y Saira y Mairy! ¡Todo el pueblo lo sabrá mañana!

—Leesha... —comenzó Gared.

—¿A cuántos más? —le cortó ella.

—¿Qué?

—¿A cuántos más se lo has contado, idiota? —aulló.

Él se metió las manos en los bolsillos y bajó la mirada.

—Sólo a los demás leñadores.

—¡Por la Noche! ¿A todos...? —Leesha corrió hacia él para arañarle la cara, pero él le cogió las manos.

—¡Tranquilízate! —gritó Gared. Sus manazas, grandes como dos jamones, la sujetaron con fuerza y un calambre de dolor le recorrió los brazos, devolviéndole la cordura.

—Me estás haciendo daño —le dijo con toda la calma que pudo reunir.

—Eso está mejor —dijo él, disminuyendo la presión pero sin soltarla del todo—. Dudo que esto te duela ni de lejos como una patada en las bolas.

—Te la mereces.

—Supongo que sí —admitió Gared—. ¿Podemos hablar ahora de forma civilizada?

—Si me sueltas —dijo ella.

Gared puso mala cara, después la soltó y se alejó a una distancia de seguridad.

—¿Vas a decirle a todo el mundo que has mentido? —preguntó Leesha.

Gared sacudió la cabeza.

—No puedo hacer eso, Leesha. Quedaré como un idiota.

—¿Y es mejor que yo quede como una puta? —contraatacó Leesha.

—Tú no eres ninguna puta. Leesha, estamos prometidos. No es como tu amiga Brianne.

—Estupendo —dijo Leesha—. Quizá yo también tenga que decir unas mentiras por mi cuenta. Si tus amigos se rieron de ti antes, ¿qué crees que dirán si les digo que no fuiste capaz de ponerte lo bastante duro para rematar la faena?

Gared cerró uno de sus puños enormes y lo alzó ligeramente.

—Tú no vas a decir nada de eso, Leesha. Estoy siendo muy paciente contigo, pero si vas por ahí contando mentiras como éstas, te lo juro...

—¿Y está bien que mientas sobre mí? —inquirió Leesha.

—Eso dará igual una vez que estemos casados —replicó Gared—, porque todo el mundo lo olvidará.

—No me voy a casar contigo —dijo Leesha y de repente sintió que se quitaba un gran peso de encima.

El muchacho puso mala cara.

—Pues no creo que tengas muchas posibilidades —replicó—. Porque si alguien quiere tenerte, esa rata de biblioteca de Jona u otro parecido, le daré lo suyo. No hay nadie en Hoya de Leñadores capaz de quedarse con lo que es mío.

—Pues que te aprovechen los frutos de tu mentira —repuso Leesha, volviéndose para que él no pudiera ver sus lágrimas—, porque prefiero entregarme a la noche antes de que cumplas con tu palabra.

A Leesha le costó toda su energía conseguir no romper en lágrimas mientras preparaba la cena esa noche. Cada sonido que hacían Gared o Steave era como un cuchillo rasgando su corazón. Había estado tentada de caer en los brazos de Gared la noche anterior. Casi le había dejado hacer lo que quería, totalmente consciente de lo que eso implicaba. Le había dolido tener que rechazarlo, pero había pensado que era ella quien tenía que entregar su virtud. Nunca hubiera imaginado que él se la arrancaría con una sola palabra, y mucho menos que se le ocurriera hacerlo.

—Ya veo por qué has pasado tanto tiempo en compañía de Bruna —sintió un susurro en su oído. Leesha se dio la vuelta para encontrarse con Elona a su espalda, con una sonrisita de suficiencia.

—No queremos que vayas con una barriga bien redonda el día de tu boda —comentó su madre.

Lamentando en ese momento el comentario que había hecho por la mañana, la chica abrió la boca para replicar, pero su madre se rió con socarronería y se marchó antes de que le acudieran las palabras a la boca.

Escupió en su cuenco, y también en el de Gared y el de Steave. Y sintió una profunda satisfacción mientras los veía comer.

La cena fue espantosa. Steave susurraba en el oído de su madre y Elona soltaba risita tras risita mientras lo escuchaba. Gared estuvo mirándola todo el rato, pero Leesha evitó sus ojos. Mantuvo los suyos pegados a su cuenco, removiéndolo aturdida, como su padre a su lado.

Daba la impresión de que sólo Erny no estaba al tanto de la mentira de Gared. Leesha estaba agradecida por ese motivo, pero sabía en su corazón que no tardaría en enterarse. Había demasiada gente empeñada en destruirla.

Se levantó de la mesa en cuanto le fue posible. Gared se quedó sentado, pero la muchacha sintió que la seguía con los ojos. En el momento en que se retiró a la tienda, ella echó el cerrojo de la puerta, dejándolo encerrado dentro, lo que le hizo sentirse algo más segura.

Como muchas noches anteriores, la muchacha lloró hasta quedarse dormida.

Leesha se levantó dudando de que hubiera llegado a dormir algo. Su madre había vuelto a hacerle a Steave una visita de madrugada, pero únicamente sintió aturdimiento mientras oía sus gruñidos por encima de la algarabía de los abismales.

Gared también le causó un sobresalto muy avanzada la noche, cuando descubrió que la puerta estaba cerrada. Sonrió con tristeza mientras él intentaba forzar el pestillo unas cuantas veces, hasta que al final se rindió.

Erny acudió a besarle la coronilla mientras ella echaba las gachas en el fuego. Era la primera vez que habían estado a solas en los últimos días. Se preguntó cómo afectaría a su padre, ya dolido, cuando le llegara la mentira de Gared. Él la habría creído quizás antes, pero con la traición de su esposa tan reciente, dudaba que le quedara mucha confianza en nada.

—¿Vas a volver hoy a cuidar de los heridos? —le preguntó. Cuando Leesha asintió, sonrió y le dijo—. Eso está bien.

—Siento no tener más tiempo para dedicárselo a la tienda —comentó ella.

Él la tomó de los brazos y se inclinó hacia delante, buscándole los ojos.

—La gente siempre es más importante que el papel, Leesha.

—¿Incluso la mala? —preguntó la chica.

—Incluso los malos —confirmó él. Su sonrisa estaba llena de dolor, pero no había vacilación ni duda en su respuesta—. Busca al peor ser humano posible, aun así será mejor que lo que ves todas las noches al otro lado de la ventana.

Erny la abrazó cuando la muchacha rompió a llorar, la meció entre sus brazos y le acarició los cabellos.

—Estoy orgulloso de ti, Leesha —le susurró—. La fabricación de papel ha sido mi sueño. Si tú escoges otro camino, las protecciones no fallarán por eso.

Ella lo abrazó con fuerza, mojándole la camisa con sus lágrimas.

—Te quiero, papá —le dijo—. Pase lo que pase, nunca dudes de eso.

—Jamás lo haría, sol de mi vida —le contestó él—. Siempre te amaré también.

Ella siguió allí durante un buen rato ya que su padre era el único amigo que le quedaba en el mundo.

Salió a toda prisa de la casa mientras Gared y Steave se ponían las botas. Esperó tener la suerte de no encontrarse con nadie en su camino hacia el Templo, pero los amigos de Gared lo estaban esperando afuera. Su saludo fue una lluvia de silbidos y abucheos.

—¡Sólo hemos venido para asegurarnos de que tu madre y tú no tenéis encamados a Gared y Steave cuando deberían estar trabajando! —le gritó Ren.

Leesha se puso de un intenso color escarlata, pero no dijo nada y apretó el paso para adelantarlos y tomar el camino. Sus carcajadas cayeron como golpes sobre su espalda.

No pensó que eran imaginaciones suyas el hecho de que la gente se la quedara

mirando y se pusieron a cuchichear a su paso. Se apresuró hacia un lugar seguro, el Templo, pero cuando llegó, Stefny le bloqueó la entrada, con las aletas de la nariz arrugadas como si Leesha apestara a la lejía que usaba su padre para hacer el papel.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó la chica—. Déjame pasar. He venido a ayudar a Bruna.

Stefny sacudió la cabeza.

—No dejaré que mancilles este lugar sagrado con tu pecado —le recriminó.

Leesha se irguió en toda su altura, pero aunque le sacaba varios centímetros a Stefny, se sentía como un ratón ante un gato.

—Yo no he cometido pecado alguno —le cortó.

—¡Ja! —se rió la mujer—. Toda la ciudad sabe lo que tú y Gared habéis estado haciendo durante la noche. Tenía algunas esperanzas puestas en ti, niña, pero parece que después de todo sigues siendo la hija de tu madre.

Bruna intervino con su voz rasposa y ronca antes de que Leesha tuviera ocasión de responder.

—¿Qué es todo esto?

Stefny se volvió, con los ojos llenos de altanero orgullo y bajó la mirada hacia la anciana Herborista.

—Esta chica es una puta y no la quiero en la casa del Creador.

—¿Qué tú no la quieres? —preguntó—. ¿Es que ahora eres tú el Creador?

—Anciana, en este lugar no se blasfema —replicó Stefny—. Sus palabras están escritas para todo aquel que quiera leerlas. —Alzó la copia en pastas de cuero del Canon que llevaba consigo a todas partes— Los fornicadores y los adúlteros han hecho caer la Plaga sobre nosotros y eso describe bien tanto a esta buscona como a su madre.

—¿Y dónde está la prueba de su crimen? —preguntó Bruna.

Stefny sonrió.

—Gared ha presumido de su pecado delante de todo aquel que ha querido escucharlo.

La sanadora gruñó y la golpeó súbitamente en la cabeza con el bastón, haciéndola caer al suelo.

—¿Vas a condenar a una chiquilla sin más pruebas que las fanfarronadas de un niño? —chilló—. ¡El alarde de un chico no vale ni el aliento que le cuesta y lo sabes muy bien!

—Todo el mundo sabe que su madre es la puta del pueblo —replicó ella con desdén. Le caía un hilillo de sangre de la sien—. ¿Por qué debe ser el cachorro distinto de la perra?

Bruna volvió a lanzar el bastón contra el hombro de Stefny, y ésta chilló de dolor.

—¡Eh, vosotras! —gritó Smitt, acercándose apresuradamente—. ¡Ya está bien!

El Pastor Michel llegó echando fuego.

—Esto es un Templo, no una taberna angiersina...

—¡Las asuntos de mujeres son como son y tú te quitas de en medio si sabes lo que te conviene! —le replicó bruscamente Bruna, cortándole las alas y se volvió después hacia Stefny—. ¡Abre la boca y descubriré también tu pecado! —siseó.

—¡Yo no he pecado, vieja bruja! —exclamó la mujer.

—Yo he traído al mundo todos los niños de este pueblo —repuso Bruna, en voz tan baja que los hombres no la oyeron—, y a pesar de los rumores, veo bastante bien cuando tengo las cosas tan cerca como un bebé en mis manos.

Stefny palideció y se volvió hacia su marido y el Pastor.

—¡Largaos de aquí! —gritó.

—¡Por el Abismo que no! —gritó Smitt. Agarró el bastón de Bruna y lo apartó de su mujer—. Escucha bien, anciana —le dijo a Bruna—. ¡Seas Herborista o no, no puedes ir por ahí golpeando a quien te venga en gana!

—Ah, pero tu mujer sí puede ir por ahí condenando a quien le dé la gana; ¿verdad? —le replicó ella. Le arrancó el bastón de las manos y le dio otro golpe en la cabeza con él.

Smitt trastabilló hacia atrás, frotándose la.

—Está bien —dijo—. He intentado ser amable.

Por lo general, Smitt decía esto justo antes de remangarse y echar fuera a alguien de su taberna. No era un hombre alto, pero su constitución era robusta y había adquirido mucha experiencia de tanto tratar con leñadores borrachos a lo largo de los años.

Bruna no era ningún leñador fornido, pero no pareció intimidada en lo más mínimo. Se mantuvo firme en su terreno mientras Smitt se precipitaba contra ella.

—¡Pues muy bien! —gritó—. ¡Échame! ¡Y ahora, mezcla tú las hierbas! ¡Curad tú y Stefny a los que vomitan sangre y a los que tienen la fiebre del demonio! ¡Y mientras, traed vuestros niños al mundo! ¡Coced vuestras propias medicinas! ¡Haceos vuestras propias pajuelas de azufre! ¿Para qué necesitáis a la vieja bruja?

—Cierto, ¿para qué? —preguntó Darsy. Todo el mundo se la quedó mirando mientras se acercaba a zancadas hacia Smitt.

—Yo puedo mezclar las hierbas y traer niños al mundo tan bien como ella —comentó Darsy.

—¡Ja! —exclamó Bruna. Incluso Smitt se la quedó mirando, vacilante.

Darsy la ignoró.

—Creo que ya es hora de un cambio —continuó ella—. Tal vez no tenga cien años de experiencia como Bruna, pero yo no ando molestando a la gente.

El posadero se rascó la barbilla y miró de refilón a Bruna, que se rió con socarronería.

—Adelante —le desafió ella—. Me vendrá bien el descanso, pero no vengáis a mi cabaña cuando esa vaca cosa donde hay que cortar y corte donde haya que coser.

—Quizá Darsy se merezca una oportunidad —afirmó Smitt.

—¡Hecho, entonces! —cerró Bruna, dando un golpe con su bastón en el suelo—. Asegúrate de decirle al resto del pueblo adonde tienen que ir ahora a por sus medicinas. ¡Te agradezco que me dejes en paz en mi cabaña!

Se volvió hacia Leesha.

—Vamos, niña, ayuda a una vieja arpía a regresar a su casa.

Se cogió del brazo de Leesha y ambas se volvieron hacia la puerta.

Sin embargo, Bruna se detuvo cuando pasaron por delante de Stefny y la señaló con el bastón antes de susurrarle en voz baja para que fuera audible para las tres mujeres:

—Si dices una sola palabra más contra esta chica, o haces sufrir a otras, haré que todo el pueblo conozca tu vergüenza.

Leesha no pudo olvidar la mirada aterrorizada de la mujer durante todo el camino hacia la cabaña de Bruna.

Una vez que estuvieron dentro, la anciana se volvió hacia ella.

—Bueno, niña, ¿eso es verdad? —le preguntó.

—¡No! —gritó la chica—. Quiero decir, casi... ¡pero le dije que parase y lo hizo!

Sonaba falso y poco creíble, y ella lo sabía. Sintió que la atenazaba el terror. Bruna era la única que la había defendido, y creía que se moriría si la anciana llegaba a pensar también que era una mentirosa.

—Tú... puedes comprobarlo si quieres —le contestó, con las mejillas ruborizadas. Miró hacia el suelo y se limpió las lágrimas.

Bruna gruñó y sacudió la cabeza.

—Te creo, niña.

—¿Por qué? —preguntó Leesha, casi suplicando—. ¿Por qué ha tenido Gared que mentir de esa manera?

—Porque los chicos reciben alabanzas por el mismo motivo que las chicas son expulsadas del pueblo —replicó Bruna—. Porque los hombres se rigen por lo que los demás piensan de sus gusanos pendulones. Porque es una pequeña escoria con serrín en la cabeza, hiriente y mezquino, que no tiene ni idea de lo que ha hecho.

Leesha comenzó a llorar de nuevo, y le dio la sensación de que llevaba llorando toda la vida. Seguramente no había cuerpo que pudiera contener tantas lágrimas.

Bruna abrió los brazos y Leesha se dejó caer entre ellos.

—Ven aquí, chica, ven aquí —le dijo—. Échalo todo fuera y luego ya veremos qué se puede hacer.

Reinó el silencio en la cabaña de Bruna mientras Leesha preparaba una infusión. Todavía era temprano, pero se sentía exhausta por completo. ¿Cómo iba a esperar poder vivir el resto de su vida en Hoya de Leñadores?

«Fuerte Rizón está sólo a una semana de aquí! —pensó— y allí hay millares de personas. Nadie habrá oído hablar de las mentiras de Gared. Si pudiera encontrar a Klarissa y...»

¿Y qué? Se daba cuenta de que todo eso no era más que una fantasía, incluso aunque pudiera encontrar a un Enviado con el que marcharse, el pensamiento de estar una semana o más en el camino hacía que se le helase la sangre, y los rizonianos eran granjeros, no necesitaban nada de letras ni papel. Allí a lo mejor podría encontrar a un nuevo esposo, a lo mejor no, pero la idea de atar su destino a otro hombre le ofrecía poco consuelo.

Le llevó a Bruna su infusión con la esperanza de que la anciana tuviera la respuesta, pero la Herborista no dijo nada y se limitó a beber en silencio mientras Leesha se arrodillaba al lado de su silla.

—¿Qué voy a hacer? —inquirió ella—. No puedo esconderme aquí para siempre.

—Podrías si quisieras —replicó Bruna—. Por mucho que se jacte, Darsy no ha retenido ni una pequeña fracción de lo que le he enseñado, y yo apenas si le he enseñado una pequeña parte de todo lo que sé. La gente del pueblo pronto volverá aquí suplicando mi ayuda. Quédate, y dentro de un año la gente de Hoya de Leñadores no sabrá cómo han podido apañarse sin ti.

—Mi madre nunca lo permitirá —contestó Leesha—. Seguiré empeñada en que me case con Gared.

Bruna asintió.

—Así es. Nunca se ha perdonado a sí misma por no haberle dado hijos a Steave. Está decidida a que tú corrijas sus errores.

—Pues no lo haré —replicó Leesha—. Antes me entregaría a la noche que dejar que me toque Gared.

Se sintió conmocionada cuando comprendió que sentía cada palabra que decía.

—Eso es muy valiente por tu parte, cariño —convino la anciana con cierto desdén en el tono de su voz—. Tan valiente como para haber echado a perder tu vida por la mentira de un crío y el miedo a tu madre.

—¡Yo no le tengo miedo!

—¿Tampoco temes decirle que no quieres casarte con el chico que ha destrozado tu reputación?

Leesha se quedó en silencio un buen rato antes de asentir.

—Llevas razón —le dijo, y Bruna gruñó.

La chica se puso en pie.

—Supongo que lo mejor será que acabe con esto lo antes posible —comentó,

pero la anciana no despegó los labios.

Una vez ya en la puerta, la muchacha se detuvo y miró hacia atrás.

—¿Bruna? —inquirió, y la mujer gruñó de nuevo—. ¿Cuál fue el pecado de Stefny?

La anciana le dio un trago a su infusión.

—Smitt tiene tres preciosos niños.

—Cuatro —le corrigió Leesha.

La sanadora negó con la cabeza.

—Stefny tiene cuatro, pero sólo tres son de Smitt.

Los ojos de la chica se dilataron de la impresión.

—Pero ¿de quién pueden ser? —preguntó—. Stefny nunca sale de la taberna, salvo para ir al Templo... —Cuando lo dijo, soltó un jadeo.

—Incluso los Hombres Santos son hombres —declaró Bruna.

Leesha caminó de vuelta a casa a paso lento para disponer de tiempo para pensar y escoger las palabras, pero al final comprendió que fuesen cuales fueran las frases, daba igual. Lo que importaba realmente era que ella no quería casarse con Gared y la reacción de su madre.

El día estaba bastante avanzado cuando llegó a la casa. Gared y Steave llegarían pronto del bosque. Ella necesitaba que el enfrentamiento tuviera lugar antes de su regreso.

—Bueno, realmente la has armado bien hoy —la increpó su madre en tono ácido cuando entró—. Mi hija es la buscona de la ciudad.

—Yo no soy una buscona —replicó Leesha—. Gared ha estado contando mentiras por ahí.

—¡No oses echarle la culpa de que no hayas sido capaz de mantener las piernas cerradas! —exclamó Elona.

—Yo no me he acostado con él.

—¡Ja! —ladró su madre— No pienses que soy tan tonta, Leesha. Yo también fui joven hace tiempo.

—Tú has sido «joven» todas las noches de esta semana —repuso la chica—, y Gared es un mentiroso.

Elona le dio una bofetada que la derribó al suelo.

—¡No te atrevas a hablarme de ese modo, tú, putilla! —le chilló.

Leesha se quedó quieta, sabiendo que si se movía su madre le pegaría de nuevo. Sentía como si le hubiera prendido fuego en la mejilla.

Viendo a su hija tan postrada, Elona inspiró profundamente y pareció calmarse.

—No importa —dijo—. Siempre he sabido que necesitabas que alguien te

derribara de un golpe del pedestal donde el idiota de tu padre te ha puesto. Te casarás pronto con Gared, y la gente se cansará de murmurar algún día.

Leesha se armó de valor.

—No me voy a casar con él. Es un mentiroso y no lo voy a hacer.

—Claro que lo harás —repuso Elona.

—No, no lo haré —sostuvo la chica, y las palabras le devolvieron la fuerza hasta tal punto que se puso en pie—. No diré las palabras, y no hay nada que puedas hacer para obligarme.

—Ya veremos eso —replicó su madre, quitándose el cinturón, una gruesa correa de cuero con una hebilla metálica que siempre llevaba algo suelta alrededor de la cintura. Leesha pensó que la llevaba únicamente para poder golpearla.

La mujer se dirigió hacia su hija, que chilló y se retiró en dirección a la cocina antes de darse cuenta de que era el último sitio al que debía haber ido, pues sólo había un lugar por donde entrar y salir.

Gritó de nuevo cuando la hebilla le cortó el vestido y la golpeó en la espalda. Elona balanceó la correa de nuevo y Leesha se arrojó contra ella presa de la desesperación. Cuando ambas cayeron al suelo, oyó cómo se abría la puerta y la voz de Steave. Al mismo tiempo una voz preguntaba desde la tienda.

Elona hizo buen uso de la distracción: propinó un puñetazo en pleno rostro a su hija y se puso de pie de inmediato, volviendo a descargar el cinturón contra la chica, que dejó escapar otro grito.

—¡Por el Abismo!, ¿qué está ocurriendo aquí? —gritó alguien desde el umbral.

Leesha alzó la mirada para ver a su padre luchando por entrar en la habitación bloqueado por el musculoso brazo de Steave.

—¡Quítate de mi camino! —gritó Erny.

—Esto es entre ellas —respondió Steave con una amplia sonrisa.

—¡Ésta es mi casa y tú aquí sólo eres un invitado! —aulló Erny—. ¡Quítate de mi camino!

Como Steave no se apartó, Erny le dio un puñetazo.

Todo el mundo se quedó parado. No quedó claro si Steave había sentido el puñetazo o no. Rompió el silencio con una risa, y le devolvió el golpe a Erny sin esfuerzo aparente, de modo que éste salió volando hacia la sala principal.

—Vosotras, señoras, resolved vuestras diferencias en privado —comentó Steave con un guiño.

Y cerró tras él la puerta de la cocina mientras la madre de Leesha se empleaba con ella a fondo una vez más.

Leesha sollozó en voz baja en la habitación trasera de la tienda de su padre,

limpiándose con cuidado las heridas y los cardenales. Si hubiera dispuesto de las hierbas apropiadas, habría podido hacer más, pero sólo tenía agua fría y un trapo.

Había salido huyendo hacia la tienda justo después de su ordalía, cerrando las puertas desde el interior, e ignorando incluso los suaves golpecitos de su padre. Cuando las heridas estuvieron limpias y los cortes más profundos curados, Leesha se acurrucó hecha una pelota en el suelo, temblando de dolor y vergüenza.

—Te casarás con Gared el día que sangres —le había prometido su madre—, o te haré esto todos los días hasta que consientas.

La chica sabía que lo haría, y sabía que debido al rumor que había propagado Gared, mucha gente se pondría de su parte e insistiría en que se casaran, haciendo caso omiso de los cardenales que ya había lucido muchas veces antes.

«No lo haré —se prometió a sí misma—, antes me entregaré a la noche.»

En ese momento sintió un calambre en las entrañas. Gimió y sintió una humedad en los muslos. Aterrorizada, la restañó con un trapo limpio, rezando fervientemente, pero allí, como una broma cruel del Creador, estaba la sangre.

La muchacha gritó y oyó una voz que le respondía desde la casa.

Nuevamente volvió el golpeteo en la puerta.

—Leesha, ¿te encuentras bien? —le preguntó su padre.

Ella no contestó, y se quedó mirando la sangre horrorizada. ¿No había sido dos días apenas antes cuando había estado rezando para que eso sucediese? Ahora la contempló como si procediese del mismísimo Abismo.

—Leesha, ¡abre la puerta ahora mismo o tendrás toda la noche para pagarlo! —chilló su madre.

La chica la ignoró.

—¡Si no haces caso a tu madre y abres esta puerta antes de que termine de contar hasta diez, Leesha, te juro que la echaré abajo! —bramó Steave.

Cuando el hombre comenzó a contar, la muchacha sintió que la atenazaba el miedo. No le cabía duda alguna de que era capaz de hacerlo y que podría destrozar la gruesa puerta de madera de un solo golpe. Corrió hacia la puerta exterior, abriéndola de un tirón.

Casi era de noche. El cielo era de un intenso color púrpura y el último rayo de sol se hundiría tras el horizonte en apenas minutos.

—¡Cinco! —gritó Steave—. ¡Cuatro! ¡Tres!

Leesha tragó aire y corrió hacia el exterior de la casa.

6

Los secretos del fuego

319 d.R.

Leesha se levantó las faldas y corrió con todas sus fuerzas, pero había más de kilómetro y medio hasta la cabaña de Bruna, y sabía con absoluta certeza que jamás conseguiría llegar a tiempo. El latido de su corazón y el golpeteo de sus pies sofocaron los gritos de su familia, que resonaban a sus espaldas.

Sentía una aguda punzada en el costado, y le ardían la espalda y los muslos a causa de la paliza de Elona. Tropezó, cayó y se arañó las manos mientras intentaba incorporarse. Ignoró el dolor y se obligó a levantarse, siguiendo adelante por pura fuerza de voluntad.

La luz se atenuó cuando estaba a mitad de camino de la casa de la Herborista y en el cielo se extendió la noche, a cuyo amparo acudieron los demonios desde el Abismo. Las neblinas oscuras comenzaron a alzarse y a cuajarse, adquiriendo aquellas horribles y extrañas formas.

Leesha no quería morir, lo sabía ahora que era demasiado tarde, pero en ese momento, aunque quisiera volverse, su casa quedaba más lejos que la cabaña de Bruna, y no había nada entre las dos. Erny había construido su casa alejada de las demás a propósito, debido a las quejas que solía despertar el hedor de los productos químicos utilizados para la fabricación de papel. Su única alternativa era continuar hacia el hogar de Bruna, situado en los límites de la floresta, donde los demonios del bosque solían reunirse en masa.

Unos cuantos abismales le lanzaron zarpazos cuando pasó a su lado, pero no consiguieron su objetivo por ser todavía incorpóreos. Sintió una especie de frío cuando aquellas garras le atravesaron el pecho, como si la hubiera tocado un fantasma, pero no sintió dolor alguno y no aminoró el ritmo.

No había demonios de las llamas tan cerca de la floresta. Los demonios del bosque solían matar a los de las llamas en cuanto los veían. El escupitajo de fuego podía prender en un demonio del bosque, pese a que el fuego normal no podía hacerlo. Un demonio del viento se solidificó delante de ella, pero Leesha lo esquivó y las patas larguiruchas de la criatura no estaban preparadas para perseguirla a pie, así que le chilló cuando pasó junto a él.

Atisbo una luz más adelante. Era el farol colgado en la puerta delantera de la cabaña de Bruna. Hizo un último esfuerzo por adquirir más velocidad mientras

voceaba:

—¡Bruna, Bruna, por favor, abre la puerta!

No hubo respuesta alguna y la puerta permaneció cerrada, pero el camino permanecía despejado y concibió alguna esperanza de conseguirlo.

Sin embargo, un demonio del bosque de más de dos metros se interpuso en su dirección.

Y ése fue el fin de sus esperanzas.

El monstruo rugió y abrió las fauces, mostrando unas filas de dientes como cuchillos. Steave pareciera insignificante en comparación con todos aquellos gruesos tendones retorcidos cubiertos por una armadura como una corteza de árbol llena de nudos.

Leesha dibujó un grafo en el aire delante de ella y rezó silenciosamente al Creador para que le concediera una muerte rápida. Los cuentos decían que los demonios consumían tanto el espíritu como el cuerpo, y supuso que estaba a punto de descubrirlo.

El abismal avanzó dando grandes zancadas en su dirección y cubrió con rapidez el espacio existente entre ambos, esperando adivinar en qué dirección se disponía a correr. Leesha sabía que eso era lo que habría hecho de no haberse quedado paralizada por el miedo, ya que no había ningún lugar hacia donde correr. El demonio se erguía entre ella y su única esperanza de refugio.

Se oyó un chirrido cuando se abrió la puerta principal de la casa de Bruna, proyectando más luz al patio. El monstruo se volvió mientras la vieja bruja aparecía ante la vista.

—¡Bruna! —gritó la chica—. ¡Quédate detrás de los grafos, hay un demonio del bosque en el patio!

—Mis ojos ya no son lo que eran, cariño —replicó la anciana—, pero no veo tan poco como para no distinguir a una bestia tan fea como ésa.

Dio otro paso hacia delante, cruzando las protecciones. Leesha chilló cuando el demonio rugió y se lanzó hacia la nueva presa.

Bruna se mantuvo a pie firme mientras el abismal atacaba a cuatro patas y a una velocidad terrorífica. Ella buscó algo dentro de su chal, sacó un objeto pequeño y lo acercó a la llama de la linterna colgada en la entrada hasta que prendió.

Tenía al demonio ya casi encima cuando retrajo el brazo y lo lanzó. El objeto estalló, cubriendo al abismal de fuego líquido. El incendio iluminó la noche y la oleada de calor impactó en la cara de la muchacha, aun estando a varios metros.

El monstruo chilló cuando cayó hacia el suelo, revolcándose en el polvo en un intento desesperado de extinguir las llamas. El fuego no lo abandonó, haciendo que se

retorciera y aullara en el suelo.

—Será mejor que entres, Leesha —le advirtió la anciana mientras se quemaba—, no vaya a ser que pilles un resfriado.

La muchacha se sentó, envuelta en uno de los chales de Bruna, y se quedó mirando cómo se alzaba el vapor de la infusión que tan poco le apetecía beber. Los chillidos del demonio del bosque habían dejado de sonar hacía ya un buen rato. Le dieron arcadas al imaginarse sus restos quemados en el patio.

Bruna se sentó a su lado en la mecedora, tarareando suavemente mientras manejaba con destreza un par de agujas de tejer. Leesha no podía comprender semejante serenidad. En lo que a ella se refería, no creía que volviera a estar tranquila en su vida.

La anciana Herborista la había examinado sin palabras, gruñendo de forma ocasional, mientras ponía bálsamo y vendaba las heridas de la chica, de las cuales era evidente que sólo unas pocas procedían de su huida. También enseñó a Leesha a doblar y ponerse un trapo limpio para contener el flujo de sangre entre sus piernas, y le advirtió que se lo cambiara con frecuencia.

Pero después Bruna se sentó como si no hubiera ocurrido nada fuera de lo normal y sólo se oyeron en la habitación a partir de entonces el roce de las agujas y el crepitar del fuego.

—¿Qué ha sido lo que le has hecho a ese demonio? —preguntó la muchacha, cuando ya no pudo resistirlo más.

—Lanzarle fuego líquido infernal —aclaró Bruna—. Es difícil de hacer y muy peligroso, pero no conozco otra cosa capaz de frenar a un demonio del bosque. Los «leñositos» son inmunes a las llamas normales, pero el fuego líquido los quema igual que si fueran escupitajos de fuego.

—No sabía que hubiera nada capaz de matar a un demonio —comentó la chica.

—Ya te dije, niña, las Herboristas son las custodias de la Ciencia del mundo antiguo —explicó la anciana, que gruñó y escupió en el suelo—. O algunas de nosotras al menos. Puede que yo sea la última en conocer esa receta infernal.

—¿Y por qué no la compartes? —preguntó la chica—. Podríamos librarnos de los demonios para siempre.

Bruna se echó a reír sarcásticamente.

—¿Librarnos? A lo mejor seríamos libres de quemar la aldea hasta los cimientos o los bosques. No hay calor capaz de hacerle más que cosquillas a un demonio de las llamas o que detenga a un demonio de las rocas. No hay fuego que pueda alcanzar la altura de un demonio del viento o que pueda incendiar un lago o un estanque para llegar hasta un demonio de las aguas.

—Pero aun así —la presionó Leesha—, lo que has hecho esta noche muestra lo útil que puede llegar a ser. Me has salvado la vida.

Bruna asintió.

—Mantenemos vivo el conocimiento del mundo antiguo hasta el día que lo necesitemos de nuevo, pero acarrea una gran responsabilidad. Debemos aprender de las historias de las guerras de los hombres de la antigüedad, que nos dejan bien claro que no podemos confiarles los secretos del fuego.

»Por eso las Herboristas son siempre mujeres —continuó—. Los hombres son incapaces de tener ese poder sin usarlo. Le vendo palos tronadores y petardos de feria a Smitt, cariño, pero no se me ocurriría decirle nunca cómo se hacen.

—Darsy es una mujer —apuntó la chica—, pero a ella tampoco le has enseñado.

Bruna resopló.

—Incluso aunque esa vaca fuera lo bastante lista para mezclar los ingredientes sin prenderse fuego a sí misma, de todos modos es casi prácticamente un hombre en cuanto a su manera de pensar. No le enseñaría cómo fabricar fuego infernal o polvo explosivo mucho más que a Steave.

—Vendrán a buscarme mañana.

Bruna señaló la infusión de la chica, que se le enfriaba.

—Bebe —le ordenó—. A cada día le basta su propio afán.

Leesha hizo lo que le dijo y notó el sabor amargo del opio y el amargor de la duranta, de modo que pronto se dejó llevar por la somnolencia. Como si asistiera al hecho como espectadora, se dio cuenta de que se le caía la taza de las manos.

La mañana llegó cargada de color. Brunna puso hipérico en el té de Leesha para calmar el dolor de los cardenales y los calambres del abdomen, pero a ésta la mezcla le distorsionó la percepción sensorial. Se sintió como si estuviera flotando sobre la cabaña donde yacía, mientras sus extremidades le pesaban como plomo.

Erny llegó poco después del amanecer. Se echó a llorar cuando la vio, arrodillándose al lado de su camastro y abrazándola con fuerza.

—Pensé que te había perdido —dijo entre sollozos.

Leesha alzó la mano con debilidad, y pasó los dedos a través del cabello, que le raleaba.

—No es culpa tuya —susurró.

—Debería haberme plantado ante tu madre hace mucho tiempo.

—Eso es quedarse corto —gruñó Brunna mientras seguía haciendo punto—. Ningún hombre debería dejar que su mujer lo mangoneara hasta ese extremo.

Erny asintió y no replicó. Su rostro se contorsionó y aparecieron más lágrimas detrás de sus anteojos.

Se oyeron unos golpes en la puerta. Bruna miró a Erny, que se levantó para abrir.

—¿Está aquí?

Leesha oyó la voz de su madre, y los calambres se duplicaron. Se sentía tan débil que era incapaz de luchar más. No tenía fuerzas ni para incorporarse.

Un momento más tarde entró Elona, con Gared y Steave pegados a sus talones como si fueran un par de sabuesos.

—¡Aquí estás, niña inútil! —gritó su madre—. ¿Sabes el susto que me has dado corriendo hacia la noche como lo has hecho? ¡Tenemos a más de la mitad del pueblo buscándote! ¡Te voy a dar una paliza como no te la he dado en la vida!

—Nadie va a pegarle a nadie, Elona —dijo Erny—. Si alguien aquí tiene alguna culpa de lo que ha pasado, eres tú.

—Cierra el pico, Erny —replicó su esposa—. Tú sí que tienes la culpa de que sea tan testaruda por haberla consentido tanto.

—Esta vez no me voy a callar —insistió el padre, enfrentándose con su esposa.

—Ya lo creo que lo harás, si sabes lo que te conviene —le advirtió Steave, cerrando el puño.

Erny lo miró y tragó saliva.

—No me das miedo —le dijo, pero le salió como un gemido, de modo que Gared se burló.

Steave agarró a Erny por la pechera de la camisa, levantándole del suelo con una mano mientras echaba hacia atrás su puño grande como un jamón.

—Deja ya de comportarte como un estúpido —le aconsejó Elona—. Y tú. —Se volvió hacia la chica—. Te vienes con nosotros a casa ahora mismo.

—Ella no se va a ninguna parte —replicó Bruna, apartando las agujas de tejer y apoyándose en su bastón para incorporarse—. Los únicos que se van de aquí sois vosotros tres.

—Cállate, vieja bruja —la increpó Elona—. No voy a dejar que arruines la vida de mi hija del mismo modo que arruinaste la mía.

Bruna resopló.

—¿Acaso fui yo la que te metió la infusión de balaustia por el gaznate y te obligó a abrirte de piernas para todo el pueblo? —le preguntó—. Tú has causado tu propia amargura. Y ahora, fuera de mi cabaña.

Elona dio la vuelta a su alrededor.

—¿Y qué nos vas a hacer, si no? —la desafió.

La bruja le dedicó una sonrisa desdentada y le clavó el bastón en el pie, haciendo que se le escapara a la mujer un agudo grito. Continuó la acción con otro golpazo dirigido a la barriga, que la dejó doblada en dos, cortando en seco su arranque.

—¡Eh, tú! —gritó Steave mientras lanzaba a Erny hacia un lado, él y su hijo Gared se precipitaron contra la anciana.

A ésta no pareció preocuparle mucho más que el ataque del demonio del bosque. Metió la mano dentro de su chal y sacó con rapidez un puñado de polvo que arrojó contra el rostro de ambos leñadores.

Gared y Steave cayeron al suelo entre gritos, frotándose los rostros.

—Tengo más en el mismo sitio del que he sacado éste, Elona —avisó a la mujer—, y os veré a todos ciegos antes de que nadie me dé órdenes en mi propia casa.

La mujer correteó a cuatro patas hacia la puerta, protegiéndose la cara con el brazo conforme avanzaba. Bruna se echó a reír, ayudando a Elona a salir hacia fuera con una poderosa patada en las posaderas.

—¡Fuera también vosotros dos! —les gritó a Gared y a Steave—. ¡Fuera antes de que os prenda fuego a los dos!

Padre e hijo anduvieron a trompicones y a tuestas, gimiendo de dolor, con los rostros enrojecidos bañados en lágrimas. Bruna los empujó con su bastón, guiándolos hasta la puerta como haría con un perro que se hubiera meado en el suelo.

—¡Volved cuando queráis..., si os atrevéis!

Bruna se rió con sorna mientras salían corriendo por el patio.

Alguien más llamó a la puerta al cabo de un rato. Leesha ya estaba de pie y andaba de un lado para otro, aunque aún débil.

—¿Quién viene ahora? —ladró Bruna—. ¡No había tenido tantos visitantes en un solo día desde que se me cayeron los pechos!

Acudió dando pisotones hasta la puerta y la abrió para encontrarse allí fuera a Smitt, de pie, frotándose las manos con nerviosismo. Los ojos de Bruna se entrecerraron cuando lo vio.

—Ya me he retirado —le soltó—. Vete a por Darsy. —Y comenzó a cerrar la puerta.

—Espera, por favor —le suplicó Smitt, alzando la mano para mantener la puerta abierta. La anciana lo miró con cara de pocos amigos y él retiró la mano como si se la hubiera quemado.

—Estoy esperando —dijo la anciana con irritación.

—Se trata de Ande —explicó Smitt, refiriéndose a uno de los hombres que había resultado herido durante el ataque de esa semana—. La herida de la barriga ha empezado a pudrirsele, así que Darsy le sajó, y ahora le sale sangre por los dos lados.

Bruna escupió en las botas de Smitt.

—Ya te previne de que eso iba a pasar.

—Ya lo sé —siguió Smitt—, tenías razón, y debería haberte escuchado. Por favor, vuelve. Haré cualquier cosa que me pidas.

Bruna gruñó.

—No voy a hacer pagar a Ande por tu estupidez —le retrucó—. ¡Pero haré que cumplas tu palabra y no pienses ni por un segundo que no lo haré!

—Lo que quieras —prometió él de nuevo.

—¡Erny! —ladró Bruna—. ¡Coge mi lona de las hierbas! Smitt puede llevarla, y tú ayuda a tu hija a caminar. Nos vamos al pueblo.

Leesha se cogió del brazo de su padre. Temía retrasarlos, pero a pesar de su debilidad, fue capaz de mantener el ritmo de los pasos de Bruna, que arrastraba los pies con lentitud.

—Debería hacer que me llevaras a tu espalda —le soltó con malhumor al hombre—. Mis viejas piernas ya no son tan rápidas como lo fueron en otros tiempos.

—Te llevaré si quieres —le contestó Smitt.

—No seas idiota —le repuso ella.

La mitad del pueblo estaba reunido en las afueras del Templo. Se oyó un suspiro generalizado de alivio cuando apareció Bruna, y susurros cuando vieron a Leesha, con su vestido destrozado y sus cardenales.

La bruja ignoró a todo el mundo y apartó a la gente de su camino con el bastón, yéndose derecha hacia el interior. Leesha vio a Gared y a Steave tumbados en dos camastros con trapos húmedos sobre los ojos y contuvo una sonrisita de suficiencia. Bruna le había explicado que la dosis de pimienta y ailanto que usaba no les dejaría ningún daño permanente, pero esperaba que Darsy no supiera lo bastante para habérselo dicho. Los ojos de Elona se le clavaron como puñales cuando pasó a su lado.

Bruna se dirigió directa hacia el camastro de Ande. Estaba bañado en sudor y hedía. Tenía la piel amarillenta, y el trapo que envolvía sus costados estaba manchado de sangre, orina y heces. Bruna lo miró y luego escupió. Darsy se sentó por allí cerca y quedó claro que había estado llorando.

—Leesha, desenrolla el paño y saca las hierbas —le ordenó Bruna—. Tenemos trabajo que hacer.

Darsy se apresuró a acudir a su lado, intentando quitarle la lona a la chica.

—Yo puedo hacerlo —le dijo—. Tú estás a punto de caerte.

La muchacha la empujó hacia un lado y sacudió la cabeza.

—Éste es mi sitio —replicó, desatando la tela y abriéndola para exponer los distintos bolsillos con las hierbas.

—¡Leesha es ahora mi aprendiz! —proclamó Bruna a voz en grito para que todos lo oyeran. Miró fijamente a Elona a los ojos mientras continuaba—. Su compromiso con Gared se ha roto y me servirá durante siete años y un día. Y si alguien tiene algo que decir en contra de esto o de ella, ¡que se cure sus propias dolencias!

Elona abrió la boca, pero Erny le espetó:

—¡Cierra el pico!

A Elona casi se le salen los ojos de las órbitas y tosió mientras se tragaba las palabras. Erny asintió, y después se movió hacia donde estaba Smitt. Ambos hombres se retiraron a una esquina y estuvieron hablando en voz baja.

Leesha perdió la noción del tiempo mientras ella y Bruna estuvieron trabajando. Darsy había cortado de forma accidental el intestino de Ande mientras intentaba extraer la ponzoña del demonio, envenenándolo con sus propias heces. Bruna maldecía continuamente mientras deshacía el vendaje, enviando a la chica a correr de un lado para otro para que limpiara instrumentos, buscara hierbas, y mezclara pociones. Le iba enseñando conforme trabajaba, explicándole cuáles habían sido los errores de Darsy y lo que ella estaba haciendo para corregirlos. Leesha la escuchó con toda su atención.

Finalmente, hicieron todo lo posible antes de coser la herida y envolverla con vendas limpias. Ande permaneció sumido en un sueño profundo, pero parecía respirar con más facilidad y su piel había recuperado casi el color normal.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Smitt, mientras Leesha ayudaba a Bruna a ponerse en pie.

—Desde luego no gracias a ti ni a Darsy —le reprochó la anciana—, pero si se queda donde está sin moverse y hace exactamente lo que se le diga, entonces tal vez no sea esto lo que termine por matarlo.

Mientras se dirigían a la puerta, Bruna se acercó a los camastros donde yacían Gared y Steave.

—¡Quitaos ya esos estúpidos paños de los ojos y dejad de gemir!

Gared fue el primero en obedecer, bizqueando al recibir la luz.

—¡Ya puedo ver! —gritó.

—Claro que puedes ver, estúpida cabeza de serrín —le sopló la anciana—. El pueblo necesita gente que mueva cosas de un lado para otro y no puedes hacerlo si te quedas ciego. —Sacudió el bastón en su dirección—. Pero si te cruzas otra vez en mi camino, ¡la ceguera será la menor de tus preocupaciones!

El chico palideció y asintió.

—Estupendo —dijo Bruna—. Ahora di la verdad. ¿Desfloraste a Leesha?

Gared miró alrededor, intimidado. Finalmente bajó la mirada.

—No —reconoció—. Era mentira.

—Habla más alto, chico —le exigió la anciana—. Soy muy vieja y mis oídos ya no son lo que eran. —Y en voz más alta, de modo que todo el mundo pudiera oírlo, insistió—: ¿Desfloraste a Leesha?

—No —gritó el muchacho, con el rostro tan ruborizado que se le puso más rojo que cuando la bruja le arrojó los polvos. Al oírle, los murmullos se extendieron como fuego por toda la multitud.

Steave se quitó entonces su propia venda y le propinó a su hijo un fuerte golpe en la espalda.

—Por el Abismo que vas a pagar todo esto a base de bien cuando regresemos a casa —gruñó.

—Pero no a la mía —intervino Erny. Elona lo miró con cara de malas pulgas, pero él la ignoró y señaló con el pulgar al tabernero—. Hay una habitación para los dos en su establecimiento.

—El pago por esa habitación será vuestro propio trabajo —añadió Smitt—, y estaréis en la calle de aquí a un mes, aunque todo lo que hayáis conseguido construir en ese tiempo haya sido un cobertizo.

—¡Eso es ridículo! —exclamó Elona—. ¡No pueden trabajar para pagar su habitación y construirse una casa en un mes!

—Creo que tú tienes otros problemas —replicó Smitt.

—¿Qué quieres decir? —inquirió ella.

—Quiero decir que debes tomar una decisión —anunció Erny—. O aprendes a mantener tus votos matrimoniales o haré que el Pastor los rompa para que puedas reunirte con Gared y Steave en su cobertizo.

—No puedes estar hablando en serio.

—Nunca he hablado más en serio —replicó él.

—Que el Abismo se lo lleve —dijo Steave—. Vente conmigo.

Elona lo miró de refilón.

—¿Para vivir en un cobertizo? —inquirió—. De eso, nada.

—Entonces será mejor que te vayas a casa —ordenó Erny—. Va a llevarte una temporadita aprender a apañártelas en la cocina.

Elona lo miró con cara de pocos amigos y Leesha comprendió que la lucha de su padre apenas había comenzado, aunque su madre obedeció y eso decía mucho acerca de las probabilidades que tenía de salirse con la suya.

Erny besó a su hija.

—Estoy orgulloso de ti —le dijo—, y espero que algún día tú también puedas estar orgullosa de mí.

—¡Oh, papá! —exclamó la chica, abrazándolo—. Ya lo estoy.

—Entonces, ¿te vendrás a casa? —preguntó con esperanza en la voz.

Leesha miró a Bruna, y después otra vez a él, y negó con la cabeza.

Erny asintió y la abrazó de nuevo.

—Lo comprendo.

Rojer

318 d.R.

Rojer iba detrás de su madre mientras ella barría la posada. El niño imitaba con una pequeña escoba los enérgicos movimientos de su progenitora. Ésta le dirigió una sonrisa y le alborotó el radiante pelo rojo. El pequeño le devolvió la sonrisa. Tenía tres años.

—Barre detrás del fogón, cielo.

Él se apresuró a obedecerla y rascó las grietas entre el hogar y la pared con las cerdas del cepillo, provocando una lluvia de cenizas y cortezas. Su madre recogió los restos y los agrupó en un pulcro montón.

Se abrió la puerta y entró el padre de Rojer con los brazos llenos de leña. Dejó un rastro de cortezas y suciedad al cruzar la habitación.

—Acabo de barrer el cuarto, Jessum —le chilló su esposa.

—Y yo la he ayudado —proclamó el chiquillo con orgullo.

—Eso es cierto, pero tu padre lo ha manchado todo.

—¿Quieres que nos quedemos sin leña por la noche, cuando el duque y su séquito estén en el piso de arriba?

—Su Gracia no va a llegar aquí hasta dentro de una semana —replicó Kally.

—Más vale trabajar ahora que hay poco jaleo en la taberna, Kally —respondió Jessum—. No nos han dicho cuántos cortesanos acompañarán al duque, y nos harán correr de un lado para otro como si el pequeño Pontón fuera la mismísima Angiers.

—Si quieres hacer algo útil, los grafos de ahí fuera están empezando a descascarillarse.

Él asintió.

—Ya lo he visto. La madera se ha pandeado tras la última ola de frío.

—Se suponía que el Maestro Piter iba a tenerlo solucionado la semana pasada —le recordó Rally.

—Hablé con él ayer —contestó Jessum—. Lo está aplazando todo para encargarse del trabajo en el puente, pero asegura que estarán preparados para cuando llegue el duque.

—Lo del duque a mí no me preocupa. Piter tiene un único interés: causarle buena impresión al duque para conseguir una encomienda jugosa. Yo tengo preocupaciones más sencillas, como que no nos despedace un abismal por la noche.

—Vale, vale —cedió Jessum, alzando las manos—. Hablaré con él otra vez.

—Tú te crees que Piter sabe bien lo que se hace, pero Rhinebeck ni siquiera es nuestro duque —le recordó ella.

—Es el único que está lo bastante cerca para ayudarnos si necesitásemos socorro enseguida. A Euchor le importa un comino Pontón mientras los Enviados puedan cruzar el río y reciba a tiempo los impuestos.

—Abre los ojos y ve la luz —le contestó Kally—. Si Rhinebeck se acerca, lo hace porque también olfatea el dinero del pontazgo. Antes de que Ro—jer cumpla otro verano vamos a estar pagando impuestos a los duques de las dos orillas.

—¿Y qué deberíamos hacer? —preguntó Jessum—. ¿Desairar a un duque que está a un día de camino a favor del que está al norte, a dos semanas de viaje?

—No digo que le escupamos en un ojo, pero no veo a qué viene tanto interés por impresionarlo en vez de proteger nuestras propias casas.

—He dicho que iría, Kally.

—Pues hazlo, que ya pasa de mediodía, y llévate a Rojer contigo. Quizá eso le recuerde qué es realmente importante.

Jessum disimuló su enfado y se acuclilló ante su hijo.

—¿Quieres ir a ver el puente, Rojer?

—¿Para pescar? —preguntó el niño, pues le encantaba pescar junto al puente en compañía de su padre.

Jessum rió y cogió en brazos al niño.

—Hoy no. Mamá quiere que tengamos unas palabritas con Piter.

El padre sentó a Rojer sobre sus hombros.

—Ahora, sujétate fuerte —le ordenó.

El pequeño se aferró a su progenitor, notando en las palmas su rostro rasposo a causa de la barba incipiente, cuando éste se agachaba para salir por la puerta.

El trayecto hasta el puente era corto. Pontón era pequeño incluso para ser una aldehuela: un puñado de casas y tiendas, los barracones de los hombres de armas encargados de recaudar el impuesto de paso y la taberna de sus padres. Rojer saludó con la mano a los guardias cuando pasaron por delante de la casa del pontazguero. Ellos le devolvieron el gesto.

El puente permitía salvar el río Entretierras en el punto más estrecho del caudal. Lo habían construido hacía generaciones, tenía dos arcos, una extensión de unos noventa metros y un ancho de calzada suficiente para que cupieran al mismo tiempo una carreta grande flanqueada por un caballo a cada lado. Un equipo de ingenieros milneses se encargaban del mantenimiento diario de los cables y los estribos. El Camino de los Enviados, el único existente, se prolongaba en ambas direcciones hasta donde alcanzaba la vista.

El maestro Piter se hallaba en la orilla opuesta, dando órdenes a voz en grito por

encima del pretil. Rojer siguió la dirección de su mirada y vio a los aprendices colgando de cuerdas mientras trazaban grafos en la parte inferior del puente.

—¡Piter! —le llamó el posadero cuando estuvieron en la mitad del puente.

—Hola, Jessum —contestó el Protector. Jessum dejó al niño en el suelo y los dos hombres se estrecharon las manos.

—El puente tiene buen aspecto —observó el padre de Rojer. El Protector había sustituido la mayor parte de los sencillos grafos pintados por otros de caligrafía más intrincada grabados sobre madera lacada y pulida.

Piter sonrió.

—El duque se va a cagar en las calzas cuando vea mis grafos de protección —aseguró.

—Kally está sacándole brillo a la posada, tal y como hablamos.

—Deja satisfecho al duque y tu futuro estará asegurado —dijo el Protector—. Un elogio en los oídos adecuados y podríamos llevar nuestros negocios en Angiers y no en este aldeorrio.

—Este «aldeorrio» es mi hogar —replicó Jessum, torciendo el gesto—. Mi abuelo nació en Pontón y si me dan vela en ese entierro, mis nietos también lo harán.

El maestro asintió.

—No tenía intención de ofenderte —se excusó—. Es sólo que echo de menos Angiers.

—Pues entonces, vuelve. El camino está expedito y un Protector como tú no ha de temerle mucho a pasar una sola noche a cielo descubierto. No necesitas al duque para eso.

Piter negó con la cabeza.

—Angiers está atestada de Protectores. Allí sólo sería una hoja más en un bosque, pero si contara con el favor ducal sería como si la suerte llamara a mi puerta.

—Bueno, es mi puerta lo que hoy me preocupa —dijo Jessum—. Los trazos se están descascarillando, y Kally no cree que aguanten esta noche. ¿Puedes venir a echarles un vistazo?

El Protector resopló.

—Como te dije ayer...

—Sé qué me dijiste, Piter —le atajó el tabernero—, pero insisto: no basta. No quiero tener a mi pequeño durmiendo detrás de unas protecciones débiles sólo para que tú puedas hacer más bonitas las del puente. ¿No puedes hacer un apaño para la noche?

Piter soltó un salivazo.

—Puedes hacerlo tú mismo, Jessum. Basta con trazar las líneas. Yo te haré el diseño.

—Rojer hace mejores grafos que yo, y eso no es todo, si la pifio y los abismales

no me matan, mi mujer lo hará.

Piter puso cara de pocos amigos y estaba a punto de replicar cuando se oyó un grito procedente del camino.

—¡Ah del Pontón!

—¡Geral! —saludó Jessum.

Roger alzó la vista con súbito interés al reconocer la figura corpulenta del Enviado. Salivó nada más verlo, pues Geral siempre tenía una golosina para él.

Junto al Enviado cabalgaba un extranjero vestido con una botarga, el característico vestido de colores de los Juglares, lo cual predispuso bien al pequeño, que pensó en el último Juglar que había cantado, bailado y caminado sobre las manos, y saltó de entusiasmo. Los espectáculos de Juglares eran su pasatiempo favorito.

—Cada vez que me voy creces quince centímetros, pequeño Roger —gritó Geral antes de detener a su montura y saltar para coger al pequeño.

El alto Geral tenía la constitución de un tonel para agua de lluvia, un rostro redondeado y la barba entrecana. Antes, el niño le tenía un poco de miedo con esa cota de mallas y la cicatriz de la herida causada por un demonio que le fruncía el labio en un gesto de enfado, pero ya no. Ahora se reía cuando Geral le hacía cosquillas.

—¿En qué bolsillo? —preguntó el recién llegado, sosteniendo al muchacho con los brazos extendidos.

El niño eligió de inmediato. Geral siempre guardaba los dulces en el mismo sitio.

El gigantón soltó una risotada mientras sacaba un dulce envuelto en una hoja de maíz. Roger profirió un chillido y se dejó caer al suelo para desenvolverlo.

—¿Qué te trae a Pontón esta vez? —le preguntó el posadero a Geral.

El Juglar echó hacia atrás su capa con un floreo y se adelantó. Era un hombre alto de largos cabellos rubios blanqueados por el sol y una barba castaña. Tenía una perfecta mandíbula cuadrada y la piel bronceada por el sol. Encima de la botarga llevaba un fino tabardo con el blasón del duque: un ramillete de hojas verdes sobre un campo marrón.

—Soy Arrick Melodía —se presentó él mismo—, maestro Juglar y heraldo de Su Gracia el duque, Rhinebeck III, guardián de la Fortaleza del Bosque, detentador de la Corona de Madera y señor de todo Angiers. He venido a inspeccionar el pueblo antes de la llegada de Su Gracia la semana próxima.

—¿El heraldo del duque es un Juglar? —preguntó Piter a Geral, enarcando una ceja.

—Nadie mejor para las aldehyelas —replicó el Enviado con un guiño—. La gente se siente menos tentada de apedrear a un hombre cuando les da la noticia de una subida de los impuestos mientras hace juegos malabares para sus hijos.

Arrick puso mala cara, pero Geral se limitó a reírse.

—Sé un buen hombre y busca al posadero para que se haga cargo de nuestros caballos —dijo, dirigiéndose al padre del niño.

—Yo soy Jessum Inn, el posadero —repuso el padre de Rojer, tendiéndole la mano—, y éste es mi chico.

Ladeó la cabeza en dirección al muchachito.

Arrick Melodía hizo caso omiso a la mano y al niño y materializó de la nada una luna de plata antes de lanzarla a Jessum, que cogió la moneda y la miró con curiosidad.

—Los caballos —repitió Arrick con mordacidad.

El posadero torció el gesto, pero se metió la moneda en el bolsillo y se encaminó hacia los animales. Geral tomó sus propias riendas y se despidió de él con la mano.

—Sigo necesitando que revises mis grafos, Piter —insistió Jessum—. Te arrepentirás si debo enviarte a Kally para que te lo recuerde a gritos.

—A este puente le queda todavía mucho por hacer antes de que llegue Su Gracia, ¿no? —apuntó Melodía.

El maestro Protector se envaró un poco al oír aquello y dirigió una mirada de acritud a Jessum.

—¿Deseáis dormir esta noche detrás de unas protecciones desgastadas, maestro Juglar? —preguntó el posadero.

El bronceado Arrick palideció al oír aquello.

—Yo les echaré un vistazo si te parece bien —se ofreció Geral—. Puedo hacer un apaño si no están demasiado mal y acudiré a Piter si están muy dañadas.

El Enviado golpeó el suelo con la lanza y dirigió una mirada dura al Protector. Piter abrió los ojos y asintió en señal de haber comprendido.

Geral cogió al niño y lo sentó en lo alto de su enorme corcel.

—Agárrate fuerte, zagal, vamos a dar una vuelta.

Rojer se echó a reír y aferró la crin del caballo mientras Geral y su padre conducían las monturas hacia la taberna. Arrick andaba a grandes zancadas delante de ellos, como un señor seguido por sus siervos.

Kally estaba esperando en la puerta.

—¡Geral, qué agradable sorpresa! —gritó.

—¿Y ésa quién es? —preguntó el Juglar mientras se alisaba los cabellos y la ropa de forma precipitada.

—Es Kally —contestó Jessum, y cuando no vio desaparecer el centelleo en los de Melodía, agregó—: Mi esposa.

Arrick pareció no oírlo: anduvo a paso largo hasta llegar ante ella e hizo una gran reverencia, echando hacia atrás la capa.

—Un placer, señora —la saludó, besándole la mano—. Soy Arrick Melodía,

maestro Juglar y heraldo de Su Gracia el duque, Rhinebeck III, guardián de la Fortaleza del Bosque, detentador de la Corona de Madera y señor de todo Angiers. Su Gracia el duque quedará muy complacido al ver a semejante belleza cuando visite vuestra magnífica posada.

Kally se llevó la mano a la boca y las mejillas se le encendieron hasta ponerse tan coloradas como su pelo. Luego, le correspondió con una desmañada reverencia.

—Usted y Geral han de estar cansados —dijo ella—. Entren y les serviré algo de sopa caliente mientras preparo la cena.

—Le quedaríamos muy agradecidos, mi buena señora —dijo Arrick con otra reverencia.

—Geral me ha prometido echar un ojo a nuestras protecciones antes de que se haga de noche —anunció Jessum.

—¿Qué...? —preguntó Kally, apartando los ojos de la apuesta sonrisa de Arrick—. Ah, bien, vosotros atad a los caballos y ved eso mientras le muestro su habitación al maestro Arrick y me pongo a hacer la cena.

—Una idea magnífica —observó el Juglar, ofreciéndole un brazo al entrar.

—No le quites el ojo a Arrick mientras esté cerca de tu mujer —murmuró Geral—. Le apodan Melodía porque es capaz de poner húmeda a cualquier fémina y jamás lo he visto detenerse ante un voto matrimonial.

Jessum torció el gesto.

—Rojer —dijo, bajándole del caballo—, entra corriendo y quédate con mamá.

El niño asintió y se fue corriendo con gran ruido.

—**E**l último Juglar comió fuego —dijo el niño—. ¿Puede usted comer fuego?

—Puedo hacer eso y también escupirlo como si fuera un demonio de las llamas.

Rojer aplaudió y Arrick se volvió para contemplar a Kally, que estaba inclinada detrás de la barra para llenarle una jarra de cerveza. Se había soltado el pelo.

El pequeño volvió a tirarle de la capa. El Juglar intentó ponerla fuera de su alcance, pero entonces Rojer le tiró de la pernera.

—¿Qué pasa? —preguntó Melodía, volviéndose hacia él con fastidio.

—¿Y también canta usted? Me encantan las canciones.

—Puede que te cante algo después —repuso Arrick, dándose la vuelta.

—Oh, interpreta alguna cancioncilla para él —le suplicó Kally mientras ponía una espumosa jarra de cerveza sobre el mostrador, delante del forastero—. Eso le haría muy feliz.

Ella sonrió, pero los ojos de Melodía ya habían descendido hasta el botón más alto de su vestido, que se había desabotonado misteriosamente mientras le traía la bebida.

—Por supuesto —aceptó Arrick con una resplandeciente sonrisa—. Dadme un momento para que me quite el polvo del camino de la garganta con un sorbo de vuestra magnífica cerveza.

No apartó los ojos del escote de la posadera mientras la vaciaba de un trago. Luego, echó mano a una bolsa multicolor del suelo. Kally le volvió a llenar la jarra mientras él afinaba el laúd.

Arrick tenía una poderosa y nítida voz de barítono. Rasgueó suavemente el laúd para acompañar una canción sobre una labriega que echaba de menos la oportunidad de amar a un hombre antes de que éste se fuera a las Ciudades Libres y arrepentirse para siempre. Kally y Rojer la contemplaron maravillados, cautivados por el sonido. Lo aplaudieron a rabiar al final de la tonada.

—¡Más, más! —chilló el niño.

—Ahora no, muchacho —le dijo Arrick, alborotándole el pelo—, quizá después de la cena. Ten, ¿por qué no intentas tocar tu propia música? —sugirió mientras sacaba de la bolsa multicolor un xilófono, consistente en varias láminas pulidas de palisandro dispuestas sobre un marco de madera lacada al cual iba sujeta por un fuerte cordel una baqueta.

—Anda, toma esto y ve a tocar algo por ahí mientras yo hablo con tu encantadora madre.

Rojer gritó de gozo, aceptó el regalo y se lo llevó corriendo para ponerlo sobre el suelo de madera y golpear las láminas de diferentes tamaños y deleitarse en los claros sonidos obtenidos.

Kally rió ante esa imagen.

—Un día de éstos me dirá que quiere ser Juglar —dijo ella.

—No hay demasiada clientela, ¿no? —inquirió Arrick, abarcando las mesas vacías del comedor con un gesto de la mano.

—Bueno, está hasta los topes a la hora del almuerzo —contestó Kally—, pero en esta época del año no tenemos demasiados huéspedes, salvo algún Enviado ocasional.

—Atender una posada vacía ha de ser muy solitario —dijo Arrick.

—A veces —concedió Kally—, pero tengo a Rojer para mantenerme muy ocupada. Es muy travieso y da mucho trabajo aun cuando esto está tranquilo, y es terrible durante la estación de las caravanas, cuando los conductores se emborrachan y cantan hasta las tantas, pues ese alboroto lo mantiene despierto.

—Imagino que también a ti te cuesta dormir.

—Un poco —admitió ella—, pero no para Jessum, él duerme suene lo que suene.

—¿Ah, sí? —preguntó Arrick, deslizando la mano sobre las de la posadera. Ella abrió los ojos y contuvo la respiración, pero no las retiró.

La puerta de la entrada se abrió de golpe.

—¡Los grafos están reparados! —anunció Jessum.

Kally reprimió un grito y retiró las manos de la de Arrick tan deprisa que vertió la cerveza por la barra. Enseguida agarró un trapo para limpiarla.

—¿Sólo eso? —preguntó con voz vacilante y manteniendo los ojos bajos para ocultar el rubor de las mejillas.

—Le ha ido por los pelos —intervino Geral—. La verdad, habéis tenido suerte de que hayan durado tanto. He reforzado el peor de todos y mañana voy a tener una conversación con Piter. Voy a verlo sustituyendo todas las protecciones de esta posada aunque deba traerle a punta de lanza.

—Gracias, Geral —dijo Kally, lanzando a Jessum una mirada esquiva.

—Sigo limpiando los establos —informó el posadero—, por lo que he sujetado los caballos con maneas en el círculo portátil de Geral.

—Eso está bien —contestó Kally—. Lavaos todos. La cena estará lista enseguida.

—Delicioso —aseguró Arrick, que había bebido ingentes cantidades de cerveza durante la cena.

Kally había asado una pierna de cordero con costra de hierbas, y había servido el mejor trozo al heraldo del duque.

—Supongo que no tendrás una hermana tan hermosa como tú, ¿verdad? —preguntó entre bocado y bocado—. Su Gracia está de nuevo en el mercado y busca novia.

—Tenía entendido que el duque ya tenía esposa —contestó ella, sonrojándose cuando le rellenó la jarra.

—Y la tiene —refunfuñó Geral—: la cuarta.

Arrick resopló.

—Y tan poco fértil como las anteriores, me temo, si hay algo de verdad en los rumores de palacio. Rhinebeck va a seguir buscando esposas hasta que una le dé un hijo.

—Quizá lles razón en eso —concedió el Enviado.

—¿Cuántas veces van a permitirle los Pastores presentarse ante el Creador y prometer que será «para siempre»?

—Todas cuantas sea necesario —aseguró Arrick—. Lord Janson tiene en el bolsillo a los Hombres Santos.

Geral escupió.

—No está bien que los hombres del Creador se envilezcan para...

—Se dice —intervino el Juglar, alzando un dedo a modo de aviso— que hasta los árboles tienen oídos para escuchar a quienes hablan contra el primer ministro.

Geral torció el gesto, pero se mordió la lengua.

—Bueno, no es probable que encuentre una novia en Pontón —repuso Jessum—.

No hay suficientes mujeres para los hombres del pueblo. Tuve que irme hasta el Paseo del Grillo para encontrar a Kally.

—¿Eres angersiana, querida? —preguntó Arrick.

—De nacimiento, sí, pero el Pastor me hizo jurar fidelidad a Miln durante la boda. Todos los pontonenses deben jurar fidelidad al duque Euchor.

—Por ahora —precisó el Juglar.

—Entonces es cierto lo que dicen: Rhinebeck viene a reclamar Pontón —dijo el posadero.

—Nada tan dramático —repuso Arrick—, Su Gracia tiene la impresión de que, como la mitad de los habitantes proceden de Angiers y el puente se construye y se mantiene gracias a la madera de su ducado, deberíamos tener... una... relación más estrecha —concluyó, mirando a Kally cuando ésta volvía a sentarse.

—Dudo que Euchor quiera compartir Pontón —observó el posadero—. El Entretiemras ha separado sus dominios durante mil años. Va a estar tan dispuesto a ceder esa frontera como a abdicar.

Arrick se encogió de hombros y sonrió de nuevo.

—Eso es cosa de duques y ministros —comentó, alzando la cerveza—. La gente normal como nosotros no debe preocuparse por tales cosas.

El sol se puso enseguida y en el exterior se oyeron agudos chispazos y chisporroteos completados por los destellos que se filtraban por los postigos cada vez que flameaban los grafos. Rojer odiaba aquellos sonidos discordantes y los alaridos subsiguientes. Se sentó en el suelo y empezó a golpear la matraca cada vez más fuerte en un intento de sofocarlos.

—Pues sí que han venido con apetito esta noche los abismales —musitó su padre.

—El ruido está perturbando a Rojer —dijo Kally, levantándose para acudir junto al pequeño.

—No temas —repuso Arrick, secándose la boca. Fue en busca de su bolsa multicolor y extrajo de la misma una fina funda de violín—. Haremos retroceder a esos demonios.

Puso el arco sobre la cuerda y de inmediato llenó la habitación con su música. El niño rió y dio palmas, feliz ahora que había olvidado todos sus temores. Su madre batió palmas con él y ambos marcaron el acompañamiento para la tonada de Arrick. Incluso Geral y Jessum comenzaron a seguir el ritmo.

—¡Baila conmigo, Rojer!

Kally rió, le tomó de la mano y le puso de pie.

Rojer intentó seguirle el ritmo cuando ella marcó los pasos, pero al final se tambaleó y ella lo alzó en brazos, besándolo mientras daba más y más vueltas por la habitación. El niño rió encantado.

De pronto se oyó un estrépito y Arrick levantó el arco de las cuerdas cuando

todos se volvieron a ver cómo la pesada puerta de madera temblaba en el marco. El polvo liberado por el impacto flotaba perezosamente hacia el suelo.

Geral fue el primero en reaccionar. El hombretón se movió con una celeridad sorprendente hacia la lanza y el escudo dejados junto a la puerta. Los demás lo miraron durante unos largos instantes sin comprender.

Entonces, se oyó otro golpazo y unas gruesas garras negras atravesaron la madera. Kally gritó.

Jessum saltó hacia el hogar y tomó el pesado atizador de hierro.

—¡Mete a Rojer en el refugio de la cocina! —gritó en el momento que la puerta saltaba hecha astillas e irrumpía dentro de la casa un demonio de unos dos metros de estatura.

Geral y el posadero se volvieron para hacerle frente. La criatura volvió la cabeza y gritó cuando un ágil y menudo demonio de las llamas entró en la habitación a toda velocidad, colándose entre sus gruesas piernas.

Melodía tomó el escudo, apartó a Kally de un empujón cuando la mujer acudió a él con el niño en brazos para protegerse, recogió su bolsa de colores y echó a correr hacia la cocina.

—¡Kally! —gritó su esposo cuando ella cayó al suelo, rodando en el aire para proteger al niño y evitarle lo peor de la caída.

—Así acabes en el Abismo, Arrick —maldijo Geral al Juglar—, Ojalá todos tus sueños acaben convertidos en polvo.

Un demonio de las rocas le propinó un golpe de revés con la mano, mandándole al otro lado de la habitación.

El demonio de las llamas se lanzó sobre Kally cuando todavía intentaba ponerse en pie, pero Jessum le dio un fortísimo golpe con el atizador y logró desviarlo de su trayectoria. El abismal cayó al suelo, que se prendió fuego ante su contacto abrasador.

—¡Vete! —gritó el posadero mientras ella se incorporaba.

Mientras huían de la habitación, Rojer observó por encima del hombro materno que el abismal escupía una llamarada sobre su padre, que gritó cuando sus ropas empezaron a arder.

La madre apretó al pequeño contra el pecho y gimió cuando cruzó la estancia. En la sala del comedor, Geral aulló de dolor.

Madre e hijo irrumpieron en la cocina, donde el Juglar había abierto de un tirón la abertura del refugio y se colaba en el agujero. Éste echó hacia atrás la mano y buscó a tientas la pesada argolla de hierro para tirar de ella y cerrar la trampilla protegida con grafos.

—¡Espéranos, maestro Arrick! —chilló Kally.

—Un diablo —gritó el niño cuando un demonio de las llamas entró correteando en la cocina, pero su aviso llegó demasiado tarde: el impacto del golpe dejó a su

madre sin aliento, aunque ella no soltó a su hijo a pesar de lo hondo que la bestia hundió las garras en su carne. Aulló cuando el abismal saltó sobre su espalda y clavó sus dientes afilados como cuchillos en el hombro de la posadera, cortando parte de la mano derecha de Rojer, que gritó.

—¡Rojer! —chilló ella mientras daba tumbos hacia el pilón de fregar antes de caer de rodillas.

La mujer aulló a causa del dolor y se estiró hacia atrás y aferró con fuerza uno de los cuernos del abismal.

—No... tendrás... a... mi... hijo... —gritó.

Se lanzó hacia delante, empujando el cuerno con todas sus fuerzas. El demonio se aferraba a la espalda de la mujer, por lo cual el empujón hizo que se desgarrara la carne donde él se sujetaba. El abismal se llevó con él jirones de piel y trozos de músculos cuando la posadera le hizo caer sobre el pilón.

El impacto hizo añicos todos los cacharros de loza puestos en la pila. El demonio barbotó y se removió mientras el aire se llenaba de vapor de forma casi instantánea y el agua entraba en ebullición, quemando los brazos de Kally, que aulló a causa de la quemazón, pero mantuvo a la criatura debajo del agua hasta que dejó de debatirse.

—Mamá...—la avisó Rojer.

Ella se volvió a tiempo de ver entrar a otras dos criaturas en la cocina. Aferró al niño y corrió hacia la trampilla para luego tirar de la pesada puerta con una mano mientras Arrick la miraba con ojos desorbitados.

Kally cayó cuando un demonio de las llamas la sujetó por la pierna y de un mordisco le arrancó un trozo de muslo.

—Cógelo, por favor —imploró la mujer, colocando al niño en los brazos de Arrick.

—¡Te quiero! —le gritó a Rojer mientras cerraba la trampilla con un golpe, dejándolos sumidos en la negrura.

Las casas pontonesas cercanas a la orilla del río Entretierras estaban hechas con sillares de piedra para resistir las avenidas. El hombre y el niño aguantaron en la penumbra, a salvo de los abismales mientras aguantasen los cimientos, aunque había humo por doquier.

—Qué más da morir a causa del humo o en las garras de los demonios —musitó Melodía.

Comenzó a alejarse de la trampilla, pero Rojer se aferró a su pierna.

—Suelta, chaval —ordenó Arrick, y sacudió la pierna en un intento de quitárselo de encima.

—¡No me abandone! —gritó el niño, llorando de forma incontrolable.

Arrick torció el gesto y miró al humo circundante antes de escupir y ponerse al niño sobre las espaldas.

—Agárrate fuerte, chico.

El Juglar alzó los bordes de su capa y se los ató a la cintura a fin de improvisar un arnés donde sentar al pequeño. Recogió el escudo de Geral y reanudó su camino a través de los cimientos, agachándose para salir a gatas a la oscuridad del exterior.

—Creador que estás en los cielos —susurró al ver toda la aldehuela de Pontón en llamas. Los demonios danzaban en la noche mientras arrastraban hacia el festín a unos desdichados vociferantes.

—Parece que Piter no sólo escatimó trabajo con las protecciones de tus padres —dijo Arrick—. Espero que también se lo lleven a él al Abismo.

Mantuvo el escudo delante para protegerse mientras avanzaba a gachas alrededor de la posada, aprovechando el humo y la confusión hasta llegar al patio principal, donde estaban los dos caballos, a salvo en el círculo portátil de Geral, una isla de seguridad en medio del horror.

Un demonio de las llamas los vio cuando Arrick echó a correr en busca de refugio y les escupió una llamarada, pero el escudo de grafos del Enviado desvió el salivazo de fuego en medio de un chisporroteo. Arrick soltó al niño en cuanto llegaron al interior del anillo y él se dejó caer sobre las rodillas. Cuando recobró el aliento, empezó a rebuscar con desesperación entre las alforjas.

—Debería estar por aquí, sé que la dejé por... —murmuró—. ¡Ajajá!

Sacó una bota de vino, quitó el tapón de un tirón, y dio un largo trago.

Roger lloriqueó, meciendo su ensangrentada mano derecha.

—¿Eh...? ¿Estás herido, zagal?

El hombre se acercó para examinar la herida del niño y contuvo la respiración al ver la mano del muchacho: el abismal le había arrancado los dedos corazón e índice de un mordisco. El niño mantenía cerrados los otros tres dedos, entre los que sostenía un mechón de pelo rojo, un mechón de su madre, cortado también por el bocado.

—¡No, es mío! —gritó el niño cuando intentó retirarle los cabellos.

—No voy a quitártelo, zagal —contestó Melodía—. Sólo necesito ver el mordisco.

Puso el mechón en la otra mano de Rojer, que la cerró con fuerza.

La herida no sangraba demasiado, en parte porque la propia saliva ardiente del demonio había cauterizado la herida, pero rezumaba y olía mal.

—No soy Herborista —concluyó Arrick con un encogimiento de hombros.

Apretó la bota para lanzar un chorrito de vino sobre la herida. El escozor hizo chillar al niño. Luego, Melodía rasgó un trozo de su estupenda capa para envolver la herida.

Para entonces, el niño lloraba a moco tendido, por lo que Arrick lo arrojó con lo

que quedaba de la capa.

—Vamos, vamos, chico —dijo, estrechándolo y acariciándole la espalda—. Vivimos para contarlo, y eso ya es algo, ¿o no?

Como Rojer no dejaba de sollozar, Arrick le cantó una nana mientras ardían todos los edificios del villorrio. Cantó mientras los demonios bailaban y se daban un festín. El sonido era como un escudo alrededor de ellos dos, y bajo esa protección, el huérfano cedió a la fatiga y se quedó dormido.

De camino a las ciudades libres

319 d.R.

Arlen se apoyaba con más fuerza sobre el bastón conforme la fiebre iba en aumento.

Atisbó una columna de humo.

Más adelante, a un lado del camino, se erigía una estructura con un muro de piedra apenas visible a causa de las muchas hiedras que lo cubrían. La humareda procedía de allí.

La esperanza de obtener cierto amparo insufló fuerza a sus temblorosas piernas y continuó avanzando a trompicones hasta llegar a esa pared. Se apoyó en ella mientras avanzaba en busca de una entrada. Las rocas de la tapia estaban agrietadas y llenas de boquetes. Los zarcillos de las trepadoras se habían deslizado por cada recoveco y cada grieta. El antiguo muro se habría venido abajo de no haber sido por el entramado de la enredadera.

Al final, halló un acceso con forma de arco cuyas aherrumbradas puertas de metal se habían salido de los goznes y ahora descansaban sobre la maleza. El tiempo las había consumido hasta reducirlas a la mínima expresión. La abertura arqueada daba a un patio invadido por las malas hierbas y las hiedras. Había en el mismo una fontana resquebrajada colmada por el agua fangosa de la lluvia y un edificio bajo tan cubierto de hiedra que costaba distinguirlo al primer golpe de vista.

Arlen avanzó con miedo sobre las losas resquebrajadas del patio, semiocultas debajo de la maraña de hierbajos, pues los árboles, ya del todo desarrollados, se habían abierto paso entre ellas y habían levantado esos grandes bloques cubiertos de hiedra. El joven distinguió marcas de garras en la tosca piedra.

«No hay guardias —comprendió con sorpresa—. Este lugar es de antes del Retorno y, en tal caso, debe estar abandonado desde hace trescientos años.»

Los años también habían consumido las puertas del edificio; llegó a una habitación espaciosa. Una maraña de cuerdas colgaba de las paredes, desprovistas de cualquier cuadro que allí hubiera podido haber: el tiempo los había podrido igual que las gruesas alfombras del suelo, de las cuales sólo quedaba una fina capa cenagosa. Había muecas antiguas en las paredes y los muebles, últimos restos de la decadencia.

—¿Hola? —llamó Arlen—. ¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta.

El rostro le ardía y él estaba temblando a pesar de la tibieza del aire. No se creyó capaz de ir mucho más lejos, pero él había visto humo, y el humo significa vida, una perspectiva que le infundió fuerzas y, tras localizar una escalera de peldaños desmoronados, se encaminó hacia el segundo piso.

La mayor parte del piso de arriba se hallaba expuesto al aire libre, pues el tejado estaba agrietado allí donde no se había venido abajo. Las varillas oxidadas sobresalían entre los montones de piedras.

—¿Hay alguien ahí? —repitió Arlen.

Inspeccionó el piso sin hallar nada, salvo podredumbre y ruinas.

Cuando estaba a punto de perder la esperanza, vio a través de la ventana un hilo de humo en el extremo opuesto de la habitación. Pensó en sentarse y limitarse a esperar la llegada de los abismales con la esperanza de que acabaran con él más deprisa que la enfermedad, a pesar de que había prometido no darles nada y de que la muerte de Marea no había sido precisamente rápida. Sus ojos pasaron de la ventana a las losas del patio.

«Cualquiera se mataría si se cayera desde aquí», sopesó. Le dio un vahído. Dejarse caer se le antojó fácil y apropiado.

«¿Como Cholie?», preguntó una voz en su mente, donde vio de pronto la imagen del nudo corredizo, lo cual le hizo volver a la realidad de sopetón. Retomó el control sobre sí mismo y se retiró del ventanal.

«No —dijo para sus adentros—, la vía de Cholie no es mejor que la de papá. Cuando muera, lo haré porque algo me mate, no por haberme rendido.»

Desde la ventana, podía ver por encima del muro y por tanto dominaba el camino. Detectó actividad en la ruta por la que había venido.

«Ragen.»

Arlen apeló a unas reservas de energía de cuya existencia no tenía noticia y bajó la escalera con un brío muy similar a su velocidad de costumbre. Cruzó el patio a la carrera.

Pero le falló el aliento cuando alcanzó el camino y se desplomó jadeante sobre el barro al tiempo que se llevaba la mano a los puntos del costado. Le dolía como si tuviera mil esquiras punzantes en el pecho.

Al alzar la vista vio unas figuras en la vía: todavía estaban lejos, pero lo bastante cerca para que ellos también lo hubieran descubierto. Oyó un grito cuando el mundo se volvió negro.

Estaba tumbado de bruces cuando lo despertó la luz del día. Notó los vendajes firmemente sujetos alrededor del torso cuando inspiró. Aún le dolía la espalda, pero ya no era aquel escozor de antes, y tenía las mejillas frías por primera vez en muchos

días. Puso las manos debajo del cuerpo para hacer fuerza e incorporarse, pero las pasó canutas cuando hizo la prueba.

—Yo no tendría prisa alguna en intentarlo —le advirtió Ragen—. Tienes suerte de seguir con vida.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Arlen mientras alzaba la vista y miraba al hombre sentado junto a él.

—Te encontré tirado en el camino —repuso el interpelado—. Las heridas de la espalda estaban contaminadas por la podredumbre del demonio. Debí abrirlas y drenarlas antes de cosértelas.

—¿Dónde está Keerin?

Ragen se echó a reír.

—Dentro —contestó—. Keerin se ha mantenido a cierta distancia durante los dos últimos días. Se pone malo en cuanto ve sangre, y tuvo una arcada en cuanto te encontramos.

—¿Ha pasado más de un día? —quiso saber el recién despertado.

Miró en derredor y se descubrió tendido en el antiguo patio. Ragen había montado allí su campamento. Los perímetros portátiles protegían los petates y a los animales.

—Te encontramos a mediodía de Terciano —contestó Ragen—. Hoy estamos a Quintano. Te has pasado todo ese tiempo delirando y dando vueltas sin cesar mientras sudabas la calentura.

—¿Me has curado la fiebre del demonio?

—¿De ese modo la llamaban en Arroyo Tibbet? —preguntó Ragen para luego encogerse de hombros—. Es un nombre tan bueno como cualquier otro, supongo, pero no es ninguna enfermedad mágica, sino una simple infección. Encontré un poco de apio de monte no lejos de la calzada, por lo que pude prepararte una cataplasma para las heridas. Luego voy a prepararte una infusión con las hojas. Deberías ponerte bien si lo bebes durante los próximos días.

—¿Apio de monte? —preguntó Arlen.

Ragen sostuvo en alto una planta muy abundante por los alrededores.

—Es un elemento básico en el morral de todo Enviado, aunque hace más efecto cuando es fresco. Notarás cierto mareo, pero por la razón que sea, la ponzoña de demonio no puede con él.

Arlen rompió a llorar. ¿Significaba eso que su madre se habría curado con un hierbajo que solían arrancar de los campos de su padre? Eso era demasiado.

El hombre aguardó en silencio para conceder un respiro al muchacho, por cuyas mejillas corrían libremente las lágrimas. Al cabo de un tiempo, tanto que pareció una eternidad, aminoró el caudal y la frecuencia de los sollozos. Ragen no despegó los labios y le entregó un trapo con el que el muchacho se secó las mejillas.

—¿Qué has hecho durante todo el camino hasta llegar aquí, Arlen? —preguntó el Enviado.

El muchacho lo miró durante un buen rato en un intento de decidir qué iba a decirle. Cuando al final habló, le contó toda la historia de forma atropellada, comenzando por la noche en que su madre resultó herida y terminando por el momento en que huyó de su padre.

Ragen permaneció callado mientras asimilaba sus palabras.

—Lamento lo de tu madre, muchacho —dijo al fin. Arlen se sorbió los mocos y asintió.

El vagabundeo de Keerin lo llevó de vuelta al patio cuando Arlen comenzaba a narrar cómo había intentado hallar el camino a Pastos al Sol y por equivocación había seguido el ramal a las Ciudades Libres. Se embelesó cuando Arlen describió su primera noche en solitario, la acometida del gran demonio de las rocas y cómo lo había lisiado con las protecciones. El Juglar palideció cuando describió la precipitada reparación de las mismas antes de que el abismal lo matara.

—¿Fuiste tú quien le arrancó el brazo a ese diablo? —preguntó Ragen con incredulidad.

—No tengo la menor intención de repetir el truco —repuso Arlen.

—Ya, ya, eso ya lo supongo. —Ragen rió entre dientes—. Aun así, lisiar a un demonio de piedra de cuatro metros y medio es una hazaña merecedora de un par de canciones, ¿no te parece, Keerin? —preguntó, codeándolo, pero aquel zarandeo pareció ser la gota que colmaba el vaso del Juglar: le pudo la náusea, se cubrió la boca con la mano y se marchó corriendo. Ragen sacudió la cabeza y suspiró—. Un demonio de piedra altísimo nos ha estado acechando desde que te encontramos —le explicó Ragen—, Ha martilleado las defensas con más fuerza que cualquier otro con el que nos hayamos topado jamás.

—¿Va a recuperarse? —preguntó Arlen al ver al trovador doblado en dos.

—Se le pasará —refunfuñó Ragen—. Vamos a darte algo de alimento.

Ayudó a Arlen a recostarse sobre la silla de montar, lo cual provocó una punzada de dolor al chico, cuya mueca de sufrimiento no le pasó inadvertida al Enviado.

—Mastica esto —aconsejó Ragen al convaleciente mientras le entregaba una raíz sarmentosa—. Te notarás un tanto ofuscado, pero debería aliviarte el dolor.

—¿Eres Herborista? —quiso saber Arlen.

El otro se carcajeó.

—No, pero un Enviado ha de saber un poco de todo si quiere sobrevivir.

Luego, echó mano a las alforjas y extrajo un perol y otros utensilios.

—Ojalá le hubieras hablado a Coline del apio de monte —se lamentó el joven.

—Lo habría hecho si hubiera caído en la cuenta de que ella no lo sabía —repuso Ragen mientras llenaba el puchero y lo colgaba del trébede, sobre el fuego—. La de

cosas que olvida la gente, ¡es sorprendente!

Avivó el fuego cuando regresó el Juglar con una expresión de alivio en su pálido semblante.

—Me aseguraré de mencionarlo cuando te llevemos de vuelta.

—¿De vuelta? —retrucó Arlen.

—¿De vuelta? —repitió Keerin.

—Por supuesto que sí —replicó el Enviado—. Tu padre va a seguir buscándote, Arlen.

—Pero yo no quiero volver —repuso el muchacho—, prefiero ir con vosotros a las Ciudades Libres.

—No puedes huir de tus problemas, Arlen —contestó Ragen.

—No voy a volver —insistió el joven—. Podéis llevarme a rastras, pero voy a escaparme en cuanto os vayáis.

Ragen lo miró fijamente durante un buen rato y al final observó de soslayo a Keerin.

—Ya conoces mi opinión —dijo éste—. No me apetece añadir otras cinco noches a nuestro viaje.

El Enviado frunció el ceño.

—Pienso escribir a tu padre en cuanto lleguemos a Miln —lo avisó.

—Vas a perder el tiempo. Él jamás vendrá a por mí —le aseguró Arlen.

El suelo de piedra del patio y el muro los escondieron bien esa noche. Un espacioso círculo de protección aseguró la carreta y otro a los animales, sujetos a estacas y trabados con maneadas. Los hombres permanecieron cobijados dentro del segundo de los dos anillos concéntricos, donde ardía la fogata.

El Juglar se aovilló en su lecho y se cubrió la cabeza con una manta. Estaba temblando a pesar de la agradable temperatura y se estremecía cada vez que un abismal probaba las defensas.

—¿Por qué insisten en atacarnos si ven que no pueden pasar? —planteó Arlen a Ragen.

—Buscan un hueco en la red —respondió el Enviado—. No los verás atacar dos veces por el mismo lugar. —Ragen se golpeteó la frente con los dedos—. Memorizan la defensa. No son lo bastante listos para estudiarla y deducir los puntos débiles, de modo que lanzan un ataque y buscan un punto débil. Rara vez cruzan una defensa, pero la espera les merece la pena si lo consiguen.

Un demonio del viento se abatió sobre el muro y rebotó contra la protección. Keerin gimoteó desde debajo de la manta al oír el soniquete.

Ragen lanzó una mirada adonde estaba tumbado el trovador y sacudió la cabeza.

—Parece pensar que los abismales no van a verlo si él no les mira —musitó.

—¿Siempre hace lo mismo? —preguntó Arlen.

—Ese demonio manco lo ha amilanado más de lo normal —contestó el Enviado—, pero tampoco es que antes permaneciera impertérrito. —Ragen se encogió de hombros—. Necesitaba un Juglar enseguida y el gremio me facilitó a Keerin. No suelo trabajar con novatos.

—Entonces, ¿por qué aun así llevas a un Juglar?

—Ha de acompañarte un Juglar cuando acudes a las aldehuelas —le aseguró Ragen—. Son capaces de lapidarte si apareces sin uno.

—¿Qué son las aldehuelas?

—Pueblos muy pequeños, como Arroyo Tíbet —le explicó el viajero—, lugares demasiado lejanos para que los duques puedan controlarlos con facilidad y donde la mayoría de la gente no sabe leer.

—¿Y qué implica la presencia de un Juglar? —preguntó Arlen.

—Los Enviados sirven de poco cuando nadie sabe leer —replicó Ragen—. Están deseosos de agenciarse un poco de sal o cualquier otra cosa de la que anden cortos, pero apenas hay gente dispuesta a salir de su camino y venir a verte para darte noticias, y enterarte de las novedades es el trabajo primordial de un Enviado. Ahora bien, aparecerán de todos los rincones para ver el espectáculo si contratas a un Juglar. No extendí la noticia del espectáculo de Keerin sólo por ti.

«Algunos hombres pueden ser —prosiguió él— Mercaderes, Juglares y Herboristas, todo a la vez, pero son tan frecuentes como los abismales amistosos. La mayoría de los Enviados contrata a un trovador cuando se dirigen a las aldehuelas.

—Y tú no sueles trabajar en las aldehuelas —apostilló Arlen, haciendo memoria.

Ragen le guiñó un ojo.

—Puede que un Juglar impresione a los pueblerinos, pero en la corte de un duque sólo va a causarte demoras. Los duques y los príncipes Mercaderes tienen sus propios Juglares, y únicamente se interesan en el negocio y en las noticias, y las pagan mejor que un viejo Jabalí cualquiera.

Ragen se alzó antes de que asomara el sol del alba y asintió con gesto aprobador al ver ya despierto a Arlen.

—Los Enviados no pueden permitirse el lujo de dormir hasta tarde —dijo mientras golpeaba un par de cacerolas para despertar a Keerin—. Necesitamos aprovechar hasta el último momento de luz.

Arlen se sentía ya lo bastante recobrado como para sentarse junto a Keerin e ir dando tumbos en la carreta mientras se dirigían hacia aquellos minúsculos forúnculos a las que el Enviado milnés llamaba «montañas». Éste le contó la historia de sus

viajes para matar el tiempo y le señalaba las plantas próximas al camino, indicando cuáles eran comestibles y cuáles no, cuáles servían para hacer emplastos para las heridas y cuáles sólo iban a empeorarlas. Ragen lo aleccionaba sobre los lugares más defendibles para pernoctar y le explicaba la razón, y también lo prevenía acerca de los depredadores.

—Los monstruos matan a los animales más lentos, a los más débiles —le explicó Ragen—. Por tanto, sobreviven los más grandes, los más fuertes, los que se esconden mejor, pero los abismales no son los únicos en considerarte una presa potencial cuando estás fuera del camino.

Keerin miró en derredor, hecho un manojo de nervios.

—¿Qué era ese sitio donde pernoctamos los últimos días? —inquirió el muchacho.

—El baluarte de algún señor de poca monta —contestó el Enviado al tiempo que se encogía de hombros—. Desde aquí a Miln los hay a cientos, todos saqueados por innumerables Enviados.

—¿Por Enviados? —preguntó Arlen.

—Claro —repuso su interlocutor—. Algunos Enviados dedican semanas a buscar ruinas. Quienes tienen la suerte de encontrarse con una de cuya existencia nadie tiene noticia pueden sacar de ella un botín muy variado: oro, joyas, tallas, y a veces protecciones antiguas, aunque el verdadero tesoro perseguido por todos son los grafos de combate, si es que existieron alguna vez.

—¿Crees que los hubo? —quiso saber Arlen.

El milnés asintió.

—Ahora bien, no estoy dispuesto a salirme del camino y arriesgar el cuello para encontrar esas ruinas.

Ragen los alejó del camino al cabo de un par de horas y los condujo hasta una cueva.

—Conviene defender un refugio siempre que sea posible —le dijo a Arlen—. Esta caverna es uno de los pocos anotados en el tocón de Graig.

Ragen y Keerin levantaron el campamento, dieron de comer y beber a los animales y trasladaron las vituallas al interior de la cueva, y en la boca de la misma colocaron la carreta desenganchada. Mientras ellos dos trabajaban, Arlen examinaba el círculo portátil.

—No conozco las protecciones de por aquí —comentó mientras recorría las marcas con un dedo.

—Tampoco yo las pocas que vi en Arroyo Tibbet —reconoció el milnés—. Las he copiado en el tocón. Tal vez esta noche puedas informarme de qué hacen, ¿eh?

Arlen sonrió, complacido ante la posibilidad de tener algo con que corresponder a la generosidad de Ragen.

El trovador empezó a removerse incómodo durante la cena y a menudo lanzaba miradas a un cielo cada vez más oscuro, pero el Enviado parecía tener menos prisa conforme oscurecía.

—Más valdrá meter las muías dentro de la gruta —dijo finalmente Ragen. Keerin se movió de inmediato para llevar a cabo esa tarea—. Los grupos de animales odian las cuevas —le explicó el milnés a Arlen—, así que conviene esperar lo máximo posible antes de meterlos dentro. La yegua va en último lugar.

—¿No tiene nombre? —inquirió el chico.

Ragen negó con la cabeza.

—Mis caballos han de ganárselo —respondió—. El gremio los entrena de un modo especial, pero muchos caballos todavía se asustan cuando los dejas fuera por la noche, dentro de un círculo protector. Únicamente les pongo nombre si estoy seguro de que no se acobardan ni se desbocan. Compré la yegua en Angiers después de que mi capón se espantara y saliera huyendo. Le daré un nombre si me lleva a Miln.

—Lo conseguirá —repuso Arlen mientras acariciaba el cuello del corcel; tomó a la montura por la brida y la condujo al interior de la caverna en cuanto Keerin hubo metido a las mulas.

Cuando todos estuvieron dentro, el muchacho estudió la boca de la cueva: percibió los grafos grabados en la roca, pero no vio ninguno en el suelo.

—Las defensas están incompletas —comentó, señalándolas con el dedo.

—Por supuesto —replicó Ragen—. No van a defender el polvo de una cueva vacía, ¿no? —Miró a Arlen con curiosidad—. ¿Qué harías para completar el círculo?

El chico estudió el enigma. La boca no era un círculo perfecto, más aún, era una «U» invertida. Era difícil de completar, pero no demasiado, pues los grafos cincelados en la roca resultaban de lo más común. Tomó un palo y garabateó en el suelo unos signos cuyo trazo encajó a las mil maravillas con los de la piedra. Los verificó hasta por tres veces y se volvió hacia atrás en busca de la aprobación de Ragen.

El Enviado permaneció en silencio durante unos instantes mientras estudiaba el trabajo de Arlen; luego, asintió.

—Bien hecho —comentó, y Arlen resplandeció de gozo—. Has trazado los remates con gran fuerza. Ni yo mismo habría tejido una red más segura, y has hecho todas las ecuaciones de memoria, nada menos.

—Eh... gracias —repuso Arlen sin tener ni idea de a qué se refería Ragen.

Éste se percató del silencio del muchacho.

—Porque has hecho las ecuaciones, ¿verdad?

—¿Qué es una ecuación? —preguntó Arlen—. Esa línea —se explicó, señalando el trazo de protección más cercano— va con ese trazo de ahí —completó, señalando ahora la pared—. Ese grafo se cruza con aquéllos —continuó—, que se corresponden

con los de aquí —concluyó, indicando los restantes—. Es tan simple como eso.

Ragen se quedó pasmado.

—¿Quieres decir que lo has hecho a ojo?

Arlen se encogió de hombros cuando Ragen se volvió hacia él.

—Casi todos usan una vara de medir para verificar las líneas —admitió—, pero yo nunca me he molestado en hacerlo.

—Me hago cruces... ¿Cómo es posible que los abismales no devoraran Arroyo Tíbet durante la noche? —comentó Ragen.

Extrajo un saco de las alforjas y se arrodilló en la boca de la cueva, borrando los signos de Arlen.

—Los trazos en el polvo siguen siendo una temeridad por muy bien dibujados que estén —sentenció.

El milnés rebuscó en el saco y eligió unas cuantas placas de madera lacada. Se apresuró a colocarlas en el suelo e hizo los trazos con la ayuda de una vara de medir que tenía unas marcas de medición.

No había pasado mucho más de una hora cuando el ciclópeo demonio tullido hizo acto de presencia en el claro. Profirió un aullido prolongado mientras quitaba de en medio a los abismales menores y luego se acercó a la boca de la cueva pisando fuerte.

—Ése se ha quedado con tu olor —le previno Ragen—. Te seguirá siempre a la espera de que bajes la guardia.

Arlen sopesó las palabras del Enviado mientras contemplaba al monstruo. Éste gruñía y golpeaba con saña la barrera, pero los trazos destellaron y lo mantuvieron lejos. Keerin lloriqueó, pero el muchacho se incorporó y anduvo hacia la entrada de la gruta. Buscó la mirada del abismal con los ojos y alzó las manos muy despacio antes de unirlos de pronto en una palmada muy sonora para mofarse del demonio por no tener dos extremidades.

—Déjale malgastar su tiempo —le replicó cuando el demonio aulló de rabia e impotencia—. Ese bicho no va a atraparme.

Siguieron la calzada durante unos siete días. Ragen los guió hacia el norte: pasaron junto a las estribaciones de una cadena montañosa sin dejar de subir en ningún momento. El Enviado hacía un alto de forma esporádica para cazar. Abatía alguna pieza pequeña con sus jabalinas.

La mayoría de las noches se detenían a pernoctar en alguno de los refugios

anotados en el tocón de Graig, aunque en un par de ocasiones se limitaron a acampar en el camino. Los demonios al acecho aterraban a la yegua de Ragen, pero ésta no intentaba zafarse de las maneas.

—Se merece un nombre —repitió Arlen por enésima vez mientras señalaba la serena montura.

—¡Vale, vale! —accedió al fin Ragen mientras le alborotaba los cabellos a Arlen—. Puedes ponerle un nombre.

—*Pupila Negra* —respondió el muchacho con una sonrisa. Ragen miró a la yegua y asintió. —Es un buen nombre —admitió.

Fuerte Miln

319 d.R.

El suelo se hizo más y más pedregoso conforme los forúnculos cobraban mayor altura en el horizonte. Ragen no había exagerado al decir que una única montaña era tan grande como cien Colinas de la Turba, y esa cordillera se prolongaba hasta donde alcanzaba la vista del joven. El aire refrescó cuando alcanzaron las cotas más altas y fuertes golpes de viento fustigaban las colinas. Arlen volvió la vista atrás y vio el mundo entero desplegado ante sus ojos como en un mapa. El muchacho se imaginó viajando por todas esas tierras con una simple lanza y un talego de Enviado.

Arlen no daba crédito a sus ojos cuando al final contempló Fuerte Miln. A pesar de todos los relatos de Ragen, había dado por hecho que iba a ser como Arroyo Tibbet, aunque más grande. A punto estuvo de caerse al suelo cuando la urbe fortificada se alzó imponente ante ellos.

Habían construido la ciudad en la base de una montaña desde donde se dominaba un amplio valle, al otro lado se elevaba otra cumbre, gemela a la lindante con Miln, justo en frente de la ciudad. Miln estaba circunvalada por una muralla de nueve metros de altura, aunque muchos edificios situados detrás de la misma la superaban. Cuanto más cerca estaban de la ciudad, más se extendía ésta, hasta el punto de que los muros parecían prolongarse durante kilómetros en ambas direcciones.

Sobre los lienzos de la muralla estaban pintados los grafos de mayor tamaño que Arlen había visto en su vida. Fue siguiendo las líneas invisibles que comunicaban un trazo con otro, formando una red que convertía la muralla en algo infranqueable para los abismales.

Las murallas decepcionaron al joven a pesar de ser un manifiesto logro arquitectónico: las Ciudades Libres no lo eran en realidad. Los muros repelían a los abismales, sin duda, pero también confinaban a la gente en el interior de la metrópoli. Al menos en Arroyo Tibbet las paredes de la cárcel eran invisibles.

—¿Qué impide a los demonios de aire atacar por encima de la muralla? —quiso saber Arlen.

—Han fijado postes de protección en lo alto del muro para crear una especie de dosel defensor de la ciudad —le explicó Ragen.

El muchacho cayó en la cuenta de que debería haberlo deducido. Aún tenía más preguntas, pero se las guardó para sí y se devanó los sesos, especulando con las

posibles soluciones.

Al fin, cuando ya había pasado el cénit del mediodía, llegaron a la ciudad. El Enviado señaló a lo alto: un penacho de humo se alzaba en el cielo varios kilómetros por encima de la ciudad.

—Las Minas del Duque —informó—. Es un pueblo en sí mismo, más grande que Arroyo Tibbet. No es autosuficiente, pero esa situación complace a Euchor de Miln. Las caravanas van y vienen casi todas las semanas: les suben comida y bajan sal, metal y carbón.

Un múrete salía de la ciudad principal y recorría un amplio trayecto en dirección al valle. Arlen logró ver los postes de protección en lo alto de los mismos y también el extremo de grandes y ordenadas hileras de árboles.

—Los grandes jardines y huertos del duque —apuntó Ragen.

Los trabajadores entraban y salían por la puerta principal, abierta de par en par. Los centinelas los saludaron con la mano cuando se acercaron. Eran altos, como Ragen, y lucían yelmos abollados y gastados correaes de cuero aceitado sobre gruesas prendas de la lana. Ambos empuñaban lanzas, pero las sostenían más como adorno que como verdaderas armas.

—¡Eh, sé bienvenido, Enviado! —gritó uno de ellos.

—Gaims. Woron. —Ragen los saludó con un asentimiento.

—Hace días que te espera el duque —anunció Gaims—. Nos preocupamos cuando no apareciste.

—¿Pensasteis que me habían atrapado los demonios? —Ragen se echó a reír—, ¡De ningún modo! Los abismales atacaron la aldehuela donde me había detenido cuando volvía de Angiers. Nos demoramos un poco para echar una mano.

—¿Recogiste a un descarriado mientras estabas ahí? —le preguntó Woron con una sonrisa—. ¿Es un regalito para que tu esposa se entretenga hasta que le hagas un hijo?

Ragen puso cara de pocos amigos y el guardia se achantó.

—No pretendía ofender —se apresuró a decir.

—En tal caso, te sugiero no decir cosas que puedan resultar ultrajantes, servidor —replicó con una nota de tensión en la voz. Woron palideció y asintió—. De hecho, lo encontré en el camino —añadió Ragen al tiempo que alborotaba el pelo de Arlen y sonreía como si no hubiera pasado nada.

Ésa era una de las virtudes de su protector que más le gustaban a Arlen: tenía la risa fácil y no era propenso al rencor, pero exigía respeto, y te hacía saber cuál era tu lugar. Así es como él quería ser algún día.

—¿En el camino? —preguntó Gaims, incrédulo.

—Y a varios de días de cualquier lugar habitado —chilló Ragen—. El chico es capaz de trazar signos mejor que algunos Enviados que me sé yo.

Arlen sacó pecho al oír el cumplido, orgulloso.

—¿Y tú, Juglar? —le preguntó Woron a Keerin—. ¿Cómo te han sabido tus primeras noches al raso? —El aludido torció el gesto y los guardias rompieron a reír—. Agradable, ¿a que sí?

—Las horas de luz vuelan deprisa —le cortó el Enviado—. Haz saber a Madre Jone que acudiremos a palacio en cuanto entregue el arroz y me haya pasado por casa para darme un baño y tomar una comida decente.

Los hombres lo saludaron y lo dejaron entrar en la ciudad.

La grandeza de Miln no tardó en abrumar a Arlen a pesar del desencanto inicial. Los edificios se elevaban en el aire, empequeñeciendo cualquier cosa que hubiera visto antes, y las calles estaban adoquinadas en vez de cubiertas por porquería reseca. Los abismales no podían atravesar la piedra tallada, pero Arlen no lograba imaginar siquiera el esfuerzo necesario para cortar y encajar tantos cientos de sillares.

La mayoría de los edificios de Arroyo Tibbet eran de madera con cimientos de piedra amontonada y techos de paja con placas donde trazar los signos de protección. Allí, la mayoría de los inmuebles eran de piedra tallada y tenían un tufo a eones. Todos los edificios disponían de una protección individualizada a pesar de contar con la defensa de la muralla exterior. Algunos mostraban verdaderas obras de arte y otros eran un ejemplo de pura funcionalidad.

El aire maloliente de la ciudad estaba saturado por el hedor a basura, fogatas de estiércol y sudor. Arlen intentó contener el aliento, pero pronto debió rendirse y respiró por la boca. Sin embargo, Keerin parecía respirar a gusto por vez primera.

Ragen abrió el camino hacia el mercado, donde el joven vio reunida más gente de la que había contemplado en la vida. Cientos de tipos muy parecidos a Rusco el Jabalí lo llamaban desde todas partes.

—¡Compra esto!

—¡Pruébalo!

—Tengo un precio especial, sólo para ti.

Todos ellos eran altos, verdaderos gigantes si se los comparaba con la gente de Arroyo.

Llevaban carretas de frutas y verduras de variedades desconocidas para Arlen, y había tantos puestos de ropa que llegó a la conclusión de que los milneses no pensaban en otra cosa. Había también pinturas y esculturas tan intrincadas que se preguntó cómo alguien tenía tanto tiempo para hacerlas.

Ragen los condujo hasta el extremo opuesto del bazar, donde se hallaba la tienda de un Mercader con el símbolo de un escudo.

—El hombre del duque —los avisó Ragen mientras arrastraban la carreta.

—¡Ragen! —lo llamó el Mercader—. ¿Qué me traes hoy?

—Arroz de las marismas e impuestos de Arroyo Tibbet en pago por la sal del duque —contestó el Enviado.

—¿Has podido ver a Rusco el Jabalí? —afirmó más que preguntó el comerciante—. Ese sinvergüenza sigue aprovechándose de los incautos pueblerinos, ¿verdad?

—¿Lo conoces? —inquirió Ragen.

El Mercader se echó a reír.

—Testifiqué ante el Concilio Ducal de las madres para que le retirasen la licencia de comercio después de que intentara pasar un envío de grano lleno de ratas —contestó—. Abandonó la ciudad poco después para reaparecer en los confines del mundo. Tengo entendido que sucedió otro tanto en Angiers, lo cual, para empezar, explica la razón de su presencia en Miln.

—Hicimos bien en examinar el arroz —murmuró Ragen.

Estuvieron regateando un buen rato sobre el cambio aplicable al trueque de arroz y sal, pero al fin, el Mercader entró en razón, admitiendo que el Enviado había conseguido el máximo posible del Jabalí y le entregó una tintineante bolsita de monedas para ajustar la diferencia.

—¿Puede Arlen encargarse de conducir la carreta a partir de ahora? —preguntó el Juglar.

Ragen le dedicó una mirada fugaz y asintió; luego le lanzó un portamonedas que el Juglar atrapó con habilidad antes de bajarse del vehículo.

El Enviado sacudió la cabeza mientras Keerin desaparecía entre el gentío.

—No es mal Juglar del todo —comentó—, pero le faltan redaños para viajar por los caminos.

Después, el milnés volvió a montar y guió por las concurridas calles a Arlen, a quien empezó a sofocar el ajetreo y el gentío que se movía por las calles. Se dio cuenta de que muchas personas vestían harapos a pesar del frío aire de la montaña.

—¿Qué hacen? —preguntó el muchacho al verlos agitar unas bacinetas vacías delante de los transeúntes.

—Pedir limosna —replicó Ragen—. No todos los milneses pueden permitirse comprar comida.

—¿Y no podemos arreglarlo dándoles un poco de la nuestra? —quiso saber Arlen.

Ragen suspiró.

—No es tan sencillo, Arlen —repuso el adulto—. El suelo de por aquí no es lo bastante fértil para alimentar ni a la mitad de la gente. Necesitamos el grano de Fuerte Rizón, el pescado de Lakton, las frutas y la carne de ganado de Angiers. Esas ciudades no se limitan a darlo sin más. La comida va a quienes comercian y ganan dinero para poder pagarla, los Mercaderes, y éstos contratan a gente para que trabaje

para ellos, y la alimentan, visten y albergan de su propio bolsillo. —Señaló con un gesto a un hombre vestido con unas ropas ásperas y mugrientas: estiró un cuenco de madera con grietas hacia un viandante, que rehuýó todo contacto visual e hizo un quiebro para evitarlo—. Así es como acabas si no trabajas, a no ser que seas de sangre real o un Hombre Santo.

Arlen asintió como si comprendiera, aunque en realidad no fue así. La gente nunca tenía nada de valor por culpa de la gran tienda de Arroyo Tibbet, pero ni siquiera el Jabalí los dejaba morir de hambre.

Llegaron a una casa y Ragen le indicó por señas a Arlen que detuviera la carreta. No era descomunal si se la comparaba con las que había visto en Miln, pero seguía siendo impresionante para los cánones de Arroyo Tibbet: la vivienda de dos plantas estaba toda hecha de piedra.

—¿Aquí es donde vives? —preguntó Arlen.

El Enviado sacudió la cabeza y echó pie a tierra. Se dirigió a la puerta y llamó con fuerza. Una joven de melena castaña recogida en una coleta contestó enseguida. Era alta y robusta, como todos los milneses. Lucía un vestido de cuello alto, largo hasta los tobillos, pero la tela se tensaba a la altura de los senos. Arlen no tenía claro si era o no guapa. Estaba a punto de decantarse por la segunda opción cuando esbozó una sonrisa que le cambió el rostro por completo.

—¡Ragen! —chilló mientras le rodeaba el cuello con los brazos—. ¡Has vuelto, gracias al Creador!

—Pues claro que sí, Jenya —repuso Ragen—. Los Enviados cuidamos de los nuestros.

—Yo no lo soy —repuso ella.

—Te casaste con uno, y eso es lo mismo. Graig murió siendo un Enviado, malditas sean las normas del gremio.

Jenya pareció apenarse y él intentó cambiar de tema enseguida. Se acercó en dos zancadas a la carreta y descargó el resto del cargamento.

—Te he traído buen arroz de las marismas, sal, carne y pescado —anunció sacando los artículos de la carreta y colocándolos en el umbral de la puerta. Arlen salió disparado para ayudarlo en la tarea—. Y también esto —agregó mientras soltaba del cinto el saco de oro y plata que había obtenido del Jabalí. También le lanzó la bolsita que le había sacado al Mercader del duque.

Jenya puso unos ojos como platos cuando la abrió.

—Oh, Ragen —empezó—, es demasiado, no puedo acep...

—Claro que puedes, y lo harás —le ordenó él, interrumpiéndola—. Es lo menos que puedo hacer.

Los ojos de Jenya se llenaron de lágrimas.

—No sé cómo agradeceréte —dijo—. He estado muy asustada. Escribir para el

gremio no lo cubre todo, y sin Graig... He llegado a pensar que tal vez necesitaría volver a mendigar.

—Vamos, vamos —dijo Ragen, dándole unas palmadas en el hombro—. Mis hermanos y yo nunca dejaremos que eso suceda. Te llevaré a mi propia casa antes que permitir que las cosas vayan tan lejos —le prometió.

—¿Harías eso por mí, Ragen? —preguntó.

—Una última cosa —repuso él—. Ten, un presente de Rusco el Jabalí. —Sostuvo en alto el anillo—. Quiere que le escribas y le confirmes que obra en tu poder.

Jenya empezó a derramar lágrimas de nuevo mientras contemplaba el hermoso anillo.

—Graig era muy apreciado —le aseguró Ragen mientras le deslizaba el anillo en el dedo—. Deja que esta sortija sea el símbolo de su memoria. La comida y el dinero os durarán un buen tiempo. Tal vez para entonces incluso hayas encontrado un marido que te convierta en Madre, pero si las cosas se ponen feas y se te pasa por la cabeza vender ese anillo, ven a verme antes, ¿de acuerdo?

Ella asintió, pero seguía con la vista fija en la joya. Seguía llorando mientras acariciaba el aro.

—Prométemelo —ordenó Ragen.

—Lo prometo.

Ragen asintió y tras abrazarla una última vez le dijo:

—Vendré a verte cuando pueda.

La mujer seguía llorando cuando ellos se marcharon. Arlen permaneció con la vista fija hacia atrás mientras se iban.

—Pareces confuso —dijo Ragen.

—Y lo estoy, supongo —admitió el muchacho.

—Los padres de Jenya eran mendigos —le explicó Ragen—. El padre es ciego y la madre siempre está enferma. Sin embargo, tuvieron la suerte de engendrar una hija sana y atractiva. Ella y sus padres ascendieron dos clases sociales cuando la chica se casó con Graig. Éste se los llevó a casa a los tres y aunque nunca tuvo las mejores rutas, se las arregló para mantenerlos y que fueran felices. Sin embargo —prosiguió, moviendo la cabeza—, ahora ella ha de pagar un alquiler y la comida de tres personas, y tampoco puede alejarse mucho de casa, pues sus padres no pueden valerse por sí mismos.

—Es muy amable de tu parte ayudarlos —dijo Arlen, sintiéndose un poco mejor—. Cuando sonrías, es muy guapa.

—No puedes ayudar a todo el mundo, Arlen —le explicó Ragen—, pero debes esforzarte en socorrer a cuantos sea posible.

El joven asintió.

Siguieron un trayecto sinuoso por las calles empinadas hasta llegar a una enorme

mansión. Una muralla provista de una entrada enrejada rodeaba la extensa finca y la gran casona de tres pisos de altura con docenas de ventanas cuyos cristales reflejaban la luz del sol. Era mayor que el gran salón de la Colina de la Turba, y eso que allí habían todos los habitantes de Arroyo Tibbet para la feria del solsticio de verano. Había elegantes trazos pintados de vividos colores en la casa solariega y el muro. Un lugar de tamaña munificencia debía ser la residencia del duque, dedujo Arlen.

—Mamá tenía un copón de cristal con grafos inscritos; era duro como el acero —dijo el muchacho, y alzó los ojos para mirar las ventanas mientras un hombre delgado acudía presuroso para abrir la verja—. Lo guardaba oculto, pero a veces la sacaba cuando teníamos visitas, para que vieran sus destellos.

Cruzaron el jardín, donde unos sirvientes plantaban unas matas. Los abismales jamás habían ocasionado daño alguno en ese lugar.

—Ésta es una de las pocas casonas de Miln con todas las ventanas de cristal —dijo Ragen con orgullo—. Pagaría mucho por protegerlas para que no se rompieran.

—Me sé el truco —repuso Arlen—, pero necesitas que un abismal toque el vidrio para cargarlo de magia.

Ragen rió entre dientes y sacudió la cabeza.

—Entonces, tal vez no.

Había edificios más pequeños en los jardines: casitas de piedra con chimeneas humeantes y gente que iba y venía, como una aldea en miniatura. Los niños correteaban por los alrededores y las madres no los perdían de vista a pesar de realizar sus quehaceres. Avanzaron hasta las caballerizas. Al cabo de unos instantes apareció un mozo de cuadra para hacerse cargo de las riendas de *Pupila Negra*. Hizo una reverencia echando un pie atrás como si Ragen fuera uno de esos reyes de los relatos.

—Pero ¿no íbamos a detenernos en tu casa antes de visitar al duque? —preguntó el muchacho.

El Enviado soltó una carcajada.

—Ésta es mi casa, Arlen. ¿Acaso crees que iba a jugármela en los caminos a cambio de nada?

Arlen volvió a contemplar la edificación.

—¿Todo esto es vuestro?

—Todo cuanto ves —le confirmó Ragen—. Los duques dispensan mucho dinero a quienes son capaces de plantar cara a los abismales.

—Pero la casa de Graig era muy pequeña —protestó Arlen.

—Graig era un buen hombre —respondió Ragen—, pero no pasaba de ser un Enviado del montón. Se conformaba con hacer su viajecito anual a Arroyo Tibbet y varios servicios de enlace entre aldeas cercanas. Era capaz de mantener a su familia y poco más. Jenya logró un beneficio tan alto porque el precio de los artículos

adicionales que le vendí al Jabalí salió de mis fondos, sólo por eso. Graig solía verse obligado a tomar préstamos del gremio, y éste se queda una buena tajada.

Un hombre alto de rostro inexpresivo abrió la puerta de la casa e hizo una reverencia. Lucía una desteñida capa azul de lana. Tenía limpios el semblante y los ropajes, una diferencia notable en comparación con los ocupantes del patio. Un muchacho no mucho mayor que Arlen se puso en pie de un salto en cuanto ellos entraron y tiró de la cuerda de una campanilla. El repiqueteo resonó por toda la casa.

—Por lo que veo, la suerte ha vuelto a ponerse de tu lado —observó una mujer al cabo de unos instantes.

Tenía el pelo negro y unos ojos penetrantes. Iba ataviada con un vestido azul oscuro, el atuendo más elegante que Arlen había visto jamás, y llevaba pulseras enjoradas y un collar centelleante en torno al cuello. Esbozó una sonrisa fría mientras los contemplaba desde la balconada de mármol situada encima del recibidor. Arlen no había visto nunca una dama tan hermosa ni grácil.

—Elissa, mi esposa —anunció Ragen en voz baja—. Una razón para regresar, y también para marcharse.

Arlen albergó serias dudas de si hablaba o no en broma; al fin y al cabo, la mujer no parecía muy complacida de verlos.

—Los abismales van a atraparte un día de éstos —le advirtió la dama cuando hubo descendido por la escalinata— y al final seré libre de casarme con mi joven amante.

—Eso jamás sucederá —replicó Ragen con una sonrisa mientras la atraía hacia sí para darle un beso; luego, se volvió hacia Arlen y le explicó—: Elissa sueña con que llegue el día de heredar toda mi fortuna. Me cuido de los monstruos tanto por mí mismo como por llevarle la contraria.

El muchacho se tranquilizó cuando la oyó reír.

—¿Quién es éste? —inquirió ella—. ¿Un descarriado para ahorrarte el trabajo de hacerme un hijo?

—El único trabajo de verdad es caldear esas enaguas tuyas tan frías, querida —le replicó en el acto—. Permite que te presente a Arlen, de Arroyo Tibbet. Lo encontré en el camino.

—¿En el camino? —se extrañó la dama—. ¡Pero si es un crío!

—¡No soy ningún crío! —gritó Arlen, y de inmediato se sintió un memo.

Ragen le lanzó una mirada cortante, y él bajó la cabeza.

—Quítate esa armadura y ve al baño —ordenó a su esposo sin dar muestra alguna de haber oído la salida de tono del muchacho—. Hueles a sudor y a herrumbre. Ahora me encargaré de nuestro huésped.

La dueña de la casa llamó a un criado en cuanto se hubo marchado su marido y le ordenó preparar un tentempié para Arlen. La servidumbre de esa casa parecía ser más

numerosa que toda la población de Arroyo Tibbet. Cortaron unas lonchas de jamón y unas rebanadas de pan acompañadas de requesón y leche para remojarlas. Elissa observaba comer al muchacho. A éste no se le ocurrió nada que decir y mantuvo su atención fija en el plato.

Cuando se había terminado todo el requesón, entró una sirvienta vestida con un atuendo con la misma tonalidad azul que la capa del criado de la puerta.

—Maese Ragen os espera en el piso de arriba —anunció tras hacer una reverencia.

—Gracias, Madre —replicó Elissa. Puso una cara rara durante unos instantes mientras, con aire ausente, se recorría el vientre con los dedos. Después, sonrió y miró a Arlen—. Encárgate de que se bañe nuestro invitado —ordenó—, y no le dejes salir del agua hasta que seas capaz de saber de qué color tiene la piel.

La señora soltó una carcajada y acto seguido se marchó con aire majestuoso.

Arlen se puso fuera de sí cuando vio una bañera honda de piedra, pues estaba acostumbrado a bañarse de pie en un abrevadero de agua helada. Esperó mientras la criada, Margrit, vertía una marmita de agua caliente para quitarle el frío de los huesos. Era una mujer alta, como todos los milneses, de ojos amables, y unos cabellos del color de la miel entremezclados con alguna que otra cana asomando por debajo de la cofia. Se volvió de espaldas mientras Arlen se desvestía y se metía en la bañera. Se le escapó un grito ahogado cuando vio las heridas suturadas de la espada y enseguida se acercó para examinarlas.

—¡Ay! —se quejó Arlen a voz en grito en cuanto ella le apretó la herida que se encontraba en la parte superior.

—No seas tan niño —le reprendió ella al tiempo que se llevaba el pulgar y el índice a la nariz, y los olisqueaba. El muchacho apretó con fuerza los dientes cuando ella repitió el proceso, bajando más y más por su espalda—. Tienes más suerte de la que crees —concluyó Margrit—. Pensé que tenías cuatro arañazos cuando Ragen me dijo que estabas herido, pero esto... —le chistó con tono censor—. ¿No te ha enseñado tu madre a no salir de noche?

La réplica de Arlen se quedó en un resuello fuerte. Apretó los dientes, resuelto a no llorar. Margrit se percató y suavizó el tono.

—Están cicatrizando muy bien —comentó acerca de las heridas. Tomó un cazo y comenzó a lavárselas con suavidad. Arlen rechinó los dientes de apretar con tanta fuerza—. Cuando hayas terminado el baño, voy a ponerte una cataplasma y unos vendajes nuevos.

El chico asintió.

—¿Eres tú la madre de Elissa? —quiso saber.

Margrit se carcajeó.

—Dios de mi vida, zagal, ¿qué te ha hecho pensar eso?

—Ella te ha llamado «Madre» —contestó él.

—Porque lo soy —replicó ella con orgullo—. Tengo dos hijos y tres hijas, una de ellas pronto va a ser Madre también. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Pobre Elissa, con todas sus riquezas y todavía sigue siendo una Hija, y ya está al final de la treintena. Me rompe el corazón.

—¿Tan importante es ser mamá? —inquirió Arlen.

La criada lo miró fijamente, como si le hubiera preguntado si el aire era o no vital para la subsistencia.

—¿Puede haber algo más importante que la Maternidad? —le preguntó ella a su vez—. Cada mujer tiene el deber de engendrar hijos para mantener la fortaleza de la ciudad. De ahí que las Madres reciban las mejores raciones y sean las primeras en elegir por las mañanas en el mercado. Por eso, todos los miembros del consejo asesor del duque son Madres. A los hombres se les da bien construir y romper cosas, pero más vale dejar la política y el papeleo a las mujeres que han pasado por la Escuela de la Maternidad. Bueno, son Madres quienes tienen voto para elegir a un nuevo duque cuando muere el anterior.

—Entonces, ¿por qué no tiene un hijo Elissa? —le planteó el muchacho.

—No será por falta de intentarlo —admitió Margrit—. Apostaría a que en eso está ahora. Un hombre vuelve hecho un toro después de pasarse seis semanas en el camino, y yo le he preparado al señor la infusión de la fertilidad, se la he dejado en la mesilla. Quizá sea de ayuda, aunque hasta el más tonto sabe que el mejor momento para concebir un niño es poco antes del alba.

—¿Y entonces por qué no han tenido ninguno? —quiso saber Arlen. Él sabía que hacer niños guardaba cierta relación con los juegos a los que querían jugar Renna y Beni, pero éstas se habían mostrado bastante imprecisas con los detalles.

—Sólo el Creador lo sabe —respondió la mujer—. Elissa podría ser estéril, o tal vez lo sea Ragen, aunque eso sería una vergüenza. Escasean los buenos hombres como él. Miln necesita hijos suyos. —Margrit suspiró—. La señora tiene suerte de que él no la haya dejado ni haya tenido hijos con alguna de las criadas. Y ellas lo están deseando, bien lo sabe el Creador.

—¿Abandonaría a su esposa?

Arlen se pasmó.

—No pongas esa carita de sorpresa, chico —dijo Margrit—. Un hombre necesita herederos, y debe conseguirlos como sea. El duque Euchor va por su tercera esposa, y hasta ahora únicamente puede presumir de hijas. —La criada sacudió la cabeza—. Aunque Ragen no lo hará. A veces, esos dos se pelean como abismales, pero él quiere a su esposa como al mismo sol. Jamás la dejará, ni ella tampoco, a pesar de que haya tenido que rebajarse.

—¿Rebajarse?

—Ella era una noble, ya sabes. Su madre está en el Concilio Ducal y también Elissa podría haber servido al duque si se hubiera casado con otro noble y hubiera tenido un hijo, pero ella se desposó con un hombre de clase inferior para estar con Ragen, en contra de los deseos de su madre, que no le ha vuelto a dirigir la palabra. Ahora, Elissa tiene el estatus de los

Mercaderes por muy bien provista de dinero que esté. Jamás ostentará un cargo en la ciudad sin haber estado en la Escuela de la Maternidad, y mucho menos entrará al servicio del duque.

Arlen permaneció en silencio mientras la criada le enjuagaba las heridas y recogía sus ropas de las baldosas. Resopló al ver las rasgaduras y los manchurroneos.

—Voy a intentar remendar esto lo mejor posible mientras estás en remojo — prometió, y le dejó para que se diera un baño.

Cuando ella se fue, el muchacho intentó encontrarle algún sentido a cuanto había dicho la criada, pero no había comprendido casi nada. Margrit le recordaba un poco a Catrin, la hija de Rusco.

«Te contaría todos los secretos del mundo sólo por darme el goce de oír el sonido de su voz un poco más», solía decir Silvy.

La mujer regresó poco después con ropas nuevas, aunque no de su talla. Le vendó las heridas y lo ayudó a vestirse a pesar de las protestas. Él debió subirse las mangas de la túnica para encontrarse las manos y remangar el dobladillo de los pantalones para no tropezar y caerse, pero el muchacho se sintió limpio por primera vez en semanas.

Compartió una cena temprana con Elissa y Ragen. Éste se había recortado la barba y se había anudado atrás el pelo además de haberse puesto una elegante camisa blanca, un jubón de gamuza azul oscuro y unos pantalones bombachos.

Habían sacrificado un cerdo nada más llegar el señor de la casa y la mesa pronto estuvo llena de costillas, chuletas, lonchas de beicon y riquísimos chorizos. Además, sirvieron jarras de cerveza fresca y de agua clara. Elissa torció el gesto cuando su marido ordenó mediante señas a un criado que le sirviera una cerveza a Arlen, pero no dijo nada y tomó un sorbo de vino de un vaso de cristal tan delicado que el chico temió que los finos dedos de la dama fueran a romperlo. Sirvieron pan crujiente — nunca había visto uno más blanco—, cuencos de nabos hervidos y patatas untadas con manteca.

Se le hizo la boca agua cuando vio toda esa comida. Arlen no pudo evitar un recuerdo para toda aquella gente de la calle que no tenía qué llevarse a la boca, pero aun así, el hambre pronto superó a la culpa y empezó a probarlo todo, llenándose el plato una y otra vez.

—Por el Creador, ¿dónde metes tanta comida? —preguntó Elissa, juntando las manos en un gesto de diversión cuando vio que el muchacho había vuelto a dejar

limpio otro plato—. ¿Tienes un hechizo en el estómago?

—No le hagas ni caso, Arlen —lo avisó Ragen—. Las mujeres se pasan el día preocupadas en la cocina y luego les da cosa comer más que un pajarito, no sea que cometan una falta de tacto. Los hombres sabemos mejor cómo apreciar la comida.

—Tiene razón, ya sabes, las mujeres no somos capaces de apreciar las sutilezas de la vida tan bien como los hombres —repuso ella mientras miraba al techo.

Ragen dio un respingo y derramó la cerveza. Arlen comprendió que ella le había propinado un puntapié por debajo de la mesa. Decidió que la dama le caía bien.

Apareció después de la cena un paje con un tabardo gris y el blasón del duque bordado en la pechera a fin de recordarle a Ragen lo de la cita. El Enviado suspiró, pero aseguró al servidor ducal que acudiría de inmediato.

—Arlen no está presentable para la audiencia del duque —se quejó Elissa—. Nadie comparece ante el duque con aspecto de pordiosero.

—No hay mucho que podamos hacer al respecto, cariño —repuso Ragen—. Tenemos unas pocas horas antes del ocaso. Difícilmente vamos a dar con un sastre que acuda a tiempo.

Elissa se negó a aceptarlo y estudió al muchacho con la mirada durante un buen rato; luego, chasqueó los dedos y salió de la habitación a grandes zancadas para regresar al cabo de un momento con un jubón azul y un par de botas de cuero.

—Uno de nuestros pajes es más o menos de tu edad —le explicó a Arlen mientras lo ayudaba a calzarse y a ponerse el jubón encima de la túnica. Las mangas del jubón le estaban cortas y las botas le apretaban los dedos, pero lady Elissa pareció quedar satisfecha. Le pasó un peine por las greñas y retrocedió para contemplarlo—. Bastante bien —dijo, sonriente—. Vigila tus modales en presencia del duque, Arlen —le aconsejó.

Él asintió con una sonrisa, sintiéndose muy torpe con aquellas ropas tan ajustadas.

La fortaleza del duque estaba muy resguardada dentro de la no menos protegida fortificación de Miln. La muralla exterior de piedra tallada alcanzaba los seis metros de altura y tenía numerosos grafos de protección. Lanceros armados patrullaban por el camino de ronda. Tras cruzar a caballo las puertas, entraron en el patio de armas, rodeado por los muros de un palacio que dejaba pequeña la mansión de Ragen. El palacio tenía cuatro pisos y las torres alcanzaban el doble de altura. Habían grabado amplios y angulosos grafos en cada roca. La luz vespertina arrancaba guiños al cristal de las ventanas.

Hombres de armas con armaduras patrullaban por el patio y los pajes con los colores del duque iban y venían de un lado para otro, a toda prisa. Un centenar de trabajadores sudaban en ese lugar: carpinteros, mamposteros, herreros y carniceros.

Arlen vio tiendas de grano y de carne, y jardines más amplios todavía que los de Ragen. El chico tuvo la impresión de que el duque podía vivir para siempre en su fortaleza si optaba por cerrar la puerta.

El bullicio y el olor del patio desaparecieron en cuanto se cerraron tras ellos las puertas de palacio. Una ancha alfombra corría por el suelo del atrio de la entrada, cuyas paredes de fría piedra estaban cubiertas de tapices. A excepción de unos pocos guardias, sólo se veían mujeres, por docenas. Sus faldas se movían a toda velocidad cuando se dirigían a atender sus quehaceres. Algunas trazaban figuras en unas pizarras mientras otras apuntaban los resultados en pesados libros. Unas pocas, más ricamente ataviadas que el resto, paseaban con ademán imperioso y vigilaban el trabajo de las demás.

—El duque se halla en la cámara de audiencias. Os espera desde hace un rato — los avisó una de ellas.

Había una larga cola de personas fuera de la sala de audiencias, en su mayoría mujeres con plumas para escribir y manojos de documentos, pero también se veían a unos pocos hombres bien vestidos.

—Solicitantes de poca monta —lo informó Ragen—, todos ansían un minuto del tiempo del duque antes de que suene la Campanada Vespertina y los escolten hasta la salida.

Los peticionarios parecían ser muy conscientes de que el día llegaba a su fin y discutían abiertamente sobre quién debía ser el siguiente, pero la cháchara se acalló en cuanto vieron aparecer a Ragen. Todos los peticionarios enmudecieron cuando el Enviado anduvo por delante de toda la fila y siguieron su estela como perros ávidos en busca de pitanza. Lo acompañaron hasta la entrada, donde la mirada fulminante de los guardias los detuvo en seco. Se arremolinaron a escuchar mientras entraban Ragen y Arlen.

Éste se sintió apabullado por la cámara de audiencias del duque Euchar de Miln. El techo abovedado alcanzaba una altura de varios pisos y las teas descansaban sobre las grandes columnas erguidas alrededor del trono ducal. Había grafos escritos en cada pilar.

—Ahí están los solicitantes de importancia —murmuró Ragen, haciendo una señal hacia los hombres y mujeres que deambulaban por la estancia—. Suelen agruparse. —Indicó con un vaivén de la cabeza a un gran grupo de hombres situados cerca de la puerta—. Son los príncipes Mercaderes —dijo—. Pagan mucho oro por el derecho a estar en palacio y olfatear las novedades o por desposar a la hija de algún noble.

»Y ahí espera —dijo, señalando con un cabeceo a un grupo de ancianas situadas delante de los Mercaderes— su turno el Concilio de las Madres para entregar al duque los informes del día.

Varios hombres calzados con sandalias y vestidos con sencillas ropas de color marrón permanecían de pie en gesto de silenciosa dignidad, pues sólo unos pocos hablaban en cuchicheos y los demás tomaban nota de cada palabra.

—Toda corte necesita sus Hombres Santos —explicó Ragen.

Luego, señaló con el dedo a un enjambre de cortesanos lujosamente ataviados cuyo parloteo sonaba como un zumbido. Situados cerca del duque, eran atendidos por un verdadero ejército de criados cargados con bandejas de comida y bebidas.

—Son los de sangre real —lo informó Ragen—: sobrinos, primos y primos segundos del duque, son los descartados... Todos le halagan el oído, pero en su fuero interno sueñan con lo que podría pasar si Euchar dejara vacante el trono sin un heredero. Su Gracia los odia.

—¿Y por qué no se libra de ellos? —inquirió el muchacho.

—Porque son de regio abolengo —repuso Ragen, como si eso lo explicara todo.

Se hallaba a mitad de camino del sitio del duque cuando los interceptó una mujer alta de pelo recogido hacia atrás con una redecilla. Tenía el semblante estrecho y surcado de arrugas tan hondas que daba la impresión de haberse grabado grafos en las mejillas. Caminaba encorvada, pero se movía con dignidad a pesar de que su papada se movía con una cadencia propia. Tenía un aire similar a Selia: era una mujer acostumbrada a dar órdenes y a ser obedecida sin rechistar. Bajó los ojos para mirar a Arlen e hizo el sonido propio del olisqueo, como si el muchacho hubiera pisado una cagarruta. Luego miró a Ragen.

—Madre Jone, la chambelán del duque —murmuró Ragen cuando ella todavía no era capaz de oírlos—. Ella y los aristócratas tienen algo de abismales. No dejes de caminar a menos que yo lo haga o ella te hará esperar en los establos mientras yo hablo con el duque.

—Su Gracia no dispone de tiempo para todos los descarriados de las calles, Ragen —siseó ella, apretando el paso para no perder paso con el Enviado—. ¿Quién es?

Ragen se detuvo, y Arlen con él. Se volvió y fulminó a la mujer con la mirada antes de inclinarse sobre ella. Madre Jone podía ser alta, pero el

Enviado lo era todavía más, y la triplicaba en corpulencia. La pura amenaza de su presencia física la hizo retroceder de forma involuntaria.

—La persona a quien he elegido traer conmigo, ése es —masculló antes de lanzarle un talego lleno de cartas. Ella lo recogió con gesto pensativo y enseguida revolotearon por allí las madres componentes del Concilio Ducal y los acólitos de los Pastores.

Los de sangre real se percataron del movimiento e hicieron gestos y comentarios a los de alrededor. De pronto, la mitad del séquito se dividió, y Arlen comprendió que sólo eran sirvientes bien vestidos. Los señores actuaron como si nada hubiera

acaecido, pero sus criados se emplearon con el mismo interés que el resto por estar cerca de la saca.

Jone entregó las cartas a un miembro de su propio servicio y luego acudió junto al trono con andares apresurados a fin de anunciar a Ragen, aunque no debía haberse molestado. La entrada de éste había ocasionado revuelo suficiente para que se fijaran en el Enviado todos los presentes sin excepción. Euchor contempló cómo se acercaban el Enviado y el niño.

El duque era un hombre corpulento de cincuenta y muchos años. Tenía una barba cerrada y el pelo entrecano. Vestía una túnica verde, deslucida por manchas recientes de la grasa que también le embadurnaba los dedos, pero ricamente bordada con hilo de oro, y una pelliza. Sobre las sienes llevaba la diadema ducal.

—Te has dignado en honrarnos con tu presencia —dijo el duque con voz tronante, aunque daba la impresión de hablar más para el resto de los presentes que a Ragen. Los aristócratas asintieron y cuchichearon entre sí a raíz del comentario del duque, y algunos llegaron a levantar la cabeza de los fajos de cartas—. ¿Acaso no era muy acuciante mi negocio?

Ragen se adelantó hacia la tarima del trono al tiempo que buscaba con su mirada pétrea los ojos del duque.

—He tardado cuarenta y cinco días en ir de aquí a Angiers y volver por el camino de Arroyo Tibbet —respondió el Enviado en voz alta—. ¡He dormido al raso treinta y siete noches mientras los abismales arañaban con sus zarpas mis protecciones! —Tampoco Ragen miró al duque, pero Arlen sabía que su protector se dirigía al auditorio, buena parte del cual se puso blanco y se estremeció al oír esas palabras—. Me he ausentado seis semanas del hogar, Su Gracia —continuó, bajando la voz a la mitad del tono empleado hasta ese momento, pero manteniendo un tono audible para todos—. ¿Vais a negarme un baño y una comida con mi esposa?

Euchor vaciló y sus ojos se desviaron hacia los miembros de la corte. Al final, soltó una risa estridente.

—¡Por supuesto que no! —gritó—. Un duque ofendido puede hacerle la vida difícil a un hombre, pero ni la mitad que una esposa molesta.

La tensión desapareció cuando los miembros del séquito estallaron en carcajadas.

—Hablaré a solas con mi Enviado —ordenó el duque después de que se hubieron apagado las risas.

Hubo más de un refunfuño, pero Jone indicó a su servidora mediante señas que se fuera, y eso hizo que la mayor parte de los cortesanos la siguieran. Los de sangre real se hicieron los remolones durante unos instantes, hasta que Jone dio una palmada. La recriminación les hizo reaccionar y salieron en fila tan deprisa como lo permitía su dignidad.

—¡Quédate! —le ordenó Ragen a Arlen con un hilo de voz antes de detenerse a

una respetuosa distancia del trono.

Jone hizo un gesto a los guardias, que cerraron las puertas desde dentro. A diferencia de los hombres de la entrada, éstos parecían ser soldados despiertos y profesionales. Jone se desplazó hasta situarse de pie junto a su señor.

—¡No vuelvas a hacer eso nunca más en mi corte! —gruñó Euchor cuando estuvieron a solas.

El Enviado le hizo la venia de forma imperceptible en señal de acatar la orden, pero le pareció un paripé incluso a Arlen, quien estaba asombrado. Ragen era verdaderamente temerario.

—Traigo nuevas de Arroyo Tibbet, Su Gracia —empezó Ragen.

—¿De dónde...? —estalló Euchor—. ¿Qué me importa a mí Arroyo Tibbet? ¿Qué noticias hay de Rhinebeck?

—Han soportado un invierno muy duro por la falta de sal —continuó como si el duque no hubiera dicho nada— y además han sufrido un ataque de...

—¡Por la Noche, Ragen! —maldijo Euchor—. La respuesta de Rhinebeck podría afectar a Miln durante los próximos años, así que ahórrame los listados de nacimientos y las cuentas de puebluchos de medio pelo.

Arlen jadeó y se colocó detrás de Ragen en busca de protección. Él le apretó el brazo de forma tranquilizadora.

Euchor se lanzó al ataque.

—¿Han descubierto oro en Arroyo Tibbet?

—No, mi señor—respondió Ragen—, pero...

—¿Han abierto una mina de carbón en Pastos al Sol? —le atajó Euchor.

—No, mi señor.

—¿Han recuperado los grafos de combate olvidados?

Ragen sacudió la cabeza.

—Por supuesto que no.

—¿Has conseguido al menos traer suficiente arroz para sufragar tus servicios de ir y venir hasta allí? —preguntó el duque.

—No. —El emisario frunció el ceño.

—Bien —concluyó Euchor mientras se frotaba las manos como si se sacudiera el polvo de las mismas—, en tal caso no debemos preocuparnos de Arroyo Tibbet durante otro año y medio.

—Un año y medio es demasiado tiempo —se atrevió a insistir Ragen—, la gente necesita...

—En tal caso, haz el viaje gratis y podré permitírmelo —le cortó el duque.

La sonrisa de Euchor se ensanchó cuando Ragen no respondió de inmediato. Había ganado la pugna dialéctica, y lo sabía.

—Traigo una carta del duque de Rhinebeck —contestó el Enviado con un suspiro

y se llevó la mano al jubón, de donde extrajo un fino cilindro sellado con cera, pero el duque lo rechazó con un impaciente ademán de las manos.

—¡Limítate a decírmelo, Ragen! ¿Sí o no?

—No, mi señor —respondió el Enviado con ojos entornados—; la respuesta es no. Perdieron los dos últimos convoyes y todos los escoltas. El duque no puede permitirse el lujo de realizar otro envío. Sus hombres únicamente pueden cortar y transportar troncos en poca cantidad y tiene más necesidad de madera que de sal.

El duque enrojeció visiblemente. Arlen pensó que iba a estallar.

—¡Maldición, Ragen, necesito esa madera! —gritó, y dio un puñetazo.

—Su Gracia ha decidido que es más necesaria para la reconstrucción de Pontón en la orilla sur del río Entrettierras —repuso el interpelado con calma.

El duque siseó mientras sus ojos adquirían un brillo homicida.

—Eso es cosa del primer ministro de Rhinebeck —terció Jone—. Janson lleva años intentando conseguir un porcentaje del pontazgo.

—Vale —convino Euchor—, pero ¿por qué conformarse con una parte de la tarta cuando pueden quedársela entera? Según tú, ¿qué iba a decir cuando me dieras tales nuevas?

Ragen se encogió de hombros.

—Hacer conjeturas no es el cometido de un Enviado. ¿Qué tenéis que decir?

—Que quienes viven en fortalezas de madera no deben encender un fuego en el patio del vecino —gruñó el duque—. No he de recordarte la importancia de la madera para Miln. Nuestra reserva de carbón decrece, y ¿de qué nos sirven todas las menas sin combustible? Además, la ciudad se congelará. Yo mismo prenderé fuego a ese nuevo pontón antes de que llegemos a eso.

Ragen se inclinó en señal de que reconocía la circunstancia.

—El duque de Rhinebeck es consciente de eso —dijo—, por eso me ha otorgado poderes para hacer una contraoferta.

—¿Y cuál es? —preguntó el duque al tiempo que enarcaba una ceja.

—Materiales para reconstruir el pontón y la mitad de la recaudación del pontazgo —aventuró Jone antes de que Ragen tuviera ocasión de abrir la boca. Ella miró al Enviado con ojos entornados—. Y el pontón se queda en la orilla angiersiana del río Entrettierras.

Ragen asintió.

—¡Por la Noche! —juró Euchor—. Pero, bueno, Ragen, ¿de qué lado estás tú?

—Soy un Enviado —repuso él con orgullo—. No tomo partido, me limito a informar de lo que me han dicho.

El duque se puso en pie de un salto.

—Entonces, dime a santo de qué debería pagarte.

Ragen ladeó la cabeza y preguntó con voz melosa:

—¿Acaso preferiría Su Gracia ir en persona?

El duque se puso blanco como la cal al oír eso, pero no replicó. Arlen percibió el poder de aquella réplica tan simple. Su deseo de convertirse en Enviado se fortaleció más aún, si eso era posible.

Su Gracia asintió al final con gesto de resignación.

—Voy a pensármelo —contestó al cabo de un rato—. Se hace tarde. Puedes marcharte.

—Una última cosa, mi señor —agregó Ragen mientras empujaba a Arlen hacia delante, pero Jone ya había hecho la señal a los guardias para que abrieran las puertas y volvió a entrar el enjambre de solicitantes.

El duque ya no prestaba atención alguna al Enviado.

Ragen interceptó a Jone cuando se marchaba de su posición junto al trono.

—Madre, en cuanto al chico...

—Estoy muy ocupada, Enviado. —Jone sorbió por la nariz—. Tal vez deberías traerlo cuando esté más libre.

Se alejó de ellos caminando con la cabeza muy echada hacia atrás.

Se les acercó un comerciante tuerto con aspecto de oso. Una cicatriz carnosa ocupaba la cuenca de su ojo perdido. Lucía en la pechera un blasón: un jinete con lanza y saca.

—Me alegra verte sano y salvo, Ragen —dijo el hombre—. ¿Acudirás al gremio mañana para presentar tu informe?

—Maestro Malcum —lo saludó Ragen con una reverencia—. ¡Qué alegría! Me he encontrado a este muchacho, Arlen, en el camino...

—¿Entre ciudades...? —preguntó el maestro gremial con sorpresa—. Deberías saber mejor qué haces, hijo.

—A varios días de una ciudad —precisó Ragen—. El chico traza grafos mejor que muchos Enviados. —Malcum arqueó la ceja de su ojo sano al oír eso—. Desea ser Enviado —insistió Ragen.

—Es imposible pedir una carrera más honorable —repuso el maestro.

—No tiene a nadie en Miln —le explicó Ragen—. Se me ocurrió que tal vez podría aprender con el gremio.

—Vamos, Ragen —repuso el tuerto—, sabes muy bien que sólo aceptamos aprendices de un Protector registrado. Prueba suerte con el maestro Vincin.

—El chaval ya es capaz de trazar —arguyó Ragen con un tono de voz mucho más respetuoso del empleado con el duque. Malcum era todavía más corpulento que Ragen y no parecía ser uno de esos que se dejaban intimidar por historias de noches al raso.

—En tal caso, no debería tener problema alguno en conseguir que le registren en el gremio de Protectores —se zafó Malcum antes de alejarse—. Te veré mañana —

dijo mientras se iba.

Ragen miró alrededor y localizó a otro hombre en el corro de los Mercaderes.

—Ponte de puntillas, Arlen —le ordenó mientras cruzaba la estancia dando grandes zancadas—. ¡Maestro Vincin! —le llamó mientras andaba.

El interpelado alzó los ojos y se alejó de sus contertulios para saludarlos. Le hizo la venia a Ragen, pero fue un gesto sin deferencia alguna. Vincin lucía una barba de chivo un tanto grasienta y negra como su pelo, recogido hacia atrás. Llevaba los dedos rollizos llenos de anillos centelleantes. Lucía sobre el pecho el símbolo del grafo clave, el trazo base que servía de fundamento a todos los demás en la red de protección.

—¿Qué puedo hacer por ti, Ragen? —preguntó el maestro.

—Este muchacho es Arlen, de Arroyo Tibbet —empezó el Enviado, señalando al chico con un ademán—. Quedó huérfano tras un ataque de los abismales y no tiene familia en Miln, pero desea ser aprendiz de Enviado.

—Me parece estupendo, pero ¿qué tiene que ver eso conmigo? —inquirió Vincin sin dejar de observar al chico.

—Malcum no va a aceptarle a menos que sea aprendiz de un Protector registrado —le explicó Ragen.

—Ya veo, eso es un problema —convino Vincin.

—El chaval ya es capaz de trazar por sí solo, si tú encontraras la forma...

Vincin ya había empezado a negar con la cabeza antes de que terminara la frase.

—Lo siento, Ragen. No vas a convencerme de que un patán de pueblo es capaz de trazar grafos lo bastante buenos para que lo registre.

—Las protecciones del muchacho le arrancaron el brazo a un demonio de piedra —insistió el Enviado.

Vincin rompió a reír.

—Puedes guardarte esa trola para los Juglares a menos que tengas ese brazo en tu poder, Ragen.

—¿Podrías en tal caso conseguirle un puesto de aprendiz? —inquirió Ragen.

—¿Puede pagar los honorarios? —repreguntó Vincin.

—Es un huérfano del camino —protestó Ragen.

—Tal vez pueda encontrarle algún Protector dispuesto a tomarlo como criado —se ofreció el maestro.

Ragen puso cara de pocos amigos.

—Gracias de todos modos —contestó el Enviado, empujando a Arlen para que se alejara.

Volvieron a la mansión de Ragen a toda prisa, pues el crepúsculo se les echaba encima. El muchacho tuvo ocasión de ver desiertas las vías que antes se hallaban atestadas. La gente verificaba los grafos con cuidado y atrancaba las puertas. Todos

se encerraban en casa durante la noche incluso en aquellas calles adoquinadas, situadas al amparo de las murallas gruesas y protegidas.

—Aún no me creo que le hablaras de ese modo al duque —dijo Arlen.

Ragen rió entre dientes.

—Es la primera regla de los Enviados, Arlen —contestó—. Tal vez reyes y Mercaderes puedan pagar tus honorarios, pero te pisotearán a poco que les dejes. Debes desenvolverte como un rey en su presencia y no olvidar jamás quién es el que se juega la vida.

—Funcionó con Euchor —convino Arlen.

La simple mención del nombre hizo que Ragen torciera el gesto.

—Cerdo egoísta —espetó—. Sólo le preocupa su propio bolsillo.

—No pasa nada —terció Arlen—. Los de Arroyo Tibbet sobrevivieron sin sal el otoño pasado y pueden volver a hacerlo.

—Quizá —concedió el adulto—, pero no hay razón para ello. ¡Y tú! Un buen duque habría preguntado por qué he llevado conmigo a un niño a su cámara y te habría brindado el amparo del trono para que no tuvieras que acabar en la calle como limosnero. ¡Y Malcum no es mejor! ¿Qué perdía por comprobar tu habilidad? ¿El alma? ¡Y Vincin! Ese bastardo avaricioso ya te habría encontrado un maestro registrado si hubieras tenido dinero para pagar sus exorbitantes honorarios. «Criado», dice el muy necio.

—¿Un criado no es un aprendiz? —preguntó Arlen.

—Ni por asomo —contestó Ragen—. Los aprendices pertenecen a la clase de los Mercaderes. Ellos dominan un ámbito comercial y se embarcan en un negocio por su propia cuenta o en compañía de otro maestro. Los criados jamás llegan a nada a menos que asciendan por vía del matrimonio, y que me aspen si voy a dejar que te conviertas en uno de ellos.

Él enmudeció, y Arlen, a pesar de no enterarse de nada, llegó a la conclusión de que sería mejor no preguntarle más.

Cruzaron las protecciones de la mansión de Ragen poco después de que se hiciera absolutamente de noche. Margrit le mostró a Arlen el cuarto de invitados, cuyas dimensiones eran casi la mitad de la casa de su padre. El lecho situado en el centro de la estancia era tan alto que el muchacho debió saltar para poder subirse a él. Se llevó una sorpresa mayúscula cuando se hundió en el mullido colchón, pues hasta entonces únicamente había dormido sobre el suelo o en jergones de paja.

Se dejó ir y enseguida se quedó dormido, pero no tardó en despertarlo el sonido de unos gritos. Se dejó caer de la cama y salió del dormitorio en busca del origen de las voces. Las habitaciones de la gran mansión estaban vacías, pues el servicio se

retiraba durante las horas de oscuridad. Arlen llegó a lo alto de la escalera, donde las voces sonaban con mayor nitidez, eran las de Ragen y Elissa.

—... métele ahí y se acabó todo —le oyó decir a la dama—. Eso de ser Enviado no es trabajo para un chico, te pongas como te pongas.

—Tal es su deseo —insistió Ragen.

Ella bufó con mofa.

—Endosarle el muerto a otro no va a eximirte de la culpa de haberlo traído a Miln en vez de haberlo devuelto a su hogar.

—¡Boñiga de demonio! —espetó Ragen—. Tú sólo quieres tener alguien a quien mimar día y noche.

—¡No te atrevas a volver esto contra mí! —siseó Elissa—. Cuando decidiste no llevarlo de vuelta a Arroyo Tibbet, tomaste una decisión por él, asumiste una responsabilidad. Es tiempo de que lo admitas y dejes de buscar a otro que se haga cargo de él.

Arlen aguzó el oído, pero no hubo respuesta por parte de Ragen durante un buen rato. Le entraron ganas de bajar e irrumpir en la conversación. La dama deseaba lo mejor para él, lo sabía, pero empezaba a hartarse de que los adultos planeasen su vida.

—Bien —dijo Ragen al fin—. ¿Qué te parece si le envío con Cob? Él no va a animar al muchacho a trabajar de Enviado. Yo sufragaré todo el coste y nosotros podemos visitar la tienda con frecuencia para no perderlo de vista.

—Me parece una gran idea —admitió Elissa; todo rastro de malhumor había desaparecido de su voz—, pero no hay razón para que Arlen no pueda quedarse ahí en vez de tener que dormir sobre un duro banco en algún estudio atestado.

—Los aprendizajes no tienen por qué ser cómodos —refutó Ragen—. Va a tener que estar allí desde el alba hasta el anochecer si quiere dominar el oficio de los grafos, y si sigue adelante con su plan de ser Enviado, va a necesitar todo el adiestramiento que pueda conseguir.

—Vale. —Elissa parecía enfurruñada, pero un momento después su voz sonó más melosa cuando agregó con voz susurrante—: Ahora, ven y hazme un hijo.

El muchacho se apresuró a volver a su cuarto.

Arlen abrió los ojos antes del alba, como de costumbre, pero por un instante creyó que seguía dormido, flotando sobre una nube a la deriva. Entonces recordó su paradero y se estiró, disfrutando tanto de la deliciosa suavidad de las plumas acumuladas en el colchón y la almohada como del calor generado por el grueso edredón. La leña del hogar había ardido hasta convertirse en brasas.

La tentación de remolonear en la cama era fuerte, pero su vejiga le insufló la

determinación para abandonar el suave abrazo del lecho. Se deslizó hasta el frío suelo y tomó las bacinillas de debajo de la cama y actuó como le había instruido Margrit: hizo las aguas menores en una y las mayores en otra, para luego dejar ambas junto a la puerta, a fin de que las recogieran para usar su contenido en los jardines. El suelo de Miln era rocoso y los milneses no malgastaban nada.

Arlen se dirigió a la ventana. La noche anterior había estudiado con detenimiento sus cristales hasta que los ojos se le cerraron de sueño, pero seguían fascinándolo. No había visto nada igual. Era duro y rígido como una red de grafos. Recorrió con el dedo el cristal, donde dibujó una línea en el vaho condensado y la convirtió en un grafo al recordar las protecciones del círculo portátil de Ragen. Trazó varios signos más, echando el hálito sobre el cristal para borrar su trabajo y empezar de nuevo.

En cuanto terminó con ese juego se puso la ropa y bajó las escaleras. Encontró a Ragen bebiendo a sorbos una taza de té mientras contemplaba cómo surgía el sol entre las montañas.

—Te has levantado pronto —comentó Ragen con una sonrisa—. Todavía haremos de ti un Enviado.

Arlen sacó pecho, orgulloso.

—Voy a presentarte a un amigo mío —continuó él—. Un Protector. Él me instruyó a mí cuando tenía tu edad y necesita un aprendiz.

—¿Y no podía ser aprendiz tuyo? —preguntó, esperanzado—. Trabajaré duro.

Ragen rió entre dientes.

—No lo dudo, pero soy un mal profesor, y voy a pasarme más tiempo fuera que en la ciudad. Vas a aprender mucho más de Cob. Fue Enviado antes de que yo naciera.

Arlen se puso radiante de entusiasmo al oír aquello.

—¿Cuándo voy a conocerlo?

—Ha salido el sol —replicó Ragen—. Nada nos impide acudir nada más terminar el desayuno.

Elissa no tardó en reunirse con ellos en el comedor. La servidumbre dispuso una gran mesa con tocino, jamón de york, hogazas de pan untadas con miel, huevos, patatas y grandes manzanas asadas. El muchacho devoró el desayuno, deseoso de salir a la calle, y se puso a mirar a Ragen en cuanto terminó, pero éste no le hizo el menor caso, comiendo con una lentitud enloquecedora mientras Arlen se removía inquieto.

Al final, el Enviado depositó el tenedor sobre el plato y se secó los labios con la servilleta.

—Muy bien, ya podemos irnos —dijo levantándose.

El chico esbozó una ancha sonrisa y se puso en pie de un salto.

—No tan deprisa —los atajó lady Elissa—. No iréis a ninguna parte hasta que el

sastre venga a tomarle las medidas a Arlen.

—¿Para qué...? —preguntó Arlen—. Margrit me ha lavado la ropa y ha cosido todos los rotos.

—Valoro la intención, cielo —terció Ragen, saliendo en defensa del muchacho—, pero no hay prisa alguna por las ropas ahora que ha pasado la entrevista con el duque.

—Eso no vamos a discutirlo —los informó la dama mientras se ponía de pie—. No pienso tener en casa a un huésped con aspecto de indigente.

El Enviado miró el ceño de su esposa y suspiró.

—Déjalo estar, Arlen —lo aconsejó en voz baja—. No vamos a ir a ninguna parte hasta que esté satisfecha.

Al cabo de poco rato llegó el sastre, un hombrecillo de dedos ágiles que midió al muchacho con sus cuerdas anudadas, consignando las cifras con tiza en una pizarra. Mantuvo una conversación animada con la señora de la casa en cuanto hubo terminado de tomar las medidas y se marchó tras hacer otra reverencia.

Ella se acercó a Arlen y se inclinó delante de él.

—No ha sido tan malo, ¿a que no? —preguntó mientras le alisaba la camisa y le apartaba el pelo de la cara—. Ahora ya puedes correr con Ragen para reunirte con el maestro Cob.

La dama le acarició la mejilla con su fría y suave mano. Él se inclinó, aceptando ese roce maternal durante unos instantes, y luego se apartó de sopetón, con los ojos abiertos como platos.

Ragen se percató de la mirada y percibió la expresión herida en el semblante de su esposa mientras el muchacho se alejaba de ella como si la dama fuera un demonio.

—Creo que has herido los sentimientos de Elissa, Arlen —observó Ragen mientras salían de los jardines.

—No es mi madre —repuso el muchacho, reprimiendo el remordimiento.

—¿La echas de menos? —inquirió Ragen—. Me refiero a tu madre.

—Sí —respondió él con un hilo de voz.

El Enviado asintió sin añadir nada más, y el chico agradeció mucho ese silencio. Ambos siguieron su camino y la singularidad de las calles milnesas borró enseguida el incidente. El hedor de las carretas con excrementos estaba por todas partes, pues los basureros pasaban de una casa a otra para recoger la porquería de la noche anterior.

—Puaj —dijo Arlen, llevándose la mano a la nariz—. La ciudad entera huele peor que un establo. ¿Cómo lo soportas?

—Lo peor es por la mañana, mientras pasan los encargados de recoger la mierda —le explicó Ragen—. Acabas acostumbrándote. La ciudad tuvo cloacas en el pasado, pero las sellaron hace siglos, cuando los abismales las usaron para colarse en la ciudad.

—¿Y no podéis excavar pozos negros? —planteó Arlen.

—El suelo milnés es de roca —contestó el Enviado—. Quienes no tienen jardines que abonar deben entregar sus desechos para ser usados en los jardines del duque. Es la ley.

—Pues esa ley apesta —replicó el chico.

Ragen se rió.

—Tal vez —repuso—, pero nos alimenta y mantiene la economía. Si se comparan los desechos producidos por una casona gremial y los de mi mansión, mi casa resulta insignificante.

—Estoy seguro de que huele mejor.

El hombre volvió a reírse.

Al final, doblaron una esquina y se plantaron delante de una tienda pequeña y de aspecto seguro. Tenía grabados finos trazos de protección alrededor de las ventanas, en el dintel y en las jambas de la puerta. Arlen pudo apreciar el detalle de los grafos. El autor, fuera quien fuese, tenía buena mano.

Se oyó un tintineo de campanillas cuando entraron en el establecimiento. Arlen abrió los ojos exageradamente al ver el género: la estancia estaba llena de grafos de todas formas y tamaños grabados sobre toda clase de superficies.

—Espera aquí —le indicó Ragen mientras cruzaba la sala para conversar con el hombre sentado a la mesa de trabajo.

El muchacho apenas se fijó en él mientras deambulaba por la tienda. Recorrió con reverencia los finos trazos hechos en los tapices, los grabados en piedras de río y los forjados en metal. Había también postes tallados para cercados de los granjeros y círculos portátiles como el de Ragen. Intentó memorizar cuantos grafos vio, pero acabaron siendo demasiados.

—¡Ven aquí, Arlen! —lo llamó el Enviado al cabo de unos minutos.

El muchacho se sobresaltó y acudió enseguida.

—Éste es el maestro Cob —le presentó Ragen, haciendo un gesto hacia un hombre que rondaría los sesenta años.

Era pequeño para los cánones milneses. Tenía aspecto de ser un hombre fuerte que había ido engordando con los años. Le cubría las mejillas una espesa barba gris con hebras que recordaban el antiguo color negro de los cabellos cortos, casi rapados, que le raleaban en la coronilla. Tenía la piel surcada de arrugas y correosa, y una mano tan grande que engulló la mano de Arlen al darle un apretón de manos.

—Ragen me ha dicho que deseas ser Protector —dijo Cob, volviendo a sentarse pesadamente sobre el banco.

—No, señor —replicó Arlen—. Deseo ser Enviado.

—Como todos los chicos de tu edad —comentó Cob—. Los listos se espabilan y cambian de parecer antes de acabar muertos.

—¿No fue usted Enviado? —preguntó Arlen, confuso ante la actitud del hombre.

—Así es —admitió Cob, y retiró la manga para mostrar un tatuaje similar al de Ragen—. Viajé por las cinco Ciudades Libres y una docena de aldehuelas, y gané más dinero del que jamás creí que podría gastar. —Hizo una pausa; la turbación del chico fue en aumento—. Y también me gané esto —agregó, levantando la camisa para mostrar un vientre lleno de grandes cicatrices—, y también esto.

Sacó un pie del zapato y lo exhibió: había una media luna de carne con costurones donde debía haber cuatro dedos.

—Nunca he logrado dormir más de una hora sin despertarme sobresaltado y hacer ademán de echar mano a mi lanza, y así hasta el día de hoy. —Cob suspiró—. Sí, fui un Enviado, y uno de los mejores, y más afortunado que la mayoría, pero no es un destino que le desee a nadie. Trabajar como tal puede parecer muy glorioso, pero para uno que vive en una mansión e infunde respeto como Ragen, aquí presente, hay dos docenas de desdichados criando malvas en el camino.

—No me preocupa —dijo Arlen—. Es cuanto quiero.

—Entonces haré un trato contigo —le propuso Cob con un nuevo suspiro—. Un mensajero ha de ser un Protector por encima de todo, de modo que te tomaré como aprendiz y te enseñaré a serlo. Cuando tengamos tiempo, te enseñaré qué debes hacer para sobrevivir en los caminos. El aprendizaje dura siete años. Si luego deseas convertirte en Enviado, bueno, tú mismo...

—¿Siete años? —inquirió el muchacho, pasmado.

Cob bufó.

—No pretenderás aprenderlo todo en un día, ¿no, chico?

—Ya sé trazar grafos —repuso Arlen, desafiante.

—Eso me ha dicho Ragen —repuso Cob—, y también que lo haces sin conocimientos de geometría ni de teoría de los trazos. Representar los signos a ojo de buen cubero no va a matarte hoy ni mañana ni la semana próxima, pero al final te acarreará la muerte.

El chaval dio un pisotón, contrariado. Siete años le parecían una eternidad, pero en lo más hondo de su ser sabía que el maestro tenía razón. El dolor de la espalda era un recordatorio constante de que él no estaba listo para enfrentarse otra vez a los abismales. Necesitaba todas las habilidades que ese hombre podía enseñarle. Docenas de Enviados sucumbían al ataque de los demonios, eso lo sabía, y se prometió no convertirse en uno de ellos por el simple hecho de ser demasiado obstinado para aprender de sus errores.

—De acuerdo —aceptó—. Siete años.

SEGUNDA PARTE

MILN

320 - 325

Después del Retorno

El aprendiz

320 d.R.

—Ahí viene otra vez nuestro amiguito —anunció Gaims desde su puesto en la muralla, y señaló hacia la oscuridad con un gesto.

—Justo a tiempo —convino Woron, acudiendo junto a él—. ¿Qué supones que querrá?

—A mí que me registren, no tengo ni idea.

Los dos centinelas se apoyaron sobre el pretil de la torre de vigilancia, protegido por grafos, y observaron cómo se materializaba delante de la puerta el demonio manco. El abismal era enorme incluso a los ojos de los guardias milneses, acostumbrados a ver más demonios de las rocas que de cualquier otra especie.

Mientras el resto de los demonios parecían hallarse todavía desorientados, el tullido se movía con un fin, olfateaba la puerta en busca de algo. Entonces se irguió y empezó a golpear la puerta a fin de poner a prueba los signos: la magia de los mismos flameó y expulsó al demonio, pero éste no se desanimó y recorrió la muralla con paso lento, golpeando una vez tras otra, en busca de un punto débil, hasta que lo perdieron de vista.

Horas después, un chasquido de energía por el otro lado anunció el regreso del ser tras haber dado la vuelta. Los centinelas de otros puestos decían que el monstruo circunvalaba la ciudad cada noche, atacando todas las defensas. El abismal se sentó sobre los cuartos traseros cuando llegó de nuevo a la puerta y se quedó contemplando pacientemente la urbe.

—Casi estoy tentado de dejarle entrar para enterarnos de lo que busca —comentó Woron.

—Ni se te ocurra bromear con eso —lo previno Gaims—. Como nuestro oficial te oiga hablar así, nos engrilleta a los dos y nos manda a picar piedra en la cantera todo el año próximo. Su compañero refunfuñó.

—Aun así —repuso—, también tú te preguntarás qué...

Esse primer año en Miln, el de su duodécimo cumpleaños, se le pasó volando mientras se metía en el papel de aprendiz de Protector. El primer cometido de Cob

fue enseñarle a leer. Arlen conocía grafos que nunca había visto y Cob deseaba que fuera capaz de ponerlos en papel lo antes posible.

Arlen se convirtió en un lector voraz, preguntándose cómo había podido pasar tanto tiempo privado de la lectura. Se sumía en los libros durante horas y horas. Avanzaba despacio y moviendo los labios en un primer momento, pero pronto empezó a pasar las páginas a toda velocidad y sus ojos devoraban las hojas.

Cob no tuvo motivo alguno de queja: Arlen trabajó más duro que ningún otro aprendiz y se quedaba levantado hasta las tantas grabando grafos. Solía suceder que el maestro se acostaba pensando en el trabajo del día siguiente y se lo encontraba completado con la primera luz del alba.

En cuanto aprendió a escribir, Arlen se puso a catalogar su personal repertorio de grafos y lo completaba con descripciones en un libro que el maestro le había comprado. El papel tenía un precio prohibitivo en una tierra con tan escasos bosques, y pocos plebeyos habían visto un libro en su vida, pero Cob se tomó a broma el importe.

—Hasta el peor de los grimorios vale cien veces más que el papel sobre el que está escrito —le dijo.

—¿Qué es un grimorio? —preguntó Arlen

—Un libro de grafos —contestó el maestro—. Cada Protector tiene los suyos. Guardan sus secretos con celo.

Arlen atesoró el valioso regalo y poco a poco llenó sus páginas con mano firme y segura. Cob estudió el libro con asombro en cuanto el aprendiz terminó de redactar todos sus recuerdos.

—¡Por el Creador! Muchacho, ¿tienes idea de cuánto vale este libro? —exclamó.

Él levantó la vista del grafo que estaba cincelandó en un pilar de piedra y se encogió de hombros.

—Cualquier vecino mío con canas en la barba podría haberte enseñado esos trazos —repuso.

—Tal vez sí —admitió Cob—, pero lo que es moneda corriente allí resulta un tesoro oculto en Miln. Este grafo de aquí —dijo, señalando una página—, ¿de veras puede convertir la llama de un hogar en una brisa gélida?

Arlen rió.

—A mi madre le encantaba ése en concreto —contestó—. Estaba deseando que los demonios de las llamas asomaran por las ventanas las noches calurosas de verano para refrescar la casa con sus alientos.

—Sorpriente —reconoció Cob, sacudiendo la cabeza—. Quiero que lo copies varias veces más, Arlen. Esto va a hacerte muy rico.

—¿A qué se refiere? —preguntó el aprendiz.

—La gente pagaría una fortuna por conseguir una copia del libro. Tal vez no

deberíamos venderlo. Podríamos convertirnos en los Protectores más solicitados de la ciudad si mantenemos los grafos en secreto.

El muchacho puso cara de contrariedad.

—No me parece bien ocultarlos —dijo—. Papá siempre decía que los grafos eran para todos.

—Todo Protector tiene sus secretos, Arlen —replicó el maestro—. Nos ganamos la vida de ese modo.

—Nos ganamos el sustento grabando postes de protección y pintando jambas —discrepó Arlen—, no acaparando secretos capaces de salvar vidas. ¿O deberíamos denegar auxilio a quienes son demasiado pobres para pagar?

—Por supuesto que no —admitió Cob—, pero esto es diferente.

—¿Cómo? —inquirió el pupilo—. No había ni un Protector en Arroyo Tibbet y todos protegíamos nuestras casas, y aquellos a quienes se les daba mejor la cosa ayudaban a los menos habilidosos sin pedir nada a cambio. ¿Por qué deberíamos hacerlo nosotros? No luchamos entre nosotros, sino contra los demonios.

—Porque aquí las cosas no funcionan como en tu pueblo, muchacho —adujo Cob con gesto de fastidio—. Te convertirás en un mendigo si no tienes dinero. Yo tengo una habilidad, igual a la de un panadero o un cantero. ¿Por qué no voy a cobrar por ella?

Arlen permaneció sentado en silencio durante un tiempo.

—¿Por qué no eres rico, Cob? —preguntó.

—¿Qué?

—Rico como Ragen —le aclaró el muchacho—. Dijiste que antes solías trabajar como Enviado del duque. ¿Por qué no tienes una mansión y criados que te hagan las cosas? ¿Por qué sólo tienes esto?

El interpelado soltó un gran suspiro.

—El dinero es veleidoso, Arlen. A veces tienes tanto que no sabes qué hacer con él y acto seguido... Quizá te encuentres pidiendo comida en las calles.

El aprendiz pensó en los mendigos que había visto el día de su llegada a Miln. Había visto más desde entonces: los había visto robar estiércol para calentarse a su lumbre, dormir en refugios públicos protegidos por grafos y mendigar para comer.

—¿Qué fue de tu dinero? —quiso saber el aprendiz.

—Conocí a un hombre que aseguraba ser capaz de construir un camino —respondió el maestro—, un camino protegido, uno que llevara desde aquí a Angiers.

Arlen se acercó y se sentó en un taburete con los cinco sentidos puestos en la historia.

—Habían intentado construir caminos con anterioridad hacia las Minas del Duque en las montañas o en Soto Pobre —continuó el maestro—. Eran distancias cortas de menos de un día, pero bastaban para rentar una fortuna al constructor. Todos habían

fracasado. Los abismales acaban por encontrar cualquier hueco en la red, no importa lo pequeño que sea, y una vez que eso sucede... —Cob sacudió la cabeza—. Se lo dije a ese hombre, pero él se mantuvo en sus trece. Tenía un plan e iba a funcionar. Todo cuanto necesitaba era dinero.

El maestro miró a Arlen.

—Cada ciudad anda escasa de alguna materia prima y dispone de otras en abundancia. Miln tiene piedra y metal, pero nada de madera, y a Angiers le ocurre lo contrario. Ninguna de las dos tiene abundancia de cosechas ni de ganado, y Rizón tiene más de lo necesario, pero le faltan buena madera y metal para las herramientas. Lakton tiene pescado en abundancia, y poco más.

»Debes pensar que soy idiota, lo sé —prosiguió, meneando la cabeza— por creer viable un proyecto descartado como imposible por todos, incluido el mismo duque, pero no dejaba de darle vueltas. "¿Y si es capaz de hacerlo? ¿No merece la pena el riesgo?".

—No creo que seas un idiota —le aseguró Arlen.

—Por eso te retengo casi toda la paga en fideicomiso —replicó Cob, riendo entre dientes—. La malgastarías, tal y como hice yo.

—¿Qué ocurrió con ese camino? —insistió el aprendiz.

—Que asomaron los abismales, eso sucedió —respondió Cob—. Aniquilaron a ese hombre y a todos sus trabajadores, quemaron las columnas de protección, los planos... Lo destruyeron absolutamente todo. Había invertido cuanto tenía en ese camino, Arlen. Incluso dejé ir a mis criados cuando no tuve bastante para pagar las deudas. La venta de mi mansión me reportó muy poco dinero y necesité un préstamo para comprar la tienda, y aquí he vivido desde entonces.

Se quedaron sentados durante un buen rato, ambos sumidos en las imágenes de cómo debió haber sido aquella noche, viendo con el ojo de la mente la danza de los abismales entre el fuego y la carnicería.

—Ese sueño de que todas las ciudades compartieran los recursos... ¿Crees todavía que merece la pena? —le planteó Arlen.

—Hasta el día de hoy —respondió Cob—. Incluso cuando me duele la espalda de tanto cargar con postes de protección y soy incapaz de tragar mis propios guisos.

—Esto no es diferente —repuso Arlen, dando unas palmadas en el libro de grafos—. ¿No será mucho mejor que los Protectores compartan sus conocimientos? ¿No vale la pena perder unos beneficios a cambio de una ciudad más segura?

El maestro lo miró fijamente durante un buen rato. Luego, se acercó y le puso una mano sobre el hombro.

—Tienes razón, Arlen. Lo siento. Copiaremos los libros y los venderemos a los demás Protectores.

El pupilo esbozó una sonrisa.

—¿Qué...? —preguntó el maestro con suspicacia.

—¿Por qué no intercambiamos nuestros secretos por los suyos? —propuso Arlen.

Sonaron las campanillas de la puerta cuando Elissa entró en la tienda de grafos con una gran sonrisa en los labios. Saludó al maestro con un asentimiento mientras le entregaba una gran cesta a Arlen y lo besó en la mejilla. Éste hizo una mueca de bochorno y se limpió la mejilla con la mano, pero ella no se dio cuenta.

—Os traigo algo de fruta, pan recién hecho y queso —anunció mientras iba removiendo el contenido de la cesta—. Supongo que no habéis probado nada mejor desde mi última visita.

—Los Enviados se nutren principalmente a base de carne seca y pan duro, mi señora —le contestó Cob sin levantar la vista de la piedra angular que estaba cincelando.

—Tonterías —le regañó Elissa—. Tú te has retirado y Arlen todavía no es un Enviado. Te niegas a ir de compras al mercado por pura pereza, no pretendas buscarle una coartada gloriosa al asunto. Arlen está en edad de crecer y necesita comida.

Alborotó el pelo del muchacho mientras hablaba, sonriéndole incluso cuando el aprendiz se echaba hacia atrás.

—Ven a cenar esta noche a casa, Arlen —dijo ella—. Ragen está fuera y la mansión resulta muy solitaria sin él. Te daré de cenar algo que te llene un poco los huesos, y puedes quedarte a dormir en tu habitación.

—No... No creo que pueda —contestó el muchacho, evitando los ojos de la dama—. Cob me necesita para acabar unos postes de protección para los jardines del duque.

—Tonterías —terció el maestro, haciendo un ademán con la mano—. Los postes pueden esperar. No debo entregarlos hasta la próxima semana. —Alzó los ojos para mirar a la dama y esbozó una gran sonrisa, haciendo caso omiso del malestar de su pupilo—. Lo enviaré allí cuando suene la Campanada Vespertina, señora.

Lady Elissa le dedicó una sonrisa deslumbrante.

—En tal caso, está decidido —dijo ella—. Te veré esta noche, Arlen.

Besó al muchacho y se marchó de la tienda con andares regios.

Cob miró de refilón a su aprendiz, que trabajaba con gesto de pocos amigos.

—No entiendo por qué prefieres pasar las noches sobre un jergón en la parte de atrás de la tienda cuando tienes una cama mullida y caliente a tu disposición y a una mujer como Elissa, que te adora —comentó sin apartar la vista de sus quehaceres.

—Se comporta como si fuera mamá —se quejó el muchacho—, y no lo es.

—Muy cierto, no lo es —convino Cob—, pero está claro que desea el puesto. ¿Qué hay de malo en concedérselo?

Arlen no dijo nada, y Cob dejó correr el asunto al percibir tristeza en los ojos del aprendiz.

—**P**asas mucho tiempo sin salir, con la nariz metida en los libros —le reprendió Cob a su aprendiz mientras le quitaba de las manos el volumen que estaba leyendo—. ¿Cuándo fue la última vez que sentiste el sol sobre la piel?

Arlen abrió los ojos. En Arroyo Tibbet no paraba en casa mientras tuviera elección, pero después de un año en Miln le resultaba difícil recordar su último día en la calle.

—Sal y haz alguna trastada —le ordenó Cob—, Tener un amigo de tu edad no va a matarte.

Por primera vez en un año Arlen salió de la ciudad. El sol lo confortó como un viejo amigo. Una vez estuvo lejos de las carretas de los excrementos, la putridez de los vertederos y el sudor de la multitud, el aire tenía una frescura que había olvidado. Localizó una cima desde la cual se dominaba un campo lleno de niños enfrascados en sus juegos, sacó un libro de su talega y se desplomó pesadamente sobre el suelo para ponerse a leer.

—¡Eh, rata de biblioteca! —lo llamó alguien.

Arlen alzó los ojos y vio acercarse a un grupo de muchachos con un balón.

—Necesitamos a uno más para estar iguales en los laterales.

—No conozco las reglas —contestó Arlen.

Cob le había ordenado jugar con otros chicos, pero su libro le parecía más interesante.

—¿Qué hay que saber? —preguntó el otro muchacho—. Ayudas por tu lado a meter el balón e intentas impedir que lo haga el equipo contrario.

Arlen torció el gesto.

—De acuerdo —aceptó, y se puso en movimiento para unirse al portavoz de la pandilla.

—Me llamo Jaik —se presentó el chico. Era un muchacho delgado de nariz chata y revuelto pelo negro. Vestía unas ropas sucias y llenas de remiendos. Parecía rondar los trece años, como Arlen—. ¿Y tú?

—Arlen.

—Trabajas para el Protector Cob, ¿verdad? —preguntó Jaik—. ¿Eres el chaval que el Enviado Ragen encontró en el camino?

Jaik abrió los ojos un poco más cuando Arlen asintió con la cabeza, como si no terminara de creérselo. Luego, encabezó la marcha hacia el campo y señaló unas piedras pintadas de blanco que hacían las veces de porterías.

Arlen aprendió enseguida las reglas del juego y se olvidó del libro al cabo de un

rato para centrar toda su atención en el equipo contrario. Imaginó que él era un Enviado y los rivales demonios en un intento de mantenerlo lejos de su círculo de protección. El tiempo pasó en un suspiro y de pronto los campanarios tañeron la Campanada Vespertina. Todos se apresuraron a recoger sus cosas, mirando con recelo la oscuridad creciente del cielo.

Arlen se tomó su tiempo para recoger el libro. Jaik subió a la carrera detrás de él y le aconsejó:

—Harías bien en apresurarte.

—Tenemos tiempo de sobra —replicó él con un encogimiento de hombros.

Jaik observó el cielo cada vez más oscuro y se estremeció.

—Juegas muy bien —admitió el pelinegro—. Vuelve mañana. Jugamos con el balón casi todas las tardes y el día Sexto vamos a la plaza para ver al trovador.

Arlen asintió sin comprometerse a nada. Jaik sonrió y se marchó a la carrera.

Arlen tomó el camino de vuelta. El ahora familiar hedor de la ciudad lo envolvió en cuanto traspuso las puertas. Subió por el camino hacia la finca de Ragen. Éste se hallaba ausente, en esta ocasión de viaje a la remota ciudad de Lakton, y Arlen pasaba el mes entero con su esposa. Ella le daba la lata con preguntas y le montaba numeritos por culpa de la ropa, pero le había prometido a Ragen mantener lejos «a los jóvenes amantes».

Margrit le había asegurado que lady Elissa no tenía amante alguno. De hecho, cuando Ragen se ausentaba, vagaba por los salones de la mansión como un alma en pena o lloraba durante horas en su dormitorio.

La criada le aseguró que se comportaba de forma distinta cuando Arlen estaba por allí. Margrit volvió a pedirle que se quedara a vivir en la mansión y aunque él se negó, admitió, aunque sólo para sus adentros, que los mimos de la dama resultaban de su agrado.

—**A**hí viene —anunció Gaims esa noche cuando vio surgir del suelo al enorme abismal.

Woron se reunió con él y juntos contemplaron cómo olisqueaba en el suelo al lado de la puerta. Tras proferir un aullido, se alejó de la entrada en dirección a la cumbre de una montaña, donde danzaba un demonio de las llamas, pero el monstruo de las rocas lo apartó de un puñetazo y se inclinó hacia el suelo en busca de algo.

—El bueno de El Manco anda con ganas de juerga esta noche —comentó Gaims cuando la criatura soltó otro aullido y bajó disparado como una flecha en dirección a un campito adyacente, por donde correteó encorvado de un lado para otro.

—¿Y qué bicho le habrá picado? —preguntó Woron. Su compañero se encogió de hombros.

El ser abandonó la explanada y se dirigió de vuelta a la colina, soltando alaridos con una nota que era casi de reproche y cuando regresó a las puertas de la ciudad, se puso a golpearla como un poseso. Su garra levantó un chisporroteo cuando la repelió la potente magia de los grafos.

—Esto no se ve todas las noches —comentó Woron—. ¿No deberíamos informar?

—¿Por qué molestar a nadie? —replicó Gaims—. Los merodeos de un demonio chiflado no le preocupan a nadie. ¿Y qué iban a poder hacer si lo supieran?

—¿Contra esa cosa? —inquirió Woron—. Probablemente, cagarse en los pantalones y punto.

Arlen se apartó de la mesa de trabajo, se estiró y se puso de pie. Hacía horas que se había puesto el sol y el estómago le resonaba, pero el panadero les pagaba el doble porque reparasen sus protecciones en una noche, incluso a pesar de que no se había localizado a ningún demonio en las calles desde el Creador sabía cuándo. Esperaba que Cob le hubiera dejado algo de comida en el perol.

El aprendiz abrió la puerta trasera de la tienda y se asomó, todavía protegido por el semicírculo de seguridad de la entrada. Miró a uno y otro lado a fin de cerciorarse de que no había peligro y salió afuera, poniendo cuidado en no pisar los grafos.

Había más seguridad en el camino de la trastienda a la casita de Cob que en la mayoría de las casas de Miln gracias a una sucesión de losetas de piedra protegidas con una especie de argamasa. Cob la llamaba «cemento», y era una ciencia heredada del mundo antiguo, una maravilla desconocida en Arroyo Tibbet y bastante común en Miln. Se echaba al agua cal y silicato molido, y se removía hasta obtener una sustancia lodosa que podía moldearse a voluntad antes de que se secase y endureciera.

Era posible verter el cemento y trazar los grafos en la blanda superficie antes de que empezara a apelmazarse. Se convertían en protecciones casi permanentes una vez solidificada la masa. Eso era lo que había hecho Cob adoquín por adoquín hasta abrir un sendero de su casa a la tienda. Aunque hubiera un problema en una piedra por cualquier motivo, al caminante le bastaba avanzar o retroceder a otro adoquín para permanecer a salvo de los abismales.

«Tendríamos el mundo a nuestro alcance si fuéramos capaces de hacer un camino como éste», pensó Arlen.

Una vez dentro de la casita, halló al maestro reclinado sobre su mesa y garabateando con tiza en una pizarra.

—El perol está en el fuego —refunfuñó el artesano sin levantar la mirada.

El muchacho se dirigió hacia el hogar, situado en la única habitación de la casa, y

llenó un cuenco con el espeso guiso de Cob.

—¡Por el Creador! Chico, menudo lío has armado con esto —refunfuñó al tiempo que se estiraba y hacía un gesto hacia las pizarras—. La mitad de los Protectores de Miln prefieren mantener sus secretos aunque se pierdan los nuestros; la mitad de la otra mitad sigue ofreciendo dinero en compensación y el cuarto restante ha inundado mi mesa con las listas de los grafos que están dispuestos a cambiar en trueque. Clasificarlos va a llevar semanas.

—Eso es bueno para el negocio —repuso Arlen, usando una corteza de pan duro como cuchara mientras se sentaba en el suelo y comía a dos carrillos. El maíz y las judías estaban un poco duras, y las patatas pastosas por haber estado demasiado tiempo en el fuego, pero no se quejó, pues a esas alturas ya se había acostumbrado a las raquílicas y duras verduras de Miln, y Cob jamás se había molestado en cocerlas por separado.

—Me atrevería a decir que tienes razón —admitió Cob—, pero ¡por la Noche! ¿Quién podía pensar que había tantos grafos diferentes en nuestra propia ciudad? No había visto la mitad en mi vida, y te aseguro que he mirado con lupa todos los portales y postes de Miln.

Alzó una pizarra garabateada.

—Éste se halla dispuesto a intercambiar grafos que hagan darse la vuelta a un demonio y se olvida de esta otra, la que usaba tu padre para que el cristal fuera tan duro como el acero. —Meneó la cabeza—. Y todos ellos quieren los secretos de tus grafos prohibidos, chico, que se dibujan mejor sin varas de medir ni semicírculos.

—Las muletas son para quienes no saben trazar una línea recta —se burló Arlen.

—No todo el mundo tiene tus dotes —gruñó Cob.

—¿Dotes? —preguntó el aprendiz.

—Que no se te suba a la cabeza, ¿vale? —repuso el maestro—, pero en la vida había visto a nadie comprender la ciencia de los grafos como tú. Tras dieciocho meses de aprendizaje, los trazas con la destreza de un trabajador cualificado con cinco años de experiencia.

—Le he estado dando vueltas a nuestro trato —anunció Arlen. Cob alzó la vista con curiosidad—. Prometiste enseñarme a sobrevivir en los caminos si trabajaba duro.

Se miraron el uno al otro.

—Yo he cumplido mi parte —le recordó Arlen.

Cob lanzó un suspiro.

—Supongo que sí —admitió el maestro—. ¿Has practicado equitación? —quiso saber.

Arlen asintió.

—El establero de Ragen me deja ayudarlo a ejercitar a los caballos.

—Redobla tus esfuerzos —lo aconsejó Cob—. El caballo de un Enviado es su vida. Cada noche de intemperie que te evita tu cabalgadura es una noche que estás a salvo —sentenció el anciano mientras se ponía de pie y abría un armario del cual extrajo un bulto cubierto por una gruesa tela—. Los Séptimos, cuando cierre la tienda —anunció—, te enseñaré a montar y a usar esto.

Tendió el fardo sobre el suelo y lo desenrolló para revelar varias lanzas de punta bien aceitada.

Arlen las devoró con los ojos.

Cob alzó los ojos hacia las campanillas de la entrada cuando entró en su tienda un joven de unos trece años de negros cabellos alborotados y una sombra de bigote encima del labio con pinta de ser suciedad más que bozo.

—Tú eres Jaik, ¿verdad? —le dijo el Protector—. Tu familia trabaja en el molino, abajo, en el Muro Este, ¿a que sí? Grabamos unos trazos nuevos en una ocasión, pero luego el molinero continuó trabajando con otro proveedor.

—Es cierto —repuso el muchacho, asintiendo.

—¿En qué puedo ayudarte? —preguntó Cob—. ¿Te envía tu señor con otro encargo?

El muchacho negó con la cabeza.

—Sólo he venido a ver si Arlen quería venir a ver conmigo el espectáculo del Juglar.

Cob apenas podía dar crédito a sus oídos. Jamás había visto a Arlen hablar con alguien de su edad, pues prefería pasar el tiempo leyendo y trabajando, o atosigando a los visitantes de la tienda con un interrogatorio interminable acerca de los Enviados y los Protectores. Esto supuso una sorpresa, una de esas que debía fomentar.

—¡Arlen! —lo llamó a voz en grito.

El aprendiz salió de la trastienda con un libro en la mano y prácticamente se echó encima del visitante antes de darse cuenta de su presencia y detenerse con brusquedad.

—Jaik ha venido a llevarte a ver a un Juglar —lo informó el Protector.

—Me encantaría ir —contestó Arlen pidiendo perdón—, pero aún he de... —Nada que no pueda esperar —le atajó Cob—. Ve y diviértete. El maestro lanzó a Arlen una bolsita de monedas y empujó a los dos rapaces fuera de la tienda.

Poco después, los muchachos deambulaban entre el gentío del mercado, cerca de la plaza mayor de Miln. Arlen gastó una estrella de plata en comprar a un vendedor

dos trozos de pastel de carne —se pusieron las caras perdidas de grasa al comerlo— y luego unas cuantas monedas de cobre para adquirir unos dulces en otro puesto.

—Algún día seré Juglar —aseguró Jaik mientras sorbía un dulce cuando iban de camino al lugar donde se reunían los chicos.

—¿Hablas en serio? —preguntó Arlen.

Jaik asintió.

—Observa esto —dijo mientras sacaba de los bolsillos tres pequeñas bolas de madera y las lanzaba al aire.

Arlen se echó a reír, cuando una de las pelotas golpeó en la cabeza de Jaik y, en la confusión, las demás se le cayeron al suelo.

—Aún tengo grasa en los dedos —se excusó Jaik después de que las hubieron recogido.

—Ya lo supongo —respondió Arlen—. Voy a registrarme en el gremio de Enviados en cuanto termine mi aprendizaje con Cob.

—¡Yo podría ser tu Juglar! —gritó Jaik—. Podríamos recorrer juntos los caminos. Arlen lo miró.

—¿Has visto un demonio alguna vez?

—¿Qué? ¿Crees que no tengo pelotas para hacerlo? —preguntó Jaik, dándole un empujón.

—Ni cerebro —replicó Arlen, devolviéndole el empujón.

Un momento después fueron a parar al suelo, donde se enzarzaron en una reyerta, pero Arlen aún era pequeño para su edad y Jaik no tardó en tenerlo inmovilizado.

—¡Vale, vale! —rió Arlen—. ¡Te dejaré ser mi Juglar!

—¿Tu Juglar? —saltó Jaik manteniéndolo aún agarrado—. Di más bien que tú serás mi Enviado.

—¿Y qué tal compañeros? —le ofreció Arlen.

Jaik sonrió y le tendió una mano para ayudarlo a ponerse de pie. Al poco tiempo, ambos se sentaron sobre los bloques de piedra de la plaza mayor, observando los mimos y las acrobacias de los aprendices del gremio de Juglares.

El aprendiz de Cob se quedó boquiabierto cuando vio entrar en la plaza al alto y delgado Keerin. Con esa pinta de poste de farol con el remate pintado de colorado, no había error posible. La multitud soltó un rugido.

—¡Es Keerin, mi favorito! —exclamó Jaik, zarandeando a Arlen por el hombro.

—¿De verdad? —preguntó Arlen, sorprendido.

—¿Qué...? ¿A quién prefieres tú? —quiso saber Jaik— ¿Marley? ¿Koy? ¡No son héroes como Keerin!

—No me pareció un héroe cuando le conocí —repuso Arlen, lleno de dudas.

—¿Conoces a Keerin? —preguntó Jaik, poniendo unos ojos como platos.

—Vino a Arroyo Tibbet en una ocasión —contestó Arlen—. Él y Ragen me

encontraron en el camino y me trajeron a Miln.

—¿Keerin te rescató?

—Ragen me rescató —lo corrigió Arlen—, Keerin pegaba un brinco de miedo ante la menor sombra.

—Y un rábano —dijo Jaik—. ¿Crees que se acordará de ti? ¿Podrás presentarnos después del espectáculo?

—Tal vez —contestó Arlen, encogiéndose de hombros.

La actuación de Keerin comenzó de un modo similar a la de Arroyo Tibbet. Hizo malabarismos y bailó para luego enardecer a la gente, contándoles a los niños El cuento del Retorno, salpicándolo con pantomimas, volteretas hacia atrás y un salto mortal.

—¡Canta la canción! —chilló Jaik.

En la multitud, otros corearon la petición, implorando a Keerin que cantase. Él pareció no darse cuenta en un primer momento, hasta que el grito fue un clamor remarcado por el golpeteo de pies. Al final, se rió e hizo una reverencia. Fue a por el laúd mientras estalló una salva de aplausos entre el gentío.

Hizo un gesto y Arlen vio a los aprendices tomar los sombreros y pasarlos entre el gentío en busca de dádivas. La multitud se las dio con largueza, ávida de oír la canción de Keerin, y al final comenzó:

*En la oscuridad de la noche,
sobre la dura tierra,
y a leguas de cualquier refugio.El viento frío aúlla,
rasgando nuestros corazones,
y los abismales nos acosan, tras los grafos.*

«Socorro», se oye a lo lejos

una voz angustiada:

El grito de un niño aterrado.

*«¡Ven con nosotros!», lo llamo
«Grande es nuestro círculo y
el único refugio que encontrarás.»*

Pero el niño responde:

«¡No puedo, me he caído!»

Y la oscuridad se hace eco de su llamada.

*Al comprender su apuro
a ayudarlo me apresto,
pero el Enviado, mi mano contiene.*

*«¿De qué te sirve morir?»,
sombrió me pregunta,
«porque sólo la muerte allí te espera».*

*No es ayuda lo que llevas
contra los abismales y sus garras.
No eres más que carne para picar.*

*Con dureza lo golpeé,
su lanza le quité,*

y sobre los grafos me abalancé.

*Sólo un ataque frenético
con la fuerza nacida del miedo
de ser despedazado al niño salvará.*

*«¡Sé valiente!», lo conmino
mientras hacia él me lleva el camino.
«¡Que el valor y la confianza eleven tu corazón!»*

*«Si hasta nosotros no llegas,
si al refugio no alcanzas,
¡hasta ti mis grafos sí llegan.*

*A su lado pronto me vi,
aunque no a tiempo.
De abismales estuvimos rodeados.*

*Grandes eran los demonios,
toscos mis trazos en el suelo:
Los grafos de mi mano pintados*

Un rugido atronador

la noche atraviesa.

¡Un demonio de sesenta metros de alto!

sobre nosotros se cierne,

y ante aquella torre inmensa

mi lanza, pequeña y débil se yergue.

Sus cuernos cual duras lanzas,

mis brazos son el largo de sus garras.

Negro y duro, su caparazón.

Cae la avalancha,

anunciando el desastre.

¡Al ataque la fiera se lanza!

Asustado chilla el niño

que a mi pierna se aferra

¡El último grafo dibujo!

Relampaguea la magia,

don del Creador,

¡cuya fuerza a los demonios desafía!

La gente dice

que sólo del sol

el demonio fenece.

Mas yo aprendí la noche fatal

que se puede luchar

¡Y contra El Manco perseverar!

Terminó con un floreo. Arlen se sentó, pasmado, mientras el público rompía a aplaudir. El trovador hizo unas reverencias mientras los ayudantes recogían el torrente de monedas.

—¿A que ha sido estupendo? —preguntó Jaik.

—¡No fue así como sucedió! —exclamó Arlen.

—Los guardias de la puerta le han contado a mi padre que el demonio de un solo brazo ataca las protecciones mágicas todas las noches —repuso Jaik—. Viene en busca de Keerin.

—Él ni siquiera estuvo allí —chilló Arlen—. ¡Yo le arranqué ese brazo!

Jaik bufó.

—¡Por la Noche, Arlen! De verdad, no esperes que nadie crea eso.

Arlen puso cara de pocos amigos, se irguió y gritó:

—¡Embustero, farsante!

Todos se volvieron para ver al vociferador mientras el chico abandonaba la piedra de un salto y avanzaba dando grandes zancadas hacia Keerin. El Juglar alzó la vista y abrió los ojos con desmesura al reconocerlo.

—¿Arlen? —preguntó con el rostro repentinamente pálido.

Jaik, que había salido corriendo detrás de su nuevo amigo, le dio alcance enseguida.

—Lo conoces —murmuró el pelinegro.

Keerin miró de soslayo a la gente, nervioso.

—Arlen, muchacho —dijo al tiempo que extendía los brazos—, ven, hablemos de esto en privado.

El aprendiz lo ignoró.

—¡Tú no le cortaste el brazo a ese demonio! —chilló para que todos le oyeran—. ¡Ni siquiera estabas allí cuando sucedió!

La muchedumbre dejó escapar un murmullo de enfado. Keerin miró en derredor con miedo hasta que alguien bramó:

—¡Sacad a ese crío de la plaza!

Y el resto le coreó.

Keerin esbozó una ancha sonrisa.

—Nadie va a creer tu palabra —se mofó.

—¡Yo estuve allí! —gritó Arlen—. ¡Mis cicatrices lo demuestran!

Alargó las manos para levantarse la camisa, pero Keerin chasqueó los dedos y de pronto los aprendices rodearon a Arlen y a Jaik.

Los dos amigos se vieron arrinconados e incapaces de impedir que

Keerin se alejara de allí entre tañidos de lira, llevándose con él la atención del público. Enseguida se lanzó a interpretar otra canción.

—¿Por qué no cierras el pico, eh?

—Keerin es un mentiroso —afirmó Arlen.

—Y más burro que un demonio también —convino el aprendiz mientras sostenía en alto el sombrero con las monedas—. ¿Acaso crees que me importa?

Jaik se interpuso.

—No hay por qué enfadarse —dijo—. Él no tenía intención de hacer nada que...

Antes de que hubiera terminado de hablar, Arlen saltó hacia delante y propinó un puñetazo en la tripa al chico más grande. Cuando éste se dobló, el aprendiz de Cob se revolvió para plantar cara a los demás. Hizo sangrar por la nariz a un par más antes de que lo derribaran y le dieran una paliza. Fue levemente consciente de que Jaik también se estaba llevando lo suyo en la tunda hasta que dos guardias interrumpieron la pelea.

—No peleas mal para ser una rata de biblioteca, ¿sabes? —le dijo Jaik una vez que llegaron a casa renqueantes, contusionados y cubiertos de sangre—. Bastaría con que eligieras mejor a tus enemigos...

—Los tengo peores —repuso Arlen, pensando en el demonio manco que aún lo seguía.

—Ni siquiera era una buena canción —insistió Arlen—. ¿Cómo pudo trazar grafos en la oscuridad?

—Fue lo bastante buena como para meterte en una pelea —apuntó Cob mientras

le quitaba del rostro el pringue de la sangre reseca.

—Keerin mentía —replicó el chico, haciendo un gesto de aflicción ante el escozor.

Cob se encogió de hombros.

—Se inventa historias de entretenimiento, como todos los Juglares.

—Todo el pueblo asistía a la representación cada vez que venía un Juglar a Arroyo Tibbet —dijo Arlen—. Selia decía que conservaban las historias del mundo antiguo, pasándolas de una generación a otra.

—Y así es, pero exageran todos, incluso los mejores, Arlen —le respondió el Protector—. ¿O de veras crees que el primer Liberador mató a cien demonios de las rocas con un solo golpe?

—Eso pensaba antes, pero ahora no sé qué creer —respondió Arlen, y suspiró.

—Bienvenido a la edad adulta —replicó Cob—. Llega un día en que todo niño comprende que los adultos pueden ser débiles y se equivocan como todos los demás. Después de ese día, quieras o no, ya eres un adulto.

—Nunca lo consideré de ese modo —admitió Arlen, comprendiendo que ese día había llegado hacía mucho, y con el ojo de la mente vio a su padre escondido detrás de las protecciones del porche mientras los abismales despedazaban a su madre.

—¿Es tan mala la mentira de Keerin? —preguntó el maestro—. Hace feliz a la gente y le da esperanza. Andamos cortos de esperanza y felicidad en estos días, y nos hacen mucha falta.

—Podía haberlo hecho todo sin faltar a la verdad, pero en vez de eso prefirió arrogarse el crédito de mis hazañas sólo para amasar dinero.

—¿Qué persigues? ¿La verdad o el dinero? —preguntó Cob—. ¿Acaso importa el mérito? ¿No es más importante el mensaje?

—La gente necesita algo más que una canción —replicó el aprendiz—. Necesitan pruebas de que los abismales sangran.

—Hablas como un mártir krasiano —contestó Cob—, listo para despojarse de la vida en busca del paraíso del Creador.

—Según he leído, para los krasianos, la vida después de la muerte está llena de mujeres desnudas y ríos de vino —se mofó Arlen.

—Y para entrar en él sólo necesitas llevarte por delante a un demonio antes de que te descuartice un abismal —admitió Cob—, pero a mí me da igual, me arriesgaré con esta vida. Puede ocurrir que la otra no sea tal y como uno espera, y no tiene sentido salir corriendo en su busca.

La brecha

321 d.R.

Apuesto tres lunas a que va al este —dijo Gaims, haciendo tintinear las monedas de plata cuando surgió El Manco. —Acepto —contestó Woron—. Lleva corriendo tres noches. Está listo para cambiar.

Como siempre, el demonio de las rocas resopló antes de verificar otra vez los grafos de protección de la entrada. Se movía de forma metódica, sin pasar por alto ni un resquicio. El abismal se dirigió al este cuando la puerta resultó ser segura.

—¡Por la Noche! —maldijo Woron—. Estaba convencido de que esta vez iba a hacer algo diferente.

Hurgó en el bolsillo en busca de las monedas mientras se oían cada vez más lejos los chillidos del monstruo y los chasquidos de las protecciones mágicas al activarse.

Los dos guardias se olvidaron de la apuesta y miraron por encima del pretil al percatarse de que El Manco mantenía la mirada fija en un punto concreto de la muralla, con manifiesta curiosidad. Otros abismales se reunieron alrededor, pero se mantuvieron a distancia respetuosa del gigante.

De pronto, el demonio se lanzó hacia la muralla con la garra extendida sin provocar chisporroteo alguno de los grafos. A los centinelas se les heló la sangre en las venas cuando oyeron con claridad el resquebrajamiento de las piedras.

El ser profirió un rugido triunfal y siguió golpeando, esta vez con toda la mano. Los vigilantes fueron capaces de ver caer los trozos de roca incluso a la tenue luz de las estrellas.

—El cuerno —instó Gaims, poniendo las manos temblorosas sobre la muralla; al cabo de un momento tomó conciencia de que se había meado en los pantalones—. Haz sonar el cuerno.

Como no hubo movimiento alguno junto a él, el centinela se volvió para buscar a su compañero que, boquiabierto, miraba embobado al demonio. Una lágrima le corría por la mejilla.

—Sopla ese cuerno estridente —chilló Gaims.

Woron salió de su ensimismamiento y llevó a los labios el cuerno, ya preparado, pero necesitó varios intentos hasta hacerlo sonar. Para entonces, El Manco estaba haciendo girar su cola picuda para golpear el muro, arrancando más y más trozos de roca con cada porrazo.

Cob zarandó a Arlen hasta despertarlo.

—¿Quién...? ¿Queeslo...? —preguntó el aprendiz, frotándose los ojos—. ¿Ya es de día?

—No —contestó Cob—. Están sonando los cuernos. Hay una brecha.

Arlen se incorporó de inmediato.

—¿Una brecha? ¿Hay abismales dentro de la ciudad?

—O han entrado —admitió el maestro— o lo harán muy pronto. ¡Levántate!

Anduvieron con dificultad y reunieron su instrumental a la luz de las lámparas; luego, se echaron por encima unas gruesas capas y se enfundaron las manos en unos guantes gruesos para evitar que el frío dificultara su trabajo.

Volvieron a sonar los cuernos.

—Dos toques —interpretó Cob—, uno corto y otro largo: la brecha está entre el primer y segundo puesto de guardia en la puerta principal del lado este.

Fuera, sonó el repiqueteo de unos cascos de caballo contra los adoquines de las calles y poco después alguien aporreó la puerta. Nada más abrir vieron a Ragen protegido de los pies a la cabeza por una armadura y con una gruesa lanza en la mano. Su escudo de grafos colgaba del cuerno de la silla de montar. No había un corcel tan elegante y cariñoso como Pupila Negra, una yegua grande y con carácter, un caballo de guerra criado para tiempos pretéritos.

—Elissa está fuera de sí —les explicó el Enviado—. Me ha enviado a que os mantenga vivos a los dos.

Arlen puso cara de pocos amigos, pero la llegada de Ragen tuvo la virtud de disipar el miedo que se le había metido en el cuerpo. Maestro y aprendiz engancharon el robusto poni a su carreta protegida por muchos grafos y se marcharon en dirección a la brecha, guiados por los gritos, los chisparos y los golpes.

Las calles se hallaban desiertas, las puertas cerradas y los postigos echados, pero el aprendiz era capaz de atisbar luz a través de las rendijas y sabía gracias a ellas que los milneses estaban despiertos, mordiéndose las uñas y rezando para que aguantaran las defensas. Oyó incluso algún lloriqueo y tomó conciencia de lo mucho que los habitantes de la ciudad dependían de su muralla.

Acabaron por llegar al escenario de los hechos, donde reinaba un caos absoluto. Las avenidas adoquinadas estaban llenas de lanzas rotas o quemadas así como de Centinelas y Protectores muertos o agonizantes. Tres ensangrentados hombres de armas forcejeaban con un demonio del viento en un intento de inmovilizarlo el tiempo suficiente para que un par de aprendices de Protectores lo atraparan en un círculo portátil. Otros corrían de aquí para allá con cubos de agua, haciendo lo posible por sofocar alguno de los muchos fuegos pequeños provocados por los

demonios de las llamas, que correteaban gozosos por todas partes y prendían fuego a cuanto quedaba a su alcance.

Arlen estudió la brecha, sorprendido de que un abismal hubiera sido capaz de horadar seis metros de roca sólida. Sus congéneres se apelotonaban en la boca del agujero y se arañaban unos a otros en su intento de ser el siguiente en penetrar en la urbe.

Un demonio del viento se metió por la abertura y salió a toda prisa al tiempo que desplegaba las alas. Un guardia le arrojó la lanza, pero se quedó corto y el abismal voló en dirección a la ciudad sin problema alguno. Un momento después, un demonio de las llamas se abalanzó sobre el centinela ahora desarmado y le abrió la garganta.

—¡Deprisa, chaval! —gritó Cob—. Los guardias nos conceden algo de tiempo, pero no van a durar mucho contra una brecha de semejantes dimensiones. ¡Debemos sellarla enseguida!

Saltó de la carreta con una agilidad sorprendente para un hombre de su edad y sacó de la parte trasera un par de círculos portátiles y entregó uno a su ayudante.

Ragen cabalgó tras ellos con actitud protectora mientras maestro y aprendiz avanzaban en dirección al estandarte del grafo clave, el blasón del gremio de Protectores, identificando el círculo protector donde éstos habían asentado su base. Herboristas desarmados atendían a hileras de heridos y salían fuera del círculo en una muestra de arrojo para ayudar a los hombres tambaleantes que acudían en busca de refugio. Eran muy pocos para atender a tantos.

Madre Jone, la consejera del duque, y maese Vincin, el síndico del gremio de Protectores, los saludaron.

—Maestro Cob, qué alegría contar con tu... —empezó Jone.

—¿Dónde se nos necesita? —preguntó Cob a Vincin, ignorando por completo a Jone.

—En la brecha principal —contestó el interpelado—. Fija los postes en los grados quince y treinta —indicó, señalando un montón de postes de protección—, ¡y ten cuidado, por el Creador! Ahí está un demonio de las rocas, fue él quien abrió la grieta. Lo han arrinconado para que no siga avanzando hacia el interior de la ciudad, pero vas a tener que ir más allá de los grafos para entrar en esa posición. Ha matado ya a tres Protectores y sólo el Creador sabe a cuántos guardias.

Cob asintió; luego, él y su aprendiz se dirigieron hacia la pila de postes.

—¿Quién estaba de guardia al caer la noche? —preguntó en cuanto se hicieron cargo de los postes.

—El Protector Macks y su aprendiz —replicó Jone—. El duque los ahorcará por esto.

—Pues en ese caso Su Gracia cometerá una estupidez —replicó Vincin—. No hay indicios elocuentes de lo sucedido ahí fuera y Miln necesita hasta el último de sus

Protectores, y aún más. —Soltó un prolongado suspiro—. Tal y como pinta la cosa, habrá unos cuantos menos antes de que acabe la noche.

—**P**rimero monta tu círculo —repitió Cob por tercera vez—. Sitúa el poste en su posición cuando estés a salvo y espera ahí hasta que prenda el magnesio. Va a deslumbrar más que la luz del día, así que protégete los ojos. Entonces, alinea tu poste según el cuadrante del poste principal, pero no intentes unirlos a los de los demás. Confía en que los demás Protectores los alineen de forma correcta. Al terminar, fija las estacas entre los adoquines para mantenerlo en su sitio.

—¿Y entonces? —preguntó Arlen.

—Quédate en el maldito círculo y no salgas de él hasta que yo te lo diga —espetó Cob—. No importa lo que veas. Me da igual que te tires ahí la noche entera, ¿está claro?

El muchacho asintió.

—Bien —dijo el maestro. Estudió el caos imperante y esperó más y más hasta que dio la orden a voz en grito—: ¡Ahora!

Los dos se marcharon de allí en dirección a sus respectivas posiciones, esquivando las llamaradas, los cuerpos de los caídos y los escombros. En cuestión de segundos, dejaron atrás la hilera de edificios y vieron al demonio manco de las rocas, irguiéndose por encima de un pelotón de soldados y una docena de cadáveres. Sus garras y mandíbulas ensangrentadas centelleaban a la luz de los faroles.

A Arlen se le heló la sangre en las venas; se detuvo en seco y miró a Ragen. Sus miradas se encontraron durante unos instantes.

—Debe de ir a por Keerin —comentó el Enviado con sequedad.

Arlen abrió la boca, pero antes de que pudiera replicar, Ragen gritó:

—¡Cuidado!

El jinete interpuso la lanza en el camino del chico. El arma de Ragen chasqueó al impactar contra el semblante de un belicoso demonio del viento. Entre tanto, el muchacho se vio tirado al suelo de rodillas, llevándose un buen porrazo, y soltó sin querer el poste; luego, rodó sobre sí mismo y se giró a tiempo de ver al abismal chocar contra el escudo de grafos del Enviado. El abismal salió despedido a causa de la colisión y acabó impactando contra los adoquines.

Ragen taloneó a su montura para que avanzara y pisoteara con los cascos a la criatura mientras él se ladeaba para agarrar a Arlen justo cuando éste había recuperado su poste. El jinete lo llevó medio a rastras y medio en volandas hasta su posición. Cob ya había montado su círculo portátil y estaba preparando la fijación de su poste de protección.

Arlen no perdió un instante y se puso a montar su propio círculo, pero no dejaba

de volver la vista hacia El Manco. Éste soltaba golpes tremebundos contra las defensas levantadas a toda prisa delante de él en un intento de atravesarlas. El muchacho apreció la debilidad de la red en cada chisporroteo y supo que no iba a durar eternamente.

El demonio de las rocas olisqueó el aire y alzó súbitamente los ojos, encontrándose con la mirada de Arlen. Hubo una lucha de voluntades durante un momento, hasta que el cruce de miradas resultó difícil de soportar y el chico bajó los ojos. El Manco chilló y redobló sus esfuerzos por atravesar las debilitadas defensas.

—¡Deja de mirar y haz tu trabajo, chaval! —le gritó Cob, sacando a Arlen de su ensimismamiento.

Él se esforzó cuanto pudo por hacer caso omiso a los gritos del abismal y a los alaridos de los guardias. Colocó la base plegable de hierro y situó el poste en su interior. La orientó respecto al cuadrante del poste principal lo mejor posible para la luz disponible, escasa y parpadeante, y luego se protegió los ojos con las manos a la espera de que actuara el magnesio.

La llamarada se produjo poco después y convirtió la noche en día. Los Protectores se apresuraron a colocar en posición sus postes y los fijaron en su sitio con puntales. Hicieron señales con trozos de tela blanca para dar a conocer la culminación del proceso.

Arlen reconoció el resto del área en cuanto terminó su cometido. Varios Protectores y sus aprendices forcejeaban aún con sus postes, uno de los cuales ardía por obra de un demonio de las llamas. Los abismales gritaban y retrocedían ante el efecto luminoso del magnesio, aterrados ante la perspectiva de que surgiera ya el aborrecido sol. La guardia ducal avanzó lanza en ristre, intentando empujarlos más allá de los postes de protección antes de que se percataran de su falsa apreciación. Ragen hizo lo mismo a lomos de su montura, su pulido escudo de grafos reflejaba la luminosidad del magnesio y hacía retroceder a los atemorizados abismales a trompicones.

Pero la falsa luz no ocasionaba daño alguno a las criaturas. El Manco no retrocedió cuando un pelotón de soldados, envalentonado por el efecto de la luminiscencia, levantó una hilera de lanzas y se interpuso en su camino. Muchas de ellas se quebraron por la punta o pasaron rozando cerca de las pétreas placas del demonio. Éste logró aferrar algunas y se apoderó de ellas con bruscos tirones, sacando a los hombres de las zonas protegidas con la facilidad con que un niño podría desprenderse de un muñeco.

Arlen contempló la carnicería con verdadero espanto. La criatura descabezó a un defensor de un mordisco y arrojó el cuerpo contra sus compañeros, haciendo caer a varios de ellos, para luego aplastar a un guardia de un pisotón y enviar volando a un tercero merced a un golpe propinado con su cola picuda. El desdichado impactó

contra el suelo y no se levantó.

Los cadáveres y la sangre cubrieron los grafos de contención que impedían el avance de El Manco y éste aprovechó la anulación de la red de protección para embestir raudo como una flecha, matando a voluntad. Los guardias se replegaron y algunos se batieron en franca retirada, pero el gigantesco abismal se olvidó de ellos en cuanto huyeron y cargó contra el círculo portátil de Arlen.

—¡Arlen! —chilló Ragen mientras hacía volver grupas a su caballo.

El Enviado sufrió un ataque de pánico cuando vio cargar al enemigo y pareció olvidar que el ayudante estaba a salvo dentro del círculo de protección. Taloneó los ijares del caballo para azuzarlo y avanzó lanza en ristre, apuntando a la espalda de El Manco.

Éste oyó la llegada del jinete y se revolvió en el último momento. Fijó los pies y recibió la lanzada en pleno pecho; el arma centelleó mientras el demonio de las rocas aplastaba el cráneo del corcel con un zarpazo.

La cabeza del caballo salió disparada hacia un lateral y rodó hacia atrás, hasta entrar en el círculo de Cob, golpeó en el poste y salió rebotada hacia un lado. Ragen no tuvo tiempo de sacar los pies de los estribos y el cuerpo del animal lo atrapó en su caída, aplastándole la pierna y dejándolo inmóvil en el suelo. El Manco se adelantó, listo para matarlo.

Arlen gritó y buscó ayuda con la mirada, pero no había a quién encomendarse. Su maestro se aferraba a su poste, intentando mantenerse en pie, y todos los demás Protectores habían reemplazado el poste quemado en otra posición y luego se habían situado en torno a la brecha, donde trazaban grafos. Al quedarse en su sitio, Cob se hallaba desplazado, sin nadie en condiciones de ayudarlo ahora que la guardia había quedado muy diezmada tras el último embate de El Manco. Arlen supo que Ragen estaba condenado incluso aunque Cob fijara su poste enseguida. El Manco estaba en el lado equivocado de la red. Debía hacerle salir.

—¡Eh! —chilló mientras salía de su círculo y agitaba los brazos—. ¡Eh, feúcho!

—Arlen, vuelve a tu círculo —bramó Cob, pero ya era demasiado tarde: el demonio de las rocas había girado la cabeza al oír la voz de un muchacho.

—Oh, sí, me oyes —murmuró Arlen, cuyo rostro pasó de un rojo inflamado a un frío intenso.

Miró de refilón los postes de protección. Los abismales eran más atrevidos a medida que disminuía la intensidad del magnesio. Meterse en ese avispero era un suicidio.

Pero el aprendiz recordó sus anteriores encuentros con el abismal y con qué celo defendía la autoría de esas hazañas. Esa idea lo llevó a girarse y sobrepasar los postes de protección, llamando la atención de un siseante demonio de las llamas, que se abalanzó sobre él con los ojos encendidos, pero también lo hizo El Manco; que se

removió para apartar de un golpetazo al demonio menor.

Arlen volvió sobre sus pasos y se lanzó de bruces hacia la protección de los postes; se puso a salvo a pesar de la celeridad con la que se revolvió El Manco, que le lanzó un golpe con saña, pero la magia flameó y frustró el intento del abismal, pues Cob había restablecido la red de protección al reponer su poste y ahora el abismal estaba en el lado exterior; aulló de frustración mientras aporreaba la barrera, pero ésta demostró ser impenetrable.

El chico corrió junto a Ragen. Cob lo arrolló para darle un abrazo y luego le dio un cachete en la mejilla.

—Te retorceré ese huesudo pescuezo tuyo como vuelvas a hacer otro truquito de los tuyos —le avisó el maestro.

—Se suponía que yo debía protegerte a ti —convino Ragen con voz débil; una sonrisa le curvó los labios.

Aún había abismales desperdigados por la ciudad cuando Vincin y Jone despidieron a los Protectores. Los centinelas supervivientes, con la ayuda de los Herboristas, llevaron a los heridos hasta los dispensarios de la ciudad

—¿No debería alguien dar caza a los que andan sueltos por ahí? —preguntó Arlen mientras llevaban con cuidado a Ragen en la parte posterior de la carreta. El Enviado tenía la pierna entablillada y los Herboristas le habían administrado un té analgésico, dejándolo soñoliento y ausente.

—¿Con qué propósito? —preguntó Cob—. Morirían algunos cazadores, eso conseguiríamos, y por la mañana no habrá diferencia alguna. Es mejor quedarse en casa y dejar que el sol dé buena cuenta de los abismales que puedan quedar en Miln.

—Faltan varias horas hasta el amanecer —replicó Arlen mientras se subía a la carreta.

—¿Y qué propones? —quiso saber Cob, muy alerta mientras avanzaban—. Esta noche has visto en acción a toda la guardia ducal, cientos de hombres armados con lanzas y protegidos con escudos, y a los Protectores. ¿Has visto sucumbir a un solo demonio? Por supuesto que no. Son inmortales.

Arlen negó con la cabeza.

—Se matan unos a otros. Los he visto.

—Son seres mágicos. Pueden inflingirse unos a otros un daño inalcanzable para un arma humana.

—El sol los mata —insistió el muchacho.

—El sol es un poder más allá de tu alcance o el mío —dijo Cob—. Somos simples Protectores.

Dieron un respingo al doblar una esquina y encontrarse un cadáver desmadejado

cuya sangre tintaba de rojo los adoquines de delante. Una parte del cuerpo todavía ardía sin llamarada. En el ambiente flotaba un olor agrio a carne quemada.

—Un mendicante —apuntó Arlen al ver los harapos del muerto—. ¿Qué hacía fuera por la noche?

—Uno, no. Dos mendigos —lo corrigió Cob mientras se ponía una tela delante de la boca y la nariz como gesto para repeler el hedor de la escabechina tan próxima—. Debieron echarlos del refugio.

—¿Hacen eso? —inquirió el aprendiz—. Pensé que se aceptaba a todo el mundo en los refugios públicos.

—Sólo hasta que se llenan —repuso Cob—. Además, esos lugares tampoco son la panacea. Los hombres se pelean por la comida y por la ropa en cuanto los guardias los encierran, y les hacen cosas peores a las mujeres. Muchos prefieren jugársela en la calle.

—¿Por qué nadie hace nada al respecto? —preguntó el muchacho.

—Todos admiten que es un problema —contestó el maestro—, pero los ciudadanos dicen que eso es asunto del duque y éste no está muy motivado a la hora de proteger a quienes no contribuyen en modo alguno a su ciudad.

—Por lo tanto, es mejor enviar a los guardias a casa durante la noche y dejar que los abismales se hagan cargo del problema —refunfuñó Arlen.

Cob no repuso nada, salvo hacer chasquear las riendas, deseoso de abandonar las calles.

Dos días después del ataque, todos los ciudadanos fueron convocados a la gran plaza mayor, donde se había erigido un patíbulo. En el mismo se encontraba Macks, el Protector que estaba de guardia cuando se abrió la brecha.

Euchor no se hallaba presente, pero Jone leyó su sentencia:

—En nombre del duque Euchor, Luz de las montañas y Señor de Miln, se te declara culpable de haber descuidado tus deberes y haber permitido la apertura de una brecha en la muralla protegida. Nueve Protectores, dos Enviados, tres Herboristas, treinta y siete guardias y dieciocho ciudadanos han pagado el precio de tu incompetencia.

—Como si eso fuese de ayuda para los nueve Protectores —musitó Cob.

La multitud profirió abucheos y siseos, y hubo quienes arrojaron basura al Protector, que permanecía en pie con la cabeza gacha.

—Por todo ello, se te condena a muerte —concluyó Jone.

Unos encapuchados tomaron a Macks por los brazos, lo condujeron hasta la soga, y le pusieron el lazo alrededor del cuello.

Un Pastor alto, de hombros anchos con una espesa barba negra y ataviado con

pesados ropajes se acercó al reo y le trazó un grafo en la frente.

—Que el Creador perdone tu falta —entonó el Hombre Santo—. Él nos garantiza a todos la pureza de obra y voluntad para acabar con Su Plaga y ser liberados.

La trampilla se abrió en cuanto se retiró el Hombre Santo. El gentío estalló en vítores cuando se tensó la soga.

—Idiota —espetó Cob—. Un combatiente menos para cuando se produzca la siguiente brecha.

—¿A qué se refería el Pastor con eso de la Plaga y de ser liberado? —preguntó el aprendiz.

—Sólo son tonterías para mantener sometida a la plebe —contestó Cob—. Más vale no llenarte la cabeza con ellas.

La biblioteca

321 d.R.

Arlen caminaba detrás de Cob embargado por la emoción mientras se aproximaban al gran edificio de piedra. Era Séptimo, y normalmente habría estado de morros por haberse perdido las clases de equitación y los ejercicios de lucha con lanza, pero lo de ese día era demasiado bueno para dejarlo pasar: iba a entrar por vez primera en la biblioteca ducal.

El negocio de su maestro se había disparado desde que él y Cob se habían convertido en agentes de grafos, cubriendo un hueco muy necesario en la ciudad. Su biblioteca de grimorios se había convertido en la mayor de Miln, y tal vez del mundo. Al mismo tiempo, había corrido la voz de su participación en el último sellado de la brecha y los nobles, que no se perdían ninguna moda, se dieron cuenta.

Los clientes de sangre real eran un incordio para el trabajo: siempre formulaban peticiones ridículas y deseaban grafos para ponerlos donde no correspondía. Cob vaciló y luego triplicó los precios, lo cual no supuso ninguna diferencia ahora que tener la mansión sellada por Cob, el maestro Protector, se había convertido en un símbolo de estatus social.

Pero su pupilo supo que había merecido la pena ahora que los habían llamado para proteger el edificio más valioso de la ciudad. Pocos ciudadanos habían visto el interior de la biblioteca, pues el duque guardaba su colección con sumo celo, dando acceso únicamente a los grandes peticionarios y a sus ayudantes.

La biblioteca fue construida por la Orden de los Pastores del Creador antes de ser absorbida por el duque, aun cuando el bibliotecario encargado de la gestión era un Pastor, por lo general, uno sin más rebaño que los preciados libros, pues el cargo acarrea más trabajo en verdad que presidir cualquier otra Casa Santa, salvo la Gran Casa Santa o el santuario del propio duque.

Un acólito salió a recibirlos y luego los condujo hasta las cámaras del bibliotecario jefe, el Pastor Ronnell. Los ojos de Arlen iban de un lado para otro mientras caminaban, fijándose en los mohosos estantes y en los silentes eruditos que deambulaban entre los montones de libros. Sin incluir los grimorios, la colección de Cob ascendía a unos treinta libros y Arlen la consideraba un verdadero tesoro. Debía haber miles de tomos en la biblioteca ducal, más de los que sería capaz de leer en toda una vida. Le reventaba que el duque los tuviera todos ahí guardados.

El Pastor Ronnell apenas tenía hebras grises entre sus cabellos castaños, pues era joven para el codiciado puesto de bibliotecario jefe. Los recibió con efusión y los invitó a tomar asiento, enviando a un criado en busca de un refrigerio.

—Vuestra reputación os precede, maese Cob —dijo Ronnell mientras se quitaba unas gafas de montura metálica y limpiaba los cristales con el hábito marrón—. Deseo que acepte este encargo.

—Todas las defensas que he visto en este lugar están en muy buen estado —apuntó el maestro Cob.

El bibliotecario se puso otra vez las lentes y se aclaró la garganta, incómodo.

—El duque teme por su colección después de la última brecha abierta en las murallas —contestó—. Su Gracia desea... medidas especiales.

—¿Qué clases de medidas especiales? —preguntó Cob con suspicacia. Ronnell se removió y Arlen supo que estaba muy incómodo formulando la petición a pesar de que esperaba que ellos la llevaran a cabo.

—Debemos proteger contra el fuego todas las mesas, los bancos y los estantes —contestó sin la menor nota de emoción en la voz.

Los ojos de Cob quisieron salirse de las cuencas.

—¡Eso llevaría meses! —farfulló—. Y al final, ¿para qué? Incluso si un demonio de las llamas fuera capaz de adentrarse hasta el corazón de la ciudad, jamás podría romper las barreras de este edificio, y tendrían ustedes preocupaciones mucho mayores que unos anaqueles quemados si llegara a darse el caso.

Ronnell aceró la mirada al oír eso.

—El duque y yo no tenemos mayor preocupación que ésa, maestro Cob —replicó el bibliotecario—. No os hacéis la menor idea de cuánto perdimos cuando los abismales quemaron las bibliotecas de antaño. Aquí preservamos los últimos jirones de un conocimiento que hemos tardado milenios en recopilar.

—Mis disculpas —contestó el Protector—, no pretendía ser irrespetuoso.

El bibliotecario asintió.

—Os comprendo, y estáis en lo cierto: el riesgo es mínimo. Aun así, Su Gracia quiere lo que quiere. Puedo pagaros mil soles de oro.

Arlen hizo la cuenta de cabeza: mil soles de oro era una gran suma de dinero, más de la que ellos habían conseguido por un solo trabajo, pero si se tenía en cuenta la cantidad de meses que iba a llevarles tallar todo y la pérdida de otros clientes habituales...

—Me temo que no puedo ayudaros —contestó el maestro al cabo de un rato—. Debería estar alejado demasiado tiempo de mi negocio.

—Este trabajo os valdría el favor del duque —añadió Ronnell.

Cob se encogió de hombros.

—Trabajé como Enviado para su padre y eso ya me reportó bastantes favores.

Tengo poca necesidad de más. Probad con alguien más joven —sugirió—, alguien que tenga algo por demostrar.

—Su Gracia mencionó vuestro nombre específicamente —lo presionó Ronnell.

Cob extendió las manos con gesto de impotencia.

—Yo lo haré —soltó Arlen. Ambos hombres se volvieron hacia él, sorprendidos de semejante audacia.

—No creo que el duque vaya a aceptar los servicios de un aprendiz —terció el Pastor.

Arlen se encogió de hombros.

—No tenéis por qué decírselo —repuso él—. Mi maestro puede trazar los grafos para las estanterías y las mesas, yo me encargaré de tallarlos. —Miró a Cob mientras hablaba—. De todos modos, si aceptases el encargo, yo tendría que encargarme de grabar la mitad o tal vez más.

—Es un arreglo interesante —repuso Ronnell con gesto pensativo—. ¿Qué decís vos, maese Cob?

El Protector miró a su aprendiz con suspicacia.

—Yo diría que éste es el tipo de trabajo tedioso que tanto aborreces —dijo—. ¿Qué sacas tú con esto, chaval? —quiso saber.

Arlen sonrió.

—El duque puede proclamar que el maestro Cob protegió la librería, tú te embolsas mil soles y yo... —continuó, volviéndose hacia Ronnell— podré usar la biblioteca a mis anchas.

Ronnell se echó a reír.

—¡Un chico con mis mismos gustos! —dijo—. ¿Tenemos un trato? —le preguntó a Cob.

El maestro sonrió y los hombres se estrecharon la mano.

El Pastor Ronnell condujo a Cob y Arlen durante el reconocimiento de la biblioteca. Arlen empezó a comprender la colosal tarea que se había echado sobre los hombros cuando terminaron la ronda. Incluso aunque se saltase los cálculos e hiciera a ojo los diseños de los grafos, estaba viendo que aquello iba a consumir casi todo un año.

Aun así, supo que merecía la pena mientras recorría el lugar e iba haciéndose una idea de todos esos libros. Ronnell le había prometido pleno acceso a la biblioteca, de día o de noche, durante el resto de su vida.

El Pastor sonrió al percibir el aspecto entusiasmado del muchacho. Entonces, lo asaltó un pensamiento repentino y llevó a Cob a un aparte mientras Arlen estaba demasiado sumido en sus propios pensamientos para percibirlo.

—El chico... ¿Es un aprendiz o un criado? —le preguntó al Protector.

—Es Mercader si es eso lo que preguntáis —contestó Cob.

Ronnell asintió.

—¿Quiénes son sus padres?

Cob negó con la cabeza.

—No tiene, al menos en Miln.

—Entonces, ¿vos habláis por él?

—Yo diría que el zagal habla por sí mismo —replicó Cob.

—¿Está prometido? —quiso saber el Pastor.

Ahí estaba la pregunta otra vez.

—No sois el primero que me lo pregunta desde el auge de mi negocio —contestó Cob—. Incluso algunos patricios han enviado a sus hijas para que le echen un vistazo, pero me da la impresión de que el Creador no ha hecho a la chica capaz de hacerle sacar la nariz de los libros el tiempo suficiente para darse cuenta de que ella existe.

—Me suena esa sensación —repuso Ronnell mientras señalaba con un gesto a la joven sentada en una de las muchas mesas, con media docena de libros abiertos dispersos sobre la misma—. ¡Ven aquí, Mery!

La joven alzó la vista, marcó las páginas con destreza y apiló los libros antes de acercarse. Tenía ojos castaños, un rostro suave y redondeado, una sonrisa brillante y una atractiva melena del mismo color que los ojos. Parecía estar muy cerca de los catorce de Arlen. Vestía una saya muy práctica cubierta por el polvo de la biblioteca. Recogió las faldas e hizo una leve reverencia.

—Maestro Protector Cob, os presento a mi hija Mery —dijo Ronnell.

La chica alzó los ojos, súbitamente muy interesada.

—¿El maestro Cob? —preguntó.

—Ah, ¿conoce mi trabajo? —inquirió él.

Mery negó con la cabeza.

—No, pero he oído que vuestra colección de grimorios no tiene parangón.

Cob se rió.

—Tal vez exista una, Pastor —concedió.

Ronnell se inclinó hacia su hija y señaló a Arlen.

—Ése de ahí es el joven Arlen, el aprendiz del maestro Cob. Va a proteger la biblioteca. ¿Por qué no le enseñas un poco todo esto?

Mery observó a Arlen mientras él seguía con la mirada extraviada, ajeno al escrutinio de Mery. Llevaba alborotada aquella larga melena rubia y las lujosas ropas estaban manchadas y arrugadas, pero había un destello de inteligencia en sus ojos. Los rasgos del joven eran suaves y simétricos, y nada desagradables. Cob oyó musitar una oración al Pastor Ronnell mientras ella se alisaba las faldas y se deslizaba hacia

él.

Arlen no pareció percatarse de la presencia de Mery cuando ella llegó.

—Hola —lo saludó.

—Hola —respondió él mientras entornaba los ojos para leer el título del lomo de uno de los estantes más altos.

La muchacha puso cara de pocos amigos.

—Me llamo Mery —continuó—, soy hija del Pastor Ronnell.

—Y yo Arlen —contestó él, retirando un libro del estante y echándole una ojeada.

—Mi padre me ha pedido que te dé una vuelta por la biblioteca —le explicó la muchacha.

—Gracias —contestó el aprendiz, devolviendo el libro a su sitio y alejándose de la hilera de estantes para ir a una sección de la biblioteca cuyo acceso estaba acordonado. Mery se vio obligada a seguirlo; la irritación le encendió el semblante.

—Está acostumbrada a ignorar, no a ser ignorada —observó Ronnell, divertido.

—A.R. —leyó Arlen en el corredor abovedado situado sobre la sección acotada—. ¿Qué será «A.R.»? —murmuró.

—Antes del Retorno —le contestó ella—. Esos libros son copias originales del mundo antiguo.

Arlen se volvió hacia ella como si acabara de darse cuenta de su presencia.

—¿Palabra de honor? —preguntó.

—Está prohibido entrar ahí al fondo sin permiso del duque —agregó Mery, observando cómo él ponía cara larga—. Yo estoy autorizada en atención a mi padre, por supuesto. —Sonrió.

—¿Tu padre? —preguntó Arlen.

—Soy la hija del Pastor Ronnell —le recordó con cara de pocos amigos.

El muchacho abrió los ojos sorprendido e hizo una torpe reverencia.

—Arlen, de Arroyo Tibbet —se presentó.

Cob rió entre dientes al otro lado de la habitación.

—El chico no ha tenido ni una oportunidad —comentó.

Los meses transcurrieron en un suspiro mientras Arlen se sumía en una rutina que llegaría a serle familiar. La mansión de Ragen estaba más cerca de la biblioteca, razón por la cual dormía allí la mayoría de las noches. El Enviado se recuperaba deprisa de su herida en la pierna y pronto se marcharía otra vez a recorrer los caminos. Elissa animó al muchacho a considerar como suya la habitación de invitados y parecía hallar un placer especial en ver el cuarto atestado de libros y herramientas. La servidumbre también estaba encantada con su presencia: la señora no estaba a la que saltaba cuando él andaba por allí.

Arlen se levantaba una hora antes del alba y practicaba los movimientos de lanza a la luz de la lámpara en el recibidor de altos techos. Se deslizaba al patio, donde dedicaba una hora a las prácticas de tiro y a la equitación, tras lo cual desayunaba a toda prisa en compañía de Elissa y de Ragen.

Llegaba tan temprano que el edificio solía estar vacío, a excepción de los acólitos de Ronnell, que dormían en celdas debajo del gran edificio, pero mantenían las distancias con él, pues Arlen los intimidaba. Al joven no parecía importarle nada acercarse a su amo y hablarle sin permiso ni sin haber sido llamado.

Le habían asignado como lugar de trabajo una habitacioncita retirada lo bastante grande para contener un par de estanterías, su mesa de trabajo y cualquier tipo de mueble con el que debiera trabajar. Una estantería estaba llena de pinturas, cepillos y herramientas de ebanistería. La otra estaba atestada de libros prestados. El suelo estaba cubierto de virutas curvas y llenas de goterones de pintura y barniz.

Arlen se tomaba una hora para leer todas las mañanas. Luego, a regañadientes, apartaba el libro y se ponía a trabajar. Durante semanas no grabó otra cosa que sillas, y luego continuó con los bancos. El trabajo se prolongó todavía más de lo esperado, pero no le importaba.

Mery se convirtió en una visión bien recibida durante esos meses: solía asomar por su lugar de trabajo para compartir una sonrisa o algún cotilleo antes de escabullirse para continuar con sus quehaceres. Arlen había creído que las interrupciones a su trabajo y estudio se le harían pesadas, pero resultó ser lo opuesto. Estaba deseando verla y llegó a descubrir que se le iba el santo al cielo los días en que ella no lo visitaba con la frecuencia habitual. Ambos compartían los almuerzos en la espaciosa terraza de la biblioteca, desde donde se dominaba la ciudad y las montañas más allá de las murallas.

Mery era diferente a cualquier otra chica que hubiera conocido. La hija del librero del duque y jefe de historiadores era probablemente la joven más ilustrada de la ciudad, y Arlen descubrió que él podía aprender mucho más hablando con ella que en las páginas de cualquier libro, pero ocupaba una posición de lo más solitaria. Ella intimidaba a los acólitos todavía más que el muchacho, y no había nadie de su edad en toda la biblioteca. La chica estaba a sus anchas mientras discutía con eruditos de barbas encanecidas, pero junto a Arlen parecía tímida e insegura de sí misma...

... como él en presencia de ella.

—¡**P**or el Creador, Jaik! Es como si no hubieras practicado nada —le censuró Arlen, cubriéndose los oídos.

—No seas cruel, Arlen —le reprendió Mery—. Tu canción era encantadora, Jaik —dijo ella.

Jaik puso cara de pocos amigos.

—Entonces, ¿por qué también tú te tapas las orejas? —preguntó.

—Bueno —repuso ella, quitándose las manos de los oídos y dedicándole una gran sonrisa—, mi padre dice que la música y la danza conducen al pecado, así que no debía escucharla, pero estoy segura de que era una pieza muy bonita.

Arlen rompió a reír y Jaik torció el gesto mientras apartaba el laúd.

—Intenta hacer unos juegos malabares —sugirió Mery.

—¿Estás segura de que no es pecado ver juegos de manos? —preguntó el muchacho pelinegro.

—Sólo si son buenos —replicó ella en voz baja.

Arlen volvió a carcajearse.

El laúd de Jaik era viejo y gastado, y con toda la pinta de no haber tenido nunca todas las cuerdas. El muchacho lo depositó en el suelo y sacó tres bolas de madera coloreada de la bolsa donde guardaba el equipo de juglar. La madera estaba agrietada y las tres tenían desconchaduras en la capa de pintura. Lanzó una pelota al aire, luego la segunda y al final la tercera. Mery aplaudió cuando logró mantenerlas todas en el aire durante unos segundos.

—Mucho mejor —alabó ella.

Jaik sonrió.

—¡Observa esto! —dijo él mientras lanzaba una cuarta.

Arlen y Mery crisparon el gesto cuando las bolas cayeron con estrépito sobre los adoquines.

Jaik enrojeció.

—Quizá debería practicar más con tres pelotas —aventuró.

—Deberías practicar más —convino Arlen.

—A papá no le gusta —se defendió el aprendiz de Juglar—. «Si no tienes otra cosa que hacer, salvo malabares, yo voy a buscarte alguna faenilla», me dice.

—Eso mismo hace mi padre cuando me pilla bailando —confesó Mery.

Los dos miraron a Arlen, expectantes.

—Mi padre solía hacer lo mismo, sí.

—¿Y el maestro Cob? —preguntó Jaik.

Arlen negó con la cabeza.

—¿Y por qué tendría que hacerlo? Hago todo cuanto me pide.

—Entonces, ¿de dónde sacas tiempo para practicar como Enviado? —quiso saber su amigo.

—De donde puedo —repuso Arlen.

—¿De dónde? —insistió Jaik.

Arlen se encogió de hombros.

—Madrugo mucho y me acuesto tarde, y me escabullo después de las comidas.

Lo que sea necesario, o ¿prefieres quedarte como molinero el resto de tu vida?

—No hay nada malo en ser molinero, Arlen —intervino Mery.

Jaik negó con la cabeza.

—No, él está en lo cierto —aceptó el pelinegro—. Debo trabajar duro si es eso lo que quiero. Practicaré más —prometió, mirando a Arlen.

—No te preocupes —contestó éste—. Si no eres capaz de entretener a los lugareños de las aldehuelas, siempre puedes ganarte la vida espantando a los demonios del camino con tus canciones.

Jaik entrecerró los ojos antes de empezar a arrojar las bolas de malabares a su amigo, lo cual hizo reír a Mery.

—Un buen juglar sería capaz de darme —se mofó Arlen mientras esquivaba ágilmente todos los intentos.

—No tan lejos —voceó Cob.

Para ilustrar ese comentario, Ragen sacó una mano de detrás del escudo y aferró la lanza de Arlen justo debajo de la contera antes de que el muchacho pudiera retirarla. Dio un tirón y el aprendiz, desequilibrado, se fue de bruces a la nieve.

—Ve con cuidado, Ragen —lo reprendió lady Elissa mientras se ajustaba mejor el chal para combatir el frío matutino—. Vas a hacerle daño.

—Está siendo mucho más delicado que cualquier abismal, mi señora —dijo Cob lo bastante alto como para que le oyera Arlen—. El propósito de la lanza larga es mantener a distancia a los demonios durante una retirada. Es un arma puramente defensiva y los Enviados que actúan de forma agresiva con ella, como el joven Arlen aquí presente, acaban muertos. He visto cómo sucedía. Una vez en el camino a Lakton...

Arlen puso cara de pocos amigos. Cob era un buen maestro, pero tendía a salpicar las lecciones con historias espeluznantes sobre la muerte de otros Enviados con la intención de descorazonarlo, pero sus palabras tenían el efecto opuesto: fortalecían la resolución de Arlen de triunfar donde otros habían fracasado. Se puso en pie sin ayuda de nadie y esta vez fijó los pies en el suelo con firmeza, descansando todo el peso del cuerpo sobre los talones.

—Basta por hoy con las lanzas largas —dijo el maestro—, probemos con las cortas.

Lady Elissa puso cara de disgusto cuando Arlen depositó sobre el triángulo las lanzas de dos metros y medio, y él y Ragen eligieron las cortas, de apenas un metro y con unas puntas afiladas cuya longitud era casi la tercera parte del arma. Éstas estaban ideadas para luchar en distancias cortas, para tajar en vez de perforar. El aprendiz eligió también un escudo y los dos volvieron a plantarse uno frente al otro

sobre la nieve. Ahora, a sus quince años, Arlen era más alto y ancho de hombros, y poseía una gran fortaleza a pesar de su constitución enjuta. Vestía una antigua armadura de cuero de Ragen. Todavía le estaba grande, pero cada vez le sentaba mejor.

—¿Qué objetivo tiene este ejercicio? —preguntó Elissa, exasperada—. No parece que él pueda vivir para contarlo si llega a tener un demonio tan cerca.

—He visto casos donde ha ocurrido —discrepó el anciano mientras contemplaba cómo intercambiaban golpes Ragen y Arlen—, y pululan entre nuestras ciudades otros enemigos además de los demonios, mi señora, como animales salvajes e incluso bandidos.

—¿Quién atacaría a un Enviado? —inquirió ella, atónita.

Ragen lanzó una mirada airada al anciano maestro, pero éste lo ignoró y contestó a la pregunta:

—Los Enviados son hombres adinerados y llevan objetos de valor y mensajes que pueden decidir el futuro de Mercaderes y duques. La mayoría de la gente jamás se atrevería a hacerle daño alguno, pero puede suceder, y en cuanto a los animales... Los abismales eligen a los más débiles, por lo cual sólo sobreviven los depredadores más fuertes.

—¿Qué harías si te atacara un oso, Arlen? —preguntó el Protector a voz en grito.

El muchacho no apartó los ojos de Ragen ni hizo ademán de detenerse mientras contestaba:

—Arrojarle una lanza larga al cuello y retirarme mientras sangre, y atravesarle los órganos vitales cuando baje la guardia.

—¿Puedes hacer algo más? —insistió Cob.

—Quedarme inmóvil —respondió el muchacho con desagrado—, pues los osos rara vez atacan a los muertos.

—¿Y un león? —preguntó Cob

—Usaría una lanza de tamaño medio —repuso Arlen mientras repelía una puntada de Ragen con el escudo y contraatacaba—. La hundiría entre el lomo y la pata para que el felino se empalase él solo y luego le hundiría una lanza corta en el pecho o en el costado, lo que fuera más viable.

—¿Y un lobo?

—No puedo seguir escuchando esto por más tiempo —dijo Elissa antes de salir corriendo hacia la mansión.

Arlen la ignoró.

—Un buen porrazo en el hocico con una lanza media debería librarme de un lobo solitario. Si eso falla, hay que usar la misma táctica que con el león.

—¿Y si te atacara una manada? —volvió a preguntar Cob.

—Los lobos temen al fuego —repuso Arlen.

—¿Y si te topas con un jabalí? —quiso saber el maestro.

Arlen se echó a reír.

—Debería «correr como si me persiguieran todos los demonios del Abismo» — contestó, citando a sus instructores.

Arlen se despertó encima de una pila de libros y durante unos instantes se preguntó dónde estaba, antes de comprender que había vuelto a quedarse dormido en la biblioteca. Se acercó a mirar por la ventana y vio que en el exterior se había hecho completamente de noche. Se asomó y estiró el cuello, logrando distinguir la figura espectral de un demonio de viento que pasaba a mucha altura. Elissa iba a preocuparse.

Había estado leyendo historias antiguas, situadas muy atrás en el tiempo, en la Edad de la Ciencia, relatos que hablaban de los reinos del mundo de antaño: Albinón, Thesa, Gran Linm y Rusk, y también de mares y lagos tan enormes que cubrían distancias imposibles, y en la orilla opuesta de los mismos se alzaban nuevos reinos. Era asombroso. Si debía creer a los libros, el mundo era mayor de lo que había imaginado.

Pasó las páginas del libro abierto sobre el que se había adormecido y se sorprendió al hallar un mapa. Abrió los ojos con desmesura cuando estudió el nombre de aquellos lugares. Allí, con total claridad, estaba el ducado de Miln. Lo estudió con más detenimiento y distinguió el río que Fuerte Miln usaba para abastecerse de agua fresca y las montañas situadas detrás de la urbe. Ahí mismo había una estrella diminuta para señalar la capital.

Hojeó unas cuantas páginas sobre la antigua Miln, leyéndolas en diagonal. Entonces, como ahora, era una ciudad cuyas riquezas se basaban en las minas y en la cantera. Su influencia se extendía a decenas de kilómetros, pues el territorio del ducado incluía muchos burgos y aldeas, terminando en el río Entretiembras, la frontera con los dominios del duque de Angiers.

Arlen rememoró su propio viaje y fue recorriendo hacia atrás el trayecto hasta dar con las ruinas que había hallado. Gracias al mapa se enteró de que había pertenecido al conde de Newkirk. Estremeciéndose de entusiasmo, Arlen miró más lejos hasta encontrar el objetivo de su búsqueda: una pequeña vía fluvial de acceso a una laguna más amplia.

La baronía de Tibbet.

Tibbet, Newkirk y los demás habían pagado tributo al duque de Miln, quien a su vez, al igual que el de Angiers, debían lealtad al rey de Thesa.

—Thesanos —musitó Arlen, intentando aquilatar la envergadura de la palabra—. Todos somos thesanos.

Tomó una pluma y empezó a copiar el mapa.

—Ninguno de los dos debéis pronunciar ese nombre nunca jamás —reprendió el Pastor Ronnell a Arlen y a su hija.

—Pero... —empezó el muchacho.

—¿Acaso crees que ignorábamos eso? —le atajó el bibliotecario—. Su Gracia ha dado orden de arrestar a cualquiera que pronuncie el nombre de Thesa. ¿Quieres pasarte años partiendo piedras en sus minas?

—¿Por qué? —inquirió Arlen— ¿Qué daño puede hacer?

—Algunos se obsesionaron con Thesa antes de que el duque cerrara la biblioteca —contestó Ronnell— y buscaron dineros para contratar Enviados y restablecer el contacto con los puntos perdidos de los mapas.

—¿Y qué hay de malo en eso? —quiso saber el muchacho.

—El rey murió hace tres siglos, Arlen —le explicó el Pastor—, y los duques se harán la guerra unos a otros antes de arrodillarse ante otro que no sean ellos mismos. Hablarle a la gente de reunificación equivale a mencionar cosas que deben olvidar.

—¿Mejor que pretender que el mundo es únicamente el intramuros de Miln? —preguntó el aprendiz de Protector.

—Hasta que el Creador nos perdone y envíe a su Liberador para poner fin a la Plaga —respondió Ronnell.

—¿Nos perdone? ¿Por qué...? —se sorprendió Arlen—. ¿Qué plaga es...?

Ronnell miró al joven con una mezcla de sorpresa e indignación en los ojos. El muchacho llegó a pensar durante un momento que el Pastor iba a golpearlo y él mismo se armó de valor para soportar el golpe, pero en vez de eso, Ronnell se volvió hacia su hija.

—¿Es cierto que no lo sabe?

Ella asintió.

—El Pastor de Arroyo Tibbet era un tanto... atípico —repuso la muchacha.

Su padre asintió.

—Ya me acuerdo. Era un acólito cuyo maestro fue despedazado antes de que él completara su instrucción. Siempre tuvimos intención de enviar a alguien nuevo... —Ronnell se dirigió a su escritorio dando grandes zancadas y se puso a escribir una carta—. No podemos permitir esto —dijo—. ¿Qué plaga? ¡Desde luego...!

Él continuó quejándose y Arlen quiso aprovechar la ocasión para dirigirse hacia la puerta.

—Eh, vosotros dos, no os vayáis tan deprisa —les atajó Ronnell—. Estoy muy decepcionado con ambos. Cob no es un hombre religioso, me consta, Arlen, pero este nivel de negligencia roza lo imperdonable. —Luego miró a Mery—. Y tú, jovencita —dijo con brusquedad—, ¿lo sabías y no me dijiste nada?

La chica clavó la mirada en el suelo.

—Lo siento, padre.

—Y bien que deberías sentirlo —saltó Ronnell. Extrajo un grueso volumen de su escritorio y se lo entregó a su hija—. Enséñale —le ordenó mientras le hacía entrega del Canon de la Misa—. Como Arlen no se sepa el libro de pe a pa en un mes, os voy a dar una buena con la correa.

Mery aceptó el libro y los dos se marcharon lo más deprisa posible.

—Hemos salido bien librados —comentó Arlen.

—Demasiado bien librados —precisó Mery—. Padre tiene razón. Debería haberte dicho algo antes.

—No te preocupes. Sólo es un libro. Mañana me lo habré leído.

—¡No es sólo un libro! —le cortó Mery. Arlen la miró con curiosidad—. Es la palabra del Creador tal y como fue fijada por el primer Liberador —explicó ella.

Arlen enarcó una ceja.

—¿Palabra de honor?

Ella asintió.

—No basta con leerlo. Es un texto para vivirlo todos los días. Es una guía para liberar a la humanidad del pecado que trajo la Plaga.

—¿Qué plaga? —preguntó Arlen, quien tenía la impresión de haber formulado esa pregunta una docena de veces.

—Los demonios, por supuesto, los abismales —contestó Mery.

Arlen se sentó en el tejado de la biblioteca unos días después y cerró los ojos mientras recitaba:

Orgullosa y porfiada, el hombre de nuevo se alza

contra el Creador y su Liberador.

A aquel que le dio la vida decide no honrar

y a la moralidad su espalda dar.

La ciencia en su nueva religión se constituye,

poniendo la máquina y la química ante la oración,

curando a los que a morir se aprestan,

a su creador los hombres piensan que igualan.

No hay bien en luchar hermano contra hermano

y la maldad ahondando sus raíces crece.

En los corazones y las almas de los hombres vive su semilla

y lo que fue puro y prístino, ennegreciéndose, se mancilla.

En Su sabiduría nuestro Creador

sobre los descarriados hace caer la Plaga.

El Abismo se abre de nuevo con su terror

para mostrar a los hombres de su camino el error.

Y así será como sucederá

hasta que un día al Liberador envíe certero

para que el hombre por fin sea limpiado

y el abismal no vuelva a ser alimentado.

Y así conoceréis al Liberador:

Y por su carne desnuda y marcada

de la cual no soporten la vista los demonios

y ante él huyan aterrorizados.

—¡Muy bien! —lo felicitó Mery con una sonrisa.

Arlen torció el gesto.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto —dijo la joven.

—¿De veras crees esto? —inquirió—. El Pastor Harral siempre nos dijo que el Liberador sólo fue un hombre, un gran general, sí, pero sólo un mortal. Y Cob y Ragen dicen lo mismo.

Mery puso unos ojos como platos.

—Más valdrá que mi padre no llegue a oírlo —lo previno.

—Pero ¿crees que los abismales vinieron por culpa de nuestros pecados? ¿Piensas que nos lo merecemos?

—Por supuesto que lo creo. Es palabra del Creador —contestó ella.

—No —replicó Arlen—. Es un libro y los libros son obra de los hombres. Si el Creador quisiera decirnos algo, ¿por qué usó un libro y no lo grabó a fuego en el cielo?

—A veces resulta difícil creer que hay un Creador ahí arriba, mirándonos —admitió Mery mientras alzaba la vista a lo alto—, pero ¿cómo va a ser de otra manera? El mundo no se creó solo. ¿Qué poder tendrían los grafos si no hubiera una voluntad detrás de la creación?

—¿Y la Plaga? —preguntó el muchacho.

Mery se encogió de hombros.

—Las historias hablan de guerras terribles, tal vez nos la merecemos.

—¿Nos la merecemos? —inquirió Arlen—. Mamá no merecía morir por culpa de una guerra estúpida librada hace siglos.

—¿Se llevaron a tu madre...? —preguntó Mery, acariciando el brazo del aprendiz—. No tenía ni idea, Arlen...

Él retiró el brazo bruscamente.

—Da lo mismo —dijo mientras se marchaba precipitadamente hacia la puerta—. He de tallar grafos, aunque me cuesta comprender la razón si todos nos merecemos que los demonios lleguen a nuestras camas.

Ha de haber más

326 d.R.

Leesha se agachó en el jardín para elegir las hierbas del día. Arrancaba el tallo y la raíz de algunas mientras que de otras tomaba sólo unas hojas, o usaba la uña del pulgar para reventar los brotes de algún pecíolo.

Se enorgullecía del huerto plantado en el jardín trasero de la cabaña de Bruna. La anciana estaba demasiado entrada en años para mantener la minúscula parcela y Darsy no había conseguido que diera frutos aquella tierra endurecida; pero Leesha tenía el toque, y ahora muchas de las hierbas que antaño tantas horas habían pasado ella y Bruna buscando en la espesura crecían a la entrada de la casa, a salvo y dentro del alcance de los postes de protección.

—Eres inteligente y tienes maña para las plantas —comentó Bruna cuando salieron los primeros brotes—. Vas a ser una de las mejores Herboristas que he tenido en años.

Esas palabras le dieron una renovada moral. Quizá jamás fuera capaz de rivalizar con Bruna, pero la anciana no era amiga de cumplidos vacuos ni palabras amables. Había visto en la joven algo que las demás no tenían, y no deseaba decepcionarla.

En cuanto tuvo la cesta llena, Leesha se sacudió el polvo y se puso de pie para encaminarse hacia la choza, si es que todavía merecía ese nombre. Erny se había negado a ver a su hija viviendo en la miseria y había enviado carpinteros y techadores para apuntalar las débiles paredes y reemplazar la gastada techumbre de paja. Pronto, apenas quedó nada que no fuera nuevo, y los añadidos habían doblado casi el tamaño de la estructura original.

Bruna se había quejado mucho por el alboroto de los trabajadores, pero había dejado de resollar ahora que los aislantes impedían el paso del frío y la humedad. La anciana parecía fortalecerse con el paso de los años en vez de debilitarse desde que Leesha se hacía cargo de ella.

Leesha también se había alegrado de que hubieran llegado a su fin las tareas de rehabilitación, pues al término de las mismas los hombres habían empezado a mirarla de forma diferente.

El tiempo había conferido a Leesha la exuberante figura de su madre, algo que ella siempre había deseado, pero ahora parecía no ser una ventaja. Los varones de la localidad la miraban con lujuria y muchos recordaban los rumores de sus flirteos con

Gared, a pesar del tiempo transcurrido, y algunos llegaban a pensar que tal vez ella acogiera con agrado una oferta lasciva pronunciada entre cuchicheos. Un par de malas caras y unos cuantos bofetones habían bastado para disuadir a la mayoría. Había necesitado una ráfaga de pimienta y estramonio para conseguir que Evin se acordara de su novia embarazada. Un puñado de polvos cegadores era una de las cosas que ahora debía llevar en alguno de los múltiples bolsillos del mandil y de las faldas.

Por supuesto, incluso aunque se hubiera interesado por alguno de los hombres de la localidad, Gared se aseguraba de que ninguno pudiera acercarse a ella. Salvo Erny, todo varón sorprendido dirigiéndole la palabra sobre cualquier otra cosa que no fuera la recogida de hierbas recibía un severo recordatorio de que el fornido leñador seguía considerándola una mujer prometida. Incluso el Escolano Jona rompía a sudar cada vez que ella lo saludaba.

Pronto terminaría el aprendizaje de Leesha. Los siete años y un día del mismo le habían parecido una eternidad cuando Bruna se lo anunció, pero el plazo había pasado volando y al final ya no quedaban más que unos días. Leesha ya acudía sola al pueblo para atender la llamada de quienes necesitaran los servicios de una Herborista y le pedía consejo a Bruna muy de tarde en tarde, cuando la necesidad era extrema, pues la anciana necesitaba descanso.

—El duque juzga la habilidad de una Herborista comprobando si hay más nacimientos que fallecimientos al cabo del año —le había dicho Bruna ese primer día—, pero los hoyenses no sabrán cómo alguna vez han podido pasar sin ti si tú te concentras más en lo que sucede entre esos dos momentos de la vida.

Esto había resultado verdad. Bruna la llevó a todas partes a partir de ese momento e ignoró cualquier petición de privacidad. Una vez que Leesha hubo atendido a la mayoría de los nonatos de las lugareñas y haber preparado infusión de raíz de balaustia para las demás, ellas recompensaron esas atenciones y le revelaron sin reticencia alguna todos los achaques de sus cuerpos.

Pero precisamente por todo eso seguía siendo una extraña y las mujeres hablaban en su presencia como si ella fuera invisible y parloteaban todos los secretos de la aldea con la misma libertad que si ella no fuera más que una almohada durante la noche.

—Y eso eres —dijo Bruna cuando Leesha se atrevió a quejarse—: No estás allí para juzgar sus vidas, sino para atender su salud. Cuando te pones ese mandil lleno de bolsillos, te comprometes a mantener la paz oigas lo que oigas. Una Herborista necesita granjearse la confianza en su trabajo, pero hay que ganársela. No debes revelar ningún secreto, a menos que, callándote, impidas la curación de otra persona.

De ese modo, Leesha se mordió la lengua y las mujeres empezaron a confiar en ella, y en cuanto se las metió en el bolsillo los hombres fueron suyos, aunque

acudieran con sus esposas azuzándolos, pero el mandil los mantuvo alejados de todos modos. Leesha sabía qué aspecto tenían sin ropa todos los hombres del pueblo a pesar de no haber tenido relaciones íntimas con ninguno, y aunque las mujeres podían loar sus méritos y enviarle regalos, no había nadie a quien ella pudiera contarle sus propios secretos.

Aun así, a pesar de todo, la joven había sido mucho más feliz en los últimos siete años que en los anteriores trece. El mundo de Bruna era mucho más amplio que el que había vivido su madre. Había dolor cuando debía cerrar los ojos de algún difunto, pero también un gran regocijo cuando extraía a un niño del útero de la madre y le arrancaba los primeros sollozos con una firme palmada.

Su aprendizaje iba a terminar pronto y Bruna se retiraría para siempre. La anciana no iba a vivir mucho después de ese momento a juzgar por su conversación y la idea la aterrizzaba en más de un sentido.

Bruna había sido su escudo y su lanza, su grafo impenetrable frente al pueblo. ¿Qué iba a hacer sin esa protección? Ella no llevaba en la sangre ladrar órdenes y golpear a los tontos, y sin la anciana, ¿quién iba a hablarle como persona y no como Herborista? ¿Quién le enjugaría las lágrimas y sería testigo de sus dudas? Porque la duda era también una brecha en el muro de la confianza. La gente dependía de su confianza en la Herborista.

Había aún más en lo más recóndito de su mente: Hoya de Leñadores se le había quedado pequeño. Las enseñanzas de Bruna habían abierto unas puertas difíciles de cerrar: eran un recordatorio constante no de cuanto sabía, sino de lo mucho que ignoraba. Ese viaje concluiría sin la anciana.

La joven vio a Bruna sentada a la mesa nada más entrar en la casa.

—Buenos días —la saludó—. No esperaba que te levantas tan pronto o te habría preparado té antes de ir al huerto.

Depositó la cesta en el suelo y miró el hogar, verificando que el agua de la tetera estaba a punto de hervir.

—Soy vieja, pero no estoy tan ciega y decrepita como para no poder hacerme mi propio té.

—Por supuesto que no —repuso Leesha al tiempo que besaba la mejilla de la anciana—. Manejando un hacha no desentonarías entre los leñadores.

Se echó a reír cuando Bruna le hizo una mueca y buscó la harina de avena para las gachas. Los años apenas habían suavizado el tono de la sanadora, pero la aprendiz apenas se percataba ya de esa severidad, sólo oía el cariño oculto detrás del perenne refunfuño de la experimentada Herborista y, por ello, respondía con gentileza.

—Hoy has salido bien prontito —observó Bruna durante la comida—. Todavía hay hedor a demonio en el aire.

—Sólo tú puedes estar rodeada de flores recién cortadas y quejarte del hedor —replicó la muchacha. Era cierto: ella mantenía la cabaña llena de flores que impregnaban el aire de su fragancia.

—No cambies de tema —dijo la anciana.

—Vino un Enviado la noche pasada —respondió Leesha—. Oí el cuerno.

—Sólo un momento antes del crepúsculo —gruñó Bruna—. Menuda imprudencia.

Lanzó un salivazo al suelo.

—¿Qué te tengo dicho sobre lo de escupir dentro de casa, Bruna? —le reprendió la joven.

La vieja bruja la miró con sus entrecerrados ojos legañosos.

—Me dijiste que esta casa tan estupenda es mía y puedo escupir donde me plazca —replicó ella.

Leesha torció el gesto.

—Estoy segura de haber dicho algo más —musitó.

—No, das qué pensar a la gente si te muestras más lista que tus tetas —le soltó Bruna.

Leesha dejó caer la mandíbula en gesto de fingida indignación, pero estaba acostumbrada a oír ocurrencias peores de labios de la anciana, que hacía y decía lo que le placía, y nadie podía hacerla cambiar.

—De modo que ha sido un Enviado lo que te ha hecho levantarte y andar por ahí tan temprano —retomó el tema la anciana—. Espero que sea guapo. ¿Cómo se llama? ¿Es ese que te pone ojos de cachorrito?

Leesha sonrió irónicamente.

—Ojos de lobo más bien —repuso la joven.

—¡Eso también puede ser bueno! —bulló la anciana al tiempo que le palmeaba una rodilla a Leesha. Ésta sacudió la cabeza y se levantó para recoger la mesa.

—¿Cómo se llama?

—No es eso.

—Soy demasiado vieja para este baile, niña —replicó Bruna—. Su nombre.

—Marick —contestó Leesha, mirando al techo.

—¿Debo poner a calentar una infusión de balaustia para después de la visita del joven Marick? —inquirió Bruna.

—¿Es eso lo que piensan todos? —saltó Leesha—. Me gusta hablar con él, ¡eso es todo!

—No estoy tan ciega como para no ver que ese chico tiene en mente más de lo que suelta por la boca —contestó Bruna.

—¿Ah, sí? —preguntó la joven—. ¿Cuántos dedos de la mano he levantado?

Bruna bufó.

—Ninguno —contestó sin molestarse en mirar hacia la posición de la muchacha—. He vivido lo bastante como para conocerme el truco, así es como sé que Maverick el Enviado no te ha mirado a los ojos ni una sola vez mientras charlabais.

—Se llama Marick —le corrigió Leesha—, y sí, me mira a los ojos.

—Sólo cuando no puede verte el escote —repuso la vieja bruja.

—Eres imposible —resopló Leesha.

—Eso no es motivo de vergüenza —refutó la anciana—. Si yo tuviera unos pechos como los tuyos, también los exhibiría.

—¡No los exhibo! —gritó Leesha, pero Bruna soltó otra carcajada rota.

Un cuerno sonó no muy lejos de allí.

—Ése debe ser el joven maese Marick —observó Bruna—. Harías bien en darte prisa y acicalarte un poco.

—¡No es eso! —repitió Leesha, pero Bruna la despachó con un gesto de la mano.

—Voy a poner a hervir esa infusión, sólo por si acaso —comentó.

Leesha le arrojó un trapo y le sacó la lengua mientras se dirigía hacia la puerta.

Fuera, en el porche, sonrió a su pesar mientras esperaba al Enviado. Bruna la azuzaba a buscar un hombre casi tanto como su madre, pero la curandera lo hacía movida por el afecto, pues no tenía otro deseo que la felicidad de su pupila, y por eso la muchacha la quería tanto; pero a pesar de todas las pullas de la anciana, Leesha estaba más interesada en las cartas de Marick que en sus ojos de lobo.

Le chiflaban los días de llegada del Enviado desde que era niña. Hoya de Leñadores era un lugar pequeño, pero estaba situado a medio camino entre tres grandes ciudades y una docena de aldehuelas, y desempeñaba un papel crucial en la economía de la región gracias a la madera de los leñadores y la papelería de Erny.

Los Enviados visitaban la localidad un mínimo de dos veces al mes, y aunque dejaban casi todo el correo en la posada de Smitt, entregaban las cartas personalmente a Erny y a Bruna, y solían esperar para llevarse las contestaciones, pues Bruna se carteaba con Herboristas de las ciudades Fuerte Rizón, Angiers y Lakton, así como varias aldehuelas. Cuando le falló la vista, la tarea de leer las misivas y escribir las respuestas recayó sobre la joven.

Bruna infundía respeto incluso a distancia. La mayoría de los Herboristas de la zona habían sido aprendizas suyas en uno u otro momento y le pedían consejo para curar dolencias que estaban más allá de su experiencia y con cada Enviado le llegaban ofertas de enviarle nuevos aprendices, pues nadie deseaba la pérdida de ese caudal de conocimientos a su muerte.

—Soy demasiado vieja para meter en cintura a otra novicia —solía refunfuñar la anciana, y Leesha escribía una negativa muy amable, algo a lo que se había ido acostumbrando.

Todo esto le daba innumerables oportunidades de hablar con los Enviados. La

mayoría de ellos la miraban con lascivia, eso era cierto, pero otros intentaban impresionarla con historias de las Ciudades Libres. Marick era uno de esos.

Es posible que la intención de los Enviados fuera encandilarla y hallar de esa forma un camino para estar entre sus faldas, pero las historias de los Enviados le tocaron la fibra sensible y la muchacha revivía en sueños las imágenes descritas. Sentía un gran deseo de caminar por los muelles de Lakton, ver los grandes campos protegidos de Fuerte Rizón o echar un vistazo a Angiers, la Fortaleza del Bosque, y también deseaba leer sus libros y encontrarse con otros Herboristas. Había otros guardianes del conocimiento del mundo antiguo si ella tenía el valor de ir a buscarlos.

Sonrió en cuanto apareció Marick. Incluso a lo lejos era capaz de reconocer esos andares suyos tan típicos, con las piernas arqueadas después de pasarse la vida entera a lomos de caballo. Él era un angersiano de carnes magras que apenas alcanzaba el metro y setenta y tres centímetros de altura de Leesha, pero todo él emanaba dureza, y la joven no había exagerado al hablar de sus ojos. Recorrían el paisaje con la calma del depredador en busca de amenazas... y de presas.

—¡Eh, Leesha! —la llamó, alzando la lanza en dirección a ella.

La muchacha lo saludó levantando una mano.

—¿De veras te parece necesario llevar eso a plena luz del día? —le contestó, señalando el arma del Enviado.

—¿Y qué hago si aparece un lobo? —replicó Marick con una ancha sonrisa—. ¿Cómo iba a defenderte?

—No se ven muchos lobos por Hoya de Leñadores —repuso ella mientras se acercaba el angersiano, un hombre de cabellos castaños bastante largos y ojos como la corteza de los árboles. No podía negar que era apuesto.

—Pues un oso, entonces —replicó Marick mientras llegaba a la cabaña—, o un león. Existen muchos tipos de depredadores en el mundo —afirmó sin perder de vista el escote de la joven.

—De eso estoy convencida —contestó Leesha mientras se ajustaba el chai para cubrir la carne expuesta.

Marick se carcajeó mientras depositaba en el porche la talega de Enviado.

—Los chales están pasados de moda. Las mujeres de Angiers y de Rizón han dejado de ponérselos.

—En tal caso, apostarí a que visten ropa de cuello alto o sus hombres son más delicados —replicó Leesha.

—Llevan vestido de cuello alto —admitió él con otra risotada mientras le hacía la venia—. Puedo traerte un vestido angersiano de cuello alto —susurró, acercándose más.

—¿Y cuándo iba a tener ocasión de llevarlo? —replicó Leesha al tiempo que se alejaba para no darle al hombre la oportunidad de arrinconarla.

—Ven a Angiers y lúcelo allí —le ofreció el Enviado.

Leesha suspiró.

—Me gustaría —aceptó, quejosa.

—Tal vez tengas la ocasión —repuso él con picardía.

Luego, se inclinó e hizo un gesto con el brazo, indicándole que ella debía entrar primero en la cabaña. Leesha le sonrió y entró, aunque sintió los ojos del hombre fijos en su trasero mientras lo hacía.

Bruna se hallaba ya en su silla cuando entraron ellos. Marick se acercó a ella e hizo una breve inclinación.

—El joven maese Marick —dijo la anciana con voz alegre—. ¡Qué agradable sorpresa!

—Os traigo saludos de la dueña Jizell de Angiers —contestó él—. Os suplica ayuda para un caso complejo.

Echó mano a la talega y extrajo de la misma un pergamino enrollado y atado con un fuerte cordel. Bruna hizo un gesto a Leesha para que se hiciera cargo de la carta y se recostó sobre el respaldo, cerrando los ojos mientras su pupila empezaba a leer.

—«Honorable Bruna, saludos desde Fuerte Angiers en el año 326 d.R.» —empezó Leesha.

—Jizell no paraba de darle a la sinhueso cuando era una aprendiz y ahora escribe igual —le atajó Bruna—. No voy a vivir eternamente. Sáltate el rollo y ve directa al caso.

Leesha leyó a toda prisa la página, le dio la vuelta y revisó el reverso también. Pasó a la segunda hoja antes de encontrar lo que andaba buscando.

—«Una madre llevó al dispensario a su hijo, un niño de diez años con náuseas y debilidad. No presenta ningún otro síntoma ni tiene historial de enfermedades. Le han administrado raíces amargas, agua y reposo absoluto, pero a los tres días le aparecieron sarpullidos en brazos y piernas, y también en el pecho. Le subieron la dosis de raíces amargas a tres onzas durante los siguientes días.

»Los síntomas empeoraron: le subió la calentura y unos forúnculos blancos y duros sustituyeron al sarpullido sin que los bálsamos le hicieran efecto alguno. Enseguida vinieron los vómitos. Le administramos jengibre silvestre y adormidera para el dolor y leche aguada para asentarle el estómago. No tiene apetito. La dolencia no parece contagiosa.»

Bruna permaneció sentada en un mutismo absoluto mientras cavilaba sobre aquellas palabras; después, miró a Marick.

—¿Has visto al niño? —preguntó Bruna.

El Enviado asintió.

—¿Sudaba? —quiso saber la sanadora.

—Sí, y también tenía tiritonas.

Bruna gruñó.

—¿De qué color tenía las uñas?

—Pues del color de las uñas —replicó Marick con una ancha sonrisa.

—Hazte el listillo conmigo y te arrepentirás —le avisó Bruna.

Marick se puso lívido y asintió. La anciana lo interrogó durante varios minutos, refunfuñando de vez en cuando al oír las respuestas. La memoria aguda y las dotes de observación de los Enviados eran de dominio público, por lo cual ella no puso en duda ninguna de sus respuestas. Al final, le ordenó callar mediante un ademán.

—¿Dice alguna otra cosa la carta? —quiso saber.

—Quiere enviarte otra aprendiz —le contestó Leesha. Bruna puso cara de pocos amigos—. «Al igual que tú, según dicen tus cartas, tengo una aprendiz, Vika, que casi ha completado su adiestramiento —leyó Leesha—. Si no estás dispuesta a aceptar una novicia, por favor, considera la posibilidad de realizar un intercambio de alumnas.»

Leesha dio un respingo y Marick esbozó una sonrisa que daba a entender que ya lo sabía.

—No te he dicho que dejes de leer —bramó Bruna.

La joven se aclaró la garganta.

—«Vika es muy prometedora y está bien preparada para atender las necesidades de Hoya de Leñadores así como para atender a la sabia Bruna y aprender de ella. Seguramente, Leesha también podría aprender mucho atendiendo a los enfermos de mi dispensario. Te lo pido por favor, deja que alguien más se beneficie de tu sabiduría antes de que pases a mejor vida.»

Bruna permaneció en silencio durante un largo rato.

—Voy a pensármelo antes de contestar —contestó al cabo de ese tiempo—. Ve a hacer tu ronda por el pueblo, chica. Hablaremos de todo esto a tu regreso. Y tú —continuó, dirigiéndose al Enviado— tendrás una respuesta mañana. Leesha se encargará de pagarte.

El hombre hizo una reverencia y anduvo de espaldas hasta salir de la cabaña mientras Bruna continuaba sentada y con los ojos cerrados. Leesha notó cómo se le aceleraba el corazón, pero era consciente de que más valía no interrumpir a la curandera mientras ella se devanaba los sesos, rebuscando entre las décadas de experiencia acumulada una forma de tratar al niño, por lo cual recogió su cesta y se marchó a hacer su ronda de visitas.

El Enviado la estaba esperando cuando ella abandonó la casita.

—Tú ya sabías lo que decía la carta —lo acusó Leesha.

—Por supuesto —admitió Marick—. Estaba presente cuando Jizzel la escribió.

—Y no me dijiste nada —replicó la joven.

Marick esbozó una enorme sonrisa.

—Te ofrecí un vestido de cuello alto —repuso—, y la oferta sigue en pie.

—Ya veremos —dijo ella, sonriente, y le tendió una bolsita con monedas—. Ten, tu pago.

—Preferiría que me pagaras con un beso —repuso él.

—Me adulas diciendo que mis besos valen más que el oro —replicó la aprendiz—, y temo decepcionarte.

Marick soltó una risotada.

—Cielo, si recorriera el camino de ida y vuelta a Angiers, desafiando a los demonios de la noche, y regresara sin otra compensación que un beso tuyo, sería la envidia de todos los Enviados que han pasado alguna vez por Hoya de Leñadores.

—Bueno, pues en ese caso, creo que voy a guardarme los besos un poco más con la esperanza de que suban de precio —replicó ella entre risas.

—Ay, me hieres en lo más hondo —soltó Marick, llevándose la mano al corazón. Leesha le arrojó el monedero y él lo tomó al vuelo con destreza.

—¿Puedo tener al menos el honor de escoltar a la Herborista hasta el pueblo? —preguntó con una sonrisa.

Hizo una reverencia y le ofreció el brazo para que ella lo cogiera. Leesha sonrió sin querer.

—En este pueblo no vamos tan deprisa —repuso mientras observaba el brazo—, pero siempre puedes llevarme la cesta.

Le colgó el canasto de mimbre sobre la extremidad extendida y se encaminó hacia la localidad, dejándolo a sus espaldas, mirándola fijamente.

El mercado de Smitt era un hervidero de gente cuando llegaron. A Leesha le gustaba elegir a primera hora, antes de que los mejores productos se hubieran terminado, y hacer su pedido a Dug el carnicero antes de hacer su ronda de visitas.

—Buenos días, Leesha —saludó Yon el Gris, el hombre más anciano de Hoya de Leñadores, cuya barba gris, más larga que la melena de una mujer, constituía un motivo de orgullo para él. Yon había sido un vigoroso leñador, pero había perdido buena parte de su corpulencia en los últimos años y ahora andaba pesadamente, apoyado en su bastón.

—Buenos días, Yon —replicó—, ¿cómo van esas articulaciones?

—Todavía me duelen —contestó Yon—, especialmente las manos. Algunos días apenas si puedo coger el bastón.

—Pues aun así, no parece tener problema en pellizcarme cada vez que me doy la vuelta —observó ella.

Yon se rió con socarronería.

—Para un viejo como yo, chiquilla, eso merece cualquier dolor.

La Herborista metió la mano en la cesta y sacó de la misma una jarrita.

—Entonces, está bien que te haya preparado algo de unguento. Me has ahorrado el viaje de llevártelo.

Yon sonrió burlonamente.

—Puedes venir a traérmelo siempre que quieras, y ayudarme a ponérmelo... —dijo con un guiño.

Yon era un viejo verde, pero le caía bastante bien. Convivir con Bruna le había enseñado que las excentricidades de la edad eran un precio pequeño por haber tenido toda una vida de buenas experiencias.

—Vas a tener que arreglártelas por tu cuenta, me temo —repuso ella.

—¡Bah! —Yon hizo oscilar su bastón con simulada indignación—. Bueno, tú piénsatelo —dijo; dirigió una mirada a Marick antes de marcharse e inclinó la cabeza en señal de respeto—. Enviado.

Marick le devolvió el asentimiento y el viejo leñador se marchó.

Todos los presentes en el mercado tenían una palabra de saludo para Leesha y ella se detenía para preguntarles por su salud, pues allí siempre estaba de trabajo, incluso mientras iba de compras.

Aunque ella y Bruna obtenían bastante dinero gracias a la venta de pajuelas de azufre y cosas por el estilo, nadie le pediría ni un klat por sus encargos. Bruna no cobraba nada por sus servicios y nadie le pedía nada a ella.

Marick mantuvo una proximidad protectora mientras ella apretaba la fruta y estudiaba las verduras con mano experta. Él atrajo algunas miradas, pero la joven pensó que eso se debía más a que la acompañaba a ella que a la presencia de un extranjero en el mercado, pues era bastante común tener Enviados en Hoya de Leñadores.

Leesha vio por el rabillo del ojo a Keet, el hijo de Stefny, pero no de Smitt. El muchacho estaba a punto de cumplir los once años y cada vez se parecía más al Pastor Michel. Stefny había mantenido su parte del trato durante todos esos años y no había vuelto a hablar mal de la chica desde que era una aprendiz. El secreto de Stefny estaba a salvo en cuanto a Bruna correspondía, pero ella se hacía cruces pensando en cómo no podía ver Smitt la verdad todas las noches a la hora de la cena.

Lo llamó mediante señas y el muchacho acudió a la carrera.

—Entrega esta bolsa a Bruna cuando te lo permitan tus quehaceres —dijo, entregándole cuanto había elegido. Le dedicó una sonrisa y le puso con disimulo un klat en la mano.

Keet sonrió de oreja a oreja al recibir la propina. Los adultos jamás aceptaban dinero de una Herborista, pero Leesha siempre se las arreglaba para dar a hurtadillas

alguna que otra moneda a los niños cuando le prestaban algún servicio. La moneda de madera lacada de Angiers era de curso legal en Hoya de Leñadores y le permitiría a Keet y a sus hermanos comprar dulces de Rizón cuando pasara el próximo Enviado.

Vio a Mairy cuando estaba a punto de marcharse y se acercó para saludar a su amiga, muy ocupada con el transcurso de los años. Ahora, tres niños se le aferraban a las faldas. Un joven soplador de vidrio llamado Benn se había marchado de Angiers para buscarse la vida en Lakton o en Fuerte Rizón. Se había detenido en el pueblo para ejercer su oficio y sacarse unos pocos klats antes de seguir camino, pero entonces conoció a Mairy y todos esos planes se diluyeron como azúcar en el té.

Ahora, Benn ejercía su oficio en el granero del padre de Mairy y el negocio iba viento en popa. Compraba sacos de arena a los Enviados procedentes de Fuerte Krasia y los ponía a la venta convertidos en objetos funcionales y hermosos. Hoya de Leñadores jamás había contado con un soplador y ahora todo el mundo quería tener objetos de cristal hechos allí.

Leesha también estaba muy complacida por el discurrir de los acontecimientos y no tardó en poner a Benn a fabricar los delicados componentes de destilación descritos en los libros de Bruna, que le permitían filtrar toda la fuerza de las hierbas y preparar las curas más potentes que jamás se habían visto en el lugar.

Benn y Mairy se casaron enseguida y no pasó mucho tiempo antes de que Leesha estuviera sacando el primer niño de entre las piernas de Mairy. Dos más lo siguieron en breve lapso de tiempo. Se echó a llorar cuando la feliz pareja llamó Leesha a la más joven en su honor.

—Buenos días, briboncillos —saludó Leesha mientras se acuclillaba y dejaba que los hijos de Mairy se arrojaran a sus brazos. Ella los abrazó y los besó, y les deslizó dulces envueltos en papel antes de levantarse. Eran unos dulces de fabricación casera, otra cosa que había aprendido de Bruna.

—Buenos días, Leesha —dijo Mairy, y la saludó con una pequeña reverencia.

Leesha le torció el gesto un poco. Las dos habían sido amigas íntimas durante años, pero ella la miraba de forma diferente desde que lucía el mandil lleno de bolsillos, y no había forma humana de cambiar eso. Ese gesto de cortesía parecía profundamente arraigado.

Aun así, Leesha cultivaba la amistad de Mairy como un tesoro. Saira acudía a escondidas hasta la cabaña de Bruna para pedirle tisana de balaustia, pero ahí terminaba su relación. A juzgar por lo que oía decir a las mujeres del pueblo, Saira estaba muy entretenida, pues se suponía que la mitad de los hombres del pueblo llamaban a su puerta en una u otra ocasión, y ella disponía siempre de más dinero del que podía reportar su trabajo y el de su madre como costureras.

Brianne era incluso peor en todos los sentidos. No le había dirigido la palabra en los últimos siete años, pero siempre tenía una maledicencia contra ella hablara con

quien hablase. Acudía a Darsy para sus necesidades médicas y el resultado de sus devaneos con Evin había sido un abultado vientre. El Pastor Michel la presionó hasta que acabó por dar el nombre del padre, Evin, para no enfrentarse sola a todo el pueblo.

Evin acabó desposándola con la horqueta del padre en la espalda y flanqueado por los hermanos de ella, y desde entonces se había consagrado a la tarea de hacer un infierno de su vida y de la de su hijo, Callen.

Brianne había demostrado ser una buena madre y una esposa capaz,, pero jamás perdió el peso ganado durante el embarazo y Leesha sabía de primera mano la facilidad con que a Evin se le iban los ojos, y las manos, a otras mujeres. Las malas lenguas aseguraban que era uno de los que llamaba con más frecuencia a la puerta de Saira.

—Buenos días, Mairy —dijo—. ¿Conoces al Enviado Marick?

Leesha se volvió para presentar al hombre y descubrió que ya no estaba detrás de ella.

—Oh, no —se lamentó al verle frente a frente con Gared al otro lado del mercado.

Gared era más grande que cualquier otro hoyense, salvo su padre, a los quince años, pero ahora, con veintidós, era un verdadero gigante de dos metros de músculos endurecidos por el ejercicio continuo de la tala. Se rumoreaba que por sus venas corría sangre milnesa, pues ningún angersiano había alcanzado nunca semejante tamaño.

Las nuevas de su mentira se habían extendido por toda la villa y desde entonces las chicas habían mantenido las distancias, temerosas de quedarse a solas con él. Quizás era ése el motivo por el cual todavía deseaba a Leesha, tal vez por eso se había vuelto tan desconsiderado; pero Gared no había aprendido las lecciones del pasado y su ego había crecido a la par que sus músculos, y ahora se había convertido en el matón que todos habían supuesto. Los chicos que antes lo martirizaban ahora temblaban nada más oír su voz y si con ellos era una pesadilla, se convertía en un demonio para quien tuviera el poco seso de ponerle los ojos encima a Leesha.

El gigantón la esperaba tranquilo y se comportaba como si Leesha fuera a recuperar el sentido común algún día y comprendiera que le pertenecía a él. Cualquier intento de convencerlo de lo contrario se encontraba siempre con una estúpida obstinación.

—Tú no eres de por aquí —le oyó ella decir a Gared mientras le palmeaba el hombro con fuerza—, así que tal vez no sepas que Leesha está comprometida.

Se alzó sobre el Enviado como un adulto sobre un niño, pero el forastero no se achantó ni se movió a pesar de los codazos del gigantón. La joven rezó para que Marick tuviera el sentido común de no entablar combate, pero todas sus esperanzas

desaparecieron cuando el angersiano replicó:

—No según ella.

Leesha empezó a avanzar hacia ambos, pero ya se había formado un corrillo de gente alrededor de los dos hombres, negándole el acceso hasta ellos. Le habría gustado tener el cayado de Bruna para haber despejado el camino.

—¿Te ha hecho alguna promesa, Enviado? —inquirió Gared—. También a mí.

—Eso he oído —replicó el hombre—, y también me han dicho que eres el único bobalicón del pueblo en creer que esas palabras valen más que un meado de abismal después de que tú la traicionaras.

Gared bramó e hizo ademán de agarrar al forastero, pero éste era más rápido y se hizo a un lado con facilidad al tiempo que alzaba la lanza para golpear con la contera de la misma entre los ojos del leñador. Luego, efectuó un movimiento rápido con el arma a fin de golpear al gigantón entre las piernas cuando retrocedía, haciéndole caer de espaldas.

Seguro de sí mismo, Marick dejó caer el arma sobre el suelo sin quitarle de encima esos fríos ojos lobunos suyos.

—Podía haber usado la punta —le avisó—. Harías bien en recordar que Leesha habla por sí misma.

Todos los hoyenses arremolinados alrededor estaban boquiabiertos, pero Leesha no cesó en sus esfuerzos de avanzar hacia delante, pues conocía al leñador y sabía que aquello no había terminado.

—¡Detened esta estupidez! —gritó.

Marick la miró, y Gared aprovechó la ocasión para aferrar la contera de la lanza. El angersiano centró en él toda su atención y sujetó el arma con ambas manos para tirar y liberarla.

Eso era lo último que debía haber hecho, pues Gared tenía la fuerza de un demonio del bosque, e incluso tendido boca abajo no tenía rival. Los músculos de sus brazos fibrosos se flexionaron y Marick se encontró pronto volando por los aires.

Gared se levantó y partió en dos la lanza de dos metros como si fuera una ramita.

—Veamos cómo peleas cuando puedes esconderte detrás de una lanza —desafió mientras arrojaba al suelo las mitades del arma rota.

—¡Gared, no! —chilló Leesha en cuanto logró apartar al último de los espectadores.

La joven lo agarró del brazo. Él la empujó a un lado sin apartar la vista del Enviado y ese movimiento tan simple la envió dando tumbos contra el gentío congregado, donde tropezó con Dug y Niklas, y los tres cayeron al suelo en una maraña de cuerpos.

—¡Alto! —gritó en vano la muchacha mientras forcejeaba por ponerse de pie.

—No te tendrá ningún hombre —afirmó el gigantón—. O serás mía o acabarás

siendo una vieja solitaria y consumida como Bruna.

El leñador se acercó a Marick, quien apenas había logrado incorporarse, y lanzó uno de sus enormes puños contra el Enviado, pero éste volvió a anticiparse y esquivó el golpe con facilidad, acertando a asestarle dos rápidos puñetazos a su enemigo y se echó hacia atrás, lejos del alcance de su adversario cuando éste, enfurecido, giró el tronco para golpearlo.

Gared no dio muestra alguna de haber notado los puñetazos y los contendientes repitieron el intercambio de golpes, pero en esta ocasión el angiersiano alcanzó al leñador en la nariz. Se carcajeó cuando empezó a sangrar por las fosas nasales y se la sacó de la boca a escupitajos.

—¿No sabes hacerlo mejor? —preguntó.

Marick gruñó y lanzó semejante chaparrón de puñetazos que el grandullón no pudo seguirle el ritmo, ni siquiera lo intentó: apretó los dientes y capeó el temporal lo mejor posible. El rostro se le puso rojo de rabia.

El Enviado se retiró al cabo de unos momentos y adoptó una felina postura de combate con los puños en alto y el cuerpo preparado. Tenía los nudillos despellejados y respiraba pesadamente. Gared parecía notar poco el castigo recibido y por vez primera se apreció el miedo en los ojos lobunos de Marick.

—¿Esto es todo? —preguntó el leñador mientras avanzaba otra vez.

El Enviado fue otra vez a por su enemigo, pero esta vez no se movía con la misma rapidez. Golpeó al leñador una vez, y otra más, pero entonces los gruesos dedos de Gared hallaron asidero en el hombro del forastero y le sujetaron con fuerza. El Enviado intentó echarse atrás para quedar fuera de su alcance, pero lo había agarrado bien.

Gared le hundió el puño en el estómago, sacándole todo el aire, para golpearlo de nuevo, esta vez en la cabeza. Marick se desplomó sobre el suelo como un saco de patatas.

—Ya no andas tan chulito, ¿eh? —rugió el grandullón.

Marick se puso a cuatro patas en un intento de levantarse, pero el leñador le pateó el estómago, derribándolo de espaldas.

Leesha salió veloz como una flecha en ese instante, cuando Gared se había arrodillado sobre Marick y le propinaba duros puñetazos.

—¡Leesha es mía! —bramó—. Quienquiera que diga otra cosa va a...

Se calló a mitad de frase cuando recibió en pleno rostro el puñado de polvos cegadores de Bruna que le arrojó Leesha. Gared tenía la boca abierta y los inhaló sin poderlo evitar, chillando mientras le quemaban los ojos y la garganta. El polvo le inundó las fosas nasales y sintió como si le quemaran la piel con agua hirviendo. Cayó al suelo, donde rodó con la respiración agitada y arañándose la cara.

Leesha era consciente de haber usado mucho polvo. Una pizca habría sido capaz

de detener a la mayoría de los hombres, pero un puñado era una dosis capaz de causar la muerte de la víctima, que moría ahogada por sus propias flemas.

Ella torció el gesto y pasó delante de los espectadores, boquiabiertos, a fin de tomar el cubo de agua usado por Stefny para lavar las patatas. Lo vertió encima de Gared y enseguida cesaron las convulsiones. El gañán iba a estar ciego unas cuantas horas, pero Leesha ya no iba a tener esa muerte sobre su conciencia.

—Nuestros votos quedan rotos ahora y para siempre —le dijo ella—. Nunca seré tu esposa, incluso aunque eso signifique morirme sola y consumida. ¡Antes me casaría con un abismal!

Gared gimió sin dar señal de haberla oído.

Ella se acercó a Marick, se arrodilló junto a él y lo ayudó a levantarse. Tomó un trapo limpio y le limpió la sangre del rostro, que ya empezaba a hincharse y amoratarse.

—Supongo que entre los dos le hemos enseñado lo que es bueno, ¿eh? —comentó el Enviado, riendo débilmente entre dientes. El dolor le crispó el rostro.

Leesha vertió en una tela un poco del alcohol puro que Smitt destilaba en el sótano.

—¡Aaaayyyyy! —gritó Marick, jadeante, en cuanto le tocó con el trapo humedecido.

—Te está bien empleado —le espetó Leesha—. Podrías haber evitado esta pelea perfectamente y deberías haberlo hecho, con independencia de que pudieras o no ganarla. No necesito tu protección y es poco probable que vaya a dar mi afecto a un hombre que piensa que pelearse con unos y con otros es la manera de obtener el favor de una Herborista.

—Pero si empezó él —protestó el angersiano.

—Me decepciona usted, maese Marick —replicó ella—. Pensaba que los Enviados eran más espabilados.

Él bajó los ojos.

—Llévalo a su cuarto en la posada de Smitt —ordenó Leesha a los hombres que había por allí. Ellos se apresuraron a obedecerla, como hacía casi todo el mundo en Hoya de Leñadores en aquel tiempo—. Si sales de la cama antes de mañana por la mañana, me enteraré y entonces voy a enfadarme aún más contigo.

Marick esbozó una débil sonrisa mientras los lugareños lo ayudaban a retirarse.

Leesha regresó a por su cesta de hierbas.

—¡Qué bien te las has arreglado! —dijo Mairy con voz entrecortada.

—Sólo ha sido una estupidez a la que había que poner freno —le espetó Leesha.

—¿Sólo...? —preguntó Mairy—. Dos hombres se ponen a pelear como toros y tú impides la lucha con un simple puñado de hierbas...

—Es fácil causar daño con las hierbas. Lo difícil es sanar con ellas —contestó

Leesha.

Se sorprendió al descubrir en sus labios las palabras de Bruna.

Leesha terminó su ronda de visitas y se encaminó a la choza de Bruna cuando el sol había pasado su cénit hacía tiempo.

—¿Cómo están los niños? —le preguntó Bruna en cuanto dejó en el suelo su cesta de mimbre. Leesha sonrió. Todos los habitantes de Hoya de Leñadores eran niños a los ojos de la anciana.

—Bastante bien —respondió ella mientras acudía a sentarse en un taburete bajo próximo al sillón de Bruna para que la anciana pudiera verla con claridad—. Yon el Gris aún se resiente de las articulaciones, pero tiene la mente tan... joven como siempre. Le he dado bálsamo recién hecho. Smitt sigue en cama, pero tose menos. Creo que ha pasado lo peor.

Leesha continuó describiéndole las visitas mientras la Herborista asentía en silencio. Si debía efectuar algún comentario, como tenía por costumbre, ya lo interrumpiría.

—¿Eso es todo? —preguntó Bruna—. ¿Y qué me dices de toda esa conmoción ocurrida en el mercado esta mañana de la que me ha hablado el joven Keet?

—¿Conmoción? Estupidez lo definiría mejor.

Bruna descartó la idea con un gesto de la mano.

—Los chicos siempre serán chicos, incluso cuando se hagan hombres —respondió ella—. Parece que lo resolviste bastante bien.

—Podían haberse matado el uno al otro.

—Venga, vamos —repuso Bruna—. No eres la primera chica guapa por la que se pelean dos hombres. Quizá no te lo creas, pero cuando yo tenía tu edad, también quedaron pocos huesos intactos por mi culpa.

—Tú nunca tuviste mi edad —bromeó Leesha—. Yon el Gris dice que te llamaban «arpía» desde que él aprendió a caminar.

La anciana soltó una carcajada socarrona.

—Eso hicieron, eso hicieron —concedió ella—, pero hubo un tiempo, antes de eso, cuando tenía los pechos tersos y llenos como los tuyos, en que los hombres luchaban como abismales por ellos.

Leesha miró intensamente a la Herborista e intentó quitarle años de encima para imaginar su aspecto de joven, pero era un esfuerzo baldío. Incluso con todas las exageraciones e historias inducidas por el opio acerca de su edad, Bruna al menos había rebasado el siglo. Ella jamás daba una respuesta exacta y se limitaba a contestar «dejé de contar cuando llegué a cien» a cualquiera que le presionase a ese respecto.

—En todo caso —comentó la joven—, aunque Marick tenga la cara un tanto

hinchada, no hay motivo para que no pueda recorrer los caminos mañana.

—Eso está bien —repuso Bruna.

—¿Tienes ya una cura para el niño a cargo de la dueña Jizell? —quiso saber Leesha.

—Si fueras tú, ¿qué le aconsejarías hacer con el pequeño? —replicó la anciana.

—No estoy segura de saberlo —contestó la aprendiz.

—¿De veras? —saltó Bruna—. ¿Cómo que no estás tan segura? Venga, vamos, ¿qué le dirías a Jizell si estuvieras en mi lugar? Y no finjas que no le has dado vueltas al caso.

Leesha inspiró hondo.

—El preparado de raíces amargas no le sienta bien al muchacho. Deben retirárselo. También han de sajarle los forúnculos y drenárselos. Por supuesto, eso todavía deja pendiente la enfermedad original. La fiebre y la náusea podrían hacer pensar en un simple resfriado, pero los ojos dilatados y los vómitos indican algo más. Yo probaría con hojas de álipo, pulmonaria y corteza molida del árbol de la víbora administradas con cuidado durante al menos una semana.

Bruna la contempló durante un buen rato y asintió al cabo del mismo.

—Haz el equipaje y despídete de todos —contestó—. Vas a darle ese consejo a Jizell tú misma en persona.

En el camino a Angiers

326 d.R.

Erny subía el sendero hasta la casa de Bruna todas las tardes sin falta. Había seis Protectores en la localidad, y cada uno tenía un aprendiz, pero él no confiaba la seguridad de su hija a ninguno de ellos. De todos era sabido que el pequeño papelero era el mejor Protector de Hoya de Leñadores.

A menudo traía regalos obtenidos por sus Enviados en lugares remotos, como libros, hierbas o encajes hechos a mano, pero Leesha no esperaba con tantas ganas sus visitas por los presentes. Ella dormía mucho mejor protegida por su padre y verlo feliz durante los últimos siete años había sido el mejor de los regalos. Todavía sentía pesar por causa de Elona, por supuesto, pero no con la intensidad de antaño.

Sin embargo, hoy, mientras observaba cómo el sol surcaba los cielos, ella se descubrió temiendo la visita paterna, pues la noticia iba a herirlo en lo más hondo.

Y también a ella, pues Erny había sido una fuente de apoyo y amor sobre la que apoyarse cuando todo se le torcía. ¿Qué iba a hacer en Angiers sin él y sin Bruna? ¿Habría allí alguien capaz de ver más allá de su mandil con bolsillos?

Pero fueran cuales fuesen sus temores sobre la soledad de la vida en Angiers, no eran nada en comparación con su mayor pánico: que no quisiera volver a Hoya de Leñadores nunca más después de haber probado el sabor de un mundo mayor.

No se percató de que había estado llorando hasta que vio a su progenitor ascendiendo el empinado sendero. Se secó los ojos y puso la mejor sonrisa para él mientras alisaba la falda, hecha un manojito de nervios.

—¡Leesha! —la llamó su padre, extendiendo los brazos.

Ella se dejó abrazar, llena de gratitud, sabedora de que tal vez ésa fuera la última vez que pudieran llevar a cabo su pequeño ritual.

—¿Va todo bien? —preguntó Emy—. He oído hablar de cierto alboroto en el mercado.

Había pocos secretos en un lugar tan pequeño como Hoya de Leñadores.

—Todo va bien. Me hice cargo de todo.

—Tú te haces cargo de todo en el pueblo, Leesha —dijo Erny al tiempo que la abrazaba con más fuerza—. No sé qué haría yo sin ti.

Leesha comenzó a lloriquear.

—Vamos, vamos, nada de eso —dijo él, tomando una gota de sus mejillas con el

dedo índice y enjugándosela—. Seca esas lágrimas y guárdatela. Voy a revisar los grafos y luego podremos hablar de tus preocupaciones sobre un cuenco de tu delicioso estofado.

Leesha sonrió.

—¿Mamá sigue quemando la comida? —preguntó la muchacha.

—Y cuando no, es peor: todavía se mueve —convino Erny.

Leesha se echó a reír, dejando que su padre revisara todas las protecciones mientras ella ponía la mesa.

—Voy a irme a Angiers —anunció Leesha cuando hubieron dado buena cuenta del contenido de los cuencos— para estudiar con una de las antiguas alumnas de Bruna.

Erny permaneció en silencio durante largo rato.

—Ya veo —comentó finalmente—. ¿Cuándo te marchas?

—En cuanto se marche Marick —respondió la joven—: mañana.

Erny negó con la cabeza.

—Ninguna hija mía se va a pasar una semana en campo abierto a solas con un Enviado. Voy a contratar una caravana. Será más seguro.

—Estaré a salvo de los demonios, papá —replicó Leesha.

—No son sólo ellos quienes me preocupan —repuso él, lanzándole una clara indirecta.

—Puedo manejar al Enviado Marick —le aseguró ella.

—Mantener a raya a un hombre en la oscuridad de la noche no es lo mismo que impedir una reyerta en el mercado —replicó Erny—. No puedes cegar a un Enviado si quieres tener una oportunidad de salir con vida del camino. Dame sólo unas semanas, te lo ruego.

Ella meneó la cabeza.

—Hay un niño a quien debo tratar de forma inmediata.

—En tal caso, te acompañaré —repuso él.

—No harás nada de eso, Erny —le cortó Bruna—. Leesha ha de hacer esto por sus propios medios.

El hombre miró a la anciana, y las miradas de ambos se enzarzaron en un choque de miradas y voluntades, pero no había voluntad más firme que la de Bruna en todo Hoya de Leñadores, y al final, él acabó por mirar hacia otro lado.

La joven acompañó a su padre al exterior no mucho después. Él no deseaba irse y ella no quería que se marchara, pero el cielo se había entintado e iba a verse obligado a volver al trote para llegar a casa sano y salvo.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —preguntó Erny, aferrando la baranda del

porche y clavando la mirada en dirección a Angiers.

La joven se encogió de hombros.

—Eso va a depender de cuánto pueda enseñarme la dueña Jizell y cuánto necesite aprender Vika, la pupila que envía aquí. Serán un par de años por lo menos.

—Supongo que si Bruna puede pasarse sin ti tanto tiempo, yo también —respondió Erny.

—Prométeme que revisarás sus protecciones en mi ausencia —le pidió ella, tocándole el brazo.

—Por supuesto —le aseguró Erny, que se volvió para abrazarla.

—Te quiero, papá.

—Y yo a ti, tesoro —repuso él, estrechándola entre sus brazos—. Te veré por la mañana —prometió antes de bajar por el camino en sombras.

—A tu padre no le falta razón —dijo Bruna cuando Leesha regresó al interior.

—¿Por qué lo dices? —inquirió la aprendiz.

—Los Enviados son hombres como los demás —le previno la anciana.

—De eso no me cabe la menor duda —contestó Leesha, recordando la riña en el mercado.

—El joven maese Marick tal vez sea todo encanto y sonrisas ahora —continuó Bruna—, pero tendrá su oportunidad una vez que estés en el camino, da igual cuál sea tu deseo, y cuando lleguéis a la Fortaleza del Bosque, Herborista o no, será la palabra de una jovencita contra la de un Enviado.

Leesha sacudió la cabeza.

—Él tendrá lo que yo le dé, y nada más —contestó ella.

Bruna entornó los ojos y refunfuñó, satisfecha de que su aprendiz fuera prudente ante el peligro.

Se oyó un golpe en la puerta con las primeras luces del alba. Al abrir, Leesha encontró fuera a su madre, Elona, que no había acudido a la cabaña desde que fue expulsada de allí cuando Bruna la había echado con su bastón. Su rostro parecía un cielo lleno de nubarrones de tormenta cuando la empujó y entró en la habitación.

Elona estaba a principios de la cuarentena y tal vez habría sido todavía la mujer más hermosa de la aldea de no haber sido por su hija, aunque no la humillaba ser un otoño frente al verano de Leesha. Tal vez cediera ante su esposo a regañadientes, pero ante todos los demás se comportaba como si fuera una duquesa.

—¿No te basta con arrebatarme a mi hija que ahora quieres enviarla lejos? —inquirió.

—Que también tú tengas buenos días, Madre —dijo Leesha mientras cerraba la puerta.

—¡Mantente fuera de esto! —dijo Elona con brusquedad—. Esa bruja te ha sorbido el seso.

Bruna rompió a reír con socarronería encima del cuenco de gachas. Leesha se interpuso entre las dos en el preciso momento en que la sanadora apartó un cuenco sólo vacío hasta la mitad y se secaba los labios con la manga antes de replicar.

—Termina de desayunar —le ordenó Leesha, poniéndole el cuenco delante de golpe, y encarándose con Elona—. Me voy porque es mi voluntad, Madre, y a mi regreso traeré técnicas de curación que no se han visto en Hoya de Leñadores desde que Brunna era joven.

—¿Y cuánto tiempo va a ser esta vez? —inquirió Elona—. Ya has malgastado tus mejores años de fertilidad con la nariz metida en esos polvorientos libros.

—¿Mis mejor...? —tartamudeó la muchacha—. Madre, apenas tengo veinte años.

—¡Exactamente! —chilló Elona—. Ya deberías tener tres hijos a estas alturas, como esa espantajo amiga tuya. Te he visto sacar bebés de todos los vientres de la aldea menos del tuyo.

—Al menos, ha tenido la prudencia de no marchitar el suyo pasándose con la infusión de balaustia —murmuró Brunna.

Leesha se revolvió hacia ella y le espetó:

—¡Que te termines esas gachas, te digo!

La anciana puso unos ojos como platos. Pareció estar a punto de replicar, pero luego, entre refunfuños, centró su atención otra vez en el cuenco.

—No soy una yegua de cría, Madre —declaró la joven—. Hay en mí más vida que para limitarme a ser eso.

—¿Limitarte a eso? ¿Acaso hay algo más importante? —retrucó Elona.

—Lo ignoro —admitió su hija con franqueza—, pero lo sabré en cuanto lo encuentre.

—Y entre tanto vas a dejar el cuidado de Hoya de Leñadores a un cría a la que no has visto en la vida y a la torpona de Daisy, que estuvo a punto de matar a Ande y a media docena más desde entonces.

—Es cosa de unos pocos años —arguyó Leesha—. Te has pasado toda la vida llamándome «inútil», y ahora ¿he de creer que el pueblo no puede pasarse sin mí unos años de nada?

—¿Y qué pasaría si te ocurriera algo a ti? —le planteó Elona—. ¿Qué haría yo si un abismal te despedazara en el camino?

—¿Qué harías tú? —replicó Leesha—. Durante los últimos siete años no me has dirigido la palabra, salvo para presionarme a fin de que perdonara a Gared. Ya no sabes nada sobre mí, Madre. No te has molestado en saberlo, así que no pretendas ahora que mi muerte sería una gran pérdida para ti. Si tantísimo deseas sostener en las rodillas un hijo de Gared, ¿por qué no lo engendras tú misma?

Elona abrió los ojos con desmesura y reaccionó de inmediato, exactamente igual que cuando Leesha era una niña obstinada.

—Te prohíbo decir eso —le gritó mientras hacía ademán de abofetear el rostro de Leesha con la mano abierta.

Pero Leesha ya no era una niña, tenía el tamaño de su madre y era más fuerte y rápida. Atrapó en el aire la muñeca de Elona y se apresuró a sujetarla.

—Los días en que tus palabras tenían peso para mí han terminado, Madre —sentenció la muchacha.

Elona intentó zafarse, pero Leesha la retuvo un poco, sólo para demostrarle que era capaz de hacerlo, y al final la liberó. Elona se frotó la muñeca y miró con desdén a su hija.

—Algún día volverás y entonces será mucho peor para ti —juró—. ¡Recuerda mis palabras!

—Tengo la impresión de que ha llegado el momento de que te vayas, Madre —dijo Leesha, abriendo la puerta en el momento en que Marick alzaba la mano para llamar.

Elona soltó un gruñido y salió en estampida junto a él para luego bajar el sendero con grandes zancadas.

—Pido disculpas si soy inoportuno —empezó el Enviado—, pero vengo a por la respuesta de Bruna para la dueña Jizell. Me propongo salir para Angiers a media mañana.

Leesha estudió el rostro del hombre. Tenía amoratada la mandíbula, pero la piel morena lo disimulaba bien y las hierbas que le había aplicado al ojo y al labio partido habían reducido la hinchazón.

—Pareces haberte recobrado bastante bien.

—En mi trabajo llegan lejos quienes sanan deprisa —repuso Marick.

—Bueno, entonces ve a por tu montura y regresa en una hora —le contestó Leesha—. Daré la respuesta de Bruna yo misma.

Marick esbozó una ancha sonrisa.

—**E**l viaje te vendrá bien —le aseguró Bruna cuando por fin se quedaron a solas—. Hoya de Leñadores ya no tiene más desafíos para ti, y eres demasiado joven para anquilosarte.

—Si piensas que lo de mi madre no era un desafío, es que no has prestado atención —repuso la muchacha.

—Un desafío, tal vez, pero no hay duda alguna sobre el resultado. Te has hecho demasiado fuerte para quienes son como Elona.

«Fuerte —pensó—. ¿En eso me he convertido?» No se sentía así la mayor parte

del tiempo, pero era cierto: ya no la asustaban ninguno de los hoyenses.

Leesha reunió sus bolsas, pequeñas y de aspecto inadecuado, unos pocos vestidos, libros, algo de dinero, la bolsa de las hierbas, un saco de dormir y comida. Se dejó atrás sus objetos valiosos: regalos de su padre y otras posesiones muy queridas, pero los Enviados viajaban de prisa y Marick no iba a tomarse nada bien que le sobrecargara el caballo. Bruna había dicho que Jizell le proveería de todo durante el periodo de aprendizaje, pero aun así, le parecía demasiado poco para empezar una nueva vida.

«Una nueva vida.» La idea resultaba abrumadora, pero también la entusiasmaba. Leesha había leído todos los libros de la colección de Bruna, pero Jizell tenía muchos más, y era probable que ocurriera otro tanto con las demás Herboristas de Angiers, si es que lograba persuadirlas para que los compartieran con ella.

Pero aun así, sintió que le faltaba el aire cuando se acercaba el momento del viaje. ¿Dónde estaba su padre? ¿No iba a acudir para verla partir?

—Es casi la hora —dijo Bruna. Cuando levantó los ojos, Leesha se dio cuenta de que los tenía llenos de lágrimas—. Será mejor que nos despedamos ahora —dijo la anciana—, pues es bastante probable que no tengamos otra oportunidad.

—¿Qué estás diciendo, Bruna? —inquirió la aprendiz.

—No te hagas la tonta conmigo, niña —repuso la Herborista—, Sabes a qué me refiero: he vivido la parte de vida que me tocaba al menos dos veces, pero no voy a durar para siempre.

—No tengo por qué irme, Bruna —ofreció Leesha.

—¡Bah! —rechazó ella con un ademán de la mano—. Ya dominas todo cuanto soy capaz de enseñarte, muchacha, así que deja que estos años sean mi último regalo para ti. Ve —la instó—, mira y aprende cuanto puedas.

Bruna le tendió los brazos y Leesha se arrojó a los mismos.

—Prométeme que cuidarás de mis niños cuando yo me haya ido. Quizá sean bobos y tozudos, pero, por oscura que sea la noche, sigue brillando la bondad en ellos.

—Lo haré —prometió la joven—, haré que te enorgullezcas de mí.

—Jamás podrías hacerlo de otra forma —repuso la anciana.

Leesha sollozó sobre el basto chal de su maestra.

—Estoy asustada, Bruna.

—Si no lo estuvieras, serías necia —contestó ésta—, pero he visto una buena parte de este mundo con mis propios ojos y no hay en él nada que no seas capaz de manejar.

Marick guió a su montura sendero arriba no mucho después. El Enviado empuñaba una lanza nueva y un escudo protegido con grafos colgaba de su arzón. Si tenía dolores a causa de la tunda recibida el día anterior, no lo demostraba.

—¡Eh, Leesha! —la llamó en cuanto la tuvo a la vista—. ¿Lista para comenzar tu aventura?

«Aventura.» La palabra erradicó las penas y el miedo, haciéndola estremecer.

Marick tomó las bolsas de Leesha y las colocó en lo alto del flaco corcel angersiano mientras la muchacha se volvía hacia Bruna una última vez.

—Soy demasiado vieja para estas despedidas que duran medio día —le dijo Bruna—. Cuídate, chiquilla.

La anciana le puso una bolsita en las manos y Leesha distinguió el tintineo de las monedas milnesas, una auténtica fortuna en Angiers. Bruna se volvió y se refugió en el interior de la cabaña sin darle tiempo a protestar.

La pupila se la guardó enseguida, pues la visión de monedas metálicas podía despertar la codicia de cualquier hombre, incluido un Enviado. Éste y la aprendiz descendieron el camino, cada uno a un lado del sendero, en dirección al pueblo, donde el camino principal conducía a Angiers. Leesha llamó a su padre cuando pasaron por delante de su casa, pero no hubo respuesta alguna. Elona los vio pasar y se metió dentro, cerrando la puerta tras ella de un portazo.

Leesha hundió la cabeza afligida, pues había contado con ver a su padre una última vez. Pensó en todos los lugareños a quienes veía a diario y en que no había tenido tiempo para despedirse de ellos de una forma apropiada. Le había entregado a Bruna cartas para todos ellos, pero le parecía una despedida inadecuada y deplorable.

Sin embargo, la joven profirió un grito ahogado al llegar al centro del pueblo. Su progenitor la esperaba ahí, y detrás de él, alineados a ambos lados del camino, se hallaban todos los habitantes del pueblo. Ella se dirigió a todos, uno por uno, mientras pasaba: unos la besaban y otros le estrechaban la mano, dándole regalos.

—Acuérdate de nosotros y regresa —dijo Erny.

Su hija le dio un fuerte abrazo y cerró los ojos para contener las lágrimas.

—**L**a gente de este pueblo te adora —comentó el Enviado varias horas después de haber dejado atrás Hoya de Leñadores mientras avanzaban entre los bosques y las sombras empezaban a alargarse en el suelo, anunciando el declive del día.

Leesha se sentaba en la espaciosa silla de montar del caballo, que parecía soportar bastante bien su peso y el de su equipaje.

—A veces me lo creo hasta yo —contestó ella.

—¿Y por qué no ibas a creértelo? Dudo que alguien no pueda querer a una joven bella como la aurora que sana enfermedades.

Leesha se echó a reír.

—¿Bella como la aurora? —repitió la muchacha—. Encuentra al Juglar autor de esa frase que acabas de apropiarte y dile que no vuelva a usarla.

Marick se carcajeó y la estrechó con más fuerza entre sus brazos.

—¿Sabes una cosa...? —le dijo él al oído—. Todavía no hemos discutido mis honorarios como escolta.

—Tengo dinero —repuso ella, preguntándose lo lejos que le llevaría su dinero cuando estuviera en Angiers.

—También yo —replicó él entre risas—. No me interesa el efectivo.

—Entonces, ¿qué clase de precio tenéis en mente, maese Marick? —preguntó Leesha—. ¿Es otro juego para conseguir un beso?

Él soltó una risa ahogada mientras le centelleaban esos ojos lobunos suyos.

—Un beso era el precio por traerte una carta. Llevarte sana y salva hasta Angiers va a ser mucho más... caro.

Él agitó las caderas detrás de ella. El significado de ese movimiento era inequívoco.

—No te precipites —contestó Leesha—. A este paso, serás afortunado si logras el beso.

—Veremos —replicó el Enviado.

Montaron el campamento poco después. Leesha hizo la cena mientras Marick trazaba los grafos. Cuando el guiso estuvo listo, ella echó unas hierbas en el cuenco del Enviado antes de entregárselo.

—Come deprisa —la instó él cuando tomó la escudilla, y se metió una cucharada bien cargada en la boca—. Preferirás quedarte en la tienda antes de que surjan los abismales. Verlos aparecer tan cerca suele dar miedo.

Leesha miró por el rabillo del ojo la tienda montada por el angersiano: apenas había espacio para una sola persona.

—Es pequeña, pero así combatiremos el relente de la noche, dándonos calor el uno al otro —dijo con un guiño.

—Estamos en verano —le recordó ella.

—Aun así, noto que sopla una fría brisa cada vez que hablas —repuso él con una risilla ahogada—. Tal vez encontremos una forma de disiparla. Además —prosiguió, haciendo un gesto más allá del círculo protector, donde los abismales habían empezado a cobrar forma entre los zarcillos de niebla—, no puedes irte muy lejos.

Marick era mucho más fuerte que ella y sus forcejeos le sirvieron tan poco como sus negativas. Ella soportó los besos y el magreo de sus manos torpes y rudas con los gritos de los abismales a sus espaldas, y le consoló con palabras tranquilizadoras cuando le falló la virilidad, ofreciéndole brebajes de hierbas y raíces que sólo sirvieron para empeorar su condición.

Él se enfadaba en ocasiones, haciéndola temer que iba a golpearla, y otras lloraba,

¿pues qué hombre no querría extender su simiente? La Herborista capeaba el temporal como podía, pues la prueba no era un precio demasiado alto por llegar a Angiers.

«Le estoy salvando de sí mismo», se decía para sus adentros cada vez que le echaba una dosis en la comida, «¿pues qué clase de hombre quiere ser un violador?», pero lo cierto era que sentía muy poco remordimiento. El uso de sus habilidades para mermar la hombría del Enviado no le daba placer alguno, pero en lo más hondo de su ser sentía una fría satisfacción, como si todas sus predecesoras desde incontables eones, desde que el primer hombre tumbó en el suelo a una mujer para forzarla, estuvieran asintiendo con fría aprobación al hecho de que ella le hubiera privado de su hombría para que él no la privara de su virginidad.

Los días pasaron lentamente y el humor de Marick pasaba de la amargura a la frustración tras cada noche de fracaso. La última apuró la bota de vino y pareció dispuesto a salir del círculo de protección y entregarse a los demonios. De ahí el inmenso alivio de Leesha al ver la Fortaleza del Bosque extenderse ante ellos en medio de la floresta. Exclamó sorprendida al ver los altos y fuertes muros —y los grafos trazados en madera lacada—, lo bastante largos como para abarcar varias veces Hoya de Leñadores.

Las calles de Angiers estaban cubiertas de madera para evitar que los demonios se corporeizaran dentro de la ciudad. Toda la urbe era una enorme tarima. Marick la llevó al corazón de la población y la dejó delante del dispensario de Jizell. La aferró por el brazo cuando ella se disponía a irse y le apretó con fuerza hasta hacerle daño.

—Lo sucedido fuera de estas murallas, fuera se queda —le dijo él.

—No voy a decírselo a nadie —la aseguró Leesha.

—Más te valdrá, porque te mataré si lo haces —la amenazó Marick.

—Te lo prometo, te doy mi palabra de Herborista —contestó la joven.

Marick refunfuñó y la liberó, sacudiendo con fuerza las bridas del corcel y alejándose a medio galope.

Una sonrisa curvó las comisuras de los labios de la muchacha cuando reunió sus cosas y se encaminó hacia el dispensario.

El violín de la fortuna

325 d.R.

Había humo, y un incendio, y los gritos de una mujer resonaban por encima de los alaridos de los abismales.

«¡Te quiero!»

Roger se despertó con el corazón desbocado cuando las primeras luces del alba empezaban a deslizarse por encima de los altos muros de Fuerte Angiers y una luz tenue se filtraba entre las rendijas de las contraventanas. A la espera de que se le tranquilizara el pulso, sostuvo con fuerza el talismán con la mano buena mientras aumentaba la claridad del día. La muñequita, una infantil creación de cuerda y madera con un mechón del pelo rojo materno, era cuanto le quedaba de su madre.

No se acordaba del semblante de su progenitora, desdibujado entre el humo, ni de la mayor parte de lo acaecido durante esa noche, pero no se olvidaba de las últimas palabras de su madre, pues las oía una y otra vez en sus sueños:

«¡Te quiero!»

Se frotó el pelo entre los dedos pulgar y anular de la mano lisiada. Una cicatriz irregular era cuanto quedaba allí donde habían estado los dos dedos corazón e índice, pero gracias a ella únicamente había perdido eso.

«¡Te quiero!»

El talismán era la protección secreta de Roger, algo que no había compartido ni siquiera con Arrick, que había sido como un padre para él. Lo ayudaba a pasar las largas noches, cuando la oscuridad se cerraba de forma insoportable a su alrededor y temblaba de miedo al oír los gritos de los abismales.

Pero había llegado el día, y su luz le devolvió la sensación de seguridad. Besó la muñequita y volvió a colocada en el bolsillo secreto que se había cosido en sus pantalones multicolor. La certeza de que estaba ahí le hacía sentirse más valiente. Había cumplido diez años.

Roger se levantó de su jergón de paja, se desperezó y salió del pequeño cuarto con paso vacilante, todavía bostezando. Se le cayó el alma a los pies cuando vio a Arrick desmadejado sobre la mesa. El maestro se había quedado dormido junto a una botella vacía, aferrando el gollete de la misma, como si fuera a estrangularla para extraer las últimas gotas de licor.

Ambos eran sus talismanes.

Rojer cruzó la estancia y curioseó la botella que retenía entre los dedos.

—¿Quién...? ¿Wazzar...? —inquirió Arrick, levantando a medias la cabeza.

—Te has vuelto a quedar dormido en la mesa —dijo Rojer.

—Ah, eres tú, zagal —gruñó Arrick—. Me pareció que era nuestro espléndido casero otra vez.

—Ya debemos el alquiler —contestó Rojer—. Vamos a actuar en La Plazuela esta mañana.

—El alquiler, siempre el alquiler —refunfuñó Arrick.

—Maese Keven ha jurado echarnos a la calle si no le pagamos hoy —le recordó el niño.

—Bueno, pues cantaremos —repuso el trovador, levantándose. Perdió el equilibrio e intentó sujetarse echando mano a la silla, pero eso sólo sirvió para derrumbarse encima de la misma antes de golpearse contra el suelo.

Rojer hizo ademán de ayudarlo a levantarse, pero Arrick lo empujó hacia atrás.

—¡Estoy bien! —gritó mientras se ponía en pie de forma vacilante, como si Rojer se atreviera a discrepar—. ¡Soy capaz de hacer una voltereta hacia atrás! —aseguró, volviendo la cabeza para ver si había espacio. El brillo de sus ojos evidenció cuánto se arrepentía de su fanfarronada.

—Sería mejor dejarlo para la actuación —se apresuró a decir Rojer.

El Juglar se volvió para mirarlo.

—Posiblemente tengas razón —concedió el otro para alivio de ambos—. Tengo la garganta seca. Voy a necesitar un trago antes de cantar.

Rojer asintió y se apresuró a tomar un cántaro de agua y llenar una copa de madera.

—No, agua no —le advirtió Arrick—. Tráeme vino. Necesito el aguijonazo de un trago que me entone las tripas.

—Nos hemos quedado sin vino —repuso el niño.

—Entonces, corre y tráeme un poco —le ordenó Arrick, que tropezó y estuvo a punto de caerse cuando hizo ademán de ir a por su bolsa, aunque logró agarrarse por los pelos; el pequeño acudió a sujetarlo.

El adulto tironeó del cordón de la bolsa hasta abrirla y la levantó para luego sacudirla hacia abajo, pero no cayó moneda alguna contra los tablones y él soltó un gruñido.

—¡Ni un klat! —gritó, frustrado, y arrojó la bolsa al suelo, movimiento que le privó de su escaso equilibrio y le llevó a dar una vuelta entera sobre sí mismo para sujetarse antes de desplomarse sobre las losas con un ruido sordo.

Ya se había puesto a cuatro patas para cuando Rojer acudió en su ayuda, pero entonces el Juglar tuvo arcadas y vomitó vino y bilis por todo el suelo. Luego, cerró los puños y se puso a temblequear. El niño pensó que iba a devolver de nuevo, pero al

cabo de un instante comprendió que su maestro estaba llorando.

—Nunca fue así mientras trabajé para el duque —gimió el Juglar—. Entonces me sobraba el dinero.

«Sólo porque el duque te pagaba el vino», pensó el pequeño, pero tuvo la suficiente prudencia como para no expresarlo en voz alta. Decirle que bebía demasiado era la forma más segura de provocarle un estallido de ira.

Limpió a su maestro y lo llevó hasta el jergón; una vez que lo dejó allí inconsciente buscó un trapo con el que limpiar el suelo. No iban a actuar ese día.

Se preguntó si maese Keven iba a ponerlos de patitas en la calle de verdad y adonde irían si eso ocurría. El muro protegido angersiano era fuerte, pero siempre había agujeros en la red de arriba y no era extraño que se colaran los demonios del viento. Le aterraba la idea de pasar una noche en la calle.

Estudió las contadas posesiones de ambos, preguntándose si quedaba algo de valor. Cuando las cosas se pusieron feas, Arrick había vendido el destrero de Geral y el escudo protegido con grafos, pero quedaba el círculo portátil del Enviado. Podía conseguir un buen precio, pero el pequeño no se atrevía a venderlo. Arrick bebería sin medida y se jugaría el dinero, y no quedaría nada para protegerlos cuando al final los desahuciaran y tuvieran que pasar la noche a la intemperie.

También Rojer echaba de menos los tiempos en que su maestro trabajaba para el duque. Las cortesanas de Rhinebeck adoraban a Melodía y a él le trataban como a un hijo. Una docena de mujeres le estrechaban contra sus pechos perfumados todos los días, le daban dulces y le enseñaban a que las ayudara a pintarse y acicalarse. No veía demasiado a su maestro en aquellos días, pues Arrick solía dejarlo en el burdel mientras iba de viaje a las aldehuelas para pronunciar con voz alta y clara los edictos ducales.

Pero una noche el duque acudió bebido y libidinoso a los aposentos de su puta favorita, entró con paso vacilante y se encontró aovillado en la cama a un niño, y no quería volver a encontrárselo. Quería que Rojer se fuera, y Arrick con él. El pequeño sabía que era culpa suya que ahora los dos llevaran una existencia tan miserable. Arrick lo había sacrificado todo por él, al igual que sus padres.

Rojer no pudo hacer nada por sus progenitores, pero todavía estaba a tiempo de intentarlo por Arrick.

Rojer corrió con todas sus fuerzas, esperando que el gentío siguiera allí. Incluso ahora, la anunciada actuación de Melodía iba a atraer a mucha gente, aunque no iban a esperar para siempre.

Se había echado al hombro la «bolsa de las maravillas» de Arrick, hecha de esa tela remendada, raída y gastada de colores variopintos, al igual que la de las ropas de

los Juglares, donde había metido todos los instrumentos propios del arte trovadoresco. Rojer los dominaba todos, salvo las bolas de malabarismos.

Trotaba descalzo, golpeteando el entarimado de las calles con sus pies callosos. Rojer tenía botas y guantes a juego con la tela multicolor de su botarga de colores, pero no se los había puesto. Prefería la firme sujeción de los dedos de los pies a las suelas gastadas de sus coloridas botas de campanillas, y odiaba los guantes.

Arrick había rellenado con algodón los guantes para ocultar los dedos mutilados de la mano derecha de Rojer. Unos hilos delgados unían los falsos extremos a los reales para conseguir que se flexionaran al mismo tiempo. Era una pillería de lo más ingeniosa, pero Rojer se sentía avergonzado cada vez que metía la mano lisiada en aquel ingenio tan molesto. Arrick insistía en llevarlos, pero su maestro no podía pegarle por algo de lo que no estaba al tanto.

La gente daba vueltas alrededor de La Plazuela cuando llegó Rojer. No serían más de una veintena, y algunos de ellos eran niños. Rojer aún recordaba los tiempos en que la noticia de una posible aparición de Arrick Melodía atraía a cientos de personas de todos los rincones de la ciudad, incluso lugareños de aldeas cercanas. En aquel entonces, él cantaba en el Templo del Creador o en el anfiteatro ducal. Ahora, La Plazuela era el mejor sitio que podía ofrecerle el gremio, y ni siquiera ése era capaz de llenar.

Pero alguna moneda era mejor que nada y si él conseguía que al menos una docena de asistentes le dejaran un klat cada uno, podría pagarle otra noche de hospedaje a maese Keven, mientras el gremio de Juglares no lo pillara actuando sin su maestro. Si eso sucedía, el alquiler atrasado sería el menor de sus problemas.

Soltó un grito y pasó bailando entre el público al tiempo que sacaba de la bolsa manojos de vilanos teñidos y las lanzaba al aire. Las vainas daban más y más vueltas y aleteaban en el aire, dejando un rastro de vivos colores.

—¡El aprendiz de Arrick! —gritó una persona del público—. Después de todo, Melodía va a venir.

Roger sintió un retortijón en el estómago cuando se produjo un aplauso. El quería decir la verdad, pero la primera regla de la juglaría, según Arrick, era no decir ni hacer nada que echara a perder el buen humor del respetable.

El escenario de La Plazuela tenía tres gradas. La trasera era un armazón de madera ideado para amplificar el sonido y mantener a los artistas a salvo de las inclemencias del tiempo. Había grafos tallados en la madera, pero estaban desdibujados por el tiempo. Por si los echaban y pasaban la noche a la intemperie, Rojer se preguntó si esos grafos no les darían cierto abrigo a él y a su maestro.

Subió los escalones a la carrera, cruzó el escenario con un salto de manos y arrojó su colección de sombreros en frente del público con un preciso giro de muñecas.

Roger había caldeado los ánimos del respetable antes de cada actuación de su

maestro y cayó en esa rutina durante unos minutos, haciendo volteretas laterales, contando chistes, llevando a cabo trucos de magia, haciendo mimos para mofarse de figuras de la autoridad perfectamente conocidas, y consiguió risas y aplausos. Lentamente, comenzó a aumentar el número de espectadores. Treinta. Cincuenta. Pero también empezaron a desatarse cada vez más murmullos, pues esperaban con impaciencia la aparición de Arrick Melodía. Rojer sintió un vacío en el estómago y llevó la mano al talismán oculto en el bolsillo secreto en busca de fuerza.

Pidió a los niños que se adelantaran para contarles la historia del Regreso a fin de posponer lo inevitable lo máximo posible. Él contó la trama haciendo una pantomima, y lo hizo bien, y algunos asintieron, pero leyó el desencanto en muchos rostros. ¿No era Arrick quien solía cantar la historia? ¿Acaso no habían acudido por ese motivo?

—¿Dónde está Melodía? —preguntó a voz en grito alguien desde la fila trasera.

El público de alrededor lo acalló con siseos, pero la pregunta flotó en el aire y se oyeron bisbíceos de manifiesto descontento cuando Rojer terminó su actuación para los pequeños.

—¡He venido a oír una canción! —gritó el mismo hombre de antes, y esta vez los demás asintieron en señal de conformidad.

El aprendiz de Juglar sabía que debía ser complaciente, pero nunca había tenido una voz recia y se le quebraba cada vez que sostenía una nota más de unos pocos latidos. El público iba a enfadarse si cantaba.

Se volvió hacia la bolsa de las maravillas en busca de otra opción que no fueran las vergonzantes bolas de juegos malabares. Era capaz de cogerlas y lanzarlas bastante bien con la diestra lisiada, pero la falta de dedo índice le impedía dar a la bola el giro adecuado y sólo tenía media mano para recogerla, por lo que la complicada combinación de las bolas en el aire estaba más allá de sus posibilidades.

—¿Qué clase de juglar no es capaz de cantar ni de hacer malabares? —le gritaba Arrick en ocasiones. Uno no muy allá, Rojer era consciente.

Tenía mucha más maña con los cuchillos de la bolsa, pero pedir a alguien del público que subiera para hacer el número del lanzamiento de cuchillos requería una licencia especial del gremio. Su maestro siempre elegía a una mujer de pechos generosos como ayudante para ese número, y la mayoría de las veces ésta acababa en la cama del juglar después de la actuación.

—No creo que vaya a venir —oyó decir a ese mismo hombre.

Rojer lo maldijo en silencio.

Otros asistentes empezaron a marcharse también. Le habían arrojado al sombrero unos cuantos klats por pura piedad, pero si Rojer no hacía algo pronto, no iban a ser suficientes para satisfacer a maese Keven. Entonces le puso la vista encima al estuche del violín y se apresuró a recogerlo, viendo que únicamente quedaba un puñado de

asistentes. Sacó la vara del arco y la sostuvo de forma muy recta, pues así encajaba para tocar con su mano tullida. No necesitaba los dedos perdidos para hacerlo bien.

La música llenó el lugar en muy poco tiempo. Algunos de los que habían hecho gesto de marcharse, se detuvieron a escuchar, pero Rojer no les prestó atención.

Rojer no recordaba muchos detalles sobre su padre, pero tenía una remembranza nítida de Jessum aplaudiendo y riendo mientras Arrick tocaba el violín, y ahora, mientras él lo hacía, sintió el amor de su padre, igual que percibía el de su madre cada vez que sostenía el talismán. La certeza de ese amor le pudo al miedo y se dejó llevar por la suave caricia de las vibrantes cuerdas.

Solía tocar el instrumento por lo general sólo como acompañamiento para la voz de Arrick, pero esta vez el niño fue más allá, dejando que su música llenara el espacio que hubiera ocupado la voz de Melodía. Los dedos de la mano izquierda, la buena, pulsaban los trastes tan deprisa que apenas resultaban visibles y muy pronto los presentes empezaron a marcar los tiempos con palmadas para acompañar la música. Él tocó más y más deprisa mientras el tempo musical aumentaba y bailaba sobre el escenario al ritmo de la melodía. El público le vitoreó cuando puso el pie en uno de los escalones y dio una voltereta hacia atrás sin saltarse ni una sola nota.

La aclamación lo sacó de su trance y alzó los ojos para ver que el lugar estaba atestado e incluso las entradas a La Plazuela estaban a rebosar. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que Arrick había sido capaz de convocar a tanta gente. Rojer estuvo a punto de perder el ritmo a causa de la sorpresa, pero luego apretó los dientes y mantuvo la cadencia de la música hasta convertirla de nuevo en su único mundo.

—**H**a sido una buena actuación —lo felicitó una voz mientras Rojer contaba las monedas lacadas de madera que había en el sombrero. ¡Casi trescientos klats! Keven no iba a poder desahuciarlos en un mes.

—Gracias —empezó a contestar Rojer, pero la respuesta se le quedó pegada a la garganta cuando alzó la vista y vio a los maestros Jasin y Edum en pie delante de él. Eran gente del gremio.

—¿Dónde está tu maestro, Rojer? —preguntó con severidad Edum, maestro de actores y mimos. Se decía que sus obras atraían público desde la lejana ciudad de Fuerte Rizón.

El pequeño tragó saliva con dificultad y se puso rojo como un tomate antes de agachar la cabeza, albergando la esperanza de que esos hombres interpretaran como vergüenza su miedo y su culpabilidad.

—No... no lo sé —contestó—. Se supone que debía estar aquí.

—Apostaría a que está borracho otra vez —bufó Jasin, más conocido por el

apodo de Gorgorito, un sobrenombre que se había puesto él mismo. Era un cantante de cierto prestigio, y lo más importante, era sobrino de lord Janson, primer ministro del duque de Rhinebeck, y se había asegurado de que lo supiera todo el mundo—. El viejo Melodía se está avinagrandando últimamente.

—Me maravilla que haya retenido la licencia durante tanto tiempo —comentó Edum—. He oído decir que el mes pasado se derrumbó sobre el escenario a mitad de actuación.

—Eso no es cierto —replicó el niño.

—Si yo estuviera en tu piel, me preocuparía más por mi propia suerte —le espetó Jasin, señalándole la cara con un dedo alargado—. ¿Sabes cuál es la penalización por realizar un espectáculo sin autorización?

Rojer se puso pálido. Arrick podía perder la licencia por aquello y si el gremio llevaba el asunto a los tribunales, los dos podían acabar con cadenas en las muñecas y talando árboles.

Edum se carcajeó.

—No te preocupes, chaval —dijo Edum—, no veo necesario informar acerca de este incidente siempre y cuando el gremio se lleve su parte —terminó al tiempo que tomaba para sí buena parte de las monedas recibidas por Rojer.

Rojer supo que le convenía no protestar cuando los hombres tomaron más de la mitad de la recaudación, se la metieron en los bolsillos después de repartírsela entre ellos. Era poco probable que alguna de esas monedas acabase en las arcas del gremio.

—Tienes talento, zagal —le dijo Jasin antes de que ambos se marcharan—. Deberías considerar la posibilidad de buscarte un maestro con mejores posibilidades. Ven a verme si te cansas de limpiar al viejo Chirrido.

La decepción de Rojer únicamente duró hasta que agitó el sombrero de la colecta. Incluso la mitad era mucho más de la cantidad que había esperado reunir. Se apresuró a volver al hostel, deteniéndose sólo para efectuar una visita. Se dirigió en busca de maese Keven, cuyo semblante echaba para atrás cuando el muchacho se acercó.

—Más te valdrá que no hayas venido hasta aquí para implorar por tu maestro, chico —le dijo.

Rojer negó con la cabeza y le entregó una bolsa al casero.

—Mi maestro dice que aquí hay bastante para diez días —dijo.

La sorpresa de Keven fue manifiesta cuando sopesó la bolsa y oyó el satisfactorio sonsonete de las monedas de madera. Vaciló durante unos instantes, refunfuñó un poco y se guardó la bolsa con un encogimiento de hombros.

Melodía seguía dormido cuando él regresó. Rojer sabía que su maestro jamás iba a darse cuenta de que el posadero había cobrado. Se limitaría a evitar al hombre de forma continuada y se felicitaría a sí mismo por sacarle diez días gratis.

El niño dejó las pocas monedas restantes en la bolsa de Arrick. Le diría a su

maestro que las había encontrado sueltas en la bolsa de las maravillas. Era poco creíble que eso pudiera suceder dado que habían estado tiesos de dinero desde hacía muchísimo tiempo, pero Arrick no iba a cuestionar su buena suerte después de ver lo que Rojer le había traído además.

El niño depositó la botella de vino junto a Arrick mientras éste seguía dormido.

Arrick se levantó antes que Rojer a la mañana siguiente y estudió su maquillaje delante de un resquebrajado espejo roto. No era joven, pero tampoco tan viejo como para no poder parecerlo con los coloretos de juglar. Sus largos cabellos blanqueados por el sol eran más dorados que grises y su barba castaña, bien oscurecida con tinte, ocultaba la creciente papada. La pintura se ajustaba tan bien a su piel morena que apenas se notaban las patas de gallo existentes alrededor de sus ojos.

—Hemos tenido suerte esta última noche, zagal —dijo mientras hacía gestos para ver cómo aguantaban las pinturas—, pero no podremos evitar a Keven eternamente. Ese tejón peludo nos acabará echando el guante tarde o temprano, y cuando lo haga me gustaría tener más que... —Melodía echó mano a la bolsa, removiéndole las monedas y las lanzó al aire—... seis klats en nuestro haber.

El Juglar movía las manos demasiado deprisa para seguir las mientras recogía las monedas y las lanzaba otra vez por encima de su cabeza, con una cadencia cómoda.

—¿Has estado practicando tus juegos malabares, chaval? —preguntó.

Arrick le lanzó uno de los klats antes de que Rojer tuviera ocasión de abrir la boca para responder. El niño se conocía bien el truco, pero listo o no, sintió una punzada de miedo cuando cazó al vuelo la moneda con la mano izquierda y la lanzó al aire poco antes de que más klats le llegaran en rápida sucesión. Se las vio y se las deseó para mantener el control cuando debió tomarlas con la mano lisiada y se las pasó a la mano buena antes de arrojarlas al aire otra vez.

Estaba aterrado cuando tenía cuatro monedas en danza y cuando Arrick le lanzó una quinta tuvo que moverse como un poseso para mantenerlas todas en movimiento. El Juglar se lo pensó mejor antes de tirarle la sexta y en vez de eso esperó con paciencia, y en efecto, un momento después Rojer se cayó al suelo en medio de un repiqueteo de monedas.

El muchacho se encogió en previsión de la diatriba de su maestro, pero Arrick se limitó a soltar un profundo suspiro.

—Ponte los guantes —dijo—. Necesitamos salir y llenar la bolsa.

El suspiro le hizo más daño que cualquier grito o una buena colleja. La ira significaba que Arrick esperaba algo mejor de él. Un suspiro implicaba que su maestro se había rendido.

—No —contestó el niño.

La palabra se le escapó antes de que lograra morderse la lengua, pero Rojer sintió lo apropiado de la misma una vez que pendió en el espacio existente entre ambos, encajando igual que el arco en su mano tullida.

El Juglar resopló con fuerza por debajo del bigote, sorprendido ante la audacia del chiquillo.

—Con el «no» me refiero a los guantes —aclaró Rojer; la expresión de Arrick cambió de rabia a curiosidad—. No deseo llevarlos más. Los odio.

El adulto suspiró, descorchó la nueva botella de vino y se sirvió una copa.

—¿No estábamos de acuerdo en que la gente estaría menos dispuesta a contratarte si estaban al tanto de tu discapacidad? —preguntó.

—No lo hablamos nunca —replicó el muchacho—. Un día te limitaste a decirme que me los pusiera.

Arrick rió entre dientes.

—Me sabe mal desilusionarte, zagal, pero así es como funcionan las cosas entre maestros y aprendices. Nadie quiere a un Juglar lisiado.

—¿Es eso lo que soy? ¿Un lisiado?

—Por supuesto que no —contestó Arrick—. No te cambiaría por ningún aprendiz de Angiers, pero nadie va a dejar de mirar las heridas que te hizo ese demonio para ver el hombre que llevas dentro. Te colgarán algún mote infamante y descubrirás que se ríen de ti y no contigo.

—No me importa —repuso el niño—. Los guantes me hacen sentirme como un fraude y ya tengo la mano bastante mal sin esos dedos de pega que me hacen sentirme más torpe. ¿Qué importa la razón de su risa mientras vengan y dejen su dinero por hacerlo?

Arrick lo miró durante largo tiempo mientras tabaleaba los dedos sobre la copa.

—Déjame ver esos guantes —contestó al fin.

Los guantes eran negros y le llegaban hasta la mitad del antebrazo con triángulos de tela de colores y campanillas cosidos a los extremos. Rojer se los lanzó a su maestro con cara de pocos amigos.

Melodía los tomó y los miró durante pocos instantes y los arrojó por la ventana; luego, se sacudió las manos como si el contacto con los mismos se las hubiera manchado.

—Cálzate las botas y vámonos —dijo, apurando de un sorbo el resto de su copa.

—La verdad es que tampoco me gustan las botas —se atrevió a decir Rojer.

Arrick sonrió al muchacho.

—No abuses de tu suerte —lo avisó con un guiño.

La ley del gremio permitía a los miembros actuar en la esquina de cualquier

calle mientras no obstaculizaran el tráfico ni dificultasen el comercio. De hecho, algunos comerciantes contrataban a Juglares para llamar la atención hacia sus tenderetes o anunciar sus tabernas.

La afición a la bebida de Arrick había alejado a la mayor parte de estos últimos, por lo cual ellos actuaban en las calles. Arrick había dormido hasta tarde, por lo cual otros Juglares se les habían adelantado y habían ocupado los mejores puestos y ellos no hallaron el mejor de los sitios para su función: la esquina de una calle lateral lejos de las rutas más concurridas.

—Lo conseguiré —gruñó Arrick—. Caldea un poco el ambiente mientras lo preparo todo, zagal.

Roger asintió y se marchó a la carrera. Allí donde encontraba un corrillo de gente hacía volteretas o andaba con las manos mientras hacía sonar los cascabeles cosidos a su ropa chillona a modo de invitación.

—¡Espectáculo de juglares, venga a ver la actuación de Arrick Melodía! —gritó.

Entre sus cabriolas y el prestigio que todavía conservaba el nombre de su maestro, logró concitar cierta atención y algunos incluso le siguieron en sus giros, aplaudiendo y riéndole las gracias.

Un hombre codeó a su mujer.

—Mira, ése es el niño tullido de La Plazuela.

—¿Estás seguro?

—Tú mírale esa mano —respondió el hombre.

Roger fingió no oír esa conversación y continuó moviéndose en busca de más clientes. No tardó en llevar a sus pocos seguidores hasta su maestro, a quien halló haciendo malabares con un cuchillo de carnicero, un tajador de carne, un hacha de mano, un escabel minúsculo y una flecha. Lo movía todo con facilidad y hacía bromas con el creciente público que había reunido por su cuenta.

—Y aquí viene mi ayudante —anunció a la multitud—. Roger Mediagarra.

Él ya estaba corriendo hacia su maestro cuando se percató del nombre. ¿Qué hacía Arrick?

Ya era demasiado tarde para impedirlo, de modo que avanzó las manos y se impulsó hacia delante para hacer una triple voltereta hacia atrás y quedarse a pocos metros del Juglar. Éste tomó el cuchillo de carnicero de la letal selección con que hacía el juego de manos y se lo lanzó al pequeño.

Roger esperaba el movimiento e hizo un trompo para atrapar con la mano buena el cuchillo desafilado y especialmente lastrado, cosa que hizo con facilidad. Se desenroscó cuando terminó de hacer el giro y envió la hoja dando vueltas hacia la cabeza de Arrick.

Éste también giró sobre sí mismo y salió de la rotación con el cuchillo firmemente sujeto entre los dientes. La multitud lo vitoreó y una lluvia de monedas

cayó en el sombrero mientras el arma de carnicero volvía a formar parte del rítmico juego de malabares con los demás elementos.

—Rojer Mediagarra, con sólo diez años y ocho dedos, es ya más letal con el cuchillo que cualquier adulto —proclamó Arrick.

El gentío aplaudió. Rojer mantuvo en alto la diestra para que todos la vieran. El público soltó exclamaciones, «oh», «ah», al verla. La sugerencia de Arrick les había hecho creer que era capaz de atrapar y lanzar cosas con la mano tullida. Ellos se lo dirían a otros y la cosa se iría exagerando. En vez de arriesgarse a que la multitud pusiera un mote a Rojer, su maestro se había adelantado.

—Rojer Mediagarra —musitó, saboreando el nombre con la lengua.

—¡Hop! —gritó Arrick, y Rojer se volvió cuando su maestro le arrojaba una flecha. Uni6 las manos en una palmada que le permiti6 atrapar el dardo justo cuando estaba a punto de darle en la cara. Luego, se gir6 de espaldas a la multitud y con la mano sana lanz6 el proyectil entre las piernas hacia Arrick. Se dio la vuelta en cuanto termin6 el movimiento, pero alz6 la mano tullida hacia la multitud.

—¡Hop! —gritó él.

Arrick simul6 un ataque de pánico y dej6 caer las hojas con las que hacía los malabares de tal suerte que le cay6 entre las manos el escabel, justo a tiempo para que la flecha se clavara en el centro exacto del mismo. Arrick estudi6 el fenómeno como si estuviera sorprendido por su buena suerte. Alz6 la muñeca mientras soltaba el proyectil y lo convirti6 en un ramillete de flores, y se lo entreg6 a la mujer más guapa de entre las asistentes. Hubo otro tintineo de monedas en el sombrero.

Rojer corri6 hacia la bolsa de las maravillas en cuanto vio que su maestro empezaba a hacer trucos de magia en busca de los instrumentos necesarios para el ilusionismo, y entonces surgi6 un grito de entre los espectadores:

—¡Toca el violín! —gritó un hombre.

Se produjo un murmullo de aceptación entre los asistentes en cuanto se oy6 la voz. Rojer alz6 la mirada y descubri6 al mismo hombre que el día anterior había reclamado a grito pelado la presencia de Melodía para que cantara.

—Así que tenéis ganas de música, ¿eh? —pregunt6 Arrick a la concurrencia sin perder un instante.

El auditorio respondi6 con una ovaci6n y el Juglar se fue directo a la bolsa, de donde sac6 el violín, lo acomod6 debajo del ment6n y se dio la vuelta, pero antes de que pudiera aplicar el arco a las cuerdas el hombre meti6 baza de nuevo.

—¡No, tú no, el chico! —rugió el espectador—. Deja que toque Mediagarra.

El Juglar mir6 a Rojer con el rostro convertido en una máscara de irritaci6n mientras el gentío canturreaba:

—¡Mediagarra, Mediagarra!

Al final, se encogi6 de hombros e hizo entrega del violín a su pupilo.

Roger tomó el instrumento con manos temblorosas.

«Nunca eclipses a tu maestro» era una regla que los aprendices asimilaban enseguida, pero el público le pedía a gritos que tocara, y encajó el arco de nuevo en su mano lisiada, pero libre de la maldición del guante. Cerró los ojos para sentir el vacío de las cuerdas debajo de los dedos y entonces les arrancó un débil zumbido. La multitud se calló cuando los primeros acordes fueron tan bajos, pues acariciaba las cuerdas como el lomo de un gato al que se le arranca un ronroneo.

El violín cobró vida en sus manos en ese momento y él le dejó llevar la iniciativa como a una pareja de baile, abarcándolo con un torbellino de música. Roger se olvidó del gentío y de Arrick, estaba a solas con su música y exploraba nuevas armonías incluso mientras mantenía una tonada constante y hacía improvisaciones para adaptarse al ritmo de las palmadas, que parecían proceder de un mundo distante. No sabría decir durante cuánto tiempo estuvo tocando, podía haber estado en ese mundo para siempre, pero sonó un chasquido y algo le picó en la mano. Movié la cabeza para despejarla y alzó los ojos hacia el público, en silencio y asombrado.

—Se ha roto una cuerda —se disculpó, avergonzado.

Echó una ojeada a su maestro, que permanecía en el mismo estado de shock que el público. Arrick levantó las manos muy despacio y empezó a aplaudir.

El gentío no tardó en imitarlo, y le dispensó una aclamación estruendosa.

—**V**amos a hacernos ricos con ese violín, muchacho —dijo el trovador mientras contaba el dinero obtenido—. ¡Ricos!

—¿Lo bastante como para pagar las cuotas atrasadas al gremio? —preguntó una voz.

Al darse la vuelta vieron al maestro Jasin apoyado sobre la pared y escoltado por sus dos aprendices: Sali y Abrum. Sali era una soprano de timbre tan hermoso como feo era su semblante. Arrick solía bromear diciendo que el público la confundiría con un demonio de las rocas si se pusiera un yelmo con cuernos. Abrum era un bajo profundo de timbre tan grave que hacía vibrar las tablas del entarimado de las calles. Era alto y enjuto, de manos y pies descomunales. Si Sali daba el perfil de un demonio de las rocas, él daba la talla para pasar por un demonio del bosque.

El maestro Jasin era un tenor, como Arrick, de registro vocal rico y puro. Lucía unas costosas ropas de lana azul con hilo de oro, desdeñando la tela de colorines característica de la juglaría. Se había echado aceite en el pelo y en el bigote, meticulosamente cuidados.

Jasin era un hombre de estatura mediana, lo cual no le restaba ni un ápice de peligro. En una ocasión le había sacado un ojo a un Juglar en el transcurso de una reyerta en una esquina. El juez lo había absuelto al estimar el incidente como un caso

de defensa propia, pero no era eso lo que comentaban los aprendices en la casa gremial.

—El pago de mis cuotas atrasadas no es de tu incumbencia, Jasin —contestó Arrick mientras metía a toda prisa las monedas en la bolsa de las maravillas.

—Quizá tu aprendiz te haya salvado la papeleta por la ausencia en la actuación de ayer, Chirrido, pero su violín no te va a sacar siempre del apuro —le espetó Jasin mientras Abrum le arrebatava el instrumento de las manos a Rojer y lo partía en dos, estrellándolo contra su rodilla—. El gremio te quitará la licencia tarde o temprano.

—El gremio nunca abandonaría a Arrick Melodía —repuso el maestro de Rojer —, y aunque lo hiciera, a ti, Jasin, todos te seguirían conociendo como Segundón, la voz del cantante de fondo.

Jasin torció el gesto, pues eran muchos en el gremio quienes usaban ya ese sobrenombre, y de todos era sabido que se dejaba llevar por la rabia al oírlo. Él y Sali avanzaron hacia Arrick, que aferró la bolsa con gesto protector, mientras Abrum arrinconaba a Rojer con una pared a fin de impedirle que acudiera en ayuda de su maestro.

Pero ésta no era la primera vez que se veían obligados a pelear en defensa de la colecta. Rojer se dejó caer sobre la espalda y se enrolló como un muelle para luego soltar hacia arriba una patada. Abrum profirió un grito, y su voz, por lo general grave, adquirió una nota muy diferente.

—Tenía entendido que tu aprendiz era un bajo, no una soprano —bromeó Melodía.

Jasin y Sali dirigieron una mirada de más hacia su compañero, circunstancia que Arrick aprovechó para echar mano a la bolsa de las maravillas y lanzar por delante de él un puñado de vilanos, que revolotearon en el aire delante de él.

Jasin se lanzó entre la nube, pero Melodía se había ladeado y lo esquivó con facilidad para luego hacer girar con fuerza la bolsa y estrellarla contra la corpulenta Sali, alcanzándola en pleno pecho. Quizá la mujerona habría sido capaz de conservar el equilibrio, pero Rojer ya se había situado en su posición: de rodillas detrás de ella, para forzar una dura caída. Arrick y Rojer se escabulleron corriendo por el entarimado antes de que pudiera recobrase el terceto.

Afectos

323-325 d.R.

La azotea de la biblioteca ducal en Miln era un lugar mágico para Arlen. El mundo se extendía a sus pies los días despejados, un mundo sin limitaciones de muros ni grafos se prolongaba hasta llegar al infinito. Ése fue también el primer lugar donde Arlen miró a Mery, y la vio de verdad.

Su trabajo en la biblioteca estaba casi terminado y pronto regresaría a la tienda de Cob. Él contemplaba el brillo del sol sobre las cumbres nevadas de las montañas y cómo incidía su luz en el valle de debajo, intentando memorizar la estampa para siempre, y cuando se giró hacia la joven quiso hacer lo mismo con ella, que para entonces tenía quince veranos y era más hermosa que las montañas y la nieve.

Mery había sido su amiga más cercana durante cerca de un año, pero Arlen jamás había pensado en ella más que en esos términos, pero ahora, al ver su cuerpo silueteado por la luz del día y con el frío viento de la montaña apartando la larga melena de su cara mientras cruzaba los brazos por debajo de la curvatura de los pechos para combatir el frío, contempló a una joven mujer, y él también era un hombre joven. El pulso se le aceleró cuando sus faldas flamearon al viento y dejaron ver el encaje de las enaguas de debajo.

No dijo nada cuando se acercó a ella, pero ella percibió la mirada de sus ojos y sonrió.

—Ya era hora —dijo Mery.

Arlen extendió el brazo con indecisión y delineó la mejilla de la joven con el dorso de la mano. Ella se inclinó hacia delante al notar el roce y él saboreó la dulzura de su aliento mientras la besaba. Al principio fue un beso suave y vacilante, pero se hizo más intenso cuando ella lo correspondió y se convirtió en algo con vida propia, en algo ávido y apasionado, algo que había estado creciendo en el interior de Arlen durante un año sin su conocimiento.

Sus labios se separaron al cabo de un rato con un ruidito. Sonrieron nerviosos con los brazos enlazados uno en torno al otro y contemplaron la vista por encima de todo Miln, compartiendo el gozo de su joven amor.

—Siempre estás mirando hacia el valle —comentó la muchacha mientras hundía los dedos en el pelo de Arlen y le besaba las sienes—. Dime con qué sueñas cuando tus ojos miran tan a lo lejos.

Él permaneció en silencio durante un tiempo.

—Con un mundo libre de abismales —respondió.

Mery se rió ante lo inesperado de la respuesta, pues sus pensamientos iban en otra dirección. Ella no tenía intención de ser cruel, pero el sonido de las carcajadas le resultó muy parecido al chasquido de un látigo, y a él le molestó.

—Entonces, ¿te consideras el Liberador? ¿Cómo vas a conseguir ese fin?

Arlen se separó un poco de ella, sintiéndose vulnerable de repente.

—No lo sé —admitió él—. Voy a comenzar por ser Enviado. Ya he ahorrado dinero suficiente para el caballo y la armadura.

Mery negó con la cabeza.

—Eso nunca ocurrirá si nos casamos —repuso ella.

—¿Vamos a casarnos? —preguntó Arlen, tan sorprendido que la voz se le acercó un poco.

—¿Qué? ¿No soy bastante buena para ti? —preguntó la muchacha, alejándose y mirándolo con indignación.

—No, yo jamás he dicho eso... —tartamudeó Arlen.

—Ah, bueno —dijo ella—. Hacer de Enviado quizá reporte dinero y gloria, pero es demasiado peligroso, sobre todo una vez que tengamos hijos.

—Ah, pero ¿vamos a tener hijos ya? —chilló Arlen. Mery lo miró como si fuera idiota y continuó sin detenerse a considerar otros detalles—. No, eso de ser Enviado no va a suceder. Vas a tener que ser Protector, como Cob. Aun así, deberás luchar contra demonios, pero estarás a salvo conmigo en vez de estar a lomos de caballos por senderos infestados de abismales.

—No quiero ser Protector —repuso Arlen—. El aprendizaje de este oficio fue un medio para lograr un fin.

—¿Qué fin? —inquirió Mery—. ¿Acabar muerto en algún camino?

—No, eso no va a pasarme a mí —contestó Arlen.

—¿Qué vas a ganar como Enviado que no puedas lograr como Protector?

—Evasión.

Mery enmudeció y ladeó la cabeza a fin de evitar los ojos del aprendiz, al cabo de unos momentos retiró su brazo del de él y se sentó en silencio. Arlen descubrió que la tristeza la hacía aún más bella.

—¿Evadirte de qué? —preguntó al fin—. ¿De mí?

Arlen miró a la joven, atraído de un modo que sólo ahora empezaba a comprender, y se le hizo un nudo en la garganta. ¿Tan malo era quedarse? ¿Qué posibilidades tenía de encontrar a otra como Mery?

¿Y era eso bastante? Él jamás quiso formar una familia, lo que implicaba unos vínculos afectivos no deseados. Si hubiera querido casarse y tener hijos, también podría haberse quedado en Arroyo Tibbet y haber unido su suerte a la de Renna.

Había pensado que Mery era diferente...

Arlen revivió en su mente la imagen que lo había sostenido durante los tres últimos años, la visión de sí mismo en el camino, libre para vagabundear. La perspectiva lo llenó de gozo, como siempre, hasta que se volvió para mirar de nuevo a Mery. El ensueño voló, y no fue capaz de pensar en otra cosa que no fuera besarla.

—No, de ti no. De ti, jamás —respondió, cogiéndola de las manos.

Sus labios volvieron a encontrarse y durante un tiempo él ya no pensó en nada más.

—**M**e han confiado una misión a Soto Pobre —anunció Ragen—. ¿Te gustaría venir conmigo, Arlen?

Soto Pobre era una aldehuela de pocas granjas a un día a caballo de Miln.

—¡No, Ragen! —chilló Elissa.

Arlen la fulminó con la mirada, pero antes de que pudiera hablar, Ragen tomó a su esposa por el brazo y preguntó con gran amabilidad:

—¿Me concedes unos momentos a solas con mi esposa?

El joven se pasó la mano por los labios y se disculpó.

Ragen cerró la puerta detrás de Arlen, pero éste se negó a permitir que el destino escapara de su control y dio vueltas por la cocina, aguzando el oído desde la entrada de la servidumbre. El cocinero lo miró, pero él le devolvió la mirada y el tipo no se inmiscuyó.

—¡Es demasiado joven! —estaba diciendo la dama.

—Para ti siempre va a ser demasiado joven, Lisa —repuso él—. Tiene dieciséis años, edad suficiente para hacer un simple viaje de un solo día.

—¡Lo estás animando!

—Sabes perfectamente que Arlen no necesita ningún ánimo por mi parte —replicó Ragen.

—Pues en ese caso, se lo estás permitiendo —replicó ella—. Aquí está más seguro.

—Estará a salvo conmigo —contestó Ragen—. ¿Acaso no es mejor que realice su primer viaje con alguien que lo supervise?

—Preferiría que él no hiciera ningún viaje —arguyó ella con acritud—. Pensarías lo mismo si te preocupara de veras.

—Por la Noche, Lisa, no es como si fuéramos a ver un demonio. Llegaremos al sitio antes del crepúsculo y nos iremos después del alba. La gente normal hace ese viaje todos los días.

—Me da igual. No quiero que vaya.

—No es tu elección —le recordó Ragen.

—¡Lo prohíbo! —gritó Elissa.

—¡No puedes! —replicó su esposo, también a gritos. Arlen jamás le había oído levantar la voz a lady Elissa.

—¡Mírame! —gruñó—. Drogaré a los caballos, partiré en dos todas las lanzas, arrojaré al pozo tu armadura para que se oxide.

—Llévate todas las herramientas que gustes —masculló él con los dientes apretados—, pero aun así, Arlen y yo iremos a Soto Pobre mañana, a pie si es necesario.

—Voy a dejarte —anunció Elissa en voz baja.

—¿Qué...?

—Ya me has oído —dijo ella—. Llévate a Arlen de Miln y a la vuelta me habré ido.

—No puedes hablar en serio.

—Nunca he hablado más en serio en toda mi vida. Llévatelo y me iré —insistió la mujer.

Ragen permaneció en silencio durante mucho rato.

—Mira, Lisa, sé lo mucho que te duele el no haberte quedado embarazada, pero...

—Eso ni mentarlo —aulló ella.

—Arlen no es tu hijo —voceó Ragen—, ni lo será por muy asfixiante que sea tu voluntad. Es nuestro invitado, no nuestro hijo.

—¡Por supuesto que no lo es! —gritó ella—. ¿Cómo vamos a tener uno cuando tú estás por ahí haciendo esas estupendas misiones tuyas cada vez que yo ovulo?

—Sabías eso cuando te casaste conmigo —le recordó él.

—Lo sé, y ahora empiezo a comprender que debí hacer caso a mi madre.

—¿Y qué significa eso? —inquirió Ragen.

—Que ya no puedo más —contestó Elissa, empezando a llorar—. No soporto la constante espera, preguntándome si volverás o no a casa, ni esas cicatrices que tú dices que no son nada ni las plegarias de quedarme embarazada las pocas veces que hacemos el amor antes de que sea demasiado vieja. ¡Y ahora esto!

»Sabía cuál era tu oficio cuando nos casamos —admitió entre sollozos— y pensaba que había aprendido a manejarlo, pero esto... No puedo soportar la idea de perderos a los dos, no puedo.

Arlen dio un respingo cuando notó una mano en la espalda, la de Margrit, quien estaba junto a él, mirándolo con severidad.

—No debería escuchar esa conversación —le recriminó.

El joven se sintió avergonzado por espiar y estaba a punto de alejarse cuando captó la respuesta del Enviado.

—De acuerdo —aceptó Ragen—. Le diré a Arlen que no puede venir y dejaré de animarlo para que sea Enviado.

—¿De verdad? —inquirió ella, sorbiéndose la nariz.

—Te lo prometo —le aseguró él—, y me quedaré en casa unos cuantos meses a mi vuelta de Soto Pobre y voy a mantenerte tan ocupada que te quedarás embarazada sin remedio.

—¡Oh, Ragen!

Elissa rió y Arlen escuchó cómo él la estrechaba entre sus brazos.

—Tiene razón —le dijo Arlen a Margrit—. No tenía derecho alguno a espiar —añadió mientras la rabia le formaba un nudo en la garganta—, pero para empezar tampoco ellos tenían derecho a discutir esto.

Él subió a su habitación y se puso a empaquetar sus cosas. Más valía dormir en el duro jergón de la tienda de Cob que en un lecho mullido al precio de perder el derecho a tomar sus propias decisiones.

Arlen evitó a Ragen y a Elissa durante meses. Se detenían a menudo para verlo, pero no lo encontraban y también enviaron criados para intentar algún acercamiento, pero el resultado fue el mismo.

Ahora no usaba los caballos de las cuadras de Ragen, de modo que adquirió su propia montura y practicaba la equitación en los campos extramuros. Mery y Jaik lo acompañaban a menudo, pues el vínculo entre ellos se había estrechado mucho. Mery ponía mala cara ante esos ejercicios, pero todos eran jóvenes y el simple placer de galopar a caballo por la campiña alejaba esos sentimientos.

Arlen trabajó con creciente autonomía en la tienda de Cob, aceptando trabajos y nuevos clientes sin necesidad de supervisión. Su nombre se había hecho popular en los círculos del negocio en Miln, y los beneficios de Cob aumentaron, por lo que contrató criados y tomó nuevos aprendices, dejando a Arlen el grueso de su adiestramiento.

Arlen y Mery paseaban la mayor parte de las tardes, apurando las horas hasta que el cielo insinuaba las sombras. Sus besos eran cada vez más ávidos, y los dos querían ir más lejos, pero Mery siempre se separaba antes de que las cosas llegaran a mayores.

—Habrás terminado el periodo de aprendizaje dentro de un año —decía una y otra vez—. Podremos casarnos al día siguiente si tú quieres, y a partir de ese momento podrás tenerme todas las noches.

La dama Elissa visitó la tienda una mañana en que Cob se hallaba fuera. Arlen estaba ocupado hablando con un cliente y no se percató de su presencia hasta que fue

demasiado tarde.

—Hola, Arlen —lo saludó cuando el visitante se hubo marchado.

—Hola, lady Elissa.

—No hacen falta tantas formalidades.

—Tengo la impresión de que un trato poco formal ha confundido la naturaleza de nuestra relación y no deseo repetir ese error —arguyó él.

—Me he disculpado una y otra vez, Arlen —repuso Elissa—. ¿Qué hace falta para que me perdone?

—Que quieras hacerlo —contestó él.

Los dos aprendices se miraron el uno al otro y se levantaron al unísono de la mesa de trabajo para abandonar la habitación, aunque la dama ni se percató de ello.

—Lo quiero.

—No es verdad —replicó Arlen mientras recogía varios libros del mostrador de la tienda para colocarlos más lejos—. Lamentas que yo escuchara de tapadillo y me ofendiera. Lamentas que me haya ido. De lo único que no te arrepientes es de lo que hiciste: conseguir que Ragen renunciara a llevarme con él.

—Es un viaje peligroso —repuso ella con el mayor tacto posible.

Arlen dejó caer los libros de golpe y miró a los ojos de la mujer por vez primera.

—He hecho ese viaje una docena de veces en los seis últimos meses —replicó el joven.

—¡Arlen! —exclamó la dama con voz ahogada.

—También he estado en las Minas del Duque —prosiguió el interpelado— y también en las Canteras del Sur. Todos esos sitios están a un día de viaje desde la ciudad. He ampliado mi círculo de contactos y el gremio de Enviados me corteja desde que he entregado mi solicitud, llevándome adonde yo quiera ir. No has conseguido nada. No voy a permanecer enjaulado, Elissa, ni por ti ni por nadie.

—Jamás he querido encerrarte, Arlen, mi único deseo era protegerte —repuso ella en voz baja.

—No te correspondía ese lugar —replicó el joven, volviendo al trabajo.

—Tal vez no —admitió ella con un suspiro—, pero sólo lo hice porque me preocupaba, porque te quería.

Arlen se detuvo, negándose a mirarla.

—¿Acaso sería tan malo, Arlen? —preguntó Elissa—. Cob no es joven y te quiere como a un hijo. ¿Sería una maldición que te hicieras cargo de su tienda y te casaras con esa chica tan guapa con la que te he visto?

Arlen sacudió la cabeza.

—No voy a ser un Protector, jamás.

—¿Y qué harás al jubilarte? ¿Lo mismo que Cob?

—Habré muerto antes de llegar a eso.

—¡Qué cosas tan terribles dices, Arlen!

—¿Por qué? Es la verdad —replicó él—. Ningún Enviado en activo consigue llegar a viejo.

—Pero si sabes que ese trabajo va a matarte, ¿por qué lo haces?

—Porque prefiero vivir unos pocos años sabiendo que soy libre a pasarme décadas dentro de una prisión.

—Es difícil considerar Miln como una cárcel, Arlen —repuso ella.

—Pero lo es —insistió el joven—. Nos convencemos a nosotros mismos de que es el mundo, pero no es así. Nos decimos que no hay nada para nosotros fuera de estos muros, pero lo hay. ¿Por qué crees que Ragen continúa siendo Enviado? Tiene más dinero del que puede gastar.

—Ragen está al servicio del duque. Tiene el deber de llevar a cabo ese trabajo porque ningún otro puede.

Arlen bufó.

—Hay otros Enviados, Elissa, y Ragen considera al duque un gusano. No lo hace por lealtad ni por honor. Lo hace porque sabe la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que fuera hay más cosas que dentro —replicó Arlen.

—Estoy embarazada, Arlen —dijo Elissa—. ¿Crees que Ragen va a encontrar eso en algún otro sitio?

Arlen hizo una pausa.

—Felicidades —respondió él al fin—. Sé cuánto lo deseabas.

—¿No tienes nada más que decir?

—Supongo que ahora esperarás que Ragen se retire. Un padre no debe arriesgarse, ¿a que no?

—Existen otras formas de enfrentarse a los demonios. Cada nacimiento es una victoria contra ellos.

—Eso mismo decía mi padre —dijo Arlen.

La mujer abrió los ojos, sorprendida, pues el muchacho jamás había hecho mención alguna a sus padres desde que lo conocía.

—Parece ser un hombre sensato —repuso ella con dulzura.

Pero la dama había dicho la frase equivocada, y lo supo en el acto. El semblante de Arlen se endureció hasta convertirse en algo como no había visto con anterioridad, algo que daba miedo.

—¡No era sensato! —gritó Arlen, lanzando al suelo una vasija llena de cepillos—. ¡Era un cobarde! Dejó morir a mi madre, la dejó morir...

Se le descompuso el gesto en una mueca de angustia y vaciló mientras cerraba los puños. Elissa acudió a su lado a toda prisa, sin saber qué hacer ni qué decir, salvo que deseaba abrazarlo.

—La dejó morir porque le tenía miedo a la noche —murmuró Arlen.

Intentó resistirse mientras ella lo rodeaba con los brazos, pero ella lo sujetaba con demasiada fuerza para que pudiera zafarse.

Lo estrechó entre sus brazos durante largo tiempo, y luego le acarició el pelo.

—Ven a casa, Arlen —musitó al final.

Arlen vivió en casa de Ragen y Elissa el último año de su aprendizaje, pero la naturaleza de su relación había cambiado. Ahora él era el dueño de sus actos y ni siquiera Elissa intentó luchar más contra los mismos, y para sorpresa de la dama, su rendición los acercó aún más. Arlen la idolatró cuando le creció el vientre. Él y Ragen programaron sus viajes de forma que ella no se quedara sola en ningún momento.

Arlen también pasó mucho tiempo en compañía de la Herborista comadrona de Elissa. Ragen le repetía que un Enviado necesitaba saber algo de la ciencia de los sanadores, así que recogía para esa mujer raíces y plantas que crecían fuera de los muros de la ciudad y ella le enseñaba parte de su ciencia.

Ragen se mantuvo cerca de Miln durante todos aquellos meses y colgó la lanza para siempre cuando nació su hija Marya. Él y Cob se pasaron la noche entera bebiendo y brindando.

Arlen se sentaba con ellos, pero mantenía fija la mirada en el vaso, sumido en sus pensamientos.

—Deberíamos hacer planes —dijo Mery una tarde mientras ella y Arlen paseaban de vuelta a la casa de su padre.

—¿Planes? ¿Para qué...? —inquirió Arlen.

—Para la boda, ganso —replicó ella entre risas—. Mi padre jamás me permitiría casarme con un aprendiz, pero no dirá ni una palabra en contra cuando seas Protector.

—Enviado —le corrigió Arlen.

Mery lo miró durante mucho rato y al final dijo:

—Ya va siendo hora de que abandones esos viajes, Arlen. Pronto vas a ser padre.

—¿Y qué tendrá que ver una cosa con la otra? —quiso saber Arlen—. Montones de Enviados son padres.

—No quiero casarme con un Enviado —replicó ella con rotundidad—, y lo sabes, siempre lo has sabido.

—Igual que tú siempre ha sabido lo que soy —replicó Arlen— y, aun así, aquí sigues.

—Pensé que podrías cambiar —admitió ella—. Pensé que serías capaz de librarte de esa falsa ilusión en la que andas atrapado, la de que necesitabas arriesgar la vida para ser libre. ¡Creí que me amabas!

—Y te quiero —afirmó Arlen.

—Pero no tanto como para dar tu brazo a torcer en esto —concluyó ella.

Arlen guardó silencio.

—¿Cómo puedes quererme y aun así comportarte de esta manera? —inquirió Mery.

—Ragen ama a Elissa —contestó él—. Ambas cosas son posibles.

—Elissa odia el oficio de su marido, tú mismo lo dijiste.

—Y a pesar de todo llevan casados quince años —repuso él.

—¿A eso vas a condenarme? —preguntó la joven—. ¿A pasar solas noches de insomnio sin saber siquiera si vas a regresar, preguntándome si has muerto o has conocido a alguna pelandusca en otra ciudad?

—Eso no va a pasar.

—Eres un aborto de Abismo si crees eso —concluyó ella mientras las lágrimas le caían por las mejillas—. No voy a permitirlo. Hemos terminado.

—Mery, por favor —dijo Arlen mientras alargaba la mano hacia ella, pero la muchacha se echó hacia atrás para que la alcanzara.

—No tenemos nada más que decir.

Ella dio media vuelta y salió corriendo hacia la casa de su padre.

Arlen se quedó allí de pie, con la mirada fija en el lugar por donde se había ido, durante mucho rato: las sombras aumentaron y el sol se hundió por debajo de la línea del horizonte; pero aun así, permaneció allí, incluso cuando sonó la Campanada Postrera. Al final, arrastró las botas sobre las calles adoquinadas, deseando que los abismales pudieran alzarse entre el empedrado de piedra y consumirlo.

—¡**P**or el Creador! ¿Qué haces aquí, Arlen? —chilló Elissa, empujándolo para que entrara en la mansión—. Cuando se hizo de noche, pensamos que te habías ido a la tienda de Cob.

—Necesitaba tiempo para pensar, nada más —murmuró Arlen.

—¿Ahí fuera, en la oscuridad?

Arlen se encogió de hombros.

—La ciudad está protegida. No hay abismales por las calles.

La dama abrió la boca para replicar, pero percibió la tribulación en los ojos del muchacho y la reprimenda murió en sus labios.

—¿Qué ha pasado, Arlen? —preguntó con voz suave.

—Le dije a Mery lo mismo que te dije a ti —contestó él, y soltó una risa apagada—. No se lo tomó tan bien como tú.

—No recuerdo habérmelo tomado nada bien —contestó Elissa.

—Es una buena pista para saber a qué me refiero —convino él mientras se dirigía

a las escaleras.

Se marchó a su habitación y abrió la ventana para inspirar el aire frío de la noche. Se quedó contemplando la oscuridad.

A la mañana siguiente acudió a entrevistarse con el maestro gremial Malcum.

Marya berreó antes del alba, pero el llanto trajo más alivio que irritación. Elissa había oído muchas historias de niños muertos durante la noche y la idea la llenaba de ansiedad hasta el punto de que debían quitarle al bebé de las manos cuando llegaba la hora de acostarla y durante los sueños la embargaba una ansiedad desasosegante.

Sacó los pies de la cama y los balanceó antes de calzarse las chinelas y acercarse a la cuna. Se sacó un pecho para amamantar a su hija, que apretó el pezón con fuerza, pero la madre recibió el dolor con alegría, ya que era indicio de la fuerza de su amada niña.

—Eso es, lucero mío —arrulló a la niña—, bebe y hazte fuerte.

Caminó mientras amamantaba a la pequeña, temiendo ya el momento de separarse de ella. Ragen roncaba de forma acompasada en la cama. Dormía mejor ahora, pocas semanas después de su retirada. Tenía menos pesadillas, y ella y Marya lo tenían ocupado todo el día para que el camino no pudiera tentarlo.

Al final, Marya retiró los labios del pecho y eructó satisfecha antes de quedarse dormida. Elissa la besó y la puso de nuevo en la cuna antes de dirigirse a la puerta, donde Margrit estaba a la espera, como siempre.

—Buenos días, Madre Elissa —dijo la mujer. El título y el genuino afecto con el que lo decía aún la llenaban de gozo. Incluso aunque Margrit fuera su criada, ellas nunca habían estado a la par en el aspecto más importante de Miln—. He oído los gritos de esta ricura —comentó—. Va a ser una niña fuerte.

—Debo salir —anunció la dama—. Prepárame un baño y ten listos el vestido azul y el abrigo de armiño.

La mujer asintió y la madre volvió junto a su hija.

A regañadientes, Elissa confió la niña a Margrit después de haberse bañado y ataviado. Se dirigió al centro de la ciudad antes de que su esposo se despertara, sabedora de que iba a soltarle una reprimenda por entrometerse, pero ella sabía que Arlen se tambaleaba al borde de un precipicio y no estaba dispuesta a dejarle caer por no haber actuado a tiempo.

Miró en derredor, temerosa de que Arlen pudiera verla entrar en la biblioteca ducal. No halló a Mery en ninguna de las celdas ni tras ningún montón de libros, lo cual no la sorprendió lo más mínimo. Arlen apenas había hablado de la chica, como hacía con casi todos los asuntos personales, mas Elissa escuchaba con atención cuando lo hacía. Ella sabía que había un lugar especial para ellos dos, y sabía que la

muchacha se había refugiado en él.

La dama encontró a Mery en la azotea de la biblioteca. Estaba llorando.

—¡Madre Elissa! —exclamó la muchacha con voz ahogada mientras se enjugaba las lágrimas a toda prisa—. ¡Me habéis asustado!

—Perdona, querida —repuso la dama, acercándose a ella—. Me iré si así lo quieres, pero he pensado que tal vez necesitabas alguien con quien hablar.

—¿Te envía Arlen? —quiso saber Mery.

—No —replicó Elissa—, pero le he visto muy alterado y he imaginado que debía ser más duro para ti.

—¿Estaba alterado?

—Anduvo de noche por las calles durante horas —contestó la dama—. Me moría de preocupación.

Mery sacudió la cabeza.

—Decidido a matarse —murmuró.

—Tengo la impresión de que justo lo contrario —le contradijo la dama—. Creo que intenta sentirse vivo con desesperación.

Mery la miró con curiosidad. Elissa se sentó junto a la muchacha.

—Durante años no comprendí por qué mi esposo sentía la necesidad de vagabundear lejos del hogar bajo la amenaza de los abismales, jugándose la vida por unas cuantas parcelas y unos legajos de papeles después de haber acumulado dinero para mantenernos viviendo con lujo durante dos vidas. ¿Por qué seguía?

»La gente describe a los Enviados con términos como deber, honor y sacrificio. Terminan por convencerse a sí mismos de que ésa es la razón por la cual los Enviados actúan como lo hacen.

—¿Y no es así? —quiso saber la joven.

—Durante un tiempo pensé que sí, pero ahora veo las cosas con mayor claridad —contestó Elissa—. Hay veces en la vida en que nos sentimos tan vivos que cuando pasan nos sentimos disminuidos, y cuando eso ocurre, haríamos cualquier cosa por volver a sentirnos vivos de nuevo.

—Nunca me he sentido disminuida —arguyó Mery.

—Ni yo tampoco —replicó Elissa—, hasta que me quedé embarazada. De pronto, yo era responsable de la vida que llevaba dentro de mí y cuanto comía y hacía la afectaba. Había esperado aquello tanto tiempo que me aterraba perder al bebé, como ocurre a tantas mujeres de mi edad.

—No eres tan vieja —protestó Mery.

Elissa se limitó a sonreír antes de continuar diciendo:

—Podía sentir el latido de Marya en mi interior, y el mío latiendo en armonía con el suyo. Jamás en la vida había sentido algo igual. Ahora que la niña ha nacido, me desespera que tal vez nunca más vuelva a sentirlo. Me aferró a ella con

desesperación, pero esa conexión nunca será la misma.

—¿Y qué relación guarda todo esto con Arlen? —preguntó Mery.

—Te estoy explicando cómo creo que se sienten los Enviados cuando están de viaje —contestó la dama—. Creo que el riesgo de perder la vida hace que Ragen aprecie más su valía y ha prendido en él un instinto que le ha permitido seguir vivo.

»Es diferente para Arlen. Los demonios le han arrebatado demasiado, Mery, y él se culpa a sí mismo. Creo que se odia en lo más profundo de su ser. Culpa a los abismales por hacerle sentir de esa manera, y obtiene cierta paz cuando los desafía.

—Ay, Arlen —susurró Mery.

Y las lágrimas brillaron en sus ojos una vez más.

Elissa alargó la mano y acarició la mejilla de la muchacha.

—Pero él te quiere —dijo la dama—. Lo aprecio en su voz cada vez que habla de ti. A veces creo que mientras está tan ocupado amándote, se olvida de odiarse a sí mismo.

—¿Cómo lo has conseguido, Madre? —quiso saber Mery—. ¿Cómo te las has arreglado para estar casada con un Enviado todos estos años?

La esposa de Ragen suspiró.

—Porque mi marido es benévolo y duro al mismo tiempo, y sé lo insólito que es esa clase de personas. Porque jamás dudé de su amor ni de que regresaría a mí, y por encima de todo, porque los momentos que he tenido con él han merecido la pena sobre los de su ausencia.

Rodeó a Mery con los brazos y la estrechó con fuerza.

—Dale una razón para volver a su hogar, Mery, y creo que Arlen aprenderá que su vida es algo que merece la pena, después de todo.

—No quiero que se aleje nunca —contestó ella en voz baja.

—Lo sé —convino lady Elissa—, ni tampoco yo, pero no creo que pueda amarlo menos si se marcha.

Mery suspiró.

—Tampoco yo —admitió.

Cuando Jaik salió esa mañana en dirección al molino, Arlen lo estaba esperando. Llevaba la armadura y tenía una montura consigo, un corcel de pelaje bayo y crin negra llamado Mensajero del Alba.

—¿Qué es esto? —preguntó Jaik—, ¿Te vas a Soto Pobre?

—Y todavía más lejos —repuso Arlen—. Tengo un encargo del gremio para llevar un mensaje hasta Lakton.

—¡Lakton! —exclamó el pelinegro con voz entrecortada—. ¡Te llevará semanas llegar hasta allí!

—Tal vez quieras venir conmigo —le ofreció Arlen.

—¿Qué...?

—Como juglar mío —aclaró Arlen.

—Mira, yo no estoy preparado para... —empezó el molinero.

—Cob dice que la mejor forma de aprender las cosas es haciéndolas —lo atajó Arlen—. Ven conmigo y aprenderemos juntos. ¿Quieres trabajar en el molino para siempre?

Jaik clavó la mirada en los adoquines de la calle.

—Lo del molino no está tan mal —adujo el joven, balanceando el cuerpo sobre uno y otro pie alternativamente.

Arlen lo estudió durante unos instantes y luego asintió.

—Cuídate, Jaik —se despidió Arlen mientras montaba a lomos del caballo.

—¿Cuándo piensas volver? —preguntó el molinero.

El interpelado se encogió de hombros y volvió la vista hacia las puertas de la ciudad antes de responder:

—No lo sé. Tal vez nunca.

Antes de que terminara esa misma mañana, Elissa y Mery regresaron a la mansión horas después de su encuentro.

—No cedas a las primeras de cambio —la avisó Elissa mientras caminaban—. No quieres perder todo tu poder. Haz que luche por ti o nunca comprenderá tu valía.

—¿Crees que lo hará?

—Oh, sí, sé que sí —repuso la dama con una sonrisa.

—¿Has visto a Arlen esta mañana? —le preguntó a Margrit en cuanto llegaron.

—Sí, Madre —contestó la mujer—. Hará cosa de unas horas. Pasó un rato con Marya y luego se marchó con una talega al hombro.

—¿Una talega? —preguntó la señora de la casa.

Margrit se encogió de hombros.

—Probablemente salía hacia Soto Pobre o algún sitio así.

Ella asintió, no muy sorprendida de que Arlen hubiera optado por marcharse de la ciudad unos días.

—Estará fuera un par de días por lo menos —le dijo a Mery—. Entra a ver a Marya antes de irte.

Subieron la escalinata y Elissa empezó a hacer arrullos mientras se acercaba a la cuna de Marya, deseosa de tomar en brazos a su hija, pero se detuvo en seco cuando vio el papel de una nota doblada y metida en parte debajo de la niña. La dama retiró el trozo de papel con manos temblorosas y lo leyó en voz alta.

Queridos Elissa y Ragen:

He aceptado una encomienda del gremio de Enviados para ir a Lakton. Estaré ya de camino para cuando leáis esto. Lamento no poder ser lo que todos queríais.

Gracias por todo. Jamás os olvidaré.

Arlen

—¡No! —chilló Mery, y dio media vuelta para salir huyendo de la habitación. Abandonó la casa a la carrera.

—¡Ragen, Ragen! —gritó Elissa.

Su esposo acudió enseguida junto a ella y sacudió la cabeza con tristeza cuando leyó la nota.

—Este chico... Siempre huyendo de sus problemas —musitó.

—¿Y bien...? —inquirió la dama.

—¿Y bien, qué? —preguntó Ragen.

—¡Ve y encuéntralo! ¡Tráelo de vuelta!

Ragen fijó los ojos en su esposa con severidad, dando inicio a una discusión sin palabras. Era una batalla perdida desde el principio, y ella lo sabía, por eso no tardó en mirar al suelo.

—Se ha ido demasiado pronto —susurró la dama—. ¿Por qué no ha esperado un día más?

Ragen la envolvió entre sus brazos cuando ella rompió a llorar.

—¡Arlen! —gritaba Mery mientras corría.

Toda pretensión de calma y todo el interés de aparentar entereza para lograr que su amado luchara por ella la habían abandonado. Todo cuanto quería ahora era localizarlo y decirle que lo amaba y que continuaría haciéndolo sin importar cuál fuera su elección.

Llegó a la puerta de la ciudad en un tiempo mínimo, jadeante a causa del esfuerzo, pero ya era tarde: los guardias la informaron de que él había abandonado la ciudad hacía varias horas.

Mery sabía en el fondo de su corazón que Arlen no iba a regresar. Si lo quería, no le quedaba otro remedio que ir tras él. Sabía montar a caballo y podía conseguir una montura prestada de Ragen a fin de ir a por él. Seguro que Arlen pasaba en Harden la primera noche. Podía llegar a tiempo si se apresuraba.

Corrió de vuelta a la mansión, pues el pánico a perder a su amado le insufló fuerzas renovadas.

—¡Se ha ido! —anunció a voz en grito a Elissa y Ragen—. Necesito que me

prestéis un caballo.

Ragen negó con la cabeza.

—Jamás llegarás a tiempo. Te quedarás a medio camino y los abismales te harán pedazos —repuso él.

—No me importa. ¡Debo intentarlo! —chilló la muchacha, y salió disparada hacia las cuadras, pero Ragen era más rápido y la atrapó. Ella chilló y lo golpeó, pero su abrazo era pétreo y la muchacha no consiguió zafarse de su presa.

De pronto, Mery comprendió a qué se había referido cuando Arlen dijo que Miln era una prisión, y también supo qué era sentirse disminuida.

Cob encontró una sencilla nota pegada en un libro de contabilidad en la encimera del mostrador a última hora del día. En ella, Arlen se disculpaba por marcharse antes del término de los siete años de aprendizaje.

Esperaba que lo comprendiera.

El anciano maestro leyó la carta una y otra vez, memorizando cada palabra, y leyó el mensaje entre líneas.

—¡Por el Creador, Arlen, claro que te entiendo!

Tras decir eso, se echó a llorar.

TERCERA PARTE

KRASIA

328

Después del Retorno

Las ruinas

328 d.R.

«¿Qué estás haciendo, Arlen?», se preguntó mientras la luz de la tea parpadeaba de forma seductora sobre la escalera de piedra. El sol pendía a baja altura, cerca de la línea del horizonte, y era consciente de que iba a necesitar varios minutos para regresar a su campamento, pero las escaleras lo atraían con una fuerza que no era capaz de explicar.

Cob y Ragen lo habían prevenido a ese respecto. La perspectiva de los posibles tesoros existentes en las ruinas se apoderaba de muchos Enviados y acababan por correr riesgos estúpidos. Arlen sabía que ése era uno de aquellos casos, pero no lograba resistirse a la posibilidad de explorar «los puntos perdidos de los mapas», como los denominaba el Pastor Ronnell. El dinero obtenido por aquel encargo le pagaba tres expediciones, algunas a varios días del camino más próximo, pero hasta el momento sólo había hallado heces.

Su mente volvió al montón de libros del mundo antiguo destinados a convertirse en polvo en cuanto intentaba cogerlos, a la hoja herrumbrosa que cuando uno se cortaba con el filo infectaba la herida y hacía sentir el brazo como si estuviera en una hoguera, a la bodega de vino que se venía abajo y lo mantenía atrapado durante tres días hasta que lograba salir excavando sin una sola botella para enseñar. La búsqueda de ruinas jamás compensaba, y un día de éstos iba a costarle la vida, y él lo sabía.

«Vuelve —se instó a sí mismo-. Toma un refrigerio, revisa las defensas y descansa un poco.»

—La noche te lleve -se maldijo Arlen antes de bajar por las escaleras.

Pero a pesar de todas esas increpaciones, el corazón le latía desbocado de entusiasmo. Se sentía libre y más vivo de lo que podrían ofrecer las Ciudades Libres. Se había hecho Enviado por ese motivo.

Descendió hasta el pie de las escaleras, donde se tomó un respiro para secarse el sudor de la frente con la manga y beber un trago del pellejo, pues hacía mucho calor. Resultaba difícil imaginar que arriba, en la superficie, el desierto rozaría temperaturas cercanas a los cero grados nada más caer la noche.

Avanzó por un corredor arenoso sobre cuyas paredes de piedras ajustadas la tea proyectaba sombras diabólicas que le hicieron preguntarse: «¿Son eso sombras de demonios? Eso sí que sería tener mala pata.» Suspiró. Había tantas cosas que

ignoraba...

... a pesar de lo mucho que había aprendido en los últimos tres años gracias a haberse empapado como una esponja con los conocimientos de otras culturas y sus formas de enfrentarse a los abismales. Había pasado varias semanas viviendo en los bosques angersianos para estudiar a los demonios del bosque. Había aprovechado la estancia en Lakton para aprender a manejar botes más complejos que las canoas para dos personas utilizadas en Arroyo Tibbet y pagó cara esa curiosidad, enfrentándose con un demonio de las aguas que le había dejado una cicatriz retorcida en el brazo. La suerte se había puesto de su lado, pues fue capaz de fijar un pie y arrastrar al abismal por el tentáculo hasta sacarlo del agua. La criatura de pesadilla no soportaba el contacto con el aire, de modo que lo soltó y se deslizó de regreso a las profundidades. Pasó muchos meses en esas tierras, familiarizándose con las protecciones en el agua.

Fuerte Rizón se parecía mucho a su hogar, más que una ciudad parecía un puñado de comunidades granjeras, cada una de las cuales ayudaba a las otras para suavizar las inevitables pérdidas causadas por los abismales cuando lograban sobrepasar las defensas de los postes de protección.

La favorita de Arlen era Fuerte Krasia, la Lanza del Desierto; Krasia, la del viento lacerante, un horno durante el día y un heladero durante la noche, cuando surgían de las dunas los demonios de la arena.

Krasia, donde continuaba el combate.

Los hombres de Krasia no se habían permitido el lujo de sumirse en la desesperación y todas las noches, después de poner a buen recaudo a sus esposas e hijos, hacían la guerra a los abismales con lanzas y redes, armas similares a las de Arlen en lo tocante a su incapacidad para perforar la dura piel de los abismales, pero causaban escozor y ardor a los demonios, lo bastante para hostigarlos y hacerles caer en trampas protegidas con grafos, donde los retenían hasta el amanecer, cuando el sol del desierto los reducía a cenizas. La determinación de los krasianos era una fuente de inspiración.

Todo lo aprendido sólo le había servido para despertar un apetito insaciable de saber. Cada ciudad visitada le había enseñado conocimientos ignorados por las demás, y eso le hacía creer que debía haber algún sitio donde estaban las respuestas que buscaba.

Y así hasta llegar a esas ruinas semienterradas en la arena, los restos prácticamente olvidados de la ciudad de Sol de Anoch, salvo en un mapa casi desmenuzado que Arlen había descubierto. La urbe había permanecido intacta durante cientos de años y buena parte de la misma se había desmoronado o había sido consumida por la acción conjunta del sol y la arena, pero los niveles inferiores, horadados muy hondos en el subsuelo, se hallaban intactos.

Arlen se quedó sin aliento al doblar la esquina y alzar la cabeza. Vio a la luz

parpadeante de la antorcha una serie de símbolos grabada en las columnas de piedra. Llegaban hasta el otro lado del pasillo. Eran grafos.

Arlen acercó la tea para examinarlos de cerca. Eran tan antiguos e inmemoriales como el propio aire que respiraba, viciado por el lapso de los siglos. Tomó papel y carboncillo de la talega y los pegó a la piedra para luego frotar y así obtener la marca del grafo. Fue limpiando el polvo de los siglos, que se le pegó a la garganta, para continuar su tarea.

Acabó por llegar al otro extremo de la estancia, donde había una puerta de piedra con grafos de trazo descolorido y borrado por las desconchaduras. Extrajo su libreta y copió los que estaban lo bastante intactos como para descifrarlos. Luego, se movió para examinar la puerta.

El explorador no tardó en notar que más que una puerta era una losa. Permanecía en su sitio por el solo efecto del peso. Tomó la lanza a fin de usarla como palanca e introdujo la punta a modo de cuña en la juntura existente entre la losa y la pared antes de hacer fuerza. La punta de la lanza se partió con un chasquido seco.

—¡Por la Noche! —maldijo Arlen.

El metal era escaso y gravoso tan lejos de Miln. Se negó a darse por vencido y tomó martillo y cincel de la talega con el propósito de hacer un agujero en la pared de arenisca, fácilmente horadable, y pronto hubo terminado de practicar un hueco lo bastante amplio como para alcanzar la habitación situada al otro lado con el astil de la lanza. Ésta era gruesa y sólida, y en esa ocasión él puso todo el peso de su cuerpo mientras hacía palanca. Notó que la gran losa cedía levemente, pero aun así, la madera se astillaría antes de que lograra moverla.

Usó el cincel para levantar las losas de piedra situadas en la base de la puerta, cavando un surco hondo debajo de la losa. Si podía mover la piedra hasta ese punto, su propia inercia la pondría en movimiento.

Echó mano a la lanza y volvió a apalancar antes de hacer fuerza. La piedra resistió, pero Arlen apretó los dientes y perseveró en el esfuerzo hasta que al final la piedra se desplomó sobre el suelo en medio de un impacto atronador, dejando visible un estrecho hueco en el muro semioculto por el polvo.

Arlen entró en lo que parecía ser una cámara funeraria. El aire hedía a antigüedad, aunque empezó a oírse con la corriente fresca procedente del pasillo. Alzó la tea y vio en las paredes los vividos colores de pinturas donde se representaban estilizadas y diminutas figuras humanas librando interminables batallas contra los demonios.

Batallas donde los hombres parecían llevar la mejor parte.

Ocupaba el centro de la cámara un féretro de obsidiana cuyo contorno imitaba toscamente la figura de un lancero. El joven se acercó hacia el féretro con mirada fija en los grafos grabados por toda la superficie. Alargó las manos para tocarlas y entonces se percató de lo mucho que le temblaban.

Sabía que le quedaba poco tiempo antes de que se hiciera completamente de noche, pero ni todos los abismales surgidos desde el Abismo en ese momento lo habrían alejado de allí. Respiró hondo antes de acercarse a la cabeza del sarcófago y empujar con la fuerza necesaria para que la tapa se deslizara hacia un lado, pero sin caer al suelo y romperse. Arlen era consciente de que debía copiar los grafos antes de intentar aquello, pero tomarse el tiempo de transcribir los trazos a la libreta lo habría obligado a regresar a ese lugar por la mañana, y simplemente no podía esperar.

La pesada piedra se movió lentamente y el rostro de Arlen enrojeció a causa del esfuerzo mientras seguía empujando con los músculos hinchados y las venas marcadas en los brazos. La pared estaba cerca de él, por lo cual extendió un pie y lo apoyó en ella para conseguir hacer un efecto de palanca. El pasillo se pobló de ecos cuando gimió al empujar con todas sus fuerzas. La tapa del féretro se deslizó fuera de su posición y se estrelló contra el suelo.

Arlen no le prestó la menor atención a la cubierta y fijó la vista en el contenido del sarcófago. El cuerpo envuelto en vendas se hallaba prácticamente intacto, pero apenas llamó su interés. Él sólo tenía ojos para el objeto aferrado por las manos momificadas: una lanza de metal.

El cadáver aferraba el arma con obstinación, pero Arlen la sujetó y tironeó hasta quitársela. Lo maravilló su ligereza. Medía más de dos metros de contera a punta y el astil rondaría los dos centímetros y medio de diámetro. La punta seguía lo bastante afilada para hacer sangre a pesar de los muchos años transcurridos. Arlen no conocía ese metal, pero pasó ese hecho por alto en cuanto notó otro detalle: la lanza estaba protegida por una sucesión de grafos grabados a lo largo de toda su superficie plateada con un nivel de habilidad desconocido en los tiempos actuales. No había visto jamás unas protecciones semejantes.

Arlen comprendió la enormidad de su hallazgo casi al mismo tiempo que se dio cuenta del peligro en que se encontraba. El sol se estaba poniendo en el exterior y era como si no hubiese encontrado nada en aquel lugar si moría antes de llevarlo a la civilización.

Alzó la tea y salió disparado de la cámara funeraria para luego cruzar la sala y subir los escalones de tres en tres. Atravesó el dédalo de calles guiado por su instinto, rezando para acertar en cada elección y en cada giro.

Por último, atisbó la salida al polvoriento laberinto de vías semienterradas, pero no entraba ni un rayo de luz por la puerta. Cuando alcanzó la salida vio que el cielo todavía conservaba unas pinceladas de color, pues acababa de ponerse el sol. Su campamento estaba a la vista y los abismales apenas habían empezado a alzarse.

No se detuvo a considerar sus actos: soltó la antorcha y salió corriendo de los edificios, levantando arena cada vez que zigzagueaba para evitar a los demonios de la arena que surgían en las inmediaciones.

Estos seres eran primos de los demonios de las rocas, parecidos en todo salvo en su mayor agilidad y menor tamaño, a pesar de lo cual se contaban entre los más fuertes y mejor blindados de la estirpe abismal. Tenían unas escamas pequeñas y cortantes de color azafranado apenas distinguibles de la arenilla en vez de las láminas de color gris marengo características de sus parientes de piedra. Además, corrían a cuatro patas mientras que los demonios de la roca andaban sobre dos piernas.

Los semblantes eran idénticos: hileras de dientes separados sobresalían de unas fauces con forma de hocico mientras las aberturas de las fosas nasales se hallaban más atrás, inmediatamente debajo de sus enormes ojos sin párpados. Gruesos cuernos salían de la frente para luego curvarse hacia atrás y hacia arriba y de las escamas surgían espinas puntiagudas. Retorcían las cabezas sin cesar mientras se apiñaban, desplazando la arena que el viento mantenía en continuo movimiento.

Y había en estas criaturas de arena algo más aterrador que en sus familiares de piedra: cazaban en manada; actuarían en grupo hasta verlo consumido.

Arlen olvidó su descubrimiento y corrió entre las ruinas con el corazón latiéndole desbocado a una velocidad y agilidad inimaginables, saltando por encima de columnas caídas y rocas desmigajadas mientras iba a derecha e izquierda para sortear a los abismales en proceso de solidificación.

Los abismales necesitaban unos momentos para corporeizar toda su anatomía en la superficie y Arlen aprovechó al máximo la ventaja de esa circunstancia para dirigirse a su círculo. Propinó una patada en la corva de la rodilla a un demonio, haciéndole trastabillar lo suficiente para tener espacio por donde pasar y cargó directamente contra otro, sólo para ladearse bruscamente en el último momento, haciendo que las fauces del ser se cerraran en el aire y la dentellada no lo alcanzase.

Tomó velocidad de nuevo al ver muy cerca el círculo de protección, pero un demonio se interpuso en su camino sin que hubiera forma de sortearlo. El abismal medía poco más de un metro y se había formado del todo: se agazapó en su camino, listo para saltar, profiriendo siseos de odio.

Arlen se hallaba muy cerca, apenas a unos metros de su preciado círculo. Su única esperanza era pasar zumbando junto a ese enemigo tan pequeño y caer rodando dentro del círculo antes de que lo matase el abismal.

El joven cargó directamente y por instinto asestó un lanzazo a la criatura, que se desplomó. Se produjo un flameo en el punto de impacto y él se llevó un fuerte golpe al caer sobre la arena, pero se levantó en una nube de arenilla y siguió corriendo sin atreverse a volver la vista atrás. Saltó en dirección al círculo y cayó dentro del mismo: estaba a salvo.

Jadeante a causa del esfuerzo, Arlen alzó la vista en dirección a los demonios de la arena, cuyas siluetas quedaban perfiladas a la luz del crepúsculo en el desierto. Sisearon y arañaron sus protecciones, arrancando con las garras intensos chispazos de

luz mágica.

A la incierta luz vespertina, el joven logró ver al demonio a quien había empujado. Se movía despacio, arrastrándose lentamente lejos de sus compañeros y de Arlen. Dejaba un rastro negro como la tinta sobre la duna.

Arlen abrió unos ojos como platos y luego, despacio, bajó la mirada hacia la lanza que aún empuñaba.

El icor de la bestia empapaba la punta.

Reprimió las ganas de echar a soltar una estentórea carcajada y volvió a mirar al herido abismal. Sus congéneres dejaron de atacar las defensas del círculo uno tras otro y olisquearon el aire para luego volverse y contemplar el rastro de icor primero y al demonio lastimado después.

La manada entera lanzó un grito y le cayó encima, haciéndolo pedazos.

El frío de la noche en el desierto acabó por obligarlo a apartar la vista del hierro. Había preparado todo para encender un fuego cuando montó el campamento mucho antes, por lo cual le bastó conseguir una chispa y avivar la llama para tener una fogata con la que calentarse y prepararse algo de cenar. *Mensajero del Alba* tenía las patas sujetas con maneadas y permanecía a resguardo en su propio círculo de protección. Lo había cepillado y alimentado esa misma tarde antes de ponerse a explorar las ruinas.

El Manco hizo acto de aparición poco después de que brillara la luna, tal y como había hecho durante los tres últimos años. Arlen lo recibió como de costumbre, con una palmada a dos manos que provocó la réplica del ser: un bramido lleno de odio.

La primera vez que Arlen salió de Miln se llegó a preguntar si sería capaz de hallar un modo de dormir a pesar de los porrazos de El Manco contra sus defensas, pero ahora era una segunda naturaleza. Su círculo de protección había demostrado ser fiable una y otra vez, y él lo cuidaba con un mimo casi religioso, renovando las placas lacadas con frecuencia y reparando los cordajes.

Con todo, odiaba al demonio. No había alcanzado con él esa nota de familiaridad que se había producido entre El Manco y los centinelas de la muralla de Miln, y, al igual que la criatura sólo recordaba quién le había lisiado, Arlen no olvidaba las cicatrices de su espalda, causadas por quien estuvo a punto de matarlo. Y también se acordaba de los nueve Protectores, dos Enviados, tres Herboristas, treinta y siete guardias y dieciocho ciudadanos milneses que perdieron la vida cuando el abismal abrió una brecha en el muro. Miró fijamente al demonio sin dejar de acariciar su nueva lanza con aire ausente. ¿Le causarían esos grafos algún efecto a él también?

Necesitó de toda su fuerza de voluntad para resistirse a la necesidad de saltar fuera del círculo y averiguarlo.

Arlen apenas había conciliado el sueño cuando asomó el sol y los demonios volvieron al Abismo, pero se levantó de un humor excelente. Después del desayuno tomó una libreta y estudió la lanza con minuciosidad antes de copiar cada grafo y estudiar el diseño formado por todos a lo largo del astil y la punta.

El sol estaba en su cénit cuando terminó. Tomó otra antorcha y regresó al submundo de las catacumbas para copiar todas las protecciones grabadas en las piedras. Había más tumbas y tuvo la tentación de olvidar toda prudencia y explorarlas todas, pero si se demoraba otro día más se quedaría sin comida antes de alcanzar el oasis de la Aurora. Él había contado con localizar un pozo en las ruinas de Sol de Anoch, y lo había en verdad, pero la vegetación era escasa y no había nada comestible.

Arlen suspiró. Las ruinas habían estado allí varios siglos. No se habrían movido de allí a su regreso y albergaba la esperanza de hacerlo con un grupo de Protectores krasianos detrás.

El día pasaba lentamente en el exterior cuando abandonó la ciudad en ruinas. Arlen se tomó su tiempo para ejercitar y alimentar a su montura, y luego se preparó la comida, con la mente sumida en sus propios pensamientos.

Los krasianos iban a pedirle pruebas, por descontado, pruebas de que esa lanza podía matar bichos. Ellos eran guerreros, no exploradores de ruinas, y no iban a prescindir de un solo hombre capaz de luchar para efectuar una expedición así sin un buen motivo.

«Pruebas», pensó. Estaba claro que debía aportarlas él.

Arlen empezó a preparar el campamento cuando apenas quedaba una hora para el crepúsculo. Sujetó las patas de *Mensajero del Alba* con las maneadas. Preparó su círculo de tres metros de diámetro, como de costumbre, y luego sacó de las talegas una serie de piedras de protección a fin de crear otro círculo exterior más amplio, éste de doce metros de diámetro. Situó las piedras algo más separadas de lo habitual, pero teniendo buen cuidado de alinearlas bien unas con otras. Tenía un tercer círculo disponible en las alforjas, pues siempre llevaba uno de reserva, y también lo estableció en torno al campamento, por el lado exterior del círculo más largo, junto al borde.

Arlen se arrodilló en el círculo interior cuando hubo terminado y colocó la lanza junto a él. Respiró hondo mientras despejaba la mente de posibles distracciones. No contempló cómo el sol se hundía tras las dunas ni cómo la arena de las mismas refulgía en la línea del horizonte antes de caer la oscuridad.

Los ágiles demonios de la arena surgieron primero y el joven no tardó en percibir el centelleo y el chisporroteo producido por las protecciones del círculo exterior, que repelieron a las criaturas. Oyó el rugido de El Manco al cabo de unos momentos. No

tardó en apartar del camino a sus congéneres más pequeños mientras se acercaba al anillo exterior. Arlen lo ignoró y continuó respirando de forma cadenciosa, con los ojos cerrados y la mente en calma. La falta de respuesta sólo sirvió para indignar todavía más a su enemigo, que golpeó las protecciones con renovada saña.

El flameo de la magia fue visible incluso a través de los párpados cerrados, pero el demonio de las rocas no continuó su ataque de forma inmediata. Arlen abrió los ojos y observó a El Manco, que ladeaba la cabeza con curiosidad y se permitió una sonrisa exenta de alegría.

El abismal atacó de nuevo las defensas y, otra vez, se detuvo. En esta ocasión el ser soltó un grito penetrante y retiró el brazo bueno de las protecciones y apoyó los pies sobre el círculo, invisible como un muro de cristal, y con las garras extendidas empujó hacia delante, chillando de dolor a medida que doblaba y triplicaba la presión contra las protecciones. El sinuoso entramado de protección se curvó allí donde el monstruo apoyaba las garras y la magia cedió de forma ostensible en el aire.

El Manco flexionó aquellas piernas blindadas suyas provocando un sonido que le heló la sangre en las venas a Arlen a pesar de su estado de paz y al final traspasó la red de protección para quedar tambaleante frente al anillo interior. *Mensajero del Alba* relinchó y forcejeó con las maneadas.

Arlen se puso en pie mientras el monstruo se erguía. Se miraron el uno al otro. Los demonios de las arenas, más débiles, intentaron con desesperación imitar la hazaña de El Manco, pero las piedras de protección estaban espaciadas con gran precisión y ninguno de ellos era capaz de aplicar la fuerza suficiente para cruzarlas. Aullaron con desesperación delante de la barrera mientras contemplaban la confrontación del interior.

El joven había dado un buen estirón desde el primer encuentro con El Manco, pero se sentía empequeñecido en su presencia exactamente igual que esa noche aterradora. El demonio de las rocas medía cuatro metros y medio desde las garras de los pies a la punta de los cuernos, y eso era el doble de la estatura de un hombre normal. Arlen debió echar hacia atrás la cabeza para poder mirar a los ojos al abismal, que no le quitaba la vista de encima.

El monstruo tullido abrió las fauces chorreantes de baba, dejando entrever las hileras de dientes afilados como cuchillas y tensó las garras, cortantes como dagas. No había arma conocida capaz de traspasar el negro caparazón que le acorazaba el enorme pecho. Echaba humo y tenía el cuerpo chamuscado tras el cruce de la red mágica, pero las heridas manifiestas no le restaban ni un ápice de peligrosidad, antes al contrario: parecía más inquietante, un titán enloquecido.

Arlen apretó la lanza metálica con más fuerza mientras salía del círculo.

El rito de iniciación

328 d.R.

El Manco bramó en la noche cuando vio la venganza al alcance de su mano. Arlen se obligó a respirar hondo e hizo un esfuerzo por tranquilizarse, pues el corazón estaba a punto de salirse del pecho. No tenía prueba alguna de que la magia del metal pudiera herir al demonio, sólo la esperanza, y aunque se cumpliera, no le bastaría para ganar aquella batalla. Iba a necesitar toda su astucia y su preparación.

Separó los pies hasta adoptar una posición de combate. La arena le ralentizaba los movimientos, pero también entorpecería al monstruo. Mantuvo el contacto visual con el ser y no realizó movimientos bruscos mientras el abismal saboreaba el momento.

Arlen tuvo la impresión de que toda su vida lo había conducido hasta ese momento sin él saberlo. No estaba seguro de estar preparado para semejante prueba, pero la idea de diferir el desenlace un poco se le antojaba intolerable después de haber sido acosado por ese demonio durante casi diez años. Incluso en ese momento estaba a tiempo de retroceder hasta la protección del círculo y ponerse a salvo de los ataques del demonio de las rocas. Se apartó de la zona protegida con toda premeditación, obligándose a sí mismo a luchar.

El abismal lo observó dar vueltas mientras enseñaba los dientes detrás de esa boca suya torcida por la que soltaba un gruñido que reverberaba en su garganta. Movía la cola cada vez con mayor rapidez. Arlen supo que se estaba preparando para golpear.

El monstruo arremetió con un rugido. Las garras silbaron al cortar el aire. Arlen salió disparado hacia delante y se agachó para evitar el golpe, aunque ya estaba al alcance del ser. No se detuvo y se metió justo entre las patas de la criatura y rodó sobre sí mismo para luego dirigirle una lanzada a la cola. Se levantó un fogonazo de luz mágica cuando el arma hizo blanco y el demonio aulló cuando la punta atravesó las placas y se hundió en la carne.

El humano había esperado un coletazo de respuesta por parte del demonio, pero la reacción fue más rápida de lo esperado. Se lanzó al suelo de bruces mientras el apéndice silbó por encima de la cabeza: las púas del rabo no le rozaron por centímetros. Arlen se puso en pie en un abrir y cerrar de ojos, pero El Manco ya se estaba dando la vuelta y usaba la velocidad de la cola para acelerar la rapidez de su giro. El ser era rápido y ágil a pesar de su corpulencia.

El Manco golpeó de nuevo y el humano fue incapaz de esquivarlo a tiempo, por

lo que dispuso la lanza en perpendicular para bloquear el golpe a pesar de que el demonio era demasiado fuerte para tener éxito en el intento. Se había dejado llevar por sus emociones y había entrado en la lidia antes de tiempo. Se maldijo por su idiotez.

Pero los trazos grabados a lo largo del astil flamearon cuando la garra del demonio golpeó el metal del arma. Arlen apenas sintió el golpe, pero el abismal se vio rechazado como cuando golpeaba un círculo de protección y el efecto de retroceso de su propia fuerza lo desplazó hacia atrás, pero se recobró enseguida, e ileso.

Arlen hizo un gran esfuerzo para sobreponerse a la sorpresa y moverse, comprendiendo dónde radicaba su ventaja y resuelto a sacarle el mayor provecho posible. El Manco embistió como un poseso, determinado a superar aquel nuevo obstáculo.

El joven levantó una nube de polvo al echar a correr y saltó por encima de los restos caídos de una gruesa columna de piedra para luego esconderse detrás de ella y prepararse para salir a derecha o izquierda, en función de por dónde acudiera el monstruo.

El Manco apaleó con fuerza la columna de metro y pico de grosor, partiéndola por la mitad, apartando de su paso una de las mitades con un gesto de su vigoroso brazo. La desnuda exhibición de poder era aterradora, y el joven salió disparado hacia su círculo, pues necesitaba un momento para recobrase, pero el demonio había previsto esa reacción: dobló las piernas y dio un gran brinco para interponerse entre Arlen y su refugio.

El humano se detuvo en seco. El abismal volvió a gritar, victorioso. Había probado el temple de Arlen y no había dado la talla. Respetaba las puntadas de la larga vara, pero no había miedo alguno en sus ojos cuando avanzó. Arlen cedió terreno a posta, despacio para no provocar al monstruo con ningún movimiento brusco. Retrocedió hasta poder cruzar las piedras de protección del círculo exterior y quedar a alcance de los demonios de la arena arracimados fuera para contemplar el duelo.

El Manco vio su apuro y bramó antes de lanzar una carga atronadora digna de ver. Arlen afirmó los pies en la arena y flexionó las piernas. No se molestó en poner la lanza en ristre para bloquear un posible golpe, sino que la alzó y la echó hacia atrás, listo para arrojarla.

El golpe del demonio de las rocas habría aplastado el cráneo de un león, pero jamás llegó a su destino. Arlen había permitido que la criatura lo arrinconara en el círculo de reserva, oculto entre la arena. Las protecciones revivieron con un chisporroteo, reaccionando cuando el demonio volvió a la carga. Arlen lo esperaba con el hierro encantado en alto y se lo hundió en el vientre.

El alarido horrísono y ensordecedor de El Manco rasgó el velo de la noche, pero a oídos de Arlen era música celestial. Dio un tirón para recuperar el hierro, pero el arma se había quedado enganchada en el negro armazón del pecho. Tironeó de nuevo, lo cual estuvo a punto de costarle la vida cuando el abismal la emprendió a golpes y lo alcanzó de refilón; las uñas de la garra se hundieron en el hombro y en el pecho del hombre.

Arlen salió despedido de allí, girando como una peonza, pero logró dirigirse hacia el círculo de reserva y desplomarse dentro del anillo protector. Se llevó la mano a las heridas y lanzó una mirada al tambaleante demonio de las rocas. El Manco intentaba agarrar la lanza y arrancársela de la herida, pero los grafos del astil frustraban todos los intentos del demonio y, entre tanto, la magia del hierro continuaba obrando su cometido, chisporroteando en la herida y enviando letales oleadas al cuerpo del abismal.

Arlen se permitió una ligera sonrisa cuando El Manco se desplomó de bruces sobre el suelo, pero notó un gran vacío en su interior cuando las frenéticas sacudidas de la criatura aminoraron hasta convertirse en unas convulsiones más suaves. Había soñado con ese momento innumerables veces, había recreado qué haría y qué diría cuando triunfara, pero no era como lo había imaginado. Lo abrumaba una sensación de pérdida y abatimiento en vez de una oleada de euforia.

—Esto es por ti, mamá —susurró mientras el gran demonio dejaba de moverse.

Intentó recrear la imagen materna, desesperado por obtener su aprobación. Se quedó sorprendido y avergonzado al verificar que era incapaz de recordar su rostro. Arlen gimió al sentirse insignificante y desdichado bajo las estrellas.

Dio un rodeo para mantenerse bien lejos del abismal y se dirigió hacia el anillo donde guardaba sus pertrechos y podía atender sus cortes. Se suturó los cortes con puntadas bastante irregulares, pero bastaron para mantenerle cerrados los tajos. Luego, se aplicó una cataplasma de apio de monte que le provocó un gran escozor, indicio de lo necesario que era el apósito. La herida ya se había infectado.

No logró pegar ojo esa noche. Si el dolor de las heridas y la pena de su corazón no hubieran bastado para alejar cualquier soñolencia, un capítulo de su vida estaba a punto de cerrarse y Arlen estaba decidido a verlo.

El astro rey asomó por encima de las dunas e inundó de luz el campamento del joven a una velocidad sólo posible en el desierto. Los demonios de la arena ya se habían disuelto, huyendo con el primer atisbo de la aurora. El rostro de Arlen se crispó a causa del dolor cuando se puso en pie y salió del círculo para ir a inspeccionar el cuerpo de El Manco mientras recuperaba la larga vara de metal.

El negro caparazón humeaba en todos los puntos donde incidía la luz del sol, pronto empezó a chisporrotear y no tardó en arder. El cuerpo del demonio no tardó en ser una pira funeraria que Arlen contempló hipnotizado. Vio una esperanza para la

raza humana cuando el viento matutino se llevó las cenizas del demonio derrotado.

El Primer Guerrero de Krasia

328 d.R.

El camino del desierto no era tal en realidad, sino una sucesión de antiguos postes indicadores —unos mellados y con marcas de garras mientras que otros permanecían semienterrados en la arena— destinada a impedir que se perdiera el viajero. No todo era arena, como le había dicho Ragen en una ocasión, aunque había bastante como para poder vagabundear durante días sin ver nada más. En los alrededores se extendían cientos de kilómetros de llanuras de arena compacta con ocasionales zonas de vegetación muerta que se aferraban a terrones de tierra resquebrajada, demasiado seca para pudrirse. No había abrigo alguno para ese sol de justicia en aquel mar de arena, salvo la sombra de las propias dunas. Hacía tanto calor que Arlen no podía concebir que fuera el mismo astro que permitía el suave frescor habitual en Fuerte Miln. El viento soplaba de continuo y debía mantener cubierto el rostro para no inhalar arenilla, que le secaba la garganta hasta dejársela en carne viva.

Lo pasaba peor por las noches. El calor desaparecía poco después de la puesta de sol. Los abismales se encontraban con un mundo frío y desolado.

Pero había vida incluso en aquel lugar. Serpientes y lagartijas daban caza a minúsculos roedores, y aves carroñeras buscaban los cadáveres de las criaturas asesinadas por los abismales o que se habían extraviado en el desierto sin ser capaces de hallar el camino de vuelta. Había al menos dos grandes oasis, donde una gran masa de agua permitía la existencia de una densa vegetación comestible en el suelo circundante, y luego otros donde caían unos hilillos de agua desde una roca o desde alguna charca de agua capaz de acoger a plantas raquílicas y animalillos. Arlen había visto a estos moradores del arenal enterrarse en la arena durante la noche y soportar el frío con el calor acumulado durante el día, ocultos de los demonios que acechaban en las dunas.

En el desierto no había demonios de las rocas ante la falta de presas, ni demonios de las llamas ante la ausencia de material ignífugo, ni demonios del bosque al no haber árboles con corteza entre los cuales pudieran camuflarse. Los demonios del agua no podían nadar en las dunas y los del aire no hallaban dónde fijarse. Las dunas y el desierto pertenecían a los demonios de la arena en exclusiva, y hasta ellos escaseaban en lo más profundo de aquel arenal, concentrándose casi todos en las inmediaciones de los oasis, aunque la visión del fuego los mantenía a varios

kilómetros de distancia.

Cinco semanas de viaje de Fuerte Rizón a Krasia, más de la mitad a través del desierto, eran más de lo que la mayoría de los más duros Enviados se atrevían a afrontar, y muy pocos estaban tan desesperados, o tan chiflados, como para acudir hasta allí a pesar de las astronómicas cifras que los mercaderes norteños estaban dispuestos a pagar por las sedas y las especias krasianas.

Por su parte, Arlen había encontrado apacible el viaje. Dormitaba sobre su silla durante las horas más tórridas del día, cuidadosamente envuelto en tela blanca bien holgada, daba de beber con frecuencia a su montura y tendía lona debajo de los círculos portátiles durante la noche a fin de evitar que la arena cubriera las protecciones y las inutilizara. Estuvo tentado de emprenderla a lanzazos con los abismales que daban vueltas a su alrededor, pero la herida había debilitado la fuerza con que podía sujetarla y sabía que se la quitarían de las manos, y era bastante probable que un viento normal bastara para perder en la arena lo que había conservado una tumba subterránea durante cientos de años.

A pesar de los alaridos de los demonios de la arena, Arlen encontraba las noches del desierto de lo más tranquilo, acostumbrado como estaba a los enormes berridos de El Manco y aquellas noches durmió mucho más tranquilo que cualesquiera otras que hubiera pasado a la intemperie.

Por vez primera en su vida Arlen veía ante él su camino como el de un glorioso errabundo. Él siempre había sabido que estaba destinado a ser algo más que un simple Enviado: su sino era luchar, pero ahora comprendía que se trataba de algo superior a eso. Estaba destinado a llevar a otros la lucha.

Estaba seguro de poder reproducir la lanza encantada, y ya le estaba dando vueltas a la forma de poder adaptar sus grafos a otras armas: flechas, garrotes, piedras de honda... Las posibilidades eran infinitas.

Había vivido en muchos sitios, pero los krasianos eran los únicos que se negaban a vivir aterrorizados por los abismales, y ése era el motivo por el cual Arlen los respetaba más que al resto. El les mostraría la lanza y ellos le proporcionarían todo lo necesario para fabricarles las armas necesarias a fin de invertir el curso de su guerra de todas las noches.

Olvidó todo eso cuando el oasis apareció ante sus ojos. La arena podía reflejar el azul del cielo y engañar a un hombre para que se apartara del camino en busca de un agua inexistente, pero él supo que no se trataba de un espejismo cuando el caballo avivó el paso. Mensajero del Alba olía el líquido.

Se les había acabado el agua el día anterior y jinete y montura estaban muertos de sed para cuando llegaron al pequeño estanque. Agacharon la cabeza al unísono y hundieron las bocas en el frío líquido, sorbiendo grandes tragos.

Bebieron hasta saciarse; luego, Arlen rellenó los pellejos en el oasis y los situó a

la sombra de uno de los enhiestos monolitos de arenisca que custodiaban el vergel. Estudió los trazos grabados en la piedra y los encontró intactos, aunque había indicios de desgaste. El soplo permanente del viento los iba erosionando poco a poco y con el tiempo borraba las rayas de los grafos. Extrajo de la talega sus herramientas de cincelar a fin de profundizar y reforzar los trazos de la red mágica.

Arlen recogió dátiles, higos y otras frutas de los árboles del oasis mientras *Mensajero del Alba* ramoneaba las puntas de matorrales verdes y hojas de arbustos raquíuticos. Comió hasta no poder más y puso el resto a secar al sol.

Un río subterráneo alimentaba el oasis y en años inmemoriales los hombres habían excavado hondo en la arena y habían picado la roca de debajo hasta llegar finalmente hasta la corriente de agua. Arlen descendió por los escalones de piedra y se adentró en una fresca cámara en el subsuelo, donde recogió las redes allí guardadas y las lanzó al agua. Cuando tiró de ellas, obtuvo una satisfactoria captura de peces. Apartó unos cuantos para comerlos ya y limpió los otros, echó sal y los puso a secar junto con los frutos.

Tomó una horca de los pertrechos del oasis y se puso a rebuscar entre las piedras hasta hallar un surco delator en la arena. No tardó en ensartar una serpiente con las puntas y engancharla por la cola para matarla de un porrazo en la cabeza. Probablemente, habría un alijo de huevos no muy lejos de allí, pero no los buscó. No sería honorable esquilmar los recursos del oasis más de lo necesario. Volvió a apartar una parte del ofidio para su consumo inmediato, y puso el resto a secar.

El joven llenó las alforjas y reabasteció la provisión de frutos secos, pescado y carne dejados por el anterior Enviado en un recoveco abierto en una de las grandes piedras de arenisca. Volvería a llenarlo en cuanto se hubieran secado los frutos recogidos a fin de que el próximo compañero pudiera avituallarse allí.

Era imposible cruzar el desierto sin hacer un alto en el oasis de la Aurora, la única fuente de agua en cientos de kilómetros que era destino obligado de cuantos cruzaban el desierto, con independencia de la dirección. La mayoría de ellos eran Enviados y unos pocos Protectores, y con el curso de los años los miembros de tan exclusiva sociedad habían dejado marca de su paso en las rocas de arenisca. Había docenas de nombres grabados en las piedras: unas eran letras garabateadas mientras que otras suponían obras maestras de la caligrafía. Muchos Enviados incluían algo más que sus nombres, listaban las ciudades que habían visitado o el número de veces en que se habían aprovisionado en ese vergel.

Arlen había grabado en la piedra su nombre y la lista de las ciudades y aldeas habitadas hacía mucho, pues aquélla era la undécima vez que se detenía en el oasis, pero jamás dejaba de explorar, y siempre tenía algo que añadir. De forma casi reverencial, el joven se tomó su tiempo para grabar con hermosas letras con volutas el nombre de «Sol de Anoch» en la lista de ruinas que había visto. La marca de ningún

otro Enviado en el oasis hacía esa reivindicación, lo cual lo llenó de orgullo.

Siguió aumentando las reservas del oasis al día siguiente. Era cuestión de honor entre los de su gremio dejarlo tan bien provisto como lo habían hallado en previsión de que llegara el día en que uno de los suyos acudiera en situación demasiado precaria, malherido o afectado por el sol, como para reunir comida por su propia cuenta.

Le escribió una carta a Cob esa misma noche, otra de las muchas que le había escrito y no le había enviado aún. Las conservaba en las alforjas. Siempre consideraba inadecuadas sus palabras para hacer las paces después de haber abandonado sus deberes, pero aquella nueva era demasiado buena como para no compartirla. Ilustró con precisión los grafos de la punta de la lanza, sabedor de que el maestro Protector no tardaría de darlas a conocer entre los de su gremio en Miln.

Partió del oasis de la Aurora con las primeras luces del día siguiente y se encaminó hacia el suroeste. Sólo vio dunas y demonios de la arena durante cinco días, pero a primera hora de la mañana del día siguiente apareció a la vista Fuerte Krasia, la Lanza del Desierto, encuadrada entre las montañas lejanas.

Parecía otra duna más vista desde lejos, pues los muros de arenisca se confundían con las inmediaciones. La urbe había sido construida alrededor de un vergel mayor que el oasis de la Aurora, alimentado, según aseguraban los mapas, por la misma corriente subterránea. Sus murallas protegidas con grafos —más tallados que pintados— se erguían ante el sol con orgullo y en lo alto de la ciudad flameaba el estandarte de la ciudad: dos lanzas entrecruzadas sobre un sol naciente.

Los centinelas de la puerta lucían los atavíos negros de los dal'Sharum, la casta guerrera krasiana. Tenían velado el rostro para combatir los efectos de la inmisericorde arena. Los krasianos no eran tan altos como los milneses, pero aventajaban en estatura a la mayoría de los angersianos y laktonianos. Eran tipos duros y fibrosos. El viajero los saludó con un asentimiento de cabeza al trasponer la entrada.

Los guardias le respondieron alzando las lanzas, el mínimo signo de cortesía entre los varones krasianos, pero Arlen había debido trabajar duro para ganarse ese reconocimiento. En Krasia se valoraba a un hombre por el número de cicatrices y por los alagi, abismales, que había matado. Los chin, como ellos llamaban a los forasteros, incluso a los Enviados, eran tenidos por cobardes que habían dejado de luchar y no eran dignos de cortesía alguna por parte de los dal'Sharum, entre quienes la palabra «chin» era un insulto.

Empero, Arlen había sorprendido a los krasianos con su petición de luchar junto a ellos y ahora, después de que hubiera enseñado a los guerreros nuevos grafos y haber estado presente en muchas matanzas, le llamaban Par chin, que significaba «forastero valiente». Jamás lo considerarían un igual, pero los dal'Sharum habían dejado de

escupirle a los pies e incluso había hecho entre ellos algunos amigos de verdad.

Tras cruzar la puerta, el viajero se adentró en el Laberinto, un amplio espacio interior situado delante de la muralla de la urbe propiamente dicha. El Laberinto estaba lleno de muros, trincheras y pozos. Allí era donde los dal'Sharum, después de haber dejado a salvo a sus familias detrás de las murallas interiores, libraban la «alagai sharak», la guerra santa contra los demonios. Los guerreros acechaban a los abismales en el Laberinto, los emboscaban y los hacían caer en pozos encantados, donde morían al salir el sol. El número de bajas era muy alto, pero los krasianos creían firmemente que morir en la alagai sharak les aseguraba un lugar junto a Everam, el Creador, y acudían gustosos al escenario de la matanza.

«Pronto ahí sólo van a morir abismales», dijo Arlen para sus adentros.

Inmediatamente después de franquear la puerta principal estaba el Gran Bazar, donde los mercaderes pregonaban las bondades de sus productos desde sus abarrotadas carretas. El aire estaba saturado de un fuerte olor a especias krasianas, incienso y perfumes exóticos. Alfombras, rollos de tela fina y hermosas piezas de cerámica se acumulaban junto a montones de fruta y grupos de ganado balador. Una multitud vocinglera atestaba el lugar, donde se regateaba a grito pelado.

Arlen había visto muchos mercados y todos ellos estaban llenos de hombres, pero aquél se hallaba ocupado casi en su totalidad por mujeres vestidas con un ropaje negro de la cabeza a los pies. Iban de un lado para otro, comprando y vendiendo, gritándose unas a otras con desparpajo y entregando sus usadas monedas de oro a regañadientes.

En el bazar se vendían de continuo piezas de joyería y prendas de colores brillantes, a pesar de que Arlen jamás se las había visto llevar a ninguna de ellas. Los hombres le habían dicho que las mujeres lucían los adornos debajo de la ropa negra, pero eso únicamente lo sabían a ciencia cierta sus maridos.

Casi todos los varones krasianos mayores de dieciséis años eran guerreros, y entre ellos estaban los dama, los hombres sagrados que también desempeñaban funciones de liderazgo en la vida secular. Ninguna otra vocación se consideraba honorable. Quien optaba por un oficio era llamado «khaffit» y se le despreciaba, siendo considerado poco más que una mujer en la sociedad krasiana. Las mujeres hacían todo el trabajo del día a día en la ciudad, se encargaban de los cultivos, la cocina y el cuidado de los hijos. Preparaban arcilla, con la cual hacían cerámica, construían y reparaban las casas, educaban, realizaban la matanza de los animales y regateaban en los zocos. En suma, lo hacían todo, menos combatir.

A pesar de toda esa interminable labor se hallaban totalmente supeditadas a los hombres. Las esposas de un hombre y sus hijas no desposadas eran propiedad de éste, que podía disponer de ellas a su antojo, incluso matarlas. Un hombre podía tener muchas esposas, pero si una fémina se dejaba ver sin velo por un hombre diferente a

su marido podía acabar muerta, como ocurría a menudo. Las mujeres eran prescindibles en la sociedad krasiana. Los hombres no.

Arlen sabía que los krasianos estaban perdidos sin sus mujeres, pero ellas trataban con reverencia a los hombres en general y casi con idolatría a sus esposos. Acudían todas las mañanas en busca de los muertos tras una noche de guerra santa y lloraban sobre los cuerpos de sus hombres, recogiendo las valiosas lágrimas en pequeños viales. El agua era una unidad monetaria en Krasia y el estatus de un guerrero en vida se medía por la cantidad de botellas de lágrimas que se podía llenar con su muerte.

Si algún hombre resultaba muerto, se esperaba que sus hermanos y amigos se hicieran cargo de sus esposas, de modo que ellas siempre tenían alguien a quien servir. Hubo una ocasión en el Laberinto en que Arlen atendió a un guerrero agonizante que le ofreció a sus tres esposas.

—Son hermosas, Par'chin —le aseguró el moribundo—, y fértiles. Te darán muchos hijos. ¡Prométeme que las tomarás!

Arlen juró cuidar de ellas y luego halló a otro hombre dispuesto a hacerse cargo de las tres. Sentía cierta curiosidad por saber qué aspecto tendrían debajo de esas ropas de mujer, pero no hasta el punto de cambiar su círculo portátil por un edificio de adobe, su libertad por una familia.

Detrás de toda mujer había varios chiquillos vestidos con ropa de cuero curtido. Las niñas se recogían el pelo bajo una tela y los niños con un fez de lino. A partir de los once años las jóvenes se vestían las ropas negras propias de las mujeres y empezaban a casarse mientras que los niños eran llevados a los campos de entrenamiento, a veces incluso siendo más jóvenes. La mayoría vestiría los atavíos negros de los dal'Sharum y unos pocos se pondrían el hábito blanco de los dama, consagrando su vida al servicio de Everam. Quienes fracasaban en ambas profesiones se convertirían en «khaffit», y lucían las vergonzantes prendas de cuero hasta el día de su muerte.

Las mujeres empezaron a susurrar entre ellas con entusiasmo en cuanto Arlen entró a caballo en el zoco. Él las contempló divertido, pues ninguna lo miraba a los ojos ni hizo amago de acercarse a él a pesar de lo mucho que deseaban los bienes de sus alforjas: fina lana rizoniana, joyas milnesas, papel angersiano y otros tesoros semejantes, pero él era un hombre, peor aún, un chin, y no osaban aproximarse, pues los «dama» tenían ojos en todas partes.

—¡Par'chin! —lo llamó una voz conocida.

Al volverse, el viajero tuvo ocasión de ver aproximarse a su amigo Abban, el orondo mercader que cojeaba y andaba con la ayuda de su muleta.

Abban era cojo de nacimiento: no podía ser un guerrero ni era digno de oficiar como Hombre Santo, lo cual le convertía en un khaffit, pero se las había arreglado bastante bien al establecer contactos comerciales con los Enviados del norte. Iba

afeitado y llevaba el fez de cuero y la camisa de khaffit, pero encima se había puesto un rico tocado, un chaleco y unos pantalones de seda cosidos con hilo de muchos colores. Sus esposas eran tan hermosas como las de cualquier dal'Sharum, o eso aseguraba él.

—¡Por Everam! ¡Me alegra verte de nuevo, hijo de Jeph! —lo saludó en un correctísimo thesano mientras palmeaba el hombro de Arlen—. El sol siempre brilla más fuerte cuando honras nuestra ciudad.

Arlen desearía no haberle dicho al mercader el nombre de su padre. En Krasia, el nombre paterno era casi más importante que el propio. Se preguntó qué pensaría el khaffit si supiera que su progenitor era un cobarde.

Pero le correspondió palmeando el hombro del mercader y dedicándole una sonrisa sincera:

—También yo me alegro, amigo mío.

Él jamás habría hablado el krasiano ni sabría desenvolverse en los entresijos extraños y a menudo peligrosos de esa cultura sin la ayuda del tullido mercader.

—Vamos, vamos. Reposa los pies a mi sombra y aclara la garganta con mi agua.

Abban guió a su huésped hasta una tienda brillante y colorida situada detrás de su puesto en el bazar, donde se estrecharon las manos mientras las esposas e hijas de su amigo —Arlen jamás lograba diferenciar unas de otras— se escabullían levantando los faldones de la tienda para atender a *Mensajero del Alba*. Arlen debió hacer un esfuerzo para no ir en su ayuda cuando ellas se hicieron cargo de las pesadas alforjas y las llevaron hasta la tienda, sabedor de que los krasianos encontraban inapropiada la visión de un hombre trabajando. Una de las mujeres se hizo cargo del hierro protegido, lo envolvió en una tela y lo colgó del cuerno de la silla, pero él se apresuró a llevarse la lanza. Ella hizo una gran reverencia, temerosa de haber cometido alguna ofensa.

El interior del entoldado estaba atestado de cojines de seda de diferentes colores y alfombras de intrincado diseño. Arlen dejó sus botas polvorientas junto al faldón de la entrada a la carpa e inspiró hondo aquel aire frío y perfumado. Se dejó caer sobre los cojines del suelo mientras las mujeres de Abban se arrodillaban junto a él para ofrecerle agua y fruta.

El khaffit dio unas palmadas una vez que se hubo refrescado su invitado y sus mujeres trajeron té y pastelitos de miel.

—¿Ha sido venturoso tu viaje por el desierto?

—Ya lo creo, muy bueno, de veras —repuso Arlen con una sonrisa.

Después de eso, conversaron un poco más. El hospedador cumplió todas las formalidades como anfitrión, pero los ojos se le iban de continuo a las alforjas de Arlen y de vez en cuando se frotaba las manos distraídamente.

—Bueno, ¿hacemos negocios? —preguntó Arlen cuando juzgó que había llegado

el momento oportuno.

—Por supuesto, Par'chin es un hombre muy ocupado —convino Abban mientras chasqueaba los dedos.

Las mujeres se apresuraron a traerle una selección de especias, perfumes, sedas, joyería, alfombras y otras muestras de la artesanía krasiana.

Abban examinó los bienes enviados por los clientes de Arlen en el norte mientras el Enviado analizaba los objetos propuestos para el intercambio. El krasiano torció el gesto y le encontraba fallos a todos los objetos.

—¿Has cruzado el desierto únicamente para comerciar con este lote? —preguntó con disgusto una vez que hubo terminado—. Apenas merece la pena el viaje.

Arlen reprimió una sonrisa mientras se sentaban para que les sirvieran té fresco. Los trapicheos empezaban siempre de ese modo.

—Tonterías, hasta un ciego vería que te he traído los más exquisitos tesoros de Thesa, mucho mejores que las pobres muestras que me han traído tus mujeres. Espero que tengas ocultas ahí dentro cosas mejores porque en los pudrideros de las ciudades en ruinas he visto alfombras en mejor estado —replicó el Enviado, señalando con el dedo una alfombra, una obra maestra de la tejeduría.

—¡Me ofendes a mí, que te he dado sombra y agua! Ay de mí, un invitado me agravia en mi propia tienda con semejante trato —se lamentó a voz en grito Abban—. Mis esposas han trabajado día y noche para tejerlas, usando sólo la mejor de las lanas. ¡Jamás se verá otra alfombra mejor!

Después de eso, todo era cuestión de empezar a regatear, y Arlen no había olvidado las lecciones aprendidas, viendo negociar al viejo Jabalí y a Ragen, hacía toda una vida. El cambalache terminó como siempre: los dos hombres actuaban como si acabaran de robarles, pero en su hiego interno tenían la impresión de haberle sacado las cosas al otro a un precio inmejorable.

—Mis hijas empaquetarán tus bienes y los prepararán para tu marcha —dijo Abban al fin—. ¿Cenarás con nosotros? Mis esposas preparan una mesa inigualable en el norte.

Arlen negó con la cabeza muy a su pesar.

—Esta noche iré a luchar.

Abban meneó la cabeza.

—Temo que has aprendido demasiado bien nuestros usos, Par'chin. Buscas la misma muerte.

El invitado negó con el ademán.

—No tengo intención de morir ni espero un paraíso en la próxima vida.

—Ay, amigo mío, nadie tiene interés en comparecer ante Everam en la flor de la juventud, pero ése es el destino reservado a quienes van a la alagai sharak. Aún recuerdo los tiempos en los que éramos tantos como granos de arena en el desierto,

pero ahora... —continuó mientras sacudía la cabeza con tristeza—, ahora la ciudad está prácticamente vacía. Nuestras mujeres siguen alumbrando hijos, pero durante la noche mueren más de los que nacen por el día. La arena cubrirá Krasia en una década si no cambiamos nuestras costumbres.

—¿Qué pensarías si te dijera que he venido a cambiar eso?

—El corazón del hijo de Jeph es sincero, pero los damaji no van a escucharlo. Según ellos, Everam exige la guerra, y ningún chin va a hacerles cambiar de parecer.

Los «damaji» eran los integrantes del Concejo Municipal, formado por los dama de más alto rango de cada una de las doce tribus krasianas. Servían a Andrah, el dama predilecto de Everam, cuya palabra era absoluta.

—No puedo alejarlos de la alagai sharak —convino Arlen con una sonrisa—, pero puedo ayudarles a ganarla.

El joven descubrió la lanza y se la tendió a Abban, que entreabrió los ojos de forma imperceptible al ver la munificencia del arma, pero alzó una palma y negó con la cabeza.

—Soy un khaffit, Par'chin. Mis manos impuras tienen prohibido rozar un arma.

Arlen retiró la lanza e hizo una inclinación a modo de disculpa.

—No pretendía ofenderte —aseguró.

—¡Ja! Quizá seas el único hombre que me ha hecho una venia. Ni siquiera los par'chin deben temer ofender a los khaffit.

Arlen torció el gesto.

—Eres un hombre como los demás.

—No dejarás de ser un chin mientras conserves esa actitud —le recriminó el mercader con una sonrisa—. No eres el primer hombre en poner grafos en una lanza, pero eso no significa nada si no son los antiguos grafos de combate.

—Es que precisamente son los grafos antiguos. Encontré las ruinas de Sol de Anoch.

El mercader palideció.

—¿Localizaste la ciudad? ¿Era exacto el mapa?

—¿Por qué te sorprendes tanto? Me dijiste que su precisión estaba garantizada.

El tullido carraspeó.

—Sí, bueno. Confiaba en nuestra fuente, por supuesto, pero nadie ha estado allí desde hace al menos trescientos años. ¿Quién podía decir hasta qué punto era exacto el mapa? —Abban sonrió—. Además, si me equivocaba, no era muy probable que regresaras para pedirme que te devolviera el dinero.

Los dos se echaron a reír.

Arlen le describió su aventura en la ciudad perdida.

—¡Por Everam, menuda historia! —exclamó el anfitrión—. Yo en tu lugar no les contaría a los damaji que saqueaste Sol de Anoch, la ciudad sagrada.

—Y no lo haré —le prometió Arlen—, pero aunque omita eso, seguro que ven el valor de la lanza.

El mercader meneó la cabeza.

—Incluso aunque te concedan una audiencia, cosa poco probable, Par'chin, se negarán a aceptar el valor de nada que provenga de un chin.

—Tal vez estés en lo cierto, Abban, pero he de intentarlo al menos. De todos modos, debo entregar algunos mensajes en el palacio de Andrah. Acompáñame.

El mercader alzó la muleta.

—Andaré despacio —repuso Arlen, sabedor de que la cojera tenía poco que ver con la negativa de Abban.

—Tú no quieres ser visto conmigo fuera del zoco, amigo mío. Eso sólo te costaría el respeto que te has ganado en el Laberinto —le avisó.

—En tal caso, me ganaré más, pero ¿de qué vale el respeto si no puedo pasear con mi amigo?

El krasiano le hizo una gran reverencia.

—Un día me gustaría ver la tierra donde se forjan hombres tan nobles como el hijo de Jeph.

Arlen sonrió.

—Cuando llegue ese día, Abban, yo mismo te guiaré a través del desierto.

—**D**etente —ordenó Abban mientras sujetaba a Arlen por el brazo.

El joven lo obedeció a pesar de no percibir problema alguno, pues confiaba en su amigo. Las mujeres caminaban por la calle con sus pesadas cargas y un grupo de dal'Sharum andaba delante de ellas. Otro grupo se aproximaba desde la dirección contraria. Un dama de ropajes blancos encabezaba cada grupo.

—Son de la tribu kaji —informó el mercader, señalando con la barbilla a los guerreros de delante—, y los otros son majah. Nos conviene esperar aquí un poco.

El forastero entrecerró los ojos para observar a los dos grupos, ambos vestidos con las mismas ropas negras y armados con lanzas sencillas y desprovistas de todo adorno.

—¿Cómo puedes percibir la diferencia, Abban?

—¿Cómo, no lo haces tú? —replicó el mercader, encogiéndose de hombros.

Mientras ellos estaban mirando, uno de los dama dijo algo y su homólogo le replicó, y se pusieron a discutir.

—¿De qué rayos están discutiendo?

—Siempre es por lo mismo: el dama kaji cree que los demonios de la arena residen en el tercer nivel del infierno y los del viento en el cuarto. El majah sostiene lo contrario. El Evejah se muestra impreciso en ese punto —añadió Abban,

refiriéndose al libro sagrado de los krasianos.

—¿Y qué importancia tiene esa diferencia?

—Los de los niveles inferiores están más lejos de la vista de Everam y habría que matarlos primero —le aclaró el mercader.

Los dama ahora hablaban a grito pelado y los guerreros empuñaron con rabia las lanzas, listos para defender a sus líderes.

—¿Van a pelearse por el orden en que deben matar a los demonios? —preguntó Arlen sin salir de su asombro.

El mercader lanzó un salivazo al suelo.

—Los kaji discutirán con los majah por menos que eso, Par'chin.

—¡Pero cuando se ponga el sol va a haber enemigos reales para combatir! —protestó el joven.

Abban asintió.

—Entonces, los kaji y los majah se unirán —dijo—. Como reza el dicho de aquí: «Mi enemigo se convierte en mi hermano por la noche», pero todavía faltan unas horas hasta el crepúsculo.

Uno de los dal'Sharum de la tribu kaji golpeó a otro de la tribu majah con el astil de la lanza, derribándolo. En cuestión de segundos, los guerreros de ambos bandos se habían enzarzado en una pelea. Los dama se retiraron a un lado, ajenos al violento rifirrafe, y siguieron gritándose el uno al otro.

—¿Por qué se tolera esto? ¿Por qué no lo prohíbe el Andrah?

El krasiano negó con la cabeza.

—Se supone que el Andrah es partidario de todas las tribus y de ninguna, pero en realidad propicia los intereses de su tribu de origen, y aunque no lo haga, ni siquiera él puede poner fin a todas las enemistades mortales de Krasia. No puedes prohibir a los hombres que sean hombres.

—Pero se comportan como críos.

—Los dal'Sharum sólo saben de la lanza y los dama del Evejah —convino Abban con tristeza.

Los guerreros no estaban usando la punta de las armas, cierto, pero aun así la escalada de violencia era continua y alguno iba a acabar muerto de no intervenir alguien.

—Ni se te ocurra siquiera —le pidió el mercader, aferrándolo del brazo cuando Arlen hizo ademán de avanzar. El joven se volvió para discutir, pero entonces vio que su amigo miraba más allá de su espalda, jadeaba y se postraba sobre la rodilla al tiempo que tiraba del antebrazo del forastero para que lo imitara—. Arrodíllate si valoras en algo tu piel —siseó.

Arlen miró en derredor hasta localizar el origen del miedo de Abban. Una mujer envuelta en un vestido blanco, el color sagrado, pasaba por la calzada.

—Dama'ting —murmuró el tullido.

Era poco habitual ver a una de las enigmáticas Herboristas de Krasia.

El joven miró al suelo al paso de la mujer, pero no se arrodilló. Eso no supuso diferencia alguna, pues ella no prestó atención a ninguno de ellos y se acercó con paso sereno a la melé de guerreros, que no se percataron de su presencia hasta que casi estuvo a su altura. Los damas se pusieron pálidos en cuanto la vieron y empezaron a gritarles a sus hombres. La lucha cesó de inmediato y los luchadores tropezaron unos con otros en su intento de despejar el camino para que pasara la Dama'ting. Los dal'Sharum y los dama se dispersaron enseguida a su estela y se reanudó el tráfico en la calle como si no hubiera pasado nada.

—¿Eres valiente o estás mal de la cabeza, Par'chin? —le preguntó Abban en cuanto ella hubo pasado.

—¿Desde cuándo se arrodillan los hombres ante las mujeres? —quiso saber Arlen, perplejo.

—Los hombres no se arrodillan ante las Dama'ting, pero los khaffit y los chin, sí, al menos si son prudentes. Hasta los damas y los dal'Sharum las temen. Se dice que leen el futuro y que saben quiénes sobrevivirán a la noche y quiénes no.

Arlen se encogió de hombros.

—¿Y qué más da que lo sepan? —replicó el joven con aspecto de estar muy poco convencido. Una de ellas le había predicho su suerte la primera noche que él había acudido al Laberinto, pero no había nada en esa experiencia que le hiciera creer que ella leía el futuro de verdad.

—Ofender a una Dama'ting es ofender al destino —le recordó Abban a Arlen, como si éste fuera tonto.

El aludido negó con la cabeza.

—Nosotros labramos nuestro destino, incluso aunque las Dama'ting sean capaces de verlo con anticipación cuando lanzan los huesos.

—Bueno, pues no te envidio el destino si ofendes a una —replicó Abban.

Continuaron el camino y pronto llegaron al palacio del Andrah, una enorme estructura abovedada de piedra blanca con aspecto de tener la misma antigüedad que la ciudad. Los grafos. estaban pintados en oro y centelleaban a la intensa luz del sol que incidía de lleno sobre sus remates en punta.

Pero un dama bajó corriendo las escaleras antes de que tuvieran ocasión de poner el pie en los escalones de palacio.

—¡Largo de aquí, khaffit!

—Lo lamento mucho —se disculpó Abban, haciendo una gran reverencia y andando hacia atrás sin apartar los ojos del suelo.

—Soy Arlen, hijo de Jeph. Enviado procedente del norte, más conocido como Par'chin —dijo en krasiano mientras apoyaba la lanza en el suelo; la llevaba envuelta

en una tela, pero aun así, resultaba evidente qué era—. Traigo cartas y presentes para el Andrah y sus ministros —continuó, alzando la talega.

—Tienes amigos de poca categoría para ser alguien que habla nuestro idioma, norteño —contestó el dama, todavía mirando con mala cara a Abban, que seguía postrado en el suelo.

Arlen estuvo a punto de soltarle una réplica airada, pero se mordió la lengua.

—El Par'chin necesitaba orientarse, sólo deseaba guiarla... —dijo Abban desde el suelo.

—¡No te he pedido que hables, khaffit! —gritó el dama mientras pateaba al cojo en un costado.

Arlen se tensó, pero la mirada de aviso de su amigo lo mantuvo en su sitio. El dama se volvió como si no hubiera pasado nada.

—Yo entregaré tus mensajes.

—El duque de Rizón me pidió que entregara un regalo para los damaji personalmente —se atrevió a decir.

—No tengo intención de permitir la entrada a palacio de un chin ni de un khaffit, no en esta vida —se mofó el dama.

La respuesta no dejaba de ser decepcionante por previsible que fuera. Arlen jamás lograría ver a un damaji. Hizo entrega de las cartas y paquetes, y le puso mala cara al dama mientras subía los escalones.

—Te lo dije, lamento recordártelo —dijo Abban—. Mi compañía no te ayudó nada, pero te prometo que es cierto que los damaji no tolerarían a un extranjero en su presencia, ni aunque fuera el duque de esa Rizón tuya en persona. Le habrían pedido educadamente que esperase y lo habrían dejado olvidado en cualquier cojín de seda para humillarlo.

Arlen rechinó los dientes. ¿Cómo se comportó Ragen cuando visitó la Lanza del Desierto? ¿Había tolerado su mentor tales manejos?

—¿Cenarás ahora conmigo? —le pidió Abban—. Tengo una hermosa hija de quince años recién cumplidos. Sería una buena esposa para ti en el norte, llévala contigo a tu hogar cuando regreses.

«¿Qué hogar?», se preguntó Arlen, pensando en el pequeño apartamento lleno de libros de Fuerte Angiers que no pisaba desde hacía un año. Miró a Abban, sabedor de que, en todo caso, su intrigante amigo estaba más interesado en los contactos comerciales que podría hacer con una hija en el norte que en la felicidad de ésta o en la llevanza de la casa de Arlen.

—Me honras, amigo mío, pero aún no estoy preparado para dejar esto.

—No, apuesto a que no. Supongo que sigues queriendo verlo, ¿no?

Abban suspiró.

—Sí.

—En lo tocante a mi presencia, no se muestra más tolerante que el dama —le avisó el tullido.

—Él sabe de tu valía —discrepó Arlen.

—Me tolera por tu causa —repuso el mercader, meneando la cabeza—. El Sharum Ka ha deseado tomar clases de tu idioma desde la primera vez que te permitieron acceder al Laberinto.

—Y Abban es el único krasiano que la habla, lo cual lo convierte en un hombre valioso a los ojos del Primer Guerrero, incluso a pesar de ser un khaffit.

Abban le hizo la venia, pero pareció poco convencido.

Se dirigieron a los campos de entrenamiento, ubicados no muy lejos de palacio. El centro de la ciudad era territorio neutral para todas las tribus, era el lugar donde se reunían para el culto y la preparación para la alagai sharak.

La explanada era un hervidero de actividad, pues era la última hora de la tarde. Arlen y Abban pasaron primero a través de las tiendas de herreros y Protectores, únicos artesanos cuyas actividades eran consideradas valiosas para los dal'Sharum. Tras ellas se extendía el campo abierto, donde los instructores gritaban y los hombres entrenaban.

En el lado opuesto se alzaba el palacio del Sharum Ka y sus subalternos, los kai'Sharum. Superado sólo por la inmensa residencia del Andrah, aquel gran edificio abovedado albergaba a los hombres más honrados de todos, a quienes habían demostrado su valor en el campo de batalla una y otra vez. Se decía que debajo del palacio había un gran harén, a fin de perpetuar esa sangre valiente en nuevas generaciones.

El mercader cojo fue objeto de miradas fulminantes y maldiciones por lo bajinis cuando avanzó a trancas y barrancas con la muleta, pero nadie se atrevió a interponerse en su camino, pues estaba bajo la protección de Sharum Ka.

Atravesaron líneas de hombres practicando movimientos con la lanza a paso trabado mientras otros ensayaban las brutales llaves del sharusahk, el combate krasiano con las manos. Los guerreros ejercitaban su puntería o arrojaban redes a jóvenes lanceros a la carrera con el propósito de afinar el pulso para el combate nocturno en ciernes. En el corazón de todo aquello se alzaba un gran pabellón, donde hallaron a Jardir inclinado sobre unos planos con uno de sus hombres.

Ahmann asu Hoshkamin am'Jardir era el Sharum Ka de Krasia, un título que traducido a thesano significaba «Primer Guerrero». Era un hombre alto, medía más de metro ochenta, lucía un turbante blanco e iba envuelto en ropajes negros. El turbante blanco remarcaba el significado religioso del título de Sharum Ka, aunque Arlen no terminaba de comprender la naturaleza de ese matiz.

Tenía la piel cobriza y unos ojos tan oscuros como sus cabellos, recogidos hacia atrás en una coleta que le pendía sobre el cuello. La barba rematada en dos puntos

estaba arreglada de un modo impecable, pero no había una nota de suavidad en aquel hombre con movimientos de depredador, rápidos y seguros. La camisa arremangada revelaba los endurecidos músculos de unos antebrazos salpicados de cicatrices. Debía haber cumplido los treinta hacía poco.

Uno de los guardias se percató de la llegada del mercader y el forastero, y se acercó para susurrar algo al oído de Jardir. El Primer Guerrero levantó la vista de la pizarra llena de anotaciones con tiza objeto de su atención.

—¡Par'chin! —gritó con una sonrisa en los labios mientras extendía los brazos para abrazarlo—. ¡Bienvenido a la Lanza del Desierto! No tenía noticia de tu regreso. Los alagai temblarán de miedo esta noche.

Dijo todo eso en thesano. Su vocabulario y su acento habían mejorado mucho desde la última visita de Arlen.

El Primer Guerrero se había tomado interés en el joven extranjero como una rareza, si no algo más, después de su aparición, pues ambos habían derramado sangre el uno por el otro, y eso en Krasia lo significaba todo.

Jardir se volvió a Abban y le preguntó con fastidio:

—¿Qué haces tú entre hombres, khaffit? No te he hecho llamar.

—Está conmigo —terció Arlen.

—Estaba contigo —precisó Jardir con mordacidad. Abban hizo una profunda reverencia y se escabulló todo lo deprisa que le permitía su pierna tullida—. No sé por qué pierdes el tiempo con ese khaffit, Par'chin —le espetó Jardir.

—Vengo de un lugar donde la valía de un hombre no termina en su capacidad con la lanza.

Jardir se carcajeó.

—Vienes de un lugar donde no tienen ni idea del manejo de la lanza.

—Tu thesano ha mejorado mucho —observó Arlen.

Jardir refunfuñó.

—Esa lengua chin tuya no es fácil, y en tu ausencia resulta dos veces más dura, pues debo recurrir a un khaffit para practicarla —zanjó mientras contemplaba cómo el mercader se alejaba renqueante. Adoptó una mueca de desprecio al reparar en sus relucientes sedas—. Míralo, viste como una mujer.

Arlen miró al otro lado del patio, donde una mujer ataviada de negro llevaba un cántaro de agua.

—Nunca he visto vestir así a una mujer —replicó.

Jardir esbozó una ancha sonrisa.

—Eso es porque no me has dejado buscarte una esposa cuyos velos puedas levantar.

—Dudo que los dama permitieran a una de vuestras mujeres casarse con un chin sin tribu —replicó Arlen.

—Tonterías —repuso Jardir, restándole importancia con un gesto de la mano—. Hemos derramado sangre juntos en el Laberinto, hermano. Ni el mismísimo Andrah se atrevería a protestar si yo te llevara a mi tribu.

El thesiano no las tenía todas consigo, pero le convenía no discutir, eso lo sabía, pues los krasianos tenían tendencia a volverse violentos si alguien cuestionaba sus baladronadas, y quizá fuera tal y como él decía, pues el rango de Jardir parecía ser similar al de un damaji por lo menos. Los guerreros lo obedecían sin cuestionar sus órdenes, incluso por encima de sus damas.

Pero Arlen no tenía el menor deseo de unirse a la tribu de Jardir ni a ninguna otra. Los krasianos no se sentían cómodos con él, un chin que practicaba la alagai sharak y frecuentaba la compañía de un khaffit. Unirse a una tribu suavizaría esa situación, pero se convertiría en súbdito del damaji de la tribu en cuanto lo hiciera y se vería envuelto en todas las enemistades tribales, y jamás le permitirían abandonar la ciudad otra vez.

—No creo estar preparado aún para tener una esposa —contestó.

—Bueno, pero no esperes demasiado o los hombres pensarán que eres un push'ting —contestó Jardir entre carcajadas mientras palmeaba el hombro de Arlen, quien no estaba muy seguro del significado de esa palabra, pero asintió de todos modos; luego, el krasiano le preguntó—: ¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad, amigo mío?

—Unas horas nada más —contestó el forastero—. Acabo de entregar las misivas en palacio.

—¿Y ya vienes a ofrecer tu lanza? ¡Por Everam, debe correr sangre krasiana por las venas de este par'chin! —les gritó a sus compañeros entre carcajadas. Los hombres de Jardir corearon sus risas.

—Demos un paseo —pidió Jardir mientras le pasaba el brazo por el hombro y lo alejaba del resto de los ocupantes del pabellón. Jardir ya pretendía dilucidar dónde iba a encajar mejor en la batalla de esa noche— Los bajin perdieron a un Protector Captor la noche pasada. Podrías reemplazarlo.

Los Protectores de cebo ocupaban una posición importante entre los soldados krasianos: aseguraban los grafos de las fosas usadas como trampas para los abismales y se aseguraban de que éstos se activaban cuando caían dentro los demonios. Era un trabajo arriesgado, pues si no caían a tiempo las lonas usadas para disimular las fosas y revelaban las protecciones por completo no había forma de impedir que un abismal saliera de la trampa y matase al Protector encargado de descubrirlas. Sólo había otro puesto con un mayor número de bajas.

—Preferiría estar en la Guardia de Recechadores —replicó Arlen.

Jardir meneó la cabeza, pero estaba sonriendo.

—Siempre quieres el puesto más peligroso —lo reprendió el krasiano—, ¿Quién

llevará nuestras misivas si te matan?

Arlen captó enseguida el sarcasmo a pesar del trabado acento de Jardir. Las misivas significaban poco para él, pues eran pocos los dal'Sharum capaces de leer y escribir.

—No va a ser tan peligroso esta noche —contestó Arlen; incapaz de contener su entusiasmo, desenrolló su nueva lanza, y la sostuvo con orgullo ante el Primer Guerrero.

—Es un arma regia —convino el guerrero—, pero es el guerrero quien triunfa durante la noche, Par'chin, no la lanza —sentenció, y luego le puso una mano en el hombro y lo miró a los ojos para concluir—: No deposites una fe excesiva en ese hierro tuyo. He visto pintar grafos en sus lanzas a luchadores más veteranos que tú y han tenido finales espantosos.

—No es obra mía. La hallé en las ruinas de Sol de Anoch —respondió Arlen.

—¿El lugar de nacimiento del Liberador? —Jardir se carcajeó—. La Lanza de Kaji es un mito, Par'chin, y las arenas se han tragado la ciudad perdida.

Arlen negó con la cabeza.

—He estado en sus calles y puedo llevarte hasta ella.

—Soy el Sharum Ka de la Lanza del Desierto, Par'chin —replicó el guerrero—. No puedo enjaezar un camello y salir corriendo por las dunas en busca de una ciudad que sólo existe en papiros viejos.

—Creo que te convenceré cuando se haga de noche.

—No intentes ninguna tontería, prométemelo —pidió Jardir, sonriendo con paciencia— Por muy lleno de grafos que esté ese hierro, tú no eres el Liberador. Sería una pena tener que enterrarte.

—Te lo prometo.

—¡De acuerdo, entonces! —Jardir le palmeó el hombro—. Ven, amigo mío, se hace tarde. Cenarás conmigo en mi palacio, pero antes debemos pasar revista a la Sharik Hora.

Tomaron carnes especiadas con un aliño de guisantes y tortas de pan fino como una hoja de papel que las mujeres krasianas preparaban extendiendo la masa de harina sobre piedras pulidas al rojo. Arlen ocupó un lugar de honor junto a Jardir, rodeado por kai'Sharum y servido por las esposas de Jardir. Arlen jamás comprendió por qué Jardir le tenía tanto respeto, pero esa deferencia era muy bienvenida después del trato dispensado en el palacio del Andrah.

Los hombres le rogaron que contara historias, y en especial la de ese ser agobiante, El Manco, Alagai Ka como lo llamaban. Los demonios de las rocas eran muy infrecuentes en Krasia y cuando accedió, el relato embelesó al público.

—Construimos un nuevo escorpión después de tu última visita, Par'chin —le dijo uno de los kai'Sharum mientras bebían el néctar después de la comida—. Arroja unos dardos capaces de atravesar un muro de arenisca. Aún encontraremos un modo de traspasar el pellejo de Alagai Ka.

Arlen soltó una risa ahogada y sacudió la cabeza.

—Me temo que no vas a ver a Alagai Ka esta noche ni nunca más. Se lo ha llevado el sol.

Los ojos de los kai'Sharum reflejaron su asombro.

—¿Alagai Ka ha muerto? —preguntó uno—. ¿Cómo te las has arreglado?

Arlen sonrió.

—Os contaré esa historia tras la victoria de esta noche —aseguró, y acarició la lanza apoyada junto a él, un gesto que no le pasó desapercibido al Primer Guerrero.

Alagai sharak

328 d.R.

—**G**ran Kaji, Lanza de Everam, insufla fuerzas a los brazos y coraje en los corazones de tus guerreros para que esta noche puedan llevar a cabo tu sagrada misión.

Arlen se removió incómodo cuando los damaji imploraron la bendición de Kaji, el primer Liberador, sobre los dal'Sharum. En el norte, quien declarase que el Liberador era un simple hombre podía llevarse un buen puñetazo, pero no era un crimen. En Krasia era un delito penado con la muerte. Kaji era un Enviado de Everam venido para unir a toda la humanidad contra los alagai. Los de aquellas tierras le llamaban Shar'Dama Ka, el primer sacerdote guerrero, y se decía que un día volvería para unir a los hombres, cuando fueran dignos de la Sharak Ka, la primera guerra. Por otra parte, algunos sugerían que su regreso significaría un final rápido y brutal.

Arlen no era tan necio como para verbalizar sus dudas acerca de la divinidad de Kaji, pero aun así, los Hombres Santos le ponían de los nervios. Parecían estar buscando siempre motivos para sentirse agraviados por él, el extranjero, y ofender a alguien en Krasia solía acabar con la muerte del ofensor.

Sin embargo, fuera cual fuese el malestar que pudiera producirle la cercanía de los damaji, siempre era mayor cuando estaba a la vista el enorme templo abovedado consagrado a Everam: el Sharik Hora, cuyo significado literal era «Huesos de los Héroes». El templo era un recordatorio de lo que era capaz la humanidad. El edificio empequeñecía cualquier estructura vista por Arlen hasta ese momento. En comparación, la biblioteca ducal de Miln era minúscula.

Pero el Sharik Hora no sólo era imponente por su tamaño. Era un monumento al valor humano más allá de la muerte, pues estaba ornamentado con todos los huesos blanquecinos de los guerreros muertos en la alagai sharak. Las osamentas subían hasta sustentar las vigas del techo y formaban el marco de las ventanas. El gran altar estaba hecho íntegramente de calaveras y los bancos de tibias. Los fieles bebían agua de un cáliz consistente en una calavera hueca sostenida por dos manos descarnadas; los antebrazos eran la apoyatura de la copa y su base, un par de pies. Cada una de las arañas de luces estaba hecha con docenas de cráneos y cientos de costillas, y el domo, a sesenta metros de altura, estaba cubierto por las calaveras de los belicosos ancestros krasianos, que miraban hacia abajo con ademán crítico, exigiendo honra.

Arlen había intentado calcular el número de guerreros empleados en la construcción del salón en una ocasión, pero le había sido imposible. Debía haber unas doscientas cincuenta mil personas entre todas las ciudades y aldeas de Thesa, y todos juntos no habrían podido decorar una fracción del Sharik Hora. Antaño, los krasianos fueron un pueblo muy numeroso.

El número actual de guerreros ascendía a un total de cuatro mil y todos ellos cabían con holgura suficiente en el Sharik Hora. Se reunían allí para honrar a Everam dos veces al día, una al alba y otra al anochecer, y darle gracias por los monstruos que habían matado la noche anterior, y también le pedían fuerza para matar a otros más durante la noche venidera. Aunque la mayoría de ellos imploraban al Shar'Dama Ka regresar vivos y poder comenzar el Sharak Ka la primera guerra, lo seguirían al mismísimo Abismo todos a una.

El viento del desierto llevó los gritos hasta Arlen, que esperaba la aparición de los monstruos en el acechadero. Junto a él, los guerreros de la Guardia de Recechadores removían los pies mientras murmuraban plegarias a Everam. La alagai sharak había comenzado en otras partes del Laberinto.

Oyeron los golpazos cuando los miembros de la tribu mehnding posicionados en lo alto de las murallas soltaron las manivelas, lanzando una lluvia de piedras y enormes virotes contra las filas enemigas. Los proyectiles alcanzaron a varios demonios de la arena, matándolos o dejándolos tan malheridos que sus compañeros se lanzaban sobre ellos para despedazarlos, pero el auténtico propósito de semejante ataque era enfurecer al adversario, irritarlos hasta el frenesí. Resultaba fácil irritar a semejantes enemigos y una vez conseguido se les podía hacer seguir una dirección en cuanto veían a una presa.

Deshabilitaban la red exterior de grafos para abrir las puertas de la muralla cuando los monstruos ya estaban fuera de sí a fin de que los demonios del fuego y de la arena pudieran atravesar las entradas y los del viento pudieran sobrepasarla. Solían permitir el paso de una docena antes de cerrar las puertas y reestablecer la red.

Dentro de las murallas, un grupo de guerreros aguardaba a los abismales y los atraía hacia sí golpeando los escudos con sus lanzas. Estos hombres, conocidos como Reclamos, eran en su mayoría luchadores de cierta edad o los más débiles, sacrificables, pero gozaban de un honor sin límites. Se colaban entre los abismales a la carga dando gritos y alaridos para luego diseminarse conforme a una táctica previamente estudiada a fin de dividir al adversario y obligarlo a adentrarse más y más en el Laberinto.

Los Auxiliares apostados en lo alto de los muros hacían caer a los demonios del viento con bolas y redes de grafos; en cuanto se estrellaban contra el suelo los

Empaladores surgían de minúsculos pasajes protegidos para fijarlos al suelo antes de que pudieran liberarse. Los clavaban al suelo con estacas de grafos para inmovilizarlos y evitar que huyeran al Abismo con el alba.

Entre tanto, los Reclamos continuaban su carrera, guiando a los demonios de la arena y a los eventuales demonios de las llamas hasta su fin. Eran capaces de ir muy deprisa, pero los hombres se conocían cada giro del Laberinto como la palma de su mano y los monstruos no podían doblar las pronunciadas esquinas con la misma facilidad y cada vez que se acercaban demasiado a los Reclamos, los Auxiliares les arrojaban redes en un intento de ralentizar su avance. Muchos de estos intentos tenían éxito; otros no.

Arlen y los demás Recechadores se pusieron tensos cuando oyeron los gritos reveladores de la proximidad de los Reclamos.

—¡Alerta, he contado nueve! —los avisó un Batidor desde lo alto.

Nueve demonios de la arena eran más de los dos o tres que solían atacar en cada apostadero. Los Reclamos se separaban durante la huida a fin de reducir el número de cada grupo, por lo cual era muy raro tener que enfrentarse a más de cinco enemigos. Arlen apretó con más fuerza su hierro mientras los ojos de los dal'Sharum refulgían enloquecidos de entusiasmo: quien moría en la alagai sharak se ganaba la entrada al paraíso.

—¡Luces! —ordenó una voz en lo alto.

Cuando los Reclamos conducían a los demonios al apostadero los Auxiliares encendían deslumbrantes lámparas de aceite delante de unos espejos ladeados e inundaban de luz la zona.

Siempre tomaban desprevenidos a los abismales, que retrocedían entre alaridos. La luz no les causaba daño alguno, pero concedía tiempo para escapar a los exhaustos Auxiliares, que sí esperaban el resplandor y rodeaban los pozos de los demonios con la precisión que da la práctica, y se dejaban caer en trincheras vacías y protegidas con grafos.

Las criaturas se recobraron enseguida y retomaron su embestida sin saber qué camino habían tomado los Reclamos. Tres de ellos corrieron directos hacia las lonas de color arena que cubrían los dos amplios pozos para demonios, gritando mientras caían en esos agujeros de seis metros.

Se abrieron las trampillas y los miembros de la Guardia de Recechadores cargaron entre alaridos desde el escondrijo de la emboscada. Los luchadores portaban escudos redondos de grafos y avanzaban con las lanzas al mismo nivel con el propósito de empujar a los restantes abismales hasta la trampa de los pozos.

Arlen dejó atrás el miedo y rugió mientras cargaba con los demás, cautivado por la hermosa locura de Krasia. Así era como imaginaba a los guerreros de antaño: poniendo freno al instinto de dar media vuelta y correr a esconderse cuando salían a

presentar batalla. Se olvidó de quién era y dónde estaba durante unos instantes.

Pero entonces, su hierro golpeó a un demonio y los grafos flamearon al cobrar vida y abatirse como un relámpago plateado sobre la criatura, que gritó de dolor, pero las lanzas más largas de los Recechadores más cercanos lo apartaron de Arlen. Ninguno de ellos se percató siquiera de aquello. El destello pasó oculto entre el centelleo de las defensas.

El grupo de Arlen empujó a los dos rivales restantes hasta el pozo abierto en su lado del apostadero. Los grafos del pozo eran de sentido único, como sólo sabían trazarlos en Krasia. Los abismales podían entrar, pero no salir, ni siquiera por el suelo: debajo del polvo y la tierra del fondo había roca de cantera para cortarles el regreso al submundo, lo cual los confinaba allí, dejándolos atrapados para que acabara con ellos el sol de la aurora.

Arlen dirigió su atención al lado opuesto, donde las cosas no habían salido tan bien. La tela de la lona se había enganchado al caer en el pozo, dejando cubiertos algunos grafos. Antes de que el Captor pudiera liberar el enganchón, dos abismales salvaron la abertura de un salto y le cayeron encima, matándolo.

La Guardia de Recechadores del otro lado de la celada había irrumpido en aquel caos para hacer frente a cinco demonios de la arena y sin tener un pozo al que arrojarlos. La unidad únicamente constaba ya de diez hombres y los demonios ocupaban la posición central, rajando y mordiendo.

—¡Retiraos a la gazapera! —ordenó el kai'Sharum del lado de Arlen.

—¡Antes prefiero el Abismo! —aulló Arlen, y echó a correr en ayuda del otro grupo. Los dal'Sharum, al ver semejante muestra de coraje en un extranjero, lo siguieron y dejaron detrás a su vociferante oficial.

Arlen hizo una pausa el tiempo necesario para soltar la lona del pozo para demonios y activar el círculo de ese modo, lo cual requirió apenas unos instantes; luego, se lanzó a la melé del combate empuñando la lanza encantada, que había cobrado vida propia.

Tras pasó al demonio más cercano a él. En esta ocasión, el luchador más próximo no pudo dejar de ver el chisporroteo mágico producido por el arma al alcanzar su objetivo. El demonio de la arena se desplomó sobre la misma, mortalmente herido, y Arlen sintió un flujo de energía salvaje fluyendo por su cuerpo.

Percibió un movimiento por el rabillo del ojo y pivotó sobre sí mismo con el arma en ristre a fin de detener la mordedura de los afilados dientes de otro monstruo. Las protecciones de la lanza se activaron antes de que el abismal pudiera morder más abajo, bloqueando su boca abierta. Arlen giró de pronto la lanza y la magia crepitó mientras se hundía en las fauces de la criatura.

Un flujo de vitalidad recorrió las extremidades de Arlen cuando lo embistió un tercer demonio. Empujó hacia delante el astil de la lanza y los trazos mágicos de ésta

partieron en dos el rostro del abismal. Cuando cayó al suelo, el joven soltó el escudo a fin de tener libres ambas manos para hacer girar la larga vara y hundirla en el corazón de su enemigo.

Arlen rugió y miró en derredor en busca de otro adversario con quien combatir, pero los otros dos habían sido empujados al pozo. A su alrededor, los hombres lo miraban con asombro.

—¿A qué esperáis? —gritó, mientras se precipitaba en dirección al Laberinto—. ¡Quedan alagai por cazar!

Los dal'Sharum lo siguieron cantando:

—¡Par'chin, Par'chin!

Su siguiente rival fue un demonio del viento que se lanzó en picado, abriéndole la garganta a uno de los seguidores de Arlen. Éste le arrojó su hierro antes de que pudiera remontar el vuelo y le traspasó la cabeza en medio de una lluvia de chispas. El ser se desplomó sobre el suelo.

Arlen retiró la lanza y siguió corriendo como un berserker salido de las leyendas ahora que fluía por su cuerpo la furia de la magia del arma. Su destacamento engrosó de número a medida que iban peinando el Laberinto en busca de más adversarios. Arlen los mató a todos, uno tras otro.

—¡Par'chin, Par'chin! —coreó un número creciente de seguidores.

Se olvidó de dónde estaban las gazaperas y los túneles de escape. Habían desaparecido el miedo y el recelo a la noche. Arlen parecía invulnerable con su lanza de metal y la confianza que exudaba era como una droga para los krasianos.

Enardecido por la emoción de la victoria, Arlen se sentía como recién salido de la crisálida, renovado por la antigua lanza. No sentía fatiga alguna a pesar de haber luchado y corrido durante horas. Tampoco notaba dolor alguno a pesar de tener múltiples cortes y rasguños. Su mente únicamente se concentraba en la siguiente refriega, en el próximo enemigo a abatir. Cada vez que atravesaba la coraza de una de aquellas criaturas y recibía el flujo de energía resonaba en su cabeza la misma idea:

«Todo hombre ha de tener una igual.»

Jardir apareció delante del forastero que, cubierto por el icor de los demonios, elevó la lanza para saludar al Primer Guerrero.

—¡Sharum Ka! —voceó el joven—. ¡Ningún demonio escapará con vida del Laberinto esta noche!

Jardir rió y alzó al aire su lanza a modo de respuesta. Abrazó a Arlen como a un hermano.

—Te he subestimado, Par'chin. No volveré a hacerlo.

—Eso dices cada vez —replicó Arlen con una sonrisa.

Jardir cabeceó en dirección a los dos demonios de la arena que el joven acababa de matar.

—Puedes estar seguro esta vez —le aseguró, devolviéndole la sonrisa. Luego se volvió hacia los seguidores del forastero y señalando a los abismales muertos, gritó —: ¡Dal'Sharum, recoged a esas piltrafas asquerosas y alzadlas a lo alto del muro exterior! Nuestros honderos necesitan hacer prácticas de tiro. ¡Que los monstruos de más allá del muro vean qué estúpido es atacar Fuerte Krasia!

Los combatientes profirieron un grito de júbilo y se apresuraron a cumplir la orden. Jardir se volvió a Arlen mientras lo hacían.

—Los Auxiliares informan de que todavía se combate en uno de los apostaderos, en el este. ¿Te quedan ganas de luchar, Par'chin?

La sonrisa del interpelado fue casi animal.

—Muéstrame el camino.

Y ambos hombres salieron corriendo, dejando a los demás atareados en sus quehaceres. Corrieron a toda velocidad durante cierto tiempo, hasta llegar a uno de los rincones más apartados del Laberinto.

—Es justo ahí —indicó Jardir cuando dieron una vuelta para doblar una acusada revuelta que daba a un apostadero.

El silencio reinante no despertó recelo alguno en el joven forastero, pues las pisadas de su carrera y el golpeteo de la sangre en las sienas lo llenaban todo.

Un pierna salió de un lado cuando él doblaba la esquina, le enganchó el pie y lo envió de bruces al suelo. Rodó mientras caía sobre la arena y mantuvo aferrado el preciado hierro, pero mientras se ponía de pie unos hombres habían bloqueado la única salida existente.

Arlen miró en derredor, confuso, al no ver signo alguno de demonios ni de combates. Habían tendido una emboscada, sin duda, pero no a los abismales.

Un simple chin

328 d.R.

—¿Qué es esto? —preguntó Arlen a pesar de que en el fondo de su corazón lo sabía perfectamente.

—El Shar'Dama Ka debe empuñar la Lanza de Kaji —replicó Jardir cuando se aproximó—, y tú no lo eres.

El joven aferró el hierro como si temiera que pudiera escapar volando de sus manos. Le cerraban el paso los mismos hombres con los que había cenado unas pocas horas antes, pero ahora no veía un ápice de amistad en sus ojos. Jardir había actuado con astucia al separarlo de sus seguidores.

—No es preciso hacerlo de este modo —repuso Arlen mientras retrocedió hasta acabar pisando el borde del pozo para demonios del apostadero—. Soy capaz de hacer más igual que ésta, una para cada dal'Sharum —prosiguió—. Por eso vine.

—Podemos hacerlas nosotros —repuso Jardir; su sonrisa fue una fría abertura en su rostro barbado: sus dientes centelleaban a la luz de la luna—. No puedes ser nuestro salvador. Sólo eres un chin.

—No quiero luchar contigo.

—Pues entonces no lo hagas, amigo mío —replicó Jardir con un hilo de voz—. Dame el arma, toma tu caballo y vete al alba para no volver jamás.

Arlen vaciló. No albergaba duda alguna de que los Protectores de Krasia serían capaces de reproducir la lanza tan bien como él. Los krasianos podrían invertir el curso de la guerra a no mucho tardar. Se salvarían miles de vidas y morirían miles de demonios. ¿Acaso importaba quién se llevara el mérito?

Pero había en juego algo más que el crédito de la gesta. La lanza no era un regalo para Krasia, sino para todos los hombres. ¿Compartirían los krasianos ese conocimiento con alguien más? A la vista de esa escena, Arlen pensaba que no.

—No. Creo que debo quedármela un poco más. Déjame hacerte una y me iré. Jamás volverás a verme y tendrás lo que quieres.

Jardir chasqueó los dedos y los hombres se acercaron a Arlen.

—Por favor —imploró Arlen—, no quiero heriros a ninguno.

Los guerreros de élite de Jardir rompieron a reír. Todos ellos habían consagrado sus vidas a la lanza.

Pero Arlen también.

—Los abismales son el enemigo, ¡no yo! —chilló, pero incluso mientras protestaba giró sobre sí mismo y torció su hierro para desviar las puntas de dos lanzas y luego patear las costillas de uno de los hombres, que fue a chocar con el otro. Se lanzó hacia delante para ocupar el centro e hizo girar la lanza como si fuera un cayado, renunciando al uso de la punta.

Con la contera, propinó un porrazo en el rostro de un guerrero, rompiéndole la mandíbula, y llevó el golpe hasta el final, aprovechando la inercia para bajar el arma y usarla como si fuera una porra contra la rodilla de otro atacante. Una lanza krasiana silbó a pocos centímetros por encima de su cabeza cuando el guerrero se derrumbó sobre el suelo entre chillidos.

Pero a diferencia de cuando luchaba contra los abismales, ahora el arma le pesaba en las manos y ahora se había extinguido la inagotable vitalidad que lo había empujado a cruzar el Laberinto. Era una simple lanza cuando se empleaba contra los hombres. Arlen la fijó en el suelo y saltó en el aire para propinar una patada alta en la garganta de otro guerrero. Acto seguido, sacudió a otro en el estómago con el extremo romo del hierro, haciéndole doblarse en dos. La punta abrió un corte profundo en el muslo de un tercero, que soltó su arma para agarrarse la herida. Arlen retrocedió ante la subsiguiente reacción, situándose de espaldas al pozo para demonios con el propósito de no ser rodeado.

—He vuelto a subestimarte, y eso que prometí no hacerlo —admitió Jardir antes de ordenar con un ademán de la mano a más hombres que acudieran.

Arlen luchó duro, pero jamás hubo duda sobre el desenlace de la pelea. El astil de una lanza le alcanzó en un lateral de la cabeza, derribándolo, y entonces se le echaron encima todos los guerreros, y le cayó una brutal tunda de palos hasta que soltó la lanza para protegerse la cabeza con los brazos.

El apaleamiento cesó casi de inmediato. Dos musculosos guerreros le maniataron las muñecas a la espalda y lo pusieron de pie de un tirón. Arlen vio que el Primer Guerrero se agachaba para apoderarse de su lanza. Jardir sujetó el trofeo con fuerza y miró al forastero a los ojos.

—Lo lamento de veras, amigo mío. Me gustaría que hubiera sido de otro modo.

Arlen le escupió a la cara.

—¡Everam es testigo de tu traición!

Jardir se limitó a sonreír mientras se limpiaba el salivazo.

—No hables de Everam, chin. Yo soy Sharum Ka, no tú. Krasia caería sin mí, pero ¿quién va a echarte de menos, Par'chin? Las lágrimas vertidas por ti no llenarían ni una sola botella.

Miró a los hombres que aferraban al prisionero y dio una orden:

—Arrojadlo al pozo.

Arlen todavía no se había recobrado de la sorpresa y el porrazo cuando le lanzaron la propia lanza de Jardir, todavía traqueteante en el suelo delante de él. Alzó la cabeza y vio al Primer Guerrero mirándolo desde lo alto.

—Has vivido con honor, Par'chin —admitió Jardir— y puedes mantenerlo intacto en la muerte. Muere luchando y despertarás en el paraíso.

El joven soltó un gruñido y miró al demonio de la arena, situado en el extremo opuesto del pozo, que se levantaba para ponerse en cuclillas.

El chin se puso de pie, ignorando el dolor de sus músculos magullados por la paliza, y alargó la mano para tomar el arma, pero no apartó los ojos del abismal. Su postura confundió a la criatura, pues no era ni temerosa ni amenazante. El ser anduvo a cuatro patas de un lado para otro, indeciso.

Era posible matar a un demonio de la arena con una lanza sin grafos. Las protuberancias óseas de la frente solían protegerles los ojillos, pero ese blanco aumentaba cuando se abalanzaban sobre uno. Bastaba un golpe preciso en ese único punto vulnerable, si se realizaba con la suficiente fuerza como para que el arma siguiera hasta hundirse en el cerebro, situado detrás. Esa lanzada podía matar a la bestezuela en el acto, pero los abismales se curaban a una velocidad mágica y un golpe impreciso o demasiado débil como para llegar hasta el fondo únicamente servía para enfurecerlos más. Resultaba una tarea imposible al no tener escudo y contar con la escasa luminosidad de las lámparas de aceite y la tenue luz de la luna.

El comportamiento del hombre intrigaba a la criatura, y Arlen aprovechó el intervalo para rasguñar el suelo con la punta de la lanza y trazar grafos de protección justo delante de él, el camino más probable del engendro cuando se le echara encima. El monstruo encontraría enseguida una forma de sortear el obstáculo, pero eso iba a darle un poco más de tiempo. Escribió los trazos a golpe de lanza.

El demonio de la arena regresó junto a las paredes del pozo, donde esquivaba mejor la luz proyectada por las lámparas. Sus escamas rojizas cubiertas de lodo lo hacían casi invisible de no ser por sus enormes y prominentes ojos negros, refulgentes a pesar de que era muy escasa la luz que incidía sobre él.

El hombre previó el ataque antes de que se produjera al observar cómo se hinchaban y se tensaban los músculos nervudos de las patas. Arlen se posicionó detrás de las protecciones, ya escritas por completo, y entonces rompió el contacto visual con su enemigo, como si se hubiera rendido.

El abismal lanzó sobre la víctima sus casi cincuenta kilos de garras, dientes y músculos blindados por las escamas, profiriendo un rugido desde el fondo de la garganta. El joven aguardó a que chocara contra las defensas y, en cuanto éstas cobraron vida con un centelleo, le asestó un fuerte golpe en los ojos expuestos. La velocidad del demonio le añadió potencia a la lanzada.

Los krasianos lo jalearon desde el borde del pozo.

El lancero notó que la punta de la lanza se hundía en su objetivo, pero no lo suficiente antes de que el golpe y la magia repelieran a la criatura al otro lado del hoyo entre alaridos de dolor. Arlen observó el remate partido de su arma y luego distinguió el centelleo de la punta a la luz de la luna: estaba hundida en el ojo del monstruo, que se sacudió el dolor y se puso de nuevo en pie antes de llevarse una garra al punto donde había entrado la punta, que salió sola de una herida que ya había dejado de sangrar.

El ser gruñó por lo bajo y comenzó a deslizarse hacia atrás, avanzando a gatas con el vientre pegado al suelo del foso. Arlen lo aprovechó para completar su semicírculo y los grafos volvieron a centellear cuando la criatura se estrelló contra la protección. El joven asestó otro golpe, y en esta ocasión dirigió la punta rota de la vara hacia el buche, la carne más vulnerable de su garganta, pero su rival era demasiado rápido y atrapó la lanza de Arlen entre los dientes y se la arrebató de un brusco tirón hacia atrás.

—Por la Noche —maldijo Arlen.

El círculo de protección no estaba completo, y no albergaba muchas esperanzas de poderlo terminar sin la lanza.

El demonio se estaba recuperando del porrazo y no estaba preparado cuando Arlen saltó desde detrás de los grafos y le hizo un placaje. Arriba, los espectadores rugieron de entusiasmo.

La criatura arañaba y mordía, pero Arlen la aventajaba en rapidez y maniobró a su espalda para ponerle los antebrazos a la altura de las axilas, sujetándole las garras detrás de la cabeza. Se levantó con toda su fuerza para alzar al demonio del suelo.

Arlen era más grande y pesado que ese demonio de la arena, pero cuando se revolvió no fue capaz de rivalizar con la tremenda fuerza de su rival, cuyos músculos parecían gruesos y duros como las cuerdas de las poleas usadas en las canteras de Miln. Las garras de los cuartos traseros del ser amenazaban con hacerle jirones las piernas. Hizo girar al demonio y lo golpeó contra la pared del pozo y repitió la operación sin darle ocasión a una posible recuperación. Aun así, la criatura se revolvió con frenesí y agotaba las fuerzas de Arlen, que, debilitado, cada vez lo sujetaba con menos fuerza, y resolvió arrojar todo el peso de su presa contra sus grafos. El chisporroteo de la magia iluminó el pozo mientras el cuerpo del abismal se convulsionaba a causa del impacto. El hombre recobró la lanza y se puso de inmediato detrás de sus defensas antes de que se recobrara el enemigo.

El enfurecido demonio se lanzó repetidas veces contra las protecciones, pero Arlen completó a toda prisa el improvisado semicírculo, pues el muro del pozo le protegía la espalda. El entramado de trazos tenían fisuras, pero confiaba en que fueran lo bastante pequeñas como para que su rival no las encontrara y se colara dentro.

Esas esperanzas se vinieron abajo poco después, cuando el abismal se encaramó de un brinco a la pared del foso y hundió los dedos en la arcilla endurecida para luego acercarse por la pared hasta la posición de Arlen. Exhibió sus dientes cortantes rebosantes de baba.

Las defensas apresuradas de Arlen eran débiles y el alcance de su protección corto, por lo cual el demonio podía salvarlas de un salto. No iba a necesitar mucho tiempo para comprender que era capaz de subir por encima de ellas.

El joven se armó de valor y colocó un pie encima de la protección más cercana, con lo cual cortó el flujo de magia, pero no pisó los trazos para no estropear el grafo, lo mantuvo unos centímetros del suelo y esperó al brinco de la criatura para echarse hacia atrás y descubrir la protección.

El demonio se hallaba a mitad de camino cuando se reactivó la red de protección, cortando la carne allí donde lo pilló. La mitad de la criatura cayó dentro del semicírculo de Arlen y la otra mitad fuera, con un ruido sordo.

El abismal lanzaba zarpazos y mordiscos incluso privado de sus cuartos traseros. Arlen retrocedió, manteniéndolo a raya con la lanza. Cruzó las protecciones, dejando atrapado el torso del demonio de arena dentro del semicírculo, sobre cuyo suelo sangraba a borbotones un icor negruzco en medio del cual seguía retorciéndose.

El vencedor levantó la vista y miró a los boquiabiertos krasianos. Torció el gesto y luego tomó la lanza con ambas manos y levantó la pierna; estrelló el arma contra la rodilla para partirla en dos y luego, inspirado por el ejemplo del abismal, clavó el extremo roto en la suave arcilla del muro. Tiró con tanta fuerza que se le hincharon los músculos, y luego logró alzarse, alzó el otro brazo y hundió la otra mitad aún más arriba.

Arlen salvó los seis metros de pared a pura fuerza, una mano tras otra, sin pensar en lo que dejaba detrás ni en aquello que lo aguardaba delante. Se concentró en la tarea inmediata, haciendo caso omiso de los esguinces de los músculos y los músculos desgarrados.

Los krasianos retrocedieron con ojos abiertos por el asombro cuando coronó el ascenso y llegó al borde del pozo. Muchos de ellos invocaron a Everam y se llevaron las manos a las frentes y a los corazones mientras otros trazaban grafos en el aire para protegerse como si él fuera un demonio.

El joven debió hacer un gran esfuerzo para seguir de pie, pues notaba los músculos como si fueran gelatina. Miró al Primer Guerrero con ojos turbios.

—Si quieres matarme, vas a tener que hacerlo tú mismo —gruñó—. Ya no quedan más abismales en el Laberinto que te hagan el trabajo.

Jardir se adelantó un paso, pero vaciló al oír un murmullo de desaprobación entre algunos de sus hombres. Arlen se había probado como guerrero y no sería honorable matarlo ahora.

Arlen había contado con eso, pero el Primer Guerrero reaccionó antes de que los hombres tuvieran tiempo de seguir pensando. Se adelantó de pronto y le golpeó en la sien con la contera de la lanza de grafos.

Arlen se desplomó sobre el suelo con un zumbido en la cabeza y un fuerte mareo, pero aun así, escupió y puso las manos debajo del cuerpo e hizo fuerza para levantarse. Alzó la mirada sólo para ver el nuevo movimiento de Jardir, que lo golpeó en la cara con la lanza de metal, y ya no supo nada más.

De gira por las aldeas

329 d.R.

Rojer bailaba y mantenía en el aire cuatro bolas de madera coloreada mientras andaban. Los juegos malabares todavía le venían grandes, pero Rojer Mediagarra tenía una reputación que mantener, y se esforzaba al máximo para superar su limitación, moviendo con gracia la mano lisiada a fin de recoger la bola en posición y poder lanzarla.

Era pequeño, con catorce años cumplidos apenas pasaba del metro y medio. Tenía el pelo de un rojo zanahoria, ojos verdes y un rostro redondo, despejado y lleno de pecas. El polvo del camino le cubría las botas de cuero fino con sendos agujeros por los que asomaba el dedo gordo del pie, y él levantaba una nube de polvo y tierra con sus pisotones, haciendo que quienes estaban alrededor tragaran una bocanada de polvo con cada inspiración.

—¿De veras crees que merece la pena tanto esfuerzo si no puedes estarte quieto? —le preguntó Arrick con irritación—. Pareces un aficionado y eso de hacer respirar polvo a tu público le va a gustar tan poco como a mí.

—No voy a actuar en el camino —repuso el aprendiz.

—A lo sumo lo harás en las aldeas, y allí no tienen suelos de madera —lo contradijo el Juglar.

El aprendiz perdió el ritmo y el maestro se detuvo mientras el muchacho intentaba recuperar la cadencia desesperadamente. Al final, recobró el control sobre las bolas, pero Arrick no dejó de chistarle.

—¿Cómo impiden que los demonios se metan dentro de las murallas si no tienen los suelos entarimados?

—Tampoco tienen murallas —replicó el trovador—. Necesitarían una docena de Protectores para mantener una red de grafos alrededor de una aldea pequeña, y los aldeanos pueden darse con un canto en los dientes si tienen un par de ellos y algún aprendiz.

Rojer se sintió débil y tragó saliva con sabor a bilis. Después de una década, todavía resonaban en su mente los gritos de aquella noche. Y entonces tropezó y se desplomó de espaldas. Las pelotas le cayeron encima. Palmeó airadamente el suelo con la mano lisiada.

—Más valdrá que me dejes a mí lo de los malabares y te concentres en tus otras

habilidades —le insistió Arrick—. Si practicas el canto tanto como los juegos de manos, quizá serás capaz de llegar a la tercera nota sin que te falle la voz.

—Tú siempre dices que «un Juglar incapaz de hacer juegos de manos no es un Juglar completo».

—No importa lo que diga —lo atajó el maestro con brusquedad—. ¿Qué te crees? ¿Qué Gorgorito hace unos juegos de manos maravillosos? Tú tienes talento, y en cuanto te labres un nombre acabarás contando con el concurso de aprendices que hagan los malabarismos por ti.

—¿Y por qué iba a querer yo que alguien hiciera por mí los números de habilidad? —retrucó el muchacho mientras recogía las bolas y las colocaba en una bolsa anudada al cinto y, al hacerlo, palpó el tranquilizador bulto de su talismán, cómodamente instalado en su bolsillo secreto, para que le diera fuerza.

—Porque el dinero no está en esos trucos insignificantes —replicó el maestro, echando mano a la omnipresente bota de vino—. Los Juglares se ganan cuatro klats, pero ganarás buenas monedas milnesas de oro si te haces famoso. —Bebió de nuevo, y esta vez el trago fue más prolongado—. Pero esta gira por los pueblos es necesaria para que te ganes un prestigio.

—Gorgorito jamás actúa en los pueblos —repuso el muchacho.

—Ésa es la idea —gritó Arrick, gesticulando como un poseso—. Tal vez su tío sea capaz de tocar algunas teclas en Angiers, pero carece de influencia en las aldeas. ¡Volveremos para enterrarlo en cuanto te hayas hecho famoso!

—No es rival para Melodía y Mediagarra —se apresuró a decir Rojer, colocando primero el nombre de su maestro, a pesar de que últimamente en las calles de Angiers lo hacían al revés.

—¡Exacto! —gritó Arrick, entrechocando los tacones y bailando una rápida jiga.

Rojer había aplacado a tiempo la irritación de Arrick, que había mostrado en los últimos años una creciente propensión a los accesos de ira y había empujado el codo más y más conforme bajaba su popularidad y subía la de su pupilo. Su voz había perdido la dulzura de antaño, y él lo sabía.

—¿Cuánto falta para el Paseo del Grillo? —quiso saber Rojer.

—Deberíamos llegar mañana a la hora del almuerzo.

—Pensaba que las aldeas podían estar a un día de camino como mucho.

—El decreto del duque era que los asentamientos no podían estar más lejos de lo que un hombre era capaz de recorrer en un día a lomos de un buen caballo —refunfuñó el Juglar—. La distancia es algo mayor de lo que puede recorrerse a pie.

El buen humor de Rojer se evaporó. Arrick tenía intención de pasar la noche en el camino sin más defensa entre ellos y los abismales que un viejo círculo portátil que no se había utilizado en los últimos once años.

Pero ya no estaban a salvo en Angiers. Maese Jasin se habían tomado un especial

interés en aplastarlos conforme crecía la popularidad de ambos. El año pasado sus aprendices le rompieron un brazo a Arrick y les habían robado el dinero obtenido tras un buen espectáculo en más de una ocasión. Entre eso y la afición del trovador por la bebida y las putas, rara vez sumaban dos klats entre los dos. Tal vez una gira por las aldeas les deparara mejor fortuna.

Hacerse un nombre en los pueblos era un rito de iniciación para los Juglares y siempre le pareció una gran aventura mientras estuvieron a salvo en Angiers, pero ahora Rojer miraba el cielo y le costaba tragar saliva del nudo que se le había formado en la garganta.

El aprendiz se sentó sobre una piedra para coserle un retal colorido a su capa. Eso le ocurría al resto de su atuendo: las prendas originales se habían gastado hacía tiempo e iban saliendo del paso con remiendos hasta que realmente ya sólo vestían retales.

—Monta el *sssírculo* en cuanto *hayassss* terminado con *essso*, zagal —le ordenó Arrick, un tanto achispado ahora que se había bebido casi todo el pellejo de vino.

El pupilo se estremeció en cuanto miró el sol poniente y se dispuso a acatar la orden enseguida.

El círculo era pequeño, de sólo tres metros de diámetro: lo justo para que dos hombres pudieran tenderse con un fuego entre ambos. Rojer fijó en el centro del campamento una estaca a la que ató un cordel de metro y medio como ayuda para dibujar en el suelo el limpio trazo de un círculo. Depositó el círculo portátil por el exterior de ese perímetro, ayudándose de una vara de medir para asegurarse de que las placas con los grafos estaban alineadas de forma correcta, pero él no era Protector, y no estaba seguro de haberlo hecho bien.

El maestro se acercó dando traspiés para inspeccionar su trabajo en cuanto terminó su aprendiz.

—*Paresse bienn* —observó, arrastrando las palabras sin apenas mirar el círculo.

Un helado escalofrío corrió por la espalda de Rojer y se puso a revisarlo todo una vez más, e incluso una tercera para cerciorarse, y pese a eso se sintió muy incómodo mientras encendía el fuego y preparaba la cena, pues el sol se hundía cada vez más.

Él no había visto un demonio en la vida, al menos que recordase con claridad. Iba a tener grabada de por vida la zarpa que se coló por la puerta de casa de sus padres, pero el resto, incluso el ser que lo había mutilado, no pasaba de ser una simple neblina de dientes, cuernos y humo.

Se le heló la sangre en las venas cuando la sombra proyectada por los árboles del bosque llegó al camino y no transcurrió mucho tiempo antes de que una forma espectral surgiera del suelo muy cerca del fuego. El demonio del bosque tenía un

tamaño similar al de un hombre ordinario. Una piel rugosa muy similar a la corteza de los árboles cubría ese cuerpo suyo fibroso. La criatura rugió nada más ver la fogata; al hacerlo, echó hacia atrás la cabeza cornuda y reveló las dos hileras de dientes afilados. Flexionó las garras, preparándolas para matar. Otras figuras revolotearon alrededor de donde llegaba la luz del fuego, rodeándolos sin prisa.

El aprendiz volvió los ojos a su maestro, que le daba de firme a la bota de vino. Había albergado la esperanza de que él conservara la calma, pues había dormido antes en círculos portátiles, pero el temor de sus ojos decía lo contrario. Rojer llevó una mano temblorosa hasta su bolsillo secreto y extrajo del mismo su talismán, agarrándolo con fuerza.

El demonio del bosque agachó la cabeza y cargó con los cuernos por delante. Entonces, le vino a la memoria un recuerdo largo tiempo reprimido y de pronto tuvo otra vez tres años y observaba por encima del hombro materno cómo se acercaba la muerte.

Lo recordó todo de golpe: su padre, atizador en mano, había permanecido en su sitio junto al Enviado Geral para ganar tiempo a fin de que su esposa pudiera escapar con él, pero Arrick los quitó de en medio a empujones mientras huía hacia la gazapera de la cocina. Recordó el mordisco que se le llevó los dedos y el sacrificio de su madre.

«¡Te quiero!»

Rojer se aferró al talismán y sintió el espíritu materno muy cerca de él, como si fuera una presencia física. Cuando los abismales se les echaran encima, confiaba en que lo protegería más que los grafos.

La criatura golpeó la protección con dureza. Arrick y Rojer dieron un brinco del susto cuando la magia de los grafos levantó un chisporroteo de luz. El entramado de grafos de Geral quedó reflejado en el aire con trazos de fuego plateado durante unos instantes y luego el abismal fue rechazado, y quedó aturdido.

La sensación de alivio duró poco. El sonido y la luz atraieron la atención de otros congéneres, y cargaron por turnos a fin de probar el entramado desde todos los ángulos.

Pero las protecciones lacadas de Geral aguantaron bien y los demonios fueron rechazados, ya atacaran de uno en uno ya lo hicieran en grupo; al final, terminaron dando vueltas en torno a ellos, buscando en vano una debilidad.

Sin embargo, mientras los demonios seguían lanzándose contra la protección del círculo, Rojer tenía la mente en otro lugar: veía morir a sus padres una y otra vez; las llamas consumían a su padre y el fuego devoraba a su madre poco después de meterlo en el agujero de la cocina. Y veía una y otra vez cómo Arrick los apartaba.

Melodía había causado la muerte de su progenitora, tan seguro como si la hubiera matado él mismo. Rojer se llevó el talismán a los labios y besó el pelo rojo de su

madre.

—¿Qué es eso que sostienes? —preguntó Arrick cuando fue claro que los demonios no iban a cruzar.

El descubrimiento de su talismán le habría provocado un ataque de pánico en cualquier otra ocasión, pero ahora se hallaba en otro sitio, reviviendo una pesadilla e intentando aclarar el significado de la misma. Arrick había sido como un padre para él durante diez años. ¿Podían ser ciertos esos recuerdos?

El muchacho abrió la mano, dejando que su mentor viera la pequeña muñeca de madera con el mechón de pelo rojo.

—Mi mamá —dijo.

Su maestro la miró con tristeza y hubo algo en su expresión que le confirmó todo cuanto necesitaba saber. Sus recuerdos eran ciertos. Rojer se tensó cuando Arrick empezó a barbotar palabras de enfado. Estaba dispuesto a cargar contra el Juglar para arrojarlo del círculo y dejar que se encargaran de él los abismales.

Arrick humilló la mirada, se aclaró la garganta y empezó a cantar. Su voz estropeada por años de bebida recuperó parte de su antigua dulzura mientras entonaba una suave nana. La tonada activó la memoria del muchacho exactamente igual que había hecho la visión del demonio del bosque. De súbito, se acordó de cómo Arrick lo había sostenido en el mismo círculo que ocupaban en ese momento, entonando la misma canción de cuna mientras ardía todo Pontón.

La canción envolvió a Rojer como su talismán, recordándole lo seguro que se había sentido esa noche. Arrick había sido un cobarde, eso era cierto, pero había respetado la petición de Kally de cuidar de él, a pesar de que eso le había costado su puesto junto al duque y le había arruinado la carrera.

Metió bien el talismán en el bolsillo secreto y observó la noche con la mirada ausente mientras las imágenes de toda una década pasaban por su mente y él intentaba encontrar algún sentido a todo aquello.

Al final, la canción se fue apagando y Rojer salió de su ensimismamiento y sacó los utensilios de cocina. Frió salchichas y tomates en una pequeña sartén, y se los comieron, acompañándolos con pan duro. Practicaron después de la cena. Rojer sacó el violín y Arrick se humedeció los labios con las últimas gotas de la bota de vino. Se pusieron el uno frente al otro, haciendo todo lo posible por ignorar a los demonios que acechaban más allá del círculo.

Rojer comenzó a tocar y todas las dudas y aprensiones se desvanecieron en cuanto la vibración de las cuerdas se convirtió en su mundo. Fue rasgueando una melodía y asintió cuando se sintió preparado. Arrick se unió a él con un suave tarareo, a la espera de otro gesto para empezar a cantar. Estuvieron interpretando durante algún tiempo, sumiéndose en una comfortable armonía perfeccionada por años de prácticas y actuaciones.

Arrick se interrumpió y miró en derredor al cabo de mucho rato.

—¿Qué ocurre?

—Ningún demonio ha atacado las defensas desde que hemos comenzado, o eso creo —repuso Arrick.

El aprendiz dejó de tocar y dirigió una mirada a la noche y se percató de que era cierto. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? Los demonios del bosque estaban acucillados en los alrededores del círculo, inmóviles, pero cuando Rojer miró a los ojos de un ser, éste se le echó encima.

El muchacho gritó y se cayó de espaldas cuando el monstruo impactó contra las protecciones y fue repelido. Surgió a su alrededor un flameo de chispas cuando todos los atacantes salieron del trance y atacaron.

—¡Era la música! ¡La música los ha hecho retroceder!

El Juglar vio la confusión en el semblante del muchacho, de modo que se aclaró la garganta y comenzó a cantar.

Y lo hizo con una voz tan fuerte que llegó bien lejos en el camino, ahogando los alaridos de los demonios con su hermoso sonido, pero no sirvió para mantener a raya a los abismales. Antes al contrario, los asaltantes gritaron y lanzaron zarpazos contra la barrera con más fuerza, como si estuvieran desesperados por silenciarlo.

Arrick frunció las cejas y cambió la tonada, cantando la última balada que habían ensayado él y Rojer, pero los demonios siguieron afanándose en atacar las defensas. Rojer sintió una punzada de miedo. ¿Qué ocurría si esos demonios encontraban una brecha en las defensas como habían hecho en...?

—¡Toca el violín, zagal! —gritó Arrick. El muchacho miró embobado el instrumento y el arco, todavía entre sus manos—. ¡Tócalo, memo! —ordenó el Juglar.

La mano tullida de Rojer tembló y el arco rozó las cuerdas del violín, soltando un chirrido penetrante similar al arañar de unas uñas sobre la pizarra. Los monstruos se quejaron al tiempo que retrocedían un paso, lo cual envalentonó a Rojer, que tocó nuevas notas discordantes y desafinadas. Aullaron y se taparon las orejas con las zarpas, como si les doliera.

Pero los demonios no huyeron, sino que se apartaron del círculo lentamente hasta ponerse a una distancia tolerable y se dispusieron a esperar. Sus ojos destellaban a la luz de la fogata.

Verlos le puso el corazón en un puño. Ellos sabían que no iba a poder tocar eternamente.

Arrick no había exagerado al afirmar que iban a recibirlos como héroes en las aldeas. Los habitantes del Paseo del Grillo no tenían Juglares propios y eran muchos quienes recordaban a Melodía de sus tiempos como heraldo del duque, una década

atrás.

Había una pequeña posada para albergar a los pastores y a los granjeros que iban y venían entre Bosque Cerrado y el Valle del Pastor. Fueron bien recibidos en ella y les dieron comida y alojamiento gratis. Todo el pueblo se dio cita en la posada para ver el espectáculo, bebiendo cerveza suficiente para sufragar los gastos del posadero. De hecho, todo fue a pedir de boca hasta que llegó el momento de pasar el sombrero.

—Una mazorca de maíz —gritó Arrick, moviéndola delante del rostro de Rojer—. ¿Y qué esperan que hagamos con eso?

—Bueno, siempre podemos comérmola —sugirió Rojer. Su maestro lo fulminó con la mirada y continuó caminando. A Rojer le había gustado el Paseo del Grillo. Los lugareños eran gentes sencillas y de buen corazón, y sabían cómo disfrutar de la vida. En Angiers,

el público se apretaba cerca para oír su violín, asintiendo y dando palmas, pero jamás había visto gente tan dispuesta a bailar como ellos. Todavía estaba sacando el violín de la funda cuando ya se habían retrocedido para hacer espacio y no mucho después estaban bailando, dando vueltas y riendo de forma escandalosa, dejándose llevar por la música y danzando a su son.

Lloraron sin vergüenza alguna ante las tristes baladas de Arrick y rieron al borde de la histeria sus chistes verdes y sus mimos. A juicio del aprendiz, no podía pedirse más a un público.

—¡Melodía y Mediagarra! —corearon de forma atronadora cuando terminó la actuación. Les llovieron ofertas de alojamiento y corrieron la bebida y el vino. Dos muchachas de ojos negros como el carbón llevaron a Rojer detrás de un almiar, donde se besaron hasta que la cabeza le dio vueltas.

Su maestro estaba menos complacido.

—¿Cómo he podido olvidar que las cosas eran así? —se lamentó.

Se refería a la recaudación, por supuesto. No había monedas en las al— dehuellas, o había muy pocas. Todo cuanto tenían era para atender a lo imprescindible: la compra de semillas, herramientas y postes de protección. Había un par de klats de madera al fondo del sombrero, pero eso no bastaba para pagar el vino trasegado por Arrick durante el viaje desde Angiers. La mayor parte de los asistentes habían pagado en grano, echando a la colecta alguna que otra bolsa de sal o especias.

—Trocadores —soltó Arrick, pronunciando la palabra como si fuera un insulto—. Ningún vinatero de Angiers aceptaría un saco de cebada como pago.

La gente del Paseo del Grillo les había pagado algo más que grano. Les habían dado carne en salazón y pan recién horneado, un cuerno de requesón y una cesta de fruta; edredones para que durmieran calientes y parches de cuero para los zapatos. Se

ofrecían a compartir con gusto cualquier bien o servicio que pudieran tener. Rojer no había comido tan bien desde los tiempos que estaban en el palacio del duque, y no era capaz de comprender la aflicción de su maestro aunque lo zurcieran. ¿Para qué quería el dinero si no hacía falta comprar lo que los lugareños les daban en abundancia?

—Al menos tienen vino —refunfuñó el Juglar.

Rojer observó con nerviosismo la bota de vino cuando su maestro le dio un tiento, sabedor de que la bebida únicamente serviría para aumentar su disgusto, pero no despegó los labios. La sugerencia de que no bebiera tanto lo enfadaba más que todo el alcohol que fuera capaz de ingerir.

—Me encanta el sitio —se atrevió a decir Rojer—. Me gustaría que nos quedáramos aquí más tiempo.

—¿Qué *sabrás* tú? —le espetó Arrick—. *Sssólo eres* un crío tonto. —Profirió un lamento, como si lo aquejara un dolor—. Bosque Cerrado no va a *ssser* mejor y el Valle del Pastor ya *esss* lo peor. ¿En qué estaría yo pensando *p'a* embarcarme en *esssta essstúpida* gira?

Propinó una patada a las preciadas láminas del círculo portátil, golpeando de refilón las protecciones, aunque no pareció notarlo o no le preocupó, pues se acercó al fuego dando tumbos.

Rojer jadeó, pues era inminente el crepúsculo, pero no dijo nada y salió disparado hacia el lugar y corrigió el daño con auténtico frenesí, lanzando miradas llenas de pánico a la línea del horizonte.

No le sobró ni un segundo, pues los abismales se materializaron cuando todavía estaba arreglando la cuerda. El muchacho cayó de espaldas cuando se le echó encima el primer asaltante y chilló de miedo cuando las protecciones chisporrotearon al cobrar vida.

—¡Maldito seas! —le gritó el Juglar al demonio cuando éste cargó. Alzó el mentón con gesto desafiante y cacareó burlón cuando el monstruo cargó contra la red de grafos.

—Maestro, por favor —imploró Rojer, tomándolo del brazo y tirando de él para arrastrarle al centro del anillo.

—Oh, sí, Mediagarra sabe lo que conviene, ¿no? —se burló; dio un tirón para zafarse del muchacho y estuvo a punto de caerse—. El pobre borracho de Melodía no *sssave* mantenerse *lejos* de las garras de los abismales, ¿eh?

—Eso no es así.

—¿Y cómo *esss* entonces? —inquirió Melodía—. *Piensasss* que *eresss* alguien *sssin* mí porque el público corea tu nombre.

—No —respondió Rojer.

—Ya lo creo que sí —musitó el beodo, y con paso inseguro se fue otra vez a por la bota de vino.

Rojer tragó saliva y alargó la mano en busca de su talismán. Frotó el trozo de madera lisa y el sedoso mechón con el dedo gordo, e intentó invocar su poder.

—Eso es, ¡llama a mamaíta! —gritó Arrick, que dio media vuelta y señaló el muñeco—. Yo te eduqué y te enseñé cuanto sabes. ¡He *dao* mi vida por ti!

El aprendiz aferró el amuleto con más fuerza todavía cuando sintió la presencia de su madre y le pareció escuchar sus últimas palabras. Pensó de nuevo en cómo Arrick la había empujado al suelo y se le formó un nudo en la garganta.

—No, tú fuiste el único que no lo hizo.

Arrick puso cara de pocos amigos y se acercó a su aprendiz. Rojer retrocedió, pero el anillo era pequeño y no había adonde huir: los demonios caminaban con avidez al otro lado del círculo.

—Trae *p'aca* eso —gritó Melodía enfadado, aferrando las manos de su pupilo.

—¡Es mío! —chilló Rojer.

Forcejearon durante unos instantes, pero el beodo era más grande y más fuerte, y tenía dos manos intactas. Le arrebató el muñeco y lo tiró al fuego.

—¡No! —gritó Rojer, y se lanzó hacia las llamas; pero era ya demasiado tarde. El pelo rojo prendió de forma inmediata y la madera empezó a arder antes de que tuviera tiempo de encontrar una ramita con la que retomar el talismán. El muchacho se arrodilló en el suelo y contempló cómo se quemaba, mudo de asombro. Empezaron a temblarle las manos.

El Juglar lo ignoró y se acercó a un demonio del bosque, acuclillado al borde del círculo, donde atacaba las defensas.

—*To* cuanto me ha *pasao* *essss* culpa tuya. He *tenío* que cargar contigo, crío ingrato, y *esss* culpa tuya que perdiera el trabajo... ¡Tuya!

El abismal le gritó al tiempo que enseñaba sus dientes afilados. Arrick aulló de nuevo y estampó la bota de vino en la cabeza del atacante. El cuero estalló y los roció a ambos de vino rojo como la sangre y trozos de cuero curtido.

—¡Mi vino! —aulló Arrick, comprendiendo de pronto lo que había hecho.

Hizo ademán de cruzar las protecciones, como si hubiera algún modo de reparar el daño.

—¡Maestro, no! —gritó Rojer, que se revolvió, lanzándose a por él y en la caída logró agarrarlo por los pelos de la desaliñada coleta con la mano buena y le pateó las corvas. Arrick se vio arrastrado hacia atrás, lejos de las placas de grafos, y cayó pesadamente encima de su aprendiz.

—Quítame *lasss* *manosss* de encima —chilló, sin comprender que el muchacho acababa de salvarle la vida.

Cuando logró levantarse, agarró al aprendiz por la camisa y lo lanzó fuera del círculo.

El abismal y el humano se quedaron inmóviles durante unos instantes. El

semblante del Juglar reflejó que éste había tomado conciencia de sus actos cuando el demonio del bosque profirió un grito triunfal y aseguró los pies para tomar impulso y saltar sobre la víctima.

El muchacho cayó hacia atrás entre gritos, sin esperanza alguna de volver tras las placas lacadas a tiempo. Alzó las manos en un débil intento de repeler a la criatura, pero se oyó un grito antes de que lo golpease el monstruo. Melodía había placado al ser, derribándolo.

—¡Vuelve al anillo! —gritó Arrick.

El abismal bramó antes de contraatacar con saña y lanzó al hombre por los aires. Rebotó pesadamente al golpearse contra el suelo. Le temblaban las extremidades y con una de ellas dio en la cuerda del círculo portátil y rompió el alineamiento de las placas.

Todos los asaltantes situados en el claro echaron a correr hacia la brecha. Rojer comprendió que iban a morir los dos. El primer demonio volvió a cargar contra él, pero Melodía lo agarró para hacerlo a un lado.

—¡Tu violín! ¡Puedes hacerles retroceder con él!

Las garras del atacante se hundieron profundamente en el pecho del Juglar apenas hubo pronunciado esas palabras

—¡Maestro! —gritó Rojer, y lanzó una mirada dubitativa a su violín.

—¡Sálvate! —dijo con voz entrecortada antes de que el demonio le rebanara el cuello.

Rojer tenía los dedos agrietados y ensangrentados para cuando el alba dispersó a los demonios, obligándolos a regresar al Abismo. Los tenía engaritados y debió hacer un gran esfuerzo para estirarlos y soltar el violín.

Se había pasado tocando toda una larga noche, medio tieso por el frío cuando se apagó la fogata, sin dejar de emitir notas discordantes para mantener alejados a los abismales que, como bien sabía, lo acechaban al amparo de la oscuridad.

No había habido belleza ni eufonía alguna en esa música, tocó chirridos y notas disonantes, nada que pudiera apartar su mente del horror circundante, pero ahora, cuando miraba los restos dispersos de carne y ropas ensangrentadas, todo cuanto quedaba de su maestro, lo asaltó un nuevo horror; sintió arcadas y cayó de rodillas.

Las náuseas cesaron al cabo de un minuto. Entonces, contempló sus manos acalambradas y ensangrentadas con el deseo de que dejaran de temblar. Lo embargaba la sensación de tener los mofletes acalorados y enrojecidos a pesar de notar el soplo del frío aire matutino en su rostro exangüe. Seguía teniendo revuelto el estómago, pero ya no le quedaba nada por vomitar. Se secó la boca con la manga y se obligó a ponerse de pie.

Intentó recoger suficientes restos de Arrick para poder darle sepultura, pero no quedaba mucho. Un mechón de pelo; una bota que los monstruos habían rasgado para llegar hasta la carne y salpicaduras de sangre.

Los demonios no habían desechado ni las tripas ni un solo hueso. Se lo habían zampado todo con avidez.

Según predicaban los Pastores, los abismales devoraban el cuerpo y el alma de sus víctimas, pero Arrick siempre había dicho que los Hombres Santos eran aún más embusteros que los Juglares, y su maestro era capaz de soltar trolas tremendas. Rojer pensó en su talismán y en el sentimiento de que éste invocaba al espíritu de su madre. ¿Cómo podría sentirla cerca de él si su alma se había consumido?

Miró las cenizas frías del fuego. El muñequito seguía ahí, renegrido y retorcido, y se le desmenuzó entre los dedos cuando los tomó. No muy lejos de allí, sobre el suelo, se hallan los restos de la coleta de Arrick. Rojer tomó el pelo, ahora más gris que rubio, y se lo metió en el bolsillo.

Iba a hacerse otro talismán.

Bosque Cerrado apareció ante los ojos de Rojer antes del anochecer, para gran alivio del joven. No se creía con fuerzas para pasar otra noche al raso.

Había pensado en volver al Paseo del Grillo e implorar a algún Enviado que lo llevara de vuelta a Angiers, pero eso lo obligaría a contar cuanto había pasado, y no estaba preparado. Además, ¿qué le reservaba Angiers? No podría actuar en las calles sin una licencia del gremio y Melodía se había hecho demasiados enemigos como para que él pudiera completar su aprendizaje. Más valdría permanecer en aquella zona limítrofe, donde nadie lo conocía ni llegaba la mano del gremio.

Al igual que en el Paseo del Grillo, Bosque Cerrado estaba llena de gente buena y recta que lo recibieron con los brazos abiertos. Estaban tan encantados de que la fortuna les hubiera traído a un Juglar que no lo atosigaron con preguntas.

Rojer aceptó con gratitud su hospitalidad. Se sentía un impostor al proclamarse Juglar cuando sólo era un aprendiz sin licencia. De todos modos, dudaba mucho que a las gentes de aquellos pagos tan lejanos, los finisterranos, les importara demasiado caso de saberlo. ¿Iban a negarse a bailar al son de su violín o iban a reírse menos por sus mimos?

Rojer no se atrevió a sacar las bolas coloreadas de la bolsa de las maravillas y rechazó todas las peticiones de cantar. En vez de eso, hizo volteretas y acrobacias, y anduvo con las manos, usando todo su repertorio a fin de tapar sus deficiencias.

Los finisterranos no lo presionaron, y eso bastaba por el momento.

El renacimiento

328 d.R.

El refulgente sol devolvió la conciencia a Arlen. La arena le alanceó el rostro cuando alzó la cabeza y escupió para sacarse unos granos de la boca. Hizo un esfuerzo para ponerse de rodillas y mirar en derredor, pero únicamente vio arena.

Lo habían abandonado sobre las dunas para que muriera.

—¡Cobardes, no os absolveré abandonarme en el desierto para que éste haga vuestro trabajo!

Las piernas le temblaron cuando hizo acopio de fuerzas para ponerse de pie y todo su cuerpo le reclamaba que se tumbase a morir. La cabeza le daba vueltas.

Había acudido en ayuda de los krasianos. ¿Cómo podían traicionarlo de ese modo?

«No te mientas —replicó una voz en su mente—. También tú llevas tu parte de traición. Huíste de tu padre cuando más te necesitaba, abandonaste a Cob antes de concluir el aprendizaje, y dejaste a Ragen y a Elissa sin darles siquiera un abrazo, y Mery...»

«¿Quién va a echarte de menos, Par'chin? —le había preguntado Jardir—. Las lágrimas vertidas por ti no llenarían ni una sola botella.»

Y estaba en lo cierto.

Él sabía que, de perecer en ese momento, sólo se percatarían de su desaparición los mercaderes, más preocupados por la pérdida de la mercancía que por su muerte. Tal vez debiera dejarse caer y morir.

Se le doblaban las rodillas y tenía la sensación de que la arena tiraba de él y lo llamaba para acogerlo. Estaba a punto de rendirse cuando descubrió algo.

Un odre de agua descansaba en la arena a pocos metros de allí. ¿Acaso el remordimiento de conciencia había sacado el lado bueno del Primer Guerrero o había sido uno de sus hombres, que había vuelto la vista atrás y se había apiadado del chin traicionado?

Arlen gateó hacia el odre como si fuera una cuerda de salvamento. Quizás alguien lo llorase después de todo.

Pero eso apenas importaba. Incluso si regresaba a la ciudad, nadie creería la palabra de un chin contra la del Sharum Kha y los guerreros lo matarían sin dudarle a una orden de Jardir.

«En tal caso —pensó para sus adentros—, ¿debo dejar que se queden con la lanza por la que me he jugado la vida, con *Mensajero del Alba*, con mis círculos portátiles y todas mis posesiones?»

Echó mano a la cintura al pensar en ello y comprendió con alivio que en realidad no lo había perdido todo. Ahí seguía la sencilla bolsa de cuero que llevaba sujeta al cinto cuando peleaba en el Laberinto. En ella llevaba un pequeño equipo de Protección para grabar grafos, una bolsita con hierbas y su libreta.

La libreta lo cambiaba todo. Arlen había perdido todos sus demás libros, pero todos juntos no valían tanto como la libreta, pues en ella había copiado todos los grafos nuevos aprendidos desde su salida de Miln.

Incluso los de la lanza.

«Si tanto desean la preciada lanza, pues que se la queden. Puedo hacer otra», concluyó en su fuero interno.

Se levantó con gran esfuerzo, tomó el odre caldeado por el sol y se permitió el lujo de un corto trago de agua; luego, se lo echó al hombro y subió a lo alto de la duna más cercana.

Puso la mano a modo de visera para proteger los ojos. A lo lejos, Krasia parecía un espejismo cuya posición le permitía orientarse para encaminarse al oasis de la Aurora. Llegar a él sin una montura requería un viaje por el desierto de al menos una semana, y dormir desprotegido. El agua no iba a durarle tanto tiempo, pero Arlen dudaba que eso importara. Los demonios de la arena lo matarían antes de que muriera de sed.

Arlen masticó apio de monte mientras caminaba. Era amargo y le revolvía el estómago, pero estaba lleno de cicatrices de demonio y ese apio lo ayudaba a prevenir la infección. Además, no tenía comida, y prefería las náuseas a las punzadas del hambre.

Bebía del odre con moderación a pesar de que tenía la garganta seca e hinchada. Se había sujetado la camisa sobre la cabeza para protegerla del sol, aunque eso implicaba dejar expuesta una espalda llena de manchones amarillentos y cárdenos a causa de la tunda recibida, y sobre todo de un rojo intenso. Cada paso era un suplicio.

Continuó su avance hasta el crepúsculo, mas tuvo la sensación de no haber progresado prácticamente nada, aunque la larga línea de pisadas marcadas en la arena demostraba que había recorrido una distancia sorprendente.

La llegada de la noche supondría la aparición de los abismales y de un intenso frío, y cualquiera de los dos podía matarlo, razón por la cual se escondió de ambos: se enterró en arena para ocultarse de los monstruos y protegerse de las bajas temperaturas. Arrancó una hoja de la libreta y la enrolló hasta formar un tubito para

respirar, pero aun así, mientras estuvo tumbado no desapareció la sensación de asfixia. El aumento de temperatura de la arena le indicó que había salido el sol, momento en que se liberó de la tumba de arena y continuó dando tumbos por el desierto con la sensación de no haber descansado nada.

Continuó de esa guisa un día tras otro, con sus respectivas noches. Se debilitaba conforme transcurrían las jornadas sin comida ni descanso y tan sólo con un poco de agua. Sangró por las grietas que se le abrieron en la piel, pero él ignoró el daño y continuó caminando. Caía a plomo un sol de justicia cada vez más implacable y la línea del horizonte no parecía estar más cerca.

No supo cuándo ni cómo, pero perdió las botas en algún momento de la caminata y la arena caliente le despellejó las plantas de los pies, ensangrentados y llenos de ampollas. Rasgó las mangas de la camisa y se los vendó.

Se caía cada vez más a menudo; algunas veces se alzaba enseguida, pero otras se desvanecía y se levantaba minutos u horas después. En ocasiones, tropezaba y hacía el descenso de la duna revolcándose en la arena. Al exhausto caminante le parecía una bendición poder ahorrarse unos cuantos pasos dolorosos.

Había perdido la cuenta de los días cuando se le acabó el agua. Seguía caminando por el desierto, pero no tenía la menor idea de lo lejos que debía ir. Los labios resecaos se le habían agrietado, pero los cortes y ampollas habían dejado de supurar, como si hubiera consumido todo el líquido de su cuerpo.

Cayó una vez más y se devanó los sesos en busca de una razón para levantarse.

Arlen se despertó sobresaltado y con el rostro empapado. Era de noche, y eso debía haberlo aterrado, pero le faltaban las fuerzas para tener miedo.

Bajó la vista y vio que se había tumbado a descansar al borde del agua, en el oasis de la Aurora, y que tenía una mano metida en el agua.

Se preguntó cómo había llegado hasta allí, pues su último recuerdo... No tenía ni idea de cuál era su último recuerdo. El viaje por el desierto era una nebulosa, pero no le preocupaba. Lo había logrado, y eso era cuanto importaba. Estaba a salvo en el interior de los obeliscos protegidos con grafos.

Arlen bebió con avidez en el estanque y vomitó el agua unos momentos después. Al cabo de unos instantes se obligó a beber más despacio; cerró los ojos cuando sació la sed y se adormeció de nuevo; era la primera vez que dormía a pierna suelta en una semana.

Arlen saqueó las reservas del oasis cuando despertó. Había pertrechos y alimentos: mantas, hierbas y un equipo de Protección. Estaba demasiado débil para buscar nada, de modo que pasó varios días limitándose a comer frutos secos, beber agua fría y limpiarse las heridas. Después de ese tiempo estuvo en condiciones de recoger fruta fresca y tras una semana tuvo fuerzas para pescar. A las dos semanas logró mantenerse de pie y estirarse sin dolores.

Las reservas del oasis bastaban para llevarlo fuera del desierto. Tal vez estuviera medio muerto cuando saliera arrastrándose de las abrasadoras llanuras de arena, pero eso también significaba estar medio vivo.

Había una surtida provisión de lanzas en los depósitos del vergel, pero eran manifiestamente inadecuadas si las comparaba con el magnífico hierro que le habían arrebatado. Sin fijador para endurecer los grafos tallados en la madera, éstos podían estropearse con el primer golpe contra las duras escamas de los abismales.

¿Qué hacer en tal caso? Disponía de grafos capaces de consumir la vida de los monstruos. Podía lanzárselos o incluso escribírselos con la mano...

Sopesó la posibilidad de pintar grafos de combate en las piedras y también de dibujárselos en las manos para luego ponerlas sobre los monstruos.

Sus carcajadas se apagaron cuando la idea germinó en su mente. ¿Funcionaría? En tal caso tendría un arma que nadie podría robarle, una que ningún monstruo podría arrebatarse ni quitarle.

Arlen sacó la libreta y se puso a estudiar los grafos de la punta de la lanza y luego los del astil. Los primeros eran de ataque y los segundos de defensa. Se percató de que los grafos de la contera no se alineaban con otros a fin de formar una línea, cosa que sí hacían los del filo de la punta. Los trazos del borde estaban solos. El mismo símbolo se repetía una y otra vez desde la circunferencia de la lanza hasta la zona plana de la punta. Tal vez ésa era la diferencia entre tajar y aporrear.

Mientras el sol se ocultaba en el horizonte, el joven trazó en el suelo los grafos de aporrear una y otra vez para ganar confianza. Tomó del equipo de Protección un pincel y un cuenco para mezclar las pinturas; con sumo cuidado, dibujó el grafo en la palma de su mano izquierda. Sopló con suavidad hasta que se quedó seco.

La pintura de la mano derecha resultó más compleja, mas Arlen sabía por experiencia que era capaz de trazar grafos con la siniestra, aun cuando le iba a requerir más tiempo.

Nada más caer la noche flexionó las manos con cuidado para asegurarse de que el trazo no se rajaría ni se despegaría al menor movimiento y una vez que estuvo satisfecho se dirigió hacia los obeliscos de piedra que protegían el oasis, donde observó a los demonios dar vueltas en torno a la barrera, olisqueando la presa situada fuera de su alcance.

El primero en percatarse de su presencia fue un espécimen sin ninguna particularidad: un demonio de la arena de algo más de tres metros y medio, brazos alargados y unas piernas de músculos apretados. Moviéndose a uno y otro lado el rabo erizado de púas cuando sus ojos se encontraron con los del humano.

Al cabo de unos instantes, la criatura se precipitó hacia el entramado de grafos, pero mientras saltaba, Arlen avanzó hacia un lado y alargó la mano para cubrir en parte dos runas de protección. La red de seguridad falló y el abismal cruzó

desequilibrado y confundido ante la falta de resistencia. El humano retiró la mano para restablecer la red. Cualesquiera que fuera el resultado del experimento, el monstruo no iba a sobrevivir, ya fuera porque muriera a manos de Arlen, ya fuera porque, aun victorioso, después de matarlo no pudiera escapar del vergel fuertemente protegido y pereciera por efecto del sol.

El abismal se irguió y se volvió entre siseos. Exhibió dos hileras de dientes antes de darse la vuelta. Tensó los abultados músculos de las piernas y agitó con fuerza la cola. Entonces, con un rugido felino, se abalanzó sobre la presa.

El humano se situó en frente de él con los brazos extendidos —más largos que los de la criatura— y las palmas de las manos hacia fuera. Se levantó una ola de chispazos cuando el pecho escamado del abismal entró en contacto con los grafos. Tras la descarga, la criatura profirió un aullido mientras salía disparada hacia atrás y se daba una fuerte costalada contra el suelo. Arlen sonrió al ver que la zona de contacto de las escamas con sus manos despedía unos zarcillos de humo.

El demonio se puso en pie y comenzó a dar vueltas en torno a él, pero esta vez se lo tomó con más cautela. El engendro no estaba acostumbrado a que la presa le hiciera frente, pero pronto recobró el valor y se lanzó al ataque.

Arlen atrapó las muñecas del abismal y se dejó caer de espaldas mientras ponía los pies en el estómago de la bestia, que salió volando. Los grafos destellaron al entrar en contacto con el enemigo y él notó la intervención de la magia: la carne del demonio crepitó sin que él se quemara, aunque notó un leve hormigueo de energía en las manos, como cuando se le adormecían por falta de circulación. La picazón le subió por los brazos como un escalofrío.

Los dos contendientes se levantaron a toda prisa y el humano respondió al gruñido del abismal con otro. El demonio se lamió las muñecas chamuscadas para suavizar la quemazón antes de mirarlo. Arlen leyó respeto en los ojos de la bestia. Respeto y miedo. Esta vez, él era el depredador.

Esa confianza estuvo a punto de costarle la vida. El abismal gritó antes de arremeter y esta vez Arlen estuvo lento de reflejos. Se hizo a un lado, pero las uñas negras de las zarpas le pasaron por encima del pecho como un rastrillo.

Le asestó un puñetazo, olvidando que tenía los grafos en las palmas. El tortazo apenas hizo daño al monstruo, pero él se despellejó los nudillos contra la granujenta superficie de escamas. El demonio le propinó un mamporro repentino con el dorso de la garra que lo dejó despatarrado sobre el suelo.

Los siguientes momentos fueron desesperados: Arlen se movió con dificultad y dio más y más vueltas a fin de evitar las cortantes garras, los dientes afilados y la vapuleadora cola de espinas. El demonio flexionó las piernas y se le echó encima cuando intentó levantarse, tirándolo de nuevo al suelo. El humano logró interponer las rodillas entre ellos y mantuvo alejada a la criatura, pero notó el fétido y abrasador

aliento cuando le puso las fauces a un centímetro del rostro.

Arlen también le enseñó los dientes mientras le ponía las manos en las orejas y le sujetaba la cabeza. El abismal aulló de dolor mientras los grafos soltaban chispazos de continuo. El joven no aflojó la presión y siguieron los fogonazos. La piel del monstruo comenzó a humear allí donde Arlen le apretaba. El ser se revolvió y soltó zarpazos como un poseso en su intento de escapar.

Pero Arlen lo tenía y no pensaba dejarle escapar. El hormigueo de las palmas iba a más cada momento que pasaba, como si las descargas cobraran intensidad. Siguió apretando, y cada vez tenía más cerca una mano de otra. Le sorprendía cuán cerca estaban las dos palmas, como si el cráneo de la bestia perdiera consistencia y estuviera licuándose.

La embestida del abismal se ralentizó y el joven rodó a un lado para invertir la sujeción. Las zarpas del demonio pasaron cerca de sus brazos en un intento de alejarlos, pero era inútil.

Arlen flexionó los músculos una vez más y acabó por juntar las manos, prensando la cabeza del ser en una explosión de vísceras.

Agujas y tinta

328 d.R.

Arlen no pudo conciliar el sueño esa noche, aunque no fue a causa del dolor punzante de las heridas. Se había pasado toda la vida soñando con los héroes protagonistas de los cuentos trovadorescos, vestidos con armadura y haciendo frente a abismales con lanzas protegidas. La idea de ese sueño prendió en su interior cuando halló la lanza y se le escabulló de entre los dedos cuando alargó la mano para tomarlo. Había salido tambaleante de ese tropezón para dar con algo nuevo.

Nada, ni siquiera la noche en el Laberinto, cuando se había sentido invencible, era comparable con la sensación de enfrentarse a un demonio en sus propios términos y sentir en la carne el cosquilleo de la magia al cobrar vida. Tenía verdadera ansia de experimentarla otra vez, y esa apetencia ofrecía una nueva luz a sus fantasías de antaño.

Al estudiar lo acaecido en Krasia, Arlen comprendió que su visita no era tan magnánima como había creído en un principio. Con independencia de lo que se dijera a sí mismo, él no quería ser un fabricante de armas ni otro luchador más entre otros muchos. Había buscado la gloria y la fama. Había deseado entrar en las leyendas como la persona que había devuelto a la humanidad la oportunidad de combatir.

«¿No había querido ser considerado incluso como el Liberador?»

La idea lo alteró. La salvación de los hombres debía proceder de todos ellos, y no de uno solo, para que significara algo y pudiera perdurar.

¿Y acaso quería ser salvada la humanidad? ¿Lo merecía? Arlen ya no lo sabía. Los hombres como su padre habían perdido la voluntad de luchar y se contentaban con esconderse detrás de los grafos, pero albergaba serias reservas acerca de quienes la conservaban después de lo presenciado en Krasia y lo que había visto en su interior.

Nunca habría paz entre él y los abismales. En el fondo de su corazón, Arlen sabía que jamás se sentiría a salvo detrás de la red de protección y los dejaría bailar tranquilos ahora que tenía otra elección, pero ¿quién iba a acompañarlo en su lucha? Ragen le había infundido la idea y Elissa lo había regañado por ello. Mery lo había rechazado. Los krasianos habían intentado matarlo.

Arlen supo que la mayor arma de los demonios era el miedo, desde la noche en que su padre permaneció a salvo detrás de los grafos del porche mientras los

abismales despedazaban a su esposa, pero no había entendido las muchas formas del miedo. Todos sus intentos demostraban otra cosa: Arlen tenía pánico a la soledad. Necesitaba a alguien, a cualquiera, para creer en lo que hacía. Necesitaba alguien con quien luchar, alguien por quien hacerlo.

Pero no había nadie y ahora lo veía con claridad. Debía regresar a las ciudades si deseaba compañía y aceptarla en los términos de sus habitantes. Si quería luchar, debía hacerlo solo.

Se apagaron la euforia y la sensación de poder, tan vividas en su mente, y lentamente se aferró las rodillas con las manos hasta ovillarse en el suelo y permaneció con la mirada fija en el desierto, buscando un camino donde no había ninguno.

Se levantó con las primeras luces del alba y fue a chapotear en el agua para lavarse las heridas. Las había suturado y se había puesto una cataplasma antes de quedarse dormido, pero nunca se tenía bastante cuidado con las heridas de un demonio. Le llamó la atención su propio tatuaje cuando se echó agua fría sobre el semblante.

Todos los Enviados tenían tatuajes de identificación de su ciudad de origen. Era un símbolo de lo lejos que habían llegado en el transcurso de sus viajes. Arlen recordaba el primer día en que Ragen le mostró el suyo: la ciudad entre montañas que engalanaba el pabellón de Miln. Él había tenido el propósito de ponerse el mismo tatuaje en cuanto completó su primer trabajo y fue a un artista del tatuaje, dispuesto a ser marcado para siempre como Enviado, pero entonces le entraron dudas. Fuerte Miln había sido un hogar para él en muchos sentidos, pero no había nacido allí.

Arroyo Tibbet carecía de pendón, por lo cual tomó la divisa del conde Tibbet: campos exuberantes divididos por un riachuelo que desembocaba en un pequeño lago. El tatuador tomó las agujas y estampó para siempre en el hombro de Arlen ese recuerdo del hogar.

«Para siempre.» Observó con detalle el trabajo del tatuador y su *modus operandi* se le grabó en la mente. El oficio de aquel hombre no difería demasiado del de un Protector: líneas precisas trazadas laboriosamente y sin margen para el error. Arlen guardaba agujas en la bolsita de las hierbas y tinta en la caja de herramientas de Protección.

Arlen encendió un pequeño fuego mientras revivía todos y cada uno de los pasos del tatuador. Colocó las agujas sobre las llamas y vertió un poco de tinta viscosa y espesa en un pequeño cuenco. Envolvió los alfileres con hilo a fin de asegurarse que no iba a clavarlos más hondos de la cuenta y estudió con cuidado los contornos de la mano izquierda para percibir cada arruga y cada pliegue cuando la cerraba. Cuando

estuvo preparado, tomó una aguja, la empapó en tinta y se puso a trabajar.

Fue un trabajo laborioso y se veía obligado a detenerse a menudo para limpiar de la mano el exceso de tinta y el flujo de la sangre, pero tiempo era lo único que tenía, de modo que trabajó con pulso firme y sumo cuidado. Quedó satisfecho con el grato realizado a media mañana. Se puso un apósito en la palma de la mano y se la vendó con cuidado antes de merodear por el vergel con el fin de reabastecer las reservas del oasis. Trabajó duro el resto de ese día y también el siguiente, sabedor de que antes de irse debía acumular toda la comida que fuera capaz de llevar.

Arlen permaneció otra semana en el oasis: se tatuaba grafos por la mañana y reunía comida por las tardes. Los tatuajes de las palmas sanaron con rapidez, pero no se detuvo ahí cuando rememoró cómo se le habían despellejado los nudillos cuando le propinó puñetazos al demonio de la arena. Se protegió con grafos los artejos de la mano izquierda a la espera de que se le cayeran las costras de la mano derecha antes de grabarse también los nudillos de esa mano. Ningún monstruo volvería a permanecer impasible al recibir un puñetazo suyo.

Mientras trabajaba, iba revisando una y otra vez los lances de su duelo con el demonio de la arena para recordar sus movimientos, su vigor y su velocidad, la naturaleza de sus movimientos de ataque y las señales delatoras de los mismos. Tomó notas minuciosas de todos esos recuerdos para estudiarlos y devanarse los sesos sobre posibles formas de mejorar sus reacciones. No podía permitirse el lujo de tener otro tropiezo.

Los krasianos habían perfeccionado los ya precisos movimientos del sharusahk en casi una expresión artística. Empezó a adaptar los movimientos y la posición de sus tatuajes a fin de que encajaran los dos.

Cuando al fin abandonó el oasis de la Aurora, no siguió el camino, sino que atajó por las dunas, en dirección a Sol de Anoch. Había puesto a secar mucha comida y se llevó toda la que pudo cargar. La ciudad perdida tenía un pozo, pero no comida, y él tenía planeado quedarse allí durante un tiempo.

Arlen sabía incluso en el momento de marcharse que el agua no iba a durarle durante todo el tiempo necesario para llegar a la ciudad perdida. Apenas había odres y pellejos de más en el oasis. La travesía por el desierto hasta su destino iba a durar unas dos semanas y el agua no le duraría más de una.

Pero no volvió la vista atrás ni una sola vez. «No hay nada detrás de mí. Sólo puedo seguir adelante», pensó.

Arlen respiró hondo y continuó andando cuando las sombras se alargaron sobre las dunas al anochecer. Las estrellas refulgieron con claridad en el cielo sin nubes y no resultaba difícil no perder el sentido de la orientación; de hecho, era más fácil que

durante el día.

Eran pocos los abismales que se adentraban tanto en el desierto, pues solían congregarse allí donde se hallaban las presas, y escaseaban mucho en el yermo arenal. Arlen caminó durante horas a la fría luz de luna antes de que un demonio captase su efluvio. Oyó los alaridos de la bestia antes de que ésta hiciera acto de presencia, pero no huyó, pues sabía que podía rastrearlo, y tampoco albergaba la menor intención de huir, pues ya había recorrido mucha distancia durante aquella noche. Se mantuvo en su posición mientras el demonio de la arena se acercaba dando saltos sobre las dunas.

Cuando Arlen lo miró a los ojos con calma, el abismal se detuvo, confuso; le gruñó y arañó la arena con las zarpas, pero el humano se limitó a sonreír y tampoco reaccionó cuando el depredador bramó un grito de desafío. En vez de eso, se concentró en el terreno circundante: los atisbos de movimiento en las áreas laterales de su visión periférica, el susurro del viento y su roce sobre la arena, el aroma imperante en el gélido aire nocturno.

Los demonios de la arena cazaban en manada. Arlen jamás había visto a un espécimen cazar solo y dudaba de que el abismal no tuviera compañía. Tal y como esperaba, aparecieron otros dos congéneres, silenciosos como la muerte, mientras fijaba de nuevo la atención en la criatura gruñidora y alborotadora que tenía delante de él. Habían dado un rodeo para atacarlo por los flancos. Arlen simuló no haberse percatado de su presencia y mantuvo el contacto visual con el enemigo de en frente, cada vez más cercano.

El ataque sobrevino como esperaba: el abismal situado delante mantuvo la posición mientras sus compañeros arremetían cada uno desde un lateral, en una demostración de astucia que impresionó a Arlen. Supuso que era necesario desarrollar mañas para el engaño, pues en el desierto los abismales eran visibles a lo lejos y el viento alejaba varios kilómetros el menor de los sonidos.

Pero aun cuando Arlen todavía no se había convertido en el cazador, tampoco era una presa fácil. Los dos demonios alargaron las garras de los cuartos delanteros en cuanto saltaron desde los laterales, pero él salió disparado hacia delante y se lanzó contra la bestia que había servido de distracción.

Los dos atacantes debieron desviarse para no chocar entre ellos, y lo lograron, aunque a duras penas, mientras su congénere retrocedía, sorprendido por el ataque del humano. El demonio era rápido, pero no tanto como para evitar el gancho de izquierda de Arlen. El hombre le propinó un golpe con los grafos de los nudillos que levantó un surtidor de chispazos. El abismal se tambaleó. Arlen no se detuvo ahí y de pronto alargó la diestra hacia el rostro del demonio, manteniendo la palma pegada a los ojos. El grafo se activó con efectos abrasadores y la criatura aulló al tiempo que lanzaba zarpazos a ciegas.

Pero Arlen había previsto el movimiento y se echó hacia atrás. Se tiró al suelo y rodó sobre sí para levantarse a escasos metros del monstruo cegado y plantarles cara a los otros compañeros de caza cuando se lanzaban a por él.

Arlen quedó impresionado de nuevo. Las dos criaturas no lo atacaron simultáneamente para evitar ser engañadas con el mismo truco una segunda vez, y escalonaron su avance para no chocar entre ellos.

La táctica funcionaba con otros demonios, pero tenía el inconveniente de conceder a su presa la posibilidad de enfrentarse a ellos de uno en uno. Arlen se irguió cuando el primer atacante se le echó encima y lo tuvo al alcance de las manos para poderle agarrar, y entonces le atrapó la cabeza a la altura de las orejas. La explosión de magia dejó noqueado al abismal sobre el suelo, donde aullaba y se retorció de dolor, aferrándose la cabeza con las garras.

El segundo rival se le echó encima con poca diferencia con el primero, sin concederle tiempo para golpearlo ni evitarlo. En vez de eso, se acordó de un truco de su anterior encuentro: aferró al demonio por las patas y se tiró al suelo de espaldas con el fin de hacerle salir volando. Las agudas escamas del abdomen de la criatura le cortaron los vendajes de los pies y se le hundieron en las plantas, lo cual no le impidió aprovechar la propia inercia de la criatura para lanzarla lejos. El rival cegado en primer lugar seguía removiéndose, pero apenas era una amenaza.

Antes de que el segundo enemigo se recobrara, Arlen se lanzó a por el primero, el que se retorció de dolor, y le hundió las rodillas en los lomos, haciendo caso omiso del dolor de las cortantes escamas. Rodeó el pescuezo del adversario con una mano y colocó la otra detrás de la cabeza. El luchador notó los efectos de la magia, pero se vio forzado a soltar la presa y rodar sobre un costado para evitar al otro enemigo, que se había recuperado y reanudaba su asalto.

El humano se puso en pie una vez más. El demonio y él se pusieron a dar vueltas uno en torno al otro, con precaución. La criatura hizo amago de embestir y el joven flexionó las piernas, listo para eludir las afiladas garras, pero el demonio se detuvo en seco e hizo girar el rabo alrededor de su corpulenta y poderosa figura para golpear al humano en un costado, haciéndole salir despedido.

Arlen cayó sobre el suelo y rodó de costado justo a tiempo de evitar el rasposo extremo de la cola, que levantó un golpe sordo al impactar donde hacía un segundo reposaba su cabeza. Giró sobre sí mismo otra vez, esquivando por los pelos el siguiente golpazo, y logró agarrar el apéndice cuando el abismal hizo ademán de retirarlo para preparar otra trompada. Arlen apretó al sentir el hormigueo del grafo en la palma y un aumento del calor cuando empezó a obrar efecto la magia. El abismal aulló y removió el rabo, pero Arlen se apresuró a sujetarlo y colocó la otra mano justo debajo de la primera. Cuando la magia se intensificó, él anduvo a paso ligero para mantenerse lejos del alcance del abismal; al final, la combustión traspasó la cola y el

extremo de la misma acabó estallando en medio de un surtidor de icor.

El desgarró mandó lejos a Arlen y el abismal se vio libre de nuevo para revolverse hacia él y acometer. El humano lo agarró por el antebrazo con la mano izquierda y le propinó un codazo en la garganta, pero un golpe sin la magia de los grafos surtía poco efecto. La bestia crispó los brazos nervudos y el joven salió volando por los aires otra vez.

Arlen hizo acopio de sus últimas fuerzas cuando la criatura embistió y salió a su encuentro, cerrando las manos en torno al pescuezo de la bestia y apretó mientras se dejaba caer hacia atrás. Las garras del abismal le rasguñaron los brazos, pero las extremidades del luchador humano eran más largas, por lo cual no sufrió heridas en el cuerpo. Se dieron un fuerte golpe contra el suelo. Arlen colocó las rodillas sobre las articulaciones de

las patas del enemigo, inmovilizándole las extremidades con su peso mientras continuaba con el estrangulamiento. Cada segundo transcurrido notaba el creciente efecto de la magia.

El demonio se revolvía enloquecido, pero Arlen le apretó el pescuezo con más fuerza. La quemazón de la magia consumió las escamas y se adentró en la vulnerable carne de debajo para luego partirle los huesos. No paró hasta que fue capaz de cerrar los puños.

Se levantó del cadáver descabezado del demonio y miró a los otros dos. El que había caído noqueado se arrastraba débilmente, sin ánimo alguno de pelear, y el cegado se había desvanecido, aunque Arlen no se preocupó por ello. No envidiaba el viaje de vuelta al Abismo que le esperaba a la criatura tullida. Lo más probable era que sus compañeros lo hicieran trizas.

Se fue a por el demonio que renqueaba patéticamente sobre la arena y lo remató. Se vendó las heridas y luego, después de un corto descanso, retomó su hatillo con las provisiones y se encaminó de nuevo hacia Sol de Anoch.

Arlen viajó día y noche, dormitando a la sombra de las dunas cuando el sol estaba en su cénit. Sólo se vio obligado a luchar otras dos noches: la primera contra otra manada de demonios de la arena, y la segunda contra un solitario demonio del viento; pasó las demás sin ser molestado.

Cubría mayores distancias por la noche que por el día, cuando soportaba todo el peso de un sol abrasador. Al séptimo día de viaje desde el oasis de la Aurora, estaba en carne viva por efecto del viento, los pies ensangrentados y llenos de ampollas, y se le había acabado el agua, pero le volvieron las fuerzas cuando apareció a la vista Sol de Anoch.

Arlen rellenó los odres en uno de los pocos pozos en activo y bebió hasta

saciarse. A continuación, empezó a proteger con grafos el edificio que conducía a las catacumbas donde había hallado la lanza. Las vigas de madera habían quedado expuestas a la vista en algunos edificios cercanos, pero la sequedad del desierto las había mantenido intactas. Arlen se apoderó de todas ellas y recogió todos los matorrales raquíuticos para encender fuego, pues las tres antorchas tomadas en el oasis y el puñado de velas del equipo de Protección no iban a durar mucho y la luz natural no entraba en el subsuelo.

Racionó con cuidado su menguante reserva de víveres. El borde del desierto y la esperanza más cercana de hallar más estaba al menos a cinco días de Sol de Anoch, tres si caminaba día y noche. Eso apenas le concedía tiempo, y había mucho por hacer.

Durante el día siguiente, Arlen exploró las catacumbas y copió con detalle todos los grafos nuevos dondequiera que los encontrara. Localizó nuevos sarcófagos de piedra, pero ninguno contenía armas. Aun así, había una gran profusión de grafos inscritos en los féretros y en las columnas, y más todavía en las historias pintadas en las paredes. Arlen no sabía leer los pictogramas, pero comprendía buena parte del lenguaje corporal y las expresiones de la secuencia de imágenes. El nivel de detalle de las representaciones era tal que Arlen fue capaz de distinguir algunos de los grafos que los guerreros llevaban en las armas.

También descubrió nuevas razas de demonios en las pinturas. Una serie de imágenes mostraban a hombres con aspecto humano, salvo por los colmillos y las garras. Una imagen central mostraba delante de una horda de demonios a un abismal delgado de extremidades esqueléticas y un pecho estrecho y huesudo, pero con una cabeza desproporcionada para ese cuerpo. El abismal se enfrentaba a un hombre ataviado con un ropón que se hallaba al frente de un buen número de guerreros humanos. Los semblantes de ambos contrincantes estaban contorsionados por lo que parecía ser un enfrentamiento de voluntades, pero estaban claramente separados y rodeados por un halo de luz mientras sus respectivas huestes los contemplaban.

Tal vez lo más llamativo del líder humano era la ausencia de armas. Emanaba una luz que parecía proceder de un grafo pintado, ¿tatuado quizá?, en la frente. Arlen estudió la siguiente imagen y vio al demonio y los suyos en desbandada mientras los humanos alzaban las lanzas en señal de triunfo.

Con sumo cuidado, Arlen copió en la libreta el grafo de la frente del hombre.

La reserva de comida menguó conforme pasaban los días y moriría de hambre antes de que hallara más si se quedaba otro día más en Sol de Anoch. Decidió partir con la primera luz del alba en dirección a Fuerte Rizón. Una vez que llegara a la ciudad, estaría en condiciones de procurarse un pagaré bancario con el que sufragar la adquisición de un caballo y víveres para regresar.

Lo irritaba tener que partir cuando apenas había podido hurgar en la superficie de

la ciudad. Muchos túneles se habían venido abajo y excavarlos requería tiempo, y había muchos más edificios con posibles entradas a cámaras subterráneas. Las ruinas tenían la clave para destruir a los demonios y era la segunda vez que las exigencias del estómago lo obligaban a abandonarlas.

Los abismales se alzaron mientras estaba sumido en sus pensamientos. Acudían en buen número a Sol de Anoch a pesar de la ausencia de presas. Tal vez creían que los edificios podían atraer a más hombres, o tal vez hallaban solaz en dominar un lugar que antaño desafió a los de su raza.

Arlen se levantó y se encaminó al borde de la zona protegida para observar a los demonios bailar a la luz de la luna. Las tripas le hicieron ruido y se preguntó, y no por vez primera, por la naturaleza de los demonios. Eran criaturas mágicas, inmortales e inhumanas. Se dedicaban a destruir, pero no creaban nada ni en la muerte, pues sus cuerpos se incineraban en lugar de pudrirse para alimentar el suelo, pero él los había visto comer, y también cagar y mear. ¿De verdad estaba su naturaleza completamente fuera del orden natural?

Un demonio de la arena le siseó.

—¿Qué eres tú? —le preguntó Arlen.

Pero la criatura se dedicó a aporrear la pared invisible de los grafos, gruñó con frustración y se alejó cuando fulguraron.

Arlen le vio marcharse sumido en sus negros pensamientos. «Al Abismo con él», murmuró mientras abandonaba las protecciones con un salto. El demonio se volvió justo a tiempo de recibir el puñetazo de Arlen, propinado con los grafos tatuados en los nudillos. La desprevenida criatura cayó bajo sus puños en medio de un gran estruendo y murió sin saber qué lo había golpeado.

Los demás abismales se aproximaron al oír el alboroto, pero lo hicieron con cautela y Arlen fue capaz de regresar al edificio llevando a rastras a su enemigo y cubrir los grafos lo suficiente como para meter dentro el cadáver.

—Veamos si después de todo puedes devolverme algo —le dijo el humano a la criatura muerta.

Pintó grafos de filo sobre un trozo afilado de obsidiana a fin de poder abrir el caparazón del abismal. Se sorprendió al descubrir que debajo de tan pétreo blindaje la carne de la bestia era tan vulnerable como la suya. Los músculos y los nervios eran duros, pero no mucho más que los de cualquier otro animal.

Emitía un hedor insoportable y el icor negro que hacía las veces de sangre apestaba tanto que le escocieron los ojos y le entraron arcadas. Contuvo el aliento y cortó un trozo de carne de la criatura. La agitó con fuerza para sacudir el exceso de fluido antes de echarla sobre un pequeño fuego. El icor humeó y al final se consumió. El olor de la carne dorándose empezó a ser llevadero.

Arlen alzó el repulsivo trozo de carne renegrida cuando estuvo bien hecho y los

años desaparecieron. Su mente regresó a Arroyo Tibbet, y recordó las palabras pronunciadas por Coline Trigg el día en que él pescó un pez de mal aspecto y con escamas marrones. La Herborista lo obligó a devolverlo a las aguas.

—Jamás comas nada de mal aspecto —le había dicho Coline—. Lo que te lles a la boca se convierte en parte de ti.

«¿Se convertirá esto en parte de mí?», se preguntó.

Miró el trozo de carne, hizo de tripas corazón y se lo metió en la boca.

CUARTA PARTE

HOYA DE LEÑADORES

331-332

Después del Retorno

Un cambio de escenario

331 d.R.

La llovizna se convirtió en un aguacero. Rojer maldijo su suerte y avivó el paso. Llevaba un tiempo planeando marcharse del Valle del Pastor, pero no había previsto hacerlo con tanta prisa y en circunstancias tan desagradables.

Suponía que no debía culpar al pastor, cierto. El tipo se pasaba más tiempo atendiendo al rebaño que a su esposa y el acercamiento fue cosa de ella, pero ningún hombre saca su lado razonable cuando llega antes de lo previsto para no mojarse por la lluvia y se encuentra a su esposa en la cama con un muchacho.

En cierto modo, debía estar agradecido a la lluvia. De lo contrario, el cornudo podía haber reclutado a la mitad de los hombres del pueblo para darle caza, pues los tipos de esa aldea eran de lo más posesivo, probablemente porque dejaban solas a sus esposas mientras llevaban a pastar a los preciados rebaños. Los ovejeros eran gente seria en lo tocante a los rebaños y a las esposas, y si uno interfería con cualquiera de los dos...

El marido lo había perseguido como un poseso por el dormitorio hasta que la esposa saltó a la espalda del marido y lo retuvo el tiempo preciso para que Rojer echara mano a sus bártulos y saliera por la puerta a paso ligero. Rojer siempre tenía sus pertenencias empaquetadas, eso lo había aprendido de Arrick.

—Por la Noche —murmuró mientras un espeso barro le succionaba la bota.

El frío y la humedad se colaban por debajo del cuero, pero todavía no se atrevía a detenerse y encender un buen fuego.

Se ciñó con más fuerza la capa de colores mientras se preguntaba por qué siempre parecía estar huyendo de algo. Durante los dos últimos años se había mudado cada estación y había vivido en el Paseo del Grillo, Bosque Cerrado y el Valle del Pastor al menos hasta tres veces, pero aún se sentía como un forastero. La mayoría de los aldeanos moraban en sus pueblos toda la vida sin salir de los mismos, y siempre intentaban persuadirlo de que él hiciera lo mismo.

«Cásate conmigo.» «Cásate con mi hija.» «Quédate en mi posada y pintaremos su nombre en el letrero de la entrada para atraer clientes.» «Caliéntame mientras mi esposo está lejos.» «Ayúdanos durante la cosecha y pasa aquí el invierno.»

Se lo habían dicho de mil formas diferentes, pero todas significaban lo mismo: «Abandona el camino y echa raíces aquí.»

Roger se descubría en los caminos cada vez que se lo decían. Era agradable saberse querido, pero ¿en condición de qué? ¿Como marido? ¿Como padre? ¿Como peón de labranza? Roger era Juglar, y no se imaginaba siendo nada más. La primera vez que movió un dedo para ayudar en la cosecha o ayudó en la búsqueda de una oveja perdida se supo al comienzo de un camino que lo llevaba en otra dirección.

Llevó la mano al bolsillo secreto para palpar el talismán de pelo dorado, y tuvo la sensación de que lo contemplaba el espíritu de Arrick. El joven sabía cuánto le habría decepcionado a su maestro si se hubiera quitado la botarga. Arrick había muerto como Juglar, y él también lo haría así.

La gira por las aldehuelas habían hecho ciertas las palabras de Arrick: Roger había mejorado mucho sus habilidades. Dos años de continuas actuaciones lo habían obligado a hacer algo más que tocar el violín y ejecutar algunas acrobacias. Se había visto obligado a ampliar el repertorio y a mejorar ahora que no contaba con su maestro para llevar el peso del espectáculo, llegando a desarrollar formas novedosas de entretener al público en solitario. Siempre estaba perfeccionando algún truco de magia o alguna pieza de música, pero por muchos trucos que hiciera y por buen violinista que fuera, se había hecho conocido por sus dotes como cuenta- cuentos.

Todos los habitantes de las aldehuelas eran muy aficionados a las buenas historias, en especial las que tenían lugar en lugares lejanos. Roger se vio obligado a ambientar sus historias en lugares conocidos y en otros que no había visto jamás, en pueblos situados al otro lado de las colinas y en otros existentes únicamente en su imaginación. Las historias engordaban conforme las iba contando y los personajes cobraban vida en la mente de los espectadores mientras escuchaban las aventuras de Jack Lengua Escamosa, capaz de hablar la lengua de los abismales, y siempre engañando a las estúpidas criaturas con falsas promesas; Marko el Andarín, que cruzó la cordillera milnesa para hallar al otro lado una tierra fértil donde los abismales eran adorados como dioses; y por supuesto, El Protegido.

Los Juglares del duque pasaban por las aldehuelas todas las primaveras para leer las proclamas de la autoridad, y los últimos habían empezado a contar rumores sobre un hombre indómito que vagaba por los páramos matando demonios y alimentándose de su carne. Roger presentó la historia como la sincera narración del tatuador encargado de trazar los grafos sobre la espalda de ese hombre, y que otros se la habían confirmado. La aventura embelesó al público de inmediato, y se vio obligada a embellecerla un tanto con detalles de su propia cosecha en cuanto los espectadores le pidieron que volviera a contar la historia a la noche siguiente.

A los oyentes les encantaba hacerle preguntas para pillarlo en falso, pero Roger disfrutaba con esos lances dialécticos y mantuvo convencidos a los paletos de la veracidad de sus descabelladas historias.

Por una de esas ironías de la vida, la más difícil de creer era la de que él era capaz

de hacer bailar a los demonios con su violín. Podía haberla probado en cualquier momento, por supuesto, pero como Arrick solía decir: «En cuanto te pones a demostrar una cosa, el público esperará de ti que las pruebes todas.»

Roger observó el cielo. «Pronto voy a estar tocando para los abismales», pensó. El cielo había estado encapotado casi todo el día y ahora se oscurecía con suma rapidez. La idea de que los demonios se alzaran cuando unas nubes densas encapotaban el cielo se consideraba un visión inducida por el opio por los habitantes de las ciudades, donde los altos muros hacían posible que la gente jamás hubiera visto un demonio de verdad, pero la experiencia le decía otra cosa a Roger tras dos años de gira por las aldehuelas, lejos de las murallas. La mayoría de las criaturas esperaban a la noche para subir a la superficie, pero siempre había unos cuantos valientes dispuestos a hacer la prueba durante la falsa noche si la capa de nubes era lo bastante densa.

El frío, la humedad y la poca predisposición a los riesgos lo empujaron a buscar cuanto antes un lugar donde acampar. Tendría suerte si llegaba a Bosque Cerrado al día siguiente, pero lo más probable era que pasara dos noches al raso. La perspectiva le produjo un retortijón de estómago.

Y en realidad, Bosque Cerrado no iba a ser mejor que el Valle del Pastor ni el Paseo del Grillo. Tarde o temprano, acabaría casado y con hijos, o peor aún, se enamoraría, y antes de que pudiera darse cuenta únicamente sacaría el violín del estuche los días festivos, pues entonces hasta él iba a necesitar hacer canjes para comprar semilla o arreglar el arado y acabaría siendo como todos los demás.

«También puedes volver a casa.»

Roger sopesaba a menudo la idea de volver a Angiers, pero siempre surgían razones para posponer el regreso otra estación. Después de todo, ¿qué podía ofrecerle la ciudad? Calles estrechas atestadas de gente y animales en cuyo entarimado se mezclaba el hedor del estiércol y la basura. Mendigos y ladrones, y la continua preocupación por la falta de dinero, y gente que practicaba el arte de ignorar a los demás.

«Gente normal», pensó Roger, y suspiró. Los pueblerinos siempre estaban deseando saberlo todo sobre sus vecinos y abrían sus hogares a los extranjeros sin pensárselo dos veces. Y eso era loable, pero en el fondo de su corazón, Roger era un chico de ciudad.

El regreso a Angiers implicaba tener que lidiar otra vez con el gremio, pues un Juglar sin licencia tenía los permisos contados, pero alguien del gremio con un buen estatus en el negocio estaba seguro. Sus dos años de experiencia en las aldehuelas le garantizaban una licencia, sobre todo si hallaba a un miembro del gremio dispuesto a hablar por él. Arrick había logrado que todos se distanciaran de él, pero quizá lograra que alguno se apiadara de él al saber del triste sino de su maestro.

Localizó un árbol cuyo ramaje lo resguardaría algo de la lluvia y, tras montar el

círculo, recogió debajo de las ramas suficiente leña seca para encender un pequeño fuego. Lo alimentó con cuidado, pero al final, el viento y la lluvia lo apagaron antes de que pasara mucho tiempo.

—Que se jodan los pueblerinos —dijo Rojer mientras lo envolvía la oscuridad, cuya quietud sólo se rompía por el ocasional chisporroteo mágico cuando un demonio probaba sus defensas—. Que los zurzan a todos.

Angiers no había cambiado mucho en su ausencia. Le parecía más pequeña, pero eso se debía a que Rojer había vivido un tiempo en lugares abiertos y había crecido varios centímetros desde que estuvo allí por última vez. Ahora tenía dieciséis años y era un hombre a todos los efectos. Permaneció en las afueras de la ciudad, mirando fijamente la puerta y preguntándose si cometía o no un error.

Tenía un poco de dinero, apartado escrupulosamente después de pasar el sombrero al final de sus actuaciones, y algo de comida en el petate. No era mucho, pero al menos le permitiría estar fuera de los refugios públicos durante unas noches.

«Siempre puedo volver a las aldeas si todo cuanto quiero es tener la tripa llena y estar bajo techo», dijo para sus adentros. También podía encaminarse a Hoya de Leñadores, al Tocón del Granjero o al norte, donde el duque había reconstruido Pontón en la orilla angersiana del río.

«Si es cuanto quiero...», repitió mientras hacía acopio de valor y cruzaba las puertas.

Encontró una posada bastante barata y sacó su botarga de colores. En cuanto estuvo equipado se dirigió derecho a la casa gremial de los Juglares, ubicada muy cerca del centro de la urbe, donde sus residentes podían atender con facilidad cualquier compromiso en cualquier parte de la ciudad. Todo Juglar con licencia podía vivir en el edificio del gremio siempre que aceptasen los trabajos que les asignasen sin rechistar y entregaran la mitad de sus ganancias al gremio.

«Idiotas -los llamaba siempre Arrick-. Cualquier Juglar dispuesto a entregar la mitad de la recaudación a cambio de un techo y un plato de gachas tres veces al día no es digno de ese nombre.»

Eso era bastante cierto. Sólo vivían allí los más viejos y los menos dotados, dispuestos a aceptar los encargos que rechazaban todos los demás. Aun así, la alternativa era mejor que la destitución y más segura que los refugios públicos. Los grafos de protección de la casa gremial eran fuertes y sus habitantes menos diestros en el oficio de robar al prójimo.

Rojer se dirigió hacia los residentes y al cabo de unas pocas preguntas pronto estuvo llamando a una puerta en concreto.

—¿Eh...? ¿Quién es...? —preguntó un anciano, mirando por la rendija de la puerta

entreabierta con ojos entornados.

—Rojer Mediagarra, señor —contestó el joven, y al no ver indicio alguno de reconocimiento en los ojos legañosos de su interlocutor, añadió—: Fui aprendiz de Arrick Melodía.

La confusión se convirtió en acritud al cabo de un segundo y el hombre hizo ademán de cerrar la puerta.

—Por favor, maestro Jaycob —suplicó Rojer al tiempo que ponía un pie en la puerta.

El anciano suspiró, pero no hizo esfuerzo alguno por cerrar la puerta, sino que se volvió hacia el interior de su pequeña habitación y se dejó caer pesadamente en el asiento. Rojer entró y cerró la puerta.

—¿Qué quieres? Soy un hombre viejo y no tengo tiempo para juegucitos.

—Necesito un proponente para pedir una licencia a la hermandad —le explicó Rojer.

Jaycob escupió al suelo.

—¿Qué...? ¿Arrick se ha convertido en un peso muerto? Su inclinación a la bebida estorba tu éxito, así que quieres dejar que se pudra y montártelo por tu cuenta, ¿no? —refunfuñó—. Me cuadra. Es lo que él me hizo a mí hace veinticinco años.

Alzó los ojos y miró a Rojer.

—Pero me cuadre o no, si crees que voy a ayudarte en tu traición...

—Arrick ha muerto, maestro Jaycob —repuso Rojer, alzando las manos para evitar la inminente diatriba—. Los abismales lo descuartizaron en el camino a Bosque Cerrado hace dos años.

—**M**antén erguida la espalda, chico —lo instruyó Jaycob mientras bajaban hacia el salón—. No te olvides de mirar a los ojos al síndico del gremio, pero no hables hasta que te dirijan la palabra.

El anciano le había dicho aquello una docena de veces, pero Rojer se limitó a asentir. Era joven para conseguir su propia licencia, pero Jaycob decía que en la historia del gremio había habido miembros aún más jóvenes. Eran el talento y la habilidad lo que permitían ganarse una licencia, no los años.

No era fácil obtener audiencia con el síndico ni aun contando con un padrino. Jaycob no tenía fuerzas para actuar desde hacía años y por mucho que la gente del gremio respetara su avanzada edad, era más ignorado que venerado en el ala administrativa de la casa gremial.

El escribiente del síndico les hizo esperar a la entrada de la oficina durante varias horas, donde aguardaron con desesperación mientras entraban y salían otras citas. Rojer se sentó con la espalda erguida, resistiendo la urgencia de ladearse o hundir los

hombros, mientras el chorro de luz de la ventana iba incidiendo en diferentes partes de la habitación.

—El maestro Cholls os atenderá ahora —los informó al fin el escribiente.

El joven aprendiz prestó atención de nuevo y se puso de pie enseguida. Tendió una mano a Jaycob para ayudar a levantarse al anciano.

Roger no había visto nada parecido a la oficina del síndico del gremio desde sus días al servicio del duque. Una gruesa alfombra con dibujos estampados de colores cálidos cubría el suelo y fijadas a los muros de madera había lámparas de filigrana con cristales de colores entre las pinturas de grandes batallas, hermosas mujeres y bodegones. La mesa de trabajo era de pulida madera oscura de nogal con pequeñas e intrincadas estatuillas a modo de pisapapeles que imitaban las grandes estatuas de los pedestales distribuidos por toda la habitación. Detrás del escritorio, en un grabado de la pared, estaba el símbolo del gremio de los Juglares: tres pelotas de colores.

—No tengo mucho tiempo, maestro Jaycob —dijo el síndico del gremio sin molestarse en apartar los ojos del legajo de papeles desplegado sobre el escritorio. Era un hombre grueso de al menos cincuenta años, vestido con una ropa bordada más propia de los Mercaderes o los nobles que la ropa chillona de los Juglares.

—Este solicitante merece tu tiempo —aseguró el anciano—, es el aprendiz de Arrick Melodía.

Cholls levantó al fin la vista, aunque sólo para mirar de soslayo a Jaycob.

—No me encaja que tú y Arrick estuvierais en contacto —contestó, ignorando a Roger—. Tenía entendido que no acabasteis en muy buenos términos.

—El tiempo tiene sus mañas para suavizar esas cosas —repuso el anciano con tirantez, pues no estaba dispuesto a mentir más allá de ese límite—. He hecho las paces con Melodía.

—Pues parece ser el único —replicó Cholls soltando una risotada ahogada—. La mayoría de los residentes en este edificio lo estrangularían en cuanto lo vieran.

—Llegarían un poco tarde —repuso Jaycob—. Arrick ha muerto.

Cholls recuperó la expresión seria.

—Me entristece oír eso —admitió—. La vida de todos nosotros es preciosa. Al final, ¿lo mató la bebida?

Jaycob negó con la cabeza.

—Fueron los abismales.

El síndico puso cara de pocos amigos y lanzó un salivazo a un cubo de bronce que parecía estar allí sólo para servir de escupidera.

—¿Dónde y cuándo ocurrió? —quiso saber.

—Hace dos años, en el camino a Bosque Cerrado.

Cholls sacudió la cabeza con tristeza.

—Recuerdo que su aprendiz era algo parecido a un violinista —dijo al fin,

mirando en dirección a Rojer.

—Desde luego, eso y más —convino Jaycob—. Te presento a Rojer Mediagarra.

Rojer hizo una reverencia.

—¿Mediagarra? —inquirió el síndico del gremio con repentino interés—. He oído contar historias sobre un Mediagarra que actuaba en las aldehuelas de la zona oeste. ¿Eras tú, muchacho?

Rojer puso unos ojos como platos, pero asintió. Arrick le había dicho que entre las aldehuelas uno se labraba un nombre enseguida, pero aquello seguía siendo una sorpresa. Se preguntó si esa reputación sería buena o mala.

—Que no se te suba a la cabeza —le aconsejó Cholls como si le estuviera leyendo la mente—. Los paletos exageran.

Rojer asintió, mirando a los ojos al maestro.

—Sí, señor, entiendo.

—Bueno, entonces, continuemos con esto. Muéstrame qué haces —dijo Cholls.

—¿Aquí? —preguntó Rojer, titubeante. La oficina era grande y privada, pero los muebles caros y la gruesa alfombra le conferían un aire poco acorde con las acrobacias y el lanzamiento de cuchillos.

Cholls hizo un gesto de impaciencia con la mano.

—Actuaste con Arrick durante años, así que voy a aceptar que eres capaz de hacer malabarismos y cantar —dijo mientras Rojer tragaba saliva a duras penas—. Ganarse una licencia significa mostrar una habilidad más allá de las básicas.

—Toca para él como hiciste para mí, muchacho —lo invitó Jaycob con aplomo.

Rojer asintió. Las manos le temblaron un poco cuando extrajo el violín del estuche, pero en cuanto los dedos se cerraron en torno a la madera pulida, el miedo desapareció como el polvo en el agua de un baño. Comenzó a tocar y se olvidó del síndico en cuanto se sumió en la música.

Tocó durante poco rato antes de que un grito rompiera el hechizo de la música. Rojer apartó el arco de las cuerdas y una atronadora voz proveniente del otro lado de la puerta llenó el silencio subsiguiente.

—No, no voy a esperar a que un aprendiz despreciable finalice su prueba. ¡Fuera de mi camino!

Se oyeron sonidos de un forcejeo antes de que la puerta se abriera de golpe y el maestro Jasin irrumpiera en la estancia.

—Lo lamento, maestro —se disculpó el escribano—. Se niega a esperar.

El síndico lo despidió con un ademán de la mano mientras Jasin se le acercaba a toda prisa.

—¿Has asignado el baile del duque a Edum? Esa actuación es mía desde hace diez años. ¡Mi tío oirá hablar de esto!

Cruzado de brazos, Cholls defendió el terreno.

—El duque en persona ha pedido ese cambio. Si eso supone un problema para vuestro tío, sugiero que lo exponga personalmente a Su Gracia.

Jasin torció el gesto. Era poco probable que el primer ministro Janson intercediera ante el duque por una actuación a favor de su sobrino.

—Si eso es todo cuanto deseas discutir, Jasin, tendrás que excusarme —prosiguió Cholls—. El joven Rojer está haciendo una prueba para obtener su licencia.

El Juglar clavó en el peticionario los ojos, que flamearon al reconocerlo.

—Veo que te has librado de ese borracho —comentó, adoptando un aire despectivo—. Confío en que no lo hayas cambiado por esta vieja reliquia. —Jasin señaló a Jaycob con un movimiento de mentón—. La oferta sigue en pie, si quieres trabajar para mí. Deja que Arrick te suplique por las sobras para variar, ¿eh?

—Los abismales despedazaron al maestro Arrick en el camino hace dos años —le explicó Cholls.

Jasin volvió a mirar al maestro del gremio y echó a reír de forma estentórea.

—¡Fabuloso! Esa noticia me compensa de largo por la pérdida del baile del duque.

Rojer le atizó.

Ni siquiera comprendió lo que había hecho hasta que se encontró de pie sobre el Juglar y notó el cosquilleo de sus nudillos empapados. Había notado cómo el puño le quebraba la nariz y en ese momento supo que se habían evaporado todas sus posibilidades de conseguir la licencia, pero ya no le preocupó.

Jaycob lo aferró y tiró de él para hacerle retroceder mientras Jasin se levantaba, balanceándose como un loco.

—*Foy a matarte por efto, pequeño...*

Cholls se interpuso entre ellos. Jasin se revolvió para agarrar a Rojer, pero la mole del maestro del gremio fue suficiente para contenerlo.

—¡Basta, Jasin! —espetó el síndico—. ¡No vas a matar a nadie!

—¡Ya has visto lo que ha hecho! —se lamentó Jasin, sangrando por las narices.

—¡Y también he oído tus palabras! —le contestó a voz en grito—. ¡Yo mismo estaba tentado de pegarte!

—¿Y cómo *foy* a cantar *efta* noche? —inquirió Jasin. La nariz se le hinchaba por momentos y las palabras resultaban más ininteligibles a cada momento que pasaba.

El jefe del gremio torció el gesto.

—Asignaré un sustituto para tu actuación y el gremio cubrirá la pérdida. ¡Daved! —llamó. El escribiente asomó la cabeza por la puerta—. Conduce a maese Jasin hasta un Herborista y dile que nos envíe la minuta.

Daved asintió y se acercó para ayudar a Jasin, pero éste lo apartó de un empellón.

—*Efto* no ha terminado —le aseguró a Rojer mientras se marchaba.

Cholls soltó un largo suspiro cuando se cerró la puerta.

—Bueno, muchacho, ahora sí que la has hecho buena. No le desearía a nadie tener a Jasin como enemigo.

—Ya lo era antes —contestó Rojer—. Habéis oído lo que dijo.

El hombre asintió.

—Sí, pero a partir de ahora vas a tener que controlarle. ¿Qué voy a hacer si luego te insulta un cliente? ¿Y si es el duque? Los hombres del gremio no pueden ir por ahí tumbando a puñetazos a todos los que les molestan.

Rojer bajó la cabeza.

—Entiendo.

—Me has costado un buen montón de monedas. Voy a tener que estar dándole dinero y actuaciones de primera a Jasin para amansarlo, y sería un tonto si no recuperara el dinero con ese violín tuyo.

Rojer alzó los ojos, esperanzado.

—Te concedo una licencia de prueba —dijo Cholls, tomando un cuartilla de papel y una pluma—. Únicamente puedes actuar bajo la supervisión de un maestro del gremio, y entregarás la mitad de tus ganancias en esta oficina hasta que yo considere cancelada tu deuda. ¿Lo comprendes?

—Totalmente, señor —respondió Rojer de buena gana.

—Y controla tu genio —lo previno Cholls—, o haré pedazos esa licencia y jamás volverás a actuar en Angiers.

Rojer tocó el violín, pero por el rabillo del ojo no perdía de vista a Abrum, el fornido ayudante de Jasin. Éste solía tener a uno de los suyos vigilando las actuaciones de Rojer, lo cual lo incomodaba mucho, aun a sabiendas de que lo vigilaban por orden de su maestro, que le deseaba lo peor, pero habían pasado meses desde el incidente en la oficina del síndico y este parecía no haber traído consecuencia alguna. Maese Jasin se había recobrado con rapidez y había vuelto a actuar enseguida, obteniendo grandes elogios en todos los eventos sociales de la ciudad.

Tal vez habría albergado la esperanza de que aquello fuera agua pasada de no ser porque sus aprendices lo vigilaban prácticamente a diario. Unas veces era Abrum, el demonio del bosque, quien se escondía entre el público; otras, Sali, la diablesa de la roca, tomaba a sorbos una bebida en la parte de atrás de una taberna, pero por inofensivas que pudieran parecer esas apariciones, no eran simples coincidencias.

Rojer terminó su actuación con un floreo, lanzando al aire el arco. Se tomó su tiempo para hacer la reverencia ante el público y se enderezó justo a tiempo para recogerlo. El público aplaudió a rabiar y el agudo oído del violinista oyó el tintineo de las monedas cuando Jaycob pasó entre el gentío con el sombrero. Rojer no pudo

reprimir una sonrisa. El anciano parecía pletórico de vida.

Estudió a los espectadores al salir mientras recogía el equipo, pero Abram ya no estaba. Aun así, Jaycob y él guardaban todo enseguida y seguían un camino indirecto para volver a su posada a fin de asegurarse que no los seguían con facilidad. El sol estaba a punto de ponerse y las calles se vaciaban con rapidez. El rigor del invierno empezaba a menguar, pero aún había placas de hielo y nieve en las tarimas del suelo, y pocos ciudadanos permanecían fuera de sus casas a menos que tuvieran asuntos pendientes.

—El alquiler está pagado con unos días de margen incluso descontando la parte de Cholls —aseguró Jaycob, haciendo sonar la bolsa con las monedas obtenidas—. Serás rico en cuanto termines de pagar la deuda.

—Seremos ricos —lo corrigió Rojer, y Jaycob rió, dando un salto y haciendo entrechocar los talones antes de palmear la espalda del joven—. Mírate, ¿qué ha sido del anciano medio ciego que arrastraba los pies al andar cuando me abrió la puerta hace unos meses?

—Volver a actuar ha obrado ese milagro —contestó Jaycob, dedicándole al violinista una sonrisa que dejaba entrever su boca desdentada—. No canto ni lanzo cuchillos, lo sé, pero el simple hecho de pasar el sombrero hace que mi viejo corazón vuelva a latir como hace veinte años. Siento que incluso podría...

Calló y desvió la mirada.

—¿Qué? —preguntó Rojer.

—... no sé, ¿contar un cuento quizás? —sugirió Jaycob—. También podría actuar un poquito rematando un chiste cuando tú me des pie. Nada que te robe protagonismo...

—Por supuesto —aceptó Rojer—. Te lo habría pedido, pero tenía la impresión de exigirte demasiado, arrastrándote por toda la ciudad para supervisar mis actuaciones.

—Muchacho, no recuerdo la última vez que había sido tan feliz.

Estaban sonriendo cuando doblaron una esquina y se encontraron de frente con Abram y Sali. Detrás de ellos, Jasin esbozó una gran sonrisa.

—¡Cuánto me alegro de verte, amigo mío! —dijo Jasin cuando Abram palmeó el hombro de Rojer.

El puñetazo en el estómago lo dejó sin respiración. Rojer se dobló por la mitad y se desplomó sobre el helado suelo de madera. Sali le propinó una fuerte patada en el mentón antes de que pudiera levantarse.

—¡Dejadlo en paz! —gritó Jaycob, arrojándose sobre Sali.

La corpulenta soprano se limitó a carcajearse mientras lo aferraba y le hacía girar hasta estamparlo contra la pared de un edificio.

—También vas a llevarte lo tuyo, viejo —le aseguró Jasin mientras Sali castigaba su anciano cuerpo con fuertes puñetazos.

Roger oyó el crujido de sus huesos quebradizos y los débiles jadeos que profería entre los labios ensangrentados. Únicamente el sostén de la pared mantenía en pie al anciano.

A pesar de que las planchas de madera daban más y más vueltas debajo de sus manos, Roger se retorció para levantarse y tomó su violín por el mango con ambas manos e hizo girar a lo loco la improvisada porra.

—No vas a irte de rositas —chilló.

Jasin se rió.

—¿A quién vas a acudir? ¿Aceptarán los jueces de la ciudad las acusaciones obviamente falsas de un actorzuelo insignificante contra la palabra del sobrino del primer ministro? Te ahorcarán si acudes a la guardia.

Abrum le arrebató el violín con facilidad y le torció el brazo con más facilidad aún mientras le ponía una rodilla en la entepierna. Roger notó la rotura del brazo a pesar del dolor lacerante de la ingle. El violín descendió a toda velocidad para estamparse contra la parte posterior de su cabeza; se hizo astillas del porrazo que lo tumbó otra vez sobre el entarimado.

Roger oyó los continuos gruñidos de dolor por encima del zumbido de sus oídos. Abrum estaba encima de él, sonriendo mientras alzaba una pesada porra.

El dispensario 332 d.R.

—Ay, Jizell —se quejó Skot cuando la anciana Herborista se acercó a él con la palangana—, ¿por qué no dejas que tu aprendiz haga la tarea por una vez?

El enfermo cabeceó en dirección a Leesha, enfrascada en cambiar los vendajes de otro paciente.

—¡Ja! —le espetó la interpelada, una mujer de constitución recia, cortos cabellos grises y voz de las que se dejaban oír a distancia—. Si la dejara encargarse del aseo de enfermos, tendría aquí a media ciudad quejándose de una epidemia en cuestión de una semana.

La joven sacudió la cabeza cuando se echaron a reír todos los presentes en la habitación, pero ella también sonreía. Skot era completamente inofensivo. Era un Enviado cuyo caballo lo había arrojado al camino. Tenía suerte de seguir con vida, especialmente porque había seguido el rastro del corcel y había logrado volver a la silla de montar a pesar de haberse roto los dos brazos. No tenía una esposa que cuidara de él, por lo cual el gremio de Enviados lo había surtido de los klats necesarios para sufragarle los cuidados en el dispensario de Jizell hasta que pudiera valerse por su cuenta.

La dueña Jizell empapó el trapo en la palangana de agua enjabonada y retiró la sábana del hombre, moviendo las manos con firme eficacia. El hombre profirió un gáñido cuando ella concluyó, y Jizell echó a reír.

—Menos mal que soy yo quien os asea —dijo la mujerona en voz alta mientras miraba significativamente hacia abajo—. No nos gustaría decepcionar a la pobre Leesha.

Todos los demás enfermos acostados se echaron sus buenas risas a costa del Enviado. La habitación estaba hasta los topes, y todos estaban un tanto aburridos de guardar reposo.

—Creo que ella probablemente no lo juzgaría del mismo modo que tú —refunfuñó Skot, poniéndose colorado de furia, pero Jizell se limitó a reírse de nuevo.

—El pobre Skot está encandilado contigo —le confió Jizell a Leesha más tarde, cuando estaban moliendo hierbas en la botica.

—¿Encandilado? —rió Kadie, una de las aprendizas—. Encandilado no, enamorado.

Las demás aprendizas situadas lo bastante cerca para oír la estallaron en risillas.

—Me parece monín —concedió Roni.

—A ti todos te parecen monos —le replicó Leesha. Roni estaba madurando y andaba loca por los chicos—, pero espero que tengas mejor gusto para enamorarte de un hombre que caer en brazos del que te pida que lo limpies.

—No le des ideas —replicó Jizell—, Roni es capaz de coger el trapo y ponerse a bañar a todos los hombres del dispensario.

Las chicas soltaron una risa tonta, pero a la aludida no le sentó mal.

—Ten la decencia de ponerte colorada al menos —le dijo Leesha, haciendo reír otra vez a las muchachas.

—¡Basta, marchaos de aquí con vuestras risitas tontas! —Jizell se rió también—. Quiero tener unas palabras con Leesha. Encandilas a todo hombre que aparece por ahí —le dijo la dueña cuando ellas se fueron—. No vas a morirte por darle palique a alguno sin tener que preguntarle por su salud.

—Hablas como si fueras mi madre —replicó la joven.

Jizell golpeó el tablero con el almirez.

—No hablo como tu madre, para nada —repuso ella, que a lo largo de los años había oído a todos hablar de Elona—, pero no quiero que mueras siendo una doncella vieja por su causa. No hay delito alguno en gustarles a los hombres.

—Me gustan —protestó la joven.

—No lo veo yo así.

—Entonces, ¿debería haber saltado de contento y ofrecerme a bañar a Skot? —soltó Leesha.

—No, desde luego —contestó la Herborista—, al menos delante de todo el mundo —añadió con un guiño.

—Ahora hablas como Bruna —gimió Leesha—. Vas a necesitar algo más que comentarios sarcásticos para convencerme.

Peticiones como la de Skot no eran nada nuevo para Leesha. Ella había heredado el cuerpo de su madre y eso implicaba atraer mucho la atención de los hombres, los invitara ella o no.

—Entonces, ¿cómo va a ser? ¿Qué hombre puede atravesar los grafos de tu corazón?

—Uno en quien yo confíe y a quien pueda besar en la mejilla sin que al día siguiente se ponga a fanfarronear delante de sus amigos que nos hemos dado el lote detrás del granero.

Jizell resopló.

—Es más fácil que encuentres un abismal amistoso.

Leesha se encogió de hombros.

—Tienes miedo, eso creo —la acusó Jizell—. Has esperado tanto a perder la

virginidad que has convertido en un muro inexpugnable algo totalmente natural que hacen todas las chicas.

—Eso es ridículo.

—¿Ah, sí? —contestó la Herborista—. Te he observado cómo reaccionas cuando algunas damas vienen a pedirte consejo en asuntos de alcoba: te crispas y haces suposiciones mientras te pones roja como un tomate. ¿Cómo puedes orientar a otras sobre sus cuerpos cuando no conoces el tuyo?

—Estoy bastante segura de saber por dónde va la cosa —replicó Leesha de forma cortante.

—Sabes a qué me refiero —continuó la mujerona.

—¿Y qué sugieres tú? —inquirió la muchacha—. ¿Que elija a uno al azar únicamente para aprender?

—Pues eso es lo que hay.

Leesha la fulminó con la vista, pero la dueña le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Has guardado esa flor tanto tiempo que al final ningún hombre va a parecerte lo bastante bueno para dársela. ¿De qué sirve una flor tan oculta que nadie puede verla? ¿Quién va a recordar su belleza cuando se marchite?

Leesha soltó un sollozo ahogado y Jizell acudió a su lado de inmediato, aferrándola con fuerza mientras lloraba.

—Vamos, vamos, cielo —la tranquilizó al tiempo que le acariciaba los cabellos—. No es tan malo como eso.

Después de la cena, tras revisar las protecciones y poner a estudiar a las aprendizas, tuvieron tiempo de prepararse una taza de té y abrir la talega del Enviado de la mañana a la luz de una lámpara colocada en una mesa llena de adornos antiguos.

—Pacientes durante el día y cartas toda la noche. —Jizell suspiró—. Gracias a la luz que las Herboristas no necesitan dormir, ¿eh?

Puso la talega en vertical y derramó todos los pergaminos sobre la mesa.

Separaron enseguida la correspondencia dirigida a los pacientes y luego Jizell echó mano a un fajo al azar y miró el destinatario.

—Son para ti —dijo, entregando a Leesha el manojito. Eligió otra carta del montón y se puso a leer—. Ésta es de Kimber —dijo al cabo de unos instantes, refiriéndose a una aprendiz suya a la que había enviado al Tocón del Granjero, situada a un día a caballo—. El sarpullido del tonelero ha ido a peor y vuelve a extenderse por la piel.

—Le está administrando mal la infusión, lo sé —se quejó Leesha—. Siempre la deja reposar más de la cuenta y luego se queja de la lentitud de las curas. Va a llevarse una tunda como tenga que ir en persona hasta el Tocón del Granjero para

prepararla por ella.

—Lo sabe muy bien —comentó Jizell entre risas—. Por eso me escribe a mí esta vez.

La risa de la mujerona era contagiosa y Leesha pronto se unió a las carcajadas. Leesha adoraba a Jizell. Podía ser tan dura como Bruna si lo requería la situación, pero siempre era de risa fácil. Aun así, Leesha echaba muchísimo de menos a Bruna.

Volvió a centrar la atención en el fajo de pergaminos. Era Cuarto, el día de la semana en que venía el Enviado procedente del Tocón del Granjero, Hoya de Leñadores y otros asentamientos meridionales. Seguro que la primera carta del montón llevaba escritas sus señas con la pulcra cali-grafía de su padre.

También había una misiva de Vika, y Leesha leyó ésa en primer lugar. Las manos no dejaron de temblarle hasta que ésta le aseguró que Bruna se hallaba muy bien.

—Vika ha dado a luz un chico, Jame —comentó—. Ha pesado tres kilos.

—¿Es el tercero?

Vika se había casado con el Escolano Jona, ahora ya Pastor Jona, al poco de llegar a Hoya de Leñadores y no había perdido el tiempo a la hora de darle hijos.

—Entonces, no hay mucha esperanza de que vuelva a Angiers —se lamentó Jizell.

Leesha se rió.

—Pensé que eso era obvio después del primero.

Resultaba difícil creer que habían transcurrido siete años desde que ella y Vika intercambiaron sus destinos. El acomodo temporal había terminado por ser permanente, lo cual no desagradaba del todo a Leesha.

Vika iba a quedarse en Hoya de Leñadores con independencia de lo que Leesha decidiera, y el estado actual de cosas allí parecía mejor que una combinación de Bruna, Leesha y Darsy. La idea le infundía una sensación de libertad como no había soñado. La joven había prometido regresar a la aldea si la necesitaba la Herborista, pero el Creador había obrado por ella y ahora era libre de elegir su futuro.

Su padre la informaba en su mensaje de que se había resfriado, pero esperaba recobrarle pronto bajo los cuidados de Vika. La siguiente misiva era de Mairy. La informaba en ella de que su hija mayor ya tenía la regla y se había prometido, por lo cual Mairy pensaba que no tardaría en ser abuela. Leesha suspiró.

Había otras dos cartas en el atadijo. Leesha mantenía correspondencia con Mairy, Vika y su padre casi todas las semanas, pero su madre le escribía con menor frecuencia, y a veces en un ataque de despecho.

—¿Y bien? —preguntó Jizell, levantando la vista de sus propias cartas al advertir la mala cara de Leesha.

—Sólo es mi madre —le informó la joven mientras leía—. El tono le cambia según el humor del que esté, pero el mensaje se mantiene inalterable: «Vuelve a casa

y ten hijos antes de envejecer y de que el Creador te quite esa oportunidad.»

Jizell refunfuñó y meneó la cabeza.

Había otra hoja junto a la carta de Elona, supuestamente escrita por Gared, aunque la letra era de su madre, pues el leñador no sabía leer ni escribir. Por muchas molestias que se hubiera tomado Elona para simular, ella estaba convencida de que al menos la mitad de las palabras eran de cosecha materna, y lo más probable era que también la otra mitad. Aunque con la letra de su madre, el contenido no cambiaba: Gared estaba bien y la echaba de menos. Gared la esperaba. Gared la amaba.

—Mi madre ha de pensar que soy idiota para intentar hacerme creer que Gared ha intentado escribirme un poema —comentó secamente Leesha—, y menos aún uno que no rime.

La Herborista se echó a reír, pero dejó de hacerlo enseguida al ver que su interlocutora no le seguía el juego.

—¿Y qué pasa si está en lo cierto? —preguntó Leesha de pronto—. Da grima pensar que Elona tenga razón en algo. Quiero tener hijos algún día y no hace falta ser Herborista para saber que he dejado pasar más días de los que tengo por delante para hacerlo. Tú misma has dicho que he malgastado mis mejores años.

—Es difícil que yo haya dicho eso —replicó Jizell.

—Es bastante cierto —admitió Leesha con tristeza—. Nunca me he preocupado por buscar hombres, pues ellos siempre encontraban la forma de venir a por mí, lo quisiera yo o no. Siempre pensé que encontraría a uno que encajaría en mi vida más que esperar que yo encajara en la suya.

—Todas hemos soñado con eso a veces, cielo, y es una fantasía bonita si la tienes de vez en cuando, si estás mirando a la pared, pero no puedes cifrar en ellas todas tus esperanzas.

Leesha apretó la carta en la mano, arrugándola un poco.

—Entonces, ¿estás pensando en regresar y casarte con ese Gared?

—¡Ah, no, por el Creador que no! ¡Por supuesto que no! —chilló Leesha.

—Bien —refunfuñó la mujerona—, me has ahorrado el trabajo de darte un porrazo en la cabeza.

—Por mucho que desee ser madre, moriré doncella antes que dejar que Gared engendre un hijo en mí. El problema es que se las ha arreglado para espantar a cuantos se me han acercado en mi tierra.

—Eso tiene fácil arreglo: ten hijos aquí.

—¿Qué...?

—Hoya de Leñadores está en buenas manos con Vika. La he enseñado yo misma, y en cualquier caso, ahora mismo ella tiene allí el corazón. —Jizell se inclinó y puso su rolliza mano sobre la de Leesha—. Quédate y haz de Angiers tu hogar y hazte cargo del dispensario cuando me retire.

Leesha abrió los ojos con desmesura y la boca, pero no logró articular palabra.

—Me has enseñado tanto como yo a ti durante estos años —continuó Jizell— y no hay nadie a quien pueda confiar este negocio, ni siquiera aunque regresara Vika.

—No sé qué decir —logró farfullar la joven.

—No te precipites —le aconsejó Jizell, palmeándole la mano—. Me atrevería a decir que no entra en mis planes retirarme pronto. Sólo piénsatelo.

Leesha asintió y, cuando Jizell le abrió los brazos, ella se lanzó a ellos, abrazando a la anciana. Cuando se separaron, un grito del exterior las hizo saltar de sorpresa.

—¡Socorro, auxilio! —gritó alguien.

Ambas miraron a la ventana y vieron que era noche cerrada.

Abrir de noche un postigo en Angiers era un delito punible con azotes, pero Leesha y Jizell no se lo pensaron dos veces antes de retirar la tranca de la ventana. Vieron a un trío de centinelas del concejo correr por el entarimado de la calle. Dos de ellos llevaban en volandas a un tercer hombre.

—¡Ah del dispensario! —llamó el jefe de la patrulla al ver la luz de la habitación por la ventana entreabierta—. ¡Abrid las puertas! ¡Asistencia y sanación! ¡Asistencia!

Las Herboristas se dirigieron al unísono hacia las escaleras y estuvieron a punto de caerse, dadas las prisas por llegar a la puerta. Era invierno, y aunque los Protectores de la ciudad trabajaban con diligencia para mantener los grafos limpios de nieve, hielo y hojas muertas, unos pocos demonios acababan encontrando una brecha para colarse todas las noches, dando caza a mendigos sin techo y acechando a algún esporádico idiota capaz de arriesgarse a desafiar la ley y el toque de queda. Un demonio del viento podía caer a plomo como una piedra sin hacer ruido alguno para extender de repente sus alas garrudas y sacarle las tripas a la víctima antes de atrapar el cuerpo con las zarpas traseras y marcharse a toda prisa con el mismo.

Llegaron al rellano y abrieron la puerta de par en par, observando desde el umbral el acercamiento de los hombres. Los dinteles estaban protegidos por grafos a fin de que ellas y los pacientes estuvieran a salvo incluso sin el obstáculo de la puerta.

Kadie asomó la cabeza por la galería situada en lo alto de las escaleras y preguntó:

—¿Qué ocurre?

Detrás de ella, las demás aprendizas salieron en estampida de sus cuartos.

—Poneos los mandiles y bajad aquí —ordenó Leesha.

Las jóvenes se apresuraron a obedecer de forma un tanto caótica.

Los hombres se hallaban todavía a cierta distancia, pero corrían a buen paso. A Leesha se le encogió el estómago cuando oyó alaridos en el cielo. Había abismales en los aledaños, atraídos por las luces y el alboroto, pero los guardias recortaban la distancia a buen ritmo y Leesha concibió la esperanza de que consiguieran llegar ilesos hasta que uno resbaló sobre una placa de hielo y se dio un golpazo contra el

suelo. Dio un grito y el hombre al que llevaban se cayó sobre el suelo de madera.

El tercer guardia llevaba a un herido sobre los hombros, gritó algo a su compañero y agachó la cabeza, cobrando más velocidad. El segundo centinela, ahora sin carga alguna, se dio la vuelta y se precipitó en ayuda de su camarada caído.

Un súbito batir de alas coriáceas fue el único aviso antes de que la cabeza del desventurado vigilante saliera volando lejos del cuerpo y rodara por el entarimado. Kadie gritó. El demonio del viento profirió un alarido antes incluso de que el corte empezara a borbotar sangre y voló hacia el cielo, llevándose consigo el cuerpo del hombre decapitado.

Su compañero cruzó las protecciones del dintel y entró en lugar seguro junto con su carga. Leesha volvió la vista atrás, hacia el otro hombre, que forcejeaba por ponerse en pie, y frunció el ceño.

—¡Leesha, no! —chilló Jizell al tiempo que hacía ademán de sujetarla por el brazo, pero la joven se zafó con agilidad y salió disparada al entarimado de la calle.

Los gritos de los demonios del viento resonaban en lo alto, en el frío cielo, mientras ella corría en un acusado zigzag para confundir a los abismales, a pesar de lo cual uno de ellos se lanzó en picado a por Leesha y fracasó de plano, aunque fuera sólo por unos centímetros. El ser terminó estrellándose contra los tablones del suelo, pero salió indemne del impacto gracias a su gruesa piel y se enderezó enseguida. Leesha se dio la vuelta y le lanzó a los ojos un puñado de los polvos cegadores de Bruna. La criatura aulló de dolor y la joven echó a correr.

Cuando Leesha se acercó a los caídos, el primer guardia le pidió:

—¡Sálvame a él, no a mí!

Señaló a la figura inmóvil sobre las planchas de madera. Ella miró el tobillo del guardia —se lo había roto en la caída a juzgar por el extraño ángulo del mismo— y luego a la figura tendida boca abajo sobre el entarimado. No iba a poder llevarlos a los dos.

—¡A mí no! —volvió a gritar el vigilante cuando ella se le acercó.

Leesha negó con la cabeza.

—Tengo más posibilidades de ponerte a salvo a ti —contestó en un tono que no admitía discusión alguna. Ella se pasó el brazo del hombretón por encima de los hombros y tiró.

—Vayamos agachados —aconsejó el centinela con voz entrecortada—. Esos seres apestosos tienen menos posibilidades de lanzarse contra las cosas que van muy cerca del suelo.

Ella se encorvó cuanto pudo al tiempo que avanzaba con paso vacilante a causa del peso del hombretón. Avanzaba arrastrando los pies, y supo que a esa velocidad no iba a lograrlo por muy agachada que anduviera.

—¡Ahora! —chilló Jizell.

Leesha alzó los ojos y vio a Kadie y a las demás aprendizas salir corriendo por el entarimado. Agitaban sábanas blancas por encima de la cabeza, pues la oscilación hacía que los lienzos parecieran estar por todas partes y dificultaba la elección de un objetivo a los abismales.

La dueña Jizell y el primer guardia aprovecharon esta distracción para acudir corriendo en su ayuda. Jizell se encargó de Leesha mientras el guardia se hacía cargo del hombre inconsciente. El miedo les dio alas a todos y cubrieron la distancia restante con bastante rapidez. Se retiraron al dispensario y atrancaron la puerta.

—Éste está muerto —anunció Jizell con desapego—. Apostaría a que lleva muerto en torno a una hora.

—¿He estado a punto de sacrificarme por un muerto? —exclamó el centinela del tobillo roto.

Leesha lo ignoró y se dirigió hacia el otro herido.

La redondez de su rostro pecoso y lo enjuto de su figura hacían que su aspecto fuera más el de un adolescente que el de un hombre. Lo habían apaleado a conciencia, pero aún respiraba y el corazón latía con fuerza. Leesha lo reconoció a toda prisa; le examinó los huesos y le cortó la botarga de vividos colores en busca del origen de la sangre que le empapaba las prendas.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó la dueña al guardia herido mientras le examinaba el tobillo.

—Encontramos a esos dos tirados en la calle cuando volvíamos de la última patrulla —masculló el guardia entre dientes—. Eran Juglares a juzgar por las pintas. Debían de haberlos desvalijado después de un espectáculo. Los dos estaban vivos, pero tenían mal aspecto y era de noche en ese momento, y ninguno de los dos tenía pinta de sobrevivir a la noche sin la ayuda de un Herborista. Entonces me acordé de este dispensario y corrimos lo más deprisa posible por debajo de los aleros para no ser vistos por esos seres apestosos.

Jizell asintió.

—Hiciste lo correcto.

—Dile eso al pobre Jonsin —replicó el guardia—. Por el Creador, ¿qué voy a contarle a su mujer?

—A cada día le basta su propio afán —repuso la dueña mientras le llevaba un frasco a los labios—. Bebe esto.

El vigilante la miró no muy convencido.

—¿Qué es?

—Te sedará —contestó Jizell—. He de fijarte el tobillo y entablillararlo. No vas a querer estar despierto cuando lo haga, te lo aseguro.

El guardia se bebió la poción de un trago.

Leesha estaba limpiando las heridas del Juglar más joven cuando éste se despertó jadeante y se incorporó. Tenía un ojo tan hinchado que apenas podía abrirlo, pero miró a su alrededor de forma enloquecida con el otro, de un verde brillante.

—Jaycob! —chilló.

Se removió como un poseso y debieron forcejear con él Leesha, Kadie y el último guardia para lograr que se tumbara. El joven fijó la mirada penetrante de su único ojo abierto en Leesha.

—¿Dónde está Jaycob? ¿Se encuentra bien?

—¿El hombre mayor que encontraron contigo? —preguntó Leesha.

Él asintió.

La Herborista titubeó mientras buscaba las palabras adecuadas, pero la pausa se prolongó demasiado y él gritó, retorciéndose otra vez. El vigilante lo fijó al lecho con fuerza y lo miró a los ojos para luego preguntarle:

—¿Viste a quien os hizo esto?

—No está de condiciones de resp... —empezó Leesha, pero el hombre la acalló con una mirada fulminante.

—He perdido un hombre esta noche. No tengo tiempo para esperar. —Luego, se encaró con el muchacho y le soltó—: ¿Y bien?

Pero el interrogado lo miró con los ojos llenos de lágrimas antes de negar con la cabeza, pero el vigilante no dejó quieta la cosa.

—Algo has tenido que ver —le presionó.

—Basta por ahora —le dijo Leesha mientras aferraba al hombre por las muñecas y tiraba con fuerza. Él se resistió y ella lo soltó—. Espere en la otra habitación —ordenó ella.

El hombre puso cara de pocos amigos, pero acató la orden.

El muchacho lloraba a moco tendido cuando Leesha se dio la vuelta.

—Déjenme en la oscuridad de la noche —pidió, levantando la mano tullida—. Debí haber muerto hace mucho tiempo, todo aquel que intenta salvarme acaba estirando la pata.

Leesha tomó la mano lisiada entre las suyas y lo miró a los ojos.

—Me arriesgaré —le replicó mientras se la estrechaba—. Nosotros, los supervivientes, hemos de velar los unos por los otros.

Le llevó a los labios el frasco de adormidera y le sostuvo la mano a fin de insuflarle entereza hasta que se le cerraron los ojos.

La música de violín llenó el dispensario. Los pacientes la aplaudían con ganas y las aprendizas bailaban mientras iban a hacer sus tareas. Incluso Leesha y Jizell andaban con más garbo.

—Y pensar que el joven Rojer estaba preocupado por no tener con qué pagar —

comentó la dueña mientras preparaban la comida—. Si casi tenía medio pensado pagarle a él por tener entretenidos a los pacientes desde que pudo incorporarse.

—Los pacientes y las chicas lo adoran —convino Leesha.

—Te he visto bailar cuando pensabas que no te veía nadie —observó Jizell.

Leesha sonrió. Cuando no interpretaba melodías con su instrumento, Rojer contaba cuentos que hacían que las aprendizas se arracimaran a los pies de su cama o enseñaba cómo hacer trucos de magia que, según afirmaba, procedían de los propios cortesanos del duque. Jizell lo mimaba constantemente y las aprendizas le profesaban una gran simpatía y lo idolatraban.

—Un filete de ternera bien grueso para él, entonces —dijo Leesha, cortando el trozo de carne y colocándolo en una bandeja ya sobrecargada de patatas y fruta.

La dueña sacudió la cabeza.

—No sé dónde mete tanta comida ese zagal. Tú y las demás lo estáis cebando desde hace más de una luna, y sigue delgado como un junco.

—¡El almuerzo! —anunció a voz en grito. Las muchachas se personaron en la cocina para hacerse cargo de las bandejas. Roni fue directamente a por la sobrecargada, pero Leesha la apartó de su alcance—. Voy a llevársela yo misma —avisó, sonriendo al ver los rostros de decepción.

—Rojer necesita un respiro y comer algo, no andar contando historias en privado mientras vosotras le cortáis en trozos el filete —terció Jizell—. Luego podréis ir a adularlo todas.

—¡Con permiso! —dijo ella al entrar en la habitación, pero no debía haberse molestado, pues el enfermo levantó el arco de las cuerdas del violín con un chirrido en cuanto ella apareció.

Rojer sonrió y le hizo un gesto para que pasara. Derribó una copa de madera al intentar encontrar acomodo para el violín. Los dedos y el brazo se habían soldado limpiamente, pero aún tenía las piernas colgadas de cuerdas, y no le resultaba del todo fácil incorporarse en la cama.

—Hoy debes tener hambre.

Leesha se rió mientras depositaba la bandeja sobre su vientre y tomaba el instrumento. Rojer miró la fuente con aire dubitativo y le sonrió.

—¿No va a ayudarme a cortar la carne? —preguntó él, alzando la mano lisiada.

Leesha enarcó las cejas.

—Tienes unos dedos de lo más ágil cuando tocas el violín. ¿Por qué no lo son ahora?

—Porque me revienta comer solo.

Rojer se echó a reír. Ella sonrió y se sentó en un lado de la cama para luego coger el cuchillo y el tenedor. Cortó un buen trozo de carne, lo bañó bien en su jugo y en el de las patatas antes de ofrecérselo delante de los labios. Él le sonrió, el gesto hizo que

se le escurriera un poco de salsa. Leesha se rió con disimulo. Rojer se ruborizó, y sus mejillas blancas se pusieron tan rojas como su pelo.

—Puedo levantar el cuchillo yo solo.

—¿Únicamente deseas que corte la carne y me vaya? —preguntó Leesha, y Rojer negó enérgicamente con la cabeza—. Entonces, calla —dijo, poniéndole delante de la boca el tenedor con otro trozo de carne.

—No es mi violín, ¿sabes?, sino el de Jaycob —dijo Rojer cuando miró de nuevo el instrumento tras unos momentos de silencio—. Rompieron el mío cuando...

Leesha torció el gesto cuando se le quebró la voz. Él seguía negándose a hablar del ataque después de un mes largo, ni siquiera cuando lo presionó el guardia. Había enviado a buscar sus escasas posesiones, pero hasta donde ella sabía, ni siquiera había contactado con el gremio de los Juglares para informarlos de lo sucedido.

—No es culpa tuya, tú no lo atacaste —replicó Leesha, viendo cómo los ojos del joven se volvían distantes.

—Como si lo hubiera hecho.

—¿Qué quieres decir?

—Me refiero... —Rojer desvió la mirada—. Me refiero a que le obligué a abandonar su retiro, todavía seguiría vivo si...

—Me comentaste que él te había dicho que abandonar ese retiro era lo mejor que le había pasado en veinte años —convino Leesha—. Parece que él vivió más en ese breve lapso de tiempo que durante los años pasados en ese aposento de la casa gremial.

El enfermo asintió, pero tenía los ojos cada vez más llorosos. Leesha le estrechó la mano.

—Eso parece sucederle enseguida a cuantos se cruzan en mi camino —suspiró el paciente.

—Y a muchos que ni siquiera habían oído hablar de Rojer Mediagarra, lo he visto con mis propios ojos. ¿También quieres culparte de sus muertes? —Rojer la miró y ella insistió para que tomara otro bocado—. A los muertos no les sirve de nada que dejes de vivir por sentirte culpable.

Leesha tenía las manos ocupadas con la ropa blanca cuando llegó el Enviado. Se metió la carta de Vika en el mandil y dejó el resto para más tarde, y una aprendiz acudió a avisarla de que un paciente tosía sangre cuando terminó de llevar la colada a la lavandería, y luego debió encargarse de entablillar un brazo roto, y también de dar clase a las aprendizas.

Antes de que ella se hubiera dado cuenta, se había hecho de noche y las muchachas se habían acostado. Redujo la mecha de las lámparas hasta que éstas sólo proporcionaron un tenue fulgor anaranjado e hizo una última ronda entre las hileras de camas. Su mirada y la de Rojer se encontraron al pasar; él le pidió por señas que se

acercara, mas ella negó con la cabeza, aunque le sonrió. Lo señaló y unió ambas manos como si fuera a orar, pero luego apoyó una mejilla sobre ellas y cerró los ojos.

El Juglar puso cara de pocos amigos, pero ella continuó adelante tras hacerle un guiño. Los huesos se habían soldado, pero él se quejaba de dolor y estaba débil a pesar de la mejora de las heridas.

Se tomó un descanso para servirse un vaso de agua al final de la habitación. Era una cálida noche de primavera y el cántaro estaba húmedo por la condensación. Se alisó el mandil con gesto ausente para secarse la mano y escuchó un crujido de papel. Entonces se acordó de la carta de Vika y la sacó del bolsillo, rompió el sello con el pulgar e inclinó la cuartilla hacia la lámpara para leerla mientras bebía.

Un momento después se le escapó el vaso y no notó ni oyó cómo se hacía añicos. Agarró el papel con fuerza y huyó de la estancia.

Leesha sollozaba silenciosamente en la ensombrecida cocina cuando la encontró Rojer.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja mientras se apoyaba con fuerza sobre su bastón.

—¿Por qué no estás en la cama, Rojer? —preguntó, sorbiéndose la nariz.

Él no contestó y acudió a sentarse junto a ella.

—¿Han llegado malas noticias desde casa?

Leesha lo miró un momento y luego asintió.

—¿Recuerdas el resfriado de mi padre? —le preguntó, y esperó a que Rojer asintiera antes de proseguir—. Parecía recuperarse, pero recayó, y al final resultó tener un brote de disentería. Ha afectado a todo el pueblo. La mayoría parece haberlo soportado, pero los débiles...

Ella comenzó a llorar de nuevo.

—¿Es alguien a quien conoces?

El Juglar se maldijo de inmediato por haber formulado esa pregunta. Por supuesto que había muerto algún conocido. En las aldehuelas, todos se conocían entre sí.

Leesha no se percató del desliz.

—Mi mentora, Bruna —dijo mientras vertía unos lagrimones sobre la bata—. Murieron también unos pocos más, y dos niños a quienes no llegué a conocer. Han fallecido una docena en total, y más de la mitad del pueblo está en cama. El caso de mi padre está entre los peores.

—Lo siento.

—No sientas pena por mí. Es culpa mía —replicó Leesha.

—¿Qué...? —se sorprendió Rojer.

—Debería haber estado allí —le explicó ella—. El aprendizaje con Jizell terminó

hace años y yo prometí volver a Hoya de Leñadores cuando terminara mis estudios. Me habría encontrado allí de haber cumplido mi promesa, y tal vez...

—Una vez vi cómo varias personas morían de disentería en Bosque Cerrado —replicó Rojer—. ¿Te gustaría echártelas sobre la conciencia? ¿Y los que mueren a diario en esta ciudad porque no puedes atenderlos?

—No es lo mismo, y tú lo sabes.

—¿Ah, sí? —arguyó él—. Tú misma dices que a los muertos no les sirve de nada que dejes de vivir por sentirte culpable.

Leesha lo miró con sus grandes ojos llenos de lágrimas

—Bueno, entonces, ¿qué quieres hacer: pasar la noche llorando o empezar a hacer el equipaje? —preguntó el Juglar.

—¿Hacer el...?

—Tengo un círculo portátil de Enviado. Podemos partir hacia Hoya de Leñadores por la mañana —contestó Rojer.

—Rojer, apenas puedes andar —alegó ella.

Él alzó el bastón y lo puso sobre la encimera, demostrando que se mantenía de pie. Caminaba de forma algo envarada, pero sin necesidad de ayuda.

—¿Vas a renunciar a una cama caliente y a ser el niño mimado de varias mujeres un poco más? —se extrañó Leesha.

—¡Nunca! —Rojer se puso colorado—. Yo... Aún no estoy preparado para actuar.

—Pero sí para hacer a pie todo el camino hasta Hoya de Leñadores, ¿no? Será una semana de caminata sin un caballo.

—Dudo que sea necesario hacer piruetas durante el camino —contestó él—. Puedo hacerlo.

Leesha se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—No. Te lo prohibo tajantemente.

—Yo no soy una aprendiz a la que le puedas impedir nada —replicó Rojer.

—Eres mi paciente —alegó ella—, y voy a prohibirte todo cuanto ponga en peligro tu recuperación. Voy a contratar a un Enviado.

—Buena suerte para encontrarlo —dijo Rojer—. Hoy ha salido el que va al sur todas las semanas, y en esta época del año están todos ocupados. Va a costarte una fortuna que uno lo deje todo para llevarte hasta Hoya de Leñadores. Además, yo puedo tener a raya a los abismales gracias a mi violín. Ningún Enviado puede ofrecerte eso.

—Estoy seguro de que podrías, pero lo que necesito es el caballo rápido de un Enviado, no un violín mágico —replicó ella, haciendo ver a través de su tono de voz que dudaba de la veracidad de esa afirmación.

Ignoró sus protestas y lo mandó de vuelta a la cama antes de subir las escaleras para empaquetar sus cosas.

—¿Estás segura de esto? —inquirió Jizell a la mañana siguiente.

—He de acudir —contestó Leesha—. La epidemia es demasiado grande para que la manejen Vika y Darsy ellas solas.

La dueña asintió.

—Rojer parece creer que va a llevarte él.

—Pues no es el caso. Voy a contratar a un Enviado.

—Se ha pasado la mañana empaquetando sus cosas —la informó Jizell.

—Apenas está curado.

—¡Bah! Han pasado casi tres lunas y no le he visto usar el bastón en toda la mañana. Creo que no es más que una excusa para seguir a tu lado un poco más.

A Leesha casi se le salen los ojos por la sorpresa.

—¿Crees que Rojer...?

La dueña se encogió de hombros.

—Yo sólo digo que no todos los días aparece un hombre dispuesto a enfrentarse a los abismales por tu causa.

—Puedo ser su madre, Jizell —replicó Leesha.

—¡Bah! —se burló la dueña—. Sólo tienes veintisiete años y Rojer dice que tiene veinte.

—Rojer cuenta un montón de trolas —replicó Leesha, pero Jizell volvió a encogerse de hombros.

—Tú dirás que no hablas como mi madre, pero las dos os las arregláis para convertir cada tragedia en una discusión sobre mi vida amorosa.

La dueña abrió la boca para protestar, pero ella alzó una mano para acallarla.

—Si me disculpas, debo contratar a un Enviado.

Y salió por la puerta a tal velocidad que Rojer, que estaba escuchando detrás de la puerta, apenas tuvo tiempo para apartarse de su camino y ocultarse.

Leesha logró un pagaré del banco ducal por ciento cincuenta soles entre las ganancias obtenidas en el dispensario y las disposiciones de fondos realizadas por su padre. Era una suma no soñada por ningún campesino, pero los Enviados no se jugaban la vida por klats de madera lacada. Ella esperaba que bastase ese importe, pero las palabras de Rojer demostraron ser proféticas, o una maldición.

El trueque alcanzaba el punto álgido en primavera y tenían trabajo incluso los peores Enviados, y el secretario del gremio se negó en redondo a ayudarla. Todo cuanto podía ofrecerle era el hombre que viajara rumbo al sur la próxima semana, seis días después.

—¡Puedo llegar andando en ese tiempo! —exclamó ella.

—En tal caso, le sugiero que se ponga ya en camino —contestó el escribano secamente.

Ella se mordió la lengua y salió de allí en estampida. Pensaba que iba a enloquecer si debía esperar una semana para partir. Si su padre moría en ese tiempo...

—¿Leesha? —la llamó una voz.

Ella se detuvo en seco y se volvió muy despacio.

—¡Eras tú! —gritó Marick, acercándose a ella con los brazos extendidos—. No tenía noticia de que siguieras en la ciudad.

Leesha estaba tan sorprendida que se dejó abrazar por él.

—¿Qué haces en la casa gremial? —inquirió Marick, echándose atrás para apreciar su anatomía. Seguía siendo apuesto con esos ojos lobunos suyos.

—Necesito un escolta que me lleve a Hoya de Leñadores. Un brote de disentería está azotando al pueblo y necesitan mi ayuda.

—Podría llevarte, supongo —dijo Marick—. Necesitaré pedir a alguien un favor para que haga mi turno de mañana hasta Pontón, aunque eso debería resultar fácil.

—Tengo dinero —dijo Leesha.

—Sabes que no voy a escoltarte por dinero —contestó él mientras se acercaba, lanzándole un mirada lasciva.

Estiró la mano y le apretó la nalga. Ella se resistió al tirón con el que intentaba alejarla de allí. Pensó en la gente que la necesitaba y también en lo que le había dicho Jizell sobre las flores que nadie veía. Tal vez era designio del Creador que se encontrase con Marick ese día. Ella tragó la saliva y asintió.

Marick la condujo a una sombría alcoba lejos del salón principal. La empujó contra el muro detrás de una estatua de madera y la besó con vehemencia. Ella correspondió al beso después de unos momentos y apoyó los brazos sobre los hombros del Enviado, cuya lengua era cálida en la boca de la joven.

—Esta vez no voy a tener ese problema —le prometió Marick, tomándole la mano y poniéndola sobre su enhiesta virilidad.

Leesha sonrió con timidez.

—Podría ir a tu posada antes del crepúsculo y pasar la noche contigo, y marcharnos por la mañana.

Marick miró a uno y otro lado, y luego negó con la cabeza. La empujó contra la pared otra vez y bajó la mano para desanudar el cinto de la mujer.

—He esperado esto mucho tiempo —gruñó—. Estoy listo ahora, y no pienso dejar pasar la ocasión.

—No pienso hacerlo en un pasillo —siseó Leesha, apartándolo de un empujón—. ¡Nos vería cualquiera!

—Nadie nos verá —le aseguró Marick, achuchándola y besándola de nuevo. Sacó

su miembro erecto y comenzó a subirle las faldas—. Has aparecido aquí como por arte de magia y esta vez, yo también. ¿Qué más quieres...?

—¿Intimidación? ¿Una cama? ¿Un par de velas? ¡Cualquier cosa!

—¿Y un Juglar cantando bajo la ventana? —se mofó Marick mientras seguía rebuscando con los dedos la abertura entre sus piernas—. Pareces virgen.

—¡Es que lo soy! —siseó ella.

Marick se retiró, todavía con el pene en la mano, y la miró con dureza.

—Todos en Hoya de Leñadores saben que has estado con ese gorila de Gared una docena de veces. ¿También vas a mentir sobre eso esta vez?

Leesha torció el gesto y le propinó un rodillazo en la entrepierna, y puso pies en polvorosa mientras Marick seguía gritando en el suelo.

—¿No te lleva nadie? —le preguntó Rojer esa noche.

—Ninguno con quien no deba irme a la cama a cambio —refunfuñó Leesha, soltando todo lo que había estado dispuesta a hacer. Incluso ahora, le preocupaba haber cometido un gran error. Una parte de ella deseaba haber dejado seguir a Marick, pero incluso si Jizell tenía razón y su doncellez no era lo más valioso del mundo, seguramente merecía algo mejor que eso.

Ella se apretó los ojos demasiado tarde y en vez de enjugarse la humedad de los ojos hizo salir con más fuerza las lágrimas que intentaba evitar. El Juglar le acarició el semblante y ella lo miró. Él sonrió y alargó la mano para sacar de detrás del oído de Leesha un pañuelo de brillantes colores. Ella rió a su pesar y aceptó el lienzo para secarse las lágrimas de los ojos.

—Aún puedo llevarte —le ofreció—. Recorrí a pie todo el camino desde aquí al Valle del Pastor. Si fui capaz de hacer eso, podré llevarte a Hoya de Leñadores.

—¿De verdad? —preguntó ella, sorbiéndose las lágrimas—. ¿No es otra de tus invenciones como las historias de Jack Lengua Escamosa o como eso de que eres capaz de encantar a los abismales con tu violín?

—De verdad —le aseguró él.

—¿Por qué haces esto por mí? —quiso saber ella.

Roger sonrió y alargó la mano tullida para tomar la de ella.

—Somos supervivientes, ¿no? Alguien me dijo una vez que los supervivientes hemos de velar los unos por los otros.

Leesha sollozó y lo abrazó.

«¿Se me ha aflojado un tornillo?», preguntó Rojer cuando dejaron atrás las puertas de Angiers. Leesha había comprado un caballo para hacer el viaje, pero el Juglar carecía de experiencia como jinete y Leesha apenas si tenía unas nociones. Se sentó detrás de ella mientras la joven hacía avanzar al animal a un ritmo mucho más

rápido del que ellos habrían podido llevar a pie.

Incluso así, el golpeteo con los lomos del caballo le hacía daño en las piernas, pero él no se quejó. Leesha daría media vuelta si abría la boca antes de que perdieran de vista la ciudad.

«Y quejarte es lo que deberías hacer. Eres un Juglar», no un Enviado, pensó.

Pero Leesha lo necesitaba y él supo nada más verla que jamás podría negarle nada. Sabía también que ella lo veía como a un chiquillo, pero eso cambiaría cuando la llevara a casa. Entonces apreciaría que él era algo más, que sabía cuidarse y también cuidar de ella.

De todos modos, ¿qué había en Angiers para él? Jaycob había muerto y el gremio debía darlo por muerto, lo cual casi era lo mejor. «Te ahorcarán si acudes a la guardia», lo había amenazado Jasin, pero Rojer era lo bastante avispado para saber que Gorgorito jamás le daría la oportunidad de contar nada si tenía noticias de que seguía con vida.

Aun así, se le encogieron las tripas cuando miró el camino de delante. Al igual que el Paseo del Grillo, el Tocón del Granjero estaba a un solo día a caballo, pero Hoya de Leñadores se hallaba mucho más lejos. Deberían pasar al raso tal vez cuatro noches y Rojer nunca había pasado al aire libre más de dos noches, y eso una sola vez. Le vino a la cabeza la muerte de Melodía. ¿Podría soportar la pérdida de Leesha?

—¿Te encuentras bien? —le preguntó la sanadora.

—¿Qué...?

—Te tiemblan las manos.

Rojer había puesto los dedos sobre la cintura de la Herborista, y vio que la observación era cierta.

—No es nada —consiguió responder—. Un golpe de viento frío.

—Qué poco me gustan —repuso ella, pero el Juglar apenas la oyó, sin perder de vista sus manos, intentando reprimir el temblor.

«¡Eres un actor, simula valor!», se reprendió a sí mismo.

Pensó en Marko el Andarín, el arrojado explorador de sus historias. Conocía bien a su creación tras haber narrado y representado con mimos sus historias muchas veces. Cada rasgo y cada gesto de ese valiente eran una segunda naturaleza para él. Irguió la espalda y las manos dejaron de temblarle.

—Avísame cuando estés cansada y me haré cargo de las riendas.

—Tenía entendido que jamás habías montado a caballo —repuso ella.

—Las cosas se aprenden haciéndolas —contestó de inmediato el Juglar, citando la muletilla usada por Marko el Andarín cada vez que se topaba con algo nuevo.

Marko el Andarín jamás temía a lo que nunca había hecho.

Avanzaron más deprisa cuando Rojer tomó las riendas, y así llegaron al Tocón del Granjero poco antes del anochecer. Dejaron a la montura en una caballeriza y se dirigieron a la posada.

—¿Eres Juglar? —preguntó el tabernero al reparar en las ropas multicolores de Rojer.

—Me llamo Rojer Mediagarra, procedente de Angiers y de camino al oeste —contestó el aludido.

—Nunca he oído hablar de ti —gruñó el hombre—, pero el local está libre si quiere ofrecer un espectáculo.

El Juglar miró a Leesha. Él sonrió y echó mano a la bolsa de las maravillas cuando ésta asintió a la vez que se encogía de hombros.

El Tocón del Granjero era un puñado de casonas y edificios conectados por tarimas con grafos inscritos. A diferencia de otras aldehuelas visitadas por Rojer, los lugareños salían de noche e iban de un edificio a otro abiertamente, aunque a paso ligero.

Ese hábito le supuso a Rojer una cantina llena hasta los topes, lo cual fue del agrado del Juglar, que actuó por vez primera en varios meses, pero se desenvolvió a gusto y pronto se metió en el bolsillo al auditorio, que aplaudió y se rió ante los cuentos de Jack Lengua Escamosa y El Protegido.

El vino había coloreado las mejillas de Leesha cuando Rojer volvió a su asiento.

—Lo haces muy bien. Sabía que sería así.

Rojer sonrió abiertamente y estaba a punto de responder algo cuando se acercaron un par de hombres con jarras de bebida. Entregaron una al Juglar y otra a Leesha.

—Es sólo una muestra de agradecimiento por el espectáculo —dijo el que llevaba la voz cantante—. Sé que no es mucho...

—Es maravilloso, gracias. Por favor, únense a nosotros —lo invitó Rojer, y señaló los asientos vacíos de la mesa con un gesto y ambos tomaron asiento.

—¿Qué os trae hasta el Tocón del Granjero? —preguntó el primer hombre, un tipo pequeño de espesa barba negra.

Su compañero era más corpulento, y mudo.

—Nos dirigimos a Hoya de Leñadores —contestó Rojer—. Leesha es Herborista, acude para ayudarlos a combatir un brote de disentería.

—Hay un buen paseo hasta allí —replicó el barbinegro—. ¿Cómo vais a sobrevivir de noche?

—No temas por nosotros, tenemos un círculo de Enviado —respondió Rojer.

—¿Un círculo portátil? —preguntó el hombre, sorprendido—. Ha debido costarte un buen pico.

El Juglar asintió.

—Más de lo que imaginas.

—Bueno, no quiero que os acostéis tarde por nuestra culpa —dijo el barbudo mientras él y su compañero se levantaban de la mesa—. Querréis madrugar mañana.

Los dos hombres se reunieron con un tercero en otra mesa mientras Rojer y Leesha apuraban las bebidas y se encaminaban a sus respectivos cuartos.

Al caer la noche

332 d.R.

—¡**M**iradme, soy un Juglar! —proclamó uno de los hombres mientras se echaba sobre la cabeza la capa multicolor con cascabeles y daba brincos por el camino. El barbinegro soltó una risotada, pero el otro acompañante, un tipo más grande que ellos dos juntos, guardó silencio. Todos sonreían.

—Me gustaría saber qué me tiró esa bruja —comentó el hombre de barba negra—. Los ojos me ardían incluso cuando metí la cabeza en el agua. —Sostuvo en alto las riendas del caballo y el círculo portátil, sonriendo abiertamente—. Aun así, un botín fácil como éste sólo se presenta una vez en la vida.

—No tendremos que dar un palo al agua en meses —convino el hombre de la capa de colores mientras hacía sonar una bolsa con monedas—, ¡y sin una cicatriz!

Dio un salto y entrechocó los talones.

—Habla por ti, que yo llevo unas cuantas en la espalda —rió el barbinegro—. Ese culo merecía la pena casi tanto como el círculo, aun cuando apenas pude ver dónde estaba cada cosa por culpa de ese polvo que me tiró a los ojos.

El hombre disfrazado de Juglar rió, y el gigantón mudo batió palmas con una sonrisa.

—Deberíamos habérnosla llevado —comentó el hombre envuelto en la capa de colores—. Hace frío en esa mísera cueva.

—No seas idiota —replicó el barbinegro—. Ya no hay motivo para quedarnos en esa gruta ahora que disponemos de un caballo y de un círculo de Enviado, y eso es lo mejor de todo. La gente del duque se enterará en Farmer's Stump del rumor de que esos dos fueron atacados nada más salir del pueblo. Lo primero es ir al sur, mañana mismo, antes de tener a todos los guardias de Rhinebeck sobre nuestra pista.

El terceto se hallaba tan absorto en su discusión que nadie se percató del jinete que se acercaba a ellos por el camino hasta que lo tuvieron a poco más de diez metros. Con esas ropas largas y sueltas, parecía un espectro a la luz menguante de la tarde montando a horcajadas a lomos del caballo. Se movía a la sombra de los árboles situados junto al sendero del bosque.

Cuando se percataron de su presencia, el gesto desafiante reemplazó a la expresión de gozo en sus semblantes. El barbinegro dejó caer al suelo el círculo portátil y descargó un pesado garrote del caballo antes de avanzar hacia el extraño.

Detrás de él, el forzado alzó una estaca del tamaño de un arbolillo y el de la capa de Juglar blandió una lanza de punta mellada y descolorida.

—Este camino de aquí es nuestro —le explicó el cabecilla al extranjero—. Estamos dispuestos a compartirlo, pero a cambio de un pago.

Por toda respuesta, el desconocido alejó a su caballo de la penumbra.

Una aljaba de fuertes flechas y un arco pendían de la silla de montar, y tenía ambos al alcance de la mano. Una lanza de la altura de un asta de bandera descansaba sobre los arreos del otro costado, junto a un escudo redondo. Detrás de la silla sobresalían varias lanzas más pequeñas sujetas por correas. El sol poniente arrancaba destellos maliciosos a las puntas de las mismas.

Pero el extraño no hizo amago de tomar ningún arma y se limitó a permitir que la capucha de la cogulla se deslizara ligeramente hacia atrás. El cabecilla se echó hacia atrás para recoger el círculo portátil cuando el hombre abrió los ojos y, tras mirar a sus compañeros, intentó desdecirse.

—Quizá podríamos dejarte pasar por esta vez.

Hasta el gigantón se había puesto pálido a causa del miedo. Los truhanes aprestaron las armas, pero tuvieron buen cuidado en hacerse a un lado para permitir el paso del enorme caballo; luego, volvieron al camino.

—¡Más valdrá que no vuelva a verte por este camino! —gritó el barbinegro cuando estuvieron seguros a cierta distancia.

El desconocido continuó su camino con despreocupación.

Rojer luchó contra el pánico cuando las voces se perdieron en la distancia. Lo habían amenazado con matarle si intentaba levantarse de nuevo. Estiró el brazo para meter la mano en su bolsillo secreto y aferrar con fuerza su talismán, pero allí únicamente halló trozos astillados de madera y un mechón de pelo rubio con canas. Debían haberse roto cuando el mudo le pateó las tripas. Dejó que los restos se escaparan de sus dedos entumecidos y cayeran al fango.

Los sollozos de Leesha le dolían, haciéndole temer el momento de alzar la vista. Había cometido ese error antes, cuando el gigante se había levantado de encima de su espalda para disfrutar de su turno con Leesha. Uno de los otros había ocupado el lugar del grandullón, usando la espalda de Rojer como asiento desde el cual disfrutar la diversión.

Los ojos del gigantón hablaban de sus pocas luces. Carecía del sadismo de sus compañeros, pero esa lujuria bobalicona daba dentera por sí sola: eran las urgencias carnales de un animal en el cuerpo de un demonio de las rocas. Rojer no habría dudado en sacarse un ojo si así hubiera podido librarse de la imagen del gigante encima de Leesha.

Se había comportado como un idiota al ponerlos en antecedentes del camino y de sus bienes. El excesivo tiempo pasado en las aldehuelas del oeste había adormecido la natural desconfianza hacia los desconocidos tan intensificada en la ciudad.

«Marko el Andarín no habría confiado en ellos», pensó.

Pero eso no era del todo cierto. El explorador siempre caía víctima de engaños o abatido por porrazos en la cabeza. Sobrevivía por haber usado el ingenio después.

«Sobrevive porque es una historia y tú controlas el final», se recordó Rojer.

Sin embargo, le vino a la cabeza la imagen de Marko el Andarín levantándose y sacudiéndose el polvo; al final, Rojer hizo acopio de fuerzas y temple para ponerse de rodillas. Le dolía todo el cuerpo, pero no creía tener roto ningún hueso. El ojo izquierdo se le había hinchado tanto que apenas veía y la sangre de los labios le llenaba la boca con su sabor. Tenía moratones por todo el cuerpo, pero la tunda de Abrum había sido peor.

Pero esta vez no había vigilantes que lo pusieran a salvo ni una madre o un maestro que se interpusieran en el camino de los demonios.

La culpa lo sobrecogió cuando Leesha lloriqueó de nuevo. Él había luchado por salvar su honra, pero ellos eran tres, iban armados y lo aventajaban en fuerza. ¿Qué podía hacer?

«Desearía que me hubieran matado —pensó para sus adentros, deprimido—. Mejor muerto que haber visto...»

«Cobarde, se mofó una voz desde el fondo de su mente. Ponte en pie. Ella te necesita.»

Rojer se puso en pie, tambaleante, y miró en derredor. Ella permanecía ovillada en el suelo del camino del bosque, llorosa y sin fuerzas siquiera para cubrir su vergüenza. No había signo alguno de los bandidos.

Eso apenas importaba, por supuesto, pues los asaltantes se habían llevado el círculo portátil y tanto él como Leesha podían darse por muertos. El Tocón del Granjero estaba a sus espaldas, a casi un día de camino, y por delante no había nada durante varios días a pie. Anochecería en poco más de una hora.

El muchacho corrió al lado de la mujer y se puso de rodillas a su lado.

—¿Estás bien, Leesha? —preguntó. Se maldijo cuando le falló la voz. Ella lo necesitaba fuerte—. Leesha, por favor, respóndeme —le imploró, estrechándole el hombro.

Ella lo ignoró, y se ovilló sobre sí misma, con el cuerpo estremecido por el llanto. Rojer le acarició la espalda y le susurró palabras de consuelo mientras con sutileza iba dando tironcillos para bajarle el vestido y cubrirla. No sabía adonde se había retirado la mente de la joven para soportar la ordalía, pero ahora se mostraba reticente para salir de él. Intentó tomarla en brazos, pero ella lo apartó de un violento empujón y luego volvió a hacerse un ovillo zarandeado por los espasmos del llanto.

El Juglar se apartó de su lado durante unos momentos y recorrió el camino, recogiendo las contadas posesiones que les habían dejado. Los bandidos habían hurgado en sus bolsas, llevándose lo que querían y tirando el resto, mofándose y destruyendo sus efectos personales. La ropa de Leesha yacía hecha jirones en el camino y Rojer localizó pisoteada en el barro la tela de brillantes colores de la bolsa de las maravillas de Arrick. Habían aplastado casi todo lo que no se habían llevado consigo. Las bolas pintadas de madera yacían en el fango, pero las dejó donde estaban.

Se atrevió a pensar en la posibilidad de sobrevivir a la noche cuando descubrió el estuche del violín fuera del camino, donde le había pateado el mudo. Se apresuró a acudir allí. La funda estaba abierta y rota, pero el instrumento en sí podía salvarse con un buen afinado y un par de cuerdas nuevas, pero no halló el arco por parte alguna.

Roger lo buscó tanto tiempo como se atrevió, apartando hojas y arbustos en todas las direcciones y con creciente pánico, pero fue en vano. Había desaparecido. Introdujo el violín en la funda y extendió en el suelo una de las faldas largas de Leesha para colocar los pocos objetos salvables en su interior y hacer un hatillo con ellos.

Un golpe de viento rompió el silencio, levantando un susurro en las hojas de los árboles. Rojer alzó los ojos hacia el sol poniente y de pronto comprendió que iban a morir. ¿Qué importaba que tuviera un violín sin arco o algunas ropas cuando eso sucediera?

Sacudió la cabeza. Aún no había muerto, y era posible evitar a los abismales una noche si conservaban la calma. Estrechó la funda del violín para infundirse tranquilidad. Si sobrevivían a la noche, podía cortar un mechón de cabellos de Leesha y fabricar otro arco. Los abismales no les inflingirían daño alguno si tenía su violín.

La oscuridad y el peligro se insinuaban en el bosque situado al otro lado del camino, pero él sabía que los abismales preferían cazar hombres a cualesquiera otras criaturas. Debían salir del camino. Los bosques eran su mejor esperanza para hallar un escondrijo o un lugar apartado donde preparar un círculo.

«¿Cómo? —quiso saber la odiada voz—. Nunca te has molestado en aprender.»

Regresó junto a Leesha y se arrodilló junto a ella. La sanadora seguía llorando en silencio, y su cuerpo se estremecía.

—Debemos salir del camino, Leesha —dijo él en voz baja. Ella lo ignoró—. Necesitamos encontrar un lugar donde escondernos, Leesha.

Y la sacudió.

Siguió sin obtener respuesta.

—¡Leesha, se está ocultando el sol!

El llanto cesó y ella alzó la cabeza. Había miedo en esos ojos abiertos. Se le crispó el gesto y reanudó la llantina nada más ver su rostro preocupado y lleno de

hematomas.

Pero Rojer supo que la había conmovido durante un momento y se negó a dejarlo pasar. Se le ocurrían pocas cosas peores a la experiencia que acababa de sufrir, pero ser destrozada por los demonios era una de ellas. La aferró por los hombros y la sacudió con violencia.

—Debes controlarte, Leesha —le chilló—. Si no encontramos pronto un escondite, nuestros pedazos estarán dispersos por todo el camino cuando vuelva a amanecer.

Era una imagen bastante gráfica, y lo había hecho a posta, y tuvo el efecto deseado, pues ella se levantó. Respiraba de forma entrecortada, pero había dejado de llorar. Rojer le secó las lágrimas con su camisa.

—¿Qué vamos a hacer? —chilló Leesha al tiempo que aferraba los brazos del Juglar con tanta fuerza que le hizo daño.

Rojer invocó de nuevo la imagen del Marko el Andarín, y esta vez le vino enseguida.

—Lo primero de todo es salir de la calzada —contestó, intentando sonar seguro de sí mismo, aunque no lo estaba, y aparentar que tenía un plan, pero no lo tenía. Leesha asintió y dejó que la ayudara a levantarse. La joven hizo un gesto de dolor que a él lo traspasó de parte a parte.

Rojer sostuvo a Leesha y juntos salieron del sendero dando tumbos para luego adentrarse en el bosque. La luz restante menguó drásticamente bajo el dosel del bosque y el suelo chasqueaba bajo sus pies, pues caminaban sobre una alfombra de ramitas y hojas secas. Un olor dulzón a vegetación podrida saturaba el ambiente. Rojer odiaba los bosques.

Se devanó los sesos en busca de alguna historia referida a personas que habían sobrevivido a una noche al raso. Cribó cada palabra en busca de un poso de verdad, de cualquier cosa, cualquiera, que pudiera serles de ayuda.

Todos los cuentos coincidían en que lo idóneo eran las cuevas, dada la preferencia de los abismales por la caza en campo abierto. Una gruta con unos simples grafos trazados a la entrada era más segura que cualquier intentona de esconderse, y él era capaz de recordar al menos tres grafos consecutivos de su antiguo círculo. Tal vez bastaran para proteger la entrada de una caverna.

Pero no había cuevas por allí cerca, y él lo sabía, y no tenía ni idea de qué buscar. Estaba a punto de darse por vencido cuando captó el runrún de una corriente de agua y de inmediato empujó a Leesha en dicha dirección. Los abismales rastreaban a sus presas guiados por la vista, el sonido y el olor. A menos que hallara un refugio efectivo, la mejor forma de evitarlos era poner un obstáculo a sus sentidos. Tal vez pudieran escarbar en el barro de la orilla del riachuelo.

Pero cuando localizó el origen del sonido, vio que era sólo un hilillo de agua sin

una orilla digna de tal nombre. Rojer agarró una piedra lisa del regato y la arrojó lejos, gruñendo de frustración.

Al darse la vuelta encontró a Leesha acuclillada sobre la corriente y con el agua hasta los tobillos, sollozaba de nuevo mientras recogía agua con las manos y la vertía sobre el rostro, los pechos y entre las piernas.

—Hemos de irnos, Leesha... —dijo, alargando el brazo para tomarla de la mano, pero ella chilló y se alejó, inclinándose en busca de más agua—. No tenemos tiempo para esto, Leesha —gritó Rojer, que la agarró y tiró de ella hasta obligarla a incorporarse.

La arrastró de vuelta al bosque sin tener una idea muy clara de qué buscaba y al final acabó por rendirse en cuanto localizó un calvero. No había donde ocultarse, por lo cual sólo tenían una posibilidad: trazar un círculo de protección. Soltó a la mujer y se adentró rápidamente en el claro, despejando el tapiz de hojas podridas para encontrar el suelo blando y húmedo de debajo.

La mirada borrosa de Leesha se aclaró mientras veía a Rojer apartar hojas del suelo del bosque. Se apoyó pesadamente sobre el tronco de un árbol, pues aún tenía débiles las piernas.

Hacía sólo unos minutos había pensado que jamás iba a recobrase de aquella experiencia traumática, pero la inminencia del alzamiento de los abismales era una amenaza demasiado inmediata, y descubrió, casi con agradecimiento, que su mención le impedía seguir reviviendo la agresión una y otra vez, como había ocurrido desde que esos hombres habían tomado el botín y se habían marchado.

Tenía las mejillas manchadas de tierra y surcadas de lágrimas. Intentó alisar su vestido rasgado para recobrar cierto sentido de la dignidad, pero el dolor entre las piernas era un recordatorio constante de que su dignidad había quedado marcada para siempre.

—Es casi de noche. ¿Qué vamos a hacer? —gimió.

—Voy a trazar un círculo de protección en el suelo —le explicó él—. Todo saldrá bien. Lo haré todo bien —prometió.

—¿Sabes cómo hacerlo? —quiso saber ella.

—Claro, más o menos... —contestó él de forma poco convincente—. He tenido ese círculo portátil durante años. Me acuerdo de los símbolos.

Tomó un palo y comenzó a trazar símbolos en el suelo, levantando la vista una y otra vez para contemplar un cielo cada vez más oscuro.

Rojer estaba siendo valiente en atención a ella y Leesha sentía una punzada de culpabilidad cada vez que lo miraba por haberlo metido en aquello. El muchacho alardeaba de tener veinte años, pero ella sabía que era mentira, pues tenía varias primaveras menos. Nunca debería haberlo traído a un viaje tan peligroso.

Ahora tenía un aspecto muy similar al de la primera vez que lo vio: el rostro

hinchado y amoratado, sangrando por la nariz y por la boca. Se las secaba con la manga de la camisa y pretendía no estar afectado. Leesha le veía actuar con cierto desparpajo, pero sabía que estaba tan fuera de sí como ella, pero a pesar de todo, su esfuerzo resultaba confortante.

—Me parece que no lo estás haciendo bien —dijo ella tras mirar los grafos por encima del hombro del muchacho.

—Los dejaré bien —replicó él con brusquedad.

—Estoy segura de que a los demonios van a encantarles —rebatía ella, sorprendida por el tono desdeñoso de su voz—, porque no van a suponerles ningún problema. —Leesha miró en derredor—. Podríamos subirnos a un árbol —sugirió.

—Trepan a los árboles mejor que nosotros —le contestó Rojer.

—¿Y qué tal si buscamos un escondrijo?

—Hemos apurado todo el tiempo posible en busca de uno. Apenas tenemos tiempo para terminar este círculo, pero debería mantenernos a salvo.

—Lo dudo —observó Leesha mientras miraba los trazos poco firmes del suelo.

—Si tuviera mi violín... —comenzó el Juglar.

—No me salgas ahora con ese montón de mierda —le espetó ella, cada vez más irritada después de haberse visto empujada al miedo y a la humillación—. Una cosa es fanfarronear a plena luz del día con que puedes encantar demonios con el violín, pero ahora ¿quieres llevarte el embuste a la sepultura?

—No miento —insistió Rojer.

—Como tú quieras.

Leesha se cruzó de brazos y suspiró.

—Lo haré bien —repitió el Juglar.

—Por el Creador, ¿es que no puedes dejar de mentir ni un minuto? —chilló ella—. Esto no va a acabar bien y tú lo sabes. Los abismales no son bandidos, Rojer, no se quedarán satisfechos con...

Ella bajó la mirada hacia sus ropas rasgadas y se le quebró la voz.

La pena desdibujó el rostro de Rojer, y la Herborista supo que había sido demasiado dura. Ella quería desahogarse con alguien y lo más fácil era emprenderla con él y culpar de lo sucedido a sus exageradas promesas, pero en el fondo de su corazón Leesha sabía que ella tenía más parte de culpa que Rojer. Él había abandonado Angiers por ella.

Alzó la vista a la creciente oscuridad del cielo y se preguntó si tendría tiempo de disculparse antes de que los hicieran pedazos.

Hubo un movimiento entre los árboles y arbustos situados detrás de ellos. Se dieron la vuelta de inmediato y vieron adentrarse en el claro a un hombre envuelto en ropajes grises. La sombra de la capucha le ocultaba el rostro y aunque no llevaba armas a la vista, Leesha supo por su prestancia que era peligroso. Si Marick era un

lobo, aquel hombre era un león.

Ella se envaró. Tenía la violación muy fresca en la mente y durante unos momentos se preguntó con sinceridad qué sería peor, otro violador o los demonios.

Roger se puso de pie en un momento, la agarró por el brazo y la empujó hasta situarla detrás de él; crispó el rostro y soltó un gruñido mientras blandía el palo delante de él como si fuera una lanza.

El hombre los ignoró a ambos y se movió por los alrededores para examinar el círculo de Rojer.

—Tienes agujeros en la red, aquí, ahí y ahí —comentó, señalándolos—.

Y éste ni siquiera es un grafo —remató mientras pateaba el suelo cerca de un símbolo tosco.

—¿Puede usted arreglarlo? —preguntó la Herborista, esperanzada, mientras se zafaba del apretón del Juglar y se acercaba hacia el desconocido.

—Leesha, no —se apresuró a susurrarle él, pero ella no le hizo caso.

El hombre ni siquiera se molestó en mirar hacia ella.

—No hay tiempo —replicó él mientras señalaba con la mano a los abismales que empezaban a materializarse al borde del calvero.

—Oh, no —lloriqueó Leesha, con el semblante demudado.

El primer monstruo en corporeizarse fue un demonio del viento, que siseó nada más verlos y se acuclilló como si fuera a saltar, pero el hombre no le dio tiempo. La Herborista contempló asombrada cómo el desconocido se plantaba delante de la bestia y le agarraba por los brazos para evitar que desplegara las alas. La carne del demonio crepité y humeó a raíz del contacto.

El demonio del viento soltó un alarido y abrió las fauces llenas de dientes aguzados. El desconocido giró la cabeza de inmediato al tiempo que se quitaba la capucha para dejar al descubierto la cabeza afeitada y propinar un testarazo en el hocico del monstruo. Saltó un chispazo y la criatura salió despedida hacia atrás, cayendo al suelo aturdida. El hombre engarfió los dedos en torno al cuello del abismal y se produjo otro fogonazo; después, el icor negro del ser brotó como un surtidor.

El extraño se volvió bruscamente, todavía chorreando icor por los dedos, y pasó dando grandes zancadas junto a Rojer y Leesha, que ahora dispuso de un momento para verle el semblante. Tenía poco de humano, pues se había afeitado la cabeza, incluso las cejas, y en la cabeza llevaba tatuajes en vez en pelo. También los lucía alrededor de los ojos, en el resto de la cabeza, y en las mejillas, los tenía incluso a lo largo del mentón y de los labios.

—Mi campamento está cerca —anunció, haciendo caso omiso de sus miradas—. Acompañadme si queréis ver el amanecer.

—¿Y qué hay de los abismales? —preguntó Leesha cuando comenzaron a andar

detrás de él.

Como para reforzar el argumento de la Herborista, se alzaron para bloquearles el paso un par de demonios del bosque de aspecto nudoso y dermis similar a la corteza de los árboles.

El desconocido se despojó de la cogulla y quedó desnudo, a excepción de un taparrabos, y Leesha tuvo ocasión de ver que los tatuajes no se limitaban a la cabeza. Los grafos recorrían sus atléticos brazos y piernas siguiendo un diseño intrincado que aumentaba de tamaño en los codos y en las rodillas. Un círculo de protección le cubría la espalda y otro enorme tatuaje ocupaba el centro de su pecho fornido. Protegía con grafos hasta el último centímetro de su piel.

—El Protegido —dedujo Rojer en voz baja. Leesha halló el nombre vagamente familiar.

—Voy a encargarme de los demonios —anunció el hombre—. Ponte esto —ordenó, entregando a la mujer su ropa.

Se lanzó a por ellos y la voltereta se convirtió en un salto mortal a cuya salida golpeó a los abismales en el pecho con los talones. El golpe levantó unos chispazos de magia que apartaron a los monstruos de su camino.

La carrera a través de los árboles fue de lo más confusa. El Protegido imprimió un ritmo brutal, inalcanzable para los demonios que les saltaban encima y desde los lados. Un demonio del bosque se dejó caer de los árboles y cayó sobre Leesha, pero El Protegido estaba allí para propinarle un tremendo codazo en el cráneo con el grafo de su articulación. Un demonio del viento se lanzó en picado sobre Rojer para desgarrarlo, pero el Protegido lo desvió con un placaje y atravesó una de las alas de un puñetazo, clavándolo al suelo.

Antes de que el Juglar tuviera tiempo de darle las gracias, el hombre semidesnudo ya se había puesto a la cabeza del grupo y elegía el camino a través de los árboles. Rojer ayudaba a su compañera a mantener el ritmo y le soltaba las faldas cada vez que se le enganchaban entre los arbustos.

Nada más salir del bosque de forma precipitada Leesha vio una fogata al otro lado del camino: el campamento de El Protegido. Sin embargo, entre ellos y ese refugio había un grupo de abismales, entre los cuales se incluía un enorme demonio de las rocas de dos metros y medio de estatura.

El ser bramó y se golpeó las placas del pecho con los gigantescos puños mientras agitaba de acá para allá su cola espinosa, reclamando la presa y obligando a apartarse a los demonios restantes.

El Protegido no mostró pánico alguno mientras se acercaba al monstruo. Lanzó un silbido penetrante y fijó los pies en el suelo, listo para saltar en cuanto atacara la criatura.

Antes de que el abismal pudiera golpear, dos grandes puntas aparecieron en el

pecho de la criatura, soltando chispazos en medio de una lluvia de destellos mágicos. El humano se apresuró a atacar, golpeando con el talón tatuado en la rodilla del abismal, que se desplomó sobre el suelo.

Cuando se vino abajo, Leesha vio una monstruosa forma negra detrás. El animal se retiró para liberar los cuernos de la carne del abismal, se encabritó y soltó un relincho antes de golpear la espalda del demonio con los cascos en medio de un atronador crepitar mágico.

El Protegido cargó contra los monstruos restantes, pero los abismales se dispersaron al verlo acercarse. Un demonio del fuego le escupió una llamarada, pero el humano alargó las manos con los dedos extendidos y la ráfaga se convirtió en una fría brisa que pasó entre sus dígitos tatuados con grafos. Rojer y Leesha lo siguieron temblando de miedo y entraron en el círculo de protección del campamento con considerable alivio.

—¡Rondador! —gritó El Protegido, soltando otro chiflido.

El enorme caballo cesó en su ataque contra el demonio tendido boca abajo y galopó hacia ellos hasta entrar de un salto en el anillo.

Rondador Nocturno tenía rasgos sacados de una pesadilla, como su amo. El semental era colosal, mayor que cualquier cabalgadura que Leesha hubiera visto antes. Su pelaje ebúrneo era espeso y reluciente, y llevaba todo el cuerpo enfundado en metal protegido con grafos. La testera de la barda contaba con un par de largos cuernos de metal con grafos grabados. El noble bruto llevaba símbolos mágicos hasta en los cascos, dibujados con pintura plateada. Esa bestia imponente tenía más aspecto de demonio que de corcel.

Pendían de la negra silla de cuero los correajes de varias armas, incluyendo un arco de tejo, una aljaba de flechas, cuchillos largos, un juego de boleadoras y lanzas de diferentes longitudes. Un escudo circular y convexo de metal pulido colgaba del pomo de montura, listo para ser recogido en un instante. El borde estaba ribeteado por protecciones de intrincado trazo.

Rondador Nocturno permaneció en silencio mientras su amo repasaba su anatomía en busca de heridas, totalmente ajeno a la caterva de demonios que se arrastraban a pocos metros. Cuando se hubo convencido de que su montura estaba ilesa El Protegido se volvió hacia los rescatados. Leesha y Rojer permanecían en el centro del anillo, nerviosos y todavía tambaleantes tras los hechos vividos en los últimos momentos.

—Aviva el fuego —le dijo el hombre al Juglar—. Tengo una hogaza de pan y algo de carne que podemos poner en el fuego.

Se dirigió hacia sus pertrechos mientras se frotaba el hombro.

—Estás herido —observó la Herborista, que salió de su estado de conmoción y se apresuró a examinarle las heridas.

Tenía un corte en el hombro y otro más profundo en el muslo. Su piel era una superficie dura donde se entrelazaban un sinfín de cicatrices, haciéndola áspera al tacto, aunque no resultaba desagradable. Sentía un hormigueo en las yemas de los dedos cuando lo tocaba, era una experiencia similar a la electricidad estática de una alfombra.

—No es nada —repuso El Protegido—. Un abismal tiene suerte de vez en cuando y me hunde la garra en la carne antes de que los grafos lo alejen.

Dio un tirón para soltarse y alargó la mano para tomar su hábito, pero ella no estaba dispuesta a ser postergada.

—Ninguna herida ocasionada por un demonio es «nada» —refutó Leesha—. Siéntate, voy a suturarte —le ordenó, acomodándolo en una gran piedra. La verdad era que el hombre le daba más miedo que los abismales, pero había consagrado su vida a ayudar a los heridos y su trabajo habitual le permitía alejar la mente de un dolor que aún amenazaba con consumirla.

—Tengo una bolsa de hierbas en la talega —dijo el hombre, indicando la posición de las mismas. Leesha abrió las alforjas y halló la bolsa. Se inclinó junto al fuego para rebuscar entre ellas.

—Supongo que no tendrás hojas de balaustia, ¿verdad?

El hombre la miró.

—No, ¿por qué? Hay apio de monte en abundancia.

—No tiene importancia —murmuró la Herborista—. Vosotros, los Enviados, parecéis pensar que ese apio lo cura todo, de verdad...

Tomó la bolsa además de un mortero, un almirez y un odre con agua; se arrodilló junto al hombre para moler el apio y las demás hierbas y convertirlas en una pasta.

—¿Qué te hace pensar que soy un Enviado? —preguntó El Protegido.

—¿Quién más recorre solo los caminos?

—Hace años que no actúo como Enviado —contestó el hombre, que no pestañeó cuando ella le limpió las heridas ni cuando empezó el escocimiento causado por la crema que le estaba aplicando. Rojer entrecerró los ojos cuando la vio aplicar unguento sobre aquellos prominentes músculos.

—¿Eres Herborista? —inquirió El Protegido cuando le vio pasar la aguja por el fuego antes de enhebrarla.

Leesha asintió, mas mantuvo la vista fija en su trabajo. Se apartó un grueso mechón de pelo detrás de la oreja y empezó a suturar el profundo corte del muslo. Como el herido no efectuó comentario alguno, ella alzó la vista para encontrarse con la del hombre de los tatuajes. El aspecto lúgubre de sus ojos negros venía provocado por los grafos que rodeaban las cuencas. Leesha no fue capaz de aguantar por mucho tiempo el peso de esa mirada y enseguida miró hacia otro lado.

—Me llamo Leesha y ése que prepara la cena es Rojer, un Juglar —dijo ella. El

hombre asintió en dirección a Rojer, pero al igual que Leesha, Rojer no fue capaz de sostenerle la mirada por mucho rato—. Te doy las gracias por salvarnos la vida —agregó.

El hombre soltó un gruñido por toda respuesta. Ella hizo una breve pausa a la espera de que él se presentara, pero no hizo el menor amago de intentarlo.

—¿No tienes nombre? —le preguntó Leesha por fin.

—Ninguno que haya usado en los últimos tiempos —contestó el interpelado.

—Pero alguno tendrás que tener, ¿no? —le presionó ella. El hombre se limitó a encogerse de hombros—. Bueno, entonces, ¿cómo debemos llamarte?

—No veo necesidad de que me llaméis de ningún modo —replicó el desconocido. Percibió que ella había terminado con la sutura y se alejó de ella, cubriéndose de la cabeza a los pies gracias a su atavío gris—. No me debéis nada. Habría ayudado a cualquiera en vuestra situación. Mañana os dejaré sanos y salvos en el Tocón del Granjero.

La Herborista miró a Rojer, sentado junto al fuego, y luego otra vez a El Protegido.

—Acabamos de salir de allí. Necesitamos llegar a Hoya de Leñadores. ¿Puede llevarnos allí?

La capucha gris se movió en ademán negativo.

—Volver al Tocón del Granjero nos retrasará al menos una semana —chilló Leesha.

El Protegido se encogió de hombros.

—Ése no es mi problema.

—Podemos pagarte —le espetó Leesha. El hombre la miró y ella apartó la vista con aire culpable—. No ahora, por supuesto —rectificó—. Unos bandidos nos atacaron en el camino y se llevaron nuestro caballo, el círculo, el dinero e incluso la comida. —Leesha suavizó la voz—. Lo tomaron... todo. —Alzó los ojos—. Pero estaré en condiciones de pagarte en cuanto llegue a Hoya de Leñadores.

—No necesito dinero —repuso él.

—¡Es urgente, por favor! —imploró la mujer.

—Lo siento —dijo El Protegido.

El Juglar se acercó a la Herborista con cara de pocos amigos.

—Está bien, Leesha. Encontraremos nuestro propio camino si este hombre de corazón frío no quiere ayudarnos.

—¿Y qué camino es ése? —le espetó ella—. ¿Hacer que los abismales nos maten mientras intentas repelerlos con tu estúpido violín?

Rojer se dio la vuelta, escocido por la pulla, pero Leesha lo ignoró y se volvió otra vez hacia el hombre.

—Por favor —imploró, y lo agarró del brazo cuando él hizo ademán de darle la

espalda—, un Enviado vino a Angiers hace tres días con la noticia de que se había declarado un brote de disentería en Hoya de Leñadores. Una docena de personas había muerto ya, incluyendo a la mejor Herborista de todos los tiempos. Las Herboristas restantes no dan abasto para tratar a todos los enfermos. Necesitan mi ayuda.

—Así pues, no sólo quiere que me aparte de mi propio camino, sino también que entre en un pueblo donde la disentería campa a sus anchas, ¿no? —inquirió El Protegido, que parecía cualquier cosa menos predispuesto.

Leesha comenzó a llorar y se puso de rodillas mientras le aferraba la ropa.

—Mi padre está muy enfermo. Quizá muera si no llego pronto —susurró.

El Protegido alargó la mano con indecisión, pero al final la apoyó sobre su hombro. Leesha no sabía cómo ni qué le había conmovido, pero sentía que lo había hecho.

—Por favor —repitió.

El Protegido la miró durante un buen rato y, al cabo, dijo:

—De acuerdo.

Hoya de Leñadores estaba a seis días a caballo de Fuerte Angiers, en el confín meridional del bosque angersiano. El Protegido los informó de que tardarían cuatro noches más en alcanzar el pueblo, tal vez tres si apretaban el paso y hacía buen tiempo.

—Voy a adelantarme para explorar el camino —anunció al cabo de un rato—. Estaré de vuelta dentro de aproximadamente una hora.

Leesha sintió una punzada de miedo helado cuando él taloneó los flancos del semental y se marchó por la calzada. Aquel sujeto la asustaba tanto como los bandidos o los abismales, pero al menos estaba a salvo de esas otras amenazas en su presencia.

No había logrado pegar ojo y tenía el labio tumefacto después de todas las veces que se lo había mordido para no llorar. Se sentía sucia a pesar de haberse frotado a conciencia cada centímetro de su cuerpo antes de tenderse a dormir.

—He oído historias acerca de ese hombre y yo mismo he contado algunas, aunque pensé que era un simple mito —admitió Rojer—. Pero no puede haber dos hombres protegidos con grafos y capaces de matar abismales con las manos desnudas.

—Lo llamaste El Protegido —apunto Leesha tras hacer memoria.

Roger asintió.

—Así es como lo llaman en los cuentos. Nadie conoce su nombre real. Oí hablar de él por vez primera hará cosa de un año, cuando uno de los Juglares del duque pasó

por las aldehyelas de la franja oeste. Pensé que era la típica historia que se cuenta delante de una cerveza, pero parece que el hombre del duque decía la verdad.

—¿Y qué decía? —quiso saber Leesha.

—Que El Protegido deambula por la noche sin protección para cazar demonios. Rehúye el contacto con la gente y únicamente hace acto de presencia cuando necesita víveres, y paga siempre con monedas de oro antiguas. De vez en cuando se oye la noticia de que ha rescatado a alguien en algún camino.

—Bueno, nosotros podemos dar testimonio de eso —dijo ella—, pero si es capaz de matar demonios, ¿por qué nadie ha intentado averiguar sus secretos?

El Juglar se encogió de hombros.

—Según se dice, nadie se atreve. Lo temen hasta los mismos duques, en especial después de lo sucedido en Lakton.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Leesha.

—La historia cuenta que los prácticos del puerto de Lakton enviaron espías para robarle sus grafos de combate. Mandaron a por él una docena de hombres bien armados y con armaduras. Dejó tullidos de por vida a los supervivientes —contestó Rojer.

—¡Por el Creador! —exclamó ella con voz entrecortada—. ¿Con qué clase de monstruo estamos viajando?

—Algunos dicen que él mismo tiene una parte de demonio —convino Rojer—, que es el fruto de una mujer violada por un abismal en el camino.

De pronto, se sobresaltó y se puso colorado como un tomate al caer en la cuenta de lo que había dicho, pero esas palabras pronunciadas sin pensar tuvieron el efecto contrario y quebraron el hechizo del miedo.

—Eso es ridículo —replicó ella, negando la cabeza.

—Otros dicen que no es un demonio, para nada —prosiguió él—, sino el Liberador en persona que ha venido para librarnos de la Plaga. Los Pastores le rezan e imploran sus bendiciones.

—Antes estaría dispuesta a creerme que es semihumano —repuso Leesha, aunque parecía muy poco convencida.

Continuaron viaje sumidos en un incómodo silencio. El día anterior, Rojer no le había concedido ni un segundo de tregua a la Herborista en su intento de impresionarla con su música y sus historias, pero ahora mantenía la vista gacha y andaba meditabundo. Estaba ofendido, Leesha lo sabía, y una parte de ella deseaba ofrecerle consuelo, pero otra parte mucho más grande requería ese alivio. No tenía nada que darle.

Poco después, El Protegido regresó al galope y mientras echaba pie a tierra dijo:

—Camináis demasiado despacio. Hemos de recorrer cincuenta kilómetros en el día de hoy si queremos ahorrarnos una cuarta noche en el camino. Vosotros dos iréis

a caballo y yo correré a vuestro lado.

—No deberías correr —dijo la sanadora—. Se te saltarán los puntos del muslo.

—Ya estoy curado —replicó El Protegido—. Sólo necesitaba una noche de reposo.

—Tonterías, ese corte tenía dos centímetros largos de hondo.

Como si quisiera demostrar que tenía razón, la Herborista se acercó al hombre, se arrodilló, retiró el faldón suelto de la cogulla para dejar al descubierto su musculosa pierna tatuada.

Pero abrió los ojos con desmesura cuando retiró la venda para examinar la herida y vio que ya había crecido nueva carne rosada hasta unir los bordes de la herida. Los puntos sobresalían sobre una piel por lo demás totalmente sana.

—Sólo era un arañazo —repuso El Protegido mientras deslizaba una hoja ondulada a través de los puntos y los cortó uno tras otro mientras Leesha permanecía boquiabierta. El Protegido se alzó y se dirigió a *Rondador Nocturno*, tomó las riendas y se las ofreció.

—Gracias —acertó a decir, paralizada, antes de tomar las bridas. Todo cuanto sabía acerca de la curación de heridas había sido puesto en tela de juicio. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué era?

Rondador Nocturno iba a medio galope por la calzada mientras su dueño corría incansable junto a él dando grandes zancadas. El hombre mantuvo fácilmente el ritmo de la montura conforme sus pies tatuados devoraban los kilómetros. De hecho, cuando hacían un alto para descansar, era a petición de Rojer y Leesha, no de él. La Herborista lo observaba con disimulo en busca de signos de fatiga sin hallar ni uno solo y cuando al final se detuvieron para montar el campamento, su respiración era suave y acompasada mientras daba de comer y beber a la cabalgadura, en tanto que ella y el Juglar gemían y se frotaban las extremidades acalambradas.

Reinó un silencio tenso junto a la hoguera. El Protegido caminaba sin ningún tipo de restricción por los aledaños del campamento, recogió leña y quitó la barda a *Rondador* para luego cepillar el pelaje del gran semental. Se movía de su círculo al anillo reservado al garañón sin prestar la menor atención a los demonios del bosque que merodeaban por los alrededores. Uno de ellos se le echó encima saltando desde detrás de los arbustos, pero el hombre tatuado no le prestó la menor atención cuando se estampó contra la red de grafos a unos centímetros de su espalda.

Mientras Leesha preparaba la cena, Rojer renqueaba patizambo alrededor del círculo en un intento de sacudirse el agarrotamiento de los músculos tras un día arduo a caballo.

—Se me deben haber roto los huevos después de tanto rebote contra la silla de

montar —se quejó.

—Si quieres, les echo un vistazo —se ofreció Leesha.

El hombre tatuado resopló. El joven pelirrojo la miró con pesar.

—Pronto estaré bien —se las arregló para decir mientras continuaba su paseo. Se detuvo de forma repentina muy poco después y miró hacia el camino.

Todos ellos levantaron la vista para ver la fantasmagórica luz azafranada de las pupilas y las fauces de un demonio de las llamas antes de que el abismal apareciera ante sus ojos, aullando y corriendo velozmente a cuatro patas.

—¿Cómo es que los demonios de las llamas no le prenden fuego a todo el bosque? —se preguntó el Juglar al reparar en la ristra de volutas de fuego que dejaba la criatura tras de sí.

—Estás a punto de averiguarlo —contestó el hombre tatuado.

Roger creyó advertir una nota de diversión en su voz, y resultaba más inquietante que cuando hablaba con su habitual tono frío.

Poco después de que dijera esas palabras, unos aullidos anunciaron la llegada de una manada de demonios del bosque. Eran tres fuertes abismales raudos como centellas en pos de su presa. Uno de ellos llevaba colgando de las fauces otro demonio de las llamas, desmadejado y chorreando icor negro.

El fugitivo estaba tan ocupado con los demonios perseguidores que no advirtió que otros demonios del bosque se congregaban al borde del camino, detrás de los matorrales, hasta que uno de los camuflados se le echó encima e inmovilizó a la indefensa criatura, para luego sacarle las tripas con sus garras negras. La víctima aulló de un modo tan horrible que Leesha se tapó los oídos.

—Esos seres apestosos odian a los demonios de las llamas —le explicó El Protegido cuando todo hubo terminado. Sus ojos centellearon de placer ante la matanza.

—¿Por qué? —inquirió Roger.

—Porque los demonios del bosque son vulnerables al fuego que despiden los demonios de las llamas—respondió Leesha.

Sorprendido, el hombre tatuado levantó los ojos hacia ella y luego asintió.

—¿Y entonces por qué no los queman los demonios de las llamas? —quiso saber Roger.

El Protegido rió.

—Lo hacen a veces —admitió—, pero inflamables o no, si se enfrentan, un demonio de las llamas no es rival para un demonio del bosque. Los apestosos son los segundos en fuerza, sólo por detrás de los demonios de las rocas, y resultan casi invisibles dentro de los confines del bosque.

—El gran plan del Creador: pesos y contrapesos —apuntó la Herborista.

—Tonterías —contraatacó el hombre tatuado—. Los demonios de las llamas no

tendrían dónde cazar si lo quemasen todo. La naturaleza ha encontrado la forma de resolver el problema.

—¿No crees en el Creador? —preguntó el muchacho pelirrojo.

—Ya tenemos suficientes problemas —contestó él con cara de pocos amigos, lo cual dejó claro que no deseaba seguir hablando de ese tema.

—Algunos te llaman Liberador —se atrevió a decir el Juglar.

El Protegido resopló.

—Ningún Liberador vendrá a salvarnos, Juglar —puntualizó el hombre tatuado—. Si quieres que mueran los demonios de este mundo, tendrás que matarlos tú mismo.

Como respuesta a esa frase, saltó un chispazo mágico y un demonio del viento se vio repelido por la red de grafos. El semental escarbó en el suelo con los cascos, como si deseara dar un brinco y salir del círculo para presentar batalla, aun cuando se quedó en su sitio, a la espera de una orden de su amo.

—¿Cómo es posible que el caballo esté ahí tan tranquilo? —quiso saber Leesha—. Incluso los Enviados ponen maneadas para fijar a sus caballos durante la noche para que no salgan huyendo, pero ese garañón quiere pelear.

—He entrenado a *Rondador Nocturno* desde que era un potrillo —explicó el hombre de los tatuajes—. Siempre ha estado protegido por grafos, por lo cual no ha conocido el miedo a los abismales. Su progenitor era el macho más grande y agresivo que pude encontrar, y otro tanto puede decirse de la yegua.

—Y sin embargo ha sido muy dulce cuando lo hemos montado —advirtió Leesha.

—Le he enseñado a canalizar sus impulsos agresivos —contestó El Protegido con una manifiesta nota de orgullo en aquella voz suya, normalmente falta de emoción—. Atacará sin vacilación si él o yo estamos amenazados, pero si no, vuelve a ser dócil. En una ocasión aplastó el cráneo de un oso salvaje que a buen seguro me habría hecho trizas.

Los demonios del bosque comenzaron a dar vueltas en torno a las protecciones del campamento en cuanto liquidaron a sus congéneres de las llamas. Cada vez se acercaban en mayor número. El hombre tatuado encordó el arco y sacó la aljaba con flechas de pesada punta, pero ignoró a las criaturas mientras zarpeaban la barrera y salían despedidas hacia atrás. Cuando terminaron de cenar, eligió una flecha sin marcar y tomó una herramienta de grabar del equipo de Protección, y se puso a llenar de grafos el proyectil.

—Si no estuviéramos aquí... —empezó la Herborista.

—...yo estaría ahí fuera, de caza —completó la frase El Protegido sin levantar los ojos hacia ella.

Leesha asintió y permaneció en silencio durante un tiempo, observándolo. Rojer se removió, incómodo ante la evidente fascinación de la mujer.

—¿Has visto mi hogar? —preguntó ella en voz baja. El hombre tatuado la miró con curiosidad, pero no contestó—. Has debido cruzar por mi aldea si vienes del sur.

El interpelado negó con la cabeza.

—Suelo dar un amplio rodeo para evitar las aldehuelas. El primer lugareño en verme saldría por pies y al cabo de un rato me toparía con un montón de aldeanos enojados y blandiendo horcas.

A la Herborista le habría gustado protestar, pero sabía que su gente se habría comportado tal y como él describía.

—Sólo actúan por miedo —respondió sin convicción.

—Lo sé —replicó el hombre de los tatuajes—, y por eso los dejo en paz. El mundo es algo más que aldehuelas y ciudades, y si el precio de disfrutar de uno es perder los otros... —El Protegido se encogió de hombros—. Dejemos que la gente se esconda en sus hogares como gallinas enjauladas. Los cobardes no merecen nada mejor.

—En tal caso, ¿por qué nos has salvado de los demonios? —inquirió Rojer.

El interpelado se encogió de hombros otra vez.

—Porque sois humanos, y ellos una abominación, y porque luchabais por subsistir, plantando cara hasta el último minuto.

—¿Y qué otra cosa podíamos hacer? —preguntó el Juglar.

—Te sorprendería saber cuántos se desmoronan y se quedan quietos a la espera de que llegue el final —contestó El Protegido.

Gozaron de buen tiempo durante el cuarto día a contar desde que salieron de Angiers. Ni el hombre tatuado ni su semental parecían saber qué era la fatiga. *Rondador Nocturno* avanzaba a un trote ligero y su dueño corría a grandes zancadas.

Cuando al final del día montaron el campamento, Leesha hizo una sopa poco consistente con los restos de las provisiones de su salvador, y se sintieron con apetito.

—¿Qué haremos para comer? —preguntó ella cuando Rojer hubo tragado la última cucharada de sopa.

El Protegido se encogió de hombros.

—No entraba en mis planes tener compañía —dijo mientras se recostaba para pintarse grafos en las uñas.

—Dos días de montar a caballo sin nada que comer es mucho tiempo —se lamentó Rojer.

—Podemos reducir el tiempo a la mitad si así lo deseáis —ofreció el hombre tatuado mientras soplaba una uña para secar el trazo pintado—. Podríamos viajar también de noche. El galope de *Rondador Nocturno* puede superar a los abismales y yo mataré al resto.

—Demasiado peligroso —dijo Leesha—. No le haremos ningún bien a la gente de Hoya de Leñadores si nos hacemos matar, así que tendremos que pasar hambre al final del viaje.

—No pienso abandonar la protección de la red durante la noche —convino el Juglar, frotándose el estómago con pesar.

—Podemos comernos uno de éstos —dijo el hombre tatuado, señalando a uno de los abismales que acechaban el campamento.

—No puedes hablar en serio —chilló Rojer, asqueado.

—La idea misma es repulsiva —concordó Leesha.

—En realidad, no tienen tan mal sabor —replicó el hombre.

—¿De veras te has comido un demonio? —quiso saber el joven pelirrojo.

—He debido hacerlo para sobrevivir —replicó El Protegido.

—Bueno, pues yo no voy a comer carne de demonio, eso seguro —afirmó Leesha.

—Tampoco yo —la secundó el Juglar.

—Muy bien —cedió el hombre tatuado con un suspiro. Se puso de pie y tomó el arco, una aljaba de flechas y una lanza larga. Se desprendió de su ropón, dejando al descubriendo los tatuajes, y se acercó al borde del anillo—. Veré que puedo cazar.

—No necesitas... —le gritó ella, pero el hombre la ignoró y un momento después se desvaneció en la negrura de la noche.

Regresó al cabo de poco más de una hora trayendo de las orejas a un par de conejos entrados en carnes. Entregó la caza a Leesha y volvió a sentarse, retomando el pincelito para pintar grafos.

—¿Tocas música? —le preguntó a Rojer, que acababa de encordar otra vez el violín y estaba punteando las cuerdas para ajustar la tensión de las mismas.

Rojer se sobresaltó ante el comentario.

—S-sí... —logró contestar.

—¿Podrías tocar algo? —le pidió El Protegido—. No recuerdo cuál fue la última vez que oí música.

—Lo haría —contestó el Juglar con tristeza—, pero los bandidos arrojaron mi arco al bosque.

El hombre asintió y permaneció sentado durante unos instantes, pero se levantó de forma repentina y echó mano a un cuchillo largo. Rojer se echó hacia atrás, pero el hombre se limitó a salir otra vez del círculo. Un demonio del bosque le siseó, pero él le devolvió el chistido y el abismal se acobardó.

El Protegido no tardó en volver con una rama fina y flexible y empezó a cortarla con ese cuchillo de hoja ondulada.

—¿Cuánto medía ese arco?

—Treinta y siete centímetros —tartamudeó Rojer.

El tatuado asintió y se puso a cortar la rama con la longitud adecuada; luego, caminó hasta *Rondador Nocturno*. El semental no reaccionó cuando le cortó un cabello largo de la cola. El Protegido practicó una muesca en la madera y anudó a ella el pelo de cola de caballo, liso y grueso. Se arrodilló junto a Rojer y dobló la rama.

—Avísame cuando la tensión sea la correcta —dijo.

El Juglar colocó los dedos de la mano tullida sobre el cabello y, cuando estuvo satisfecho, El Protegido anudó el otro extremo y se lo entregó.

Roger agradeció el regalo con una sonrisa y luego se puso a tratarlo con resina antes de tomar el violín. Se colocó el instrumento debajo de la mandíbula y frotó las cuerdas varias veces con el arco nuevo. No era el ideal, pero enseguida cobró confianza, hizo una nueva pausa y se puso a tocar.

Sus diestros dedos llenaron el aire con una melodía evocadora bajo cuyo influjo los pensamientos de Leesha volaron hasta Hoya de Leñadores, preguntándose por su destino. Vika había enviado esa carta hacía una semana. ¿Qué iba a encontrarse a su llegada? Tal vez la disentería había pasado sin ocasionar más muertes y toda aquella ordalía había sido en balde.

O tal vez era más necesaria que nunca.

La música también afectó al hombre tatuado, como bien advirtió la Herborista, pues sus manos abandonaron el cuidadoso trazado de grafos y permaneció con la vista fija en la noche. Las sombras le cubrían el semblante y oscurecían sus tatuajes, lo cual le permitió valorar ese rostro entristecido y advertir que una vez había sido agraciado. ¿Qué dolor le había llevado a esa existencia, a llenarse el rostro de cicatrices y rehuir a su propia gente, prefiriendo la compañía de los abismales? Descubrió que deseaba curarlo, aunque no daba indicios de estar herido.

De súbito, el hombre sacudió la cabeza como para mantener la mente despejada y sobresaltó a Leesha, sacándola de su ensueño.

—Observa —susurró mientras señalaba a la oscuridad—, están bailando.

Ella miró fuera del anillo con sorpresa, pues era cierto: los abismales habían dejado de buscar huecos en la red de grafos, ya ni siquiera siseaban ni pegaban alaridos. Daban vueltas alrededor del campamento, bamboleándose al ritmo de la música. Los demonios de las llamas brincaban y giraban, enviando jirones de fuego que rotaban alrededor de sus nudosas extremidades y los del viento pasaban alrededor de los sitios y se lanzaban en picado por el aire. Los demonios del bosque se acercaron desde la cobertura del bosque e ignoraron a los demonios de las llamas para dejarse llevar por la melodía.

El Protegido miró a Rojer.

—¿Cómo haces eso? —preguntó, asombrado.

Roger le sonrió.

—Los abismales tienen oído para la música —repuso él.

Luego, se levantó y se acercó hasta el borde del anillo, donde las criaturas se congregaron para escuchar con gran atención. El joven pelirrojo empezó a caminar alrededor del perímetro del círculo y ellos lo siguieron, cautivados. Se detuvo, se bamboleó de un sitio a otro y continuó tocando. Los abismales imitaron sus movimientos con una exactitud casi plena.

—No te creí —se disculpó Leesha en voz baja—. Eres capaz de encantarlos de verdad.

—Y eso no es todo —alardeó el Juglar.

Giró la muñeca y realizó un par de toques bruscos sobre las cuerdas del instrumento antes de tocar una melodía más desentonada. Las notas antes puras resonaron discordantes. De pronto, los monstruos volvieron a chillar y se taparon los oídos con las zarpas, alejándose del Juglar. Se distanciaron más y más, conforme el asalto de la música continuaba, hasta desvanecerse en las sombras, donde no llegaba la luz del fuego.

—No han ido muy lejos —advirtió el músico—, volverán en cuanto deje de tocar.

—¿Qué más puedes hacer? —preguntó El Protegido en voz baja.

Roger sonrió, tan contento de tener un público de sólo dos personas como de actuar para una multitud adulatora. Él suavizó su música otra vez y las notas caóticas fueron mitigándose hasta fluir de nuevo en una melodía encantadora. Los abismales reaparecieron, atraídos por la música una vez más.

—Observad esto —les indicó.

Y cambió otra vez la tonada. Las notas chirriantes se alzaron con fuerza e hicieron que Leesha y El Protegido apretaran los dientes y se inclinaran hacia atrás.

La reacción de los abismales fue más acusada. Se enfurecieron más y se abalanzaron hacia la barrera con despreocupación entre gritos y alaridos. Los grafos flamearon una y otra vez, repeliéndolos de continuo, pero los demonios no cedieron en su intento, y se golpeaban contra la red de grafos en un intento alocado de alcanzar a Roger y hacerle callar para siempre.

Dos demonios de las rocas se unieron al tropel, apartaron a sus congéneres y se pusieron a aporrear las protecciones con más fuerza todavía. El Protegido se alzó detrás de Roger y alzó el arco.

La cuerda del arco silbó y uno de los dardos de punta gruesa se estrelló en el pecho del más cercano como un relámpago, iluminando el área durante unos instantes. El arquero disparó contra la horda una y otra vez, a tal velocidad que resultaba difícil verle las manos. Las flechas de grafos explotaban en las espaldas de los abismales, y aquellos que lograban levantarse otra vez eran rápidamente destrozados por sus congéneres.

Roger y Leesha contemplaron horrorizados la carnicería. El arco del Juglar dejó de rozar las cuerdas del violín y colgó laxo entre los dedos de la mano mala mientras

observaba actuar al hombre tatuado.

Los abismales seguían gritando, pero ahora a causa del dolor y el pánico, pues su deseo de atacar las protecciones se había disipado. El arquero siguió disparando hasta que se le acabaron los proyectiles. Entonces, aferró una lanza y la arrojó, alcanzando en la espalda a un demonio del viento fugitivo.

Entonces reinó el caos, y los pocos monstruos supervivientes estaban desesperados por escapar. El Protegido se desprendió del ropón, listo para saltar fuera del círculo y matar demonios con las manos desnudas.

—No, por favor, ¡están huyendo! —gritó Leesha, lanzándose sobre él.

—¿Los perdonarías? —rugió El Protegido, fulminándola con la mirada. La ira le deformaba el rostro y ella retrocedió, asustada, pero le sostuvo la mirada.

—Por favor, no salgas ahí fuera —le imploró.

La Herborista temía que él pudiera golpearla, pero se limitó a mirarla mientras respiraba aguadamente, pero al cabo de lo que pareció una eternidad, él se calmó y tomó su atavío, cubriendo los grafos una vez más.

—¿Era eso necesario? —preguntó ella, rompiendo el silencio.

—El círculo no está diseñado para soportar un ataque simultáneo de tantos abismales —replicó El Protegido, otra vez con su voz fría y sin inflexiones.

—Habría bastado con que me pidieras que dejara de tocar —observó el Juglar.

—Cierto, pude hacerlo —convino El Protegido.

—Entonces, ¿por qué no lo hiciste? —inquirió Leesha.

El interpelado no contestó. Salió del anillo dando una zancada y comenzó a arrancar sus flechas de los cadáveres de los abismales.

Esa misma noche, Leesha se durmió enseguida, y entonces El Protegido abordó a Rojer. Éste se había ensimismado en la contemplación de los demonios muertos y pegó un brinco cuando el hombre se acuclilló a su lado.

—Tienes poder sobre los abismales.

—Como tú —contestó el Juglar, encogiéndose de hombros—. Más del que jamás quise.

—¿Puedes enseñarme? —inquirió El Protegido.

Al volverse, Rojer se encontró con los ojos penetrantes del hombre.

—¿Por qué? Tú matas demonios por docenas. ¿Qué es mi habilidad en comparación con eso?

—Creí conocer a mis adversarios —contestó el hombre tatuado—, pero tú me has demostrado lo contrario.

—¿Crees que tal vez no sean tan malos si son capaces de disfrutar con mi música? —quiso saber Rojer.

Él sacudió la cabeza.

—No son precisamente mecenas del arte, Juglar. Te habrían matado sin vacilar en cuanto hubieras dejado de tocar.

El pelirrojo asintió, admitiendo la validez de su argumento.

—Entonces, ¿por qué molestarse? Aprender a tocar el violín exige un montón de trabajo para amansar a unas fieras que tú puedes matar con facilidad.

El rostro de El Protegido se endureció.

—¿Estás dispuesto a enseñarme o no?

—Lo haré... —contestó Rojer, dándole vueltas al asunto—, pero quiero algo a cambio.

—Dispongo de bastante dinero —le aseguró el hombre tatuado.

Rojer hizo un gesto despectivo con la mano.

—Puedo conseguir dinero cada vez que lo necesito. Tiene más valor lo que quiero. —El Protegido permaneció en silencio—. Quiero viajar contigo.

El hombre tatuado cabeceó, negándose.

—Eso está fuera de lugar.

—Nadie aprende a tocar el violín de la noche a la mañana —arguyó Rojer—, Van a pasar semanas antes de que logres tocar algo aceptable, y vas a necesitar más habilidad que ésa para cautivar a los abismales menos exigentes.

—¿Y qué sacas tú de eso? —quiso saber el hombre tatuado.

—Material para unas historias que van a llenar a rebosar el anfiteatro del duque una noche tras otra —le explicó Rojer.

—¿Y qué hay de ella? —preguntó El Protegido, señalando con una inclinación de cabeza a la Herborista, cuyo pecho subía y bajaba suavemente mientras dormía. El Juglar la miró, y al hombre tatuado no le pasó desapercibido el significado de esa mirada.

—Ella me pidió que la escoltara hasta su casa, eso es todo —contestó Rojer al fin.

—¿Y si te pide que te quedes?

—No lo hará —contestó él en voz baja.

—Mi camino no es un cuento de Marko el Andarín —replicó El Protegido—. Alguien que se oculte por las noches me hará ir más lento, me quita un tiempo que no tengo.

—Ahora dispongo de mi violín —respondió Rojer con más gallardía de la que realmente sentía—. No tengo miedo.

—Necesitas algo más que coraje —repuso el hombre tatuado—. En las tierras salvajes, o matas o te matan, y no me refiero sólo a los demonios.

Rojer se envaró y tragó saliva para superar el nudo de la garganta.

—Todos cuantos han intentado protegerme han acabado muertos. Es hora de que aprenda a protegerme yo mismo.

El Protegido se inclinó hacia delante, sopesando al joven Juglar.

—Ven conmigo —le dijo al fin, alzándose.

—¿Fuera del círculo?

—No me sirves si no eres capaz de hacerlo —aseguró el hombre tatuado. Cuando Rojer miró en derredor con muchas reservas, agregó—: Cualquiera abismal a varios kilómetros a la redonda habrá oído lo que les hice a sus compañeros. No es probable que veamos a más esta noche.

—¿Y qué hay de Leesha? —preguntó Rojer, alzándose despacio.

—*Rondador Nocturno* la protegerá si fuera necesario —contestó el hombre—. Vamos.

Y salió del círculo para desvanecerse en la noche.

Rojer soltó una maldición, pero echó mano al violín y siguió al hombre por el camino.

Rojer aferró con fuerza la funda del instrumento mientras corrían entre los árboles. Al principio, había hecho ademán de sacarlo, pero El Protegido le había hecho desistir mediante señas.

—Vas a atraer una atención indeseada —susurró.

—¿No habías dicho que probablemente no íbamos a encontrarnos con abismales esta noche? —le contestó Rojer entre siseos, pero El Protegido no dijo nada y se movió por la oscuridad como si estuviera a pleno día.

—¿Adónde vamos? —preguntó el joven por lo que se le antojó como centésima vez.

Subieron a un altozano, en cuya cima se tendió el hombre tatuado, al tiempo que hacía señas hacia el otro lado.

—Mira ahí —le indicó a Rojer.

Abajo, distinguió a un caballo y a tres viejos conocidos. Dormían muy apretados dentro de los límites de un círculo portátil aún más conocido.

—Los bandidos —dijo en voz baja.

Un flujo de emociones abrumó al joven: miedo, rabia e impotencia, y en su mente revivió la prueba a que habían sometido a Leesha y a él. El mudo se removió en sueños y Rojer sintió una punzada de pánico.

—Los he estado rastreando desde que os encontré —admitió El Protegido—. He localizado su fogata esta noche mientras estaba de caza.

Rojer le devolvió la mirada.

—Si les quitamos el círculo mientras duermen, los abismales los matarán antes de que sepan qué está pasando.

—Los demonios están diezmados. Tienen más oportunidades de las que os dieron

a vosotros.

—Aun así, ¿qué te hace pensar que deseo arriesgarme? —quiso saber Rojer.

—Observo y escucho —contestó el hombre—. Sé qué os hicieron a ti... y a Leesha.

Rojer permaneció callado durante un largo tiempo.

—Ellos son tres —dijo finalmente.

—Esto es la naturaleza salvaje. Si quieres vivir seguro, vuelve a la ciudad.

El hombre tatuado pronunció esa última palabra como una maldición, pero Rojer sabía que la ciudad tampoco era segura. Llegó, sin que él lo invocara, el recuerdo de Jaycob desmadejado en el suelo mientras sonaba la risa de Jasin. Podía haber buscado que se hiciera justicia después del ataque, pero prefirió escapar en vez de eso. Se había pasado la vida huyendo y dejando que otros murieran en su lugar. Mientras miró a la hoguera de la llanura, alargó la mano en busca de un talismán que ya no estaba allí.

—¿Me equivoco? —preguntó El Protegido—. ¿Debemos regresar a nuestro campamento?

Rojer tragó saliva.

—En cuanto haya recuperado mis propiedades —decidió.

Secretos

332 d.R.

Un leve sonido de cascos despertó a Leesha. Al abrir los ojos vio a Rojer cepillando el pelo alazán de la yegua que ella había comprado en Angiers y por un momento se atrevió a pensar que los dos últimos días habían sido un mal sueño.

Entonces apareció por encima de ésta la imagen del enorme semental negro y recordó todo de sopetón.

—¿De dónde ha salido mi yegua, Rojer? —preguntó en voz baja.

El Juglar abrió la boca para responder, pero en ese momento el hombre tatuado entró en el campamento dando grandes zancadas. Traía dos liebres y un puñado de manzanas.

—La noche pasada vi a tus amigos y se nos ocurrió que viajaríamos más deprisa si íbamos todos a caballo.

Leesha permaneció callada durante un buen rato mientras digería las noticias. La embargaron una docena de sentimientos encontrados, muchos de ellos vergonzantes y desagradables. Rojer y El Protegido le concedieron tiempo, y ella les dio las gracias por ello.

—¿Los matasteis? —inquirió al fin. Una parte de ella, la más insensible, quería que le contestaran que sí, incluso aunque eso fuera contra todas sus creencias y contra cuanto le había enseñado Bruna.

El Protegido la miró a los ojos.

—No —contestó él, y la Herborista se sintió inmensamente aliviada—. Los dispersamos lo justo para birlarles el caballo, pero eso fue todo.

Leesha asintió.

—Informaremos sobre ellos al juez del duque cuando pase por Hoya de Leñadores.

El atadizo donde guardaba las hierbas estaba toscamente enrollado y sujeto a la silla de montar. Lo extendió y examinó. La inundó una inmensa sensación de alivio cuando encontró intactos los frascos y los saquitos. Se habían fumado casi todo el opio, pero era fácil de reemplazar.

Tras terminar el desayuno, Rojer cabalgó a lomos de la yegua mientras Leesha se sentó detrás del hombre tatuado, montando ambos a *Rondador Nocturno*. Viajaron deprisa, pues las nubes se cerraban en el cielo y amenazaba tormenta.

Leesha sintió que debería tener miedo, pues los bandidos seguían vivos y delante de ellos. Recordó el rostro vicioso del barbinegro y las risotadas estentóreas de sus compañeros, y también se acordaba de lo peor de todo: el terrible peso y la violenta lujuria del mudo.

Debería estar asustada, pero no era así. El Protegido le hacía sentirse segura, más incluso que Bruna. No se cansaba ni temía a nada, y ella sabía sin lugar a dudas que no le sucedería nada malo mientras estuviera bajo su protección.

Protección. La necesidad de protección era una sensación extraña, como proveniente de otra vida. Había cuidado de sí misma durante tanto tiempo que ya se había olvidado de cómo era. Sus habilidades y su inteligencia le habían bastado para mantenerse a salvo en lugares civilizados, pero ambas cosas valían de poco en un hábitat natural.

El jinete se removió, y Leesha comprendió que había apretado las manos alrededor de su cintura al tiempo que reposaba la cabeza sobre la espalda. Ella se retiró, tan ensimismada en su vergüenza que estuvo a punto de no ver la mano yacente entre los matorrales situados a un lado del camino.

Chilló cuando lo hizo.

El Protegido sofrenó la montura y Leesha prácticamente se tiró del garañón para echar a correr hacia el lugar. Apartó los matorrales y respiró de forma entrecortada cuando comprendió que nada sujetaba la mano, la habían arrancado de un mordisco.

—¿Qué ocurre, Leesha? —gritó Rojer mientras él y El Protegido acudían corriendo junto a ella.

—¿Acamparon cerca de aquí? —preguntó ella mientras sostenía la extremidad. El hombre tatuado asintió—. Llévame allí —ordenó.

—Leesha, ¿qué bien puede...? —empezó Rojer, pero ella no lo escuchó y mantuvo los ojos fijos en El Protegido.

—Llé-va-me a-llí —repitió.

El Protegido asintió. Sacó una estaca de las alforjas y ató las riendas de la yegua a la misma.

—Protege —le ordenó al semental negro, y éste relinchó con suavidad.

Poco después, encontraron el campamento bañado en sangre y los cuerpos a medio comer. Leesha se llevó el mandil a la nariz para protegerse del hedor. Rojer sintió arcadas y salió corriendo del claro.

Pero el olor de la sangre no le resultaba extraño a la Herborista.

—Sólo hay restos de dos —apuntó después de examinar los miembros; experimentaba sentimientos demasiado enfrentados para poder ordenarlos.

El Protegido cabeceó en señal de asentimiento.

—Falta el mudo, el gigantón —coincidió él.

—Sí, y también falta el círculo —apuntó ella.

—Sí, también falta el círculo —convino el hombre tatuado al cabo de unos instantes.

Los nubarrones de tormenta se congregaron muy deprisa mientras regresaban junto a los caballos.

—Siguiendo el camino, hay una cueva frecuentada por los Enviados a quince kilómetros —informó El Protegido—. Si apretamos el paso y nos saltamos el almuerzo, deberíamos ser capaces de llegar a ella antes de que se ponga a llover. Hemos de refugiarnos hasta que pase la tormenta.

—¿El hombre capaz de matar abismales con las manos desnudas teme a cuatro gotas de nada? —inquirió Leesha.

—Los demonios pueden aparecer antes si el manto de nubes es lo bastante espeso —le explicó él.

—¿Y desde cuándo temes a los abismales? —insistió Leesha.

—Luchar bajo la lluvia es estúpido y peligroso —repuso El Protegido—. La lluvia forma barro, y el barro tapa los grafos y propicia los resbalones.

Se instalaron en la caverna poco antes de que estallara la tormenta. Una intensa cortina de agua convirtió el camino en un barrizal y el cielo en un lienzo negro, iluminado de forma esporádica por las agudas sacudidas de los relámpagos. El viento ululaba incesante, sólo interrumpido por el fragor de los truenos.

Buena parte de la entrada a la caverna ya estaba protegida, pues había símbolos de poder tallados muy hondo en la piedra. El hombre tatuado procedió a sellar enseguida el resto con un alijo de piedras de protección que situó en el interior.

Varios demonios se alzaron antes de tiempo en la falsa noche de la tempestad, tal y como había predicho El Protegido. Éste los observó con gesto sombrío mientras se deslizaban desde las zonas más umbrías del bosque, deleitándose por su temprana liberación del Abismo. Los breves destellos de luz delineaban sus figuras sinuosas mientras jugueteaban bajo la lluvia.

Intentaron penetrar en la gruta, pero las defensas aguantaron firmes. Quienes se aventuraron a acercarse demasiado tuvieron ocasión de lamentarlo, pues fueron recibidos a lanzazos por el colérico hombre tatuado.

—¿Por qué estás de tan mal humor? —preguntó Leesha mientras sacaba de su bolsa cuencos y cucharas y Rojer se afanaba en encender un pequeño fuego.

—Ya es malo que vengan de noche —espetó el interpelado—, pero no tienen derecho a estar durante el día.

La sanadora meneó la cabeza.

—Serías más feliz si pudieras aceptarlo como es —le aconsejó.

—No quiero ser feliz —replicó.

—Todo el mundo quiere ser feliz. —Leesha bufó—. ¿Dónde está el perol?

—En mi bolsa —contestó el Juglar—, ahora lo traigo.

—No hace falta —lo atajó la Herborista, levantándose—. Ocupate del fuego, yo lo traeré.

—¡No! —chilló, pero Rojer supo que era demasiado tarde incluso cuando se incorporó de un salto.

Leesha profirió un jadeo entrecortado cuando sacó el círculo portátil del Juglar.

—Pe-pero... —tartamudeó—, pero si ¡ellos se llevaron esto!

La Herborista miró a Rojer, y vio cómo sus ojos buscaban a El Protegido. Ella se volvió hacia él, pero no fue capaz de leer nada en las sombras de su cogulla.

—¿Va a explicármelo alguien? —exigió ella.

—Nosotros lo... recuperamos —contestó Rojer sin convicción.

—¡Ya sé que lo recuperasteis! —gritó ella, lanzando la cuerda y las placas de madera contra el suelo de la caverna—. ¿Cómo?

—Yo me lo llevé cuando tomé el caballo —dijo el hombre tatuado de pronto—. No quería sus muertes sobre tu conciencia, por eso te lo oculté.

—¿Lo robaste?

—Ellos robaron el círculo y yo lo recuperé —la corrigió el hombre.

Leesha lo miró durante mucho rato.

—Se lo quitaste anoche —observó en voz baja. El Protegido asintió sin despegar los labios—, ¿Lo estaban usando? —inquirió ella, hablando entre dientes.

—El camino ya tiene bastantes peligros sin necesidad de esa clase de hombres —replicó El Protegido.

—Los asesinaste —acusó Leesha, sorprendida de tener los ojos llenos de lágrimas. «Busca al peor ser humano posible —le había dicho su padre— aun así será mejor que lo que ves todas las noches al otro lado de la ventana.» Nadie merecía servir de comida a los abismales. Ni siquiera ellos.

—¿Cómo pudiste hacerlo? —preguntó ella.

—No he asesinado a nadie.

—Es prácticamente lo mismo.

El hombre tatuado se encogió de hombros.

—Ellos os hicieron lo mismo.

—¿Y te da eso derecho? —chilló Leesha—. ¡Mírate! Ni siquiera te preocupa. Han muerto dos hombres por lo menos y vas a dormir a pierna suelta. ¡Eres un monstruo!

Ella se le echó encima e intentó golpearlo con los puños, pero él la sujetó por las muñecas y observó sin pestañear todos sus forcejeos.

—¿Por qué te preocupa? —quiso saber él.

—¡Soy una Herborista y he hecho un juramento! —chilló—. Yo me he consagrado a sanar, pero tú te dedicas a matar —lo acusó, mirándolo fríamente.

El ánimo belicoso la abandonó al cabo de unos instantes y ella se alejó.

—Te burlas de lo que soy —dijo la mujer, dejándose caer y contemplando el suelo de la caverna con la mirada extraviada durante varios minutos. Luego, alzó la vista y miró a Rojer—. Has dicho «lo recuperamos» —lo acusó.

—¿Qué...? —preguntó el Juglar, intentando salirse por la tangente.

—Antes has dicho que lo habíais recuperado —le aclaró la Herborista—, y el círculo estaba en tu bolsa. ¿Fuiste con él?

—Yo...

Al joven se le trabó la lengua.

—No me mientas, Rojer —gruñó la Herborista.

Rojer clavó la mirada en el suelo y asintió tras unos momentos.

—Antes, él te dijo la verdad —admitió Rojer—. Únicamente se llevó el caballo. Yo cogí el círculo y tus hierbas mientras ellos estaban distraídos.

—¿Por qué? —preguntó ella; la voz le falló ligeramente. La decepción de su tono cortó al joven Juglar como si fuera un cuchillo.

—Ya sabes por qué —respondió él sombríamente.

—¿Por qué? ¿Por mí? ¿Por mi honor? —volvió a preguntar Leesha—. Dímelo, Rojer. ¡Dime que has matado en mi nombre!

—Debían pagar, debían por lo que hicieron —replicó con tirantez—. Fue imperdonable.

Leesha estalló en sonoras carcajadas, aunque no había el menor atisbo de alegría en el timbre de su risa.

—¿Crees que no lo sé? —gritó—. ¿Acaso te piensas que me he guardado veintisiete años para entregar mi virginidad a una banda de matones?

Se hizo un silencio absoluto en la gruta durante unos instantes eternos. El trueno rasgó el aire.

—Te has guardado... —repitió Rojer.

—¡Sí, abismado! —chilló Leesha con el rostro surcado por las lágrimas—. ¡Era virgen! Justifica eso haber dado hombres a los demonios?

—¿Dado...? —inquirió El Protegido.

Leesha se giró hacia él.

—Dado, por supuesto que sí —gritó—. Estoy seguro de que tus amigos los abismales disfrutaron de vuestro regalito. Nada les complace más que tener cerca humanos a los que matar y con los pocos que quedamos, debe ser un bocado singular.

Los ojos redondos como platos del hombre reflejaron la luz de las llamas. Era la expresión más humana que la sanadora había visto en ese rostro, y la visión le hizo olvidarse momentáneamente de su rabia. El hombre parecía terriblemente aterrado mientras se alejaba de ellos, caminando hacia atrás todo el trecho hasta la boca de la cueva.

Un abismal se lanzó contra la red de protección en ese preciso momento, provocando un flamear que iluminó toda la cueva con una luz argentada. El hombre tatuado se giró y gritó al demonio. La sanadora jamás había oído nada semejante, pero daba lo mismo, reconoció en el mismo la plasmación de cuanto ella había sentido cuando estuvo presa contra el suelo del camino la terrible tarde de la violación.

El Protegido echó mano a una de sus lanzas y la lanzó al exterior, donde llovía a cántaros. Hubo una explosión de magia cuando el arma alcanzó al demonio, que salió volando unos metros para luego caer al barro.

—Malditos, ¡juré no daros nada! —bramó el hombre tatuado mientras se libraba de su cogulla y se lanzaba al aguacero—. ¡Absolutamente nada!

Atacó por la espalda a un demonio del bosque y lo estrechó contra él. El inmenso grafo tatuado en el pecho destelló, y el abismal estalló en llamas. El humano lo apartó de una patada cuando la criatura empezó a menearse sin sentido.

—¡Luchad contra mí! —exigió el hombre a los restantes monstruos mientras fijaba los pies en el fangal del suelo.

Los abismales saltaron para acorralarlo, pero el humano luchaba como un verdadero demonio y los atacantes se vieron barridos como las hojas secas de los árboles por el viento otoñal.

Rondador relinchó al fondo de la caverna e intentó zafarse de las maneadas, pues estaba entrenado para luchar al lado de su amo. Rojer se acercó al garañón para calmarlo y miró confuso a la Herborista.

—No puede luchar contra todos —dijo Leesha—, en el barro no.

En esos mismos momentos, el fango cubría ya los trazos de algunos grafos.

—Pretende hacerse matar —dedujo la sanadora.

—¿Y qué podríamos hacer? —preguntó el Juglar.

—¡Aléjalos con tu violín! —chilló ella.

Rojer negó con la cabeza.

—El viento y los truenos ahogarán el sonido.

—No podemos cruzarnos de brazos y dejar que se mate —le increpó Leesha.

—Tienes razón —convino Rojer.

En dos zancadas se plantó junto a las armas de El Protegido y tomó una lanza liviana y un escudo de grafos. Leesha corrió a detenerlo nada más comprender los propósitos del joven, pero éste salió de la caverna antes de que ella pudiera darle alcance y corrió a ocupar un sitio al lado del hombre tatuado.

Un demonio de las llamas le escupió una llamarada al joven, pero la lluvia la apagó y se quedó corta. Entonces, el abismal se lanzó a por Rojer, quien alzó el escudo de grafos y rechazó la embestida antes de centrar su atención delante de él, razón por la cual no vio a otro congénere de las llamas situado detrás de él hasta que

fue demasiado tarde: cuando el engendro lo acometió, El Protegido aferró en el aire, a mitad de salto, al monstruo de casi un metro de altura y lo lanzó lejos. La carne de la criatura chisporroteó mientras estuvo en contacto con las manos del luchador tatuado.

—¡Vuelve dentro! —le ordenó el hombre.

—No sin ti —le replicó Rojer, que tenía el empapado pelo rojo pegado a la cara y entrecerraba los ojos para combatir el soplo del viento y las punzadas de la lluvia. Aun así, le plantó cara a El Protegido con determinación y no retrocedió ni un milímetro.

Dos demonios del bosque fueron a por ellos, pero el hombre tatuado se dejó caer al barro y tiró de las piernas de su compañero para derribarlo. Las afiladas garras acuchillaron el aire cerca del Juglar. El Protegido se sirvió de los puños para hacer retroceder a las criaturas, pero el número de los abismales era cada vez mayor, pues acudían atraídos por los destellos y el fragor de la pelea. Eran demasiados para hacerles frente.

El Protegido miró a Rojer, tendido en el barrizal, y la locura desapareció de sus ojos. Le ofreció una mano al Juglar y éste la aceptó. Luego, veloces como rayos, los dos regresaron a la cueva.

—¿**E**n qué estabais pensando vosotros dos? —inquirió Leesha mientras anudaba la última de las vendas.

Rojer y El Protegido no contestaron mientras ella los reprendía; ambos se habían arrellanado junto al fuego, cubiertos por mantas. Ella se marchó al cabo de un rato y les preparó un caldo de verduras. Se lo entregó sin decir nada.

—Gracias —dijo Rojer en voz baja. Eran las primeras palabras que había pronunciado desde su vuelta a la caverna.

—Sigo enfadada contigo —dijo Leesha sin mirarlo a los ojos—. Me mentiste.

—No lo hice —protestó.

—Me ocultaste cosas, es lo mismo —replicó la sanadora.

Rojer la contempló durante un tiempo.

—¿Por qué te fuiste de Hoya de Leñadores?

—¿Qué...? No cambies de tema.

—Si esa gente te importa tanto como para que estés dispuesta a arriesgarte a cualquier cosa y a soportarlo todo para regresar, ¿por qué te marchaste? —la presionó él.

—Mis estudios... —comenzó a decir ella.

Rojer negó con la cabeza.

—Si soy experto en algo, es en huir de los problemas, Leesha. Es algo más que eso.

—No creo que sea de tu incumbencia —contestó ella.

—Entonces, ¿por qué estoy aguardando a que pase la tormenta en una gruta situada en medio de la nada y rodeado de abismales?

Leesha lo miró durante un buen rato, y luego suspiró, ya sin ganas de discutir más.

—Supongo que os enteraréis pronto —dijo la sanadora—. La gente de Hoya de Leñadores no es muy buena en eso de guardar secretos.

Ella se lo contó todo, a pesar de que no tenía intención de hacerlo, pero la fría y húmeda caverna se convirtió en una suerte de confesionario religioso, y no fue capaz de callarse una vez que empezó a hablar de su madre, de Gared, de los rumores, de su huida con Bruna, de su vida como una paria. El Protegido se inclinó hacia delante y abrió la boca para interrumpirla ante la mención del fuego líquido infernal de Bruna, pero luego se lo pensó mejor y se volvió a reclinarsse sobre la pared.

—Estando así las cosas, había albergado la esperanza de quedarme en Angiers, pero parece que el Creador tiene otro plan para mí.

—Te mereces algo mejor —aseguró El Protegido.

Leesha asintió y lo miró.

—¿Por qué has salido ahí fuera? —preguntó en voz baja y señaló con el mentón a la boca de la cueva.

El interpelado se arrellanó y fijó la mirada en sus rodillas.

—Rompí un juramento.

—¿Eso es todo?

Él alzó los ojos y la miró, y por una vez no vio los tatuajes que le perfilaban el rostro, sino esos ojos suyos que la taladraban.

—Juré no darles nada jamás, ni siquiera para salvar mi vida —explicó—, y a cambio les he entregado la única cosa que me hacía humano.

—No les has dado nada —intervino Rojer—, Fui yo quien se llevó el círculo de protección.

Las manos de Leesha se crisparon en torno a su cuenco, pero no despegó los labios.

—Yo lo hice posible, pues conocía tus sentimientos —replicó el hombre tatuado, negando con la cabeza—. Entregártelos a ti era dárselos a ellos.

—Ellos habrían seguido siendo un azote de los caminos. El mundo está mejor sin ellos —aseguró Rojer.

El Protegido asintió.

—Ya, pero eso no es excusa para habérselos dado a los demonios. Podía haberles quitado el círculo e incluso haberlos matado cara a cara, a plena luz del día.

—Así que te plantaste ahí fuera esta noche por la culpabilidad —concluyó la Herborista—. ¿Y por qué lo has hecho antes? ¿Qué razón hay para lanzar esa guerra

contra los abismales?

—Por si no te has dado cuenta, los abismales llevan en guerra contra nosotros desde hace siglos. ¿Tan extraño resulta plantarles cara?

—Entonces, ¿te consideras el Liberador? —quiso saber Leesha.

El Protegido torció el gesto.

—Aguardar la venida del Liberador ha supuesto trescientos años de consecuencias desastrosas para la humanidad. Es un mito y no va a venir. Va siendo hora de que la gente se dé cuenta y que todos se defiendan por sí solos.

—Los mitos tienen poder, no los descartes tan deprisa —terció Rojer.

—¿Desde cuándo eres un hombre de fe? —inquirió Leesha.

—Creo en la esperanza —precisó el joven—. He sido Juglar toda mi vida, y si he aprendido algo en veintitrés años, es que las historias que reclaman, las que calan hondo, son las que ofrecen esperanza.

—Veinte —saltó Leesha.

—¿Qué...?

—Me dijiste que tenías veinte años.

—¿Ah, sí?

—Ni siquiera los has cumplido, ¿a que sí?

—Los tengo.

—No soy estúpida, Rojer. Te llevo viendo desde hace tres meses y en ese tiempo has crecido más de dos centímetros. Nadie con veinte años crece tanto. ¿Cuántos años tienes? ¿Dieciséis?

—Diecisiete —gruñó Rojer, que inclinó el cuenco, derramando el caldo restante—. ¿Ya estás contenta...? Tenías razón cuando le decías a Jizell que podías ser mi madre.

Leesha lo fulminó con la mirada y abrió la boca para soltarle una réplica dura, pero la cerró de nuevo y en vez de eso, dijo:

—Lo siento.

—¿Y tú qué, Protegido? —le preguntó Rojer, volviéndose hacia el hombre tatuado—. ¿Vas a añadir a tu lista de razones para que no viaje contigo la de que soy «demasiado joven»?

—Me convertí en Enviado a los diecisiete años —repuso el interpelado—, y ya viajaba por los caminos antes de esa edad.

—¿Cuántos años tiene El Protegido? —preguntó Rojer.

—El Protegido nació en el desierto krasiano hace cuatro veranos.

—¿Y el hombre que hay debajo de los grafos? —inquirió la sanadora—. ¿Cuántos años tenía al morir?

—Lo de menos es cuántos veranos tenía. Era un chico estúpido e ingenuo con sueños demasiado grandes para su propio bien.

—¿Por eso murió? —quiso saber Leesha.

—Lo mataron por eso, sí.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó ella.

El Protegido permaneció en silencio durante mucho tiempo.

—Arlen —acabó por contestar—, se llamaba Arlen.

A la luz del alba

332 d.R.

Había dejado de llover cuando despertó, pero densos nubarrones grises flotaban pesadamente en el cielo, augurando en breve otro aguacero. El Protegido miró al interior de la cueva. Los grafos de los párpados y alrededor de los ojos lo ayudaban a ver fácilmente en la oscuridad. Distinguió dos caballos y la silueta del muchacho dormido. Leesha, sin embargo, había desaparecido.

Todavía era temprano y no había más iluminación que la de la falsa luz antes del amanecer. La mayor parte de los demonios se había retirado al Abismo hacía mucho, pero uno jamás podía estar seguro con semejantes nubarrones. Se puso de pie y se arrancó los vendajes que le había colocado Leesha la noche anterior. Todas las heridas estaban curadas.

El rastro de la Herborista era fácil de seguir en aquel denso barrizal. La encontró no muy lejos de allí, arrodillada sobre el suelo, recogiendo hierbas. Se había subido las faldas hasta la altura de las rodillas y la visión de sus suaves muslos blancos le hizo enrojecer. Estaba hermosísima a la luz del alba.

—No deberías estar aquí fuera —la censuró—. No es seguro: el sol todavía no se ha alzado.

Leesha lo miró, sonrió y alzó una ceja.

—¿Estás en posición de darme lecciones sobre no ponerme en peligro? Además —prosiguió cuando él no le dio réplica alguna—, ¿qué demonio puede hacerme daño estando tú aquí?

El Protegido se encogió de hombros y se acuclilló junto a ella.

—¿Es opio? —preguntó.

Leesha asintió, alzando una planta de hojas ásperas con gruesos brotes en forma de racimo.

—Relaja los músculos y produce una sensación de euforia cuando lo fumas en pipa. Combinado con duranta, puedo usarlo para preparar una poción somnífera capaz de amodorrar a un león enfurecido.

—¿Funcionaría eso con un demonio? —preguntó El Protegido.

Ella le puso mala cara.

—¿Nunca piensas en otra cosa?

Él pareció incómodo.

—No des por hecho que me conoces. Mato abismales, sí, y por eso he visto lugares que ningún hombre vivo recuerda. ¿Sabes que podría recitarte poesía que he traducido del rusk antiguo, pintar para ti los murales de la antigua Sol de Anoch o hablarte de máquinas del mundo antiguo capaces de hacer el trabajo de veinte hombres?

Enmudeció cuando Leesha le puso una mano en el hombro.

—Lo siento —se disculpó—, me equivoqué al juzgarte. Algo sé del peso de custodiar el conocimiento del mundo antiguo.

—No me has molestado.

—No por eso deja de estar mal —repuso ella—, y para responder a tu pregunta, te digo la verdad: no lo sé. Los abismales comen y cagan, y en teoría no hay razón para que no pueda dragárseles. Mi mentora decía que Las Herboristas de antaño infligieron un gran número de bajas en la Guerra de los Demonios. Me queda un poco de duranta, así que puedo preparar la poción cuando llegemos a Hoya de Leñadores, si quieres...

El Protegido asintió con avidez.

—¿Podrías prepararme otra cosa más?

Leesha suspiró.

—Me preguntaba cuándo ibas a pedírmelo. No voy a preparar fuego líquido infernal para ti.

—¿Por qué no?

—Porque no pueden confiarse los secretos del fuego a los hombres —replicó Leesha, volviéndose para encararse con él—. Lo usarás si te lo doy, aunque eso signifique prenderle fuego a medio mundo.

El Protegido la miró, pero no le contestó.

—De todos modos, ¿para qué lo necesitas? Ya tienes poderes muy superiores a los que pueden crearse con cuatro hierbas y algunas sustancias químicas.

—Sólo soy un hombre... —comenzó él, pero la Herborista lo cortó.

—Mierda de demonio, tus heridas se cierran en cuestión de minutos y eres capaz de correr todo el día a la velocidad de un caballo sin ni siquiera cambiar el ritmo de la respiración. Te quitas de encima a los demonios del bosque como si fueran niños y ves de noche como si fuera mediodía. No eres un cualquiera.

Él esbozó una sonrisa.

—No se te escapa ni una.

Lo dijo de un modo que a Leesha le entraron escalofríos.

—¿Siempre has sido así?

El hombre tatuado negó con la cabeza.

—Es cosa de los grafos. Producen... reacciones. ¿Conoces la palabra?

Ella asintió con un cabeceo.

—Figura en los libros de ciencia del mundo antiguo.

El Protegido gruñó.

—Los abismales son criaturas mágicas. Los grafos de defensa los privan de una parte de esa magia y la usan para crear una barrera. Cuanto más fuerte es el demonio, más fuerte es la fuerza que lo repele. Los grafos de combate funcionan de un modo similar, debilitan su caparazón al tiempo que fortalecen el golpe. Los objetos inanimados no soportan la carga mucho tiempo y ésta desaparece luego, pero yo absorbo una minúscula fracción de esa fuerza cada vez que recibo o asesto un golpe.

—Cuando rocé tu piel la primera noche sentí el hormigueo —comentó Leesha.

El Protegido asintió.

—Cuando me tatué los grafos, no fue mi apariencia lo único que pasó a ser... inhumano.

Leesha negó la cabeza y tomó el rostro del hombre entre las manos.

—No es el cuerpo lo que nos hace humanos —susurró—. Puedes recuperar tu humanidad, basta con que lo desees.

Ella se acercó más y lo besó con suavidad.

Él se puso rígido en un primer momento, pero luego pasó la sorpresa y le devolvió el beso. Ella cerró los ojos y le ofreció la boca entreabierta mientras acariciaba con las manos la piel suave de su cabeza afeitada. Ella no notó los grafos, sólo su calidez y sus cicatrices.

«Ambos tenemos cicatrices —pensó ella—, salvo que las suyas están visibles a todo el mundo.»

Ella se reclinó hacia atrás y lo atrajo hacia sí.

—Nos vamos a cubrir de barro —le advirtió él.

—Ya estamos pringados de barro —contestó la sanadora mientras reposaba sobre la espalda con el cuerpo tatuado encima del suyo.

La circulación de la sangre por sus venas lo martilleó en los oídos cuando él la besó. Leesha recorrió con los dedos los músculos firmes de Arlen y abrió las piernas, y colocó las caderas entre las de él.

«Dejemos que ésta sea mi primera vez —pensó—. Aquellos hombres han muerto, ya no están, y él también puede borrar la marca que dejaron en mí. Hago esto porque es mi elección.»

Pero estaba asustada. «Jizell tenía razón —pensó—, nunca debí haber esperado tanto. No sé qué hacer. Todos creen que sé qué hacer y no es así, y él espera de mí que lo sepa pues soy una Herborista...»

«Ay, Creador, ¿y si no soy capaz de complacerlo? —dijo para sus adentros, preocupada—. ¿Y si se lo cuenta a alguien?»

Se sacó la idea de la cabeza. «Él nunca va a decirlo. Por eso ha de ser él. Tiene que serlo. Es como yo, un paria. Recorre el mismo camino.»

Le desabrochó la cogulla y se deshizo del taparrabos que llevaba debajo. Él gimió cuando ella tomó el miembro en su mano y tiró de él.

«Sabe que era virgen —se recordó a sí misma mientras se subía las faldas—. Él tiene una erección y yo estoy húmeda, ¿qué más hay que saber?»

—¿Y qué ocurre si te dejo embarazada? —preguntó con un hilo de voz.

—Espero que lo hagas —le contestó en otro susurro, atrayéndolo hasta tenerlo dentro de ella.

«¿Qué más hay que saber?», pensó Leesha de nuevo, y arqueó la espalda a causa del placer.

La sorpresa lo abrumó cuando ella lo besó. Acababa de admirar sus muslos hacía unos momentos, pero ni en sueños habría imaginado que ella podría compartir su atracción, ni ella ni ninguna otra mujer.

Se envaró durante unos momentos, se quedó paralizado, pero su cuerpo tomó la iniciativa como siempre hacía en momentos de necesidad. La estrechó en un abrazo casi aplastante y respondió a su beso con avidez.

¿Cuánto había pasado desde el último beso? ¿Cuánto había llovido desde la noche en que regresaba a casa en compañía de Mery dando un paseo y le había soltado que ella jamás sería la esposa de un Enviado?

Leesha le quitó las ropas, y él supo que la Herborista tenía la intención de llevar las cosas más lejos de lo que él nunca había ido. El miedo, un sentimiento casi desconocido para él, le puso el corazón en un puño. No tenía ni idea de cómo complacer a una mujer. ¿Esperaba Leesha que él tuviera la experiencia que a ella le faltaba? ¿Contaba con que su destreza en el campo de batalla se viera correspondida en las lides amorosas?

Tal vez sucediera así, pues su cuerpo continuaba actuando por iniciativa propia, al margen de sus pensamientos desbocados, siguiendo los instintos arraigados en todo ser vivo desde el alba de los tiempos. Los mismos instintos que lo habían llamado a luchar.

Mas aquello no era una batalla, era algo más.

«¿Es ella la elegida?» La idea reverberó en su mente.

¿Por qué ella y no Renna? Estaría casado hacía casi quince años de no haber sido él quien era y ya tendría una prole numerosa. Le vino a la mente, y no por primera vez, una imagen recreada de cómo podría ser ahora Renna, en el pleno esplendor de su madurez como mujer, suya y sólo suya.

¿Por qué ella y no Mery? Mery, a quien hubiera desposado de haber consentido

convertirse en la esposa de un Enviado. Él se habría atado a Miln por amor, tal y como había hecho Ragen. Le habría ido mejor si se hubiera casado con la hija del Pastor. Ahora lo veía. Ragen estaba en lo cierto. Él tenía a Elissa...

Mientras le quitaba a Leesha la parte de arriba del vestido, descubriendo sus suaves senos, le vino a la mente una imagen de Elissa: la de la vez que le vio sacar el pecho para amamantar a Marya, y por un momento deseó ocupar la posición de la niña y ser él quien mamara. Luego, se había avergonzado mucho de ese anhelo, pero la imagen permanecía fresca en su mente.

¿Era Leesha la mujer que le reservaba el destino? ¿Existía algo semejante? La simple idea le habría hecho resoplar hacía una hora, pero ahora la miraba, tan hermosa y tan dispuesta, tan comprensiva acerca de su naturaleza. Ella sabría entenderlo si se mostraba un tanto tosco, si no sabía dónde o cómo acariciar. Un suelo embarrado a la luz del alba no era el mejor tálamo nupcial, pero en ese momento le pareció mejor que el colchón de plumas de la mansión de Ragen.

Pero la duda lo corroía.

Una cosa era jugársela por las noches cuando no tenía nada que perder ni a nadie que lo llorase. Las lágrimas vertidas por él no llenarían una simple botella, pero ¿podría asumir tales riesgos si Leesha lo estaba esperando en un refugio seguro? ¿Abandonaría la lucha y se convertiría en alguien similar a su padre? ¿Se acostumbraría a esconderse hasta el punto de no ser capaz de aguantar a pie firme ni por los suyos?

«Los hijos necesitan a su padre», le había oído decir a Elissa.

—¿Y qué ocurre si te dejo embarazada? —preguntó con un hilo de voz entre besos, sin saber cuál quería que fuera la respuesta de Leesha.

—Espero que lo hagas —le contestó en otro susurro. La mujer tiró de él, amenazando con destrozarse todo su mundo, pero ella le ofrecía algo más, y él se agarró a ello. Entonces entró en ella y se sintió completo.

Durante un momento no hubo en el mundo otra cosa que la cadencia del pulso y el roce de piel contra piel. Los cuerpos de ambos resolvieron la tarea en cuanto sus mentes se dejaron ir. La ropa de él acabó apartada y el vestido de ella se quedó arrugado en torno a la cintura. Se retorcieron y jadearon en el barro pensando el uno en el otro...

... hasta el ataque del demonio del bosque.

El abismal los había rondado en el silencio, atraído por sus resoplidos. El amanecer era inminente y el odiado sol iba a alzarse enseguida, lo sabía, pero la visión de tanta carne desnuda avivó su apetito y saltó con la intención de regresar al Abismo con sangre caliente en las garras y carne fresca en las fauces.

El demonio golpeó con saña la espalda expuesta de El Protegido. Los grafos chisporrotearon, arrojando hacia atrás al atacante y haciendo chocar las cabezas de los amantes.

El ágil monstruo no se desanimó y se recobró con rapidez. Fijó las patas en el suelo y se curvó para saltar de nuevo. Leesha chilló, pero su compañero se revolvió y atrapó los cuartos delanteros de la bestia y luego aprovechó la propia inercia del abismal para pivotar sobre sí mismo y lanzarlo al barro.

El Protegido no vaciló. Se alejó de la mujer a fin de aprovechar la ventaja. Estaba desnudo, pero eso no significaba nada. Había luchado sin ropa desde que se grabó el primer grafo en la carne.

Dio una vuelta completa sobre sí mismo e impactó con las plantas de los pies en las fauces del monstruo, pero el barro había cubierto los grafos, por lo cual la magia no hizo efecto, pero la fuerza pura de su cuerpo mejorado causó un estrago similar al de una coz de *Rondador Nocturno*. El abismal retrocedió dando tumbos y el hombre avanzó con un aullido, sabedor del daño que podía causar el demonio si le daba ocasión de recuperarse.

El abismal era grande para los de su especie, pues medía dos metros y medio y aventajaba en fuerza a El Protegido, que le propinó puñetazos, patadas y codazos, pero el barro interrumpía el trazo de casi todas sus defensas, por lo cual sus golpes no tenían efecto duradero y esa piel rugosa tan similar a la corteza de árbol le rasgaba la piel.

El monstruo se revolvió, dando tales coletazos al estómago del humano que le sacó el aire del cuerpo y lo derribó. Leesha volvió a chillar, y ese ruido desvió la atención del abismal, que se abalanzó sobre ella profiriendo un chillido.

El Protegido se incorporó con dificultad y fue a por la criatura; consiguió agarrarlo por uno de los cuartos traseros e impidió así que pudiera alcanzar a la mujer; luego, tiró con fuerza para hacerle caer. Los dos forcejearon como posesos en el barrizal, pero al final el humano logró enganchar la pierna por debajo de la axila y alrededor del cuello del demonio y empezó a apretar con la otra extremidad. Además, le aferró una de las patas delanteras con ambas manos a fin de evitar que se alzara.

El abismal se removi6 y lo arañó con su zarpa, pero no tenía escapatoria ahora que el humano podía apalancado. Rodaron por el suelo unos momentos más, enganchados uno en torno al otro, antes de que el sol asomara sobre el horizonte y encontrara una brecha en la capa de nubes. El demonio se debatió aún con más fuerza cuando su piel áspera empezó a humear. El Protegido endureció aún más la llave.

«Unos segundos más y...»

Pero entonces acaeció algo inesperado. El mundo circundante pareció tornarse fuliginoso e insustancial mientras notaba una poderosa atracción desde la tierra. Él y

el monstruo empezaron a hundirse.

Se abrió un camino a sus sentidos y el Abismo lo llamó.

El pavor y la repulsión lo invadieron cuando el ser lo arrastró hacia abajo. El demonio todavía era sólido bajo su presa a pesar de que lo demás se había convertido en una simple sombra. Alzó la vista y vio desvanecerse el preciado sol.

Se aferró a la visión del astro rey como a un clavo ardiendo y reaseguró su presa en torno al cuello del rival al tiempo que tiraba de la pata del demonio para arrastrarlo hacia la luz de arriba. El abismal se revolvió de forma enloquecida, pero el terror insufló nuevas fuerzas al humano, que alzó a la criatura de vuelta a la superficie con un grito inarticulado de determinación.

El bienaventurado y refulgente sol estuvo ahí para recibirlos: El Protegido volvió a sentirse sólido y el abismal estalló en llamas. La criatura lo arañó desde el suelo, pero Arlen se apresuró a sujetarlo.

Sangraba por todas partes cuando al final soltó aquel amasijo churruscado. Leesha corrió a su lado, pero él la apartó, todavía con el vértigo del horror en el cuerpo. ¿Qué era él, que podía hallar un camino para bajar al Abismo? ¿Se había convertido en un abismal? ¿Qué clase de monstruo sería un hijo nacido de su semilla?

—Estás herido —objetó ella, acudiendo otra vez a su lado.

—Me curaré —contestó, apartándola.

El frío tono monocorde de El Protegido había regresado para sustituir a la voz suave y amorosa de hacía apenas unos minutos, y era cierto: los cortes pequeños y los rasguños ya se estaban sanando.

—Pero, ¿y qué hay de...? —protestó Leesha.

—Hice mi elección hace tiempo, y elegí la noche —replicó El Protegido—. Por un momento pensé que podía recuperarlo, pero ya no hay vuelta atrás —concluyó, sacudiendo la cabeza.

Recogió su cogulla y se dirigió a un frío arroyo próximo donde se lavó las heridas.

—¡Engendro del infierno! —gritó Leesha detrás de él—. ¡Tú y tu maldita obsesión!

La plaga

332 d.R.

Rojer seguía dormido cuando ellos regresaron a la cueva. Se cambiaron las ropas manchadas de barro, uno de espaldas al otro, y luego, mientras El Protegido ensillaba los caballos, Leesha despertó al Juglar. Desayunaron en silencio unos bocados de comida fría y se pusieron en camino antes de que el sol hubiera terminado de asomar. Rojer montó en la yegua de Leesha, detrás de ella, mientras que el hombre tatuado iba solo a lomos del garañón. Unas nubes espesas encapotaban el cielo, anunciando nuevos aguaceros.

—¿No deberíamos habernos cruzado ya con el Enviado que viaja al norte? —inquirió Rojer.

—Tienes razón —contestó Leesha, quien miró hacia detrás y hacia delante, estudiando el camino con gesto de preocupación.

El Protegido se encogió de hombros.

—Llegaremos a Hoya de Leñadores cuando el sol esté en su cénit. Os veré entrar allí y continuaré mi camino.

La Herborista asintió.

—Me parece lo mejor —convino.

—¿Así, sin más? —preguntó Rojer.

El hombre tatuado ladeó la cabeza.

—¿Esperabas otra cosa, Juglar?

—¿Después de todo lo que hemos pasado? ¡Por la Noche, sí! —saltó Rojer.

—Lamento decepcionarte, pero tengo asuntos pendientes —replicó El Protegido.

—El Creador te ha prohibido pasar una noche sin matar algo —murmuró la sanadora.

—Pero ¿y qué hay de lo que discutimos? —lo presionó el Juglar—. ¿Viajo contigo?

—¡Rojer! —gritó Leesha.

—He decidido que no es una buena idea —replicó el hombre tatuado, lanzando una mirada de refilón a la mujer—. Tu música no me sirve si no puede matar demonios. A la larga, estaré mejor sin ti.

—No podría estar más de acuerdo —completó Leesha.

El Juglar la fulminó con la mirada y ella se puso colorada. Él merecía algo mejor,

y la sanadora lo sabía, pero no estaba en condiciones de ofrecerle consuelo ni una explicación cuando usaba toda su entereza en contener las lágrimas.

Ella sabía para qué vivía El Protegido, y por mucho que esperase otra cosa, también había sido consciente de que tal vez su corazón no estuviera abierto durante mucho tiempo, pero aun así ¡había deseado vivir ese momento! Había querido hallarse a salvo en sus brazos y sentirle dentro de ella. Si él la hubiera dejado embarazada, ella habría tenido el niño sin cuestionarse quién era el padre, pero ahora, tenía suficientes reservas de balaustia para hacer lo que debía.

La hostilidad entre ellos resultaba palpable mientras trotaban en silencio. Antes de que pasara mucho tiempo doblaron un recodo del camino y pudieron obtener el primer atisbo de Hoya de Leñadores.

Pudieron ver que la aldehuela era un poblado en ruinas incluso desde la distancia.

Rojer se sujetó con más fuerza para no caer con tanto sube y baja. Leesha había emprendido un galope furioso en cuanto vio el humo, seguida por El Protegido. Los incendios del lugar todavía ardían a pesar de la humedad imperante y vomitaban columnas de grasoso humo negro. El pueblo estaba devastado y Rojer se encontró reviviendo la destrucción de Pontón. Respiró de forma entrecortada y echó mano a su bolsillo secreto antes de recordar que su talismán se había roto y estaba perdido. La yegua se encabritó y él debió echar mano a la cintura de Leesha para no caer.

Los supervivientes erraban perdidos; vistos de lejos, parecían hormigas.

—¿Por qué no apagan los fuegos? —preguntó la sanadora, pero Rojer se limitó a sujetarse y no le contestó.

Sofrenaron a las monturas cuando llegaron a la aldehuela, donde se quedaron petrificados al apreciar la magnitud de la devastación.

—Algunos edificios han debido arder durante varios días —observó el hombre tatuado, cabeceando en dirección a los restos de lo que antaño había sido una casa acogedora.

Lo cierto era que muchos edificios habían quedado reducidos a ruinas calcinadas apenas humeantes y otras ya sólo eran cenizas frías. La taberna de Smitt, el único inmueble del pueblo con dos plantas, se había venido abajo. Todavía podían verse arder algunas vigas. Otras viviendas habían perdido el tejado o paredes enteras.

Leesha se fijó en los rostros manchados y surcados de lágrimas conforme se adentraban más y más en el villorrio. Ella reconoció esos semblantes, pero todos parecían demasiado ocupados con su propia pena para advertir el paso del pequeño grupo. Se mordió el labio para contener el llanto.

Los hoyenses habían depositado los cadáveres en el centro del pueblo. A Leesha se le encogió el corazón cuando vio un mínimo de cien cuerpos, algunos de ellos ni

siquiera cubiertos por una manta. El pobre Niklas. Saira y su madre. El Pastor Michel. Steave. Niños a quienes no había llegado a conocer y ancianos a los que conocía de toda la vida. Algunos estaban quemados y otros despedazados, pero la mayoría no presentaba marca alguna. Eran las víctimas de la disentería.

Mairy se arrodilló junto a la pila de cadáveres y sollozó junto a un pequeño fardo. Leesha sintió un nudo en la garganta y sin saber muy bien cómo, se las arregló para desmontar y aproximarse. Puso una mano sobre el hombro de su amiga.

—¿Leesha? —preguntó Mairy con incredulidad. Se levantó y estrechó con fuerza a la Herborista entre sus brazos sin dejar de llorar de forma incontrolable—. Es Elga —chilló, refiriéndose a su hija menor, una niña que todavía no había cumplido los dos años—. Ha... ha muerto.

Leesha la apretó con fuerza y la arrulló con dulces sonidos, pues le fallaron las palabras. Otros vecinos fueron advirtiéndole su presencia mientras Mairy daba rienda suelta a su pesar.

—Leesha, ha venido Leesha. Gracias al Creador.

Al final, Mairy recobró algo de entereza y se echó hacia atrás, y tomó el astroso mandil lleno de manchas para llevárselo a la cara y enjugar sus lágrimas.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Leesha con voz dulce.

Mairy la miró con ojos muy abiertos y de nuevo llenos de lágrimas. Se estremeció, incapaz de hablar.

—La plaga —contestó una voz muy familiar.

Al volverse, Leesha vio acercarse a Jona, apoyándose con fuerza sobre un bastón. Había practicado un corte en sus ropas de clérigo para dejar espacio a una pierna cuya parte inferior estaba entablillada y envuelta en un apretado vendaje con manchas de sangre. Ella lo abrazó al tiempo que lanzaba una mirada elocuente a la pierna.

—Una tibia rota —comentó, restándole importancia con un ademán de la mano—. Vika se encargó de ello. —Se le nubló el rostro—. Fue una de las últimas cosas que hizo antes de venirse abajo.

Leesha abrió los ojos a causa de la sorpresa.

—¿Está muerta? —preguntó, anonadada.

Jona sacudió la cabeza.

—Todavía no, por ahora, pero ha contraído la enfermedad y delira de fiebre. No le queda mucho. —Miró en derredor—. Tal vez no nos quede mucho a ninguno de nosotros —apostilló en voz baja, para ser oído únicamente por la recién llegada—. Me temo que has elegido un momento aciago para regresar, Leesha, pero tal vez sea ése el plan de Creador. Si hubiera esperado un día más, quizá no habría nadie en casa para recibirte.

Los ojos de la Herborista se aceraron.

—¡No quiero oír otra tontería semejante! —lo reprendió ella—. ¿Dónde está

Vika? —Leesha dio la vuelta sobre sí misma, haciéndose cargo de los presentes entre el gentío—. Por el Creador, ¿dónde están todos?

—En el Templo. Todos los enfermos están allí. Quienes se han recuperado o los bienaventurados que no han contraído aún la enfermedad se encargan de recoger a los muertos y velarlos.

—En tal caso, ahí es adónde vamos —replicó ella, poniéndose debajo del brazo de Jona para sostenerle mientras caminaba—. Ahora, cuéntame— lo todo, dime qué ha ocurrido.

Jona asintió. Estaba pálido y bañado en sudor, y tenía los ojos hundidos. Resultaba evidente que había perdido mucha sangre. Se sobreponía al dolor gracias a un gran empeño. Tras ellos, Rojer y El Protegido los siguieron en silencio, junto con los demás lugareños que habían presenciado la llegada de Leesha.

—La plaga se declaró hace meses —comenzó Jona—, pero Vika y Darsy dijeron que sólo era un resfriado y le prestaron poca atención. Varios vecinos contrajeron la enfermedad; los más fuertes y los jóvenes se recuperaron en su mayoría con facilidad, mientras que los demás guardaron cama durante semanas, y algunos acabaron muriendo. Aun así, parecía una enfermedad corriente, hasta que se recrudeció. Gente saludable enfermaba enseguida y de la noche a la mañana se vieron reducidos a la debilidad y el delirio.

»Los incendios empezaron entonces. La gente se desmayaba en sus casas con los candiles y las lámparas en la mano, o se quedaban demasiado débiles para atender sus grafos, un verdadero problema cuando tu padre y casi todos los demás Protectores estaban enfermos en cama, en especial con todo el humo y las cenizas flotando en el aire y ocultando las protecciones. Lucharon contra los incendios lo mejor posible, pero más y más iban cayendo enfermos, y ya no había suficientes manos.

»Smitt reunió a los supervivientes en los escasos edificios protegidos que estaban lejos de las llamas con la esperanza de que el número ofreciera cierta seguridad, pero eso únicamente sirvió para que el brote se extendiera con mayor rapidez. Saira se desmayó durante la tormenta de esta misma noche y derribó una lámpara de aceite al caer, dando inicio a un incendio que devoró la posada en un abrir y cerrar de ojos. Los ocupantes debieron salir huyendo a la noche y...

El Pastor se atragantó y Leesha le pasó la mano por la espalda. No necesitaba oír más. Se hacía una idea muy clara de lo que sucedió a continuación.

El Templo era el único edificio de Hoya de Leñadores construido íntegramente de piedra, razón por la cual había soportado la lluvia de pavesas y chispas y ahora se erguía desafiante ante las ruinas. Leesha profirió un jadeo entrecortado nada más cruzar las grandes puertas de la entrada. Habían retirado los bancos de la iglesia para hacer sitio y los jergones cubrían hasta el último centímetro de la nave, a excepción del estrecho espacio de separación entre unos y otros. Doscientos enfermos gimientes

yacían bañados en sudor y braceaban inquietos; otros, también débiles y aquejados por el mal, acudían a sujetarlos. Vio a Smitt desmayado sobre un jergón y a Vika, no muy lejos de él. Y también a otros dos hijos de Mairy, y a otros niños, demasiados, pero no a su padre.

Cuando entraron los buscó con la mirada una mujer demacrada y ojerosa con aspecto de haber encanecido de forma prematura, pero Leesha identificó la compacta silueta.

—Gracias al Creador —dijo Darsy nada más verla.

Leesha abandonó el costado del Pastor y se le acercó con paso apresurado para hablar con ella. Tras unos minutos de conversación, volvió con Jona.

—¿Sigue en pie la choza de Bruna? —quiso saber Leesha.

—Hasta donde yo sé, sí —contestó él, encogiéndose de hombros—. Nadie ha estado allí desde su defunción, hará cosa de unas dos semanas.

Ella asintió. La cabaña de Bruna estaba retirada del pueblo propiamente dicho y escudada por hileras de árboles. Era improbable que el hollín hubiera roto la protección de los grafos.

—Necesitaré acudir allí para equiparme —anunció la sanadora mientras volvía a salir al exterior.

Volvía a chispear y el cielo había cobrado una tonalidad gris deprimente y desesperanzada.

Roger y El Protegido se hallaban a la entrada, junto a un grupo de hoyenses.

—Eres tú —exclamó Brianne, y corrió a abrazar a la recién llegada.

Evin permanecía detrás, no muy lejos, con una niña en brazos. Junto a él estaba Callen, muy crecido a pesar de no haber cumplido los diez años.

Leesha le devolvió el abrazo con mucho afecto.

—¿Alguien ha visto a mi padre?

—Está en casa, donde deberías estar tú —contestó una voz.

Al darse la vuelta, Leesha vio acercarse a su madre con Gared pisándole los talones. Leesha no sabía si sentir alivio o temor cuando la vio.

—¿Vas a saludar a todos, salvo a tu familia? —inquirió Elona.

—Mamá, yo sólo... —comenzó la sanadora, pero su progenitora la interrumpió.

—Sólo esto, sólo lo otro... —le espetó Elona—. Cuando te conviene, siempre tienes una excusa para dar la espalda a los de tu sangre. Tu pobre padre está a las puertas de la muerte, y te encuentro aquí...

—¿Quién está con él? —la interrumpió Leesha.

—Sus aprendices —respondió Elona.

Leesha asintió.

—Hemos de traerlo aquí con los demás —anunció.

—¡No pienso hacer tal cosa! —chilló Elona—. ¿Cómo va a cambiar la

comodidad de una cama de plumas por un jergón de paja infestado de pulgas en una sala donde cunde la plaga? —Agarró a Leesha por el brazo—. Eres su hija y vas a venir a verlo ahora.

—¿Acaso crees que no lo sé? —replicó Leesha, zafándose de su madre. No hizo esfuerzo alguno por secarse las lágrimas que le corrían por las mejillas—. ¿En qué te crees que pensé cuando lo dejé todo y me fui de Angiers? Pero él no es el único habitante del pueblo, madre, y no puedo abandonar a todos los demás para atender a un hombre, ni aunque sea mi padre.

—Toda esta gente está muerta, y eres una boba si crees lo contrario —le espetó Elona, levantando un coro de exclamaciones entre los congregados. La mujer señaló los muros de piedra del templo—. ¿Acaso creéis que esos grafos de ahí contendrán a los abismales esta noche? —inquirió, llamando la atención de todos los demás hacia la piedra renegrida a causa del humo y la ceniza. Apenas había un trazo visible. Elona se acercó a su hija y en voz baja agregó—: Nuestra casa está lejos de las demás. Tal vez sea la última bien protegida de todo Hoya de Leñadores. No puede albergar a todos, pero puede salvarnos ¡si es que vienes!

Leesha le cruzó la cara. El bofetón desequilibró a Elona y la hizo caer sobre el barro, donde permaneció sentada, muda de asombro, y se llevó la mano a la mejilla enrojecida. Gared parecía dispuesto a correr hacia Leesha y llevársela, pero ella lo detuvo con una fría mirada.

—¡No voy a esconderme y abandonar a mis amigos a los abismales! —bramó—. Encontraremos una forma de proteger el Templo. Vamos a quedarnos aquí, ¡juntos! Y si los demonios vienen e intentan llevarse a mis niños, poseo los secretos del fuego que los harán arder a todos en este mundo.

«Mis niños —pensó Leesha en el repentino silencio subsiguiente—. ¿Me he convertido en Bruna?» Ella miró en derredor y se fijó en los semblantes asustados cubiertos de hollín; y entonces comprendió por vez primera que, en lo que respectaba a aquellas personas, ella *era* Bruna. Ella era la Herborista de Hoya de Leñadores ahora. A veces, eso significaba aportar salud, pero otras...

Otras, implicaba usar un poquito de pimienta en los ojos o quemar al demonio del bosque que se te metía en el patio.

El Protegido se adelantó. La gente cuchicheó al verlo, pues hasta ese momento apenas habían reparado en esa figura espectral vestida con cogulla y de rostro oculto por la capucha.

—No vais a enfrentaros sólo a los demonios del bosque —anunció—. Los demonios de las llamas estarán encantados de quemaros y los del viento sobrevolarán por encima. La devastación de vuestro pueblo podría atraer incluso a demonios de las rocas, procedentes de las montañas. Estarán a la espera de que se ponga el sol.

—¡Vamos a morir todos! —gritó Ande.

Leesha percibió que el pánico cundía entre la gente.

—¿Y a ti qué te importa? —se encaró con el hombre tatuado—. Has mantenido tu promesa, ya nos has visto entrar aquí. Monta ese engendro del Abismo que es tu caballo y sigue tu camino. ¡Déjanos librados a nuestro destino!

Pero El Protegido negó con la cabeza.

—Hice el juramento de no darles nada a los abismales y no pienso romperlo de nuevo. Me condenaré yo mismo al Abismo antes de entregarles Hoya de Leñadores.

Se volvió hacia la gente y se echó hacia atrás la capucha. Hubo exclamaciones de sorpresa y alarma, pero dejó de cundir el pánico y El Protegido aprovechó el momento.

—Pienso quedarme y resistir a los abismales cuando acudan al Templo esta noche. Me quedaré y lucharé —declaró. Hubo una exclamación y un destello colectivo de comprensión en los ojos de muchos aldeanos, pues incluso allí había oído los cuentos sobre el matademonios tatuado—. ¿Alguno de vosotros va a quedarse conmigo? —preguntó.

Los hombres se miraron unos a otros, llenos de dudas, mientras las mujeres los aferraban por los brazos y les imploraban con la mirada que no hicieran ni dijeran ninguna tontería.

—¿Y qué podemos hacer, excepto dejar que nos descuarticen? —clamó Ande—. ¡Nada puede matar a un demonio!

—Te equivocas —aseguró El Protegido, y anduvo dando grandes zancadas hasta situarse al costado de *Rondador Nocturno*, de cuyo lomo extrajo un fardo envuelto—. Es posible matar incluso a un demonio de las rocas —aseguró mientras desenvolvía un objeto largo y curvo que luego arrojó sobre el suelo enlodado, a los pies de los lugareños.

El liso objeto, de un feo color marrón amarillento, similar al de un diente podrido, medía casi un metro de largo desde la base quebrada hasta la punta afilada. Un rayo de sol atravesó el cielo encapotado e incidió en él mientras era objeto de todas las miradas. La pieza empezó a humear a lo largo de toda su extensión a pesar de estar en el lodo y chisporrotear cuando le alcanzaban las frías gotas de la llovizna.

El cuerno del abismal estalló en llamas al cabo de unos momentos.

—Es posible acabar con cualquier demonio —gritó El Protegido mientras tomaba una lanza del arzón de su caballo y la lanzaba contra el cuerno en llamas. Se produjo un resplandor y el cuerno explotó en un estallido de chispas, como los petardos de feria.

—Creador misericordioso... —rezó Jona, dibujando un grafo en el aire. Muchos de los presentes se persignaron imitando la forma del grafo.

El Protegido se cruzó de brazos.

—Soy capaz de fabricar armas que hagan daño a los abismales, pero no valen de

nada sin los brazos que han de empuñarlas, por eso, pregunto de nuevo, ¿quién va a quedarse conmigo?

Reinó el silencio durante un buen rato antes de que alguien dijera:

—Yo me quedaré.

El hombre tatuado se volvió y se llevó una sorpresa al ver acercarse a Rojer, que se puso junto a él.

—Y yo —anunció Yon el Gris mientras daba un paso al frente. Necesitaba apoyarse sobre el bastón para andar, pero había una férrea determinación en sus ojos—. Los he visto venir y llevársenos uno tras otro durante más de setenta años. Si ésta ha de ser mi última noche, entonces escupiré al ojo de un abismal antes del fin.

Los demás lugareños permanecieron estupefactos, pero entonces se adelantó Gared.

—Gared, idiota, ¿qué haces? —inquirió Elona, aferrándolo por el brazo, pero el gigante se libró de su mano y extendió la mano hacia la lanza de grafos clavada en el barro.

La miró fijamente, estudiando los grafos inscritos a lo largo de su superficie.

—Anoche descuartizaron a mi viejo —dijo en voz baja y enfadada. Aferró el arma y miró a los ojos de El Protegido—. Voy a cobrarme la deuda.

Sus palabras espolearon a otros, y uno por uno o en grupo, algunos movidos por el miedo y otros impelidos por la ira, y muchos más impulsados por la desesperación, los hoyenses se alzaron para acudir al encuentro de la noche venidera.

—Necios —bufó Elona, y se marchó hecha un basilisco.

—No necesitas hacerlo —le aseguró Leesha, con los brazos entrelazados en torno a la cintura del hombre tatuado mientras el garañón cabalgaba hacia la cabaña de Bruna.

—¿De qué vale una maldita obsesión si no ayuda a la gente? —replicó él.

—Esta mañana estaba enfadada. No quise decir eso.

—Querías decirlo —le aseguró El Protegido—, y estabas en lo cierto. Me he ocupado tanto del enemigo contra el cual me enfrentaba que me he olvidado de por qué luchaba. El único anhelo de mi vida ha sido matar monstruos, pero ¿de qué sirve aniquilar abismales en la espesura si no presto atención a los que cazan hombres todas las noches?

Se detuvieron al llegar a la cabaña. El hombre tatuado bajó de un salto y ofreció una mano a su acompañante. Ella sonrió y le dejó ayudarla a desmontar.

—La casa sigue intacta. Todo cuanto necesitamos está dentro.

Nada más entrar, Leesha se dirigió hacia donde estaban los utensilios de Bruna, pero la familiaridad del lugar la alcanzó con fuerza cuando comprendió que jamás

volvería a ver a su maestra, tampoco oiría sus maldiciones ni podría reprocharle que escupiera en el suelo, ni podría beber de su sabiduría ni reír ante sus salidas obscenas. Aquella parte de su vida había terminado.

Pero no había tiempo para las lágrimas, de modo que la mujer dejó a un lado los sentimientos y se dirigió a la botica, de donde recogió jarras y botellas, metiendo algunas en los bolsillos de su mandil y entregando otras a El Protegido, quien las envolvía en silencio antes de cargarlas en las alforjas de *Rondador Nocturno*.

—No veo por qué me necesitas para esto —le reprochó—. Debería estar haciendo armas. Nos quedan pocas horas.

Ella le entregó el último frasco de hierbas, y en cuanto estuvo todo convenientemente colocado lo condujo al centro de la estancia, desde donde retiró la alfombra para mostrarle una trampilla. El Protegido la abrió para ella, revelando unos escalones de madera que se hundían en la oscuridad.

—¿Cojo una vela?

—Ni se te ocurra —gritó Leesha.

El hombre tatuado se encogió de hombros.

—Yo veo bastante bien en la oscuridad.

—Disculpa, no pretendía ser tan brusca.

La Herborista rebuscó en sus múltiples bolsillos hasta localizar dos pequeños viales cerrados con tapón. Vertió el contenido de uno en el otro y agitó el vial hasta obtener un suave brillo. Sostuvo en alto el frasquito e inició el descenso de los escalones mohosos hasta entrar en la polvorienta bodega. Las paredes eran de tierra apelmazada y había grafos pintados en los puntales. El pequeño espacio estaba atestado de cajones de almacenaje, baldas de frascos y botellas y grandes barriles.

Leesha se dirigió a un estante y levantó una caja de pajuelas de azufre.

—El fuego hiere a los demonios del bosque —musitó—, pero ¿qué efecto hará un disolvente fuerte?

—No lo sé —repuso El Protegido.

Leesha le lanzó la caja y se puso de rodillas para hurgar entre las botellas de un anaquel bajo.

—Vamos a averiguarlo —dijo ella mientras pasaba hacia atrás una gran botella de vidrio llena de un líquido claro cuyo tapón, también de cristal, estaba fuertemente sujeto a la boca del recipiente con red de fino alambre.

—Grasa y aceite para hacerles resbalar —murmuró ella, todavía revolviendo entre los frascos—, y arden con fuerza incluso bajo la lluvia.

Leesha le entregó a su acompañante un par de jarras de conserva selladas con cera.

A esto le siguieron nuevos objetos: palos tronadores, normalmente usados para arrancar tocones rebeldes, y la caja de petardos de feria de Bruna, llena de tracas,

bengalas y cohetes voladores.

Por último, ella se dirigió al fondo de la bodega, donde había un gran barril de agua.

—Ábrelo con suavidad —le indicó al hombre tatuado.

Él lo hizo de ese modo, encontrando cuatro jarritas de cerámica meciéndose en el agua. Se volvió hacia Leesha y la miró con curiosidad.

—Eso es fuego líquido infernal.

Los veloces cascos protegidos del garañón los condujeron a la casa del padre de Leesha en cuestión de minutos. Allí, la sanadora se vio abrumada por la nostalgia, pero de nuevo no se dejó dominar por los sentimientos. ¿Cuántas horas faltaban para el crepúsculo? No muchas, eso seguro.

Los niños y los ancianos habían comenzado a llegar, reuniéndose en el patio. Brianne y Mairy los habían puesto a trabajar en la recogida de útiles. Mairy tenía los ojos vacíos mientras vigilaba a los niños. No había sido fácil convencerla de que abandonara a sus dos hijos en el Templo, aunque al fin había prevalecido la razón. Su padre se quedaba allí, y los otros hijos iban a necesitar a su madre si todo salía mal.

Elona salió en tromba de la casa en cuanto llegaron ellos.

—¿Lo de convertir mi casa en un establo ha sido cosa tuya?

Leesha pasó junto a ella, flanqueada por El Protegido, y no dejó a Elona otra alternativa que correr tras ellos cuando entraron en la casa.

—Sí, Madre, ha sido idea mía —contestó—. Quizá no dispongamos de espacio para todos, pero los niños y los ancianos que hasta ahora han logrado evitar el contagio se quedarán a salvo aquí, pase lo que pase.

—¡No pienso tolerarlo!

Leesha se giró en redondo para encararse con ella.

—¡No tienes elección! —gritó—. Estabas en lo cierto cuando decías que nuestra casa es la única que tiene unas protecciones fuertes, por lo que puedes sufrir aquí, en una casa atestada, o salir a pelear con los demás, pero válgame el Creador, los jóvenes y los viejos permanecerán protegidos por los grafos de padre esta noche.

Elona la fulminó con la mirada.

—No me hablarías de ese modo si tu padre estuviera sano.

—Él mismo los habría invitado si no estuviera enfermo —replicó Leesha, sin achantarse un ápice. Luego, centró su atención en el hombre tatuado—. La papelera está detrás de esas puertas. Allí están las herramientas de trazar grafos de mi padre y tendrás espacio para trabajar. Los chavales están reuniendo todas las armas del pueblo para traértelas.

El Protegido asintió y se desvaneció en la tienda sin despegar los labios.

—¿De dónde rayos has sacado a ese...?

—Nos salvó de los demonios del camino —respondió Leesha mientras se dirigía a la habitación de su padre.

—No sé yo si eso va a hacer algún bien —la previno Elona, poniendo una mano en la puerta—. Darsy la comadrona anda diciendo que ahora está en manos del Creador.

—Tonterías —replicó Leesha.

Entró en el dormitorio y acudió de inmediato junto al lecho de su progenitor, que estaba pálido y bañado en sudor, pero ella no se arredró. Le puso una mano en la frente y le acarició la garganta, las muñecas y el pecho con sus sensibles dedos. Mientras lo reconocía, le formuló a su madre preguntas relacionadas con los síntomas del enfermo: cómo, cuándo se habían manifestado y qué pruebas habían hecho ella y la comadrona Darsy.

Elona se retorció las manos, pero respondió lo mejor posible.

—Hay muchos otros en peor estado que él —observó Leesha—. Papá es más fuerte de lo que tú le concedes.

Por una vez, Elona no tuvo ninguna réplica denigrante.

—Voy a prepararle una poción. Deberá tomarla cada tres horas con regularidad.

Tomó un pergamino y comenzó a escribir las instrucciones a toda prisa.

—¿No vas a quedarte con él? —preguntó Elona.

Leesha sacudió la cabeza.

—Hay cerca de doscientas personas en el Templo que necesitan mi ayuda, mamá, y muchas están peor que papá.

—Tienen a Darsy para que los atienda —arguyó la madre.

—Darsy parece que no ha dormido desde que se desató el brote —replicó Leesha—. Está de pie y dormida, y lo que es más, no me fío de sus curas contra esta enfermedad. Si te quedas con papá y sigues mis instrucciones, lo más probable es que al alba él esté mejor que la mayoría de los enfermos de Hoya de Leñadores.

—¿Leesha? —gimió el doliente—. ¿Eres tú?

La sanadora corrió junto a su progenitor, se sentó al borde de la cama y le tomó la mano.

—Sí, papá, soy yo —contestó ella con ojos lagrimosos.

—Has venido —susurró Erny. Sus labios se curvaron cuando esbozó una morosa sonrisa. Estrechó la mano de su hija sin fuerza—. Sabía que lo harías.

—Por supuesto que he venido.

—Pero debes irte —observó él, con un suspiro. Él le palmeó la mano cuando Leesha no respondió—. He oído tus palabras. Ve y haz cuanto sea necesario. El simple hecho de verte me ha insuflado nuevas fuerzas.

Leesha estuvo a punto de sollozar, y lo ocultó como si fuera una risa antes de

besar la frente de Erny.

—¿Tan mal pinta la cosa? —susurró él.

—Un montón de gente va a morir esta noche —contestó Leesha.

Erny le apretó las manos con más fuerza.

—Entonces, ve, no hay mayor necesidad que ésa. Te quiero y me enorgullezco de ti.

—Te quiero, papá —dijo Leesha.

Lo abrazó con fuerza, se enjugó las lágrimas de los ojos y salió de la estancia.

Rojer dio unas volteretas por el pequeño pasillo central del improvisado dispensario mientras hacía una pantomima sobre el osado rescate que había llevado a cabo El Protegido unas noches antes.

—Pero entonces —continuó— se interpuso entre nosotros el mayor demonio de las rocas que había visto en mi vida.

Se subió a lo alto de la mesa con un brinco y alargó los brazos en el aire, indicando mediante gestos que ni aun así era capaz de hacer justicia a la corpulencia de la criatura.

—Medía cuatro metros y medio, tenía dientes grandes como una lanza y una cola en forma de cuerno capaz de aplastar a un caballo. Leesha y yo nos detuvimos en seco, pero ¿hizo eso vacilar a El Protegido? ¡No! Continuó caminando, tranquilo como si fuera una mañana cualquiera de Séptimo, y miró al monstruo a los ojos.

Rojer disfrutó de los ojos abiertos que veía a su alrededor; luego, vaciló, dejando que aumentara un tenso silencio antes de chillar:

—¡Bum! —Dio una palmada y todos saltaron del susto—. Así de fácil, el caballo de El Protegido, negro como la noche y con aspecto de demonio, atravesó la espalda del demonio con los cuernos.

—¿Tenía cuernos el caballo? —preguntó un anciano, alcanzando una ceja de pelo entrecano tan grueso que su continuo movimiento le hacía parecer la cola de una ardilla.

—Ya lo creo —confirmó el Juglar mientras alargaba los dedos detrás de las orejas para imitarlos, lo cual provocó algunas risas—, llevaba unos cuernos muy grandes de metal reluciente atados a la brida. Eran puntiagudos y llevaban inscritos grafos de poder. Es el mejor caballo que podéis ver, ya lo creo. Pisoteó al monstruo con los grafos de los cascos, que resonaban como truenos, y mientras el noble bruto golpeaba al abismal nosotros corríamos al círculo para ponernos a salvo.

—¿Y qué fue del caballo? —inquirió un chiquillo.

—Salió galopando entre los abismales en cuanto oyó el silbido de El Protegido —dijo mientras batía palmas para imitar el golpeteo de los cascos contra el suelo y

reforzar la historia—, y saltó por encima de las protecciones para meterse en el círculo.

La historia dejó fascinados a los oyentes, haciendo que se olvidaran por un rato de la enfermedad y la noche inminente, y aún más: Rojer sabía que les había dado esperanza, la esperanza de que Leesha fuera capaz de curarlos y El Protegido pudiera protegerlos.

Le habría encantado poder dársela a él mismo.

Leesha había hecho que los muchachos limpiaran las cubas que usaba su padre para hacer pasta de papel. Ahora las utilizaba para preparar pociones en unas cantidades que jamás había intentado. Enseguida se le acabaron todas las reservas de Bruna y hubo que informar a Brianne, que diseminó a los muchachos por los campos en busca de apio de monte y otras hierbas.

A menudo lanzaba miradas a los rayos del sol que se colaba por la ventana, observando cómo su trazo se alargaba por el suelo a medida que estaba más bajo. El día se acababa.

No muy lejos, El Protegido trabajaba con similar velocidad. Movía las manos con delicada precisión mientras pintaba grafos en hachas, picos, martillos, flechas y piedras para hondas. Los pequeños le traían cualquier herramienta susceptible de poder usarse como arma y las recogían en cuanto se secaba la pintura, apilándolas en las carretas situadas en el exterior de la casa.

Alguien acudía a entregar un mensaje cada poco rato, a Leesha o a El Protegido. Ellos le daban instrucciones a toda prisa y despedían al mensajero para volver a su trabajo.

Cuando faltaban un par de horas para el anochecer, condujeron las carretas bajo una lluvia continua hasta llegar al templo. Los vecinos abandonaron sus quehaceres nada más verlos y acudieron enseguida para ayudar a Leesha en la descarga de sus pociones. Sólo unos pocos se aproximaron a El Protegido para ayudarlo a descargar la otra carreta, pero bastó una mirada de éste para que se alejaran.

Leesha acudió a él con una pesada jarra de piedra.

—Opio y duranta —lo informó mientras se la entregaba—. Mézclalos con la comida de tres vacas y vigila que se la tomen toda.

El Protegido tomó la jarra y asintió.

El hombre tatuado la tomó por el brazo cuando iba a entrar en el Templo y le dijo:

—Toma esto.

Y le ofreció una de sus propias lanzas, un arma de metro y medio de longitud hecha de liviana madera de fresno. Los grafos de poder estaban grabados en la punta, provista de un filo aguzado, y también los había defensivos en el astil de lisa madera

lacada y en la contera metálica.

Leesha lo miró dubitativa, pero no hizo ademán de tomarla.

—¿Y qué pretendes que haga yo con eso? Soy una Herbó...

—No te pongas a recitarme ahora el juramento de las Herboristas —la interrumpió el hombre tatuado mientras le ponía el arma en las manos—. Ese dispensario tuyo está muy poco protegido y si nuestra línea falla, tal vez esta lanza sea lo único que se interponga entre los abismales y tus enfermos. Entonces, ¿qué va a exigirte tu juramento?

Leesha torció el gesto, pero aceptó el arma y buscó algo más en él, pero El Protegido estaba con la guardia en alto y ella no era capaz de leerle el corazón. Deseaba soltar la lanza y abrazarlo, pero no soportaría otro rechazo por su parte.

—Esto..., buena suerte —consiguió articular la sanadora.

El hombre tatuado asintió.

—Te deseo lo mismo.

Se volvió para prestarle atención al contenido de la carreta. Leesha lo miró fijamente, sintiendo unas ganas locas de ponerse a gritar.

El Protegido relajó los músculos cuando Leesha estuvo lejos. Había necesitado toda su fuerza de voluntad para darle la espalda, pero ninguno de ellos podía permitirse el lujo de otra noche de equívocos.

Centró su atención en la inmediata batalla y apartó de su mente a la Herborista. El libro sagrado de los krasianos, el Evejah, contenía referencias a las conquistas de Kaji, el primer Liberador, y él lo había estudiado con detenimiento mientras aprendía el idioma.

Krasia se había consagrado a la filosofía de la guerra de Kaji y durante siglos sus guerreros habían luchado contra los abismales todas las noches. Cuatro eran las leyes divinas que regían la batalla. «Actúa con unidad y bajo un liderazgo.» «Elige el momento y el lugar donde vas a presentar batalla.» «Adáptate a lo que escapa a tu control y prepara lo demás.» «Sorprende al enemigo atacando como no se lo espera, encuentra y explota sus debilidades.»

Un guerrero krasiano aprendía desde la cuna que el camino hacia la salvación pasaba por matar alagai. Ninguno de ellos vacilaba cuando Jardir les pedía que abandonaran la seguridad de sus protecciones. Peleaban y morían con la certeza de que servían a Everam y de que iban a ser recompensados en la otra vida.

El Protegido temía que los hoyenses carecieran de esa unidad de propósito y no se comprometieran en la pelea, pero pensó que tal vez los había subestimado cuando los vio ir de un lado para otro y prepararse. Incluso en Arroyo Tibbet todos acudían y aguantaban al lado de sus vecinos cuando las cosas se ponían difíciles. Eso era lo que

permitía que las aldehyelas siguieran vivas y prosperaran a pesar de la ausencia de muros con grafos. Si conseguía mantenerlos ocupados y que no desesperaran cuando aparecieran los demonios, tal vez lucharían todos a una.

De lo contrario, esa noche iban a morir todos los ocupantes del Templo.

La fuerza de la resistencia krasiana debía mucho a la segunda ley de Kaji, la elección del terreno, tanto o más que a sus propios combatientes. El laberinto de Fuerte Krasia estaba cuidadosamente diseñado para conceder ciertas protecciones a los dal'Sharum y canalizar la embestida de los demonios a lugares donde los hombres llevaban ventaja.

Una cara del Templo daba al bosque, donde ejercían su predominio los demonios del bosque y otras dos a las calles en ruinas y derruidas del pueblo. Había demasiados lugares donde los abismales podían ocultarse o parapetarse, pero detrás de los adoquines de la entrada principal se hallaba la plaza mayor. Quizá tuvieran una oportunidad si eran capaces de atraer allí a los demonios.

La lluvia había formado una capa aceitosa sobre los grafos de los toscos muros del Templo y ellos no habían logrado limpiarla, por lo que habían cerrado a cal y canto las grandes puertas y las ventanas con planchas de madera y clavos para luego trazar con tiza grafos encima de la madera. La entrada se limitaba a una pequeña entrada lateral cuyos umbrales de piedra tenían buenos grafos de protección. A los atacantes iba a resultarles más fácil atravesar la pared.

La misma presencia de humanos desprotegidos en la noche actuaría como un imán para los abismales. No obstante, El Protegido se había tomado la molestia de mantener a los asaltantes lejos de los flancos y de los edificios para crear un camino más accesible que los llevaría a atacar desde el extremo opuesto de la plaza. En su dirección, los aldeanos habían ubicado obstáculos alrededor de las demás caras del Templo, esparciendo al azar postes de protección donde él había tallado grafos de confusión a fin de que cualquier demonio que pasara junto a ellos con el propósito de atacar las paredes del edificio se olvidara de dicha intención y se viera atraído de forma inevitable por el alboroto de la plaza mayor.

Junto a la plaza, en un lateral, se hallaba el redil diurno del Pastor. Era pequeño, pero contaba con unos postes de protección nuevos. Unos pocos animales errando dispersos alrededor de los hombres ofrecerían un mínimo refugio.

Habían excavado trincheras al otro lado de la plaza y las habían rellenado con agua lodosa a fin de propiciar que los demonios de las llamas optasen por un camino más sencillo. El aceite facilitado por Leesha formaba una mancha fangosa en el agua.

Los habitantes del villorrio habían llevado a cabo muy bien la tercera ley de Kaji, la preparación. La plaza se había vuelto muy resbaladiza a causa de la lluvia constante, que había formado una fina película de barro sobre la dura tierra apelmazada. Los círculos de Enviado de Arlen estaban ubicados en el campo de

batalla donde él había ordenado, como apostaderos y lugar de retirada, y habían excavado también un pozo hondo al que luego habían cubierto con una lona cubierta de lodo. Además, utilizaron escobas para extender sobre los adoquines una espesa capa de brasa.

Y en cuanto a la cuarta regla, la de atacar al enemigo de un modo inesperado, se cumplía por sí sola.

Los abismales no esperaban ningún tipo de ataque.

—Hice lo que pidió —dijo un hombre que se aproximaba mientras El Protegido evaluaba el terreno.

—¿Qué...?

—Soy Benn, señor, el marido de Mairy —dijo el hombre, y como El Protegido no dio muestras de reconocerlo, aclaró—: El soplador de vidrio.

Y al fin chispeó un atisbo de reconocimiento en los ojos de El Protegido.

—En tal caso, veámoslo.

Benn extrajo un frasquito de vidrio.

—Es fino, tal y como pidió usted, y frágil.

El hombre tatuado asintió.

—¿Cuántos han tenido tiempo de hacer usted y sus aprendices?

—Tres docenas —contestó Benn—. ¿Puedo preguntar para qué los quiere?

El interpelado negó con la cabeza.

—Pronto lo verá. Tráigalos y consígame algunos trapos.

El siguiente en aproximarse fue Rojer.

—He visto la lanza de Leesha. Vengo a por la mía —anunció.

El Protegido sacudió la cabeza, negándose.

—Tú no vas a luchar. Vas a quedarte dentro con los enfermos.

Rojer lo miró fijamente.

—Pero le dijiste a Leesha...

—Entregarte una lanza es privarte de tu fuerza —lo atajó el hombre tatuado—. Tu música se perdería en el bullicio de la noche, pero dentro resultará más eficaz que una docena de lanzas. Si los abismales logran abrir brecha, cuento contigo para que los contengas hasta que yo llegue.

El Juglar puso cara de pocos amigos, pero asintió y se dirigió de regreso al templo.

Pero otros ya estaban esperando para que los atendiera El Protegido. Éste escuchó el informe de sus progresos y les asignó tareas que fueron a cumplir de forma inmediata. Los hoyenses iban encorvados, pero se movían muy deprisa, como liebres listas para salir huyendo en cualquier momento.

En cuanto se hubo librado de todos, Stefny acudió a él, furibunda, al frente de un grupo de mujeres enojadas.

—¿Qué es eso de que va a enviarnos a la cabaña de Bruna? —inquirió la mujer.

—Allí las protecciones son fuertes. No hay espacio para ustedes en el Templo ni en la casa familiar de Leesha.

—Eso no nos preocupa. Vamos a luchar —aseguró Stefny.

El Protegido la estudió con la mirada. Stefny era una pequeña, de poco más de metro y medio, delgada como un junco y con los cincuenta años bien cumplidos, hasta el punto de tener una piel rugosa y fina, como el cuero muy gastado. La aventajaría en estatura hasta el demonio del bosque más pequeño.

Pero la mirada de sus ojos le dijo que eso no importaba. Ella estaba dispuesta a luchar sin importar lo que él dijera. Los krasianos no permitían luchar a sus mujeres, pero ése era su fallo. No pensaba dar una negativa a nadie dispuesto a resistir al caer la noche. Retiró una lanza de su carreta y se la entregó.

—Os encontraremos un lugar —prometió.

La mujer se quedó desconcertada, pues esperaba una buena bronca. Aceptó el arma, asintió y se fue. Las demás féminas aguardaron su turno y él le entregó una lanza a cada una.

Los hombres acudieron de inmediato al ver que El Protegido repartía armas. Los leñadores recuperaron sus propias hachas y contemplaron los grafos recién pintados con muchas reservas, pues hasta la fecha ningún hachazo había perforado la piel pétrea de un abismal.

—No voy a necesitarla —aseguró Gared, devolviéndole la lanza a El Protegido—. No se me da muy allá mover un palo, pero sé blandir mi hacha.

Uno de los leñadores se presentó con una niña de unos trece años.

—Me llamo Flinn, señor —se presentó el talador—. A veces, mi hija Wonda me acompaña mientras voy de caza. No voy a exponerla a la intemperie por la noche, pero podrá comprobar qué puntería tiene si le deja usted empuñar un arco detrás de las protecciones.

El Protegido miró a la adolescente, alta y poco agraciada. Había salido a su padre en fuerza y corpulencia. Arlen se acercó a *Rondador Nocturno* y descolgó su arco y las flechas de punta gruesa.

—Esta noche no voy a necesitar esto —le dijo a la muchacha al tiempo que le indicaba una ventana alta en la cúspide del tejado—. Prueba a hacer palanca para separar los tablones de esa ventana y dispara desde allí.

Wonda tomó el arco y se marchó a la carrera. Su padre hizo la venia al hombre tatuado y se alejó caminando hacia atrás.

El Pastor Jona salió a su encuentro con la pierna a rastras.

—Deberías estar dentro y sin utilizar esa pierna —dijo El Protegido.

El clérigo asintió.

—Yo sólo quería echarle un vistazo a las defensas.

—Deberían resistir —afirmó el hombre tatuado con más confianza de la que realmente sentía.

—Lo harán —replicó Jona—. El Creador no va a dejar Su Casa sin socorro. Por eso lo ha enviado.

—Yo no soy el Liberador —replicó Arlen con gesto crispado—. Nadie me ha enviado y no hay nada garantizado para la batalla de esta noche.

Jona sonrió con indulgencia, tal y como hace un adulto ante la ignorancia de un niño.

—En tal caso, ¿es una coincidencia que apareciera en el momento de nuestro mayor apuro? —inquirió—. No me corresponde a mí decir si es o no el Liberador, pero está aquí, como uno más de nosotros, porque el Creador lo ha puesto aquí, y Él tiene un motivo para todo lo que hace.

—¿Y qué razón tenía para acabar con medio pueblo por esa epidemia? —quiso saber El Protegido.

—No pretendo ver el camino, pero de todos modos sé que está ahí. Un día, todos nos daremos la vuelta y lo veremos, y nos preguntaremos cómo es que no lo encontrábamos.

Cuando Leesha entró en el Templo vio a Darsy acucillada con gesto agotado junto a Vika. Intentaba bajarle la fiebre poniéndole un trapo mojado en la frente.

Leesha se dirigió directamente hacia ella y le quitó el trapo de entre las manos.

—Duerme algo —le aconsejó al ver la enorme fatiga en los ojos de la mujer—. El sol se pondrá enseguida y entonces vamos a necesitar todas nuestras fuerzas. Descansa mientras puedas.

Darsy rehusó con un cabeceo.

—Descansaré cuando me descuarten los abismales, pero trabajaré hasta ese momento.

Leesha lo sopesó durante unos instantes y luego asintió. Se llevó la mano a un bolsillo y extrajo una viscosa sustancia negra envuelta en papel encerado.

—Mastica esto. Mañana te sentirás morir, pero te mantendrá despierta toda la noche —le aseguró.

Darsy asintió y se llevó a la boca esa sustancia masticable mientras Leesha se inclinaba para examinar a Vika. Aquélla llevaba una bota colgada al cuello, le quitó el tapón mientras pedía a Darsy:

—Ayúdala a incorporarse un poco.

La mujer cumplió su petición y levantó a Vika lo bastante para que Leesha pudiera administrarle la poción. La enferma tosió un poco, pero Darsy le masajeó el cuello y la ayudó a tragar el brebaje hasta que Leesha quedó satisfecha.

La Herborista se levantó y estudió con la mirada la en apariencia infinita multitud de cuerpos tendidos. Había clasificado a los pacientes basándose en las prioridades de atención y había asistido a los más graves antes de irse a la cabaña de Bruna, pero allí había aún muchos enfermos cuyas heridas debía suturar, huesos rotos que fijar y heridas que limpiar, por no mencionar las docenas de contagiados inconscientes a quienes debía administrar sus pociones por la fuerza.

Confiaba en poder atajar la epidemia con el tiempo. Quizá la enfermedad hubiera ido demasiado lejos en algunos casos, que morirían o padecerían secuelas permanentes, pero la mayoría de los niños se recobrarían.

Si seguían con vida al día siguiente.

Congregó a los voluntarios, distribuyó entre ellos las medicinas y los instruyó acerca de lo que esperaba de ellos cuando empezaran a llegar los heridos del exterior.

Rojer vigiló el trabajo de Leesha y los demás, se sintió un cobarde mientras afinaba el violín. En su fuero interno sabía que El Protegido estaba en lo cierto: debía ayudar con su punto fuerte, como siempre había dicho Arrick, pero permanecer a salvo detrás de unos muros de piedra no le hacía sentirse más valiente que quienes mantenían el tipo fuera.

La idea de soltar el violín para tomar una herramienta le había parecido repulsiva no hacía mucho, pero ya se había cansado de esconderse mientras otros daban la vida por él.

Si vivía para contarlo, imaginaba que *La batalla de la Hoya de Leñadores* sería una historia destinada a perdurar de una generación a otra, pero ¿y qué contaría sobre su participación? Tocar el violín desde una posición segura a duras penas merecía una línea, y menos aún un verso.

La batalla de la Hoya de Leñadores

332 d.R.

Los leñadores ocupaban las posiciones de vanguardia en la plaza.

Habían desarrollado brazos fuertes y hombros anchos tras toda una vida de talar árboles y recoger leña, pero algunos, como Yon el Gris, ya no estaban en la plenitud de sus fuerzas y otros, como Linder, el hijo de Ren, todavía no habían llegado a la flor de la vida. Todos echaron mano a los mangos húmedos de sus hachas en cuanto oscureció el cielo y se apretujaron dentro de uno de los círculos portátiles.

Habían situado en el centro de la plaza, detrás de los leñadores, a las tres vacas más gordas de Hoya de Leñadores, que dormían de pie después de haber ingerido la comida mezclada con la droga de Leesha.

Detrás de las vacas estaba el círculo de mayor diámetro. Sus ocupantes no podían rivalizar en musculatura con los leñadores, pero los aventajaban en número. La mitad eran mujeres, y algunas no tendrían más de quince años. Permanecían con expresiones serias junto a sus esposos, padres, hermanos e hijos. Merrem, la corpulenta esposa de Dug el carnicero, empuñaba un cuchillo de matarife y parecía de lo más dispuesta a usarlo.

El pozo tapado se hallaba tras ellos, e inmediatamente detrás de éste se hallaba el tercer círculo, justo en frente de las grandes puertas del Templo, donde aguantaban a pie firme y lanza en ristre Stefny y quienes eran demasiado ancianas o estaban demasiado débiles para correr por el firme resbaladizo de la plaza.

Los pertrechados con armas de corto alcance también llevaban escudos redondos, que no eran más que tapas de barriles con grafos de bloqueo pintados de cualquier modo sobre la madera. El Protegido sólo había trazado uno de cada clase y los demás eran copias bastante aceptables.

Al borde de las vallas del redil diurno, detrás de los postes de protección, se apostaba la artillería: niños de apenas diez años armados con hondas y arcos. Unos pocos adultos habían recibido los preciados palos tronadores o uno de los finos frasquitos de Benn, rellenos con el trapo empapado. Los niños pequeños vestían ropa con capuchas para protegerse de la lluvia y sostenían linternas para iluminar las armas. Quienes se habían negado a luchar entremezclados con los animales, al amparo de la protección que tenían detrás, resguardaban de la lluvia los artefactos pirotécnicos de Bruna.

Unos cuantos, como Ande, se habían echado atrás en su promesa de luchar y se habían retirado detrás de las protecciones tras soportar las mofas de sus compañeros. Cuando El Protegido cabalgó por la plaza a lomos de *Rondador Nocturno*, vio que otros contemplaban el redil con añoranza y tenían el miedo grabado en los semblantes.

Se levantaron gritos cuando se alzaron los primeros abismales y flaqueó la determinación de muchos, que dieron un paso atrás. El terror amenazó con derrotarlos antes incluso de empezar la batalla. Unos cuantos consejos del hombre tatuado sobre dónde y cómo asestar el golpe eran poca cosa frente al peso de toda una vida de miedo.

El Protegido percibió el temblor de Benn. No era la lluvia la causante de la mojadura de su pantalón, que al estar empapado se le pegaba al muslo y delataba el movimiento continuo de éste a causa de un tic. Desmontó y se plantó ante el soplador de vidrio.

—¿Por qué estás aquí fuera, Benn? —preguntó, alzando el volumen para ser oído por todos.

—Por mis hijas —contestó el interpelado, señalando en dirección al Templo con un ladeo de cabeza. Sostenía la lanza con pulso tan poco firme que parecía que se le iba a escapar de las manos.

El Protegido asintió. La mayoría de los allí presentes estaba allí para proteger a sus seres queridos, inermes en el edificio de piedra. De lo contrario, se habrían metido todos en el corral. Señaló con un gesto a los abismales que empezaban a materializarse en la plaza.

—¿Los temes? —preguntó con voz aún más alta.

—S-sí —consiguió responder Benn.

Las lágrimas de sus mejillas se entremezclaban con las gotas de lluvia. Una mirada bastó para ver que otros también asentían.

El Protegido se despojó de sus ropas. Ninguno de los presentes lo había visto sin ellas antes, y todos abrieron unos ojos como platos mientras observaban los grafos tatuados en cada centímetro de su piel.

—Observa —le dijo a Benn, pero en realidad la orden iba referida a todos.

Salió del círculo con andar firme y se acercó a un abismal en proceso de solidificación. Era un demonio del bosque de unos dos metros. El hombre tatuado se volvió y miró a los ojos al mayor número posible de lugareños, y en cuanto vio que lo contemplaban con suma atención, gritó:

—¿A esto le tenéis miedo?

Se volvió de repente y le dio una manotada al abismal en plena mandíbula, tumbando al demonio en medio de una lluvia de chispazos justo cuando acaba de materializarse. La criatura aulló de dolor, pero se recobró de inmediato, y se apoyó

sobre su cola, aprestándose a saltar. Los allí presentes se quedaron boquiabiertos sin apartar los ojos de la escena, convencidos de que El Protegido iba a morir.

El ser arremetió, pero el humano se libró de una sandalia y giró sobre sí mismo para ponerse al alcance del abismal y patearlo. Sonó como un trueno cuando el talón protegido impactó en el pecho blindado de la bestia y el demonio salió dando vueltas otra vez, con el tórax abrasado y re-negrado.

Un congénere más pequeño se lanzó contra el luchador tatuado mientras rondaba a su presa, pero éste lo atrapó de una pata y giró sobre sí mismo para ponerse a la espalda de su agresor y hundirle los grafos de los pulgares en los ojos. Saltaron chispas en medio de una vaharada de humo y el abismal chilló, alejándose a trompicones y llevándose las garras a la cara.

Cuando el demonio pequeño empezó a dar tumbos a ciegas, el hombre retomó la lucha con el primer enemigo, que le lanzó un ataque frontal, pero el luchador de los tatuajes pivotó sobre sí mismo y empleó la inercia del demonio contra él, agarrándolo cuando pasaba desequilibrado y le inmovilizó la cabeza con los brazos llenos de grafos para luego apretar, ignorando los fútiles intentos del demonio para sacárselo de encima. Arlen esperó a que aumentase la intensidad de la reacción y finalmente el cráneo de la criatura se hundió en medio de un estallido de magia, y ambos cayeron al barro.

El resto de los demonios mantuvo las distancias cuando El Protegido se alzó junto al cadáver, aunque sisearon mientras buscaban un signo de debilidad. El hombre tatuado les rugió y los más cercanos a él retrocedieron un paso.

—Tú no debes temerlos, Ben, soplador de vidrio —gritó El Protegido con un vozarrón similar a un huracán—, son ellos quienes han de temerte a ti.

Ninguno de los hoyenses profirió sonido alguno, pero muchos cayeron de rodillas y dibujaron grafos en el aire delante de ellos.

El hombre tatuado caminó de vuelta junto a Benn, que había dejado de temblar.

—Recuerda esto la próxima vez que te metan el miedo en el cuerpo —le dijo, usando las ropas para limpiarse el barro de los grafos.

—El Liberador —susurró Benn, y los demás comenzaron a murmurar lo mismo.

El Protegido sacudió la cabeza con fiereza, despidiendo agua lluvia.

—¡Tú eres el Liberador! —bramó, golpeándolo con dureza en el pecho—. ¡Y tú! —chilló, dándose la vuelta para tirar con rudeza de un hombre arrodillado a sus pies—. ¡Todos vosotros sois liberadores! —aulló, abarcando con los brazos a cuantos permanecían al descubierto en la noche—. Si los abismales temen a un Liberador, ¡hagámosles temblar ante un centenar de ellos!

Agitó el puño, y los lugareños rugieron.

Por el momento, el espectáculo mantenía a raya a los demonios recién corporeizados, que iban y venían soltando gruñidos, pero ese deambular se ralentizó

y uno tras otro se pusieron en cuclillas y los músculos de las patas se dilataron mientras apisonaban el suelo.

El Protegido se volvió hacia el flanco izquierdo y los grafos de los ojos le permitieron horadar la oscuridad: los demonios de las llamas evitaban la trinchera llena de agua, pero los demonios del bosque se aproximaban por esa vía, sin tener cuidado de no mojarse.

—Prended —gritó, señalando a la trinchera con el pulgar.

Benn encendió una pajuela de azufre con el pulgar mientras con la palma protegía la llamita del viento y la lluvia hasta prender la mecha de una bengala. Cuando la mecha siseó y chisporroteó, Benn la desenrolló y la lanzó hacia la trinchera.

La mecha se consumió cuando había recorrido la mitad de su trayectoria y un chorro de fuego explotó de un extremo a otro de la bengala. El tubo envuelto en grueso papel comenzó a girar rápidamente en un cegador molinete, emitiendo un penetrante zumbido cuando impactó sobre el aceite acumulado en el lodo de la trinchera.

Los demonios del bosque aullaron cuando el agua estalló en llamas bajo sus patas. Se cayeron de espaldas y golpearon el fuego con pánico, chapoteando en el agua y extendiendo más el incendio.

Los demonios de las llamas gritaron de gozo cuando se vieron saltando en el fuego, olvidándose del agua que había debajo. El Protegido sonrió al oír sus gritos cuando el agua entró en ebullición.

El parpadeo del fuego llenó la plaza y los humanos soltaron gritos ahogados al ver el tamaño de los atacantes. Los demonios del viento cortaron el aire, pues eran ágiles a pesar de la lluvia y la ventisca. Los ágiles demonios de las llamas pasaron con rapidez. El fulgor rojo de sus ojos y bocas contorneó la silueta maciza de los demonios de las rocas que merodeaban en las primeras filas de la nutrida concurrencia, y de los demonios del bosque, de los cuales había muchos.

—Es como si los árboles del bosque se hubieran rebelado contra los leñadores —observó Yon el Gris, asombrado.

Muchos compañeros asintieron con pavor.

—Todavía no he encontrado a uno que no haya acabado por talar —refunfuñó Gared, aferrando el hacha para ponerse manos a la obra. La baladronada cundió en las filas de leñadores y los demás se crecieron.

Los abismales se abrieron paso pronto y embistieron contra los leñadores con las garras por delante, aunque las protecciones del círculo los detuvieron en seco. Los hombres se prepararon para descargar las hachas.

—¡Aguardad! —bramó El Protegido—. Acordaos del plan.

Los hombres se controlaron y dejaron que los asaltantes martillearan las protecciones en vano. Los abismales fueron alrededor del círculo en busca de una

debilidad, y pronto no pudo verse a los leñadores, rodeados de una marea de pieles similares a cortezas de árbol.

El primero en localizar las vacas fue un demonio de las llamas de tamaño no superior a un gato. Se lanzó dando un chillido sobre el lomo de uno de los animales, en cuya carne hundió las garras bien hondo. El animal despertó y baló de dolor cuando el pequeño agresor le arrancó un trozo de piel con los dientes.

El sonido atrajo la atención de otros congéneres, que se olvidaron de los hombres y cayeron sobre los rumiantes en una explosión de vísceras cuando los hicieron trizas, levantando surtidores de sangre que empaparon el suelo. Incluso algún demonio del viento cayó en picado para tomar un trozo de carne antes de retornar al cielo.

Las vacas fueron devoradas en un abrir y cerrar de ojos, aunque ninguno de los abismales pareció quedar satisfecho, por lo cual avanzaron hacia el siguiente círculo y atacaron las protecciones del mismo, saturando el aire de chispazos de magia.

—¡Aguardad! —repitió El Protegido al percibir cómo se tensaba la gente a su alrededor.

Sostuvo en alto la lanza y la echó hacia atrás mientras observaba con atención a los demonios. Permaneció a la espera.

Y entonces lo vio: un demonio dio un traspié y perdió el equilibrio.

—¡Ahora! —rugió mientras abandonaba el círculo de un salto y alanceaba la testuz de un demonio.

Los hoyenses profirieron un grito primigenio y se lanzaron a la carga, cayendo sobre los abismales drogados con frenesí, tajando y atravesando su carne. Los demonios aullaron, pero estaban lentos de reflejos por culpa de la poción de Leesha. Los humanos trabajaron en equipos pequeños, tal y como se les había instruido: uno atraía la atención de un demonio y los otros lo atacaban por la espalda. Las armas con grafos de combate centelleaban sin parar, y esta vez el aire se llenó de geiseres de icor.

La batalla se desarrollaba con fiereza entre los círculos y lejos de las llamas de los fuegos pirotécnicos. Los monstruos drogados sucumbieron con rapidez, pero sus compañeros no se sintieron intimidados por los hombres armados. Algunos equipos se disgregaron y ciertos hacheros retrocedieron a trompicones, dando a los demonios una abertura por la cual lanzar una embestida.

—¡Ahora, leñadores! —bramó El Protegido mientras empalaba a un demonio de las llamas con la lanza.

Con las espaldas cubiertas, Gared y los suyos salieron de su anillo entre gritos y cayeron sobre la espalda de los abismales que acosaban al grupo de Arlen. El pellejo de los demonios del bosque era duro como la corteza nudosa y gruesa de un árbol viejo, pero los leñadores se pasaban todo el día descortezando y talando troncos, y los grafos de sus hachas les proporcionaban una fuerza todavía mayor.

Gared fue el primero en sentir la sacudida cuando hundi6 el arma en la magia del demonio, usando su propio poder contra ellos. El estremecimiento subi6 por el mango del hacha y le provoc6 un hormigueo en el brazo mientras sentía un estremecimiento de éxtasis por todo el cuerpo. Decapitó limpiamente a otro monstruo y aulló, cargando contra el siguiente de la línea.

Atrapados entre ambas líneas, los agresores se llevaron una buena lluvia de golpes. Siglos de dominación les habían enseñado que no debían temer a los humanos cuando luchaban, por lo cual no estaban preparados para esa resistencia. Wonda disparaba el arco con letal eficacia desde su posición en la ventana del altillo del coro. Cada una de sus flechas con punta de grafo se hundía en la carne de un monstruo, que se desplomaba como alcanzado por un relámpago.

Empero, el olor de la sangre saturó el aire y los gritos de dolor pudieron oírse a varios kilómetros a la redonda. Los aullidos de los abismales sonaron a lo lejos, anunciando la llegada inminente de refuerzos, mientras que los humanos no contaban con ninguno.

No pasó mucho tiempo antes de que se recobraran los atacantes, y pocos humanos tenían la expectativa de aguantar un combate de igual a igual con un demonio del bosque ni aunque los mismos no contaran con un revestimiento impenetrable. La fuerza del más pequeño de los abismales estaba más cerca de Gared que la de un hombre normal.

Merrem cargó contra un demonio de las llamas del tamaño de un perro grande. Anteponía el escudo para protegerse y había echado hacia atrás el brazo, lista para lanzar un golpe con el cuchillo de matarife, ya renegrido por el icor de demonio.

El abismal chilló y le lanzó un fogonazo. Ella alzó el escudo para detenerlo, pero el grafo pintado en la madera no tenía poder alguno sobre el fuego y los listones saltaron en llamas. Merrem chilló al notar la quemazón de la llamarada. Se agachó y se retorció para apagar las llamas en el barro, momento que el monstruo aprovechó para lanzarse sobre ella, pero Dug, su esposo, estaba allí para recibirlo. El corpulento carnicero le abrió las tripas como a un cerdo, pero él mismo fue quien se puso a berrear cuando el ascua líquida de la sangre del abismal le cayó sobre el mandil de cuero y le prendió fuego.

Un demonio del bosque se puso a gatas para colarse por debajo del arco del hacha de Evin y echársele encima cuando estaba desprevenido y lo empujó al suelo. Él gritó cuando vio venir las fauces, pero entonces se oyó un ladrido y sus perros lobos cayeron sobre el costado de su adversario, permitiéndole que se recobrara para cortar al abismal, no sin que antes éste destripara a uno de sus gigantescos perros. Evin gritó de rabia y con mirada enloquecida tumbó a hachazos a otro, para girarse e ir a por un nuevo enemigo.

Entonces, se consumió el fuego líquido infernal en la trinchera y los demonios del

bosque, detenidos por las llamas hasta ese momento, pudieron avanzar de nuevo.

—¡Los palos tronadores! —gritó El Protegido después de que Rondador Nocturno hubiera pisoteado a un demonio de las rocas bajo sus cascos.

Al oír la orden, los miembros más veteranos del cuerpo de artillería sacaron la media docena de ejemplares disponibles de un arma tan preciosa como volátil. Bruna se había mostrado muy cicatera a la hora de fabricarlos a fin de evitar un uso excesivo de armas tan poderosas.

Las mechas destellaron y lanzaron las cargas contra los demonios que se acercaban. Los palos tronadores se habían vuelto resbaladizos a causa de la lluvia y a uno de los artilleros se le escapó el arma; se agachó enseguida a sacarla del barro para quitarla de allí, pero no lo bastante deprisa. El palo tronador se le escapó de las manos y estalló en una bola de fuego que los hizo pedazos a él y a su lamparero. La sacudida lanzó al suelo a cuantos estaban en el redil, haciéndolos gritar de dolor.

Uno de los palos tronadores explotó entre dos demonios del bosque, ambos salieron despedidos y muy mal parados: uno quedó tumbado inmóvil con la piel de corteza en llamas y el otro tuvo la suerte de que el barro extinguiera las llamas, se retorció y se apoyó sobre una pata, pugnando por levantarse: la magia empezaba a sanarle las heridas.

Otro palo tronador fue directo a un demonio de las rocas de dos metros y medio, el cual lo atrapó con una garra y se inclinó para estudiar de cerca el curioso objeto justo cuando estalló.

Cuando se disipó el humo, el demonio permaneció inalterable y continuó su acercamiento hacia los lugareños de la plaza. Wonda le disparó tres flechas que hicieron blanco, lo cual sólo sirvió para que siguiera adelante con el doble de rabia.

Gared le salió al paso antes de que alcanzara a los demás y devolvió el aullido de la bestia con otro propio. El fornido talador se agachó para esquivar el primer puñetazo y le hundió el hacha en el esternón, disfrutando de la corriente de magia que le corrió por los brazos. El demonio se vino abajo por fin y el leñador se le subió encima a fin de liberar el arma, incrustada en el grueso caparazón del monstruo.

Un demonio del viento se lanzó en picado hacia Finn con las garras ganchudas por delante y prácticamente lo partió en dos. Wonda profirió un grito desde la ventana del altillo del coro y abatió al abismal de un flechazo en la espalda, pero el daño ya estaba hecho y su padre se derrumbó.

Un demonio del bosque descabezó a Ren de un golpazo, lanzando la cabeza lejos de su cuerpo. El hacha del decapitado se hundió en el barro en el preciso momento en que su hijo Linder cortaba el brazo del demonio homicida.

Cerca del redil, en el flanco derecho, Yon el Gris recibió un golpe de refilón, lo suficiente para derribar al anciano. El abismal se le echó encima mientras el hombre intentaba levantarse del suelo enfangado, pero Ande abandonó la protección del redil

con un grito sofocado, recogió el hacha de Ren y la hundió en la espalda de la criatura.

Otros olvidaron el miedo y siguieron su ejemplo, alejándose de la seguridad del corral para recoger las armas de los caídos o llevar a los heridos hasta un lugar seguro. Keet metió una tela en el último de los frasquitos, la encendió y la arrojó al rostro de un demonio del bosque para proteger a sus hermanas mientras arrastraban a un hombre hasta el corral. El monstruo estalló en llamas, pero el júbilo duró poco: un demonio de las llamas saltó por encima del abismal inmolado y disfrutó de esa pira entre gritos de júbilo. Keet se dio media vuelta y echó a correr, pero la criatura saltó sobre su espalda y lo derribó.

El Protegido se multiplicaba para estar en todos los puntos del campo de batalla, matando demonios a lanzazos, golpes con los pies o con las manos desnudas. Rondador Nocturno se mantenía siempre cerca de él, repartiendo golpes con los cascos y los cuernos. Juntos irrumpían en lo más arduo de la pelea para diezmar a los abismales y dejarlos convertidos en presas de los demás humanos. Perdió la cuenta de a cuántos demonios impidió asestar un golpe mortal, permitiendo a sus víctimas ponerse en pie de nuevo y regresar a la lucha.

Un grupo de abismales salieron dando tumbos de la línea central y pasaron el segundo círculo en medio del caos para ir a pisar la lona del pozo, cayendo al fondo del mismo, donde había estacas con grafos grabados. La mayoría sufrió una muerte atroz, empalados en aquella letal magia, pero uno de ellos logró sortear las estacas y consiguió subir por las paredes del pozo con las garras, pero antes de que pudiera incorporarse a la lucha o darse a la fuga recibió en la cabeza un porrazo con un hacha protegida.

Pero los abismales seguían viniendo y eludían fácilmente el pozo una vez que quedó al descubierto. El Protegido se revolvió al oír un chillido y vio que se libraba una lucha sin cuartel ante las grandes puertas del Templo. Los abismales olisqueaban la enfermedad y la debilidad del interior y estaban como locos por hallar una brecha y desatar una escabechina ahora que la omnipresente lluvia había borrado los grafos dibujados con tiza.

En cierto modo, la espesa capa de grasa arrojada sobre los adoquines de la entrada ralentizaba el avance de los abismales y más de uno se cayó sobre la cola o patinó hasta estrellarse contra las protecciones del tercer círculo, pero arquearon las garras y pisaron con fuerza para poder continuar.

Las mujeres de las puertas aprovechaban la protección de su círculo para salir y dar lanzadas antes de volver a esa posición resguardada, pero la punta del arma de Stefny se enganchó en la piel rugosa de un demonio y ella se vio lanzada hacia delante con la mala suerte de que el pie de arrastre se trabó con la cuerda del círculo portátil. Los grafos se desalinearon en un instante y la red de protección se vino

abajo.

El Protegido se movió lo más deprisa posible y salvó de un salto los tres metros y medio de la boca del pozo, pero no iba a poder evitar la matanza por muy rápido que se moviera, y cadáveres despiezados ya estaban volando por los aires con sangriento desenfreno cuando él embistió repartiendo golpes a lo loco.

Cuando la melé se deshizo, el hombre tatuado permaneció jadeante junto a un reducido grupo de mujeres supervivientes, y milagrosamente, Stefny figuraba entre ellas. Estaba cubierta de icor, aunque no por ello parecía estar herida y en sus ojos ardía una férrea determinación.

Cargó contra el grupo un enorme demonio del bosque y todos a una aguantaron a pie firme, pero el abismal se acuclilló antes de estar al alcance de las lanzas y saltó por encima de los defensores hasta encaramarse limpiamente en el muro de piedra del templo, donde le resultó fácil introducir las garras en los huecos existentes entre las piedras y trepar antes de que El Protegido pudiera agarrar el oscilante rabo. Éste avisó a Wonda.

—¡Cuidado! —gritó.

Pero la muchacha estaba tan concentrada en apuntar el arco que no lo oyó hasta que fue demasiado tarde. El demonio la atrapó entre sus garras y la lanzó por encima de su cabeza como si no fuera más que un incordio. El Protegido echó a correr y patinó con las rodillas sobre la grasa y el barro a fin de poder recoger el cuerpo desmadejado y cubierto de sangre antes de que impactara contra el suelo, pero mientras lo hacía, el abismal se colaba por la ventana abierta y se metía en el Templo.

El Protegido se apresuró hacia la entrada lateral, pero derrapó hasta frenar en seco nada más doblar la esquina: le impedían el paso una docena de abismales parados delante de los grafos de la puerta. Se lanzó en medio de ellos con un rugido, aun a sabiendas de que jamás lograría llegar a tiempo.

Los muros de piedra reverberaban con los gritos de dolor y los alaridos de los demonios, que estaban a las puertas del templo, angustiando a cuantos estaban dentro. Algunos lloraban sin tapujos, otros se balanceaban lentamente adelante y atrás, estremecidos de miedo, y otros deliraban y se retorcían.

Leesha hizo lo imposible por calmarlos: habló con suavidad a los más razonables y drogó al resto para impedir que se arrancaran los puntos o se hirieran en un acceso de rabia inducida por la fiebre.

—Estoy en condiciones de luchar —insistió Smitt, arrastrando a Rojer por el suelo mientras el pobre Juglar intentaba retenerlo en vano.

—¡No estás bien y te matarán si sales ahí fuera! —gritó la sanadora, acudiendo a toda prisa.

Empapó un trozo de tela con el contenido de una botellita mientras acudía; los efluvios lo tumbarían enseguida si le ponía el lienzo en la cara.

—Mi Stefny está ahí fuera, y mi hijo, y mis hijas —se lamentó el posadero.

Leesha alargó la mano con el trapo, pero él la cogió por la brazo y la apartó violentamente. Se tropezó con Rojer y los dos se fueron al suelo, pero al final llegó hasta la barra de las puertas de la entrada.

—¡Smitt, no! ¡Los dejarás entrar y nos matarán a todos!

Pero el posadero, que era presa del delirio, desoyó su aviso y aferró la tranca de la puerta con ambas manos y empezó a levantarla.

Darsy lo aferró por el hombro y le hizo girar para poder atizarle un puñetazo en el mentón. Rodó sobre sí mismo a consecuencia del golpe y se desplomó sobre el suelo.

—A veces, las soluciones directas funcionan mejor que las hierbas y las agujas —le dijo Darsy a Leesha, sacudiendo la mano para quitarse el cosquilleo.

—Ahora veo por qué Bruna tenía un bastón —convino Leesha.

Cada una se pasó un brazo del posadero por encima de los hombros y tiraron de él para volver a dejarlo en su jergón.

—Es como si intentaran entrar todos los demonios del Abismo —musitó Darsy.

Se oyó un estrépito en lo alto y el grito de Wonda a continuación. De inmediato, saltó hecha astillas la barandilla del altillo del coro y las vigas de madera se precipitaron al suelo en medio de un gran estruendo, matando al desdichado que estaba tumbado inmediatamente debajo e hiriendo a otro hombre. Se levantó una gran polvareda y en medio de la misma se dejó caer al suelo una gran forma que aulló cuando aterrizó encima de otra paciente y le abrió la garganta antes de que supiera qué la había golpeado.

El demonio del bosque se irguió cuan alto era, enorme, terrible. Leesha creyó que se le paraba el corazón. Ella y Darsy se quedaron heladas, con Smitt colgando como un peso muerto entre ellas. Había apoyado la lanza de El Protegido contra una pared y ahora estaba lejos de su alcance, y de todos modos, dudaba mucho que fuera capaz de demorar a aquella bestia en el caso de pudiera empuñarla. Las piernas se le hicieron gelatina cuando gritó la criatura.

Pero entonces apareció Rojer y se interpuso entre ellos y el intruso. Éste soltó un bufido y al muchacho se le hizo un nudo en la garganta. Todos los instintos le decían que diera media vuelta y pusiera pies en polvorosa, pero en vez de eso, él colocó el violín debajo del mentón y puso el arco sobre las cuerdas, interpretando una melodía cautivadora de profunda tristeza.

El abismal siseó al Juglar y le enseñó los dientes, largos y afilados como trinchantes, pero el joven no cesó su interpretación y el demonio del bosque se quedó quieto y ladeó la cabeza, mirándolo fijamente y con abierta curiosidad.

Al cabo de unos momentos, Rojer inició un bamboleo y el demonio lo imitó sin

apartar los ojos del violín.

Envalentonado, Rojer dio un pasito a la izquierda.

El abismal lo imitó.

Luego dio otro a la derecha y la criatura hizo otro tanto.

Rojer continuó igual, haciendo que el lento camino del demonio del bosque adoptara una forma de arco amplio. La extasiada criatura continuó girando conforme lo hacía el Juglar, hasta que acabó alejándose de los aterrados pacientes.

Para entonces, Leesha ya había dejado al posadero en el suelo y había recuperado la lanza. Parecía poco más que una astilla en comparación con el tamaño del abismal, pero avanzó de todos modos, sabedora de que no iba a tener una oportunidad mejor. Apretó los dientes y cargó hasta hundir la lanza de grafos en la espalda del monstruo con todas sus fuerzas.

Se produjo un fogonazo y ella recibió una descarga de éxtasis cuando la magia le subió por los brazos. Luego, se sintió arrojada hacia atrás. Observó que el demonio gritaba y se revolvía en un intento de sacarse el arma refulgente que seguía clavada en su espalda. Rojer se hizo a un lado cuando el abismal impactó contra los portones en su estertor final, rompiéndolos cuando cayó muerto.

Los asediantes aullaron de gozo y se precipitaron por la abertura, donde se encontraron con la música de Rojer. El violín ya no interpretaba la melodía suave e hipnótica de antes, sino una sucesión de agudos chirridos. Los asaltantes se taparon los oídos con las garras y retrocedieron dando traspiés.

La puerta lateral se abrió de golpe.

—¡Leesha!

La Herborista se volvió y vio irrumpir en la sala a El Protegido, cubierto de sangre propia e icor demoníaco, que de forma enloquecida buscaba algo con la mirada. Descubrió al demonio muerto en el suelo y se giró para mirarla a los ojos. El alivio de Arlen era evidente.

Ella quiso arrojarse a sus brazos, pero él se dio la vuelta y se precipitó hacia las puertas rotas, donde sólo Rojer defendía la entrada, pues su música mantenía a raya a los monstruos con la misma seguridad que una red de protección. El Protegido apartó el cadáver del demonio del bosque, arrancó la lanza de su espalda y se la devolvió a Leesha antes de perderse en la noche.

Leesha lanzó una mirada hacia la carnicería de la plaza y se le encogió el corazón. Sus niños yacían muertos o agonizantes en el barro por docenas, y ahora se recrudecía la batalla.

—¡Darsy! —llamó a voces.

La mujer se apresuró a acudir a su lado y juntas se adentraron corriendo en la noche para arrastrar dentro a una herida.

Wonda yacía jadeante sobre el suelo cuando Leesha llegó hasta ella. Tenía las

ropas ensangrentadas y rasgadas allí donde el demonio la había aferrado con las garras. Un demonio del bosque se les echó encima cuando ella y Darsy se inclinaban para cogerla entre las dos. Leesha sacó un vial de un bolsillo del mandil y se lo arrojó. El fino cristal se hizo añicos al chocar contra el rostro del monstruo, que profirió un alarido cuando el disolvente le corroyó los ojos. Las dos Herboristas corrieron al templo con su carga.

Depositaron dentro a la muchacha y Leesha gritó órdenes a uno de los asistentes antes de salir corriendo de nuevo. Rojer permaneció en la entrada. Los chirridos del violín formaban un muro de sonidos que mantenía expedito el camino, protegiendo a Leesha y a los demás mientras llevaban al interior del edificio a los heridos.

La batalla sufrió muchos altibajos a lo largo de la noche y dejó a los hombres tan exhaustos que les faltaron fuerzas para regresar arrastrando los pies a los círculos de protección o acogerse a la del templo para recuperar el aliento o beber un trago de agua; hubo un momento en que no se vio a demonio alguno y otro después en que sufrieron el ataque de una manada procedente de algún sitio a varios kilómetros y que había acudido corriendo.

Dejó de llover en algún momento, pero nadie logró recordar a ciencia cierta cuándo ocurrió eso, pues estaban demasiado atareados repeliendo al enemigo y socorriendo a los heridos. Los leñadores formaron un muro humano ante las puertas del Templo mientras Rojer deambulaba por la plaza, alejando a los demonios con el violín mientras se rescataba a los heridos.

El barro de la plaza mayor era un batiburrillo hediondo de barro, sangre humana e icor de demonio para cuando las primeras luces del alba se insinuaron en el horizonte. Había cadáveres y miembros amputados dispersos por todas partes. Muchos se llevaron un gran susto cuando la luz del sol incidió en los demonios caídos y prendió fuego a los demonios que ardieron como fuego líquido infernal por toda la plaza. El sol puso fin a la batalla, incinerando a los pocos demonios que aún se removían.

El Protegido contempló los rostros de los supervivientes. Eran la mitad de sus combatientes, y le sorprendió la entereza y determinación que vio en ellos. Parecía imposible que esas mismas gentes hubieran estado tan aterradas y entregadas hacía menos de un día. Tal vez habían muerto muchos hoyenses durante la noche, pero ahora eran más fuertes que nunca.

—El Creador sea loado —dijo el Pastor Jona mientras se adentraba cojeando en la plaza. Dibujó sus grafos en el aire mientras los demonios ardían a la luz del día. Se encaminó hacia El Protegido y se detuvo ante él—. Y todo ha sido gracias a usted.

El hombre tatuado negó con la cabeza.

—No, lo hicisteis vosotros, todos vosotros.

Jona asintió.

—Lo hicimos nosotros, sí, pero sólo porque tú viniste y nos mostraste el camino.
¿Aún puedes dudarlo?

El luchador de los tatuajes torció el gesto.

—Reclamar esta victoria como propia le resta valor al sacrificio de cuantos han muerto durante la noche. Guárdate tus profecías, Pastor. Esta gente no las necesita.

Jona hizo una profunda reverencia.

—Sea como gustes —repuso, pero El Protegido tuvo la sensación de que no se había cerrado aquel asunto.

Hoya a secas

332-333 d.R.

Leesha saludó con la mano a Rojer y a El Protegido cuando subieron por el sendero a lomos de sus monturas. La sanadora devolvió el pincel al cuenco depositado sobre el porche cuando desmontaron.

—Aprendes deprisa —comentó el hombre tatuado, acercándose a estudiar los grafos pintados sobre la barandilla—. Éstos de aquí mantendrían a raya a una horda de abismales.

—¿Deprisa? Eso es quedarse corto —saltó Rojer—. Hace un mes no distinguía entre un demonio del viento y uno de las llamas.

—Tienes razón —concedió el hombre tatuado—. Conozco tanto Protectores con cinco años de experiencia como Enviados cuyas líneas no son tan pulcras como éstas.

Leesha sonrió.

—Siempre he sido rápida en eso de estudiar, y tú y mi padre sois buenos profesores. Sólo me gustaría haberme tomado la molestia de aprender antes.

El Protegido se encogió de hombros.

—Ojalá todos pudiéramos volver atrás y tomar las decisiones en función de lo que ha de suceder.

—Creo que hubiera vivido toda mi vida de forma diferente —convino Rojer.

Leesha rió y los condujo al interior de la cabaña.

—La comida está casi lista —dijo mientras se acercaba al fuego—. ¿Cómo ha ido la reunión del concejo municipal? —preguntó mientras revolvía la humeante olla.

—Idiotas —refunfuñó El Protegido.

Ella volvió a reír.

—¿Tan bien...?

—El concejo ha aprobado cambiar el nombre de la aldea a Hoya del Liberador —le explicó el Juglar.

—Sólo es un nombre —terció Leesha, uniéndose a ellos en la mesa y sirviendo té.

—No es el nombre lo que me incordia, sino el concepto —replicó El Protegido—. He logrado que los hoyenses dejen de llamarme Liberador a la cara, pero lo siguen susurrando a mis espaldas.

—Habría sido más fácil si te hubieras limitado a aceptarlo —repuso Rojer—. Es imposible frenar semejante historia. A estas alturas, los Juglares al norte del desierto

de Krasia no cuentan otra cosa.

El hombre tatuado sacudió la cabeza.

—No voy a mentir y pretender ser quien no soy para hacerme la vida más llevadera, de haber querido eso... —La voz se le fue apagando.

—¿Qué tal van las reparaciones? —preguntó Leesha para atraer su atención cuando los ojos de Arlen se volvieron distantes.

Rojer sonrió.

—Todos los días parece haber una casa nueva ahora que todos los hoyenses se han recuperado gracias a tus curas. Pronto podrás mudarte a una aldea como el Creador manda.

Ella negó con la cabeza.

—Esta choza es cuanto me queda de Bruna. Ahora es mi hogar.

—A esta distancia de la aldea, vas a estar fuera del alcance de los grafos de bloqueo —le previno El Protegido.

Leesha hizo un gesto de indiferencia.

—Comprendo por qué has diseñado las nuevas calles para que tengan la forma de un grafo, pero estar fuera de su alcance también tiene ciertos beneficios.

—¿Ah, sí? —preguntó Arlen, enarcando una ceja tatuada.

—¿Qué beneficio puede haber en vivir en una tierra donde los demonios campen a sus anchas? —quiso saber Rojer.

Leesha dio un sorbo al té.

—Mamá también se niega a trasladarse al pueblo —les informó—. Dice que entre tus nuevos grafos y los leñadores corriendo detrás de cada demonio que se menea, es una molestia innecesaria.

El Protegido puso cara de contrariedad.

—Da la impresión de que los demonios están intimidados, lo sé, pero si las historias de las Guerras de los Demonios nos enseñan algo es que no permanecen así por mucho tiempo. Regresarán en masa, y quiero que Hoya de Leñadores esté preparada.

—Hoya del Liberador —lo corrigió Rojer, sonriendo burlón al ver el gesto torcido de El Protegido.

—Contigo aquí, así será —repuso Leesha.

Ella ignoraba a Rojer y mientras daba sorbos al té no perdía de vista al hombre tatuado por encima del borde de la taza. La dejó sobre la mesa cuando le vio vacilar.

—Te vas a ir. ¿Cuándo?

—Cuando la Hoya esté lista —contestó él, sin molestarse en negar la conclusión de la Herborista—. He desperdiciado años acaparando grafos que podrían hacer de las Ciudades Libres una realidad, y no sólo un nombre. Debo ir a cada ciudad y a cada aldea de Thesa para ver si tienen lo necesario para mantener el ánimo cuando se

haga de noche.

Leesha asintió.

—Queremos ayudarte —repuso ella.

—Y lo hacéis. Sé que la aldea estará segura mientras yo estoy lejos si tú cuidas de ella.

—Vas a necesitar algo más que eso, vas a necesitar a alguien que enseñe a otras Herboristas a hacer fuegos de artificio, y venenos, y a sanar heridas de abismal.

—Podrías poner todo eso por escrito —le ofreció él.

—¿Y entregar a un hombre los secretos del fuego? Ni en sueños.

—De todos modos, yo no puedo escribir las lecciones de violín ni aunque supiera leer y escribir.

El hombre tatuado vaciló, pero al final negó con la cabeza.

—Vosotros dos sólo me retrasaríais. Voy a pasarme semanas en tierra salvaje y os falta estómago para eso.

—¿Que me falta estómago? —inquirió Leesha—. Cierra los postigos, Rojer.

Los dos hombres la miraron con curiosidad.

—Hazlo —ordenó la Herborista.

El Juglar se levantó para cumplir la orden. La choza se sumió en la penumbra en cuanto dejó de entrar la luz del sol. Para entonces, ella ya se había puesto a agitar un frasquito de reactivos que la bañaban con su luz fosforescente.

—Abre la trampilla.

El Protegido levantó la trampa de entrada a la bodega donde habían encontrado el fuego líquido infernal. El olor a productos químicos saturaba el aire que salía por el acceso.

Leesha abrió la marcha hacia la oscuridad con el vial en alto. Se acercó a un candelabro de la pared y vertió unas sustancias en un tarro de cristal, pero los grafos de los párpados permitían a El Protegido ver en la oscuridad con la misma claridad que a pleno sol, por lo cual vio el contenido de la sala antes de que la iluminara la luz.

Habían colocado pesadas mesas de madera en la bodega y allí, despatarrados ante sus ojos, había una docena de abismales en diferentes estados de disección.

—¡Por el Creador! —jadeó Rojer, ahogándose.

El Juglar subió escaleras arriba y desde allí le oyeron respirar en busca de aire.

—Bueno, tal vez Rojer todavía no tenga estómago —concedió Leesha, mirando a su acompañante—, pero ¿sabías que ellos tenían dos? Dos estómagos, quiero decir. Uno encima del otro, como los bulbos de un reloj de arena.

Ella tomó un instrumento y retiró varias capas de carne de demonio para ilustrar su afirmación.

—Tienen un corazón descentrado, abajo a la derecha, pero hay un acceso entre la tercera y la cuarta costilla. Todo hombre dispuesto a matarlos debería saberlo.

El Protegido observó con asombro y luego volvió a mirar a Leesha como si la viera por primera vez.

—¿Cómo has conseguido estos...?

—Se lo comenté a los leñadores que enviaste de patrulla hasta aquí y ellos estuvieron felices de traerme unos especímenes. Por cierto, estos demonios no tienen órganos sexuales, es como si estuvieran castrados todos.

—¿Y cómo es eso posible? —inquirió él, mirándola con asombro.

—No es algo inusual entre los insectos. En las colmenas, las obreras, sexualmente atrofiadas, se encargan del trabajo y la defensa, y las castas sexualmente desarrolladas ejercen el control.

—¿Colmenas...? ¿Te refieres al Abismo? —quiso saber el hombre tatuado.

Leesha se encogió de hombros y las arrugas poblaron la frente de El Protegido cuando se puso pensativo.

—En las tumbas de Sol de Anoch había pinturas con representaciones de la Primera Guerra de los Demonios, y en ellas figuraban razas de abismales que no he visto jamás.

—No me sorprende —repuso ella—. Sabemos muy poco sobre ellos.

Ella alargó los brazos y le tomó las manos.

—Toda mi vida he tenido la sensación de estar esperando algo más grande que hacer preparados para el resfriado y asistir a los partos. Ésta es mi oportunidad de causar un impacto positivo en algo más que un puñado de personas. ¿Crees que hay una guerra en ciernes? Rojer y yo podemos ayudarte a ganarla.

El Protegido asintió, y le devolvió el apretón de manos.

—Tienes razón. La Hoya sobrevivió esa primera noche gracias a tu papel y al de Rojer más que al mío. Sería un idiota si no aceptara vuestra ayuda.

Leesha se adelantó y buscó el rostro de Arlen dentro de la capucha. Su mano estaba fría en comparación con la mejilla del hombre, que se ladeó al contacto.

—Hay espacio para dos en esta cabaña —susurró.

Arlen abrió los ojos y ella percibió que se ponía tenso.

—¿Por qué eso te aterra más que enfrentarte a los demonios? ¿Tan repulsiva soy?

Él negó con la cabeza.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿qué? No voy a apartarte de tu guerra.

El Protegido permaneció callado durante un tiempo.

—Dos no tardarían en ser tres —dijo al fin, y soltó las manos de la Herborista.

—¿Y tan malo es eso? —preguntó Leesha.

El Protegido respiró hondo y se alejó hasta otra mesa, evitando la mirada de la sanadora.

—Aquel amanecer... cuando... cuando peleé con el demonio...

—Me acuerdo —lo apremió ella al ver que no seguía hablando.

—El demonio intentó escaparse, bajando al centro, al Abismo.

—E intentó arrastrarte consigo. Vi cómo los dos os volvíais fuliginosos y empezabais a deslizaros bajo el suelo. Me quedé aterrada.

El Protegido asintió.

—El camino hacia el Abismo se abrió para mí, me llamaba, tiraba de mí.

—¿Y qué relación guarda eso con nosotros?

—Que no era cosa de ese demonio, sino mía. Yo tomé el control de la transición y arrastré al abismal de vuelta, bajo el sol, e incluso ahora siento la llamada del Abismo. Si no me controlase, podría deslizarme hasta las honduras infernales como los demás abismales.

—Los grafos... —comenzó Leesha.

—No es eso —refutó él, meneando la cabeza—. Te lo estoy diciendo: soy yo, he absorbido demasiado de esa magia suya con el paso de los años, y ya ni siquiera soy humano. ¿Quién sabe la clase de monstruo que saldría de mi simiente?

Leesha acudió junto a él y le tomó el rostro entre las manos, como había hecho la mañana en que hicieron el amor.

—Eres un buen hombre —le dijo con los ojos llenos de lágrimas—, y con independencia de lo que pueda haberte hecho la magia, no ha cambiado eso. Nada más importa.

Ella se inclinó hacia él para besarle, pero el hombre había endurecido su corazón hacia la sanadora y la apartó.

—Me importa a mí. No puedo estar contigo ni con nadie hasta saber qué soy.

—Entonces, voy a descubrir qué eres, lo juro.

—Leesha, tú no puedes...

—No me digas lo que no puedo hacer —le espetó ella—. Me he pasado toda la vida oyendo eso de labios de otros.

Él alzó las manos en señal de claudicación.

—Lo siento —se disculpó.

Leesha se sorbió la nariz y cerró las manos en torno a las de él.

—No has de sentirlo. Ésta es una condición para hacer un diagnóstico y curarte, como cualquier otro.

—No estoy enfermo —le recordó él.

Ella le miró con tristeza.

—Yo lo sé, pero parece que tú no.

Lejos, en el desierto krasiano, hubo una perturbación en la línea del horizonte antes de que aparecieran hileras de miles de hombres ataviados con holgados atavíos

negros que los cubrían hasta el rostro para protegerlos de la punzante arena. La vanguardia estaba compuesta por dos grupos a caballo. El más reducido cabalgaba a lomo de caballos ligeros y rápidos mientras que el más grande lo hacía sobre camellos, animales más fuertes y acostumbrados a caminar por el desierto. Columnas de hombres a pie seguían a los jinetes, y éstos a su vez eran seguidos por una recua de carretas con víveres tan larga que no parecía acabar nunca. Cada guerrero empuñaba una lanza donde había grabado un intrincado diseño de grafos.

A la cabeza de la hueste, avanzaba un hombre vestido todo de blanco, a lomos de un corcel de pelaje lustroso del mismo color. La horda que avanzaba tras él se detuvo y permaneció en silencio para contemplar las ruinas de Sol de Anoch.

A diferencia de las lanzas de madera con una punta de acero que empuñaban sus guerreros, este hombre llevaba un arma antigua hecha de metal antiguo y brillante. Él era Ahmann asu Hoshkamin am'Jardir, pero su pueblo no había usado ese nombre en años.

Todos le llamaban Shar'Dama ka, el Liberador.